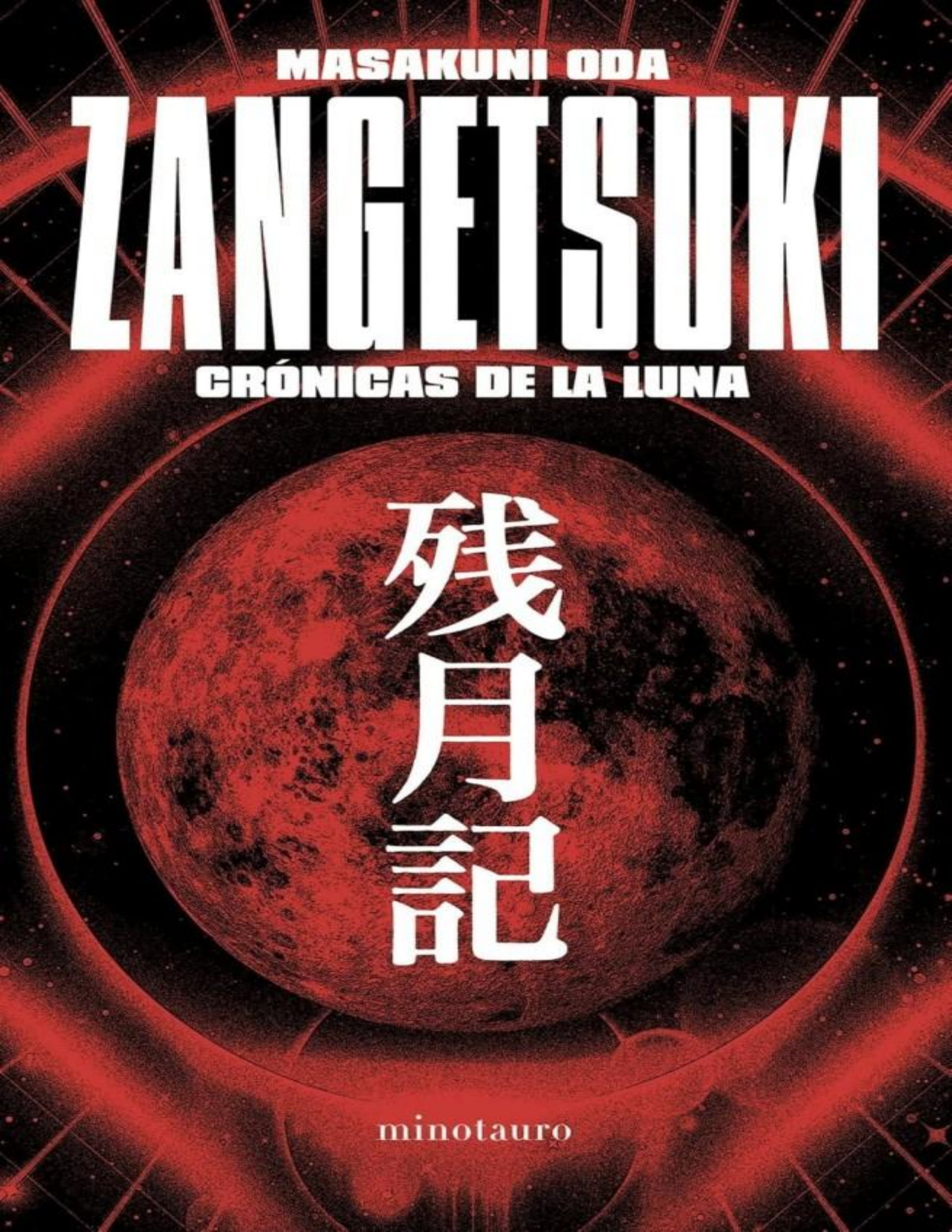
MASAKUNI ODA

ZANGETSUKI

CRÓNICAS DE LA LUNA



minotauro

Índice

PORTADA
PORTADILLA
Y ENTONCES LA LUNA DIO LA ESPALDA
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
LA PIEDRA DEL PAISAJE LUNAR
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
CRÓNICA DE ZANGETSU
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII

XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
NOTAS
CRÉDITOS

MASAKUNI ODA

ZANGETSUKI

CRÓNICAS DE LA LUNA

残月記

minotauro

Y ENTONCES LA LUNA DIO LA ESPALDA



I

Al parecer, cuando tenía cerca de un año, Takashi sentía miedo de su propia sombra y, con objeto de apartarla de la planta de sus pies, brincaba delante del restaurante de sus padres como si hubiera enloquecido. Si alzaba los brazos, aquella figura de color negro hacía lo propio y si levantaba una pierna, «aquello» también le imitaba. Por más rápido que corriese, la sombra continuaba pegada a él sin retrasarse ni una fracción de segundo. Si daba un salto, conseguía apartarse de ella, aunque solo por un instante, pero la cosa negra sabía con antelación, mucho mejor que él, el punto donde volvería a tocar tierra y se adelantaba para esperarlo allí. Por supuesto que Takashi no conservaba los recuerdos de lo que le aconteció con un año de edad, pero todavía hoy, a los cuarenta y tres, le daba la sensación de que los ecos de aquel terror continuaban resonando en algún lugar de lo más profundo de su ser.

Por cierto, que la expresión «brincaba como un loco» era la forma en que lo describía en su día el padre, que por aquel entonces todavía regentaba un restaurante de *sushi* en la ciudad de F, prefectura de Chiba. Su madre, en cambio, no decía esa clase de cosas. Ella era incapaz, sucediera lo que sucediera, de hablar mal de nadie o de burlarse. La madre de Takashi era una mujer de manos pequeñas y suaves, manos que de ninguna manera podían cerrarse en un puño para alzarse contra alguien y que se limitaban a estrecharse frente al pecho como en una actitud de rezo. Por el contrario, el padre abría su bocaza salpicada de dientes de plata y se reía con unas carcajadas que daban dolor de cabeza mientras decía:

«Tenías miedo de tu propia sombra y brincabas como un loco delante del restaurante, lloriqueando». El hombre era así. Le gustaba explayarse a gusto fingiendo no darse cuenta de que estaba dejando al otro en ridículo.

Sin embargo, lo cierto es que ese miedo hacia la figura que lo perseguía quizá se viera incrementado por cierta broma inocente de su madre. Y es que fue precisamente ella quien le dijo que el implacable perseguidor no era una simple sombra.

De vez en cuando, la madre de Takashi le decía: «Fíjate, Takachan, la luna redonda nos viene siguiendo».

Tal y como señalaba la madre, cuando la luna llena lucía muy baja en el cielo, de tanto en tanto se ocultaba entre las casas y entonces, después de que uno bajase la guardia, de pronto volvía a asomar el rostro en el vano existente entre dos edificios para, sin un solo parpadeo, quedarse mirando fijamente. Cuando, de noche, Takashi andaba por un camino o iba en coche, autobús o tren, la luna cruzaba veloz por el cielo del barrio de enfrente, acompañándolo. Cierto día de sus tiempos en el jardín de infancia, tuvo lugar la siguiente conversación.

—¿Sabes por qué la luna viene siempre detrás de nosotros? —le preguntó su madre.

De por sí, dado que la luna pendía a una altura tan lejana como 380000 kilómetros, por mucho que uno se esforzara en patalear en un barrio de ese insignificante país llamado Japón, no podía librarse de ella. Sin embargo, la respuesta de la madre a su propia pregunta no iba en ese sentido.

—Piensa un poco. ¿Sabes cuál es nuestro apellido?

—Otsuki... —contestó el pequeño Takashi.

Al tiempo que lo decía, sintió que le habían hecho descubrir un gran secreto. Con aquella edad, todavía desconocía que el ideograma de «tsuki» con que se escribía la mitad de su apellido no correspondía al de «luna», aunque se pronunciase igual, sino al antiguo nombre del árbol *zelkova* en el idioma japonés. Así que, fonéticamente, «Otsuki» podía interpretarse como «gran luna». Por

eso, como las dos palabras sonaban igual, se quedó con la nítida imagen de que, por encima de su nombre, en suma, por encima de él o, incluso, por encima de su vida, pendía siempre una gigantesca y reluciente luna.

«Ah, entonces es por eso... —pensó—, por eso la luna me persigue».

II

Takashi había crecido con la idea de que, puesto a ser padre, sería uno tan dedicado que casi resultaría asfixiante. En otras palabras, que no sería un padre como había sido el suyo. Que no sería un padre que mirase a su familia como si estuviera mirando una botella vacía de sake. Por eso, cuando hace siete años nació su primer hijo, Taisuke decidió para sus adentros que no dejaría extinguirse la costumbre de comer fuera todos juntos en familia. Al menos dos días por mes, se reunirían todos en torno a la mesa y se mirarían a los ojos unos a otros. Crearía un ambiente en el que las palabras fueran lo único a lo que poder recurrir. Sin televisión, sin aparatos de juegos, sin teléfonos inteligentes y sin tabletas. Si alguno quería apartar de sí el silencio o el aburrimiento, tendría que hablar de algo. Aun cuando no hubiera necesidad de recrear la vida de una de esas vulgares y ruidosas familias que salían en las series de televisión, sí que se podía crear la atmósfera necesaria para hablar de las cosas con una mayor franqueza de lo habitual. Y eso era algo importante. Un espacio y un tiempo especiales, donde se pudiera hablar de manera algo más abierta, siquiera un poco. Así, la pequeña sensación de incomodidad que pudiera nacer en esos momentos se podría deshacer sobre la marcha y volver a casa con la cuestión ya resuelta para poder seguir viviendo en paz. Ahora que su hijo Taisuke y su hermanita Mio eran todavía pequeños, el asunto no revestía mayor dificultad, pero saltaba a la vista que con el tiempo el sistema se volvería más arduo. Sin embargo, precisamente porque la costumbre se tornaba más difícil, costaba decidirse a terminar con

ella y se prorrogaba por una mera cuestión de inercia, como una molestia insoslayable. La vergüenza y la pereza de acabar con ello constituían una prueba más del vínculo familiar.

Era un domingo a finales de octubre. Había que preservar la costumbre, así que hacia las seis y media de la tarde Takashi salió de casa llevando consigo a su esposa, Shiori; al hijo, Taisuke, que con siete años recién cumplidos acababa de entrar en primaria; y a la pequeña Mio, a punto de cumplir los tres. Enseguida se les adhirió a la piel el aire del otoño, más frío de lo esperado, pero lo que estremeció a Takashi no fue dicha frialdad, sino la luna llena que acababa de asomar su rostro por encima del conjunto de viviendas. Takashi, que llevaba a Mio en vilo, estrechada en su brazo izquierdo, se paró en seco apenas al salir de la casa, como si se hubiera dado de bruces con la luna.

Algo hacía sentir que no se trataba de una luna corriente. Podía aceptarse el hecho de su tonalidad vagamente rojiza, como si una tenue nube de óxido la recubriese, pero, aparte de eso, algo indefinible provocaba que su aspecto no fuera el de una luna llena ordinaria. Quizá se encontrase orbitando en un punto cercano a la Tierra, pero el caso es que a Takashi le pareció más grande y más hinchada que otras veces, aunque también es cierto que, cuando se encuentra todavía a baja altura, la luna llena siempre se ve a un tamaño mayor del habitual. Takashi se hallaba pensando a qué se debería esa inusual sensación que le causaba cuando le interrumpió la voz de Mio, estrechada en su brazo.

—Oh, la luna…

De un tiempo a esta parte, Mio era incapaz de ver algo conocido sin pronunciar su nombre. Como si por el mero hecho de nombrarlo ya se convirtiera a medias en propiedad suya.

—Pero no es la luna sin más, sino que cuando se ve así, se llama luna llena —intervino Taisuke dándose sus habituales aires de hermano mayor. Lu-na-lle-na. Prueba a repetirlo tú también.

Mio sonrió, pero acto seguido miró hacia otro lado, ignorando a su hermano. Quizá fuera el espíritu de la contradicción propio en los

niños de dos o tres años o quizá fuera una característica específica de esta niña, pero el caso es que cuanto más le dijeran a Mio «prueba a decir esto», menos ganas sentía de hacerlo. Pero aun así Taisuke, sin darse por vencido, repetía «lu-na-lle-na; venga, dilo tú también». Entonces Shiori, conteniendo a duras penas la risa, intervino:

—Por más que le insistas así, Mio no va a decirlo. Más te valdría intentarlo con un «no debes decir nunca esto»…

Mientras asistía a este intercambio verbal entre los tres, a Takeshi le pareció que había aprehendido el motivo de la rara sensación que le causó aquella luna. Cruzó por su cerebro una extraña emoción: «Ah, así que los demás también pueden ver *aquello*». Y de pronto se dio cuenta de que hasta entonces estuvo sumido en una situación en que solo él, separado de su familia, tenía que hacer frente a la luna. Se trataba de una idea absurda, pero no resultaba en modo alguno una sensación por completo nueva.

Hacía muchos años, como regalo por haber ingresado en la escuela primaria, sus abuelos por parte materna le regalaron un telescopio refractor. Los abuelos por parte paterna le regalaron una mochila escolar y su madre un telescopio ordinario. Pero no era un artículo de mentirijillas para engañar a los niños. Venía con un sólido trípode, tenía un calibre de 70 mm y llegaba hasta los 150 aumentos, por lo que, si uno deseaba hacerlo, podía ver con él hasta el aspecto que presentan Júpiter o Saturno. Sin embargo, ni que decir tiene que lo que más miraba Takashi con él era el astro más cercano, es decir, aquella «gran luna» que tanta influencia ejercía en su vida.

Vista a través del telescopio, la Luna aparecía con una precisión tan tétrica como la de los insectos bajo una lupa. La vasta extensión desértica, similar a una capa de cenizas, producía la impresión de un hueso esférico sin la menor traza de carne que flotase en el espacio. Pero, aun así, la luna no dejaba de atraer a Takashi. La Luna parecía ocultar algún secreto importante desde hacía mil millones de años, pero, al mismo tiempo, se diría que si uno apartaba la mirada podía

empezar a desvelarlo en cualquier momento, por lo que de vez en cuando a Takashi le entraba un ardiente deseo de echar mano al telescopio y enfocarlo hacia ella para ver qué sucedía. En cierta ocasión, de pronto le asaltó la siguiente idea. Por muy grande que sea el mundo, solo yo estoy viendo la Luna en este instante y en este lugar, así que esta es «mi luna», una luna de mi única propiedad. Resultaba una sensación realmente peculiar. Era como si en el universo no existiera nada más y, olvidados por el resto, la Luna y él flotasen por toda la eternidad el uno frente a la otra. Una fría y estremecedora sensación de soledad.

Quince minutos después, ya estaban los cuatro en uno de esos restaurantes asequibles para ir con la familia, sentados en una mesa junto a la ventana. Tal y como sugería su nombre de Brickhouse, se trataba de un edificio de muros de ladrillo que le conferían cierta elegancia y, como quedaba a unos diez minutos andando desde su casa, desde que comenzaron a vivir en ese barrio iban como una vez al mes. Pero, aunque se tratara de un restaurante enfocado a las familias, ni era uno de esos sitios donde entraba de repente una ruidosa familia en chándal y el pelo teñido de castaño, ni tampoco un local donde esos jóvenes que no tenían mejor lugar al que ir se pasaban las horas muertas hasta las tantas de la noche con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Era un restaurante serio, sin adornos innecesarios, donde gente realista con los pies en el suelo venía a tomar comida a precios realistas con los pies en el suelo.

Taisuke cogió al instante el menú y contempló como inmerso en profundas dudas la columna de las escasísimas opciones de bebidas para niños. Takashi pensó que al final, como siempre, escogería una cocacola, pero como, por supuesto, a Taisuke le hería en su orgullo que le dijeran «una cocacola como siempre, ¿no?», cada vez que venía se esforzaba por aparentar que la elección de dicha bebida era el resultado de una larga reflexión que le llevaba en el último momento a decantarse por ella.

Shiori le dio también una carta a Mio y, como hacía siempre, le preguntó con una sonrisa:

—¿Qué pone aquí?

Mio, mirando las fotos de la carta, le siguió la corriente.

—La *hamburguecha* le ha dicho a los *supaguechis* que ya no quiere jugar con ellos.

Al instante se había inventado una historia a partir del menú. Mio contestó con una soltura tal que nada indicaba que le hubiera costado un esfuerzo de creación. Si ya con poco más de dos años era así, parece evidente que, en cuanto a facilidad de mentir, el hombre nunca puede llegar a alcanzar a la mujer.

—Es que de un tiempo a esta parte, los *supaguechis* le gastan muchas bromas pesadas.

—¿Has oído, Takashi? —preguntó Shiori con una risa. «De un tiempo a esta parte», dice. Y, en principio, ha empleado la expresión correcta que correspondía.

Takashi también se rio.

—Mio, cuando dices «de un tiempo a esta parte», me haces pensar en otras cosas.

—Por ejemplo, ¿qué cosas? —preguntó Taisuke terciando en la conversación.

Takashi pensó unos instantes.

—Pues lo de «tiempo» me sugiere, por ejemplo, unos truenos y lo de «parte», que parten los árboles.

—¡Menuda imaginación! —se admiró Shiori con cierto tono jocoso. ¡Eres un genio!

—Ha sido casualidad, estoy seguro —dijo Taisuke cruzándose de brazos compungido por la derrota.

—Nada de casualidad. Desde que era un niño, siempre he estado pensando en los truenos.

—¡Qué mentiroso! —exclamaron a un tiempo Shiori y Taisuke.

—¡Qué mentiroso! —repitió unos segundos después Mio con una enorme sonrisa.

De esa manera, la niña añadió una palabra nueva a su vocabulario. Taisuke, en definitiva, pidió con aire incómodo una cocacola, pero ni Takashi ni Shiori le mortificaron con un «¿otra vez lo mismo?». Mio escogió una bebida láctea, Calpis; Shiori, un zumo de pera; y Takashi, una caña de cerveza de la marca local que hacían en una fábrica de la ciudad vecina. La variedad *pale ale* costaba nada menos que novecientos yenes por vaso, pero Takashi tenía la idea de que esos pequeños lujos eran su (débil) revancha hacia el mundo.

Para alguien como él, que aspiraba a convertirse en profesor de universidad, la edad con que contaba suponía no ya el invierno, sino la puerta al periodo de glaciación, pero, por fortuna, tras largos años arrastrándose como profesor no numerario, por fin había conseguido salir del hoyo y, a sus treinta y cinco años, convertirse en profesor adjunto de Ciencias Sociales en una universidad de Tokio. Tras recorrer un largo largo túnel, de pronto surgía ante él un deslumbrante cielo azul. Por fin iba a poder disfrutar de la vida, a comenzar su existencia como un hombre hecho y derecho en donde el mundo le devolvía todo aquello que él le había prestado.

Habían transcurrido quince años emparejado con Shiori, desde sus tiempos de estudiante hasta que consiguieron casarse. Durante esos quince años, una sola vez aconteció un período en que estuvieron separados, pero no se debió a que alguno de los dos hubiese dejado de querer al otro, sino a que Takashi, que veía cómo pasaban los años sin conseguir un trabajo de profesor fijo, fue infravalorándose y considerándose indigno de ella. Para sus adentros, Takashi llamaba a Shiori «la esposa de los tiempos difíciles». Estaba seguro de que, aunque se reencarnara en otra vida y pasara un tiempo divirtiéndose a placer con otras mujeres, al final, como quien vuelve a puerto seguro, terminaría casándose otra vez con ella.

Shiori era una mujer un tanto peculiar. Ya habían pasado más de veinte años desde que la conoció, pero Takashi no la había visto llorar ni una sola vez. Tampoco la había visto enfadarse hasta el

punto de perder el control de sí misma. Claro que había momentos en que se reía o momentos en que se deprimía o también otros en que se enfadaba, pero parecía como si su espíritu viviera en una habitación de techo muy bajo, temiendo siempre que, si se dejaba arrastrar por sus emociones, levantaría demasiado la cabeza y se golpearía contra el techo.

Tampoco cuando en cierta cafetería él le confesó que deseaba separarse, Shiori perdió el control de sí misma. Se mantuvo un tiempo en silencio, como si esperase inmóvil a que un arrebato muy peligroso se retirase como la marea, y después, con una voz seca que apenas temblaba, se limitó a esta frase: «Qué cosas tan tristes dices…».

En el instante en que escuchó aquello, Takashi sintió su pecho atravesado por la vívida sensación de que cuando Shiori decía estar triste, realmente lo estaba. Y que esa tristeza se sentaba junto a la Shiori que tenía frente a sí y que, cuando la misma Shiori se marchara, iría pegada a su espalda. Y que cuando Shiori se acostara, la tristeza se metería en el futón con ella y cuando Shiori abriera los ojos por la mañana, la tristeza se despertaría con ella. Que sería una tristeza pegada todo el tiempo a ella como una sombra. Al final, Takashi solo aguantó medio año separado de Shiori.

Durante el tiempo que estuvieron separados, un día Takashi cayó en la cuenta de que aquella personalidad tan formal de Shiori se parecía mucho a la de su propia madre. Y, desde el momento en que lo advirtió, fue como si aquel hecho estuviera escrito en un papel que él llevase pegado en la frente e hiciera reír a todo el que lo viera. «Papá, qué cosas tan tristes dices». No recordaba Takashi que su madre hubiera dicho nunca eso, pero cuando su padre soltaba un torrente de improperios aduciendo razones a cuál más forzada, ella adoptaba una expresión que parecía estar diciendo esa frase. Después de imaginarse varias veces la escena, al final Takashi incluso terminó por sentir que en realidad su madre sí había hablado de tal manera, pero él lo había olvidado. La madre de Takashi falleció cuando él tenía quince años, pero estaba seguro de que, si la

ponía de pie junto a Shiori y les daba un golpecito con el dedo, ambas emitirían un límpido tintineo cargado de una tristeza similar. Nunca se le había pasado por la cabeza que él hubiera buscado una mujer parecida a su madre, pero en cambio sí que sonaba bastante probable que, aunque no la estuviera buscando, cuando cruzó por delante de él le llamase la atención lo suficiente como para detenerse a mirarla. Y entonces, de un modo impreciso, decidiera sentar la cabeza y comenzar a vivir con ella.

Takashi contempló cómo Shiori, con objeto de enfriarla, soplaba el trozo de hamburguesa del menú infantil que había pedido Mio. La niña, impaciente, estaba con la boca medio abierta y, de tanto mirar la carne que tenía pinchada en el tenedor, tenía las dos pupilas casi pegadas al puente de la nariz, ofreciendo un aspecto muy gracioso. Cuando estaba embarazada de Mio, Shiori se dejó el pelo muy corto, aunque antes le llegaba hasta los pechos. Dijo que era porque su cabellera ya no era tan frondosa como antes. Y que, si se lo dejaba largo, el peso del cabello haría que se le aplanase y destacara más el cuero cabelludo de la raya que separaba ambas mitades, lo cual no le gustaba. Takeshi intentó consolarla diciendo que no tenía por qué preocuparse de esas cosas, pero en el fondo sabía que no serviría de nada. «Ah, así que hay mujeres que se dejan el pelo corto por ese motivo», comprendió. «Seguro que Shiori ha dudado mucho hasta que ha tomado la misma decisión». Pero, una vez que ella se dejó el pelo corto, su aspecto se volvió todavía más parecido al de la madre de Takashi. Sin embargo, él no le hizo ningún comentario al respecto.

A continuación, Takashi dirigió la vista hacia Taisuke, quien, sentado a su lado, masticaba la «tortilla francesa esponjosa con arroz».

—Por cierto, Taisuke, ¿cómo va lo de tus dientes?

Hasta entonces, Taisuke comía masticando con unos bocados que levantaban desagradables sonidos chasqueantes, pero al oír la pregunta, de pronto, cerró la boca, adoptó un aire inocente y pasó a comer mordiendo muy poco a poco. Hacía nada que se le habían

caído los dos incisivos centrales de la mandíbula superior y parecía el boquete dejado por una puerta que hubiera saltado por los aires, pero desde unos días antes le había salido el nuevo incisivo izquierdo. Un diente que, además, era tan grande y mellado en su extremo que recordaba a la pala de una excavadora, lo cual, seguramente, terminaría por afear la alineación de su dentadura. Taisuke, a todas luces, había salido en eso a su padre y Takashi se daba cuenta de que la responsabilidad de tener hijos puede alcanzar hasta su dentadura. Recordó que de niño su madre a menudo le pedía perdón por ello. Entonces no comprendía el motivo, pero ahora lo entendía casi demasiado bien.

—¿No piensas enseñármelo? —preguntó Takashi a su hijo en tono de burla. Bueno, pues si no quieres, vale. Sigue comiendo con la boca cerrada.

—Es que le da vergüenza —intervino Shiori. Como tú siempre le dices que parece la pala de una excavadora...

—¿He dicho yo eso?

—Sí, lo dijiste, y hasta tres veces —contestó Taisuke con la misma expresión impertérrita de antes.

—¿Cómo? ¿Y por decirlo tres veces ya no lo enseñas? ¿Descalificado por tres palas?

—¿Qué deporte es ese? —se rio Shiori.

Por lo visto, a Taisuke también le había hecho cierta gracia, ya que abrió inconscientemente los labios un poco más en una sonrisa y asomó el incisivo en cuestión.

—Bueno, pues parece que no —dijo Takashi echando una ojeada al diente. Todavía no he sido eliminado. ¡Aún puedo ver la pala de excavadora!

—¡Déjalo ya! Y baja la voz —reprendió Shiori a su escandaloso marido, aun sin dejar de sonreír.

Mientras transcurría aquella rutinaria cena familiar, Takashi, como quien se sorprende de pronto por una corriente de aire, se dijo a sí mismo: «No había caído en la cuenta, pero ¿consistirá en esto la felicidad? ¿Será que he conseguido alcanzar la felicidad?».

Desde que consiguió una plaza de profesor fijo en la universidad actual, su vida había dado un giro tan inesperado que sentía ganas de frotarse los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. El hecho de que en la primavera de hacía dos años, a los cuarenta y uno de edad, hubiera ascendido a profesor encerró sin duda una gran importancia, pero además contribuyó en gran medida que ya hubiese conseguido publicar hasta seis libros; uno de los cuales, *Los patriotas sin rostro*, que trataba sobre el crecimiento de las tendencias derechistas en la política japonesa actual, se convirtió en un *best seller* al superar los cien mil ejemplares vendidos. En la solapa del libro se incluía una fotografía en color del propio Takashi, más atractivo que nunca, lo cual hizo que tanto Shiori como algunos conocidos bromearan con comentarios del tipo de «los efectos digitales modernos son increíbles, cómo mejoran el aspecto de la gente». Por otra parte, hacía unos tres meses se había publicado un libro consistente en un diálogo entre un filósofo de vanguardia de su misma generación y él, de título *Cómo salvar este Japón insalvable*, que ya contaba con un par de reimpresiones. Sin embargo, seguramente, lo que más contribuyó al cambio experimentado por su vida fue que desde la primavera de este año, a razón de dos veces semanales, había comenzado a intervenir como comentarista en el programa de noticias de una cadena de televisión local de la región de Kanto. Aquella fotografía suya en la solapa del libro no ejercía apenas ningún efecto en la sociedad, pero cuando se trata de la televisión, lógicamente, la diferencia resulta notable y, de pronto, el suyo se volvió un rostro conocido. Incluso el gerente del restaurante donde se encontraban ahora, un hombre de cuarenta y tantos años llamado Ono, hace unas semanas se sobresaltó un poco al reconocer su rostro. No llegó hasta el punto de pedirle un autógrafo, pero a Takashi sí le dio la sensación de que, desde entonces, al menos un tercio del personal del local le trataba con mayor amabilidad.

Con todo, de por sí Takashi era de personalidad prudente, alguien que no se dejaba ilusionar con facilidad. Puesto que pudo

superar los malos tiempos precisamente por no confundir la mala suerte con la ausencia de talento, ahora, como es lógico, tampoco dejaba que la buena suerte desdibujase sus capacidades reales. Pero, más que eso o que ninguna otra cosa, en Takashi existía cierto temor al concepto de ser feliz. Era consciente de que, visto desde fuera, suponía la viva imagen de un triunfador, pero había algo en la palabra «felicidad» que le impedía confiar en ella. La desgracia acechaba continuamente, aguardando el momento en que la felicidad desfalleciera. Lo mejor era permanecer esperando tranquilamente con la boca abierta a que algo cayera. Sin embargo, también en el fondo del corazón de Takashi existía una escena que siempre le aguardaba a él con la boca abierta.

La madre de Takashi falleció cuando él estaba en el tercer curso de la Escuela Secundaria. Por entonces la familia ya se había mudado desde la casa de la ciudad de F a un apartamento de Tokio. Un yakuza de la peor especie se había acostumbrado a frecuentar el establecimiento paterno de *sushi*, por lo que al final no quedó más solución que cerrarlo. Aquel yakuza era un conocido del anterior esposo de su madre, que apareció un día de repente y, recurriendo a todo tipo de procedimientos, consiguió hundir el negocio tras dos años de inusitada persistencia. Por lo visto, la testarudez del padre jugó en contra suya, puesto que le resultaba insoportable el hecho de verse como empleado de otros, de manera que, después de cambiar varias veces de trabajo, terminó por convertirse en taxista, a pesar de que no casaba para nada con su carácter. De por sí, el hombre tenía propensión al sarcasmo, pero durante ese período comenzó a emborracharse con frecuencia. Con eso, se convirtió en un sarcástico alcohólico, poco después en un sarcástico que pegaba a la familia y, por último, en un sarcástico tan tétrico que ni siquiera soltaba sarcasmos. A pesar de que, por lo general, apenas hablaba con la madre, el padre, cuando se emborrachaba, de vez en cuando buscaba satisfacción sexual en ella, sin mediar palabra. Takashi, cuando sentía que al otro lado de la fina pared de su habitación comenzaba a desarrollarse dicho proceso, no podía evitar formarse

en la mente la imagen de sus padres entrelazados en el acto sexual en medio de un paisaje infernal. En esos momentos le parecía que hasta él mismo se veía arrastrado por las redes de un mundo de lo más oscuro.

Cierto día en que Takashi se quedó practicando el bádminton hasta tarde con sus compañeros del colegio, al volver a casa y abrir la puerta del recibidor vio que el interior de la casa se hallaba a oscuras y en completo silencio. Se quedó unos momentos en pie, todavía con la puerta abierta. El trabajo por horas que hacía su madre en el supermercado terminaba a las cuatro, por lo que resultaba bastante raro que no estuviera en casa. Sin embargo, más que eso, lo que le produjo mayor extrañeza fue ver que la aspiradora estaba abandonada de cualquier manera delante de la puerta del dormitorio de sus padres. Ni por un momento pensó que su madre hubiera podido recordar algún asunto urgente mientras pasaba la aspiradora, dejándola allí tal cual para salir a resolverlo. Su madre era una persona tan meticulosa que estaba todo el año colocando las cosas en su sitio y que en una ocasión incluso se permitió exponer ante él una lección vital: «Los hombres desordenan y las mujeres ordenan». Si una madre así dejaba tirada la aspiradora de cualquier manera, tenía que ser porque sintiera la necesidad de resolver antes algo mucho más engorroso.

Aquella aspiradora tirada en medio del pasillo con aspecto sufriente resultaba un elemento desasosegador. Takashi cerró la puerta de la calle y encendió la débil bombilla de luz amarillenta que pendía sobre su cabeza. Por detrás de la aspiradora, se alargaba en línea recta el negro cable cuyo cabo quedaba ensartado entre la puerta y el marco de la entrada del dormitorio, como a media altura. El cable pasaba por allí hacia el interior de la estancia, desapareciendo de la vista. Algo tiraba del cable desde dentro. Y debía de estar haciendo mucha fuerza, porque el culo de la aspiradora, como si fuera un ratón al que están tirando de la cola, estaba un poco levantado, con las ruedas traseras en el aire.

Takashi depositó suavemente su cartera en el suelo, se quitó los zapatos y, cual visitante furtivo, se aproximó a la puerta del dormitorio. Por culpa del cable de la aspiradora pillado en medio, la puerta no se cerraba del todo, dejando una rendija de unos tres centímetros que permitía vislumbrar algo del interior del cuarto. Distinguió la mano derecha de su madre. Caída con laxitud en la penumbra, sin hacer un solo movimiento. La mujer tenía la espalda recostada en la puerta y el cable estaba fuertemente enroscado en torno a su cuello.

Takashi tuvo la impresión de que sabía que ese día llegaría alguna vez. Hacía ya muchos años que el cable de la aspiradora rodeaba el cuello de su madre. Había visto infinidad de veces a su padre borracho sentado a horcajadas sobre el pecho de ella, tirada boca arriba, mirándola con tétrica expresión, como quien se asoma a un profundo abismo, mientras repetía en voz baja, cual conjuro: «Pide perdón y muérete, pide perdón y muérete, pide perdón y muérete…». Aquel conjuro fue goteando sobre el corazón de su madre hasta que rebasó el límite y se derramó, desencadenando la escena actual.

El joven Takashi permaneció allí un tiempo de pie, incapaz de abrir por completo la puerta.

—Eh… Vuelve aquí —dijo Shiori agitando la mano frente a los ojos de Takashi con aire burlón.

Ya estaba acostumbrada a ver así a su marido. Takashi tenía ese mal vicio desde hacía tiempo y con cierta frecuencia, sin importar donde estuviera; de pronto parecía haberse quedado con la mente en blanco, perdido en sus pensamientos como si se hubiera caído a un hoyo.

—Sí, ya estoy de vuelta —contestó él riendo—. ¿Qué pasa? ¿Me preguntabas algo?

Shiori señaló el vaso vacío de Takashi.

—Que si no quieres más cerveza…

—Ah, pues… sí, creo que tomaré otra —contestó él mientras se levantaba —. Pídemela, que voy un momento a los servicios.

¿Quieres venir tú también, Taisuke?

El niño negó con la cabeza adoptando una expresión de hastío y, con la pajita en la boca, comenzó a hacer burbujas en la cocacola.

—Vaya, qué lástima, tendré que ir solo. Llevaba años acariciando el sueño de ir a mear junto con mi hijo.

Takashi se encaminó a los servicios mientras oía a su espada la burlona voz de Shiori.

—Ese sueño tuyo ya se ha cumplido varias veces.

III

De pie frente a los urinarios, Takashi alzó casualmente la vista hacia la ventana que tenía a mano izquierda y entonces la magnífica luna llena que se recortaba en el firmamento pareció abalanzarse sobre sus ojos. «Otra vez está ahí», pensó. El astro, apartado ya del horizonte, se había despojado del tono rojizo previo. Ahora despedía una límpida luz que podía calificarse de centelleante y que dirigía sin recato en línea recta hacia él. Esa misma luna se veía también antes desde la mesa donde estaban sentados los cuatro y en ese momento no le había causado ninguna impresión particular, pero ahora que la miraba encontrándose a solas, su mente se vio imbuida de una sensación de extrañeza inexplicable. Era perfectamente lógico que la misma luna que vio cuando estaban a la puerta de su casa se viera ahora desde los servicios del restaurante, pero a pesar de todo le pareció que el hecho resultaba anormal. Por el fondo de su corazón cruza una idea absurda: «Esa maldita luna me persigue como mi sombra, esa luna es mi luna». De por sí, puede que en eso consistiera la esencia de la luna. El sol asciende sobre todas las cabezas sin hacer distinciones, pero quizá la luna efectúe su ascensión entre las tinieblas del corazón de cada cual.

«Ahora que caigo, ¿cuándo sería la última vez que volví la vista hacia la luna? Me da la impresión de que llevo tiempo sin observarla con atención. Por decirlo un tanto exageradamente, si desde que finalizó mi infancia la luna hubiera dejado de salir, a lo mejor ni me habría dado cuenta. Y sin embargo hoy, no sé por qué, pero parece como si la luna hubiera regresado a mi corazón».

Cuando terminó de orinar y se estaba lavando las manos, Takashi comenzó a notar los embriagadores efectos de las dos cervezas que se había tomado y se regocijaba sintiendo que la risa estaba a punto de aflorar a sus labios. «¿Que la luna viene persiguiéndome? ¿Que la luna ha regresado a mi corazón? Debo de estar mal de la cabeza. No cabe ninguna duda».

Entonces sucedió algo. La puerta de los servicios se abrió a sus espaldas y un hombre cruzó por detrás de él. Takashi pudo seguir su paso por el espejo de los lavabos. De nuevo, ladeó la cabeza pensativo. «¿Hmm? ¿Otra vez?». Pero, al igual que antes, no supo concretar qué fue lo que le extrañó. Pensó que quizá se tratase de alguien a quien conociese de vista y miró de reojo al hombre que ocupaba el lugar frente al urinario donde él había estado. Tendría poco más de cuarenta años, ni muy grueso ni muy delgado, ni muy alto ni muy bajo, con unas gafas de media montura y se vestía de un modo de lo más corriente: un jersey gris y unos pantalones chinos. De hecho, si Takashi se pusiera a rebuscar entre su ropa, seguramente podría adquirir un aspecto que los haría parecer hermanos gemelos. En cuanto al rostro, una vez más, carecía de detalles que pudieran retenerse en la memoria, dado que se hallaba configurado de tal manera que se diría que habían reunido los ojos y narices que hubiera caídos por ahí para escoger los más corrientes y crear con ellos una fisonomía sin mayores complicaciones. En pocas palabras, se trataba de un cuarentón como los que podía encontrar uno en cualquier lugar y sin embargo no cabía duda de que poseía algo especial, único. Algo que, cuando cruzó antes por detrás de Takashi, había acariciado suavemente el revés de su corazón. Pero aquel tacto, cual caricia a contrapelo, produjo una sensación tan desagradable como indefinible en el hombre llamado Takashi Otsuki.

Takashi presintió que el otro se estaba dando cuenta de que lo miraban y que de un momento a otro se giraría hacia él, así que se apresuró a apartar la vista y secarse las manos con el pañuelo. Acto seguido, abrió la puerta y, sintiendo la mirada del otro en su espalda, salió de los servicios. ¿Qué sería lo que le había llamado la

atención en aquel hombre? No tendría nada de extraño que su rostro le sonara. Los clientes de ese restaurante debían de ser en su mayoría gente del vecindario. Sin embargo, no podía apartar de su mente la idea de que no se trataba de eso. Pero si no era así, entonces ¿qué era? Al pensar en ello, le pareció que en los servicios había expulsado también hasta la ligera embriaguez de antes. Si es que aquel hombre se sentaba en una mesa próxima a la de ellos, le pediría a Shiori que se fijara en su rostro. Quizá ella podría identificarlo.

Mientras continuaba pensando en esto y aquello acerca del hombre de los servicios, Takashi se aproximaba a la mesa familiar con la cabeza en las nubes. Allí se topó con otro extraño panorama. Por algún motivo, tanto Shiori como los niños tenían la cabeza vuelta hacia la ventana y miraban algo que había en el exterior. No daba la impresión de que, sin querer, se hubieran girado todos al mismo tiempo hacia la ventana, sino de que ahí fuera había algo o bien había sucedido algo que los llevaba a clavar en ello su mirada. Esa era la impresión que producían. Tras ocurrírsele esa idea, echó una ojeada en torno suyo y advirtió que no solo su familia se hallaba pendiente del exterior. ¿Por qué no se daría cuenta nada más salir de los servicios? Y no eran solo los comensales, que podría entenderse, sino que hasta el personal del restaurante que estaba en la cocina tenía el rostro vuelto hacia las ventanas y parecía hechizado por lo que hubiese fuera. Sí, realmente «hechizado» era la palabra que mejor se ajustaba.

Takashi se paró en seco y, siguiendo la mirada del resto de la gente, dirigió a su vez la vista hacia el exterior. No había escuchado ningún ruido acorde, pero quizá se hubiera producido un accidente de tráfico frente al local. Sin embargo, por más que paseaba la vista por el espacio de la calle que permitían contemplar las ventanas, no distinguía nada que lo corroborase. ¿Qué demonios podría atraer la atención de todo el mundo de una manera tan unísona para que

estuvieran mirando así? Todos y cada uno de los presentes parecía tener la vista ligeramente alzada, pero tampoco se veía nada de particular en el cielo. Como mucho, la luna…

Entonces Takashi se dio cuenta de algo. El interior del local se hallaba en completo silencio. No se oía ni una sola palabra. Tampoco el sonido de la vajilla entrechocando. Ni siquiera música de fondo, un sonido de lo más normal en un restaurante. Todos los presentes e incluso el restaurante mismo habían enmudecido, se encontraban paralizados e inmersos en la única actividad de poner la atención en el exterior.

Takashi dirigió una vez más la vista hacia fuera. Permaneció un rato mirando y al poco tiempo sintió como un punzante escalofrío ascendiendo por su columna vertebral. No se movía ni un solo vehículo. Justo enfrente del restaurante había un cruce y el semáforo de la carretera nacional estaba en verde, pero todos los vehículos aparecían parados en puntos arbitrarios, sin que el tráfico circulase.

«Es igual que si el tiempo se hubiera detenido. ¿No habrá nada por ahí que se mueva aparte de mí?». Mi mirada corrió por todas partes como si quisiera abalanzarse sobre el mundo. Los árboles. Los árboles que adornaban la acera de enfrente se mecían suavemente por la brisa nocturna. Un momento, no solo los árboles. En las largas macetas colocadas en torno al restaurante había plantadas varias banderas de reclamo del establecimiento y también se agitaban sin descanso por el viento. En otras palabras, el tiempo no se había detenido. Por una parte, me sentí aliviado, pero por otra estuve a punto de echarme a reír. «¿Detenerse el tiempo? ¿Qué clase de cosas me pasan por la cabeza? Pero, un momento. Entonces, ¿qué sucede con toda esta gente? ¿Por qué se hallan inmóviles con la mirada vuelta hacia fuera? ¿Por qué nadie dice ni una palabra?».

Takashi se apresuró a ir junto a Shiori y, agarrándola por los hombros, la zarandeó un poco mientras la llamaba. No se movía. Y no solo no contestaba, sino que ni siquiera lo miraba. La zarandeó

un poco más fuerte volviendo a llamarla varias veces, pero seguía igual. Sentada en el sofá con expresión ausente y la vista puesta en el firmamento nocturno, como si su alma hubiera escapado. Se fijó con detenimiento en su rostro y advirtió que tampoco parpadeaba. Le tocó una mejilla, pero no estaba fría. Le agarró la mano derecha que reposaba sobre la mesa y con el pulgar le apretó la muñeca para comprobar el pulso. Latía con normalidad. A continuación, alargó los brazos y probó a sacudir los hombros de la pequeña Mio, sentada frente a Shiori, pero, de la misma manera, no mostraba ninguna reacción. Aquella niña de dos años a la que tanto costaba hacer callar o que se estuviera quieta ahora estaba en silencio y paralizada, con la vista levantada hacia el cielo. Agarró la cabeza de Taisuke y probó a girarla hacia él, pero el cuello estaba rígido y el tacto le produjo la desagradable sensación de que, si intentaba torcerlo a la fuerza, se partiría.

Takashi volvió a sentarse al lado de Taisuke y, relajándose, comenzó a seguir la vista de los tres para dilucidar el objeto de su atención. Tal y como le pareció en un principio, debía tratarse de la luna. No cabía otra posibilidad. Todo apuntaba a que esa sospechosa luna llena concentraba sobre sí el conjunto de las miradas como si formaran un haz. Pero entonces, ¿qué diferencia existiría con la luna llena de otras veces? Precisamente porque tenía que ser algo anormal todo el mundo había alzado la vista hacia ella.

Se dispuso a fijar una vez su mirada en la luna, pero, en el último instante, apartó la vista.

«Si realmente todos han terminado en este estado por mirar la luna, lo normal será que me pase también lo mismo».

Volvió a escrutar los rostros de su familia con detenimiento y después paseó la vista por el establecimiento como rogando que hubiese alguien consciente aparte de sí mismo. No encontró a nadie. Todo a su alrededor se hallaba tan inmóvil que hasta le daba reparo respirar. ¡Qué tétrico resultaba el panorama! Todos a un tiempo habían levantado la vista hacia la luna y en ese momento quedaron como congelados. Si existiera una fotografía tridimensional que

captase un instante en la vida del planeta, seguro que tendría ese mismo aspecto. Y si alguien por descuido introducía los pies en ella, se sentiría como si le hubieran lanzado al lado opuesto de donde sonaban las palabras.

Takashi permaneció un tiempo con la mente en blanco sin saber a qué atenerse, pero tenía la impresión de que, al fin y al cabo, no podría evitar dirigir la vista hacia la luna. Sentía que no podía dejar de comprobar el aspecto del enemigo. Pensándolo bien, hasta un momento antes, había estado mirándola largo rato desde la ventana de los servicios y también después de salir del cuarto le echó un par de vistazos, aunque bastante rápidos. Si uno acabase en aquel estado por mirar la luna, él también tendría que estar ya igual. Takashi giró el cuello poco a poco y, por el rabillo del ojo, como con disimulo, miró hacia la luna llena. Estuvo un tiempo así. Revivió en él aquella antigua emoción que, ascendiendo por la rabadilla como si fuera el eje del mundo, le hacía sentir gradualmente que «esa es mi luna, la luna que asciende en una noche exclusivamente mía».

Entonces le dio un vuelco el corazón. Le pareció que la luna se movía. Como un corazón blanco surgido al abrirse el pecho de la noche, palpitaba con aspecto suave, esponjoso.

«No, debe de ser una ilusión óptica. Si uno se queda con la vista clavada en algo, sin mirar nada más, parece cobrar vida y latir, se trate de lo que se trate. La luna no está moviéndose. Pero entonces, ¿qué pasa? Tiene que existir algo que esté cambiando. Necesariamente… Ah, ahora caigo. La luna está rotando, ¿no? La Luna no muestra su cara oculta a la Tierra de ningún modo, pero ahora se está dando media vuelta. Fíjate bien. El cráter Tycho, que despide unos haces de luz blanca con aspecto de ofiura, se está desplazando lentamente hacia la derecha, ocultándose cada vez más. Y el Mar de las Nubes, el cráter Copérnico, el Mar de la Lluvia y el cráter de Anaxágoras van desapareciendo también uno tras otro».

En un momento dado, la rotación se detuvo. La Luna, tras mostrar por primera vez su cara oscura, se paró en seco. Como si ese fuera en realidad su verdadero rostro. En la mitad posterior de la

Luna apenas había mares. Y ni se veía la figura del conejo preparando pasteles mochi, ni la chica llevando un caldero, ni la anciana leyendo un libro, ni el hombre con leña a su espalda[1]. En otras palabras, la cara posterior de la Luna carecía de historias asociadas a ella. Carecía de emociones. Era un resplandeciente mundo de color blanco, desolado y recubierto de hoyos similares a la viruela, una imagen que recordaba a un papel tradicional japonés recién colado sobre el cual hubiera caído una lluvia de gotitas dispersas.

Takashi se mareó como si en vez de la luna fuera su cerebro el que se hubiera vuelto del revés y, sin poder evitarlo, apartó la vista del cielo nocturno. En ese instante vio algo todavía más anormal. De repente, Taisuke se había girado. Pero no solo Taisuke. Shiori también. Y Mio. Se volvieron todos a una hacia él. Takashi se estremeció ante la forma tan siniestra en que se giraron. Quedaron mirando hacia él en apenas un instante, como si sus cuerpos se hubieran licuado y las cabezas se hubieran deslizado sobre el líquido.

Con aquel movimiento tan desasosegador por el que las articulaciones parecían haber sido devueltas a la fuerza a su condición humana, en ese instante que casi invitaba al vómito, todo recuperó de forma inmediata su actividad anterior y el alboroto de la realidad reverberó por el local. El restaurante, hasta entonces sumido en una calma absoluta, se llenó de pronto con el ruido de afables conversaciones y el entrechocar de la vajilla, mezclados con el hilo musical a base de una pieza para orquesta. Aquel conjunto de sonidos se combinaba con armonía, formando un todo que parecía haber sido preparado a propósito para ejercer de tapón auditivo. Ante aquella sacudida tan salvaje con que el mundo circundante volvía a la realidad, Takashi se sintió como si lo levantaran en vilo y al momento pareció que su alma flotaba desconcertada.

Un sonriente camarero pasó junto a él llevando un cestillo con pan recién hecho. Oyó cómo una mujer de edad avanzada sentada a su espalda decía: «Tal y como suponía, en la competición deportiva del colegio de mi nieto, hacían ejercicios en grupo...». Por la

carretera nacional que discurría frente al restaurante cruzó un autobús de línea regular y después otro. ¿Cómo interpretar lo que acababa de suceder? ¿Había estado soñando? Takashi miró inquieto hacia el firmamento nocturno. La luna llena seguía allí y, tal como le pareció antes, el conejo que preparaba mochis no estaba. La Luna había hecho desaparecer esa bobada propia de un cuento y, con firmeza, miraba hacia abajo con su cara posterior, impregnada de frialdad. Sin duda, no se trató de un sueño. ¿O quizá fuera que seguía soñando? Uno de esos sueños donde parece que te despiertas una y otra vez.

—Perdón... —habló por fin Shiori, sentada frente a él.

Tenía el entrecejo fruncido y parecía tremendamente confusa, quizá por advertir que su marido se comportaba de manera extraña. Pero al menos hablaba. Después de todo, las cosas volvían a su curso.

—¿Eh, qué? —contestó Takashi.

—¿Quién es usted? —le preguntó Shiori con voz temerosa—. Ese asiento está ocupado por mi marido…

—¿Eh? —exclamó Takashi entre sorprendido y divertido—. ¿Qué es esto? ¿Un nuevo tipo de juego?

Takashi sonrió como intentando participar del juego y miró hacia Taisuke, sentado a su lado, pero el rostro del niño delataba una mezcla de fastidio y temor. Le devolvió la mirada y luego giró la vista hacia la madre para estudiar su reacción. Nada en su rostro ni en la rigidez de su cuerpo podía sugerir que jugaba. En cuanto a Mio, con los ojos clavados en algún punto indefinido, tenía los labios sellados y estirados, con las comisuras apuntando hacia abajo, como si concentrara todas sus fuerzas en repeler la presencia de Takashi. Era la actitud que adoptaba cuando se le acercaba un desconocido, sobre todo si se trataba de un hombre.

—No, no es un juego —continuó Shiori con un tono que mostraba ya no solo desconfianza, sino también un brote de rechazo y temor que intentaba contener en la garganta—. Mi marido acaba de ir un momento a los servicios, pero… Bueno, quiero decir que

esta mesa está ocupada por nuestra familia. ¿Por qué viene a sentarse aquí de repente?

Takashi quería replicar con un «¿cómo?», pero no consiguió articular palabra y se le congeló la sonrisa que antes había desplegado con despreocupación.

Cuando vio aquellos ojos de Shiori, fríos y acerados, cual persiana metálica que desciende, Takashi acusó un fuerte impacto y, a pesar de conocerla desde hace tiempo, le sorprendió que fuera capaz de lanzar aquella clase de mirada. Y lo mismo en cuanto a ese «aquí de repente» final, que reverberaba de un modo tan cortante como Takashi no recordaba haber escuchado nunca. Imposible pensar que estuviera fingiendo. Shiori se giró una vez hacia los servicios, quizá para buscar a «mi marido», pero dado que al parecer no lo encontraba, volvió a clavar en Takashi su terrible mirada. Seguramente era una expresión similar a la de la hembra de cualquier mamífero cuando pone toda su energía en proteger a las crías; en este caso, los dos niños sentados a esa mesa familiar donde de pronto se había instalado un hombre desconocido.

«Bueno, y si yo no soy "su marido", entonces ¿quién demonios soy?». Takashi miró hacia el cristal de la ventana que quedaba más allá de Taisuke y comprobó en él el reflejo de su figura flotando contra la noche. Ahí estaba el rostro con gafas de Takashi Otsuki, cuarenta y tres años, profesor de universidad y comentarista del programa televisivo de noticias de la noche. Con la zona del bigote y la barbilla ennegrecidas por no haberse afeitado y las mejillas caídas, de pronto cayó en la cuenta de que ofrecía un aspecto envejecido y miserable, aunque el aura de desesperanza que transmitía era el habitual. No cabía duda de que, lógicamente, era él. Sin embargo, enmarcada en aquel luminoso y bullicioso interior del restaurante que se reflejaba también en el cristal, su figura era lo único que resultaba oscuro, apagado, como si fuera un hombre surgido de la noche que se hubiera mezclado entre los demás.

Shiori parecía haber agotado su paciencia, porque levantó una mano y diciendo «perdóóóón» se puso a llamar al camarero.

Takashi, impulsivamente, comenzó a levantarse del asiento, pero a la mitad se detuvo pensando: «¿Y por qué tengo yo que marcharme?». Sin embargo, al final optó por levantarse. Entonces, se dirigió a su esposa.

—¡Shiori! Tú eres Shiori, ¿no? —dijo en un intento de que la otra dejara de buscar ayuda.

Poco le faltó para decir «querida», pero nunca la había llamado así. Otro tipo de apelativos cariñosos habituales entre esposos afloraron a su garganta, a los que estaba tan poco acostumbrado como al anterior, pero le dio la impresión de que si los usaba la distancia entre ambos se volvería irreparable, por lo que no se decidió. Durante los más de veinte años que había durado su relación con Shiori, siempre la había llamado por su nombre, sin recurrir a ningún otro tipo de vocativo especial. Sin embargo, ahora Takashi se encontraba con que carecía de una palabra específica con que poder llamarla y no le quedaba más remedio que señalarla y seguir preguntando desesperadamente: «Eres Shiori Otsuki, ¿no?».

Shiori se sobresaltó y, volviéndose hacia él, se quedó mirándolo. Su expresión traslucía que pensaba que quizá se conocieran e intentaba rebuscar con todas sus fuerzas en sus recuerdos. Permaneció un tiempo en silencio escrutando el rostro de Takashi con mirada de sospecha y finalmente preguntó:

—¿Nos hemos visto en alguna parte?

Takashi exhaló un pesado suspiro en un rincón del fondo de su corazón. Llegados a este punto, ¿qué respuesta podría dar acerca de dónde se habían visto? ¿Que se conocieron hace más de veinte años en el compartimento de un karaoke donde se reunía un grupo de aficionados a la música ligera? ¿Que se veían todas las mañanas al despertarse en la cama? ¿O todas las noches en el recibidor de casa cuando él volvía? ¿O en ese mundo que quizá existiera todavía donde al levantar la vista hacia la luna se veía su cara frontal?

Ono, el gerente del restaurante, debía de haber reparado en el ademán de Shiori o detectado el olor de algún problema porque, deteniendo a un camarero con un gesto de su mirada, se aproximó a la mesa. Ono parecía muy cansado, ya que en su rostro, de por sí pálido y apagado, los ojos eran como los de un muerto. Sin embargo, al menos cuando estaba en el restaurante, interpretaba el papel de hombre que actúa con presteza para satisfacer los deseos de los clientes. Durante un instante cruzó por el interior de Takashi la frágil esperanza de que con toda seguridad aquel hombre debía conocerlo por haber visto su rostro en la televisión, pero enseguida perdió la confianza. Considerando que hasta su propia familia le había olvidado, ¿cómo iba a recordarle el empleado de un restaurante con el que nunca había intimado?

Ono se plantó delante de Shiori y, enarcando las cejas con un exagerado gesto que expresaba «¿algún problema?», se limitó a preguntar:

—¿Sí...?

Shiori, por su parte, delataba en su rostro la falta de confianza acerca de si conocía o no a Takashi, pero dijo:

—Bueno... Es que como este hombre ha venido de repente a sentarse con nosotros...

Ono asintió con energía en un evidente intento de calmar cuanto antes la intranquilidad de Shiori. Después de echar un vistazo a Takashi, le preguntó:

—Disculpe, pero ¿se conocen ustedes?

Acto seguido, miró alternativamente a uno y otro, atento a las reacciones de ambos. Shiori parecía a punto de contestar algo, pero Takashi la cortó adelantándose.

—Señor Ono —comenzó llamándole por su nombre, como agarrándose a ello—, usted nos conoce, ¿verdad? ¿Acaso no venimos a menudo a comer en familia los cuatro a este restaurante?

Ono volvió a mirar a Takashi, después a Shiori, después a los niños y finalmente, como dándose importancia, volvió a dirigir la vista hacia Takashi. Entonces, adoptando una expresión que

mostraba lo mucho que lamentaba la situación y cómo se avergonzaba de ella, inclinó la cabeza en una reverencia.

—Lo siento mucho, pero… ahora mismo no consigo recordar el nombre del caballero. El señor Otsuki sí que viene a menudo a comer con su familia, pero…

—¡Pues eso mismo! ¡Yo soy ese señor Otsuki! ¡Takashi Otsuki!

Incapaz de contenerse, Takashi había levantado la voz. Ante lo absurdo de la situación, su consciencia empezaba a tambalearse y se sentía como en mitad de un sueño.

«Pero ¿qué es esto? ¿Dónde está la salida? ¿Iré a despertarme de un momento a otro? Y a mi lado estará acostada Shiori con expresión somnolienta y los ojos entreabiertos. Susurraré junto a su pecho "He tenido un sueño espantoso", restregaré las mejillas contra su cuerpo y me comportaré como un niño que busca cariño».

Sin embargo, la Shiori que tenía ahora Takashi frente a sí era la viva imagen del rechazo y el hastío, más aún desde que él proclamase a voces con toda seriedad que era Takashi Otsuki, su esposo. El resto de los clientes comenzaba a mirar hacia ellos con aire molesto al ver turbada su paz. Taisuke fruncía el entrecejo con una arruga de encantadora inocencia y parecía asombrado por la actitud de los adultos junto a él, mientras que Mio había terminado por romper a llorar y, gateando por el sofá, se acercaba a Shiori diciendo «mamáaa». Shiori cogió en brazos a Mio y, tal y como soñaba antes Takashi que haría él, la estrechó contra su pecho y comenzó a frotarle la espalda en una especie de prolongada caricia.

Después de aquello, un nuevo golpe vino a sumarse a los anteriores. Llegó el hombre de las gafas con quien Takashi se había cruzado en los servicios y se acercó a Shiori mientras decía: «¿Qué pasa, qué pasa? ¿Qué ha sucedido?».

—¡No lo sé! —gritó ella como si escupiera—. Este hombre raro se ha sentado de pronto con nosotros y dice que… Realmente me da asco.

El tono con que hablaba encerraba un eco de familiaridad que incluía el reproche hacia el marido que no estaba donde debería

haber estado. El hombre miró hacia Takashi con aire perplejo. Por unos momentos sus miradas se cruzaron. Takashi sintió que aquel cruce de miradas era como el contacto entre dos polos magnéticos del mismo signo, que se repelen.

Una vez más, Takashi contempló con detenimiento a aquel hombre. Su complexión era más o menos la misma que la suya, pero es que hasta la manera de vestir, el peinado o las gafas se asemejaban. A pesar de lo cual, existían pequeñas diferencias en todos y cada uno de dichos aspectos. La suma de esas pequeñas diferencias era lo que producía que ambos fueran dos personas claramente distintas. Sin embargo, si en este mundo existieran dos personas intercambiables, probablemente serían estos dos hombres. Seguro que la sensación de extrañeza que asaltó a Takashi en los servicios fue algo similar a la de quien escucha una grabación de su propia voz, un sonido discordante donde se mezcla la familiaridad con la irrupción de un extraño.

El hombre acarició suavemente el hombro de Shiori con un movimiento de la mano que parecía pedir disculpas, lo cual le prestaba un aspecto todavía más odioso a ojos de Takashi. En el instante en que asistió a aquella escena, Takashi se vio asaltado por una salvaje emoción desconocida que de ningún modo quería calificar de «celos». Era como si le arrancasen el corazón de su propia existencia y, sin poder evitarlo, la rigidez dominó su cuerpo. Quería abalanzarse sobre aquel hombre, agarrar su mano para retorcérsela mientras gritaba tan cerca de la oreja como si fuera a arrancársela de un mordisco: «Shiori es mi mujer». Pero ya no se trataba solo de Shiori, sino que hasta Taisuke y Mio parecían estar convirtiéndose ya en propiedad de ese hombre. Las piernas de Takashi avanzaron un paso sin que él fuera consciente. Entonces Ono se interpuso entre ambos, frenando el avance.

—Estimado cliente —dijo con voz apaciguadora—. Este lugar no resulta adecuado. ¿Le importaría venir conmigo para que hablemos del asunto?

Takashi miró a Ono a los ojos. En los extremos se reunía un conjunto de arruguitas, pero en el fondo de las pupilas se reflejaba la pesadumbre de tener que sacar de allí de la forma más pacífica posible a ese cliente tan molesto al que se le había soltado un tornillo de la cabeza. La sentencia quedaba anunciada. Era Takashi quien iba a ser apartado de la sociedad.

«El mundo me saca solo a mí de su sitio y el círculo se cierra sin resquicios. Pero ¿a dónde me sacan? ¿Se puede saber qué lugar es este?».

Una vez más, Takashi alzó la vista hacia el cielo nocturno. ¿Sería que aquella luna llena que se había dado media vuelta en mitad del otoño conseguía por fin hacer caer en la trampa a su largo tiempo perseguida presa? Su forma de brillar ya mostraba a las claras arrogancia.

IV

Sin embargo, Takashi no había sido expulsado por completo del mundo.

—Oye, ¿qué estás haciendo ahí? —dijo una voz a sus espaldas.

Era una voz de mujer irritada. Takashi no pensó que se estuviera dirigiendo a él. Pero Ono enarcó las cejas al momento y le miró con expresión inquisitiva para ver su reacción. Takashi se dio media vuelta. Había una mujer en pie frente a él. Tendría unos cuarenta y pocos años, con facciones proporcionadas y un mentón estrecho y afilado que, junto con su nariz, señalaba hacia Takashi. La expresión revelaba severidad. Vestía con un estilo muy llamativo y su piel era morena, pero con apariencia reseca. Sus esbeltos hombros apuntaban hacia arriba, los ojos eran penetrantes y los labios finos. A Takashi le disgustaban todos aquellos detalles, pero lo que más le desagradó fue el impreciso aire de víctima que ensombrecía su entrecejo. Mucho más porque quizá una sombra idéntica se extendía por el entrecejo propio.

La mujer miró unos segundos a Takashi a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Se puede saber qué sucede?

Tras formular la pregunta con tono irritado, paseó la vista por los presentes y después volvió a mirar a Takashi. Ahora más que enfado parecía delatar confusión, pero de una manera en que Takashi no podía verla para nada como alguien que se ponía de su parte.

—Oh… ¿Se conocen ustedes? —preguntó Ono.

Takashi no recordaba en absoluto a aquella mujer, pero ella se comportaba de manera indudable como si lo conociera a la perfección. Si entraba dentro de lo posible que su esposa e hijos, con los que estaba comiendo hasta hacía un rato en torno a la misma mesa, sostuvieran que el cabeza de familia era un hombre por completo desconocido, también había que aceptar que una mujer salida de repente de no se sabe dónde fuera una conocida suya.

Takashi se quedó de pronto sin saber qué contestar a Ono y adoptó una expresión que podía interpretarse de cualquier manera, mirando a la mujer como quien no quiere la cosa. Pelo largo teñido de castaño, chaqueta de reluciente cuero rojo oscuro, pintalabios rosa claro y suave brillo metálico… Su apariencia demostraba el cuidado puesto en seguir siendo una mujer atractiva, pero, al mismo tiempo, ofrecía también el aspecto de ser una mujer que ha tenido que lidiar con muchas dificultades y que había llevado una vida activa, quizá al frente de un local o gestionando una pequeña empresa. Se acercó un poco más a Takashi y, señalando con su huesudo pulgar a Shiori y compañía, espetó con voz áspera:

—Me estaba preguntando dónde te metías. ¿Qué haces aquí? ¿Conoces a esta familia?

Takashi reparó en que, aparte de llevar un bolso al hombro, la mujer tenía en la mano una bolsa de plástico del restaurante. Nada más entrar en el establecimiento había un rincón destinado a panadería, donde vendían el pan hecho en el propio horno del fondo. Es decir, que la mujer acababa de comprar allí. Y, seguramente, cuando terminó de pagar, se dio la vuelta y se encontró con que el hombre que la acompañaba, es decir Takashi, ya no estaba. Echaría un vistazo por el restaurante pensando que habría ido a los servicios y le descubrió en el fondo del local perdiendo el tiempo con otra gente. Esa parecía ser la situación.

—Bueno, sí, en cierto modo son conocidos —contestó Takashi sin saber cómo seguir.

Pensó que lo mejor era marcharse de allí. De momento, se iría del restaurante con aquella mujer.

La mujer volvió a dirigir la vista hacia Shiori y los niños con aire insatisfecho. Acto seguido, cuando se fijó en el hombre que había adoptado el papel de cabeza de familia, pareció sorprenderse ligeramente y miró a Takashi con rostro inquisitivo. A juzgar por su actitud, la mujer parecía reconocer a aquel falso Takashi que acababa de llover de no se sabe dónde. No obstante, Takashi optó por ignorar su reacción y, tomándola del brazo, susurró:

—Ya he terminado. Salgamos.

Al oír aquello, el pobre Ono recuperó su alegre expresión como si alguien hubiera pulsado el pertinente botón.

Mientras se encaminaba a la puerta de salida, Takashi se giró una sola vez para volver a mirar a su familia. Shiori, que continuaba con Mio en brazos, le devolvió la mirada con un aire cercano al desprecio. Hasta entonces nunca hubiera creído que fuera una mujer capaz de adoptar una expresión así. Al fijarse en Taisuke, sus miradas se cruzaron, pero el niño apartó la vista enseguida. Mio fue la única que no le miró. Takashi volvió a girar la cabeza hacia delante mientras sentía que todos sus recuerdos se desgarraban y que era como si estuviera abandonando allí su propia vida. La sensación de huida le calaba toda la espalda.

«Si arrancan a Shiori y los niños de mi vida, ¿qué es lo que me queda? No me queda nada».

Sintió que solo su cascarón se había levantado de aquel asiento y que un cuerpo vacío de carne estaba andando hacia la puerta.

Fuera como fuese, su cabeza se encontraba demasiado confusa ante la situación. Deseaba quedarse a solas cuanto antes y pensar con calma acerca de lo acontecido. Pensar a fondo. La mujer apretó el paso a su espalda haciendo sonar los tacones y, como acuciándole, le susurró: «Oye, ese hombre de antes…». Takashi no quiso escucharla y cruzó deprisa por delante del rincón de la panadería, saliendo a la calle por la puerta de cristal de doble hoja que se abría automáticamente. Una vez fuera, ya no sabía a dónde

ir, pero por lo menos había salido. Al pisar la acera se paró en seco y se dio media vuelta, quedando por fin frente a frente con aquella mujer desconocida.

—Oye, ese hombre de antes, ¿por casualidad no será…?

La mujer volvía a repetir la pregunta, pero Takashi la detuvo con un gesto de su mano y, como si quisiera abalanzarse sobre ella, preguntó a su vez:

—¿Conoces a ese hombre?

La mujer cortó la frase anterior y, tragando saliva, le miró como en tensión, con aspecto de estar pensando: «Pero ¿qué demonios le pasa?». Takashi, ignorando su reacción, insistió:

—Contéstame, por favor. ¿Conoces a ese hombre? ¿Quién es ese sujeto?

—¿Quién va a ser? —contestó la mujer incapaz de aguantar la presión que sentía mientras intentaba dilucidar si el otro estaba en sus cabales o no—. ¿No te acuerdas? Siempre me hablabas de él. Decías que salía por la tele alguien con tu mismo nombre. Creo que en las noticias o en uno de esos programas sobre gente famosa…

—¿El mismo nombre? ¿El tipo ese y yo?

—Pero… ¿de verdad no te acuerdas? Me lo contaste varias veces. Decías que «el tipo ese se llama como yo y hasta se escribe igual el nombre»[2]. Me dijiste también que teníais la misma edad y creo que comentaste que tantos parecidos te hacían sentir mal…

—Entonces, ¿se trata quizá de aquel tipo? El profesor de la Universidad S… ¿El que sacó un libro?

—Pues eso creo. Y, además, ¿no me contaste que una vez le llevaste a casa en el coche desde la estación de K? Que le habías reconocido por la tele y estabas seguro de que era él. ¿De verdad lo has olvidado? ¿Te encuentras bien?

—¿Que lo llevé en el coche? ¿Qué coche?

—Pero… ¿cómo que qué coche? —respondió la mujer rompiendo a reír incapaz de contenerse ya más—. Pues en tu taxi, claro. ¿Cuál si no?

Se reía de esa manera tan particular de la gente acostumbrada a burlarse de los demás, con un soniquete enervante.

—¿En mi taxi?

Por un momento Takashi se quedó tan sorprendido que no supo cómo reaccionar. Así que aquel hombre era ahora un profesor de universidad y él un taxista… Con un impulso repentino se sacó la cartera y extrajo de ella el permiso de conducir. La foto era ciertamente la suya. Un rostro sin vida, que parecía conservado en formalina. A juzgar por la foto, lo mismo podía ser un probo taxista que un profesor de universidad que un hombre dispuesto a alquilar un coche con objeto de empotrarlo contra una multitud para ver cómo la gente caía como espigas. El nombre que constaba como titular del permiso era «Takashi Otsuki». Sin pretenderlo, experimentó alivio. Al menos el nombre no se lo habían arrebatado. El lugar del registro familiar también coincidía, pero la dirección de dicho registro difería. Allí ponía Nishi Honmachi 3-2-203, ciudad de K. Al leer el nombre de Nishi Honmachi vino a su cabeza la imagen del desordenado barrio que se extendía por la zona oeste de la estación de K y elucubró dónde quedaba más o menos aquella dirección. El número 203 sugería que probablemente se trataba de una casa de apartamentos. Por un momento pensó que quizá viviese con esa mujer que tenía al lado, pero algo le decía que no era así. La actitud de ella no era tan pegajosa como para sospechar que existiera tal intimidad.

Pero, dejando eso aparte, al leer la línea correspondiente al tipo de permiso de conducir, lo que constaba era «Ordinario B». Le dio la sensación de que era la primera vez que fijaba su atención en aquel apartado, pero como es lógico lo que indicaba era que se trataba de un permiso de conducir apto para vehículos ordinarios hasta la categoría B. La fecha en que obtuvo tal licencia era, según constaba, el 12 de septiembre de 2004. Es decir, hacía once años. Parecía una broma de mal gusto. Entre todas las posibilidades existentes, resulta que era taxista, la última profesión que tuvo su padre. Claro que de por sí todo el asunto era como una broma de pésimo gusto.

Alzó la vista del permiso de conducir. La mujer se cruzó de brazos con expresión de que todo se había echado a perder y suspiró exageradamente. Takashi deseaba conocer qué relación guardaba la mujer con él, pero le daba reparo lanzar directamente aquella pregunta a la interesada. Le disgustaba, claro, que dudase de su cordura, pero tampoco quería herir sin necesidad los sentimientos de ella. Cualquier mujer se sentiría dolida si de pronto una noche el hombre con el que mantenía una relación le preguntara con toda seriedad: «¿Y tú quién eres?».

Aquella mujer mostraba a las claras que ya se hallaba bastante confusa e irritada por el asunto y se diría que si uno alargaba la mano hacia ella terminaría pinchándose los dedos. Por otra parte, al igual que Shiori y los niños, no daba muestras de estar fingiendo. Seguramente era una mujer de lo más desagradable. Una de esas que se pasan el día buscando los defectos de los demás, que mienten sin cambiar un milímetro su expresión, que nunca se disculpan y que dicen que, como han sufrido muchos desencantos, por eso no confían en nadie. Seguro que era una mujer de esa clase. Habría conocido infidelidades sentimentales, fracasado una o dos veces en el matrimonio y no tendría hijos. Desde el mismo día en que conocía a un nuevo hombre, iría acumulando sospecha tras sospecha para luego no desencantarse, y el día que se separara se reiría sarcásticamente farfullando: «Ya sabía yo que todos los hombres son así». Sin duda era una mujer que siempre se sentía sola.

A Takashi le pareció que todas aquellas características estaban grabadas en su reseca piel. Si pudiera hablar a la mujer con total franqueza, sin ocultarle nada, y ella le dijera que su relación con el taxista Takashi Otsuki duraba ya diez años, sin duda sería una realidad tan indudable como la de esos mismos diez años que el profesor de universidad Takashi Otsuki había vivido con Shiori y sus hijos. Inopinadamente, en el interior de Takashi había brotado la firme idea de que el mundo estaba hecho así. Pensó que quizá en todas partes del planeta, en esta y aquella ciudad, se estuvieran

cruzando de noche parejas de personas que vivían realidades contradictorias.

—Sí, puede ser... —concedió Takashi mientras volvía a guardar el permiso de conducir—. Cierto, ahora recuerdo. Una vez subí a aquel hombre en mi taxi. Debo de estar un poco mal de la cabeza.

La mujer relajó un poco su expresión y, con aspecto de no saber muy bien qué contestar, se limitó a decir con desgana:

—Sí, a lo mejor es eso...

Tenía aspecto de tristeza, por lo que, de un modo impreciso, Takashi comenzó a pensar que se hallaba en deuda con ella. El cambio de percepción le resultó inesperado. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que había salido antes de los servicios del restaurante? ¿Diez minutos? ¿Quizá quince? No podía ser mucho más. Pero, cosa extraña, le parecía que hacía ya mucho tiempo que había caído en desgracia, perdido el cariño de su familia y que, en cambio, esta mujer le había rescatado. La idea cruzó fugazmente por su cabeza. Y, a pesar de todo eso, Takashi ni siquiera conocía el nombre de la mujer.

—Oye, perdona que te haga de pronto una pregunta un tanto rara... —comenzó Takashi buscando las palabras adecuadas—. A ti ¿te gusta tu nombre?

—¿Eh? ¿Pero qué...? ¿A qué viene eso, de repente?

La mujer sonrió desconcertada, torciendo ligeramente una mejilla.

—No sé, se me ha ocurrido de pronto, nada en especial.

—Desde luego que andas un poco raro desde hace un rato. ¿Mi nombre? Pues, no sé si puede decirse que me gusta, pero al menos el ideograma de «yu» no es el de «excelente» y eso ya es algo. El «Yuko» mío se escribe con el «yu» de «atardecer» y creo que eso se ajusta más a mí...

—Cierto —asintió Takashi pensando que Yuko era un nombre muy apropiado para aquella mujer—. Creo que tienes razón. Desde luego un nombre asociado con la mañana no te pegaría.

La mujer parecía empezar a divertirse con la manera en que él buscaba aliviar la tensión.

—Y tú ¿estás contento con tu nombre?

—¿Yo? A mí no me gusta nada. Mi nombre sugiere una categoría a la que no llego ni de lejos[3].

Takashi tuvo la impresión de que ya había dicho lo mismo al menos una o dos veces antes y la sonrisa de autodesprecio acompañada de un suave sonido nasal que pergeñó le resultó igualmente familiar.

—No te preocupes por eso —replicó la mujer—. Yo tengo una amiga llamada Utako[4] y no veas cómo desafina cuando canta. Nadie se atreve a entonar a dúo con ella.

Takashi estaba a punto de reírse cuando la mujer alzó la vista hacia el cielo y le interrumpió.

—Anda, si hay luna llena... Mira.

A Takashi le dio un vuelco el corazón y se giró como si la luna le hubiera lamido la nuca. Ahora ya no se interponía un cristal entre la luna llena y él, sino que lo miraba con descaro como si ambos respirasen el aire de la misma habitación. Durante un tiempo se había olvidado por completo de ella. Curiosamente, había dejado de lado aquella luna llena que acababa de robarle su vida, dedicándose a perder el tiempo en una conversación intrascendente con una mujer que no conocía de nada.

Como quien despierta después de dar unas cabezadas, volvió a recorrer con la vista la figura de ella.

«¿Qué hago hablando con esta mujer de mala muerte y además de pie en plena calle en mitad de la noche? Si, aunque se juntaran cien como esta, no llegarían ni a la suela de los zapatos de Shiori... Pero, aparte de eso, ¿por qué esta mujer se pone ahora a hablar de la luna? No parece en absoluto alguien que tenga la sensibilidad suficiente para arrobarse con una noche de luna».

De pronto, el asunto le pareció sospechoso y, como quien no quiere la cosa, estudió el rostro de Yuko, pero no mostraba el menor rasgo de albergar ningún sentimiento especial hacia la luna llena.

Para empezar, ni siquiera parecía haberse dado cuenta en absoluto de que lo que se veía ahora era la cara oculta del astro.

Takashi, tomando una determinación, se dirigió a la mujer.

—Me gustaría pedirte algo…

Sin embargo, quizá porque se sentía culpable, a mitad de la frase le flaqueó la voz y cambió a un tono cada vez más apagado.

Cuando la mujer vio que Takashi adoptaba de nuevo un tono más formal, propio de un desconocido, volvió a fruncir el entrecejo con disgusto. Se diría que en su frente ardían negras llamaradas. Takashi apartó la vista antes de proseguir.

—Te parecerá raro que diga esto de pronto, pero ¿me harías el favor de volver a casa tú primero sin hacer preguntas?

Mientras lo decía se daba cuenta de que era una petición mucho más anómala de lo que había pensado en un principio.

—Es que… Hay algo que tengo que hablar sea como sea con el tipo de antes.

—¿Qué te traes entre manos? —espetó la mujer con tono más agresivo que antes—. ¿Tienes intención de hacer alguna picia?

—Ya te digo que no me preguntes nada… —contestó especiando un poco las palabras para recalcarlas—. Hazme el favor de volverte hoy tú sola. Te lo pido.

—¿Qué pasa? Te advierto que no me gusta que te metas en discusiones.

—¿Pero no te digo que no me preguntes nada y me hagas el favor de volver antes? Además, no pienso discutir con él. No se trata de eso.

Una vez más, la mujer se cruzó de brazos y se mordió los labios con rabia, guardando un incisivo silencio. Takashi le devolvió una mirada idéntica mientras pensaba que a buen seguro aquella mujer había lanzado esa misma mirada de frialdad a un buen número de hombres que habrían ido recalando junto a ella, y que ese era el mundo donde estaba acostumbrada a desenvolverse. Ambos quedaron con la vista clavada el uno en el otro durante un tiempo bajo la luz de la luna.

Finalmente, la mujer, con rostro enfadado, alargó la mano derecha. Por un instante, Takashi tuvo la estúpida idea de que la mujer le ofrecía un apretón de manos, pero al ver la forma en que movió la punta de los dedos parecía estar pidiendo que le entregase algo.

—¿Qué? —preguntó Takashi.

—La llave —repuso la mujer con tono desabrido.

Mientras se preguntaba a qué llave podría estar refiriéndose, Takashi rebuscó en el bolsillo de la chaqueta. Pensó que quizá la mujer le estuviese exigiendo que devolviese aquí y ahora alguna copia de la llave de su casa que le hubiera hecho, pero sus dedos tropezaron con un objeto rectangular, una especie de llave por control remoto, y cayó en la cuenta de que se trataba de la llave de un coche. Probó a sacarla del bolsillo y era una llave que no recordaba haber visto en la vida. Se preguntó si le pertenecería a él o a la mujer, pero luego pensó que, si le servía para que se marchase, daba lo mismo.

Al entregarle la llave, ella se dio media vuelta enseguida sin decir palabra y se encaminó hacia el aparcamiento del restaurante haciendo resonar sus tacones con furia. Takashi, sintiéndose incómodo, la siguió con paso lento mientras pensaba que, probablemente, había acordado algún plan con la mujer.

«Quizá, si me marchara con ella, vería que en el asiento posterior del vehículo tiene dos o tres botellas de vino que hemos elegido juntos y, al llegar a su casa estén listos algunos platos que haya cocinado. Y la bolsa con el pan que acaba de comprar a lo mejor contiene unos lujosos sándwiches de *roast beef* destinados al desayuno de mañana».

Al imaginarse aquellas escenas, le pareció que casi podría llegar a recordar esa casa que estaba seguro de no haber visto nunca o el tacto de la piel de esa mujer que estaba seguro de no haber tocado nunca.

«Puede que eso sea lo mejor. Si me resigno a dejar de ser profesor de universidad, quizá puede sentirme a gusto con esta vida.

Pero por supuesto que eso no puede ser».

La mujer apretó el botón del control remoto para el desbloqueo de la cerradura y abrió la puerta del asiento del conductor. Se trataba de un vehículo compacto de fabricación francesa y pintado de un rojo tan intenso como el de un pintalabios. Ciertamente aquel color tan chillón casaba con los gustos que parecía sugerir. La mujer cerró ante sus narices con un violento portazo. Mientras encendía el motor, alzó un poco la vista para mirar a Takashi a través de la ventanilla. Su mirada intentaba ser inexpresiva, pero revelaba furia. Takashi puso cara de hallarse compungido y, tras alzar un poco la mano derecha a modo de saludo, asintió suavemente. En cierto modo, intentaba con ello pedir disculpas a la mujer y, a decir verdad, no solo por lo que acababa de suceder, sino también por el hecho de que no pensaba volver a verla. Se habían encontrado hacía poco más de diez minutos, pero era como si hubieran dejado atrás varios años y llegara el momento de separarse. Sin embargo, la mujer, sin comprender aquello, arrancó el coche como dándole la espalda. Takashi se quedó mirando como ausente la malhumorada figura que se alejaba hasta que el coche giró a la izquierda y se mezcló entre otros vehículos.

V

Takashi caminaba presuroso por la acera en mitad de la noche. Se dirigía a su casa. O, mejor dicho, a la que debería ser su casa en circunstancias normales. Quizá cuando llegase se encontraría con que la placa de la puerta anunciaba un nombre sin nada que ver con él, como «Morimoto» o «Mizoguchi». Aunque viviera en el barrio, puede que aquel Takashi Otsuki hubiera comprado una vivienda en un lugar diferente. En ese caso, habría que darse por vencido. Siendo así, mejor hubiera sido esperar emboscado a que el hombre saliera del restaurante con Shiori y los niños para seguirlo disimuladamente. Sin embargo, dado que le habían visto el rostro muy de cerca y la única impresión que consiguió dejar en ellos fue la de ser un hombre que no estaba en sus cabales, no era cuestión de ir caminando detrás de ellos con aire distraído.

Como quien aguarda a una presa, justo en la dirección en que iba se alzaba la luna. «Tal y como pensaba, esa es mi luna. Nadie más que yo ha notado que la luna se ha dado media vuelta. De niño leí en un libro ilustrado de astronomía que, en el caso de la Luna, el centro geométrico y el centro de gravedad se encuentran ligeramente separados, porque, debido a la atracción de la Tierra, la masa de la cara donde se ve el conejo es mayor. Y que la razón de su estabilidad reside más o menos en la misma lógica que justifica que los muñecos *daruma* no se vuelquen. Si eso es cierto, ¿qué es lo que estoy viendo ahora? En mis tiempos de universitario, un compañero más veterano del grupo de amantes de música ligera me prestó un CD de Pink Floyd llamado *Locura*. Pero, si mal no

recuerdo, su título original era *The Dark Side of the Moon*. Es decir, que en la cara oculta de la Luna se halla la locura. Una de dos. O la locura está en mi lado o está en el del resto del mundo».

Aunque le estaba llevando tiempo, Takashi se adentraba paso a paso en las profundidades de aquel interrogante. «Esté la locura en el lado que esté, ¿cómo es que no estoy gritando fuera de mí ante semejante situación? Gritándole a la luna: ¿qué diablos está pasando, qué culpa tengo yo, cómo puede estar sucediendo algo tan absurdo? ¿Por qué no le hago todas esas preguntas? Después de que me acaban de arrancar de raíz esa vida que fui construyendo a base de acumular penurias, ¿cómo puedo estar caminando tan tranquilo como una persona de lo más razonable que se dijera "bueno, estas cosas a veces pasan"? A pesar de que hasta hace apenas treinta minutos yo era un profesor de universidad medianamente conocido, que estaba disfrutando de una pacífica cena en un restaurante con su querida familia, ¿cómo puedo estar caminando apaciblemente a solas convertido en un taxista? ¿Será que, como sucede al caer de un enorme acantilado, cuando el cambio es muy brusco y repentino el impacto tarda más?

»No, puede que eso sea así, pero hay algo más. Seguro que se me está escapando algo. Esto no puede durar para siempre. La luna de mañana será diferente. Al igual que sucedió antes, dentro de un tiempo el mundo se detendrá cual un carrusel de figuras de cera y después todo volverá en un instante a la normalidad como si no hubiera pasado nada. Y el recuerdo del mundo actual será como cuando despertamos de un sueño con la sensación de que teníamos una vieja pesada como una roca sentada en el estómago o de que nos han raptado los extraterrestres y nos han colocado algo en el fondo de la nariz. Una sensación que no podemos terminar de digerir y se queda en un rincón de nuestro cerebro, cada vez más desvaída y polvorienta.

»Pero ¿realmente será así? ¿Y si mañana vuelve a salir una luna igual que la de hoy? ¿Y también pasado mañana y el día de

después? ¿Y si no existe ninguna salida para esta locura? No quiero ni pensarlo. No debo pensar en ello. Pero no puedo evitar hacerlo».

Takashi recordó algo y, tras buscar en el bolsillo de la chaqueta, sacó un teléfono móvil. Era un modelo antiguo, de los que se desdoblan, color rojo cobrizo, que no recordaba haber visto. Al examinar el historial de llamadas y correos vio una serie de nombres y números que no le decían nada, salvo los de «oficina central» y «Yuko Masumoto». De por sí, la lista de contactos era bastante pobre. Solo uno de los nombres podía asociarlo a un rostro, el de Yuko. La mujer de la que acababa de separarse con la firme intención de no volver a verla en la vida. Sin embargo, de pronto se le aparecía como una soga salvadora.

Por ejemplo, se paraba de pronto y comenzaba a pensar qué tal si telefoneaba a la mujer. Comenzaba a recrear en su mente la escena en la que se volvía sobre sus talones, iba hasta la casa de la mujer y allí, de rodillas ante ella, le anunciaba: «Te voy a contar algo que te parecerá increíble. Por eso, quiero que me prometas que no dirás nada hasta que yo te pregunte». Le contaría, poniendo cuerpo y alma en ello, todo lo que había sido su auténtica vida, con pelos y señales. Se lo contaría con tanto detalle que no se le podría igualar la historia de ninguna otra vida, por excelsa y completa que fuera. La boca de aquella mujer, que siempre se torcía en una risa desdeñosa, terminaría por cerrarse adoptando una expresión de docilidad. Lo que al principio no parecería más que una serie de extravagancias y exageraciones, iría adquiriendo una minuciosa concreción gracias a su desesperada elocuencia y, sumido al brillo que infundiría a sus ojos, por fin la historia cobraría vida. Al final, la mujer, mientras negaba débilmente con la cabeza, diría: «No puedo creerlo». Exactamente con el mismo tono que si hubiera dicho: «Te creo». Después, alargaría una mano hacia él y le acariciaría suavemente las mejillas. Por su parte él, aun temeroso, extendería las manos hacia ella y la abrazaría, atrayendo su cuerpo hacia sí. Takashi se echó a temblar ante la escena imaginada.

Takashi llegó hasta una casa unifamiliar que le era bien conocida, situada en una tranquila zona residencial. En el aparcamiento estaba estacionado un coche blanco tipo furgoneta que nunca había visto, si bien era cierto que hacía tres años había comprado un vehículo blanco similar, aunque de otro fabricante. Con espíritu resuelto, se acercó a leer el nombre que figuraba en la placa de la casa y vio que ponía «Otsuki». La placa, con todo, no era la que recordaba, sino una de acero inoxidable, pero algo sí le tranquilizó. Al menos el apellido coincidía, así que quizá pudiera recuperar su casa y su familia. Aunque careciese de fundamento, aquella esperanza le mantenía en pie.

Era una casa de dos pisos, con un armazón de ligeras vigas metálicas y un jardincito de unos diez metros cuadrados en su parte trasera. Cuando la compró de segunda mano tenía ya doce años, pero le pidió a un amigo de los tiempos de la universidad, que se había sacado el título de arquitecto de primera clase, que viniera a verla, y le dijo que no estaba nada mal. Y que, como mínimo, era seguro que no quedaría reducida a un montón de escombros en el caso de que se produjera el terremoto de la falla de Nankai, que dicen que llegará. La superficie total era de ciento diecinueve metros cuadrados y eso le gustó a Shiori porque opinó que, tratándose de esa cifra, nunca se desataría un incendio[5]. Shiori, a pesar de que no creía en los que leen la buenaventura ni otras cosas similares, a veces sí que se aferraba a lo que consideraba indicios de buena suerte. Aunque carecía de grandes sueños, por su carácter le gustaba aferrar con firmeza aquello que sí entrase dentro de los márgenes de lo alcanzable. Takashi, a fin de cuentas, decidió que, si a su mujer le gustaba la casa, entonces estaba bien. No es que fuera especialmente amplia y los azulejos de estilo occidental que rodeaban la fachada tenían aspecto un tanto baratillo, pero para Takashi aquella casa era como el templo que representaba su triunfo en la vida, algo en modo alguno menor. Hasta hace un rato...

Abrió la verja negra de aluminio y avanzó hasta la puerta del recibidor. Sacó la llave del bolsillo. En el llavero había una llave que

no recordaba de nada y faltaba la del cuarto de estudios de la universidad, pero la de casa, a saber por qué, todavía estaba. Miró la llave una y mil veces para asegurarse, pero, por más que lo hacía, no cabía duda de que era la de su casa. La metió en la cerradura, todavía dudando de si realmente la puerta se abriría. Entró en el agujero tan fácilmente como si fuera absorbida. Faltaba por comprobar si giraría o no. Giró. La puerta del recibidor se abría sin resistencia. Sintió cómo brotaba la alegría en su interior al ver que, como parecía, esa seguía siendo su casa. Por lo visto había detalles que se le escapaban a su luna llena.

Si realmente Shiori y los niños vivían en esta casa, deberían estar a punto de regresar del restaurante. Como mucho, podía contar con unos treinta minutos. Ni él mismo sabía qué pretendía hacer introduciéndose en aquel domicilio, pero al mismo tiempo se preguntaba por qué debería tenía reparos de entrar en su propio hogar. De hecho, la palabra «entrar» resultaba inadecuada. Había vuelto a casa, sin más. A su propia casa.

Giró la manilla de la puerta de entrada y, preocupado por la posibilidad de que un perro doméstico se abalanzara sobre él, abrió muy despacio. No apareció nadie. Vio unos zapatos desconocidos y un mueblecito igualmente desconocido para colocar el calzado. Una vez dentro, cerró la puerta sin volverse y echó el cerrojo. La oscuridad se le adhirió a la piel de un modo asfixiante con la sensación de que aquel no podía ser su hogar. Siempre encendía la luz del recibidor palpando a oscuras, pero esta vez, de un modo irritante, dudaba intensamente en hacer lo mismo. Si se encendía la luz en una casa que debería estar vacía, existía una fuerte posibilidad de que lo arrestaran al momento.

Después de dudar un rato, subió sin descalzarse el escalón que separaba la entrada del resto del recibidor y decidió que, cuando escuchase regresar a Shiori y los demás, huiría por la puerta trasera del jardín. Caminó por el pasillo con todo sigilo a pesar de que no había nadie que pudiera oírlo. De niño, a menudo había vuelto a su cuarto como si fuera un ladrón cuando, ya calzados los zapatos, se

daba cuenta de que se le había olvidado algo. Al abrir el armario empotrado bajo la escalera encontró, tal y como esperaba, una linterna colgada del lado interior de la puerta. Por lo visto aquel imitador suyo tenía las mismas costumbres. Accionó el interruptor de la linterna y un haz de luz led blanco como la nieve iluminó el techo.

Solo veía el cuarto de estar con la luz que ahora paseaba alrededor, pero le asaltó la sensación de hallarse en un lugar desconocido. La alfombra era diferente, las cortinas también, así como la mesa, la televisión y el sofá. Todo difería. Pero, además, ninguno de aquellos objetos le disgustaba, sino que, dependiendo del humor del día de su compra, bien podía haberlos elegido él mismo. Quizá le hubiera sido más reconfortante si la habitación hubiera sido decorada con un gusto por completo opuesto al suyo, incluso con mal gusto, pero el hecho de que las diferencias fueran tan leves producía una vibración mucho más difícil de aceptar, una mayor disonancia.

Dirigió la luz hacia la repisa de un armarito de cajones donde se alineaban varias fotografías enmarcadas. Casi todas eran fotos de Taisuke y Mio y solo con mirarlas su rostro se relajó en una sonrisa inconsciente. Sin embargo, había también una única fotografía de los cuatro miembros de la familia juntos. Enseguida supo dónde estaba hecha. Era el Museo de Dinosaurios de la prefectura de Fukui. La figura de un dinosaurio con bata blanca y un libro en la mano estaba sentada en un banco, con los cuatro miembros de la familia alineados junto a ella. Le habrían pedido hacer la foto a alguien que pasara por allí. Seguro que fue en estas últimas vacaciones de verano. Shiori, Taisuke y hasta Mio sonreían sin la menor sombra de preocupación. Sin embargo, como temía, él no estaba allí. El hombre aquel que vio en el restaurante pasaba con toda confianza su brazo por los hombros de Shiori y Taisuke, sonriendo inclemente como si le estuviera espetando: «¿Qué te parece esto? Te he robado todo lo que tenías». Comprendió que no le estaban asestando un golpe repentino, sino uno mucho más lento y certero que apuntaba directo al centro de su alma, abriendo una herida más y más profunda.

«Shiori sonríe, aunque el brazo que se posa en su hombro no sea el mío; Taisuke y Shiori también sonríen, aunque el padre no sea yo».

La visión de esa fotografía le hizo sentir que el panorama se concretaba, como si frente a sus ojos se cerrase el inmenso portón de un castillo. Cuando antes vio a los cuatro juntos en el restaurante, todavía pensaba que no se trataba más que de una familia impostada, improvisada a toda prisa apenas hacía un momento. Sin embargo, la fotografía frente a él resultaba mucho más elocuente que la realidad presente en su propio interior, encerraba un contenido sólido y parecía bastante más convincente. Lo único con lo que contaba Takashi eran sus recuerdos. Y además unos recuerdos que no incluían a nadie más, similares a unos puntos aislados.

«¿Realmente existiría antes la figura de un conejo preparando *mochis*? ¿Cómo podía creer esa historia propia de los cuentos infantiles? La luna de mañana no iba a ser diferente. Ni la de mañana ni la de pasado mañana. Lo más seguro es que la luna de esta noche se repita por toda la eternidad».

Takashi sufrió un mareo inesperado y hasta comenzó a jadear. Apartó su vista de la fotografía y se concentró en recuperar el aliento. En su interior comenzó a formarse un remolino de grumosas emociones desconocidas hasta entonces. Una especie de cólera que no era cólera. Una especie de celos que no eran celos. Una especie de odio que no era odio. Una especie de tristeza que no era tristeza. Quizá fuera una mezcla de todas ellas pero, de cualquier forma, eso supondría solo una parte del total. El resto de la emoción que brotaba en su interior carecía todavía de nombre; era como la negación de lo más básico, que le decía que no existía ni una sola realidad a lo largo de sus cuarenta y tres años de vida, que había caído en un pozo sin fondo de traiciones que venía siendo preparado desde hacía largos meses y años.

Permaneció un tiempo estupefacto, de pie junto al mueble, pero finalmente echó a caminar. Salió al pasillo y volvió a abrir el armario bajo la escalera. Encontró enseguida lo que buscaba. Una larga

barra de metal terminada en forma de garfio. Aferrando aquel utensilio, subió al segundo piso. Iluminó el techo del pasillo y encontró la puerta rectangular que daba acceso al trastero del altillo. Alzó el garfio que se usaba para abrir y, tras encajarlo en la pieza metálica de la puerta, tiró hacia abajo. La puerta se abrió lentamente con un chasquido. Al abrirse, por el lado interior de la puerta se desplegaba una escalera articulada que llegaba hasta el suelo del pasillo. Dejó el garfio y la linterna en el pasillo y, como si quisiera comprobar que la escalera merecía confianza, comenzó a ascender por ella. Encontró el cordón que encendía el fluorescente del trastero y tiró de él. Dado que sus ojos habían comenzado a acostumbrarse a la oscuridad, la blanca luz que brotó al instante le resultó cegadora.

Una vez acostumbrado a luz, subió un poco más por la escalera hasta meter la cabeza en el trastero. El techo de aquel espacio corría paralelo a la inclinación del tejado y, aun en su punto más alto, había que estar agachado. La superficie tendría unos cinco metros cuadrados. Había un par de pilas de cajas, que probablemente contendrían los libros del tipo aquel. Aparte, ropa que no se decidirían a tirar, una cuna de bebé, un ventilador, un par de maletas, un humidificador, unos muñequitos de estilo tradicional y poco más. Con todo, quedaba todavía espacio suficiente como para que una persona se ocultara allí. En la pared había un orificio enmarcado en un material de resina para que entrase el aire, así que no existía riesgo de asfixiarse por falta de oxígeno.

Tenía que darse prisa. Podían volver en cualquier momento. Bajó de la escalerilla, recogió la linterna y fue otra vez al primer piso. Abrió de nuevo el armario anterior y ahora escogió una cuerda de plástico blanca para embalar. Después fue al cuarto de estar, sacó unas tijeras del bote que había sobre el aparador para bolígrafos y similares, y con todo ello se apresuró a volver al segundo piso. La escalerilla de antes se plegaba en tres piezas y ató la cuerda de plástico al peldaño más bajo de la pieza central. Después, subió hasta meterse en el trastero y tiró de la cuerda desde arriba,

comprobando que la escalera subía y volvía a plegarse sobre sí misma sin mayor problema. Hacía un tiempo había probado a hacer lo mismo metiéndose con Taisuke en el altillo y por eso sabía que era posible.

Entonces dio un respingo. Necesitaba usar el retrete. Regresó al primer piso y, estremecido por el nerviosismo, se sentó en la taza. Consiguió orinar, pero, por más que lo intentó, no pudo defecar. Chasqueó la lengua dándose por vencido, tiró de la cadena y volvió al segundo piso. Se llevó la linterna, el garfio y las tijeras al trastero, instalándose allí. Después, tiró de la cuerda de plástico, la escalerilla se plegó y la trampilla de acceso se cerró con un chasquido. Takashi se sintió envuelto en una calma carente de entidad, como si le hubieran tapado los oídos. Tumbado entre las cajas, su angustiado respirar sonaba tan cerca que le parecía que casi podía verlo. Y no se apartaba en ningún momento.

No transcurrieron ni cinco minutos hasta que llegó a sus oídos el ruido levantado por Shiori y los demás al llegar frente a la puerta de casa. Temiendo que por las rendijas de la trampilla se filtrase luz, tiró del cordel que apagaba el fluorescente. En ese instante, le envolvió una oscuridad asfixiante, opresiva. Sacó su teléfono móvil y lo abrió. Entrecerró los ojos, deslumbrado por la luz de la pantalla. No había llegado ningún correo electrónico ni tenía llamadas perdidas. El teléfono marcaba las 20:17. La noche apenas había comenzado. Temiendo que Yuko intentara contactar, desconectó el aparato. Percibió claramente el sonido de la puerta del recibidor al abrirse. Tuvo la impresión de que regresaban un tanto mustios, quizá porque un desconocido les había estropeado aquella íntima cena en familia.

Pronto Takashi se dio cuenta de que podía diferenciar el sonido de los pasos de las cuatro personas. Los pasos del hombre, lentos y pesados, le recordaron a los de su padre y resultaban tan desagradables como si estuviera caminando por encima de su estómago. Pensó que con toda seguridad sus propios pasos debían de sonar exactamente igual. Había oído decir a menudo que los

sonidos van hacia arriba, así que se le ocurrió que quizá su escondite fuera el lugar donde se concentraban todos los ruidos de la casa. Los pasos de los cuatro iban de aquí para allí y varias veces cruzaron justo por debajo de Takashi. Cada vez que eso sucedía, su cuerpo se ponía en tensión. Finalmente, todos los pasos se reunieron en el cuarto de estar del primer piso y se oyó el bullicioso ruido de la televisión. Le llegaba mezclado también el sonido de algunas voces, pero como provenían del primer piso, lógicamente no pudo entender lo que decían.

Como es natural, frente a sus narices pendía en todo el momento un interrogante: «¿Pero qué demonios estoy haciendo?». Sin embargo, lo ignoró. Ni había otra cosa que pudiera hacer ni tenía ningún otro sitio a donde ir.

VI

Los cuatro miembros de la familia dormían en el segundo piso. El matrimonio, en la cama del dormitorio y los niños, en los futones que sacaban por las noches en la habitación destinada a ellos. Por lo general, después de acostar a los pequeños, Shiori dejaba la puerta del dormitorio abierta, pero esa noche la cerró. Después, dejando encendida solo la lamparita junto a la cabecera, los esposos comenzaron a susurrar. Poco a poco, como la marea que va subiendo, comenzó el sexo entre ambos. Takashi no veía nada, pero la imagen de cada uno de los movimientos de la pareja que flotaba en su cerebro resultaba más agotadora y lasciva que si los tuviera ante sus ojos. Ninguno de los dos era ya joven, y ni se lanzaban el uno sobre el otro ansiosos como si quisieran devorarse ni dejaban escapar risitas tras probar nuevos juegos eróticos. Se amaban silenciosa y cariñosamente, limitándose a profundizar un poco más en ese surco tantas veces transitado.

Takashi estaba seguro de que Shiori no se había acostado nunca con ningún hombre que no fuera él. No es que ella se lo dijera directamente, pero estaba convencido de ello. Shiori era una mujer que solo podía concebir el deseo carnal en una franja muy estrecha, como una parte del amor. Y esa Shiori se encontraba ahora en brazos de otro hombre. Con la respiración agitada, gimiendo de placer, estremeciéndose. Oía el rechinar de la cama y el restregar de la tela, pero también la voz del hombre preguntando: «¿No te duele?» y la de ella contestando: «No, no te preocupes». Después el hombre dijo: «¿Te gusta?», y ella: «Sí, mucho». Aquel intercambio

de frases era el que tenían estipulado desde hacía veinte años cada vez que fundían sus cuerpos, una especie de ritual y, si es que había algún significado en ello, seguro que es lo que llaman amor.

Con intención de sacudir de sus oídos aquellos murmullos amorosos que se le adherían, Takashi se incorporó en la oscuridad ardiendo de indignación. Su respiración y sus silenciosos movimientos parecían proceder de un trozo de oscuridad que hubiera sido recortado con figura humana. Iluminó la puerta del altillo con la linterna. Tuvo la precaución de sujetar la escalerilla para evitar que se desplegase de pronto y descorrió el pestillo. La puerta se abrió un poco con un suave chasquido, pero eso fue todo. Escuchó con atención, pero el traqueteo de la cama continuaba invariable.

Agarrando la escalerilla, dejó caer la puerta muy despacio hacia un lado. Después, usando la cuerda de plástico, desplegó poco a poco la escalerilla. Cada vez que se producía un mínimo ruido, detenía el movimiento y contenía el aliento, poniendo toda su atención en el sonido procedente de la cama. El extremo de la escalerilla alcanzó el suelo. Apagó la linterna, agarró la vara con punta de garfio y, con el sigilo de un gato, bajó hasta el pasillo.

En el pasillo había una pequeña bombilla encendida, que lucía con un brillante color rojo que recordaba, en cierto modo, al de las vísceras e inundaba todo con aquella tonalidad. La puerta de la habitación de los niños estaba abierta de par en par y dentro había una lucecita roja igual. Espió el interior del cuarto y vio que, a pesar de que por lo general ambos mostraban una postura tan descuidada que se diría que ni siquiera dormidos renunciaban a su derecho de ser niños, esta vez, curiosamente, ambos estaban acostados en el futón con el cuerpo en línea recta, cual cadáveres alineados en ataúdes.

Se alejó del cuarto de los niños y se paró frente al dormitorio de los esposos. Parecía que la cerrada puerta respirase suavemente al compás de los jadeos de la pareja del interior. Agarró el pomo y comenzó a girarlo muy despacio. Pensaba que un simple pomo no le

iba a suponer ninguna dificultad, pero emitía un molesto chirrido como si no lo hubiesen girado en diez años. Sin embargo, los esposos parecían tan concentrados en amarse, quizá sumidos en una oleada de placer, que ni se dieron cuenta. Empujó con cuidado y la puerta se abrió sin ruido una rendija del grosor de un dedo. Takashi devolvió lentamente el pomo a su posición original.

Por la rendija de la entrada podía distinguir la figura de ambos entrelazados sobre la cama. El hombre estaba montado encima de Shiori y dejaba ver el desmañado culo blanco de alguien que ha pasado de los cuarenta, en una postura en que parecía estar mordiendo el cuello de ella mientras subía y bajaba. Shiori, panza arriba, tenía los ojos cerrados y cruzaba las manos sobre la espalda del hombre, acariciándolo. Sus piernas abiertas se retorcían a izquierda y derecha como si quisieran escapar del incesante placer que arreciaba. Los cuerpos desnudos de ambos, carentes de vello, ofrecían un aspecto entre frágil y efímero. Iluminados por la suave luz amarillenta de una lamparilla de mesa con pantalla de papel japonés, solo sus órganos sexuales, sin duda unidos, formaban una negra sombra de crudo realismo.

Takashi abrió sigilosamente la puerta con la mano izquierda. El movimiento fue tan silencioso que se diría que la puerta cerraba la boca, ofreciendo su complicidad con el intruso. Se adentró un paso y luego otro paso. Sin embargo, el aire del dormitorio parecía espeso, como si quisiera repelerlo, y sus piernas no le respondían como quería.

Finalmente, consiguió llegar hasta la cama, pero los dos proseguían amándose incesantemente de una manera en que parecían pensar que el mundo se acabaría de un momento a otro y había que aprovechar. Shiori tenía los ojos fuertemente cerrados y el entrecejo fruncido, y el hombre movía las caderas con persistencia como si persiguiera el éxtasis que divisaba en lontananza mientras mantenía el rostro enterrado junto al cuello de ella. La espalda de él, recubierta de sudor, era lisa y carente de expresión. Takashi pensó que, tal y como le había parecido, el tipo aquel no tenía corazón.

Permaneció un tiempo con la vista bajada hacia la pareja. Había visto incontables veces a Shiori en situaciones similares, pero de alguna manera le pareció que estaba asistiendo al aburrido intercambio sexual de una mujer desconocida. En cualquier caso, la pareja continuaba amándose sin descanso, ajena a todo.

La vara metálica con punta de garfio para abrir la trampilla impactó en la parte trasera de la cabeza del hombre, donde debía de alojarse el bulbo raquídeo. El ruido sordo del golpe contra la carne reverberó por la habitación. Y unos instantes después se repitió. El hombre exhaló un pequeño gemido y se derrumbó sobre Shiori. La mujer entreabrió los ojos extrañada, descubrió la figura del intruso y, por fin, abrió por completo los ojos aterrorizada. La garganta de Shiori emitió una especie de silbido al aspirar una bocanada de aire y el tiempo se detuvo. Daba la sensación de que eran necesarios unos segundos de vacío hasta que brotase en la garganta de quien grita un alarido que pareciese arrancado de las entrañas de la tierra, un sonido que los seres humanos solo pueden generar una vez en la vida, un verdadero grito. Durante ese intervalo, Takashi arrojó la vara al suelo, apartó el inerte cuerpo desplomado sobre Shiori, se montó a horcajadas sobre su carne desnuda y alargó hacia el hoyuelo de su garganta los delgados y sudorosos brazos.

La garganta de Shiori expulsó un grito propio de una bestia, nunca oído hasta entonces, pero se extinguió en apenas un segundo. El rostro de Shiori iba enrojeciendo a ojos vista mientras se hinchaba hasta llegar a un punto en que parecía que iba a reventar de un momento a otro. Takashi echó el cuerpo hacia atrás para huir del manoteo de Shiori, que intentaba arañarle el rostro. Después, cerró los ojos y continuó apretando en silencio. Las palmas de las manos se adherían a aquel cuello como si fuera la estación final de un largo viaje y los dedos se hundían tanto que parecían llegar hasta el hueso. Esas manos que clavaban las uñas en sus muñecas y esas piernas que pataleaban revolviendo el futón superior terminaron por perder las fuerzas y Shiori comenzó a dejar escapar una cálida orina que, poco después, se derramó en un chorro cual cascada que se

precipitó desde el borde de la cama hacia el cadáver del hombre que yacía en el suelo. Sin embargo, dado que Takashi había oído una vez que a los condenados a muerte los mantenían en la horca durante treinta minutos para asegurarse de que se hallaban realmente muertos, continuó apretando mientras echaba de vez en cuando un vistazo al reloj despertador junto a la cabecera.

Abrió los ojos para apartar de sí la pesadilla. No sabía dónde estaba y durante un tiempo su consciencia vagó arañando el espacio. No veía nada. Rodeado por una espesa oscuridad, lo único que sentía era su temblorosa respiración. ¿Dónde estaba? ¿En qué día? Palpó a su alrededor y, aparte de sus piernas, sus dedos encontraron un duro suelo, unas cajas de cartón y algo frío que parecía una vara de metal. En el instante en que la tocó, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Era el garfio con el que se abría el trastero del altillo. Los recuerdos volvieron de golpe y se apoderaron de la consciencia de Takashi, que se tumbó con los brazos en cruz en el trastero.

«Con este garfio en la mano, salí furtivamente del altillo y maté a golpes a ese impostor y después estrangulé a Shiori. ¿Así que fue un sueño?».

Se le escapó un débil suspiro de alivio.

«Pero, como mínimo, lo que no he soñado es el hecho de haberme metido aquí. Cierto, ahora recuerdo. Me subí a este altillo por propia voluntad, sin duda. Pensaba que no podría pegar ojo, pero, después de escuchar a Shiori y a ese hombre en pleno acto sexual, por lo visto me quedé dormido mientras rumiaba mi sufrimiento».

Se tocó el rabillo del ojo y la punta del dedo se le humedeció un poco. Al parecer, había llorado mientras dormía. Se preguntó por qué, aunque fuera en sueños, había querido estrangular a Shiori. Tuvo la impresión de que, como si fuera una membrana, las palmas de las manos todavía conservaban adheridos restos del tacto del cuello palpitante de la sufriente mujer.

Según iban remitiendo sus temblores, el pecho de Takashi fue tiñéndose de nuevo con el recuerdo de lo que le aconteció en el restaurante. ¿Que la Luna se había vuelto de espaldas? ¿Que había surgido un impostor y Shiori y los niños se olvidaron de él? ¿Cómo iba a darse algo tan estúpido? Quizá porque al dormir se había aflojado el hilo de tensión, ahora le resultaba todavía más difícil de creer. Pero, a la vez, la situación se le volvía más insoportable. Lo cierto es que, como si fuera un ratero, se había escondido en el altillo y que, si prestaba atención, podía escuchar saliendo del dormitorio nupcial unos ronquidos desconocidos, que quizá fueran iguales a los que él emitiese cada noche sin saberlo.

Encontró a tientas la linterna e iluminó con ella su reloj de pulsera. Era un reloj con pila solar que le regaló Shiori por su cumpleaños. Marcaba las 02:48; todavía noche cerrada. Sin embargo, no era cuestión de echarse a dormir otra vez. Si volvía a verse atormentado por las pesadillas y se ponía a gritar o, simplemente, si le daba por roncar, puede que fueran las manos de la policía lo que le sacara a rastras de su escondite.

Incorporó la mitad superior del cuerpo e, iluminando con la linterna, comenzó a abrir sin levantar ruido las cajas apiladas. El contenido, como suponía, consistía sobre todo en libros. Como es lógico, los que trataban de sociología, su especialidad, debía de tenerlos en el cuarto de investigaciones de la universidad, y aquí abundaban las novelas o los mangas, pero también los de carácter divulgativo orientados al público general con objeto de aumentar sus conocimientos sobre diversas materias.

Su vista se detuvo en un volumen nuevo. Su título era *¿Dónde están los patriotas*? y el nombre del autor, Takashi Otsuki. A juzgar por la solapa, donde constaban en vistosas letras reclamos como «¡Más de 80000 ejemplares vendidos!», debía de tratarse de un ejemplar remitido por la editorial con motivo de alguna reimpresión. Junto a esa clase de frases publicitarias, había impresa una foto del sujeto aquel con una mirada que transmitía cierto aire desafiante. Quizá se trataba de una foto elegida sin mayor intención, pero al

verla le dio la impresión de que fue tomada a sabiendas de que llegaría la situación actual y que la osadía de la mirada iba dirigida intencionadamente hacia él.

En la última página, sobre los datos del colofón, venía una breve presentación del autor. Nacido en 1972 en la prefectura de Kanagawa. Puesto que él era natural de Chiba, el lugar de nacimiento difería, pero la universidad donde se graduó y el lugar de trabajo coincidían. Ponía: Licenciado en Sociología por la Universidad K, en la actualidad ejerce como profesor en la Universidad S. También constaban los títulos de otros libros suyos y por lo visto la especialidad de sus estudios era bastante similar. Por añadidura, según había dicho Yuko, tenía incluso la desvergüenza de aparecer como comentarista en un programa televisivo de noticias. En otras palabras, que su vida desde que se matriculó en la universidad, incluyendo su familia y esta casa, le había sido robada por completo por el tipo en cuestión.

Recordó que hace mucho tiempo, una vez que se estaba mirando al espejo, de pronto le asaltó una extraña sensación. Debía de estar cursando entonces la Escuela Secundaria y, cuando se sumió en una ensoñación tan corriente como la de que existía un mundo diferente al otro lado del espejo, le entró un ligero frío al pensar que, desde el punto de vista de ese otro mundo, el reflejo en el espejo era él. Que quizá cuando su otro yo en el espejo deseaba ver su reflejo, Takashi se veía impelido a encaminarse hacia el cristal creyendo que se trataba de su propia voluntad, cuando en realidad era el otro yo quien una fracción de segundo antes había sentido tal voluntad y dirigía cada uno de los movimientos de Takashi para tal fin. En suma, que la vida auténtica era la del otro y que a lo mejor la suya no pasaba de constituir un reflejo. En su infancia bailoteaba como loco intentando apartar su sombra de la planta de los pies, pero ¿y si la sombra fuese él?

La idea no llegaba ni a la categoría de estupidez, pero en aquellos tiempos de Secundaria le pareció que carecía de un modo de demostrar su falsedad, y ahora le estaba sucediendo lo mismo.

Mejor dicho, ahora esa impresión cobraba mucha mayor fuerza. Desarrollando más la idea, ¿qué sucedería si sustituíamos los mundos de ambas caras del espejo por los mundos de la cara anterior y posterior de la Luna? ¿No podríamos considerar que en los servicios de aquel restaurante aquel hombre como una sombra cruzó por error la línea fronteriza entre ambos mundos, una línea que no debe cruzarse, y entonces la cara oculta de la Luna se apresuró a prepararle improvisadamente un papel que ejercer?

Cerró el libro y lo devolvió sigilosamente a la caja. Acto seguido, apagó la linterna, se desplomó desanimado en las tinieblas y se colocó la cabeza entre las manos, restregándosela salvajemente. Comenzó a exhalar un pesado suspiro tras otro, que se arrastraron por el suelo, y se diría que no iba a parar nunca.

VII

Sentado en mitad de la oscuridad, le pareció que entre unas cosas y otras había conseguido vencer al demonio del sueño, pero no estaba seguro de que así fuera en realidad. Creía que, cuando daba una cabezada, enseguida se recuperaba abriendo los ojos de nuevo, pero quizá había permanecido cinco o diez minutos durmiendo con la cabeza gacha cada vez. Estando todo el tiempo en la oscuridad como enterrado en vida, su embotada consciencia ni siquiera distinguía con claridad un período largo de uno corto. Pero, en cualquier caso, debía de faltar poco para el amanecer. Incluso en aquella negrura del trastero del altillo comenzó a percibir señales de la mañana, como el ruido del periódico matutino al ser introducido en el buzón o el canturrear de los pajaritos aquí y allá.

La Shiori que conocía Takashi ponía siempre el despertador a las seis. Claro que eso no significaba que luego se levantara a esa hora como impulsada por un resorte. Una vez que apagaba la alarma, dedicaba unos diez minutos a cimentar con tesón la idea de afrontar un día más y después bajaba lentamente de la cama como deslizándose. Si la Shiori que dormía ahora por debajo de él era igual, todavía podría pensar que ambos seguían unidos por un delgado hilo. Y tenía la impresión de que, si ponía cuidado en seguir dicho hilo, posiblemente podría sacar algo de aquella Shiori. Quizá alzase la vista hacia él con un respingo y se preguntara de dónde procedía su nostalgia ante el olor de aquel hombre desconocido… Mientras echaba una ojeada de vez en cuando al reloj con la linterna, Takashi aguardaba rezando por que algo así sucediera.

El despertador comenzó a sonar. No era el sonido al que estaba acostumbrado, pero ciertamente se activó a las seis. Recreó con total verismo el movimiento de Shiori alargando la mano hacia la cabecera para apagarlo. «¿Ves? Ya se ha parado». Pasado un rato, sintió cómo Shiori salía de la habitación, bajaba las escaleras y se metía en el retrete. Pensó que al salir de allí era seguro que iría al lavabo, se lavaría la cara y se pondría a hacer gárgaras. Efectivamente, así fue. La idea de que aquella Shiori era, como imaginaba, la misma Shiori que él conocía, se extendió por el corazón de Takashi tiñendo de una falsa esperanza lo que no era sino un sentimiento de pérdida.

Todo lo que sucedió a continuación en la casa siguió al dedillo la pauta de aquello que Takashi conocía por experiencia directa, aunque no lo estuviera viendo. Con paso torpe, el tipo aquel salía del dormitorio después que Shiori, bajaba al primer piso, hacía sus necesidades, etcétera, desplegaba el periódico ruidosamente y encendía la televisión. Hasta ponía el mismo canal que él. El microondas trabajaba sin cesar y sonaba el roce del fondo de los platos y tazas contra el mantel. Le llegaban también las voces ahogadas de los comentarios que intercambiaban ambos. La única diferencia residía en el hecho de que él no se encontraba allí. En definitiva, la luna había desaparecido del firmamento y había salido el sol, pero nada volvía a su condición anterior y Takashi seguía en las tinieblas del revés del techo acallando su respiración, como un objeto ajeno a ese mundo del revés de los ojos.

«Como ya son las siete, el tipo vuelve al segundo piso. El último rito matutino antes de que ese sujeto salga de casa es despertar a Taisuke y a Mio. El tipo adentra sus pasos en el cuarto de los niños medio disfrutando el papel del ser odiado por levantar la voz más de la cuenta al anunciar "Hola, ya es de día". Yo calificaba dicho papel como "el vendedor matutino", pero me pregunto si ese individuo le dará algún nombre».

Taisuke, aferrándose a la cola del sueño, balbuceó algo incomprensible. Mio, de tan mal despertar como siempre, comenzó a

llorar con los ojos todavía cerrados. Supo que aquel tipo levantaba a Mio en brazos. No lo veía, pero era igual que si lo viera, igual que si fuera él quien la alzaba entre sus brazos.

«Seguro que el condenado no sale de casa hasta que no cruce la mirada con ambos niños, disfrutando al máximo del momento. Porque sabe que, si regresa tarde del trabajo, es posible que los dos ya estén acostados y habrían pasado el día entero sin verse las caras».

Después de despertar a los niños, por fin el individuo salió de casa. Seguro que hacia las ocho estaría entrando en aquella sala de estudio atestada de libros, se sentaría cómodamente en medio de la calma habitual y mientras contemplaba el panorama a través de la ventana, exhalaría un profundo suspiro. Pasado un rato, utilizaría la jarra con calentador de termostato para calentar agua, escogería una bolsita de té, con toda seguridad una de té rojo estilo inglés. Sin duda, ese sería uno de los momentos favoritos del maldito individuo. Un tiempo especial del día, cuando su cabeza se hallaba más despejada.

Un poco antes de las ocho, Shiori despidió en la puerta a Taisuke. El niño iba caminando en grupo con otros hasta la Escuela Primaria. Volvería a eso de las tres y media. Lo siguiente que oyó fue el mugido de la lavadora al girar. A Mio no le gustaba entretenerse sola, así que se dedicaba a molestar diciendo que ayudaba, de manera que no se separaba ni un segundo de Shiori. Correteaba por toda la casa con sus piernecitas.

Hacia las diez y cuarenta minutos, por fin Shiori salió de casa con Mio. Debía de ir de compras. Muy cerca había un supermercado, pero Takashi no sabía si se decidiría por ese o iría a la galería comercial que quedaba un poco más lejos. En cualquier caso, no podía dejar escapar la ocasión. Takashi abrió la puerta del trastero, bajó por la escalerilla y, en cuanto se vio en el pasillo, lo primero que hizo fue meterse a toda prisa en el retrete. Se le escapó un gemido involuntario.

Al salir del cuarto, se dirigió a la cocina y metió la cabeza bajo el grifo para beber un buen trago de agua. También debía de tener hambre, pero el estómago parecía haberse contraído hasta el tamaño de un puño, agarrotándose por la soledad y la inquietud, por lo que se sintió incapaz de tragar ni un bocado. Se encaminó a la sala de estar y allí se hundió en el mullido sofá color beis. No era el sofá que compró él, pero fue como si su suavidad le envolviese con la misma calidez de la vida que disfrutó hasta el día anterior. Exhaló un suspiro tan prolongado que se diría que el cuerpo entero iba a desinflarse. Le hubiera gustado quedarse de esa manera en el sofá, pero como sabía que se dormiría, prefirió no hacerlo. Pensó que quizá podía arriesgarse sin importar las consecuencias, pero después lo consideró prematuro.

Haciendo un esfuerzo, finalmente se levantó y fue hacia la puerta de la casa. Acto seguido, se quitó los zapatos y los metió al fondo del todo del estante más bajo del mueblecito del calzado. Se trataba de evitar el peligro de que cuando volviera Shiori descubriera a primera vista unos zapatos desconocidos.

Después, regresó al segundo piso y se metió de nuevo en el trastero. Una vez cerrada la trampilla, se sentó entre las cajas e intentó convencerse a sí mismo de que solo era cuestión de aguantar un poco más de tiempo. Y que después de haber soportado unas catorce horas en semejante lugar, un poco más no iba a resultar especialmente duro.

Hacia las once y media, oyó que las dos volvían dando alegres chilliditos. Un poco después, Shiori debió de poner la televisión para Mio, porque a oídos de Takashi llegó el tema principal de la serie *Anpanman*. Ese era el momento que aprovechaba Shiori para preparar el almuerzo. A juzgar por el sonido del cuchillo contra la tabla cortando algo en trocitos y el chisporroteo posterior de la sartén, quizá preparaba arroz frito o tallarines con salsa.

Mientras charlaban algo durante el almuerzo, la voz de Mio se tornaba cada vez más espaciada y átona. Le estaba entrando sueño. No tardó mucho en dejarse de oír la voz de la niña. Shiori subió despacio las escaleras. Sin duda, llevaba en brazos a la dormida Mio. La mujer entró en el cuarto de los niños y salió enseguida. Debía de haber acostado a la niña en el futón. ¿Cuánto tiempo se quedaría durmiendo Mio? ¿Una hora? ¿Dos? Quizá solo media…

Shiori bajó al primer piso, se metió en el retrete y, un poco después, salió. Por fin había llegado el momento en que podría hablar a solas con Shiori. Sintió cómo le palpitaba el corazón. A pesar de que se había pasado toda la noche esperando que llegase el momento, ahora que se veía frente a él no podía evitar el miedo. Aun así, tenía que ir. Porque no existía ninguna otra cosa que pudiera hacer.

Tuvo la suerte de que en el primer piso comenzó a sonar el zumbido de la aspiradora. Siendo así, aunque él hiciera un poco de ruido, Shiori no lo notaría. Aprovechando la ocasión, abrió la puerta del desván con cierto impulso y desplegó la escalerilla. Una vez en el pasillo, Takashi comenzó a bajar con cautela hacia el primer piso. Guiándose por el sonido de la aspiradora, se plantó a la entrada de la sala de estar. A través del cristal de la puerta vio la figura vuelta de espaldas de Shiori, inclinada un poco hacia delante. Por su cerebro cruzó la tenue sensación de que podría entrar despreocupadamente como de costumbre, pero de ninguna manera era así. Alargó la mano hacia la manilla de la puerta, respiró hondo y abrió con sigilo.

En el instante en que se adentró un paso en la estancia conteniendo la respiración, Shiori se dio media vuelta con expresión por completo relajada. Las miradas se cruzaron. Ella no gritó. Pero le miró con los ojos desorbitados y emitió un gemido extraño que sonó como «faa». Comenzó a temblar y dejó caer el tubo de la aspiradora. Shiori concentró todas aquellas reacciones en apenas un segundo. Después se quedó en pie mirando a Takashi con los ojos abiertos como platos.

Takashi, a la entrada de la sala de estar, alzó los brazos como si le estuvieran apuntando con un arma y gritó:

—¡Shiori! Soy yo. No voy a hacerte nada. Por favor, déjame hablar contigo.

Aquella voz tenía que haberse impuesto al ruido de la aspiradora y alcanzar los oídos de Shiori. Sin embargo, ella, sin parpadear siquiera, continuaba paralizada en el sitio. Takashi, todavía con los brazos en alto, tuvo que gritar de nuevo.

—¡Apaga la aspiradora, por favor!

Shiori, como si hubiera vuelto en sí de repente, expulsó de una vez todo el aliento que retenía y comenzó a moverse. Entonces, sin apartar un instante la vista del intruso, se agachó temerosa, agarró el tubo de la aspiradora y la apagó.

Un silencio cortante envolvió la estancia. Takashi continuaba con los brazos alzados. En cuanto a Shiori, tenía el rostro tan tenso que se diría que iba a agrietarse de un momento a otro y, con el mango de la aspiradora en la mano, mantenía la vista clavada en Takashi. Él, hablando ahora en voz más baja, insistió:

—Shiori…, tan solo déjame hablar. Después me marcharé…

—¿Quién es usted? —consiguió decir Shiori por fin.

Su voz sonaba reseca y temblorosa, como si estuviera desnuda y oculta entre las sombras. A pesar de que sabía casi con total certeza que su pregunta iba a ser esa, Takashi se sintió profundamente herido al oírla.

—¿Quién es usted? —repitió Shiori.

VIII

Takashi conocía el motivo por el que Shiori no se echaba a gritar ni agarraba cualquier cosa y se la tiraba. Porque en el segundo piso dormía Mio. Si provocaba a aquel intruso de cuya cordura dudaba, cualquiera sabía lo que podía hacer a la niña. Si Shiori estuviera sola, seguro que se dedicaría a buscar cualquier descuido de su oponente para salir huyendo de casa aunque fuera descalza. Después, hubiera echado mano de cualquiera que pasara por la calle para avisar a la policía. Sin embargo, por culpa de que Mio estaba allí, no podía hacer eso. En otras palabras, aunque Takashi no lo había pretendido, Mio le servía como rehén.

Se sentaron uno frente al otro con una mesa baja de madera de encina entre medias. Aquella mesa era como una pared que se alzara entre ambos mundos. Puesto que acababan de encontrarse la noche anterior en el restaurante, para Shiori no se trataba de un rostro por completo desconocido, pero aquel hecho no debía de suponer la más mínima garantía de nada. Es más, seguro que en su interior temblaba de miedo porque un hombre de identidad desconocida de pronto hubiese comenzado a perseguirla. Takashi se sentó primero con objeto de tranquilizar, aunque fuera un poco, a Shiori. Sin embargo, ella no iba a relajarse ni un instante por un detalle tan leve como ese, estando ante un desconocido que, además, se había introducido repentina y furtivamente en su casa. Shiori le miraba con temor, con unos ojos que parecían petrificados.

Takashi sacó de la cartera el permiso de conducir y, deslizándolo sobre la mesa hasta que quedase frente a Shiori, dijo:

—Por favor, mira este nombre.

Shiori echó una rápida mirada a la licencia y pareció comprobar el nombre que constaba en ella, pero su tenso rostro apenas reflejó ninguna muestra de relajarse. Quizá pensaba que se trataba de una mera coincidencia de nombres o incluso de un nombre impostado. Takashi extrajo su llavero, separó de él la llave de esa casa y la colocó frente a Shiori.

—Aquí está la llave de la casa. La casa donde yo vivía. Esta casa.

Como si temiera que no bastara con las palabras, se sintió impelido a mover el cuerpo y los brazos como si estrechara la vivienda entre ellos.

—Hasta ayer. Hasta la noche de ayer, cuando fuimos a aquel restaurante.

Shiori tragó saliva y volvió a hablar.

—¿Qué quiere decir? Nosotros llevamos más de dos años y medio viviendo en esta casa.

¿Cómo explicárselo? El propio Takashi no sabía qué significado tenía todo aquello.

—Sí, lo sé. Yo también... —comenzó Takashi poniéndose a continuación la mano en el pecho. Yo también llevaba dos años y medio viviendo en esta casa. Hasta la noche de ayer... Sé que piensas que digo algo absurdo. Pero no tengo otro modo de decirlo. Al igual que tú no puedes sino decir que esta es la casa donde vives con tu familia, yo tampoco puedo decir otra cosa. Sin duda creerás que se trata de una estupidez o que algo así es imposible, pero, por favor, prueba a imaginártelo. Me conformo con que lo hagas una vez, esta única vez, pero inténtalo. El supuesto de que exista un otro yo... Una persona cuyo aspecto y carácter sea idéntico al tuyo, que se llamara también Shiori Otsuki, una mujer que existiera hasta la noche de ayer... Yo conocí a esa otra Shiori Otsuki en mis tiempos de estudiante universitario. Y, tras muchos años de relación, por fin me casé con ella cuando tenía treinta y cinco. Un año después nació

Taisuke, a los cuarenta años de edad compré esta casa y cuando tenía cuarenta y uno nació Mio.

La expresión de Shiori continuaba tan tensa como al principio. ¿Estaría pensando que estaba frente a alguien a quien le faltaban uno o dos tornillos? ¿O sospecharía que intentaba engatusarla con alguna nueva clase de estafa? En cualquier caso, Takashi sabía que Shiori no era una mujer que se confiase fácilmente a los demás, por lo que debía persistir con paciencia.

Dada la situación, Takashi luchó con denuedo para refrenar cualquier posible tono de ferocidad y continuó hablando. Le dijo que la Shiori que él conocía, de soltera, se apellidaba Konno. Que ella era natural de la ciudad de T, en la prefectura de Miyagi. Que su padre había nacido en la de Fukushima y su madre en la de Iwate. Que con motivo del cambio de oficina de su padre, que trabajaba en una compañía de aparatos electrónicos, la familia se mudó a Saitama cuando ella acababa de comenzar la Escuela Primaria. Que tenía un hermano dos años mayor que ella y una hermana un año por debajo. Que cuando estaba en los primeros años de Primaria, un día que llevaba a su hermanita en la bicicleta, un policía las regañó por ir montadas dos personas y las asustó diciendo que si volvían a hacerlo las metería en un calabozo, pero que mientras la pequeña rompía a llorar, ella miró con furia al policía y le dijo que eso era mentira. También que unos años más tarde su hermano mayor le dislocó hasta dos veces el codo porque, como le gustaba la lucha libre, le hizo unas llaves.

Después le contó todo lo que se le ocurrió acerca de Taisuke y Mio. Que Shiori, a pesar de que presumía una y otra vez de que resistía bien el dolor, aullaba en la mesa de parto cuando dio a luz a Taisuke, y que él, que escuchaba al otro lado de la puerta, se decía que en su caso confesaría sin lugar a dudas cualquier secreto con de tal escapar de un dolor similar al del parto. Que cuando oyó los primeros balbuceos de Taisuke, todavía con la piel enrojecida por el nacimiento, comprendió por primera vez a sus treinta y seis años por qué al bebé se le llama «el coloradito»[6]. El niño nació con un peso

de 2980 gramos y se rieron comentando que la cifra parecía el precio de un artículo de oferta. En el caso de Mio, Shiori rompió aguas de repente cuando estaba haciendo unos arreglos en el jardín, así que se montó un jaleo terrible. La recién nacida Mio estaba recubierta por todas partes, desde la espalda hasta los brazos, sin olvidar las orejas, de un suave vello negro, lo cual los preocupó al pensar si no terminaría pareciendo un chimpancé. Sin embargo, ahora se había convertido en una encantadora niña de aspecto perfectamente humano. Mio llamaba *supaguechis* a los espaguetis; al tobogán, *tabagán* y, como no había manera de sacarla de su error, en casa se divertían usando todos las mismas palabras.

Takashi no tenía la menor idea de hasta qué punto coincidirían esos Taisuke y Mio con los que criaba la Shiori que ahora se sentaba enfrente. Sin embargo, Takashi no veía otro camino que contar lo que él estaba convencido de haber vivido en el pasado.

Habló también de que ambos se conocieron en el círculo de aficionados a la música ligera de la Universidad K y que, por casualidad, coincidían también en que una de sus películas favoritas era *París, Texas*, de Wim Wenders. Que a los treinta y cinco años él por fin consiguió convertirse en profesor numerario de la universidad, que fueron juntos a ver casas en un montón de sitios antes de decidirse, que un día que llevaba mucho tiempo sin conducir estuvo a punto de chocarse con un Benz, etcétera. Mientras hablaba sin descanso a esa Shiori que le escuchaba en completo silencio, poco a poco le fue invadiendo una extraña sensación. ¿Habría hablado alguna vez con Shiori, bueno o con cualquier otra persona, con una pasión y un esfuerzo como los actuales? Estaba detallando con toda franqueza cuestiones muy personales, incluyendo sentimientos que nunca había revelado ni a la propia Shiori, a una mujer que afirmaba no conocerlo. Empeñado en dotar del mayor realismo posible su sorprendente relato; era como si hubiera vuelto su alma del revés para expulsar su contenido con todo lo que se le iba ocurriendo.

Takashi pensó que se trataba de una confesión en toda regla. «Estoy haciendo ahora mi última confesión. Me siento como si estuviera muerto, plantado frente a Enma, el juez de ultratumba para dar cuenta de mis actos. Por supuesto que Shiori no es Enma. Pero entonces, ¿qué supone ella para mí? ¿Se puede saber qué pretendo de Shiori? ¿Acaso pienso que por contarle todo a ella podré arrebatar a esta mujer, a los niños y la casa de manos de aquel tipo? Sí, quizá lo creo».

Puede que, en lo más profundo de su corazón, al fondo del todo, se estuviera agarrando todavía a esa posibilidad como quien, falto de otra cosa, se agarra a un puñado de hierba. Pero tenía la impresión de que no creía de verdad en esa posibilidad. Pese a lo cual, Takashi se veía incapaz de dejar de hablar, aun sin saber a dónde le llevaría ello.

«Tengo que seguir hablando como el pez que, si deja de nadar, se muere. No puedo evitar pensar que, gracias a que estoy hablando, puedo continuar frente a ella».

Según avanzaba su relato, la expresión de Shiori comenzaba a cambiar poco a poco. De vez en cuando, cruzaba un signo de emoción por sus tensas facciones y en un par de ocasiones sus labios se abrieron un poco como si quisiera decir algo, pero enseguida los volvía a cerrar. El fenómeno se fue repitiendo y, al final, incapaz de contenerse más, Shiori tomó impulso y habló.

—Pero entonces... ¿por qué... por qué está usted aquí? Si es cierto que hasta ayer usted vivía con otra yo, otro Taisuke y otra Mio en un duplicado de esta casa, ¿cómo es que ahora se encuentra aquí?

La voz de Shiori denotaba nerviosismo, pero más que acusar a su interlocutor de ir encadenando una mentira tras otra, comenzaba a parecer el tono de alguien perplejo por verse envuelto en una situación anormal que amenazaba con corroer su felicidad actual. Quizá las incidencias que iba enumerando Takashi en su larga perorata estuviesen creando incontables ondas de inquietud en su

corazón. Del tipo de «¿cómo es que este hombre conoce tantos detalles? ¿Por qué? ¿Por qué?».

—¿Que por qué estoy aquí? Yo tampoco lo sé. Llevo pensando en eso todo el tiempo desde ayer.

Takashi sacudió la cabeza con impotencia en gesto negativo.

—Anoche fuimos los cuatro en familia a aquel restaurante...

Takashi comenzó a contar lo que le había sucedido. Que a mitad de la comida se fue a los servicios. Que desde la ventana de los servicios alzó la vista hacia la luna llena y tuvo la vaga impresión de que había algo anormal en ella. Que, acto seguido, entró el otro Takashi Otsuki en los servicios y pasó por detrás de él cuando se lavaba las manos. Que cuando volvió de los servicios, todos los presentes en el restaurante se encontraban paralizados con la vista vuelta hacia la ventana.

—¿La luna? —preguntó Shiori.

—Eso es. Todos estaban con la vista alzada hacia la luna. Shiori, Taisuke y Mio también, igual que los demás del restaurante. Sin decir una palabra, sin mover un dedo, solo mirando la luna. Además, no solo la gente que estaba en el local. Los que esperaban en el semáforo, los que conducían vehículos y hasta los perros de paseo. Todos, sin excepción, quietos mirando a la luna. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Entonces, yo también miré hacia la luna. Y después...

Takashi pareció perder las fuerzas de repente y se quedó sin completar la frase. Sintió que ni él mismo podía creer lo que estaba diciendo. Aquel recuerdo tan vivo, el recuerdo del fenómeno que le empujó a la desgraciada condición actual, se desvaía a medida que lo convertía en palabras, se tornaba borroso y se desmoronaba. ¿Realmente había sucedido algo semejante? ¿Que la Luna se había dado la vuelta? ¿Que toda su familia le había olvidado? ¿Quién iba a creer esa historia propia de un sueño? Shiori seguía mirándolo de frente, pero tuvo la sensación de que sus ojos volvían otra vez a hundirse poco a poco en el pozo de la desconfianza.

—Y después, de un modo igual de repentino, el mundo reanudó su marcha. Shiori, Taisuke y Mio también apartaron la mirada de la luna y la dirigieron hacia mí. El resto... supongo que ya lo conoces.

Shiori, manteniendo su silencio, bajó la vista hacia la mesa como si se le hubiera caído algo. Takashi pensó que todo había sido inútil.

«¿Y qué iba a poder decir ella después de que le contaran una historia tan estúpida? Por un momento me pareció que conseguía levantar un poco la situación, pero he vuelto a caer. Al final, no he conseguido recuperar nada. He fracasado tal y como cabía esperar. Probablemente a ojos de Shiori no soy más que un intruso de lo más siniestro, que conoce de forma inquietante muchas interioridades de la familia Otsuki».

La elocuencia de Takashi perdía pie, desmoronándose sin remedio, mientras que un opresivo silencio descendía sobre la sala de estar. Sin embargo, Takashi reunió ánimos para romper aquel silencio y exprimió unas nuevas palabras.

—Por último... Por último, me gustaría que me mostrases tu mano izquierda.

Shiori levantó la mirada y, con evidente desconfianza, preguntó:

—¿Por qué?

—La Shiori que yo conozco tiene una cicatriz en la palma izquierda de la mano. Me gustaría que me permitieses comprobar si esa cicatriz está ahí o no.

Shiori le miró fijamente en silencio, sin dar ninguna señal de querer mostrarle la mano izquierda.

—Hace diez años, cuando ella se hizo aquella herida, yo estaba junto a ella. No era una herida de gravedad, pero la cicatriz no se borró. Por entonces yo tenía treinta y tres años y compaginaba trabajos en varias universidades como profesor no numerario. Aun así, no conseguía obtener unos ingresos decentes y no veía cómo podría salir adelante en la vida...

En el otoño de hacía diez años, Takashi y Shiori salieron un día de campo para admirar la bella coloración de las hojas propia del

momento. Se bajaron en una estación llamada N de la prefectura de Saitama. Antiguamente, desde allí partía otra línea de tren que llegaba hasta la estación de R, pero en 1986 aquella línea quedó fuera de servicio. Se evitó hacer propaganda de la ruta local de senderos alegando que existían tramos peligrosos, pero el lugar contenía hermosas gargantas y elementos tan emocionantes como túneles en desuso o puentes de hierro, por lo que mucha gente continuaba caminando por los raíles de la línea abandonada. Takashi oyó hablar de ello por la televisión, invitó a Shiori a dar un paseo por allí y se fueron juntos.

En definitiva, sucedió que Takashi había menospreciado aquellos «elementos emocionantes». La ruta incluía seis túneles, que eran espantosamente oscuros. Lo normal hubiera sido llevar una linterna, pero Takashi no preparó ninguna. Vieron desperdigadas algunas personas que hacían la misma ruta y, aparentemente, todas sin falta llevaban una linterna como es debido. Los túneles solían tener curvas, por lo que al poco de entrar en ellos dejaba de alcanzarles la luz procedente de la entrada. Iban envueltos en una negrura tan absoluta que aunque apareciese alguien delante y les pellizcase la nariz ni lo verían. Takashi llevaba a Shiori de la mano y caminaban muy despacio, tanteando con los pies en la oscuridad.

—Mientras avanzaba con Shiori de la mano, se fue afianzando en mí una extraña sensación. Me asusté al pensar que aquel trayecto era como una metáfora de mi propia vida, de mi vida con Shiori... Sin haber traído siquiera una linterna, ni preparar ningún plan, me limitaba a agarrar a Shiori de la mano y llevarla a través de un camino tenebroso cuyo final desconocía, obligándola a transitarlo conmigo. Aunque al principio había parecido divertido, la oscuridad se había vuelto tan intensa que la cosa ya no tenía ninguna gracia. A pesar de que al principio charlábamos mientras caminábamos, poco a poco se incrementaba el silencio y, sin ver en absoluto la figura del otro, avanzábamos callados por las tinieblas. Me dominó la idea de que, de seguir así, se acabaría nuestra relación actual y desembocaría en otra diferente. La idea de que estaba arrastrando a

Shiori hacia un futuro incierto y temible. Entonces, de repente, nuestras manos se separaron. Al parecer, Shiori se había tropezado con algo y se cayó. Oí un «ay» a mi lado. Nervioso, le pregunté enseguida: «¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?». Pero ella se limitó a decir: «Me he caído». Le pregunté una vez más: «¿Te encuentras bien?». Shiori respondió: «¿Y ahora qué hacemos? No se ve nada. Está todo negrísimo». Entonces, como si lleváramos diez años sin hacerlo, nos echamos reír. Después de aquello, otra vez envueltos en una oscuridad total, volvimos a caminar a tientas agarrados de la mano. Al igual que antes, seguíamos en silencio, pero sentí que el miedo en que estábamos sumidos hacía un rato se iba desvaneciendo. Gracias a que los dos nos habíamos reído, conseguí creer que nuestra relación todavía se mantenía firme. Apreté con más fuerza la mano de Shiori mientras pensaba que no la volvería a soltar y que si había un próximo tropezón, la sostendría bien para que no cayera. Sin embargo, cuando por fin salimos del túnel, vi que Shiori se había herido. Le salía un incesante hilo de sangre de la palma de la mano. Parece que al caer puso la mano izquierda en el suelo justo donde había un cristal o algo y se cortó. La herida consistía en dos cortes que arrancaban del mismo punto, en forma de vértice. Cuando la vi, pensé lo siguiente: «Tal y como ha sucedido ahora, Shiori sufre heridas mientras no la veo. En adelante seguirá siendo así. Y, cada una de esas veces, me daré cuenta cuando ya sea tarde». Por eso, para terminar, quería comprobar si aquella herida que se hizo Shiori por mi culpa, existe también en la palma de la mano de la Shiori que tengo enfrente.

—¿Y qué va a ganar con comprobarlo? —preguntó ella.

—Simplemente quiero verlo y comprobarlo. Nada más.

De pronto, Shiori comenzó a gritar, encadenando una frase tras otra.

—¿Y qué va a hacer si la cicatriz está? ¿Y si no está? ¿Qué diferencia hay? ¿Es que va a cambiar algo por eso?

Takashi, de modo reflejo, levantó la voz también.

—¡Sí hay diferencia! ¡Cambia todo por completo!

—¿No da igual? Aun cuando yo tuviera esa cicatriz, no me la habría hecho por culpa suya, ¿verdad? Sería, en todo caso, culpa del Takashi Otsuki que yo conozco, ¿no?

—¡No, claro que no da igual! Lo cambia todo. Tú lo entiendes, ¿verdad? Aun cuando esa herida te la hubieras hecho por culpa del otro Takashi Otsuki, para mí tendría un significado muy importante. Porque yo conozco cómo se formó esa cicatriz. Porque sé lo que pensé cuando vi aquella herida, porque conozco lo que pensé acerca de Shiori cuando la vi.

—Pero esa mujer no soy yo, ¿no? Me está usted hablando de la otra Shiori Otsuki que conoció, ¿no es cierto?

—¡No existe esa otra! ¡No existe ninguna otra Shiori Otsuki! Al menos, no existe ahora. ¡Ha dejado de existir para siempre! Para mí, desde un principio, Shiori no hay más que una, ahora sigue habiendo solo una y en adelante seguirá existiendo solo una. Y es la Shiori que tengo frente a mis ojos. Por eso mismo, yo también estoy aquí.

Shiori apartó la vista y frunció el entrecejo con expresión severa y, como si intentase apartar de sí algo molesto, sacudió varias veces la cabeza en gesto negativo.

—No. Yo soy otra. Por más que me insista, no lo conozco a usted de nada. Márchese. He escuchado toda su historia, tal y como me pidió al principio. Creo que ya escuchado suficiente, ¿no? Así que, márchese. Váyase de nuestra casa.

—¡Claro que me voy! Pero, antes de marcharme, solo te pido, por favor, que me muestres tu mano izquierda.

Shiori, todavía mirando en otra dirección, negó con la cabeza. Aun así, Takashi aguardó un tiempo más. Después, alargó el brazo hacia la mesa. Shiori se asustó y retrocedió un poco, quizá temiendo que el otro quisiera tirarla del brazo. Takashi recogió el permiso de conducir, lo guardó en la cartera y esperó un poco más. Entonces, con voz tranquila, volvió a dirigirse a ella.

—¿Por qué no quieres enseñármela?

Shiori, sin volver la vista hacia él, guardó silencio. A continuación, Takashi alargó la mano lentamente hacia la llave de la casa que seguía en la mesa. Shiori se giró bruscamente.

—¡Deje eso ahí!

Takashi, mirando a Shiori a los ojos, posó la mano en la llave y negó con la cabeza.

—Esta llave es mía. La casa donde yo vivía. Es la llave de otra casa como esta.

Takashi comenzó a retirar lentamente la mano junto con la llave que quedaba debajo. En ese instante, de repente Shiori se abalanzó sobre la mesa alargando ambas manos hacia la llave y, desde arriba, intentó apartar la mano de Takashi. Takashi la agarró al momento por las muñecas y, con la mesa entre ambos, comenzó un forcejeo. Takashi se puso en pie y, sin perder un segundo, saltó por encima de la mesa, cayendo frente a Shiori. Después, continuó el forcejeo hasta que consiguió tumbarla. Agarrando la mano derecha de Shiori con su mano izquierda y la izquierda con la derecha, la hizo caer sobre la alfombra con los brazos en cruz, inmovilizándola.

—¡Suélteme! ¡Prometió que no me haría nada! —gritó ella mientras intentaba librarse.

Takashi la sujetó con todas sus fuerzas mientras gritaba a su vez.

—¡No te voy a hacer nada, solo quiero que hagas el favor de escuchar!

Al oír aquello, Shiori aflojó un poco las fuerzas. Takashi aprovechó la ocasión para agarrar la mano izquierda de Shiori con las dos suyas y abrir a la fuerza el puño que ella mantenía cerrado. Tenía una cicatriz. Y con la misma forma de vértice que Takashi estaba acostumbrado a ver. Sin darle tiempo a sentir nada acerca del descubrimiento, Shiori se revolvió bajo él de manera mucho más violenta todavía y gritó de manera desgarradora.

—¡Sí me está haciendo algo a la fuerza! ¡Me está haciendo daño!

Takashi nunca había visto a Shiori tan fuera de sí, revolviéndose de un modo tan violento, y se hallaba muy sorprendido en su fuero interno, pero también era la primera vez que la trataba con una violencia semejante.

—¿Pero es que no lo entiendes? ¡Solo quiero que me creas! No pido que Taisuke y Mio me crean. Son todavía niños. Pero sí quiero que tú me creas. Ayer por la noche, de pronto y sin saber cómo, lo perdí todo y me quedé solo. ¡Completamente solo! Pero, aun así, deseo que al menos tú, Shiori, creas que yo antes no estaba solo, que era ese hombre que vivía contigo, con Taisuke y con Mio en esta casa. No pretendo que me devuelvan todo lo que perdí. Ni siquiera pido que me devuelvan ni una sola cosa. Tampoco te pido que hagas nada por mí. Solo quiero que me creas. ¡Tan solo eso! Si por lo menos tú me creyeras, podría marcharme sin más de esta casa. ¡Me iré enseguida!

Shiori fue dejando poco a poco de resistirse. Jadeante y con su delgado cuerpo ondulando arriba y abajo por el esfuerzo, miraba hacia arriba, a Takashi, pero como si temiera que en caso de decir una palabra el hombre se aferraría a ello para insistir, se mantenía en obstinado silencio. Takashi, tras soltarle las muñecas, le puso las manos en los hombros como confortándola y después, acercando la cabeza a uno de sus oídos, le susurró:

—¿No te parece que cualquiera se sentiría igual?

Shiori se limitó a seguir respirando con el pecho subiendo y bajando lentamente, con la mirada puesta en el techo como ensimismada. Ambos permanecieron sin saber qué más decir, con el cuerpo rígido, uno sobre el otro, cada uno discurriendo dentro su propio tiempo, como corresponde a dos vidas que no consiguieron cruzarse.

Poco después les llegó la voz de Mio llorando en el segundo piso. Ambos levantaron la cabeza al instante y, como si se hubieran puesto de acuerdo, miraron el reloj de pared de la sala de estar. Pasaban ya de las dos y media. Se diría que el frágil lloriqueo de Mio arrancaba con cada exhalación la pesadilla que mantenía atrapada a

la pareja. Takashi, sin volver la vista hacia la mujer, se incorporó lentamente hasta quedar de rodillas, dejando en libertad a Shiori. Shiori, a su vez, tampoco hizo ningún intento de cruzar la mirada con la de Takashi e igual que quien se arrepiente en el último momento de un acto de infidelidad, enderezó la mitad superior del cuerpo, se sentó en tensión dando la espalda al hombre, se arregló la desordenada cabellera y acto seguido se puso en pie. Después, como si buscara el camino de vuelta a la realidad guiándose por el llanto de su hija, dejó a Takashi en la estancia y echó a andar hacia la puerta. A espaldas del hombre, resonó el sonido de los pasos de Shiori en el pasillo y después, con una suavidad casi exagerada, el que hacían al ir subiendo la escalera. Poco después se oyó la inocente vocecita de Mio lloriqueando «mamá», seguida de la contestación de Shiori.

—Mi pequeña Mio, ¿por fin te has despertado? Hoy te has echado una buena siesta, ¿eh?

Takashi no lo veía, pero estaba seguro de que ahora la estrechaba cariñosamente entre sus brazos.

Sintió que aquello que en ningún modo podía conseguir, aunque le había sido permitido rozarlo, se había terminado. Y que los ecos que todavía resonaban en su cuerpo de aquel momento deseaban apagarse. Takashi colocó las manos en las rodillas y terminó de levantarse. Bajó la vista hacia la llave caída a un lado de la mesa. Pensaba que era el último lazo que le unía con su pasado de felicidad, pero ahora le pareció que daba la espalda a su dueño y que le anunciaba que deseaba quedarse en esta casa.

Caminó por el pasillo con cuidado no hacer ruido, se agachó al llegar al recibidor y sacó sus zapatos del fondo del estante inferior del mueble del calzado. Se los puso, abrió sigiloso la puerta de la casa y, en el momento en que ponía el fuera, se dio media vuelta para mirar hacia la escalera. Por lo visto Mio estaba remoloneando con voz mimosa y Shiori la mecía en brazos mientras le decía algo, pero el ruido del exterior era más fuerte de lo que parecía y obnubilaba los oídos de Takashi, que no podía distinguir los sonidos

con mayor claridad. Al salir por completo de la casa, a modo de despedida hacia Shiori y su familia, cerró con un sonoro portazo. Pensó que debería haber robado la fotografía de Shiori y los demás que había sobre el aparador, pero no se decidió a regresar para ello.

IX

Cuando echó a andar, advirtió que el límpido aire estaba frío, como si se hubiera formado una membrana de agua sobre el firmamento. En dirección este, cerca del horizonte, había unas solitarias nubecillas como retazos de algodón de azúcar. Era la primera vez en que se veía frente al cielo azul y frente al mundo entero sin contar nada más que con su propio cuerpo. Sin embargo, aquellas emociones que debería sentir parecían todavía muy lejanas y quizá tardasen aún en aparecer en toda su crudeza.

Al llegar al camino que discurría junto al río, se detuvo, sacó el permiso de conducir de la cartera y leyó una vez más la dirección. Nishi Honmachi 3-2-203, ciudad de K. Estaba seguro de no haber ido nunca allí, pero podía hacerse una vaga idea de cómo llegar y creció en él la certeza de que, incluso yendo a pie, no podía tardar más de una hora. Pensó que quizá llevase consigo el abono del autobús que había usado hasta ayer, pero cuando lo buscó en la cartera no lo encontró, como era de temer. Tenía unos cuatrocientos yenes en monedas sueltas y doce mil yenes en billetes, pero como había pasado largas horas inmóvil en aquel estrecho trastero del altillo, optó por caminar.

Cuando echó a andar siguiendo la ruta del autobús, las tripas comenzaron a sonarle. El estómago, que hasta entonces parecía solidificado, recuperaba su actividad. Recordó que había un establecimiento de ramen un poco después de cruzar la autopista, con lo que, al contar ya con un objetivo concreto, se animó un poco.

Tras caminar unos veinte minutos y entrar en el local de ramen, algo hizo que la mirada de Takashi fuese hasta el sitio más al fondo de la barra y, como si estuviese siendo absorbido, se sentó allí. A pesar de que entraba por primera vez en el lugar, el contacto de sus posaderas con el viejo y no muy limpio asiento le produjo una sensación de familiaridad. De la misma manera, aunque los dos hombres con camisetas negras, en pie y atareados en la cocina, tenían un aspecto de lo más corriente e intercambiable, algo le decía que sabía de antemano que iba a encontrarlos aquí. Takashi, sin mirar el menú de la mesa ni los platos anunciados en la pared, pidió un cuenco de ramen y unas empanadillas *gyoza*. Tras finalizar, pidió que le echaran una nueva porción de pasta en el caldo sobrante. En la televisión del local ponían un programa de noticias comentadas en el que estaban hablando de un nuevo tiroteo en alguna parte de los Estados Unidos con más de quince víctimas entre muertos y heridos, incluyendo niños. El criminal era un joven blanco y Takashi pensó distraído que quizá aquel tipo fuera alguien que, como él, había aterrizado en aquel lugar después de que lo sacaran de su mundo.

Al salir del local, anduvo otros veinte minutos y llegó a la estación de K. Entonces su vista se posó en la parada de taxis y se le ocurrió que a lo mejor él tenía turno ese día allí y había faltado al trabajo sin avisar. Agobiado por la idea, cruzó por el pasadizo bajo las vías como si huyera y salió al lado oeste de la estación. Caminó un poco más, hasta donde terminaba la zona comercial frente a la estación y se adentró en una tranquila zona residencial vacía a esas horas. Era un barrio carente por completo de personalidad, que podría pertenecer a cualquier otra parte de Japón, pero Takashi, como si lo conociera a la perfección, avanzó por él sin un dudar un momento de qué dirección debía tomar.

Finalmente, llegó a un edificio de apartamentos de tres pisos con un parquecito a su espalda. Aparentemente, en otros tiempos sus paredes debían de ser de un blanco deslumbrante, pero ya se hallaban harto desvaídas y sobre ellas, en color azul pálido, figuraba el nombre de «Garden Court, edificio 1». A un lado de las escaleras

había un par de filas de buzones metálicos y cuando se fijó en el correspondiente al apartamento 203 vio que tenía pegada una tira de papel engomado en la que constaba escrito con rotulador negro: «Otsuki». Echó un vistazo por la rendija superior, pero como al parecer solo contenía hojas de propaganda innecesaria, lo ignoró y subió las escaleras.

Extrajo el llavero con llaves desconocidas y, con él en la mano, permaneció unos momentos frente a la puerta del 203. Sin embargo, no brotó en su interior ni una sensación opresiva en el pecho ni un temor de que dentro le aguardase algo inesperado. La llave entró sin ninguna dificultad en la cerradura y giró dócilmente. En el instante en que abrió la puerta, le pareció que llegaba a su nariz el olor de una vida que quizá siempre había sido la suya, pero puede que se hubiera acostumbrado enseguida a él, ya que poco después dejó de notarlo.

Se descalzó en el escalón del recibidor, recorrió el corto pasillo paralelo al lavabo y al retrete y al término le aguardaban las dos únicas piezas del recinto: una cocina-comedor de unos ocho metros cuadrados con un fregadero con cosas sin lavar y una habitación de unos doce metros cuadrados y suelo de tatami con los futones sin recoger. Sin saber qué hacer, se sentó en la pequeña butaca sin patas instalada frente al televisor, pero no sentía el menor deseo de encenderlo. Después de exhalar un suspiro tras otro, sintió que un cansancio insondable, tan pesado como la arena húmeda, se iba apoderando de todo su cuerpo y se dio cuenta de que no se lo ocurría nada que quisiera hacer. Únicamente dormir.

Se despojó tan solo de la chaqueta y los calcetines, corrió las cortinas y luego se metió entre los futones como si se dejara caer sobre ellos. Se supone que era la primera vez que dormía en aquellos futones, pero su cuerpo se envolvía en ellos con la familiaridad de una bestezuela que se mete en la madriguera preparada por sí misma. La somnolencia que le llegó inmediatamente después no era ni dulce ni cruel, simplemente un

prolongado sopor que no dejaba resquicio para que se filtrase sueño alguno.

Al despertar, ya había caído una espesa penumbra sobre el apartamento. Echó una ojeada hacia el balcón y vio que por un lateral de las cortinas penetraba un frío y azulado rayo de luz lunar por el cual supo que aquella sería también una clara noche de luna. Takashi gateó hasta la ventana, abrió las cortinas y, temeroso, alzó la vista hacia la luna. Ya no era una luna llena, sino que por su parte derecha comenzaba a decrecer ligeramente. Sin embargo, al igual que ayer, no había ningún conejo ni ningún mar. Lo que flotaba en el firmamento no era más que un pálido rostro liso como una tabla, carente de historias asociadas. Continuó un tiempo mirando aquella luna, pero el astro no mostraba en modo alguno señales de volver a girarse como la noche pasada, manteniendo fijo ese otro rostro despiadado.

Takashi se puso en pie, encendió la luz y, al mirar el reloj, vio que apenas habían pasado de las nueve de la noche. A continuación, su vista se posó en la mesita baja y descubrió que, cual tentación ofrecida por las malas compañías, reposaban encima una cajetilla azul oscura de Peace, un mechero Zippo y un cenicero de acero inoxidable. Era la marca que fumaba en sus tiempos de estudiante universitario, pero hacía ya muchos años que había dejado de fumar. Se sentó de nuevo en la butaca sin patas, alargó la mano hacia la cajetilla y probó a ponerse un cigarrillo entre los dientes. Le dio la sensación de que los labios se alegraban del contacto. Experimentó una fuerte nostalgia al oír el chasquido del Zippo y encendió el pitillo. Una agradable corriente de humo atravesó su garganta y ni le hizo toser ni le produjo mareo, impregnándose en sus pulmones lánguidamente. Debían de haber transcurrido unos veinte años desde la última vez, pero el humo comenzó a extenderse por la habitación con naturalidad, como si hubieran convivido todo ese tiempo.

Entonces recordó algo y sacó su teléfono móvil de la chaqueta. Dudó durante un tiempo, pero finalmente se decidió, lo encendió y

lo colocó sobre la mesita sin abrirlo. Estaba dando una nueva calada al cigarrillo cuando enseguida la calma de la estancia se vio quebrada por una especie de goteo, la refrescante melodía que tenía seleccionada para avisar de las llamadas. No sucedió una sola vez. Aquel mismo sonido se repitió una y otra vez, incesante. Mientras lo escuchaba pensó que, tal y como había sospechado, debía de ser un día en el que le tocaba trabajar. Seguramente tendría varios mensajes de la oficina central en el contestador automático. O, si no, sería Yuko. En cualquier caso, no cabía duda de que en este mundo había gente muy persistente.

Pasado un tiempo, por fin el teléfono dejó de sonar. Decidió que cuando terminase el cigarrillo, le echaría valor y miraría el móvil. Fumó hasta que casi se quemó el filtro y aplastó la colilla contra el cenicero. Encontró tres mensajes en el contestador. Hasta ahí bien, pero ¿cómo es que le habían enviado hasta veintitrés correos electrónicos?

Extrañado, abrió la bandeja de entrada y comenzó a ver los nombres de una serie de remitentes que no le sonaban de nada: Kozo Shinohara, Chiaki Matsuda, Taeko Sakagami, Yukihiko Furuya... Fue bajando con el cursor para leer solo los títulos de cada correo y eran de este estilo: «Encantado de conocerle»; «Bienvenido al mundo de este lado»; «El conejo de la luna sí estaba»; «Nosotros, los *lightsiders* de la luna»; «¿Tu luna también se ha vuelto de espaldas?»... Tragó saliva inconscientemente. Probó a abrir uno al azar y leyó:

«Encantado de conocerlo, señor Takashi Otsuki. En mi caso, han pasado cuatro años desde que llegué a este mundo. Iba montado en un autobús de línea de la ciudad de Nagoya cuando de repente...».

Le asaltó una violenta sacudida emocional que le hizo sentir que se tambaleaba el eje de su alma y, tras cerrar el teléfono móvil a toda prisa, lo lanzó sobre la mesa como si se tratara de un objeto espantoso y se quedó un tiempo con la vista fija en él. Se puso un nuevo cigarrillo entre los labios, lo encendió y le dio varias caladas seguidas. Se vio incapaz de continuar sentado y se puso a dar

vueltas de un lado para otro en el estrecho apartamento. Dado que tampoco así conseguía tranquilizarse, caminó hasta la ventana y volvió a alzar la vista hacia la nueva luna que pendía ahora sobre su vida. No había ningún cambio con respecto a la que había visto unos minutos antes. Ningún cambio, pero todo estaba a punto de cambiar. Los dedos que sostenían el cigarrillo temblaron levemente y parecía que el movimiento nunca cesaría. A su espalda volvió a sonar el goteo que indicaba una llamada. Y continuó sonando toda la noche.

LA PIEDRA DEL PAISAJE LUNAR



I

Tengo una amiga que, cada vez que voy a beber con ella, insiste en que todos los hombres son unos seres de lo más molesto, incapaces de vivir sin coleccionar algo. Dice cosas como que, entre los hombres con quienes ha mantenido una relación, hubo quien se dedicaba a coleccionar decenas de guitarras eléctricas a pesar de alojarse en una casa estrechísima, teniendo que vivir en los resquicios que dejaban aquellos trastos, y también que otro de ellos atesoraba una cantidad tal de maquetas de aviones pendiendo del techo como si pretendiera descargar una alfombra de bombas, de tal manera que todo lo que desearan hacer debía tener lugar debajo de aquellos aparatos. Según ella, la raíz de la manía de los hombres por el coleccionismo es solo una. En suma, que en realidad los hombres desean coleccionar mujeres, construir un harén. Basándose en esa conclusión, ya se trate de guitarras eléctricas, maquetas, volúmenes de manga o motocicletas, lo que coleccionan los hombres no pasa de ser un sustituto de las mujeres. Alguna vez he argüido en contra, hablándole de los bolsos, zapatos o muñecos de peluche que compran las mujeres, pero según la teoría de mi amiga, el hecho de que las mujeres acumulen esa serie de objetos no es más que un atavismo de los tiempos en que, llevando un bebé a la espalda, se afanaban de un modo conmovedor por recolectar alimentos en vista de la incapacidad de los hombres para traer alguna presa a casa.

Hay algo muy importante que no le conté a mi amiga sobre el afán de coleccionismo en las mujeres. Es acerca de mi tía, que falleció cuando yo tenía nueve años. En la familia de mi madre eran

tres hermanos. En primer lugar, venía mi madre; después, mi tío de Osaka; y, por último, la tía Keiko, la menor. La tía se llevaba siete años con mi madre, pero en realidad parecía mucho más joven. En cierta fotografía de hace un cuarto de siglo donde se ve a los familiares reunidos, ya desde entonces mi madre ofrece un aspecto maternal, entre imponente y fatigado. Mi tía, en cambio, aparece pálida como un brote de soja y muy delgada, con el pelo peinado de cualquier manera y sin rastro de maquillaje, por lo que todavía conserva un aire infantil. Su rostro, pequeño y compacto como el puño de un niño, y el largo y delgado cuello que se prolonga por debajo son de los que dejan huella, pero sus bien formadas facciones, con cierto aspecto de frialdad, refuerzan todavía más la impresión de fragilidad del conjunto. En otras palabras, que el aura que desprende se asemeja al de un delicado adorno de vidrio, despertando en quien lo ve un impulso protector.

Quizá también por eso ni mi hermano menor ni yo la llamábamos «tía», sino «Keiko san». Además, si por un casual nos dirigíamos a ella como «tía», fingía no darse por aludida, pero en cuanto la llamábamos «Keiko san», respondía solícita: «¿Sí? Dime...», con una sonrisa como la de una bruja, que parecía extenderse casi hasta las orejas. No sé la de veces que se repetiría aquella escena.

Keiko conocía bien la manera de contentar a los niños y se inventaba un nuevo juego tras otro, llevándonos a mi hermano y a mí por toda la casa. Jugábamos que si a estar en una nave espacial, que si a explorar la jungla, que si a pesquisas de detectives. Pensándolo ahora, eran todos juegos muy convencionales, pero cuando pasaban por las manos de Keiko, se convertían en un relato de aventuras cargados de emociones, como si cruzáramos por valles y montañas. Por eso, cuando íbamos con nuestra madre a casa de los abuelos, en la ciudad de H, lo que más anhelábamos era el momento de subir a la carrera al segundo piso nada más llegar para acosarla sin descanso hasta que jugase con nosotros.

En aquel entonces no me parecía así, pero ahora me doy cuenta de que la tía Keiko era, indudablemente, un tanto excéntrica. En las paredes de la casa de los abuelos colgaban varios cuadros al óleo pintados por ella con una técnica que no desmerecía de la de los profesionales y, cuando se sentaba frente al piano, nos tocaba con un estilo muy elegante unos solos de Chopin o de Debussy. Pero si le daba por echar mano de una guitarra folk, era muy buena interpretando canciones de su admirada Joni Mitchell y recuerdo que mi madre me contó una vez que en caligrafía *shodo* se había titulado con algún grado. Se tratara de lo que se tratase, si comenzaba a aprender algo, se embebía tanto que parecía no darse cuenta de lo que la rodeaba, progresando a gran velocidad. Sin embargo, cuando llegaba a dominar la técnica, al momento se desvanecía el hechizo que la guiaba.

Oí infinidad de veces a mi madre o a mis abuelos decir «Keiko era una chica capaz de aprender cualquier cosa, pero...». La frase siempre terminaba con ese «pero» que, con toda seguridad, encerraba también un significado de «quien mucho abarca poco aprieta». Es decir, que podía hacer cualquier cosa, podía haber tenido cualquier profesión, pero... Lo cierto es que, desde que se licenció en la universidad, Keiko nunca se empleó en ningún trabajo estable y, hasta los veintinueve años en que falleció repentinamente por enfermedad, continuó viviendo sin ataduras laborales y sin encontrar asiento.

Con todo, hubo un «hechizo» que no se apartó de Keiko hasta el final. Y fue el de coleccionar piedras. Pero, aunque hablemos de coleccionar piedras, no se trataba de reunir ejemplares raros o bonitos o de comprar trozos de minerales. En la colección de piedras de Keiko existía una única norma, y era la de que no debían ser artículos comprados. En suma, que se dedicaba a recoger las piedras vulgares que había caídas por ahí. Bueno, lo de «por ahí» no es del todo correcto. Puesto que, con objeto de conseguir las piedras que tocaran su cuerda sensible, Keiko recorría todo el país tomándose la molestia de visitar las riberas de los ríos o las costas de especial

interés para ese particular mundo de coleccionistas. En ocasiones se desplazaba ella sola, pero también hubo casos en que viajó junto con alguien que conoció gracias a compartir esa misma afición. Por lo visto, dicho compañero fue también la única persona con la que Keiko mantuvo cierta relación sentimental a lo largo de su vida. De esa manera, bien sola, bien con ese hombre, consiguió reunir más de doscientas piedras, que depositaba sobre un trocito de tela de algodón y alineaba en las cajas cuidadosamente ordenadas donde las guardaba. En cualquier caso, la mayoría de esos pedruscos eran ejemplares que a duras penas sobrepasaban el nivel medio de interés para esa clase de coleccionistas y, desde luego, no atraían la atención de unos niños como nosotros.

Como mi nombre es Sumika, por lo general me llamaban Su-chan. Un día, con los ojos centelleantes de emoción, Keiko me dijo:

—Su-chan, ¿te das cuenta de lo importante que es? No existen dos piedras iguales en todo el mundo. Por eso, soy la única persona en todo el mundo que tiene estas piedras…

Me pareció que algo de razón sí que tenía. Ciertamente, ningún rey de ningún país ni ningún multimillonario poseían ni una sola de las piedras que Keiko había reunido. Pero no por eso de pronto iban a parecer espléndidos unos vulgares pedruscos grises, marrones o blancos, y la propia Keiko a veces decía con una débil sonrisa de autocrítica: «Bueno, ya sabes que dicen que si te da por coleccionar piedras, es que estás acabada». Desde luego que, a pesar de que ya tengo una cierta edad, no se me ocurre ninguna afición más mustia que coleccionar piedras. Y, dado que hasta en el confín del mundo deben de existir piedras caídas por ahí, disfrutar admirando las diferencias entre cada una quizá pueda calificarse de vivir en las faldas de la eternidad.

Pues bien, si me preguntan si toda esa colección de Keiko no eran más que piedras sin ningún valor, mi opinión es que no era así. Existen piedras denominadas «paisajísticas». Son aquellas en las que

determinados patrones de su superficie evocan un paisaje. No se trata solo de que si uno le echa imaginación con esa idea preconcebida no puedan interpretarse así, sino de que realmente existen algunas, excepcionales sin duda, que recrean a la perfección el paisaje en cuestión. A veces, hay piedras con un cielo y una tierra. En ese cielo puede distinguirse un sol, una luna o unas nubes, y en la tierra puede haber una arboleda que forme un bosque, unas montañas o alguna edificación. Keiko poseía una sola de esas piedras, que le había regalado el compañero sentimental y de aficiones que he mencionado antes. Era una piedra a la que guardaba un cariño especial, y le puso el nombre de «piedra del paisaje lunar». Como niña que era, entonces yo apenas podía leer ideogramas, pero gracias a que ella me enseñó que se escribía con los signos de piedra, paisaje y luna, la combinación de esos tres caracteres flota todavía hoy en mi cerebro.

La piedra del paisaje lunar tenía una bella forma ovalada y una superficie suave. El tamaño era de unos diez centímetros de alto, algo más de seis de anchura y unos tres de fondo. Debía de haber sido pulida por la corriente de algún río, puesto que prácticamente carecía de puntos cóncavos o convexos y al tacto era lisa y agradable. Solamente por su forma ya resultaba un ejemplar de lo más infrecuente, pero, desde luego, lo que más llamaba la atención era el dibujo que creaba su superficie. En pocas palabras, podía definirse como un paisaje nocturno. Sobre un fondo de oscuro gris ceniza que podía interpretarse como el cielo nocturno, había desperdigada una serie de puntitos de cuarzo como estrellas y en el centro de todo flotaba un gran astro redondo. Si este último fuera blanquecino o levemente amarillento, al momento uno exclamaría: «Mira, la luna llena», pero, por desgracia, resultaba bastante difícil verlo así.

—¿No creéis que este planeta azulado parece la Tierra? —dijo Keiko al mostrarnos la piedra.

Me pareció que tenía toda la razón. El círculo tenía zonas azul pálido cruzadas por jirones blancos, que podían parecer una de esas

imágenes de nubes de las predicciones meteorológicas, y luego otras amarronadas que recordaban a los continentes. Ciertamente, era una imagen de la Tierra. Rodeada por un mar de estrellas, la Tierra flotaba en medio cual reina de la noche. Siendo así, lógicamente surgía el interrogante de cuál era el punto desde el que se apreciaba dicho paisaje.

—La Tierra vista desde la Luna es varias veces mayor que la Luna vista desde la Tierra. Y además no se mueve en absoluto, flotando siempre en el mismo punto. Es como si dijera: «Cuidado, que no te quito ojo de encima». ¿No creéis que es un poco siniestro?

A pesar de lo que decía Keiko, tuve la impresión de que algo no encajaba en aquella idea. Podía admitirse la comparación con el planeta Tierra flotando en el cielo nocturno, pero entonces ¿qué era esa especie de árbol blanco que se veía debajo? Me recordaba a un inmenso árbol de alcanfor que crecía en un templo sintoísta del vecindario. Era un impresionante árbol de tupido ramaje que se alzaba solitario sobre el blanco terreno. A través de la televisión o de los libros de dibujos había adquirido cierto conocimiento de la Luna y sabía que se trataba de un mundo muerto y desértico de color gris. De entrada, en la Luna no existía atmósfera alguna que pudiera respirar un árbol, ni soplaba la más ligera brisa y, si dejábamos la huella de nuestra pisada, se conservaría hasta que la especie humana desapareciera del universo, como una pequeña prueba de la tecnología que llegamos a alcanzar.

—Pero en la Luna no hay ningún árbol —objeté presumiendo de mis conocimientos.

—Pues yo lo he visto —contestó Keiko con toda naturalidad sin arredrarse.

Les sucede lo mismo a todos los adultos, pero el caso es que cuando quieren engatusar a un niño adoptan una expresión especial, y yo ya tenía edad suficiente para saber distinguirla.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? ¿Con un telescopio?

Lancé mi pregunta con tono irónico, pero Keiko contestó con todo descaro.

—Nada de eso. Lo vi con mis propios ojos cuando estuve allí.

—Vale, vale… —debí de responder yo imitando la muletilla de mi madre.

Entonces Keiko bajó la voz dándose aires de que iba a contar algo muy importante.

—Te voy a contar un secreto. Si metes esta piedra debajo de la almohada cuando te acuestas, puedes viajar a la Luna. Pero tú, Su-chan, no debes hacerlo nunca. Porque tendrás muy malos sueños…

Un mundo en el interior de la piedra…. Keiko siempre se inventaba de esa manera toda clase de juegos y, aunque sabíamos que se trataba de una farsa, siempre eran ideas que nos hacían vibrar de emoción. Desde que le oí decir aquello, la piedra del paisaje lunar no dejó de rodar por mi cabeza y al caer la noche, dentro del futón, me dormía imaginando que tenía la piedra del paisaje lunar debajo de la almohada. Con el tiempo, Keiko comenzó a inculcarme la idea de que el paisaje de la piedra variaba un poco cada vez que la miraba, lo cual me hizo interesarme todavía más y cuando íbamos a casa de los abuelos le insistía para que me la enseñara. Lo cierto es que, al mirar la piedra con esa idea en la cabeza, me daba la sensación de que el aspecto de las nubes que cubrían la Tierra difería un poco en cada ocasión y tampoco era exactamente igual el follaje del gran árbol blanco. La pasión de mi hermano menor por el asunto se apagó enseguida, pero, a saber por qué, yo no me cansaba nunca de ello y el mundo lunar encerrado en aquella piedra se iba enriqueciendo día a día en mi imaginación.

Fue también durante uno de sus viajes para recoger piedras cuando Keiko cayó enferma. Desde que era muy niña, Keiko padecía del corazón y al parecer, de tanto en tanto, se veía asaltada por palpitaciones o dificultades respiratorias. Aquellos síntomas se fueron agravando según se acercaba a los treinta años de edad y, cuando ya estaba pensando en someterse a una operación, en un lugar de la costa de la península de Boso le dio el último ataque. Por

desgracia, viajaba sola. Es posible que por aquel entonces ya hubiera finalizado la relación con el hombre que le regaló la piedra del paisaje lunar, pero la realidad la desconozco. Debía de tratarse de un entorno apenas transitado, pues por lo visto cuando la encontró un turista que pasaba por allí de casualidad, su cuerpo ya estaba tan frío como el mar.

Desde que era una niña, suelo perder bastantes cosas y estaba acostumbrada a que cada vez que me ponía a buscarlas farfullando quejas, mi madre me dijera: «Búscalo bien, en alguna parte tiene que estar». Sin embargo, a los nueve años aprendí que la pérdida que implica la muerte encerraba un carácter diferente. Que la vida es algo que, si se pierde una vez, ya no se puede volver a encontrar. Fui a casa de mis abuelos y subí al segundo piso. La habitación de Keiko tenía el aspecto acostumbrado, salvo por su ausencia. Parecía que debería de estar por alguna parte, pero no era así. A pesar de la gran sensación de vida que ofrecía, se había extinguido sin dejar rastro. Me senté en la cama de Keiko, en medio de aquella silenciosa habitación y sentí como si de algún lugar muy lejano afluyese la tranquilidad del vacío. Al revolcarme un poco sobre la cama, el tenue olor de Keiko acarició la punta de mi nariz. Aunque había muerto, aunque ya no estaba en este mundo, su olor todavía se adhería a la cama. Todavía hoy no puedo olvidar que en ese instante, como una emoción que se asomaba por encima de la tristeza, me asaltó el miedo a morir y, en un acto reflejo, me levanté del lecho como impulsada por un resorte. Desde aquel momento, se grabó en mi interior con toda claridad que eso era lo que se sentía con la muerte de un ser humano, algo similar a los contornos que dibuja un muerto sobre una cama vacía.

Me sabe mal decirlo así, pero a cambio de perder a Keiko conseguí otra cosa. La piedra del paisaje lunar que me fascinaba desde tiempo atrás. Mi abuela sabía que a mí me gustaba aquella piedra y me la dio como recuerdo de Keiko. Por eso me pareció que con la muerte de Keiko moría incluso la piedra del paisaje lunar. A pesar de que hasta entonces nunca me había parecido fría, ahora

siempre que la tocaba transmitía frialdad y hasta aquel paisaje que antes me parecía ligeramente diferente cada vez que lo miraba, ahora, cuando sacaba la piedra del cajón, me devolvía el mismo e insípido rostro. Llevada por el sentimiento de probar a hacer cosas peligrosas, varias veces dormí con aquella piedra debajo de la almohada, pero quizá porque se había debilitado en mí la fuerza para creer en cosas propias de niños; en definitiva, no conseguí por ello tener «muy malos sueños». No me olvidé de Keiko ni de la tranquilidad de aquella habitación que había perdido su ocupante, pero poco a poco fueron escaseando las ocasiones en que me acordaba de la piedra del paisaje lunar.

II

Cumplí treinta y dos años y, cuando comencé por primera vez a vivir en pareja con un hombre, en una casa de apartamentos de la ciudad de M, me topé con una chica que se parecía a Keiko.

Al volver del trabajo, siempre llegaba a casa pasadas las siete de la tarde. Cierto día, nada más entrar en la planta baja del edificio de apartamentos, vi de espaldas a mí a una chica delgada de pelo corto que se metía en el ascensor porque justo acababan de abrirse las puertas. Como tenía que recoger las cartas, fui hasta la fila de los buzones, me giré hacia ella y le dije: «Suba usted antes, por favor». Entonces, me sobresalté. Por mi cerebro cruzó la sensación de que me hallaba frente a una situación ya vivida y, mientras me preguntaba a qué se debería, eché una mirada hacia la chica con tan poco recato que de ningún modo se podría calificar de «vistazo». No vestía de uniforme, pero me pareció que con toda probabilidad sería una estudiante de Secundaria. Enjuta y con los hombros caídos, lucía un blanco y alargado cuello coronado por un rostro pequeño y de aire tristón.

La chica, sin el menor atisbo de una sonrisa, me contestó con firmeza:

—No, la espero.

No daba la impresión de que lo dijera por mera amabilidad, sino que parecía que se hubiese hecho a sí misma la promesa de ir juntas. Además, su expresión mientras apretaba el botón de apertura era tan decidida que se diría que estaba dispuesta a

esperarme una hora si hiciera falta. Aquella actitud dejó en mí una impresión muy viva.

En mis treinta y dos años de vida no recordaba que nadie me hubiera dicho nunca «la espero» mientras sacaba las cartas del buzón y me sorprendí pensando «ah, pues sí, también es una contestación posible». Me pareció una muestra del puro corazón propio de su edad. Si hubiera tenido cinco años menos, no cabría esperar una muestra de delicadeza semejante y si tuviera cinco más seguramente habría perdido ya ese carácter obstinado. Me apresuré a recoger el correo y me subí al ascensor casi a la carrera. Le di las gracias a la chica y me coloqué un poco detrás de ella, en diagonal. La chica giró el rostro levemente hacia mí, pero sin dejar de mirar al suelo.

—¿A qué piso va usted? —me preguntó.

—El tercero...

Entonces me di cuenta de que ya estaba apretado el botón del tercero y cuando añadí «por favor», se estaban cerrando las puertas.

Mientras el ascensor subía, estuve contemplando a la chica por detrás. No podía quitarme de la cabeza la sensación de que se parecía a alguien, pero todavía no conseguía recordar a quién. Sería unos cinco centímetros más baja que yo y de peso tendría unos diez kilos menos. Vestía ropa de lana azul claro y ya desgastada, mientras que su calzado eran unas playeras blancas un tanto sucias. Cargaba con bolsas del supermercado semitransparentes en ambas manos que permitían intuir su contenido: leche, huevos y cajitas de verduras ya cocinadas, destinadas quizá a la inminente cena. Imaginé que a lo mejor había salido a comprar algo porque sus padres le dijeron que volverían tarde y que cenase sola. En el tramo entre el segundo y el tercer piso, el cristal frente a nosotras se oscureció y durante un momento nuestras miradas se cruzaron. Al pensar que se habría dado cuenta de que la estaba mirando, aparté enseguida la vista, pero me pareció que ella la había apartado un

instante antes. La suya era una mirada cargada de oscuridad y silencio.

Al llegar al tercer piso y abrirse las puertas, la chica se quedó inmóvil con el dedo pegado al botón de apertura para mí. Su muda espalda me decía que bajase yo antes. Volví a darle las gracias en voz baja y, tras salir a buen paso del ascensor, giré a la izquierda para dirigirme a mi apartamento, el 303. Entonces, sentí que los quedos pasos de la chica, como temerosos, me seguían guardando la distancia.

Me paré frente a la puerta del apartamento y la chica cruzó sin más por detrás de mi espalda. La miré de reojo y vi que abría el apartamento contiguo, 302, y que mientras se introducía en el recibidor, me echaba un vistazo. Una vez más nuestras miradas se cruzaban. La chica hizo una leve reverencia, probablemente para disipar la incomodidad. Le devolví el saludo de la misma manera y después, como si huyera, se metió del todo en el recibidor. Mientras intentaba acordarme con impaciencia de a quién me recordaba, la mano que debía sacar la llave revolvía dentro del bolso, pero por más que removía no la encontraba. Cuando por fin la encontré, me retiré un poco hacia la barandilla del pasillo para confirmar el nombre de la placa del apartamento 302. Tal y como había leído en otra ocasión, el apellido era Kataoka y estaba escrito en grueso rotulador negro sobre fondo blanco. Pensé que aquellos descuidados trazos debían de ser obra del padre. Me imaginé un retrato familiar donde ambos padres eran torpes y malhablados, que se odiaban mutuamente mientras los hijos, como en el cuadro de Munch de *El grito*, se tapaban los oídos. Obviamente, el mero hecho de haber leído el apellido no me ayudó en nada a recordar a quién se parecía la chica. Habían pasado dos semanas desde que me mudé a aquella casa, pero era la primera vez que veía a alguno de los vecinos de la puerta de al lado.

Saito, el hombre con quien vivo, por lo general volvía bastante tarde, así que, al igual que cuando vivía sola, al regresar me encontraba una casa vacía, silenciosa y oscura. Me puse ropa de casa, me quité el maquillaje y me tumbé en el sofá. Por lo general, acto seguido pongo la televisión, pero esa vez, en lugar de hacerlo, comencé a pensar en la chica. Me puse a recrear caras de gente del mundo del espectáculo, así como de amigas o conocidas, pero, por más que lo intentaba, no daba con ninguna similar.

A continuación, el asunto avanzó de una manera realmente curiosa y es que, tras darme por vencida, encendí el ordenador y vi que había llegado un correo electrónico de mi madre cuyo título era: «Otra vez he conseguido hacer unas buenas fotos». Hacía cosa de medio año, cuando mi hermano menor tuvo su primer hijo varón, nuestra madre se había aficionado a hacer fotos del nieto con un increíble entusiasmo y cada dos por tres nos enviaba aquellas que le parecían una obra maestra. Al ir abriendo los archivos adjuntos, las primeras cinco fotos eran de un bebé con apenas unos mechones de pelo desperdigados, en unas riendo y en otras llorando. Estaba yo mirando esas fotos con una sonrisa cuando de pronto la siguiente imagen que apareció era una fotografía antigua con los colores desvaídos. Un instante después, fue como si aquella foto se convirtiera en una imagen tridimensional que brotase de la pantalla y me dio un vuelco el corazón. La fotografía estaba tomada en la sala de estar de la casa de los abuelos y en ella se nos veía a Keiko y a mí, que entonces debía de tener unos cinco años. Desde hacía no mucho, mi madre había aprendido como técnica novedosa el escaneo de fotografías antiguas y de vez en cuando escogía algunas hacia las que sentía una especial nostalgia, que enviaba mezcladas con las del nieto, como en esta ocasión. Sin embargo, en el momento en que vi el rostro de Keiko después de tan largo tiempo, sentí que la imagen de la chica con quien me acababa de cruzar se superponía con ella a la perfección y fue como si esa neblina que me reconcomía fuese dispersada por una ráfaga de viento.

Mentalmente, me di una palmada en la rodilla. «Así que era eso». Como pasa siempre en esos casos, una vez que te das cuenta de la solución, se aparece con tan meridiana claridad que excluyes al instante todas las demás posibilidades. Recordé la escena en que Keiko, con veintitantos años de edad, se acercó por detrás de mí, sentada a mi tierna edad en el sofá de cuero marrón, y me estrechó con fuerza entre sus brazos. En esos casos, Keiko siempre acompañaba el movimiento de un sonoro «gyuu[7]», que pronunciaba con los labios en forma de trompetilla. Su pelo, al igual que el de la chica de antes, era corto y de un negro intenso, peinado al estilo *bob*. El rostro, sin maquillaje y con algunos lunares desperdigados, era pálido como la cera, casi translúcido, y podía pasar por una estudiante de Bachillerato. De niña, estaba convencida de que Keiko era quien reunía mayor belleza de todos mis parientes, pero viendo ahora su fotografía me pareció que carecía por completo de ese opresivo aire de autoconfianza que suelen tener las mujeres bellas conscientes de ello. Keiko, más bien, poseía un tipo de belleza callada, era como algo de lo que no se debe hablar aunque te des cuenta.

Cuando murmuré «qué joven...», me pareció como si hubiera dicho «qué triste...». Unos años después de aquella fotografía, Keiko moriría totalmente sola. Con su cadáver caído al aire libre en una desolada costa. En aquel entonces mi mayor sentimiento fue de confusión al ver que de repente ya no estaba entre nosotros, pero ahora, habiendo vivido largos años tras su deceso, había sobrepasado incluso el punto en que podía verla como a una hermana menor. En lugar de eso, mi corazón se retorcía dolorido pensando «debió de pasar mucho miedo» o «debió de sufrir mucho». En cambio, al mirar mi candorosa figura de niña en la foto, lo único que se me ocurría era que parecía la viva imagen de la inocencia infantil. Me pregunté cómo percibiría el mundo aquella niña, todo lo que alcanzasen sus ojos o la vida misma. Y, entonces, mi atención se vio atraída por lo que sostenía yo en las manos en esa foto. Parecía la pose de una niña agarrando una hamburguesa

con las dos manos, pero se trataba de la piedra del paisaje lunar hundida hacía ya tiempo en el pozo de mis recuerdos. Ahora que Keiko estaba muerta y yo pasaba de los treinta años de edad, ¿qué aspecto tendría aquella piedra? Sabía dónde estaba. Si volviera a casa de mis padres y rebuscara en algún cajón de la mesa, seguro que aparecía. Debería de conservar la misma apariencia que en la foto, pero, de un modo impreciso, no podía creer que fuera así. Con la cantidad de cambios que había experimentado todo, ¿cómo iba a ser aquella piedra lo único que no cambiase?

Pensando en esto y aquello mientras contemplaba la foto, terminó por brotar un interrogante. ¿Por qué había recibido esta foto precisamente hoy? En el mismo día en que conocía a la chica de al lado y le daba mil vueltas a la cabeza pensando a quién se parecía, me llegaba de improviso este correo. Como si, agotada la paciencia ante mi torpeza para recordar, me estuviera diciendo: «Pero venga, date cuenta de una vez». Si telefonease a mi madre y le contara lo sucedido, seguro que se echaría a reír achacándolo a la pura casualidad. No obstante, para mí se trataba de una extraña señal que no acababa de digerir. Odio toda clase de horóscopos y quiromancias y carezco por completo de eso que llaman «capacidad para sentir los espíritus», así que, en principio, mi carácter no va con buscar significado a las casualidades, pero esta vez flotaba una impresión vagamente inquietante. Además, el asunto daba un poco de miedo por el hecho de que al contemplar la foto mi mirada se viese atraída sin remedio por la piedra del paisaje lunar. Incluso, la mirada de aquella niña me parecía cargada de peligro, como si entre las manos estuviera estrujando su empapado corazón. Era como si la piedra palpitara mientras me susurraba: «Te habías olvidado, ¿eh? Me habías olvidado durante todo este largo tiempo, pero he vuelto. He vuelto a ser parte de tu vida gracias a esta foto».

Saito, mi pareja, es diez años mayor que yo, cuarenta y dos. El cargo que ostenta es «planificador de jardines de azotea», en una empresa donde ya lleva veinte años, dedicada a crear «azoteas verdes» en los edificios, y ha alcanzado el puesto de director de

departamento. Tiene a sus espaldas un divorcio y el hijo de aquel matrimonio es un chico a punto de entrar en la Escuela Secundaria, pero cuando lo conocí ya estaba divorciado y vivía solo. A diferencia de mí, es una persona muy sociable, de cuerpo grande y vozarrón en consonancia. Ya se le encargue lo que se le encargue, se pone manos a la obra con entusiasmo, y vive como si se abriera paso en el mar de la vida con su gruesa nariz por aleta. Tiene ideas fijas sobre cualquier cosa, nunca duda y es radical en cuanto a lo que le gusta y lo que le disgusta. Así, en cierta ocasión en que trabajamos juntos con motivo de las plantas que cubrirían la azotea de cierto edificio de oficinas, apenas habíamos terminado la tarea cuando ya se lanzó directo hacia mí con inusitado ímpetu. Me invitó a que comiéramos los dos a solas y, mientras bebía cerveza con tanta facilidad como si fuera agua, comenzó a seducirme con un «me gustas». Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. El hecho de que ni me preguntase si tenía novio se debió, según él, a que «me basta con mirar para saberlo». Es un hombre que, aun cuando yo le hubiese rechazado enérgicamente, habría insistido como quien no se detiene en su carrera ni aunque tope con un semáforo en rojo, sin desilusionarse lo más mínimo. En adelante, comenzó mi relación con él como quien se deja arrastrar por un toro, y tanto me arrastró que ya vivimos juntos.

Para ser sincera, todavía no sé si Saito me gusta o no. De vez en cuando me parece que es un hombre extraordinario, pero en la misma proporción siento que cuando estoy con él no me puedo relajar. Y es que somos demasiado diferentes. Un hombre al que le encanta salir y una mujer que gusta de estar en casa, un hombre que bebe alcohol como si se duchara con él y una mujer que al primer trago enrojece, un hombre que lee periódicos y una mujer que lee novelas, un hombre al que le gustan las habitaciones muy iluminadas y una mujer que gusta de los recintos en penumbra, un hombre que quiere dormir en la misma cama y una mujer que quiere dormir sola... Las diferencias serían incontables. Saito dice que precisamente ahí está la gracia y de vez en cuando yo también

lo creo, pero no tengo confianza acerca de cuánto tiempo más le veré la gracia, y supongo que a Saito le pasará lo mismo. En varias ocasiones hemos llegado a punto de pelearnos, pero por fortuna la cosa nunca ha pasado a mayores. Se diría que es la experiencia con que cuenta un hombre que ya se ha divorciado una vez, pero el caso es que Saito sabe callarse a tiempo para no sobrepasar nunca cierta línea. Pero, por lo que a mí respecta, no me gusta la forma en que finalmente opta por callarse. Porque la expresión que adopta en ese momento es de perdonavidas que está diciendo: «En realidad sé que tengo razón, pero me voy a esforzar para que no se note». Es verdad que el aguante es una virtud del ser humano, pero en el caso de Saito no puedo evitar la sensación de que, como él tiene buena memoria, todo eso que va aguantándose lo acumula en su interior como si fueran favores que me hace.

En definitiva, creo que el motivo último por el que no le entrego al completo mi corazón es porque me parece que la vida de ese hombre llamado Saito no necesita para nada contar con mi presencia a su lado. Es alto, de complexión fuerte y su aspecto cuando retrae la mandíbula mirando al mundo airadamente desborda confianza en sí mismo. En cuanto a su rostro, presenta un aspecto cándidamente descuidado, pero está bien formado y además de una manera que no parece ir proclamándolo a los cuatro vientos, lo cual evita que te caiga mal. En pocas palabras, que ninguna mujer se sentirá molesta si alguien como Saito intenta seducirla. A veces, cuando estamos en la cama, me acaricia la mejilla y dice sin rodeos: «Me gusta este rostro». Sin embargo, la emoción que brota en mí en ese momento no es alegría, sino intranquilidad. Aunque me esfuerce por sentir alegría pensando que se refiere a mí, en el mismo momento en que le oigo decir «este rostro» me parece que le da igual una persona que otra y que por casualidad he venido a ser yo.

Por otra parte, recientemente una gran sospecha va creciendo en mi interior. Soy muy sensible a los olores. Hasta ahora solo he mantenido relaciones sentimentales con tres hombres, incluyendo a

Saito, y puedo recordar los olores corporales de cada uno de ellos con tanta nitidez como si los tuviera delante de mis narices. Si es que realmente amo a Saito, quizá el motivo más fuerte para ello sea precisamente el olor de su cuerpo. No le he hablado del asunto al interesado, pero el olor que despide el cuerpo de Saito me hace pensar en una vasta y cálida tierra de hermosa naturaleza. A menudo, cuando estamos en la cama, restriego mi rostro contra su cuerpo para aspirar ese olor y llenar con él mis pulmones. Él no se ha dado cuenta, ni probablemente se dé cuenta nunca, de ese gusto mío un tanto turbio.

Ahora bien, desde hace unos dos meses, según me parece, cuando Saito vuelve a casa hay noches en que trae con él suaves trazas de perfume. Puede que no sea perfume, sino crema de manos o quizá champú, pero en cualquier caso siempre es el mismo olor, un aroma a jazmín, que yo odio. Puesto que trabaja fuera de casa, es lógico que de vez en cuando trate con mujeres que usan perfume. Pero el hecho de que justo las noches en que regresa más tarde venga acompañado de ese olor que acaricia mi nariz, junto con el hecho de que esas mismas noches en modo alguno desee mi cuerpo hacen que, inevitablemente, se aviven las sospechas. Si exceptuamos ese punto, no se ha producido ningún cambio en su conducta. La seguridad en sí mismo, la amabilidad, el sentido del humor… Gracias a esos recursos, mantiene una base sólida que no deja resquicios para el ataque. Alguna vez he oído ese dicho de la sabiduría popular que asegura que las mujeres hemos evolucionado aprendiendo a descubrir las mentiras de los hombres, pero por lo visto a mí me dejaron al margen de esa caudalosa corriente. ¿O será que mi acerado sentido del olfato es la prueba de dicha evolución? Sea como sea, cuando llega el amanecer, el olor a jazmín ha desaparecido por completo, tanto del cuerpo de Saito como de las ropas echadas a la lavadora. Se diría que el origen de aquel olor no era sino el espíritu de mi sospecha, que alzaba la cabeza por las noches.

La voz que se alojaba en lo más profundo de mi corazón me anunciaba que ese hombre me estaba engañando, pero me incomodaba tanto tener que hacer frente a la infernal escena, que finalmente llegaría, que me tapaba continuamente los oídos como un niño que se esconde en el armario. Y para colmo, cada vez que Saito exhibía alguna muestra de cariño hacia mí o cuando insistía en gozar de mi cuerpo, me decía a mí misma, como un susurro del diablo: «¿Ves como no pasa nada? No te preocupes». En momentos así, de ningún modo quería imaginarme a Saito lanzándose ávido sobre otra mujer, la mujer del olor a jazmín. Porque entonces sentiría como si me echaran un caldero de agua sucia por encima y se me pondría la carne de gallina. Una vez oí que el olor del jazmín y el de las heces tienen un mismo origen. Me pregunto si será cierto. Si al ir diluyéndose el olor de las heces termina por despedir uno parecido al jazmín…

Con todo, por gracia o por desgracia, el mayor problema que se asienta ahora en mi corazón no es el de mis sospechas hacia Saito. En cuanto que dejo de estar distraída con alguna tarea, enseguida me pongo a pensar en la chica de al lado.

Nada más mudarnos, Saito pretendía llevar unos paquetes de *soba*[8] a los vecinos del 302 a modo de saludo. Yo soy de las que piensan que ese tipo de cosas son innecesarias, pero a Saito, que usa a menudo la expresión «actuar como es lógico», le da por hacerlas. A mí me pareció que, como no estamos casados, ir en pareja a saludar resultaba un tanto incómodo, así que Saito se fue él solo a llamar al timbre, hasta en tres ocasiones. En ninguna de las tres obtuvo respuesta. A pesar de que antes de ir pegaba la oreja a la pared común para colegir por los sonidos que había alguien en casa, nunca le abrieron. Entonces, Saito, con ufano aire de sabelotodo, concluyó: «Esos vecinos tienen algo sospechoso detrás; seguro que piensan que soy un cobrador de deudas o algo así». Según él, incluso le pareció detectar el sonido de pasos ahogados que se acercaban a la puerta para escudriñar por la mirilla. A mí me sonó un poco raro que pudiera percibir aquello estando una puerta

por medio, pero la primera noche que vi a la chica, recordé esas palabras. Se formó en mi cerebro una escena muy vívida de la chica agazapada detrás de la puerta observando temerosa por la mirilla con esa sombría mirada suya. Al ver que en el exterior había un hombretón desconocido, se iría volviendo pasito a pasito hacia atrás. Entonces tropezaría con el escalón que separa del recibidor y se sobresaltaría temiendo que el otro hubiera oído el sonido…

A decir verdad, ya antes pensábamos que en ese apartamento había niños. Oíamos a alguien corretear y una o dos voces chillonas alborotando. La teoría de Saito es que eran dos niños varones de entre seis y doce años. Sin embargo, no era exacto. Más adelante supimos que había dos niños de esa edad, sí, pero además una hermana mayor en Secundaria.

Un día festivo que me acerqué a la biblioteca municipal, que queda a unos diez minutos caminando, vimos por primera vez juntos a los tres hermanos de la familia Kataoka. Nada más entrar, a mano izquierda, hay un amplio espacio con sofás bajos para que se sienten los niños. Fue allí donde descubrí, en primera instancia, a la chica del día anterior y estuve a punto de lanzar una exclamación. Estaba sentada junto al que debía de ser el menor de sus hermanos, leyéndole un libro, y justo al lado del pequeño estaba el mayor tumbado en el suelo y con un libro abierto entre las manos. Di un tirón de la manga de Saito y le señalé a los tres con un gesto de mi mirada. Él asintió en silencio y puso cara de decir «con que esa es la chica». Le había contado mi encuentro con ella y también mostrado la foto de Keiko comentándole que se parecían.

Mientras hacíamos cola en la fila de las devoluciones, echaba miradas de reojo hacia los tres. El pequeño debía de tener unos seis años, recién entrado en la Escuela Primaria, y su hermano dos o tres más. La chica, en cambio, les sacaba bastantes años y su actitud era la de una tutora acostumbrada a cuidar de ellos. Pensé que quizá alguno de los padres anduviera por allí cerca y miré alrededor, pero no vi a nadie a quien pudiera corresponder el papel. Me pareció un tanto raro que, siendo bastante mayor que ambos, la chica saliera

sola con los pequeños y se me ocurrió que quizá los padres le hubieran pedido que se fuera con ellos a dar una vuelta y, por no saber a dónde llevarlos, acabó en la biblioteca. Al igual que la primera vez, cuando me la encontré en el ascensor, la impresión que me daba la chica era la de un capullo de flor todavía duro, pero ahora que estaba junto al más pequeño de los niños, de vez en cuando dejaba ver la cálida sonrisa propia de una hermana mayor. Después de que Saito y yo escogiéramos algunos libros y enfilásemos la salida, todavía seguían los tres en el mismo sofá, como quien busca la manera de matar el tiempo. Saito me susurró al oído: «Seguro que ahora los padres están afanados en hacer el cuarto hijo».

Sin embargo, con la fragmentada información que poco a poco fuimos recogiendo en los días siguientes, Saito y yo conjeturamos que probablemente el único progenitor presente en la familia Kataoka era la madre. La mujer en cuestión, de unos treinta y cinco años, con recargado maquillaje, pelo de aspecto reseco teñido de castaño y largo hasta los hombros, vestía habitualmente con unos colores muy llamativos, como en actitud desafiante, pero a pesar de que era bonita, lucía siempre una adusta arruga en el entrecejo. Una vez la vi saliendo pasado el mediodía, con expresión hosca y aire de ir a trabajar, pero ya parecía cansada. Regresó a altas horas de la noche, con aspecto más cansado y malhumorado todavía. De vez en cuando, se la oía regañar a alguien, pero no llegaba a entender a qué hijo ni el motivo de su enfado. Como solía fumar en el balcón, venía hacia el nuestro el humo del tabaco e impregnaba la ropa de la colada con su olor. Saito dice que a él no le importa, pero a mí me resulta insoportable, por lo que cada vez que veo a esa mujer siento ganas de dirigirle una mirada asesina.

Algunas veces viene a la casa una señora ya bastante mayor que debe de ser la abuela de los niños. A diferencia de su hija, esta mujer es elegante, tranquila y amable, y siempre me saluda con cara de pedir disculpas, junto con una reverencia. Al dejar correr mi imaginación y pensar que seguramente la familia vecina no se había

desmoronado gracias a que esa mujer estaba sacrificando lo que debería ser una apacible vejez para multiplicarse en mil tareas, sentía una gran compasión por ella y le devolvía la reverencia con idéntica amabilidad. Me dio la impresión de que si la emoción más intensa con que cargaba la madre era la furia, la de la abuela sería la tristeza y la de la nieta la resignación. En cuanto a lo que sentían los dos niños pequeños, no alcanzo a imaginarlo. Al igual que su hermana, ambos eran guapos, pero se comportaban como niños salvajes y una vez me topé con ellos mientras se revolvían en el estrecho espacio del ascensor escupiéndose el uno al otro. Vi que habían dejado todo el suelo lleno de escupitajos, así que pensé en regañarlos, pero estaban armando tal griterío que no supe qué hacer y, al final, tras un suspiro, subí por las escaleras. No es que me disgusten los niños, ni mucho menos, pero cuando imaginé cómo debía de ser la vida en una casa día tras día con dos fieras semejantes, me pareció inevitable que su madre anduviera siempre con rostro malhumorado. Saito decía que a lo mejor la chica y los niños eran de diferente padre, pero obviamente no había manera de comprobarlo.

Cuando llegaba el fin de semana, solía aparecer por allí un hombre, seguramente el compañero sentimental de la madre. Vestía de manera más o menos elegante, pero con el rostro sin afeitar y debía de tener unos cuarenta años. Que llevase el pelo teñido de un color castaño de aspecto libertino a pesar de su respetable edad era uno de los detalles que me desagradaban de él, pero tampoco me gustaban sus estrechos ojos rasgados tras las gafas de marca, que parecían sendos hilos, ni la sonrisa que me dedicó una vez que nos cruzamos en el pasillo, que parecía que se la acababa de sacar del bolsillo y pegar en la cara. Pero lo que más me desagradaba de todo era que, cuando venía ese hombre, por lo visto echaban a los niños fuera de casa durante varias horas. Al parecer, la primera vez que vimos a los tres en la biblioteca era uno de esos días y en adelante volvimos a verlos varias veces en fin de semana vagando aburridos por todo tipo de lugares del vecindario. Sin duda, la madre les decía

que se fueran a matar el tiempo por ahí, pero seguro que era porque así se lo pedía el hombre. Así que cuando veía el Lexus negro de aquel sujeto estacionado en las plazas de aparcamiento para visitantes que tenía el edificio, me entraban ganas de pintarle manchas blancas para dejarlo como un panda.

Pero, aun así, realmente lo que más ocupaba mis pensamientos era aquella chica. Una vez que reconocí en ella el parecido con la finada Keiko, sentí que también la chica corría el riesgo de llevar a sus espaldas alguna grave enfermedad crónica. La había visto alguna vez comprando sola en el supermercado del barrio y siempre andaba cabizbaja, así que, de un modo natural, unía dicha figura con la escena de una colegiala de Secundaria que debía de transitar por el lado más oscuro de la juventud mientras, con ojos mortecinos, preparaba alguna insípida cena. Su madre se dedicaba a gritar por doquier con mirada furiosa, sus hermanos pequeños eran dos brutos que no hacían caso a nadie y cuando venía el hombre aquel, la echaban de casa. Me imaginaba a aquella chica intentando encontrar de vez en cuando un respiro entre todas aquellas vicisitudes. Y a pesar de eso, esperaba educadamente a que una mujer desconocida como yo terminase de vaciar el buzón, lo cual no podía sino calificarse de conmovedor. Pensé que al menos sería un alivio para ella si contase con alguna buena amiga, pero nunca la he visto con ninguna chica de su edad que pudiera parecer tal. Una puede ver por todas partes adultos solitarios, pero la soledad con que se carga a una edad como la de ella seguro que te hace sentir como si hubieras caído al fondo de ese frío pozo que es el mundo.

A fuerza de pensar esas cosas, terminé por sumirme en tontas ensoñaciones. Imaginaba que, al cruzarme con ella, le agarraba de la mano y le decía: «Manda todo a la porra y vámonos juntas por ahí».

Entonces, llevando a rastras a la boquiabierta chica, nos meteríamos primero en un salón de belleza donde pediría que le cortasen ese deprimente flequillo que parecía una cortinilla y enseñarle así que el mundo es un lugar un poco más agradable de lo

que ella creía. Después, la llevaría a una tienda de ropa y la haría vestir de los pies a la cabeza con un colorido tal que solo con ponerse eso encima se sentiría en las nubes. En tercer lugar, la arrastraría hasta un parque de atracciones y la haría probar de cabo a rabo todas esas diversiones que dan tanto miedo para que pudiese gritar en un día la ración de toda una vida. En cuarto lugar, nos iríamos a un restaurante de lujo cegador donde pediríamos un plato tras otro sin mirar los precios hasta cubrir todo el mantel y dedicaríamos medio día a comerlo todo. Y en siguiente lugar, ya no sé qué más. A lo mejor le hablaría acerca de Keiko. De aquella Keiko que hubiera sido capaz de desempeñar cualquier profesión, pero al final no pudo hacer nada. Y de aquella enigmática piedra. Así, mi mente vagaba con esa clase de fantasías despreocupadas.

III

Aprovechando que había unos festivos seguidos, volví a casa de mis padres y, finalmente, saqué la piedra del paisaje lunar del cajón donde la guardaba. En una caja de hojalata donde almacenaba también canicas o imanes, la piedra estaba envuelta en un paño que me regaló mi abuela, teñido con añil al estilo tradicional. Cuando la saqué del paño y tuve ante mí aquella piedra que debía de llevar sin ver más de veinte años, me sentí como si estuviera espiando el pasado a través del ojo de una cerradura y mi pecho comenzó a bullir con una secreta emoción. Cuando la sostuve entre mis manos, me pareció mucho más pequeña y ligera de lo que recordaba, pero su vista me resultó tan novedosa que me sobresalté.

La Tierra blanquiazulada flotando en un mar de estrellas y un enorme árbol debajo de ella… Que un paisaje semejante pudiera aparecer en la superficie de una piedra sin que mediase intervención humana era, sin duda, un milagro, todo lo pequeño que se quiera. Aquí sí que resultaba válida aquella frase de «soy la única persona en todo el mundo que tiene una piedra como esta». Mientras pensaba en ello, de pronto me fijé en algo. El aspecto del árbol me pareció anormal. ¿Tenía antiguamente el ramaje tan pocas hojas como ahora? Según mi recuerdo, antes era un árbol mucho más frondoso y en cambio ahora lo que se veía en la piedra era un entramado de hilos blancos, como un árbol pelado en invierno que extendiese sus brazos hacia el gélido cielo. El ramaje, además, recordaba en su diseño al de una red de capilares sanguíneos, lo cual le daba un vago aire siniestro.

Estaba segura de que antes el dibujo de la piedra no era así, por lo que le pedí a mi madre que abriese en su ordenador la fotografía junto a Keiko que me envió la otra vez. Al examinar esa piedra que agarraba de niña con ambas manos, vi que, como pensaba, su aspecto difería. El cielo estrellado y la Tierra parecían ser iguales; por el contrario, el ramaje del árbol había cambiado. Sin embargo, mi madre comentó con desinterés que debía de ser efecto de cómo incidía la luz, y el cínico de mi hermano menor se burló diciendo: «Bueno, a ver por cuánto podemos venderla». En cuanto a mi padre, afectado de presbicia, por lo visto le daba pereza fijarse en las cosas con detalle, así que se limitó a echar un vistazo superficial y, sin decir palabra, ladeó la cabeza dubitativo. Pensándolo fríamente, se trataba de algo imposible, pero a mí me hubiera gustado que alguien compartiera mi impresión. No obstante, temiendo que, si insistía en el asunto, parecería pura cabezonería de una solterona de treinta y pico años, me guardé la piedra en el bolso sin más, aguantándome las ganas de expresar mi disconformidad.

En el tren de vuelta comencé a darle vueltas a lo que diría Saito acerca del asunto. A pesar de ello, cuando ya en el piso le mostré la foto y la piedra, no obtuve de él la reacción esperada. En principio, sacó la lupa y mostró el suficiente interés como para comparar ambas, pero al final se limitó a dar una opinión más o menos racional: «Es posible que esa parte blanca que parecían hojas se haya descascarillado. La próxima vez que vuelvas a casa de tus padres, si miras bien dentro de la lata donde la guardabas, quizá encuentres esquirlas de cuarzo caídas o algo así». Más allá de eso, no mostró demasiado interés por ayudarme y saltaba a la vista que, en su fuero interno, al igual que mi madre, pensaba que se debería a algún efecto de la luz al tomar la fotografía. «Pero mira bien esta piedra. Aunque se hubiera descascarillado una parte, ¿lo haría de esta manera, dejando el aspecto de un ramaje pelado…?». Le insistí con estas palabras, pero dado que además Saito no había visto el ubérrimo follaje previo, simplemente sonrió como si me consolara diciendo «bueno, bueno». Su expresión me irritó un poco, porque

parecía divertirse mientras pensaba: «Vaya, no sabía que esta mujer tuviera también ese lado tan infantil». Estaba completamente segura de que antes la piedra no era así y, aunque no se veía con excesiva nitidez, tenía también la foto como prueba. ¿Qué más quería que le mostrase? No pensaba que me fuese a creer al cien por cien a la primera, pero me sentí desconsolada al no conseguir que alguien se pusiera de mi parte. Por añadidura, en aquel entonces ya había percibido varias veces el olor a jazmín en el cuerpo de Saito, así que como las sospechas no dejaban de cruzar por mi cabeza, llegué incluso a conjeturar si no tendría algo que ver eso con la falta de interés que ponía en un asunto que tanto me importaba a mí.

Seguramente esa insatisfacción debió de aflorar en mi rostro, porque Saito dijo: «Ya que tanto insistes…», y trajo su cámara digital. Entonces, propuso sacar una foto de la piedra del paisaje lunar y que la comparásemos medio año después con el estado que presentara. Y añadió que, si el aspecto del follaje se correspondiera con el de las estaciones, en primavera veríamos las ramas repletas de hojas recién brotadas. No recordaba haber sugerido nada de que el cambio tuviera que ver con las estaciones, pero me pareció que, si con eso él daba su brazo a torcer, mejor no decir más, e hicimos juntos la foto.

Desde que comenzamos a vivir en la misma casa, Saito y yo decidimos que dormiríamos en habitaciones separadas. Quizá se debía a que yo había vivido sola varios años, pero lo cierto es que era incapaz de dormir junto a otra persona. Me gusta el olor corporal de Saito, pero no puedo conciliar el sueño sintiendo a mi lado una respiración ajena. Además, cuenta también la diferencia de que a Saito le gusta dormir en cama, mientras que yo prefiero dormir en futón extendido sobre el suelo. Con todo, cuando nos amamos, lo hacemos siempre en su cama. No es que lo hubiésemos hablado, pero se convirtió en costumbre de un modo natural. Quizá se trate de que, como él sabe que soy muy quisquillosa en cuanto a los

olores, intuye que no me gustaría dormir en un futón con olores como el sudor masculino, y tomó la decisión pensando en mí.

También aquella noche en que tomamos juntos la foto de la piedra del paisaje lunar, Saito me llevó hasta su cama. Hace ya muchos años que en el lenguaje popular se utilizan expresiones como «de tipo vegetariano» para referirse a los hombres con poco apetito sexual, pero en el caso de Saito, aunque ya pasaba de los cuarenta años, su pasión demostraba una energía nada ordinaria. Si quiere calificarse en positivo, sería «aplicado», mientras que en negativo sería «persistente». La frecuencia era alta y el tiempo para cada vez, largo. A pesar de la edad que tengo, todavía no sé cuál es la relación entre esa pasión física que sienten los hombres hacia una mujer y la pasión mental que puedan sentir hacia ella o la relación entre el deseo de hacer feliz a una mujer en la cama y el amor que puedan sentir fuera de esta. Por poner un ejemplo, aunque se trate de un hombre con un cuerpo fabuloso, casi divino, como el del *David* de Miguel Ángel, solo con pensar en que me va a estrechar entre sus brazos un hombre que me disgusta, se me pone toda la carne de gallina. Sin embargo, he oído que los hombres, aunque se trate de una mujer odiosa, no tienen mayor inconveniente en acostarse con ella siempre que sea bella. Al ver a Saito ensimismado en el acto sexual, me dio la impresión de que no tendría ningún problema en acostarse por el día con la mujer de olor a jazmín y por las noches conmigo. Recuerdo que una vez Saito me explicó el término «efecto Coolidge», que explica que un gallo, siempre y cuando vaya cambiando la gallina que tiene por pareja, recupera el deseo sexual y puede seguir copulando con una tras otra. En otras palabras, seguramente Saito deseaba confesarme la parte de gallo que anidaba en su interior. Quizá, al igual que existen el día y la noche, para Saito resultaban igual de necesarios el trabajo y el sexo. Si fuera así y yo rechazara acostarme con él sin ningún motivo convincente, lo más probable es que se alejara de mí enseguida. Con la rabia y la desilusión de haber perdido la mitad de su mundo…

Cuando la faena terminó, acabamos derrengados como de costumbre, sin poder levantarnos durante un tiempo. A lo mejor para demostrar que no pertenecía a esa clase de tipos que apenas han finalizado ya están encendiendo un cigarrillo o toqueteando el teléfono móvil, Saito siempre me mantiene un tiempo abrazada por la espalda mientras nuestros cuerpos se recuperan. El cálido aliento de Saito acaricia y se retira de mi cuello sin descanso, pero siempre y cuando no me disponga a dormir, no me desagrada.

De pronto, con voz somnolienta, Saito murmuró junto a mi nuca:

—¿Por qué no pruebas a meter bajo la almohada la piedra de antes cuando te acuestes?

—¿Qué? —contesté sin abrir los ojos.

Pero después recordé que le había hablado de ello al enseñarle la foto.

—Si lo haces, sueñas que viajas a la Luna, ¿no?

—Pero todavía no he tenido esa clase de sueño…

—¿Acaso no ha cambiado el árbol? Quizá esta noche sí puedas soñar con ello…

En suma, probablemente Saito intentaba hacerme ver que no me tomaba por tonta debido al asunto de la piedra. O bien pensaba que mi valor como mujer apenas disminuía por el hecho de que me empeñara en que el árbol había cambiado.

—Es posible, sí… —le contesté —. Algún mal sueño. Un sueño muy muy malo.

Antes de acostarme, saqué del mueblecito la piedra del paisaje lunar y probé a acariciarla una vez más. Como sospechaba, no estaba fría. Miré el termómetro e indicaba que la habitación estaba a 16 grados. En circunstancias normales, era una temperatura como para que estuviera fresca, pero cuando tuve la piedra en las manos, me pareció que más bien estaba a la misma temperatura que el cuerpo humano. Sentí un poco de miedo. Me pregunté cómo explicaría este misterio el siempre tan racional Saito, pero de todas formas metí la piedra bajo la almohada. Era la primera vez que

probaba a hacerlo desde mis tiempos de la Escuela Primaria. A fin de cuentas, esto debía de ser como cuando pones bajo la almohada la foto de alguien que te gusta y rezas para soñar con él, una especie de autosugestión. Cuanto más intenso fuera tu deseo, más se incrementaban las posibilidades de que soñaras con ello. Puede que cuando hice lo mismo de niña soñase con viajar a la Luna, pero quizá lo recordé solo unos minutos después de despertarme y luego se me olvidó por completo, como suele pasar con los sueños.

En cualquier caso, desde que comencé a rozar los treinta años de edad, ya no puedo dormir con la facilidad que tenía antes. En cuanto apago la luz, comienzan a brotar poco a poco en mi cerebro las preocupaciones cotidianas o las heridas psicológicas de antaño y me dedico a revolcarme por largo tiempo en medio de un fango estéril. A veces, como les pasa a los ancianos, me despierto sobresaltada en mitad de la noche, sintiendo el peso de la soledad en el fondo de un mundo que duerme, y comienzo a dar vueltas a las cosas hasta que me sorprende el amanecer. Desde hace un tiempo, he adquirido la costumbre de acostarme poniendo música muy bajita. Gracias a que presto atención en percibir esa tranquila musiquilla, se ha reducido el tiempo que dedicaba a sumirme en mis preocupaciones interiores. Aquella noche hice lo mismo y, tras poner el *Arena* de Arvo Pärt, me metí entre los futones. Un tímido arpegio de piano se sumó discretamente a la música de violín.

Me dio la impresión de que la tibieza de la piedra del paisaje lunar se filtraba a través de la almohada. En mi mente flotó la enfermiza idea de que se trataba de la calidez de la propia Keiko e intenté recrear la figura de mi tía, pero la imagen sufría interferencias continuas con el rostro de aquella chica vecina tan seria, hasta que se entremezclaron tanto que terminé por no saber cuál era cuál. Unidas en una sola figura, las dos me dijeron a la vez:

—Su-chan, tú no debes hacerlo nunca, porque tendrás muy malos sueños…

¿Por qué estaría yo haciendo semejante cosa? Quizá deseaba decirle a Saito que había tenido esa clase de sueño; decirle que

había visto aquel enorme árbol que crecía debajo del planeta Tierra; obligarle a admitir que no se trataba de una simple piedra. Una vez más, el asunto de la mujer con olor a jazmín nubló mis pensamientos y me esforcé por enterrarlo en algún lado. Temiendo que otra vez me iba a quedar sin dormir, mi consciencia se aferró todo lo que pudo a la música.

El piano y el violín que oía era, sin duda, un matrimonio que había estado junto durante cientos de miles de años. Se sentarían en un banco de la cima de la colina, se agarrarían quedamente de las manos y bajarían la mirada para contemplar ese mundo donde el resto de la gente iba muriendo sin cesar hasta que no quedase nadie. Ya no intercambiaban palabra alguna. El sentido de todas las palabras que antaño aprendieron había desaparecido junto con el mundo. Lo único que quedaba era el tacto de unas manos ya envejecidas. La calidez reinante entre ambos. Si en el último acto de la historia de la especie humana algo aparte de la calma tuviera un trabajo que ejercer, seguro que sería el de hacer sonar una música como esta.

IV

Lo primero que sentí entre la vigilia y el sueño fue un temblor ininterrumpido. Con los ojos cerrados, me pregunté por dónde estaría conduciendo Saito. ¿Se habría salido de la carretera asfaltada y estaría transitando por un camino de gravilla? El coche se bamboleaba una barbaridad y gemía por todas partes, levantándome las posaderas del asiento y zarandeándome la espalda. Lo siguiente que noté fue un olor espantoso que retorcía la nariz de disgusto. Era una peste como la de unos retretes abandonados con restos de heces y orina que, una vez más, me recordó al olor del jazmín de aquella mujer. El rechazo que sentía fue en aumento al pensar que suponía la prueba de que también había llevado a esa mujer en el coche. Henchida de rencor, pensé que por fin había conseguido confirmar la sospecha.

Sin embargo, debido a que estaba medio dormida, confundía por completo la situación. Saito no se encontraba ni mucho menos a mi lado y, para empezar, tampoco yo me había quedado dormida en el asiento del copiloto de un coche. Entreabrí los ojos y descubrí que estaba en una habitación oscura y estrecha. «No, no es una habitación», negué en mi fuero interno. Estoy en un camión celular de la Federación Lunar Frontal que lleva *ishidakis*[9] detenidos. Lleva días y días rodando para llegar a Jahool, la capital de la República Central.

La pálida luz azulada que, procedente de la Tierra, cae sobre la Luna durante la estación oscura penetra débilmente por la ventanilla y hace que se recorten entre la penumbra las siluetas de unos diez

detenidos, que duermen ya sea recostados contra la pared, acurrucados en el suelo o en las más variadas posturas.

Yo soy también una de ellos y me encuentro recostada contra la pared con el estómago vacío, sentada sin fuerzas en un suelo durísimo. En un rincón del fondo se oye un desagradable chapoteo y puedo distinguir una especie de barreño con tapadera. El espacio a su alrededor es el único lugar donde no hay nadie y el mal olor parece provenir también de allí. Es decir, que no se trata de un barreño, sino del lugar habilitado como retrete de los detenidos.

En torno al vientre siento un contacto cálido. Una figura más pequeña que la mía está durmiendo ahí, con la cabeza apoyada en esa parte. El pelo de esa pequeña cabeza presenta pegotes de suciedad en varias partes y salta a la vista que lleva días sin ser lavado. Sobre la oreja derecha hay una pequeña calva de color negruzco que tiene todo el aspecto de ser sangre reseca. Debió de revolverse con violencia cuando los soldados de la Federación procedieron al arresto. También la mano que reposa sobre mi muslo tiene costras, no sé si de barro o de sangre, por lo que probablemente arrojaron a su presa de cualquier manera dentro del vehículo cuando trataba de huir. Incliné la cabeza para intentar ver con mis somnolientos ojos de quién se trataba y al acercarme a su rostro descubrí a una chica de piel muy blanca que respiraba agitadamente con el pecho subiendo y bajando, como si estuviera extenuada. «Ah, pero si es aquella chica», me dije, pero no pude recordar el nombre. Estaba segura de conocer el rostro, pero, a pesar de que ella me mostraba tanta confianza como para dejar su cuerpo durmiente pegado al mío, mis recuerdos no alcanzaban a concretar los motivos de tan profunda relación. No tenía la menor idea de cómo habíamos llegado a intimar hasta ese punto. Y sin embargo, mi mano la abrazó por su huesudo hombro y sentí cómo

en mi pecho se asentaba de la manera más natural del mundo la firme determinación del deber de protegerla.

Entonces sonó a mi derecha una cascada voz femenina.

—Por mucho que sea digna de lástima, mejor que no le tomes demasiado afecto. Más vale que te hagas a la idea de que cuando lleguemos allá os van a separar a la fuerza. De seguir así, os será más dura la separación. Para empezar, ¿no te das cuenta de que no estás en una situación como para preocuparte de desconocidas? Si ni siquiera sabemos qué va a ser de nosotras mismas…

Mientras me hablaba, aquella mujer se puso en pie. Debía de tener algo más de sesenta años y era muy delgada. Su rostro fatigado estaba cubierto por arrugas que corrían en todas direcciones, pero su mirada todavía revelaba energía y el tono de su voz encerraba también amabilidad y firmeza. Una vez más, no me salía su nombre, y comenzaba a preocuparme cuando brilló un relámpago del pasado. «Sí, eso es. Esta mujer se llama Shichaenma y es de la misma aldea que yo, Maguirow». El recuerdo me reconfortó un poco. Debía de haber estado durmiendo muy profundamente, porque todavía me sentía como medio soñando y me daba la impresión de que no había terminado de asimilar la terrible realidad ante la que me encontraba. Mi consciencia se hallaba rodeada de una fatiga tal que se diría que llevaba una década adormecida y cualquier cosa que intentase pensar suponía un gran esfuerzo.

En cualquier caso, ¿por qué antes había creído que viajaba a bordo del vehículo de un hombre llamado Saito? Por cierto, que vaya un nombre más raro, ese de Saito. ¿De qué oculto cajón se habría sacado mi cerebro ese extravagante nombre? Sin duda el nombre correspondía al hombre con quien soñaba hasta hace un momento, pero en cambio el rostro ya no lo recordaba. Sin embargo, me parecía que se trataba de un hombre de fuertes brazos. Tenía la impresión de que mi carne todavía conservaba la sensación de haberme acostado varias veces con alguien así.

Pero, dejando eso aparte, Shichaenma había calificado a la chica de «una desconocida». ¿Una desconocida? Miré en torno mío y, finalmente, poco a poco, la neblina que adormecía mi mente pareció ir despejándose. Ciertamente, como un goteo, iba recordando el nombre de los otros detenidos. Chertonim, Sesbahama, Savierdak… Todos eran *ishidakis* de rostro conocido, arrestados por los soldados de la Federación en la aldea de Maguirow o en sus proximidades. Pero el caso de la chica era diferente. Sí, eso es. Poco a poco iba recordando. A ella la habían detenido después, en no sé qué parte, y juntado con el resto. Debían de haberle golpeado bien fuerte en la cabeza con la culata de un arma o algo así y la arrojaron dentro del camión estando inconsciente. Yo, que estaba justo al lado, sentí que debía de resultarle muy difícil dormir encontrándose tirada en el suelo sin más y la atraje hacia mí.

—Pero, escucha, Shichaenma —le dije a la mujer de antes—. Mira, prueba a tocar el pecho de esta chica. Es una *ishidaki* como nosotras. Es una mujer que porta una piedra, así que tampoco es una completa desconocida, ¿no? Además, la piedra que porta ella es bastante grande…

Shichaenma alargó la mano hacia el pecho de la chica y durante un rato estuvo acariciando la piedra cristalina enterrada bajo la piel.

—Tienes razón. Para ser una desconocida, lleva una piedra extraordinaria. ¿De dónde demonios habrá salido una *ishidaki* como esta? Si yo no la conozco a pesar de llevar una piedra así, sin duda tiene que haber venido huyendo de algún lugar remoto. Pero, además, a juzgar por su apariencia, contará como mucho con catorce o quince años. Así que la piedra todavía continuará creciendo. Con todo, tu piedra también es bastante grande, Sumikadumi. A pesar de los sesenta años que he vivido, nunca he visto a ninguna otra chica nacida en la aldea que portase una piedra tan magnífica como la tuya.

—Pero la piedra que yo llevo es simplemente grande. No me sirve para nada. A diferencia de ti, soy incapaz de curar la

enfermedad de alguien mediante el poder de la piedra, ni tampoco puedo hacer como Chertonim, que ilumina tinieblas como esta, ni llamar a los pájaros igual que Sesbahama.

—Eso es solo porque todavía está durmiente, esa piedra que llevas. Dicen que cuanto más poder posee una piedra, más tiempo pasa dormida.

—Pero aun así, ¿no es demasiado tiempo durmiendo? —objeté yo con una sonrisa irónica —. De seguir así, antes de que se despierte la piedra, yo...

—No sigas, Sumikadumi —me cortó aquella voz reseca—. No te preocupes más. Si los tipos de la Federación quisieran solamente nuestras piedras anímicas, no tendrían ninguna necesidad de embutirnos en este camión y llevarnos tan lejos, ¿no? Si no quisieran más que las piedras, bastaría con que nos matasen en el mismo lugar en que nos encontrasen y nos rajaran el pecho para sacarlas. Así que tranquilízate. No van a matarnos. No sé los años que tardaremos, pero volveremos a nuestra aldea. Cuando se acabe todo este embrollado asunto, seguro que las cosas vuelven a ser como antes, ya verás.

—Pero ¿qué pasará con el Gran Cercis de la Luna? La pérdida de hojas ha avanzado mucho y los de la Federación dicen que, de seguir así, terminará secándose...

—¿Y qué nos importa eso? Aunque el Gran Cercis de la Luna se seque o se caiga, no sería culpa nuestra. Y, desde luego, no tiene nada que ver con nuestras piedras. Quienes han estado viviendo tiempo bajo ese árbol, amparados por sus beneficios, son la gente de la Federación. Sobre todo, los tipos de Jahool. Si realmente el Gran Cercis se está muriendo, será por culpa de las malas acciones de esa gente. Como dice el refrán, los engreídos son legión.

—Pero si el Gran Cercis se seca, el aire de la Luna se enrarecerá. Entonces afectará no solo a la gente de la Federación, sino que hasta los habitantes del lado posterior de la Luna como nosotros terminaremos por morir todos. De hecho, últimamente

cada vez se oye más comentar que el aire se está enrareciendo y yo misma desde ayer siento como si me asfixiara...

—Mira que te gusta preocuparte, ¿eh? Cuando volvamos al lado trasero de la Luna, allí tenemos nuestro bosque. Aunque haya un poco menos de aire que antes, nadie va a morirse por eso.

—Pero la gente de la Federación dice que si el Gran Cercis se muere, la fuerza de gravedad de la Luna se debilitará y, en definitiva, toda la atmósfera acabará por escaparse al espacio. Dicen que, como en tiempos remotos, la Luna volverá a ser un desierto de color gris...

—Ja, ja, ja. ¿Que el Gran Cercis de la Luna es el causante de la gravedad? Pero qué tonta eres... Deja ya de creerte tal cual todo lo que esa gente dice. Por muy enorme que sea, el Gran Cercis no es más que un árbol. ¿Cómo iba ser un árbol que crece sobre su superficie el causante de que en la Luna exista gravedad? Pero, además, aun si por una posibilidad entre cien mil o una entre un millón, la muerte de ese árbol supusiera el fin de este mundo, ¿qué crees que podemos hacer nosotras? Como mucho, resignarnos a la realidad. Para que al menos muramos con dignidad.

—Pero es que también dicen que nuestras piedras pueden curar el árbol...

—Si eso fuera cierto, ya hace tiempo que habrían curado el árbol, mujer. Esta situación se alarga ya por diez años. ¿Cuántos *ishidakis* crees que ha raptado ya esa gente? ¿Cinco mil? ¿Diez mil? ¿Veinte mil? Nadie tiene la menor idea. Nadie quiere que ellos piensen que todavía no son suficientes.

—Según los rumores, Meholosa, el sumo sacerdote de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino, dice que solo es necesaria una determinada piedra, de características especiales, la piedra de la palabra arbórea.

—En los tiempos que vivimos hay rumores para todos los gustos. ¿No es así? Pero déjate de esas cosas y hazme el favor de no mencionar al sujeto ese delante de mí. Solo con oír su nombre me da asco. De por sí, el origen de nuestras desgracias está en ese

enloquecido farsante. ¿Pues no dice que habla en sueños con el espíritu del árbol sagrado? Ni de broma. El tipo ese se dedica alegremente a soñar con lo que quiere. Como él es un farsante, mientras que nosotras las *ishidakis* poseemos un poder real, nuestra existencia le molesta. El sustento de su vida es el Gran Cercis de la Luna y, como ahora se está debilitando, se desespera e intenta hacer recaer la responsabilidad sobre nosotras. Eso es todo. Por eso dice que nuestras piedras roban la energía del árbol y que tenemos que devolvérsela. Bah, solo con pensarlo me pongo negra. Si alguna vez me topo con ese sujeto, tengo intención de matarlo, aunque sea de un mordisco en el cuello o aunque luego me maten a mí. No conozco su rostro, pero si veo debajo del árbol a un carcamal presuntuoso, gordo y con ropajes relucientes, no habrá duda de quién es y me lanzaré a su yugular.

—Pero si lo que dice el sumo sacerdote es cierto...

—Oye, apuesto a que estás pensando lo siguiente: «A lo mejor mi piedra es esa única piedra especial que puede sanar al árbol. Por eso mi piedra no despierta, porque necesita estar junto al Gran Cercis de la Luna». Te lo repito una y mil veces. Todo lo que dice esa chusma son bobadas. La auténtica verdad es la que se halla oculta y en silencio en cada uno de nuestros cerebros. Si todo el mundo se pone a repetir la misma cosa, lo mejor es pensar que se trata de una mentira. Pero, en vez de pensar en eso...

De repente, Shichaenma bajó la mirada y prosiguió:

—Sumikadumi, esta chica lleva ya despierta un rato. ¿No te has dado cuenta?

Como si verificara la afirmación, mi pierna sintió que la chica detenía de pronto su respiración. Shichaenma alargó el brazo y, sujetando a la chica por la barbilla, volvió su rostro hacia arriba.

—Oye, tú, no me gusta la gente que se hace la dormida. ¿Qué pretendes con ello?

La chica alzó las pestañas lentamente. Sus ojos, casi negros, parecían los de algún animalito y, con un brillo acuoso en medio de la penumbra, temblaban un poco. Aunque tenía la blanca frente y las

mejillas sucias por las costras de sangre y barro, su cara era bella y bien proporcionada. Con todo, no era el tipo de belleza deslumbrante que gusta a los hombres, sino una belleza más recatada, como si no supiera qué hacer con ella porque no le servía para nada.

—Lo único que le pasa a esta chica es que tiene miedo —dije yo—. Porque no conoce a nadie de los que estamos aquí.

La chica se incorporó temerosa y recorrió el interior del camión con una mirada que parecía estar examinando el aspecto del infierno. Aquella caja de carga donde estábamos embutidos once *ishidakis* se hallaba rodeada de planchas metálicas bajas, por encima de las cuales cruzaban unos barrotes de hierro arqueados, cubiertos por una capota de color verde oscuro. En la parte de atrás había una puertecita con barrotes, pero del pestillo colgaba un candado del tamaño de un puño, capaz de desanimar cualquier intento de los detenidos.

—Imagino que ya lo sabes, pero estamos dentro de un camión de transporte de detenidos del Ejército de la Federación —dijo Shichaenma. Te han atrapado. Igual que a nosotras. Pero, dejando eso aparte, has oído nuestros nombres, ¿no? Pues ahora lo propio es que nos digas el tuyo, creo yo.

La chica siguió mirando alrededor con ojos asustados, y varias veces pareció a punto de decir algo, pero no llegaba a hacerlo. Cuando ya me preguntaba si acaso sería muda o débil mental, por fin habló. Sin embargo, su voz sonó terriblemente rasposa, como si fueran las primeras palabras que pronunciaba en cien años.

—Yuanuia... Mi nombre, creo, es Yuanuia.

—¿Cómo que «creo»? —espetó Shichaenma con hastío alzando una ceja—. Y vaya un nombre tan raro. ¿Yuanuia, dices? Aun cuando fuera un nombre falso, creo que se me ocurriría algo un poco mejor. ¿Y de dónde vienes?

La chica volvió a enmudecer. Miró mi rostro, después el de Shichaenma y después otra vez el mío. Acto seguido, como dando algo por imposible, bajó la mirada, negó con la cabeza y contestó

con un hilillo de voz que parecía que iba a cortarse en cualquier momento.

—No lo sé... Me pregunto de dónde habré venido. No puedo recordarlo. Lo único que sé es el nombre, pero ese nombre... quizá no sea el mío.

—Si estás fingiendo, eres una verdadera maestra —replicó Shichaenma con una profunda mirada de sospecha.

Señalé la cabeza de la chica y dije:

—Mira, fíjate. A esta chica le han golpeado en la cabeza. Tiene el pelo lleno de sangre. Oí que hace un tiempo, cuando Holsfoy se cayó del acantilado de Lugund y se golpeó la cabeza, no podía recordar ni uno solo de los nombres de la aldea. Seguro que a ella le pasa lo mismo.

—Pues cualquiera sabe, yo desde luego no puedo ver dentro de las cabezas de la gente —ironizó Shichaenma. Aunque sea cierto que te hayas olvidado de dónde vienes, habrá alguna cosa de la que sí te acuerdes, ¿no?

La chica, con los labios un poco temblorosos y expresión de tener todavía la cabeza en otra parte, contestó como si hubiera ido recogiendo por ahí palabras desperdigadas.

—No sé, pero tengo la sensación de que hasta hace un momento estaba dentro de un sueño muy muy largo. Me encontraba en un lugar por completo diferente, en un mundo que no era este, y que era donde siempre había vivido. Creo que el sueño era algo así.

Me dio un vuelco el corazón. Ahora que la sensación se había difuminado en gran medida, sentí que volvía a meter una pierna en el largo sueño en el que yo misma estaba sumida antes. ¿Quizá las dos habíamos tenido el mismo sueño? Con aquella absurda idea cruzando por mi cabeza, no pude evitar quedarme mirando fijamente a la chica.

—¿Ahora vienes con sueños? —se rio Shichaenma con un sonido nasal de burla. Bueno, te doy por imposible. Pero, en fin, hay una sola cosa que sí es segura: llevas una piedra dentro del pecho. Es decir, que has nacido en el lado posterior de la Luna. ¿Y qué clase

de poder tiene esa piedra tan magnífica que portas? ¿O lo has olvidado también?

La chica frunció las cejas con aire confuso y se acarició el pecho. Por encima de la ropa, palpó la piedra anímica, pasando sus dedos a lo largo de los contornos. Aspiró con fuerza en señal de sorpresa y, después de mirarse la base del cuello, metió por allí la mano debajo de las ropas y tocó directamente el bulto que causaba la piedra. Después, con tono asombrado, murmuró:

—¿Qué será esto? Tengo algo aquí. ¿Una piedra? ¿Por qué?

Shichaenma torció el cuello hacia mí y me habló como si hubiera sido yo quien había metido a la chica en el camión de detenidos.

—¿Pero qué clase de chica es esta? ¿De verdad es una *ishidaki*?

A mí también me gustaría preguntar lo mismo. Por mucho que le dieran en la cabeza, ¿se olvidaría una hasta de algo tan básico como eso? De todas formas, por raro que fuera el caso, nadie más que un *ishidaki* podía obtener una piedra que lo acompañase día y noche. Fuera como fuera, al ver la confusión y preocupación que envolvían a la chica al ir acercándose a la verdad, me costaba contener las ganas de abrazarla. Desconocía cuál era el destino que nos aguardaba a nosotras mismas, pero seguramente las dificultades por venir resultarían mucho más duras para ella. Cualquier roce le haría gritar de dolor, como si tuviera el cuerpo recubierto de eccemas. Le puse una mano en el hombro e intenté hacerle comprender.

—Escucha, Yuanuia. No se trata de alguna cosa rara. Todos nosotros, los *ishidakis*, nacemos llevando en el pecho una piedra, una piedra anímica. Mira, prueba a tocar también mi pecho. ¿Ves que también tengo una?

La chica alargó su mano con temor y, tras tocar mi piedra anímica por encima de la ropa, asintió levemente. Pero no pareció que por ello se hubiera convencido. A juzgar por su comportamiento, sin duda tampoco entendía las circunstancias por las que la habían metido en el camión de transporte de detenidos.

Entonces, de repente, una figura que dormía acurrucada un poco más allá de Shichaenma se incorporó bruscamente. Era un anciano menudo y encorvado, con unos pómulos prominentes bajo los cuales crecía una abundante barba gris. Las comisuras de los ojos parecían arrugas, lo cual le daba el aspecto de que iba a echarse a reír de un momento a otro.

—Vaya, así que tú también te has despertado, Yafnefurne —le dijo Shichaenma.

—Con ese incesante parloteo que os traéis a mi lado, ¿cómo iba a poder dormir? Pero, en fin, lo que quería decir es que hace mucho tiempo oí hablar de un *ishidaki* que portaba una piedra muy curiosa. Era un *ishidaki* de una aldea de la región de Seyim y por lo visto era capaz de viajar entre el mundo lunar y un mundo diferente mediante los sueños.

—¿Has oído eso, Sumikadumi? —preguntó Shichaenma con tono malicioso. Hemos podido escuchar una tontería de labios de un tonto. Realmente es muy de agradecer.

Luego, se dirigió al anciano.

—Oye, Yafnefurne. A lo mejor para ti se trata de algo raro, pero por lo general los sueños consisten en eso mismo.

—Escucha la historia hasta el final, como es debido. Por lo visto, el individuo en cuestión era un hombre joven y cierto día, de repente, como si se hubiera vuelto loco, comenzó a decir que hasta entonces él había vivido en otro mundo, que no se parecía en nada a este. Y que en la actualidad todavía podía ir a aquel mundo a través de los sueños. Dado que toda la gente iba riéndose de él sin creer una palabra de su historia, se puso a fanfarronear diciendo que la próxima vez se traería toda una belleza de aquel mundo para convertirla en su esposa. Nadie le creyó, pero, a la mañana siguiente, llegó la sorpresa. Una chica preciosa, que nadie había visto hasta entonces, y que además portaba una piedra en su pecho, entró en la aldea con paso errante y expresión de asombro. Al verla, los hombres de la aldea se sintieron atraídos por su belleza y comenzaron a mosconear en torno a ella preguntándole de dónde

procedía y por qué había venido a la aldea. Sin embargo, lo único que decía la joven era «no me acuerdo» o «no lo sé». Según cuentan, en ese momento apareció el hombre aquel que hablaba de sus extraños sueños y, en cuanto vio a la chica, se puso a dar saltos de alegría y a recorrer toda la aldea muy ufano mientras repetía: «¿Veis? ¿Veis? Esta es mi prometida. La he traído desde el otro mundo, desde el mundo de mis sueños».

—¿Qué historia es esa? ¿Hay que reírse?

—No interrumpas. No estoy contando ninguna historia cómica. Por lo visto la gente de aquella aldea al principio también se reía, pero enseguida se acabaron las risas. Y es que hasta esa chica comenzó a decir que también a ella le parecía que hasta entonces había vivido en otro mundo y al final se casó con el hombre en cuestión. En adelante, al parecer el matrimonio vivió feliz en la aldea y varias décadas después el esposo falleció primero por ancianidad. Entonces, la esposa abrió el pecho del hombre y extrajo de él una gran piedra anímica con un paisaje. Cuando yo era joven, vi con mis propios ojos aquella piedra, que reposaba en la hornacina más interna del Mausoleo de Piedras de aquella aldea. Según recuerdo, el paisaje que recreaba tenía en el centro un árbol similar al Gran Cercis lunar, sin nada más a su alrededor y sobre él un círculo azulado como la Tierra. El paisaje era tan realista como si alguien lo hubiera dibujado a propósito. Ni antes ni después he visto ninguna otra de esas piedras llamadas «paisajísticas».

—Ya veo... Piedras paisajísticas... Ahora que lo dices, yo también oí que los *ishidakis* que portan piedras paisajísticas, un día, de repente, comienzan a decir que tienen sueños raros. Pero aquella novia de tu historia ¿también decía, como esta chica, que no sabía que fuera una *ishidaki*?

—Pues, como dicen que es una historia de hace ya más de cien años, no conozco más detalles, pero tengo la impresión de que así era.

—Un tanto imprecisa esa historia, ¿eh? Aunque, siendo generosos y creyendo que las cosas sucedieran así, primero sería

necesario algún *ishidaki* que tuviera una piedra paisajística, alguien que hubiera podido traer a esta chica de otro mundo, ¿no?

Yafnefurne efectuó una especie de cómico bailoteo y acto seguido, de repente señaló mi pecho.

—¿Y acaso no lo tenemos, aquí mismo? Hace ya tiempo que me da la sensación de que la piedra anímica de Sumikadumi es una piedra paisajística. Porque dicen que las piedras paisajísticas tardan mucho en despertar. ¿Tú que dices, Sumikadumi? ¿No tienes sueños raros últimamente?

—Déjate de bromas —le contesté sonriendo a pesar de que notaba que la sonrisa resultaba forzada.

Al pensar que el sueño que acababa de tener era precisamente uno de esos, me pareció que empalidecía un poco. De vez en cuando, oía rumores que parecían cuentos de hadas acerca de las piedras paisajísticas, y también sabía que la gente les tomaba el pelo con historias similares a quienes portaban piedras que tardaban en despertar, pero la situación actual no era como para reírse. Sin pretenderlo, mi mirada se cruzó con la de la chica. Parecía que ella todavía no comprendía el sentido de la conversación y estaba como un pollo que escucha una charla acerca de cómo lo van a cocinar, con una expresión a medio camino entre el miedo y el desconcierto.

Shichaenma también adoptó una sonrisa maliciosa y me miró con ojos intencionadamente traviesos.

—¿Cómo dices? ¿Que la piedra que porta Sumikadumi es una piedra paisajística? Pues si quieres comprobarlo, la única manera es rajarle el pecho en vida. Lamentablemente, ahora no tengo a mano ningún filo, pero a lo mejor tú sí, Yafnefurne...

—Hmm... pues voy a ver —contestó el otro rebuscando entre los pliegues de sus ropas con aire teatral—. Normalmente suelo llevar encima uno o dos cuchillos grandes de cocina, pero...

Vencida finalmente por su comedia, decidí reírme y seguirles la corriente.

—Bueno, pues si encuentran un buen cuchillo, ya sea el pecho o el vientre, pueden ustedes empezar a cortar por donde quieran y

después cocinarme a su gusto.

Sin embargo, la chica parecía seguir sin verle la gracia a esa clase de bromas pesadas y si ya de por sí su expresión era tensa, ahora su rigidez iba en aumento y, tras tragar saliva, escrutó con detenimiento nuestros rostros. Shichaenma se dio cuenta también de su estado de ánimo y, encogiéndose de hombros, le dijo:

—Es una broma, mujer. ¿Cómo crees que íbamos a hacer algo así? Para empezar, ninguno de nosotros tiene ni una aguja consigo. Esa gente nos ha quitado todo. Yuanuia dices que te llamabas, ¿no? A decir verdad, lo que yo pensaba era que quizá a ti la Federación ya te había detenido una vez y te habías escapado. Por eso, a lo mejor conocías cuál es el destino que nos espera. Esa era la sensación que me daba. Ten en cuenta que, por lo que dicen, de todos los *ishidakis* que ha detenido esa gente, todavía no hay ni uno que haya regresado al lado posterior de la Luna, así que, si ese fuera tu caso, sería la ocasión de escuchar información muy valiosa. Pero, por el aspecto que muestras, me da la sensación de que, efectivamente, no sabes nada.

La chica agachó la cabeza e hizo un gesto negativo con aire desvalido.

—Bueno, bueno, todo apunta a una piedra paisajística —dijo Yafnefurne con sonrisa forzada.

—Es igual, dejemos el tema —contestó Shichaenma con un suspiro, cansada ya de hablar—. Al fin y al cabo, no se es más feliz por conocer con antelación las desgracias que le van a suceder a una. Bueno, yo me voy ya a dormir. Porque calculo que todavía debe de quedar bastante hasta Jahool. Sumikadumi, tú deberías echarte a dormir también. Si no se descansa cuando se puede, luego estás derrengada en los momentos decisivos.

Shichaenma me dio la espalda y se tumbó sin más prolegómenos. Un poco más allá, Yafnefurne volvió a su postura original, acurrucado en el suelo con el brazo por almohada. Sin saber qué otras palabras podíamos cruzarnos, nosotras dos permanecimos en silencio, oyendo los enervantes chirridos de la

jaula donde estábamos encerradas. Me di cuenta de que mi nariz se había vuelto insensible, porque ya no me afectaba el fétido olor tanto como cuando desperté.

Recostada contra una plancha metálica, advertí que la chica parecía cohibida, buscando con la mirada un lugar donde colocarse, así que le hice un gesto para que se sentara a mi izquierda. Se acercó sin decir palabra y se sentó apoyando la espalda en el espacio que quedaba libre, con su frágil cuerpo pegado al mío. Dada la estrechez de la caja del camión, en cierto modo resultaba inevitable, pero me dio la sensación de que la calidez de su cuerpo que me llegaba era una prueba de que me entregaba su confianza.

Intenté imaginarme cómo me sentiría yo en el lugar de esa chica. Me despertaba de pronto en un vehículo para traslado de detenidos. Me llegaba un fuerte olor fétido y alrededor no tenía más que detenidos de rostro desconocido. Era por completo incapaz de recordar por qué me encontraba allí. Sin saber siquiera a dónde me llevaban ni para qué. El pasado eran tinieblas y el futuro también. Lo único existente era un presente del que no se podía escapar. Daba miedo estar dentro de la jaula, pero daba mucho más miedo pensar en lo que sucedería cuando la sacaran. En medio de una penumbra amenazadora, unos puntos dispersos de consciencia iban despertando y todos daban miedo. No quería pensar en nada, pero eso no era solución, así que debía hacerlo. Se agarraría hasta a una brizna de paja. Y esa brizna de paja quizá fuera yo. Pero no me creía capaz de ser para ella ni esa brizna de paja. Suceda lo que suceda en adelante, no voy a poder proteger a esta chica. Ni a mí misma, por supuesto.

¿Realmente fui yo quien trajo a esta pobre chica a un mundo tan horrible? La idea parecía estúpida. Otra de las bobadas de Yafnefurne. Sin embargo, a mis treinta y dos años y con esta condición tan miserable, creo que es posible que la piedra anímica que llevo en mi pecho sea una piedra paisajística. Porque dicen que la mayoría de los *ishidakis* que portan de nacimiento una piedra

paisajística viven hasta el final sin que esta despierte con ningún poder.

Así las cosas, lo que me preocupa irremediablemente es el sueño que acabo de tener. A pesar de que ya casi no puedo recordarlo, después de aquel sueño tan largo como una vida en el que sentí como si me arrastraran de un lado para otro, el profundo cansancio que me dejó todavía se conserva en el fondo de mi corazón, adherido cual dura costra. ¿Qué clase de hombre sería el tal Saito? ¿Y qué relación guardaría conmigo? Las vigorosas manos de Saito recorrían mi cuerpo, y sus pesados dedos se hundían con presteza en mi carne. De pronto, cruza fugazmente por mi cerebro un vozarrón masculino pronunciando frases entrecortadas: «Me gusta este rostro... Me gustan estos pechos... Me gusta este vientre... Me gusta esta lengua...».

Pero, al instante siguiente, alguien me tira de la manga izquierda y me trae de vuelta a la realidad. La chica, temblando ligeramente, se aferra a mi brazo izquierdo. Su asustada respiración llega hasta mi pecho. Atraigo hacia mí la cabeza de la chica con el brazo derecho y le susurro:

—No te preocupes, seguro que salimos de esta. No va a suceder nada verdaderamente horrible.

V

Le había mentido con eso de «seguro que salimos de esta». Me desperté lentamente con el corazón partido mientras pensaba: «Así es como, en cualquier rincón del mundo, se van soltando mentiras sin que nadie lo sepa y se van borrando». Durante un tiempo estuve vagando entre el sueño y la realidad hasta que en un momento dado di un respingo y abrí los ojos en medio de la oscuridad. En mi cerebro brotó una pregunta: «¿Dónde estoy?». Por una parte, me parecía que seguía en el camión de detenidos y, por otra, que estaba en mi dormitorio del piso 303. Al instante siguiente me dio la impresión de que, dependiendo de cómo me diese la vuelta, podría despertarme en un mundo o en otro.

Estaba tumbada en un suave futón y por encima de mi cabeza veía una ventana tapada por cortinas beis. El suelo no retemblaba ni llegaban gemidos y chirridos de la carrocería del vehículo. No sentí la presencia de nadie a mi alrededor, ni mi brazo ceñía chica alguna. Pero, curiosamente, todavía conservaba en los poros de mi nariz parte de la desagradable impresión dejada por el olor a excrementos.

Experimenté un alivio tal que suspiré varias veces con la vista puesta en el oscuro techo. Había sido un sueño. Pero vaya realismo el de ese sueño. Si cerraba los ojos en un descuido, igual al volver a abrirlos me vería de nuevo en medio de esa trama acerca de un camión de detenidos. Cuando me estaba preguntando por qué habría tenido un sueño de una crudeza tal que se adhería a la piel, caí en la cuenta bruscamente, me incorporé y aparté la almohada.

La piedra del paisaje lunar estaba ahí. Con el blanquecino árbol y sus peladas ramas de áspero aspecto. «Así que era esto», pensé. Me llevé temerosa la mano al pecho, pero ya había desaparecido el bulto de la piedra anímica. Cogí la piedra del paisaje lunar y volví a examinarla. Tal y como noté las otras veces, estaba tibia, por lo que me pareció más siniestra todavía. En el sueño, portaba una piedra justo del mismo tamaño y dureza, también de la misma tibieza, incrustada sobre el esternón. Todavía permanecía en el pecho la sensación que me produjo al apretarla suavemente con los dedos, desplazándose un poco bajo la piel, como la rótula de la rodilla.

¿Realmente se habría debido a esta piedra? La asombrosa idea reverberaba en mi cerebro formando un eco que no se extinguía. Había desechado por completo la posibilidad, diciéndome que, aunque soñara con un viaje a la Luna, sin duda se debería al efecto de la autosugestión; pero aun cuando así fuera, no tuve el valor suficiente como para meter otra vez la piedra bajo la almohada y volver a dormir. Si lo hacía y luego no se bajaba el telón de la correspondiente pesadilla, seguro que me aguardaba el destino de morir, a saber de qué forma. Junto con esa chica llamada Yuanuia.

No conseguía conjeturar a partir de qué materiales presentes en mis recuerdos me había fabricado la imagen de Shichaenma o Yafnefurne, pero sí resultaba evidente cuál era el modelo de Yuanuia. La chica del piso vecino. La estatura, complexión y aspecto físico en general por supuesto que eran iguales, pero me daba la impresión de que hasta la voz, que apenas había escuchado, era idéntica. ¿Y en cuanto al nombre? Si consideramos que el ridículo nombre de Sumikadumi de mi personaje de allá hubiera nacido de una derivación del mío de Sumika, bien pudiera ser que el de Yuanuia fuese inducido por el de Yua, pero yo no conocía cómo se llamaba esa chica. Si pudiera comprobarlo y, por una posibilidad entre mil se llamara Yua, el enigmático sueño que acabo de tener cobraría una envergadura todavía mayor. Claro que no era cuestión de preguntárselo a la interesada explicando que lo había visto en un sueño...

Encendí la luz, miré el reloj y marcaba las cuatro y siete minutos. A menudo solía despertarme hacia esta hora y luego echaba otra vez un par de cabezadas. Las personas tenemos varios sueños a lo largo de una misma noche y recuerdo haber oído que cada uno de ellos apenas dura unos minutos. Si el sueño que acababa de tener en realidad fuera tan solo una escena de unos pocos minutos, quizá en el caso de estar soñando una noche entera las personas podamos experimentar una vivencia tan larga como la que correspondería a toda una vida.

Envolví la piedra del paisaje lunar en el paño en el que estaba antes y la devolví a su cajón del mueble. A pesar de que durante los veinte años que llevaba en el escritorio de la casa de mis padres donde la guardé, no le hice el menor caso, ahora la metí en el cajón con el mismo cuidado que si ocultara una bomba. La noche pasada, Saito me dijo que por qué no probaba a dormir con ella bajo la almohada. Si hizo aquella propuesta de corazón, quizá durante el desayuno o en otro momento me preguntara medio en broma por el resultado de la experiencia. ¿Qué podría contestarle entonces? Desde luego, no sentía el menor ánimo de contarle sinceramente lo que había soñado. Aun cuando recuerde el sueño con tanto detalle que seguramente podría recrearlo interpretando yo sola todos los personajes, carezco de la habilidad necesaria para transmitir con todo su crudo realismo aquella anormal atmósfera que empañaría el mundo actual. Cuanto más me esforzara por explicárselo para que él lo entendiera, más enfermiza parecería yo a sus ojos. No cabía duda de que le parecería divertido, que diría algo así como «vaya, otra vez he descubierto una nueva faceta tuya» y pondría su sonrisita habitual de hombre que está disfrutando con lo tontas que son las mujeres. Pero si todavía fuera solo eso, podría aguantarse. Lo peor era que igual le daba por decir: «Ah, pues si tan segura estás, esta noche voy a probar yo a hacer lo mismo». No sentía el menor deseo de prestar la piedra del paisaje lunar a nadie. ¿Y si Saito lo hacía y atravesaba en una noche por una experiencia indescriptible,

equivalente a toda una vida, y se despertaba como si fuera otro? No podía evitar que la posibilidad parpadeara en mi cabeza.

Pero, en definitiva, por la mañana Saito no preguntó nada. Después de que hablamos que si esto que si aquello del dibujo de la piedra y hasta hicimos una foto, no mencionó la piedra para nada. Para mí se trataba de un asunto muy grave en el que estaba en juego mi propia cordura, pero por lo visto para él no pasaba de ser una minucia que se olvidaba limpiamente a la mañana siguiente. Ante una encrucijada como la que proponía la piedra del paisaje lunar, Saito escogía el camino ligero y luminoso para marcharse al otro lado y yo escogía el camino pesado y enfangado para quedarme en este lado, asustándome a cada paso. Saito no advertía en absoluto que en mi interior se entremezclaba una pequeña parte de Sumikadumi y que me había convertido en una mujer que daba un poco de miedo.

Unas dos semanas después de aquel sueño, sucedió lo siguiente. Era un sábado y Saito trabajaba, pero yo lo tenía libre. Al atardecer, cuando volvía de unas compras en el supermercado, estaba en el recibidor del edificio esperando que bajara el ascensor. El ascensor estaba parado en el sexto y no se movía de allí por más que esperaba. Por añadidura, se oía como un «gooon, gooon» procedente del otro lado del cristal, reverberando en el oscuro vano. La caja del ascensor se bamboleaba en el sexto piso. Algo así tenía que ser obra de niños. Estarían jugando a algo en el ascensor, forcejeando uno con otro, sin duda.

Hastiada, había decidido ya subir por la escalera cuando por fin el ascensor comenzó a bajar. Al mismo tiempo, un ensordecedor vocerío infantil fue descendiendo por el hueco. Pensé que quizá serían otra vez los niños de la familia Kataoka y, efectivamente, casi al mismo tiempo que el ascensor tocaba el suelo, salieron los dos disparados como un torbellino. El pequeño salió el primero, como un conejo a la carrera, y el segundo le persiguió con una sonrisa de

satisfacción de oreja a oreja. Me pareció que tendrían siete y años, pero, por supuesto, no pasaba de ser una suposición. Me aparté a un lado para que no me llevaran por delante y chasqueé la lengua a su espalda. Pero entonces se me ocurrió aprovechar la ocasión para intentar averiguar algo de su hermana y al instante les grité: «Eh, vosotros, un momento».

Estaban ya a punto de salir del recibidor, pero se pararon en seco como si hubieran tropezado y se volvieron hacia mí. A pesar de todo lo que me habían hecho esperar, tenían una expresión de absoluta inocencia, que indicaba que la idea de que les pudieran regañar ni siquiera había cruzado por su mente. Aunque vivían en el piso contiguo, nunca habíamos intercambiado palabra, así que para ellos yo, como es natural, no debía de ser más que «una señora desconocida». Bueno, con suerte, quizá me incluyeran en la categoría de «una chica que hemos visto un par de veces».

—¿Hoy no está vuestra hermana con vosotros? —probé a preguntar.

Al mayor se le escapó un «¿eh?» con voz de tonto. Ambos se quedaron con la boca entreabierta y con una cara tal que parecía que un signo de interrogación flotara sobre sus cabezas.

—Tenéis una hermana de unos catorce o quince años, ¿no?

Otra vez obtuve como contestación un «¿eh?» del mayor, pero esta vez le siguió algo más.

—No tenemos ninguna hermana. Somos solo nosotros dos.

Esta vez me tocó a mí contestar con un «¿eh?».

—Entonces, ¿quién es la chica con quien os he visto alguna vez? Os he visto varias veces a los tres juntos en la biblioteca.

El mayor frunció el ceño y se cruzó de brazos, ladeando pensativo la cabeza.

—Hmm... Pues es que... no vamos con chicas a la biblioteca. A veces sí vamos con nuestra madre.

—No, no. Debe de ser una chica de Secundaria, o como mucho de Bachillerato. Habéis ido allí con una chica, ¿no? Oye, vosotros sois los niños de la familia Kataoka, ¿verdad?

Después de aquel intercambio de frases discordantes, lo único que obtuve es que eran los hermanos Kataoka, que estudiaban primer y tercer curso de Primaria y que se llamaban Shoya y Kento. Pero ninguno de los dos reconoció la existencia de una hermana y dijeron que vivían en el 302 con su padre y su madre, cuatro en total e insistieron en que no había nadie más compartiendo casa con ellos. Cuando les pregunté si no conocían a alguien llamado Yua, negaron a un tiempo con la cabeza sin dudar un instante. No me dio la impresión de que estuvieran mintiendo y, de entrada, no había necesidad de una mentira semejante.

Metida en el ascensor que subía al tercero, sentí cómo brotaba la inquietud en mi corazón. El primer día que vi a aquella chica, iba con unas bolsas de la compra y, sin lugar a duda, se metió en el piso 302. Nuestras miradas se cruzaron e incluso nos hicimos una reverencia. Por dos veces, tanto en el recibidor como en el ascensor, cruzamos algunas palabras y después la vi varias veces, en la biblioteca y en el supermercado. ¿Serían falsos todos esos recuerdos? ¿Habría visto un fantasma que embrujaba el piso vecino? De ningún modo podía tratarse de algo semejante. Porque, dejando aparte mi caso, Saito también había visto varias veces a aquella chica.

Pero, entonces, surgió un interrogante intranquilizador. ¿La había visto últimamente? Me parecía que no. En ese caso, ¿hace cuánto que no la veía? Casi al mismo tiempo que la pregunta, apareció la estremecedora respuesta. Si no me equivocaba, no la había visto desde que tuve aquel sueño. Mientras caminaba por el pasillo del tercer piso, me pregunté qué implicaba aquello. Me sentí como si recorriera con paso vacilante los bordes de un interrogante tan inmenso como el mundo entero. Si pensaba de manera equivocada, podría pisar en falso y caer de cabeza en un abismo de locura...

Cuando me di cuenta, me hallaba frente a la puerta del piso 302 leyendo la placa del nombre. Al igual que antes, lo único que aparecía era el apellido Kataoka escrito con rotulador grueso. Pero,

aunque era una sensación imprecisa, me pareció que la otra vez estaba escrito con una letra más descuidada. Pensé que, aunque fuera en el exterior, me hubiera gustado descubrir alguna huella de la presencia de la chica, pero no lo conseguí. Dándome por vencida, abrí la puerta de mi propia casa y deposité de cualquier manera la bolsa de la compra en el suelo de la sala de estar. Después, me dejé caer en un sofá y alcé la mirada hacia lo más alto. Aunque estaba mirando el umbrío techo, mi desconcertada consciencia vagaba por el espacio como encerrada en un círculo vicioso. En suma, ¿qué estaba pasando? ¿Qué sentido tenía aquel sueño? ¿A dónde había ido a parar aquella chica?

Por la noche, ya pasadas las once, Saito se revolvía en el sofá con una lata de cerveza en la mano.

—¿Te acuerdas de la chica de Secundaria del 302? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

La respuesta que obtuve fue otro «¿eh?» y una expresión de desconcierto como si le hubiera sorprendido con la guardia baja. En el caso de los niños esa cara podía tener su gracia, pero verla en un cuarentón me pareció un tanto descarado y una sombra de indignación cruzó por mi mente. Pensaba que Saito sería mi último refugio, por lo que había estado esperando con impaciencia su regreso, pero mis esperanzas se hundían.

—Hay dos niños y luego una hermana mayor que ellos. ¿No la has visto?

A pesar de insistirle, Saito se limitó a ladear la cabeza mientras fijaba su atención en las noticias deportivas de la tele. Me entraron ganas de agarrarlo por las solapas y comenzar a gritarle: «La vimos juntos en la biblioteca, ¿no? Te comenté que se parecía a Keiko, ¿no?». Sabía que era injusto echarle la culpa, pero el olvido de Saito, en el que había confiado como red de salvación, me daba la estocada final a la existencia de esa chica y en mi frente comenzaron a formarse unos pliegues donde resultaba imposible distinguir la rabia de la tristeza. Para colmo, me pareció que el cuerpo de Saito despedía un denso olor a jazmín más intenso que

otras veces, que a los ojos de mi corazón formaba como un odioso halo en torno suyo. «Seguro que esta noche no va a pretender acostarse conmigo». Comencé a pensar que su cara de estar fatigado por el trabajo era una hábil treta para ocultar su infidelidad. Por mi mente, deslizándose sobre fluidos corporales, comenzó a bullir una escena en la que Saito, cual bestia sin pelo, se abalanzaba sobre esa otra mujer sin rostro, abrazándola y toqueteándola.

Pero ahora no era el momento para esas cosas. Sobre aquellas lascivas imágenes se superponía la figura de la chica vecina, que me miraba fijamente desde dentro del ascensor. Para después decir: «No, la espero». ¿Y dónde me esperaba ahora? Parecía increíble, pero ¿sería en aquel sueño? No, no. A ese sueño no quiero volver. Me da la impresión de que, si vuelvo a caer en esa pesadilla, ahí sí que me va a atrapar la gravedad lunar y me voy a quedar sin poder volver, alzando la vista hacia la imponente figura blanca del mortecino Gran Cercis.

Quizá Saito se estaba dando cuenta de que mi aspecto no era normal, porque se esforzó por mostrar alguna reacción.

—¿Dices que la vimos cuando estábamos juntos?

El comentario me hizo volver en mí, pero no supe qué contestarle y me quedé mirándolo en silencio. ¿Qué grosor tendría la pared que nos separaba a ambos cuando yo me acordaba tan bien de la chica y él la había olvidado tan fácilmente? «Por supuesto que la vimos juntos. Pero quizá el Saito que vio a esa chica era el auténtico y el que tengo ahora delante sea un falso Saito. A lo mejor por eso huele como huele». Por entre las sombras de mi corazón desfilaba aquella serie de absurdas sospechas. «De un tiempo a esta parte, a veces hueles a jazmín. Ese olor de jazmín que es el que más odio en el mundo». Tenía esas frases en la punta de la lengua. Y al mismo tiempo mi corazón no se decidía, porque sentía adherida a mi columna vertebral la desagradable impresión de no saber dónde se localiza el eje de mi existencia. Estaba sentada a horcajadas en la delicada cresta que separa el mundo donde vive esa chica del mundo donde no existe, y aunque podría resbalar hacia cualquiera

de los dos, tenía dos paredes a los lados que no me permitían moverme.

—Sí, la vimos juntos. Lo que pasa es que se te ha olvidado. Estoy segura.

Me di cuenta de que hablaba con cierto tono agresivo.

—Hmm... No, no me acuerdo.

Saito apuró el último trago de la cerveza como si quisiera con ello disimular su inquietud.

—Me sorprende un poco que te hayas olvidado de ella. Cuando volvíamos de la biblioteca íbamos hablando de que era una chica bonita. Es increíble cómo consigues olvidarte de esas cosas. Debe de ser un don especial.

Saito guardó silencio y me miró inexpresivo, pero en su frente parecía estar escrita la palabra «paciencia». Se diría que pensaba: «Las mujeres tienen momentos en que están como poseídas. Los hombres no podemos comprenderlo y lo único que se puede hacer entonces es no decir nada».

Desde entonces y durante un mes, continué indecisa. Me aferraba con morosidad a la posición más cómoda, la de confiar en que, si sabía esperar, quizá volviera a ver a la chica. Cada vez que tenía un día libre, probaba a ir a la biblioteca o al supermercado y me asomaba al balcón para ver si encontraba algún indicio de la presencia de la chica. Todo el esfuerzo fue inútil. No solo no la vi por parte alguna, sino que tampoco pude encontrar ningún rastro de que hubiera existido alguna vez. De tanto en tanto, veía a los hermanos pequeños o a la madre, pero no daban la menor muestra de preocupación por la ausencia de la chica. Y no solo eso, sino que en aquel piso 302 ahora vivía un hombre de aspecto muy formal que parecía el padre de los niños, y la madre, que antes siempre lucía expresión malhumorada, se veía mucho más distendida. Era igual que si la presencia de la chica hubiera constituido un obstáculo para la felicidad de esa familia.

Cogí la piedra del paisaje lunar y me dije que repetiría una sola vez más. De entrada, no podía ser cierto algo tan estúpido. No había ninguna prueba de que mi sueño se debiera a la piedra, ni mucho menos de que por culpa del sueño la chica se hubiera esfumado. Metería una sola vez más la piedra bajo la almohada cuando me fuera a dormir y si ni aun así no pasaba nada, pues estaba bien así. No hay nada que yo pudiera hacer. Después bastaría con ir dejando pasar el tiempo hasta que el recuerdo se difuminara. Quizá así llegaría el día en que pudiera convencerme a mí misma de que aquella chica nunca existió.

Antes de meter la piedra debajo de la almohada, la examiné con renovada atención. Al igual que antes, el árbol gigante que aparecía bajo el planeta Tierra extendía sus incontables ramas como huesos por el cielo estrellado de la noche. En mi sueño lo llamaban el Gran Cercis lunar, nombre que se parecía mucho al del laurel, árbol de hoja perenne[10]. Si se tratase de un laurel como los que hay en la Tierra, no podía indicar nada bueno que se cayeran todas las hojas. Sin embargo, el nombre también sugería la idea de un árbol *katsura* de fantasía, que creciera en la Luna, pero el *katsura* que crece en la Tierra es de hoja caduca, lo cual no encajaría con la historia. De por sí, aunque los detalles en sí del asunto fueran un despropósito, parece claro cuál fue la fuente de inspiración del nombre. Muy probablemente fue sugerido por el nombre de mi tía, Keiko[11]. Me sentí un tanto aliviada al comprobar que, por muy minuciosa que fuera mi cabeza, al final terminaba pergeñando los sueños de un modo rudimentario.

Tras meter la piedra del paisaje lunar bajo la almohada y poner el acostumbrado disco de *Arena* de Arvo Pärt, me meto entre los futones tumbada boca arriba. Creo que con esto las condiciones son las mismas de la última vez. Estoy mucho más despierta de lo habitual y, sumida en las tinieblas que invaden la habitación, toda una serie de extraños pensamientos van calando en mi piel. ¿Y si no me hubiese despertado ni una sola vez desde aquella noche? ¿Y si, como quien cambia de vagón, después del sueño del mundo lunar

simplemente me hubiera deslizado hacia el sueño del mundo donde esa chica no existía? Siendo así, mi verdadero yo quizá llevase varios meses durmiendo profundamente en la cama de algún hospital. Y a lo mejor Saito era un hombre extremadamente honesto que acudía a diario sin cansarse para coger mi mano entre las suyas esperando que algún día despertase, mientras murmuraba: «Me gustan tus manos, me gusta todo en ti...».

VI

—Ya se ve el Gran Cercis lunar. Dentro de nada llegaremos a Jahool.

Medio dormida, me llegó aquella voz y me dije: «Ah, es Shichaenma». A pesar de llevar un montón de días encerrada con ella en este camión y viendo su rostro tanto tiempo que casi se me olvida el mío, curiosamente, el sonido de su cascada voz me produjo nostalgia.

Según contaban, los *ishidakis* a los que trasladaba detenidos el ejército de la Federación eran conducidos sin falta a la ciudad de Jahool, junto al Mar de las Nubes, independientemente de lo que luego se propusieran hacer con ellos. Jahool era una ciudad de forma circular, construida de manera que rodease al Gran Cercis. Era la mayor ciudad del mundo lunar, capital de la Federación Lunar Frontal y de la República Central. Sus habitantes se calculaban en más de un millón, y lo mismo tenía gente muy rica y desocupada viviendo en deslumbrantes palacios que mendigos malviviendo en las calles. Lo mismo contaba con las mayores bellezas de la Luna, a quienes les bastaba una seductora mirada para atraer a toda una tropa de hombretones que con grandes canallas del mundo del crimen que reían a carcajadas tras arrojar a una jaula de serpientes selenitas a quienes los estorbaran. Por supuesto que la mayoría de sus habitantes eran ciudadanos corrientes, creyentes en el Gran Cercis lunar, al que adoraban como deidad local, e imbuidos de un fuerte espíritu comercial, sin dejar un cabo suelto.

Con todo, aun siendo ciudadano de Jahool, no podía uno acercarse libremente a ese gran árbol que se erguía en el centro de

la ciudad, mirándola ominosa desde las alturas, porque un muro protector gris oscuro de más de treinta *mertier* de altura, construido a base de apilar rocas de basalto, circundaba toda la colina de Godim donde crecía el Gran Cercis lunar. Los peregrinajes para su adoración en calidad de árbol divino estaban restringidos a unos días determinados y a un número de personas estipulado, y la ciudad estaba llena de gente que llevaba años esperando que le tocase el preceptivo sorteo. Las posadas para alojamiento de viajeros, construidas a ambos lados del camino principal de adoración, estaban siempre atestadas de devotos peregrinos llegados de lejanas tierras. Sin embargo, la mayoría de ellos terminaban abandonando Jahool con pesar por no haber gozado de la suerte de acercarse al árbol divino para besar su corteza y esperando que la próxima vez se vieran favorecidos. En otras palabras, para los creyentes de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino, arrodillarse en un rezo a los pies del Gran Cercis lunar para extender las manos vacías y abrazarse unos segundos a su inmenso tronco, era el momento de mayor felicidad, algo que, con suerte, se podía disfrutar una sola vez en la vida.

Y a pesar de ello, se decía que los *ishidakis* que habían ido reuniendo a lo largo de los últimos años, antes desperdigados por tierras de la cara posterior de la Luna, cruzaban limpiamente la puerta del muro protector en el camión de detenidos y eran llevados hasta los pies del Gran Cercis lunar, que era terreno sagrado. Debido a que estaba prohibido levantar edificios que superaran en altura el muro protector, la gente no tenía el menor medio de atisbar lo que sucedía en aquel vasto terreno sagrado. Por lo que contaban, los afortunados peregrinos autorizados a pasar podían ver únicamente el umbrío camino de adoración que discurría bajo un arco de espinos, el frontal del árbol que había al terminar el camino y, al darse media vuelta, la cara anterior de la colina donde crecía. En suma, nadie había visto lo que había en la cara posterior de la colina. Por eso mismo, a todo lo largo y ancho del mundo lunar

proliferaban rumores de toda índole, difundidos por viajeros locuaces que, de paso, aderezaban las cosas según su gusto.

Todas aquellas habladurías carecían de casi ningún sustento que las justificase, pero su contenido era muy diverso, así que la gente nunca se aburría al oírlas. El rumor más generoso de todos decía que en el terreno sagrado había unas enormes instalaciones de prisioneros donde miles de *ishidakis* se inclinaban a los pies del progresivamente debilitado árbol divino para rezar todo el día por su recuperación. Si uno creía tal rumor, implicaría que no mataban a los *ishidakis* y quedaría la esperanza de que algún día podrían volver a la cara posterior de la Luna. El comunicado oficial de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino decía más o menos lo mismo, si bien con una fraseología adornada al efecto: «Los muchos *ishidakis* que, llevados de su desbordante sentido del deber, han acudido a la carrera desde los lugares más remotos de la cara posterior de la Luna, no se apartan un instante del lado del árbol divino, ofreciendo todo su esfuerzo para su recuperación». Por lo visto, el sacerdote al cargo de los servicios informativos llevaba diez años repitiendo lo mismo sin cansarse. Los rumores opuestos, nada complacientes, eran mucho más variados, por el mismo principio que hace que el infierno estimule la imaginación de la gente de un modo más punzante que el paraíso, y en la mayoría de esas variantes los *ishidakis* no podían escapar de la muerte. Las atroces historias al respecto aseguraban cosas como que en el lado trasero de la colina había incontables montículos de barro, bajo los cuales se hallaban enterrados sendos *ishidakis*, que el árbol absorbía a modo de nutrientes, gracias a lo cual conseguía prolongar su vida. O también que todos los días, en un altar instalado junto a las raíces del Gran Cercis lunar, se procedía a sacrificar un *ishidaki* mediante el procedimiento de arrancarle en vida su piedra anímica.

Sin embargo, con independencia de si el final era trágico o no, el punto en común de la mayoría de los rumores consistía en que todavía no había regresado ninguno de los *ishidakis* que cruzaron al otro lado del muro protector. No solo que no hubiera salido ninguno

vivo de allí, sino que tampoco se oía hablar de nada que permitiese creer que sacaban sus cadáveres del lugar. Puesto que los camiones celulares del ejército de la Federación entraban y salían de allí cada dos por tres, bien podrían circular rumores plausibles de gente que asegurase haber visto cómo en el camino de vuelta sacaban cadáveres de *ishidakis* para enterrarlos en una fosa común de algún lugar perdido, o incinerarlos en un horno crematorio, pero no era así. Por ello, los *ishidakis* que se afanaban por huir para que no los atrapasen se hallaban atenazados por el terror ante la idea de que, si cruzaban la puerta del muro protector, no volverían a salir de allí.

Cuando, todavía con los ojos cerrados, oí a Shichaenma decir que ya se veía el Gran Cercis lunar, no pude evitar un sombrío pensamiento. «Así que ya ha llegado el momento». Shichaenma, impaciente al ver que, remolona, me resistía a despertarme, me puso una mano en el hombro y comenzó a sacudirme.

—Vamos, echa una mirada por ti misma. Yo es la quinta vez que veo el Gran Cercis lunar, pero es la primera vez que lo noto con un aspecto tan horrible. Entiendo que la gente de Jahool tiemble al verlo.

Abrí los ojos a regañadientes y vi que otra vez Yuanuia tenía su cabeza sobre mi vientre, con los ojos entreabiertos y todo el aspecto de acabar de despertarse en ese mismo instante. De hecho, volvió a cerrar los ojos para abrirlos un poco después. Aún se distinguían en sus mejillas los surcos de las lágrimas que habían arrastrado una parte de la suciedad original, pero quizá porque pensó que a sus años se había recostado de una manera demasiado confiada sobre mí, se incorporó bruscamente. Al momento se restregó la cara con una de sus sucias mangas, tras lo cual comenzó a arreglarse un poco la revuelta cabellera.

—Parece que has echado un buen sueño, ¿eh? —le dije.

Asintió levemente como avergonzada de haber buscado mi cariño y después adoptó un aire de impasibilidad aparentando seriedad. Acto seguido, inclinó el cuerpo para mirar por la ventanilla que señalaba Shichaenma y se quedó mirando fijamente hacia el

destino que nos aguardaba. Su aspecto parecía ahora muy diferente del de aquella chica desvalida y asustada que era antes de dormirse y transmitía la determinación de comportarse con entereza y valor.

En ese momento, de repente, me sobresalté al escuchar un susurro que cruzaba mi corazón diciendo: «Tengo que llevarme a esta chica de vuelta». Sentí exactamente lo mismo que si alguien me hubiera puesto su fría mano sobre el pecho. Ni siquiera sabía de dónde procedía la chica, así que ¿a dónde pretendía llevarla de vuelta? ¿O es que aquel susurro se refería a la cara posterior de la Luna sin más, sin precisar?

Tras sacudir la cabeza para terminar de espabilarme y desechar tales pensamientos, imité a Yuanuia y miré por la ventanilla. En los bordes izquierdo y derecho de la ventanilla se veían los hombros de sendos soldados de la Federación y, más allá, ocupando la parte central, las luces de la gran ciudad de Jahool en el mundo lunar de la estación oscura, brillando como si alguien hubiera volcado un joyero. Por encima de aquellas luces, se extendían las ramas del Gran Cercis lunar. Y todavía más arriba, redonda y reluciente, la azulada Tierra, el mundo de nuestro amanecer.

La Sagrada Iglesia del Árbol Divino afirmaba que el Gran Cercis lunar tenía más de 700 *mertier* de altura, el perímetro de su tronco 330 y el diámetro máximo de su copa 1200. Si ese inmenso árbol usara sus raíces a modo de patas y echase a andar, podría pasar por encima del muro de protección, la construcción más alta de todas y reducir a escombros la ciudad de Jahool en menos de un día.

Solo había venido una vez a Jahool, hacía dieciséis años, junto con Shichaenma, y vi el Gran Cercis. Lo primero que sentí entonces fue miedo. Por primera vez desde que nací me atenazó el miedo primordial, un temor reverencioso hacia una presencia de tamaño gigante. Al imaginarme lo que sucedería si aquel árbol se partiera de raíz y echara a rodar colina abajo o si le cayera un rayo y se convirtiera en una antorcha, mi corazón se intranquilizó. Sin embargo, tras pasar unos días, el miedo se fue calmando e incluso me sentía tan cautivada por él que, caminara por donde caminara en

la ciudad, me descubría buscándolo con la mirada. El Gran Cercis lunar que admiré entonces tenía un follaje tan tupido, tan exuberante que no permitía ver el cielo a través de él y dejaba caer sobre toda la ciudad su particular aroma.

Y en cambio ahora... La figura del Gran Cercis lunar iluminada por una luz terrestre casi deslumbrante había perdido el pesado aspecto del follaje circundante, y sus ramas, cual descarnadas manos de un demonio, se extendían ásperas sobre la colina, ofreciendo una imagen de frialdad. Quizá por sugestión, hasta la corteza de su blanco tronco me recordaba el reseco cuerpo de una anciana. Nunca pensé que llegaría el día en que lo viera con un aspecto tan siniestro... Parecía claro que el Gran Cercis lunar se estaba muriendo. Daba la impresión de que hasta podía oírse el lamento del viento de la estación oscura al desgarrarse entre sus incontables ramas.

Puesto que Jahool era una ciudad que había prosperado gracias a la creencia de que las hojas de dicho árbol protegían de las enfermedades y conferían longevidad, podía entenderse que ante la situación actual sus habitantes se alborotaran hablando de que si el fin del mundo, que si el fin de la atmósfera... Eran los sacerdotes de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino quienes dirigían «la caza del *ishidaki*», aunque quien se ensuciara realmente las manos fuera el ejército de la Federación, pero lo cierto era que la mayoría de la gente fingía no darse cuenta de ello. Quizá sufrían cierto sentimiento de culpabilidad, porque la iluminación nocturna de la ciudad resultaba mucho más desangelada que hacía dieciséis años. Las hojas del Gran Cercis lunar habían alcanzado un precio tan elevado que quedaban fuera del alcance de la mayoría y por lo visto había bajado muchísimo el número de visitantes que llegaban a la ciudad.

Lo que mantenía las esperanzas de los habitantes era la leyenda de la trágica desfoliación. En *Crónica de Abuhara*, uno de los muchos libros de escrituras de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino, se decía que también hacía seiscientos años el Gran Cercis lunar había perdido por completo sus hojas igual que ahora y que estuvo a

punto de secarse. Entonces, lo que le salvó en esa situación tan desesperada fueron mil *ishidakis* guiados por un hombre y una mujer, Naoyamuele y Keikoglenn, que no estaba claro si eran un matrimonio o hermanos. Según sostenía la Sagrada Iglesia del Árbol Divino, las piedras anímicas que portan los *ishidakis* en el pecho serían, en realidad, la cristalización del poder espiritual del Gran Cercis lunar, por lo que, devolviendo dicha energía al árbol, este recuperaría su vitalidad original. Siendo así, desde el punto de vista de los sacerdotes actuales, para remontar la desfoliación actual no quedaba sino recurrir de nuevo al potencial de los *ishidakis*. Sin embargo, las cosas no salían acorde a la leyenda. A pesar de las peticiones de ayuda que se lanzaron por todos los rincones de la cara posterior de la Luna, los supuestos mil *ishidakis* que debían venir en ayuda no aparecieron. Por tanto, la única opción era traerlos a la fuerza. Sin embargo, la cosa no se quedó en mil *ishidakis*. La desfoliación no cesaba. Por eso nosotros estábamos encerrados ahora en el camión de detenidos, viendo en lontananza la figura del Gran Cercis lunar que iba extinguiéndose.

—Tengo la impresión de que conozco ese árbol —murmuró Yuanuia.

—Vaya... —dijo Shichaenma enarcando una ceja—. Parece que por fin empiezas a recordar, ¿eh? Claro, es natural. Solo porque te hayan golpeado en la cabeza no ibas a haberte olvidado de todo. De entrada, por algo dicen que es más fácil olvidarse de respirar que olvidarse de la visión del Gran Cercis lunar.

—Pero lo único que recuerdo es que he visto ese árbol —repuso Yuanuia frunciendo el ceño y negando con la cabeza—. No sé ni cuándo ni con quién lo vi. De hecho, ni siquiera estoy segura de haberlo visto. Pero noto que ese árbol está sufriendo. Que está pidiendo ayuda...

—¿Por casualidad puedes hablar con ese árbol? —pregunté sorprendida. Es que dicen que hace seiscientos años Naoyamuele y Keikoglenn se colocaron frente al árbol con sus mil *ishidakis* y,

mediante el poder de las piedras, pudieron hablar con el Gran Cercis lunar.

Yuanuia volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Pero, desde que recobré la consciencia, no dejo de oír algo como un débil gemido. Y ahora, al ver el árbol, he tenido la fuerte impresión de que se trata de su voz.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió Shichaenma con tono precavido—. Aun cuando pudieras saber que se trata de la voz de alguna planta o árbol, podría ser solo la de alguna seta que crece por ahí que está sufriendo porque la mordisquea un bicho.

—No sé por qué, no puedo explicarlo bien —contestó Yuanuia con voz insegura —. Pero estoy convencida de ello. Creo que, si no se tratara de un árbol tan grande como ese, no podría emitir una voz tan estremecedora como la que siento, que es como si la tierra vibrara.

—¿La sigues oyendo ahora? —pregunté yo.

La chica agachó la cabeza y asintió levemente. En un acto reflejo, crucé una mirada con Shichaenma. Un *ishidaki* con el poder de la palabra arbórea es algo tan raro que dicen que solo se da una vez cada cien años. Yo, por supuesto, nunca he visto ninguno ni tampoco he oído rumores creíbles acerca de que existiera alguien así en tal o cual aldea. Probablemente, lo mismo le sucedía a Shichaenma o a Yafnefurne y si preguntara a todos los detenidos del camión es casi seguro que también sería así. Por eso mismo el ejército de la Federación lleva estos diez años buscando con ojos inyectados en sangre un *ishidaki* así y se dice que no han encontrado ni uno. En definitiva, la idea general que se tiene es que en nuestra época no existe ninguno. ¿Será realmente la chica que tengo delante quien vaya a darle la vuelta a ese entendimiento? No se podía descartar por completo. Si en nuestros tiempos existiera un *ishidaki* con el poder de la palabra arbórea, puede que, como está sucediendo ahora, apareciese de pronto como llovido del espacio, sin recordar nada, ni siquiera su procedencia. Ahora que recuerdo, Keikoglenn también era un personaje enigmático y *La crónica de*

Abuhara, aparte de describirla como joven y bella, no detallaba nada más...

—Oye, ¿tú puedes oír ahora la voz de otros árboles? —le pregunté esta vez.

—Pues no estoy segura —contestó ella en un susurro.

Adoptó una expresión de estar escuchando con atención.

Al mirar otra vez por el cristal delantero, me pareció que a ambos lados de la carretera había huertas y sembrados, pero también algunos caserones dispersos de campesinos en cuyos jardines crecían unos cuantos árboles. La chica permaneció un tiempo como intentando escuchar aquellos otros posibles sonidos y finalmente habló.

—Es un sonido debilísimo, pero siento como si todos estuvieran hablando muy alterados.

—¿Alterados? —repitió Shichaenma con voz extrañada—. ¿Dices que todos los árboles están muy alterados?

La chica asintió como quien está seguro de lo que afirma.

—Creo que están diciendo: «Date prisa, date prisa».

—¿Y hacia dónde demonios hay que apresurarse? —preguntó Shichaenma con cara de no querer saber la respuesta.

Los ojos de Yuanuia, atravesando el cristal del vehículo, estaban clavados en el blanco Cercis lunar que se erguía delante.

VII

El vehículo de detenidos se adentró en las calles de Jahool. A diferencia de la carretera, ahora el camino estaba adoquinado y las ruedas levantaban un sonoro traqueteo. Puede que se debiera a la insensibilidad olfativa provocada por el tufo procedente del barreño de los excrementos, pero el caso es que el aire que se filtraba por los resquicios de la capota no traía el aroma de las hojas del Gran Cercis lunar, como era de temer. Aquel agradable aroma que hace dieciséis años saturaba toda la ciudad... Antes de entrar en la ciudad, los soldados habían cerrado la cortinilla que nos separaba, por lo que ahora no podíamos ver el aspecto de sus calles y como además nos habían arrebatado los relojes, tampoco sabíamos qué hora era. Sin embargo, percibía a través de la capota el ruido que hacía la gente al caminar afuera y deduje que era temprano por la mañana. Si armábamos alboroto cuando, por ejemplo, oíamos el ruido de un coche al aparcar, seguramente nos oirían desde fuera, pero lo más probable era que no nos ayudara nadie. Aun cuando supieran que dentro del vehículo iban unos pobres *ishidakis* prisioneros, sin duda agacharían la cabeza, fingirían no darse cuenta y pasarían de largo. A la gente de Jahool le asustaba tanto la posibilidad de que el árbol divino se debilitara hasta morir que confesaban abiertamente que, si servía para superar ese peligro, no les importaba sacrificar ni las vidas de otros ni su propia conciencia.

Por culpa de habernos cerrado la cortinilla, la caja del camión se hallaba ahora completamente a oscuras y no podíamos ver ni nuestra propia mano. Todos se habían despertado ya, pero nadie

hablaba y, aun sin pretenderlo, se preparaban mentalmente para el cada vez más cercano destino que nos aguardaba. Sin embargo, en algún rincón de los corazones debía de haber brotado, aunque tímida, una pequeña esperanza. Una esperanza tan frágil, tan insegura que nadie quería calificarla en voz alta como tal, pero sin duda en su fuero interno sí la llamaban así.

Esa esperanza, ni que decir tiene, era Yuanuia. Si verdaderamente esa chica desconocida poseía el don de la palabra arbórea, quizá en el último momento sucediera algún milagro y se podría poner punto final a esta tragedia. No obstante, nadie quería hablar de esta posibilidad. Acababan de conocer a la chica y quizá simplemente mintiera de manera compulsiva o sufriera trastornos mentales. Dado que nadie podía oír las voces de los árboles, resultaba imposible comprobarlo.

Yuanuia llevaba un tiempo inmóvil tapándose los oídos con las manos, como soportando algo. Aunque los demás no pudieran verlo, yo sí lo notaba porque estaba sentada a su lado. Yo no creía en modo alguno que Yuanuia fuera una mentirosa. Entonces, ¿sufriría de trastorno mental? Era muy posible. A menudo he oído que la gente con trastornos mentales dice que oye la voz de los dioses o de los espíritus. Y quizá la pérdida de memoria fuera también resultado de una herida anímica. Sin embargo, tampoco quería creer que se tratara de eso. No era una conclusión racional, pero me lo susurraba así una impresión directa, viva y angustiosa.

El vehículo custodiado frenó y acto seguido el estruendoso chirrido metálico de una puerta al abrirse llegó con toda claridad a la caja del camión. Unas manos abrieron un poco la parte trasera de la capota que nos cubría y vimos los ojos de un hombre que debía de ser un soldado de la Federación escudriñando el interior. Después, volvió a cerrar la capota y oímos una conversación en el exterior para verificar nuestro número.

—¿Cuántos *ishidakis* son?

—Cinco hombres y seis mujeres.

Poco después, el vehículo volvió a arrancar. Envuelto en la oscuridad, Yafnefurne bromeó acerca de su destino.

—Eh, por lo visto nos ha tocado el gordo y vamos a poder pasar al otro lado del muro protector. Nunca creí que a mi edad me llegase la ocasión de besar el culo del árbol divino. Ha merecido la pena vivir tantos años.

—En tu caso no te ha tocado el gordo, te ha tocado el castigo merecido —le contestó Shichaenma malhumorada—. Y encima nos has implicado a todos en ese castigo.

—Bueno, si hablamos de merecer castigos, no creo que te gane en cuanto a motivos. Las cosas recientes se me olvidan todas, pero las antiguas no puedo olvidarlas aunque quiera. Ay, que me están entrando ganas de soltar la lengua...

—Mejor para ti que te estés callado. Si no, nadie va a querer ocuparse de un viejo chocho que puede ir soltando cualquier cosa.

El vehículo, tras rodar un breve tiempo, volvió a detenerse. Oí una voz en el asiento del conductor que intercambiaba unas palabras de puro trámite con alguien de fuera y enseguida arrancó de nuevo. Por lo visto habíamos atravesado un segundo control, pero apenas había barruntado esta conjetura cuando otra vez el camión frenó. Al parecer el vehículo estaba siendo iluminado por los cuatro costados, ya que el color verde oscuro de la capota cambió a un verde claro, como de hojitas tiernas. A espaldas del camión se oyó el ruido de una puerta cerrándose y también notamos que los dos soldados de la Federación que se sentaban delante y habían traído el camión hasta aquí, se bajaban. Todo apuntaba a que habíamos llegado a final de trayecto.

Vimos por la sombra en la capota que aquellos dos soldados daban la vuelta hacia la espalda del camión. Al abrirse la parte trasera de la lona, de pronto una luz cegadora penetró despiadadamente en la caja del camión y todos entrecerramos los ojos a un tiempo. Uno de los soldados quitó el candado y abrió la puerta.

—Id saliendo de uno en uno —ordenó.

Nos miramos todavía con los ojos medio deslumbrados. Al momento, todos parecimos pensar que, aunque remota, existía la posibilidad de que pretendieran hacer algo tan malvado como ir disparándonos uno a uno según bajábamos.

Yafnefurne fue el primero en levantarse.

—Bien, pues... Evidentemente tiene que ser privilegio del más mayor ser el primero que baje a pisar la tierra pura del paraíso, ¿verdad?

A causa de haber estado tantos días encerrados en un espacio tan estrecho, teníamos las piernas dormidas, así que Yafnefurne fue hacia la puerta con paso tambaleante y agarrándose a los barrotes. Shichaenma le siguió y después, como cuentas de un rosario, fuimos bajando los demás. Durante el trayecto hasta aquí, de vez en cuando nos habían metido entre los barrotes agua y algo de comer, pero fue tan poca cantidad que el hambre y la sed nos hacían movernos muy despacio. Al mirar a Yuanuia, vi que ya no se tapaba los oídos, pero su agitada respiración y su expresión de sufrimiento delataban que en su interior seguían reverberando los lamentos del Gran Cercis lunar. Hice que ella bajara justo delante de mí, de manera que pudiera ponerle la mano suavemente sobre el hombro, y me quedé en último lugar. Me hubiera gustado decirle: «Tranquila, no te preocupes», pero llegados aquí cualquier palabra tranquilizadora al instante sonaría a falsa. Por eso decidí confiarlo todo a la muda calidez que transmitía mi mano en su hombro.

Lo primero que atrajo mi vista fue el muro protector. Hace dieciséis años también lo había visto, hasta decir basta, pero entonces lo vi por fuera y, sin duda, ahora estaba mirando la cara interior. Al girarme hacia atrás, tragué saliva. El Gran Cercis lunar, carente de hojas, me miraba desde las alturas y su enormidad era tal que parecía que de un momento a otro fuera a desplomarse sobre mí.

Una estampa temible. Hace dieciséis años, cuando todavía rebosaba verdor, crecían en su tronco con profusión plantas epifitas como musgos y helechos, lo cual le prestaba todavía más un

ubérrimo carácter de divinidad protectora, pero ahora su envejecida corteza blanca estaba completamente pelada y tenía el lamentable y siniestro aspecto de un esqueleto reseco expuesto al aire libre, pero aún con vida. Y, tal y como decían, en todo aquel grueso enramado que se extendía en todas direcciones, no se veía nada que pareciera una hoja. Justo encima del punto que señalaba mi alzado mentón pendía la grande y redonda Tierra, brillando con una intensidad casi molesta, pero, al filtrarse su luz por los resquicios de la desnuda copa del árbol, sus rayos caían muy amortiguados y con tono blanquiazulado.

Aun así, por mucho que se estuviera muriendo, qué figura tan impresionante la de aquel árbol. Según contaban, para rodear su tronco sería necesario que trescientas personas enlazasen sus manos extendidas y para llegar a lo más alto de su copa tendría que formarse una escalerilla humana de quinientas personas. No era simplemente un árbol que creciera allí, sino que desplazaba todo el espacio sobre la colina y era como si se hubiera introducido en el mundo lunar formando un universo propio, irradiando una presencia tal que llegaba a resultar siniestra. En las escrituras de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino, constaba que el Gran Cercis lunar había nacido hacía veinte mil años en la Tierra, pero que con el tiempo emprendió el vuelo hacia el espacio llevando consigo varias formas de vida grandes y pequeñas, incluyendo representantes de la especie humana, que por entonces ya rodaba cuesta abajo por el camino de la extinción. En suma, que el mundo lunar debía su existencia a ese único árbol, fuente de toda la vida existente que luego se fue extendiendo por todos los rincones de la cara anterior y posterior de la Luna.

Yuanuia también estaba como embobada, con la vista alzada hacia el árbol divino y olvidándose casi hasta de parpadear.

—¡Poneos aquí en fila! —gritó un soldado.

Todos nos volvimos hacia el muro de protección. En el suelo habían trazado una línea de color blanco y al parecer querían que formásemos una fila sobre dicha línea. El lugar donde nos había

dejado el vehículo de traslado era como el patio frontal de un edificio adosado al muro protector, por lo que estábamos rodeados de paredes por los cuatro costados y ni existía ninguna ruta de huida ni podíamos subir por la colina en dirección al Gran Cercis lunar.

Quien dio la orden para que nos alineáramos no era uno de esos soldados de la Federación que vestían uniforme de color caqui. Era un soldado de uniforme gris que se cubría con un gorro especial coronado por una especie de cresta, de pie frente a nosotros con rostro severo. Recordaba haber visto un soldado similar hacía dieciséis años junto al muro de protección y era un sacerdote militar de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino. Llevaba un brazalete de fondo blanco con el símbolo del árbol divino y una hermosa bayoneta a la espalda cuyo filo relucía como un espejo. Comparado con los jovenzuelos del ejército de la Federación, donde abundaban los soldados groseros y de baja estofa, el empaque que demostraba atraía la vista. En total, había unos seis de esos deslumbrantes sacerdotes militares, pavoneándose por diversos lugares del patio y dirigiendo sus aceradas miradas a los movimientos que nosotros, sucios y solo con lo puesto, pudiéramos hacer. Por lo visto, con este trámite el ejército de la Federación finalizaba la entrega de los detenidos a la Sagrada Iglesia del Árbol Divino.

Una vez que estuvimos alineados, un hombre de unos cuarenta años con aspecto de oficial de aquel ejército religioso nos fue preguntando con tono prepotente sobre los poderes de nuestras piedras. Ninguno sabíamos cuál era la intención de la pregunta ni cómo podría variar la desgracia que nos acaecería en función de la respuesta. «Llamar a los pájaros», «leer en el agua», «hacer volar el alma», «interpretar los sueños», «manos curativas», «iluminación del espíritu»... Con la misma cara que si estuvieran entregando la última arma que llevaban oculta, todos iban contestando a regañadientes, y al llegar mi turno decidí contestar con firmeza.

—No lo sé. Mi piedra anímica todavía no ha despertado.

El sacerdote militar alzó malicioso una ceja y me miró con aire de sospecha.

—¿Todavía no? Parece que ya tienes unos cuantos años...

—Es la verdad. No tengo todavía ningún poder.

El hombre se acercó un paso más a mí y, acto seguido, metió unos dedos por el escote y tiró de la ropa para mirarme el pecho. La cresta de su gorro golpeó mi rostro. Después de estar mirando mi pecho durante unos momentos, sonrió y comenzó a toquetear la piedra anímica por encima de mis ropas.

—¿Pues no es una piedra magnífica? ¿O a lo mejor es una tercera teta?

Sentí un dolor agudo como si me hubieran incrustado un clavo en el pecho y, sin poder evitarlo, se me escapó un grito.

El sacerdote militar torció el gesto.

—Por lo visto sí que es una piedra. Aunque a lo mejor es que te has tragado alguna piedra encontrada junto al río. Bueno, vamos a por la última.

El hombre se paró frente a la chica. Una corriente de tensión circuló entre nosotros. ¿Cómo contestaría Yuanuia? Quizá hubiera debido advertirle dentro del camión que, sin preocuparse de cuál fuera la verdad, no dijera ni una palabra de que poseía el don de la palabra arbórea, pero ya era tarde para eso. En vista de que no aparentaba ni quince años, si se escabullera diciendo que la piedra todavía no había despertado, no deberían sospechar demasiado... Sin embargo, la chica, ajena a nuestra preocupación...

—Yo...

Pareció vacilar un poco, pero después, como si quisiera apartar de sí el miedo, continuó con determinación.

—Puedo oír la voz de los árboles.

El sacerdote militar se paró en seco y, tras quedarse un tiempo mirando fijamente a Yuanuia, dijo:

—Vaya... Realmente eso está muy bien. Pues mira, chica, te voy a hacer una pregunta. ¿Qué está diciendo ahora nuestro árbol divino?

—Dice que se acerca su final y que antes de eso debe hacer un último viaje...

El sacerdote se acercó otro paso a ella hasta que casi se rozaron las narices y, mirándola a los ojos como si quisiera remover su interior, volvió a preguntar.

—¿Y qué desea el árbol divino de nosotros?

Yuanuia se echó un poco hacia atrás y, aun con voz temblorosa, contestó decidida.

—Pregunta si no está todavía la última piedra...

—¿La última piedra? ¿Y eso qué es? ¿Se refiere a ti?

—No lo sé —dijo la chica sacudiendo la cabeza en gesto negativo—. Este árbol sufre tanto que no para de gemir y apenas puedo entender unas pocas palabras.

—Escucha, chica. Tu valentía es admirable. Pero ¿crees que puedes ganar algo gracias a transmitirnos una frase tras otra del árbol divino?

—Simplemente me limito a decir lo que estoy oyendo.

El sacerdote militar, repitiendo su acción de antes, agarró de pronto el escote de Yuanuia, abriéndolo hacia sí y escrutó el interior tanto rato como si quisiera meter la cabeza dentro. Después, alzó la cabeza con ímpetu y miró a Yuanuia con aire de resentimiento. Por su tono, algo parecía haberle indignado.

—Es algo rarísimo una piedra de este tamaño. Al parecer portas un ejemplar incomparable, como aquella Keikoglenn de las escrituras. Pero también hay un refrán que dice «tonto con piedra grande».

Nos ordenaron meternos en aquel edificio como una fortaleza, adosado al muro protector y, tras llevarnos a una espaciosa y opresiva habitación en cuyo centro se veía un gran cesto, nos dijeron que nos quitásemos toda la ropa. Cuando Shichaenma protestó, le pusieron una bayoneta en el cuello y, con tono que no admitía réplica, le preguntaron si consideraba más importante la ropa o la vida. Los abalorios y similares ya nos los arrebataron hace días los soldados de la Federación, pero ahora ya no nos permitían conservar ni el calzado o la ropa interior, dejándonos sin nada encima, como si en adelante nunca más los fuéramos a necesitar.

Acto seguido, nos ordenaron arrojar todo en aquel cesto. Según decían los sacerdotes, a la hora de presentarse frente al árbol divino, estaba prohibido llevar esa clase de impurezas. Pues si nos decían que teníamos que aguardar frente al árbol divino completamente desnudos, ¿por qué ellos tapaban sus cuerpos con esas impurezas?

Teniendo enfrente a aquellos sacerdotes soldado con sus impecables uniformes militares, nuestros cuerpos desnudos no muy limpios ofrecían una impresión de lo más crudo y miserable. Me sentía como una oveja a la que acabasen de rapar, y la inevitable docilidad que mostrábamos era, de nuevo, propia de una oveja. Con disimulo, paseé la vista por nuestros cuerpos desnudos y aunque en el centro de todos los pechos se notaba el bulto de rigor, en el caso de Yuanuia resulta evidente que se trataba de una piedra más grande, que desentonaba todavía más porque en su delgada constitución los senos todavía no habían terminado de desarrollarse, lo cual hacía que atrajese más la vista que el resto. Se suponía integridad moral a los sacerdotes soldado, pero no eran diferentes al resto. No hacían ningún esfuerzo por ocultar la curiosidad y la lascivia de sus miradas y observaban con descaro el cuerpo desnudo de la chica como magreándola con los ojos. No obstante, la interesada parecía estar más preocupada por prestar atención a los gemidos del Gran Cercis lunar que a aquellas miradas y fruncía el ceño como resistiendo a un dolor, en pie y sin hacer intento de ocultar nada con las manos.

Así las cosas, no quedaba sino confiar en el destino. Solo teníamos una vida y, en lugar de entregarla para alimento de una bala o de una bayoneta, resultaba mil veces preferible escoger un camino que permitiera mantener la esperanza lo más posible. Durante largo tiempo había constituido un enigma para nosotros el saber qué pasaba con los *ishidakis* que atrapaban. Sin embargo, sin duda llegaba el momento en que lo íbamos a descubrir por nosotros mismos. Cuando comprobaron que todos habíamos quedado por completo desnudos, nos ordenaron que saliéramos por una puerta diferente a la que usamos al entrar. Mientras íbamos hacia allí,

Shichaenma se me acercó y, torciendo el gesto en una sonrisa de despecho, me susurró:

—Me aguanto porque tengo que morder el cuello de Meholosa.

No me quedó más remedio que asentir en silencio. Se rumoreaba que el sumo sacerdote Meholosa llevaba largo tiempo enfermo en cama y lo cierto es que, según oí, ya no se dejaba ver en público. Así que, independientemente de los infortunios que nos esperasen, no creía que llegásemos a ver a Meholosa.

De pronto salimos a un espacio mucho más amplio y bastante umbrío, que me hizo sentir todavía más desvalida en mi desnudez. El techo debía de estar a una altura de unos veinte *mertier*, la anchura serían unos quince y de fondo cincuenta, por lo que reinaba un ambiente de palacio subterráneo construido por un gigante. Había una fila de columnas de basalto de aspecto compacto y solemne con figuras labradas muy detallistas. De cada una de estas columnas salían candelabros ramificados con velas de llamas débiles y temblorosas que iluminaban a duras penas el entorno. Todo lo que veían mis ojos estaba imbuido de una antigüedad tan majestuosa que ante ello la vida humana parecía insignificante e, involuntariamente, respiré lo más silenciosamente que pude.

Tanto a izquierda como a derecha, vi que el pasillo terminaba en sendos portones tallados con complejos diseños y coronados en forma de arco. Delante de cada uno de estos portones había dos sacerdotes soldado haciendo guardia. Pensando en la orientación, deduje que el del lado izquierdo quedaba cerca del muro protector y el derecho cerca del Gran Cercis lunar. Como sospechaba, los soldados nos indicaron con gestos de la mano que fuéramos hacia la derecha. Mientras caminábamos descalzos por el suelo empedrado, se me ocurrió que a lo mejor íbamos hacia la entrada del llamado «camino trasero de peregrinaje», que se decía que llevaba cientos de años cerrado. Cuando vine hace dieciséis años oí hablar de ello como un rumor, pero, si era cierto, en el lado posterior del Gran Cercis lunar había una caverna gigante y el camino trasero conectaba con ella.

Cuando el sacerdote soldado que iba en cabeza se acercó al portón, los dos guardias comenzaron a empujar las dos hojas hacia afuera para abrirlo. La puerta se fue abriendo lentamente con un crujido hasta que apareció un pasillo recto de unos cinco *mertier* de anchura. No, fijándose bien, no era un pasillo, sino una escalera que ascendía con pendiente suave. Es decir, que la escalera subía por la ladera de la colina Godim. Al igual que antes, de las paredes a izquierda y derecha salían candelabros espaciados, pero no por ello el lugar dejaba de ser umbrío, y provocaba la espantosa sensación de que íbamos siendo absorbidos hacia el fondo de la garganta de una bestia gigante dormida desde tiempos remotos. Aun cuando esta escalera fuese directa hasta los pies del Gran Cercis lunar, ¿pretendían que anduviésemos desnudos quinientos *mertier*?

Yo ocupaba la retaguardia de la fila de *ishidaki*s y justo delante de mí iba Yuanuia. Yuanuia caminaba con paso firme, pero a cambio movía intranquila las manos cada dos por tres tocándose las orejas o el cuello. Era como si la voz del Gran Cercis lunar fuera cada vez más fuerte y quisiera taparse los oídos, pero siendo consciente al mismo tiempo de que hacerlo no servía para nada, por lo que estaba nerviosa sin saber qué hacer.

Todavía daban vueltas en mi cabeza las palabras que Yuanuia le acababa de decir al sacerdote militar en el patio. «¿No está todavía la última piedra?». ¿Realmente habría escuchado esta chica semejante voz? Si de verdad el Gran Cercis lunar había dicho eso, significaría que toda la tragedia de los *ishidakis* durante estos últimos diez años habría sido un infortunio en torno a esa «última piedra» y, si así era, ¿dónde estaba esa «última piedra» que constituía el meollo del asunto? ¿Era la piedra de la palabra arbórea que portaba Yuanuia? ¿O la tenía un *ishidaki* diferente que todavía persistía en su huida por algún lugar de la cara posterior de la Luna? Pero, un momento, también cabía dentro de lo posible que se tratara de la piedra anímica que portaba yo en mi pecho. Tal y como decía Yafnefurne, por supuesto que existía la posibilidad de que se tratara de una piedra paisajística, que a estas alturas no servía de nada...

No, no, ¿pero qué tonterías estoy pensando? A esta chica le han golpeado fuerte en la cabeza y arrojado después a un camión celda. Seguro que pasó tanto miedo que sufre de trastorno mental. ¿Acaso no hay en cualquier aldea una o dos personas con heridas psicológicas similares? Pero no, un momento. La piedra de esta chica es demasiado grande como para desechar sin más lo que dice. Ah... No entiendo, no entiendo nada... Por más que pienso, lo único que puedo hacer ahora es mirar.

La escalera seguía y seguía, lo que, sumado a la sed y el hambre, terminó por hacernos jadear. Con todo, parecía que el final ya quedaba cerca. En otras palabras, que el Gran Cercis lunar ya debía de estar justo delante. Una vez más, llegamos a un espacio muy amplio. Sin embargo, la iluminación era todavía más pobre, por lo que resultaba imposible determinar qué clase de sitio era. Miré hacia arriba, pero la oscuridad era tan densa que no pude conocer la altura. Lo mismo sucedía si miraba a izquierda o derecha. Durante unos momentos me pregunté si acaso no habríamos salido a cielo abierto, pero, a juzgar por la forma en que resonaban los pasos de los sacerdotes soldado, era evidente que nos hallábamos en un recinto cerrado, aunque muy vasto. Pude ver difusamente que unos treinta *mertier* más adelante se alzaba otra enorme puerta. También, a duras penas, distinguí junto a ella la figura de cuatro guardias. Los escalones de piedra se acabaron y la sensación que percibía la planta de mis pies cambió. Pisábamos tierra. Entonces, ¿lo que esperaba al otro lado de la puerta sería la base del Gran Cercis?

Entre los cuatro guardias empujaron hacia fuera el portón de dintel triangular. Me pregunté a qué se debería la asimetría en los lados izquierdo y derecho y en ese mismo momento lo comprendí. Esa puerta ni tenía por función indicar el fin de la escalera ni era parte de ningún edificio. Era la puerta para acceder a la caverna del Gran Cercis lunar. Debido a que había sido erigida adaptándose a la abertura de la caverna, tenía esta forma tan estrambótica. Por tanto, lo que teníamos frente a nosotros no era la cara interna de las paredes de edificio alguno, sino, con toda probabilidad, las raíces del

Gran Cercis lunar. Según se fue acostumbrando la vista a la penumbra, pude ver el entorno que nos rodeaba, aun con poca nitidez. Todo apuntaba a que el lugar en cuestión era el espacio que quedaba libre entre dos gigantescas raíces del Gran Cercis lunar. Puestos a compararlo con algo, era como una persona que, agotada por el cansancio, se sentara con las piernas abiertas hacia delante y, tal como decían los rumores, al fondo del espacio secreto entre ambas, aguardaba oculta una caverna.

VIII

Al abrirse la puerta, pudimos apreciar que el interior de la caverna estaba inundado por una centelleante luz dorada. Y también que ese nuevo espacio parecía tener una considerable profundidad. Desde fuera no se apreciaba, pero quizá en el interior del Gran Cercis la descomposición se hallaba muy avanzada y estuviera medio hueco. Fuimos entrando según nos guiaban y, de pronto, me sobresalté al percibir cómo me llegaba el aroma largo tiempo olvidado del Gran Cercis lunar. Sin embargo, al instante siguiente, como si me hubiera rodeado una manada de bestias, ese olor inicial se vio borrado por un hedor salvaje, que se incrementaba con cada paso que dábamos. Por un momento la imagen de una masacre con una montaña de cadáveres apilados cruzó por mi cerebro, pero luego me pareció que se trataba de un tufo diferente al de los cuerpos en descomposición. Así, sin saber con qué nos íbamos a encontrar, lo único que pensaba era que me gustaría volverme sobre mis talones y huir a la carrera. Por añadidura, como hecho a propósito para aumentar nuestra inquietud, se oían unos «dooon, dooon», golpes sordos repetidos con intervalo fijo, seguidos de un eco y, cada vez que se repetían, se me erizaba el vello. Sonaba como si levantaran algo muy pesado y luego lo dejaran caer, una vez tras otra.

Después de avanzar unos veinte *mertier* por aquella galería similar a una caverna, el suelo bajo nuestros pies cambió a un entarimado. Sobre dicho suelo, pegado a la pared, corría un cable negro de electricidad, que iba conectando una serie de bombillas espaciadas que despedían luz amarillenta, de manera que nuestros

cuerpos desnudos quedaban iluminados con una claridad que casi hacía sudar de vergüenza. La galería desembocaba en un amplio espacio profusamente iluminado en el cual se veían varios sacerdotes ordinarios junto a sacerdotes soldado. Al momento pensé: «Ah, ahí es. Ese es el lugar en el que durante los últimos diez años han desaparecido miles de *ishidakis*, o quizá decenas de miles. Seguro que todos pasaron por ahí al menos una vez. Y yo estoy a punto de compartir su destino».

Al salir de la galería, llegamos por fin al lugar que debía de ser el centro del Gran Cercis lunar. Y, seguramente, sería también el centro de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino. Boquiabierta, recorrí todo el lugar con la vista, como si quisiera devorarlo con la mirada. Las luces instaladas por doquier dejaban absolutamente todo a la vista, como si hubieran sido dispuestas para iluminar hasta lo que debe quedar oculto. Por definirlo de manera sencilla, el recinto tenía forma de cilindro gigante. El diámetro sería de unos cincuenta *mertier* y pensé que, si estuviera en el fondo de un pozo excavado por dioses, me sentiría igual.

Junto a la pared y con espacios equidistantes entre ellos, se veía a unos sacerdotes soldado con fusiles que tenían su fría mirada clavada en nosotros once mientras nos acercábamos temerosos al centro del círculo. Al fondo de la estancia se veían unos sillones de alto respaldo, tan majestuosos como tronos, dispuestos en forma de ángulo agudo, y en ellos se sentaban con semblante grave doce ancianos que debían de ser religiosos de alto rango. Sus ojos pulposos nos miraron como si ya estuvieran cansados de decidir sobre el destino de la gente.

Sin embargo, en la posición central se sentaba un hombre de extraño aspecto. ¿Qué papel ejercería? Ese asiento situado al fondo del todo era el más sencillo y el único que carecía de respaldo, y desde él un anciano tan macilento que parecía un árbol reseco nos estudiaba con mirada aguda. Puesto que se sentaba en la posición central, pienso que debía de ser el de mayor rango, pero curiosamente ese anciano era el único que no se vestía con los

deslumbrantes ropajes blancos de los otros sacerdotes. De hecho, no era solo que careciera de sotana, sino que, al igual que nosotros, no llevaba encima ni un trozo de tela. Se sentaba encorvado y tenía sus partes pudendas al aire. Sin embargo, a diferencia de nosotros, que nos hallábamos en condición de prisioneros, no había en él la menor sombra de temor y, haciendo valer esa mirada penetrante tan particular de sus ojos hundidos, conseguía crear sin decir palabra la sensación de que era él quien dominaba la situación.

¿Sería ese anciano desnudo de piel reseca el sumo sacerdote Meholosa? Había oído rumores de que llevaba largo tiempo gravemente enfermo y ciertamente su aspecto no parecía muy sano. Todo su cuerpo presentaba un color ceniciento y las articulaciones de codos y rodillas estaban hinchadas cual lupias de árbol, de manera que recordaba a una talla de madera. Pero lo que más atraía la atención era su cabeza. La calvicie se hallaba muy avanzada, pero por el lado posterior del cráneo le colgaban unas largas rastas de aspecto apelmazado que parecían caerle hasta más allá del asiento, prolongándose por el suelo. Mientras que el resto de los sacerdotes de alto rango llevaban las cabezas afeitadas y se cubrían con mitras altas, ese hombre que parecía su superior no llevaba mitra y se dejaba crecer el pelo de aquella manera tan estrafalaria. Resultaba un tanto raro.

Con todo, por raro que fuera aquel anciano, el lugar al que nos habían traído producía una impresión de anormalidad todavía mayor. Lo primero que impactaba la vista eran los muchos y gruesos sarmientos que crecían por todas partes en el lado interior de las paredes. No se trataba de sarmientos comunes. Al alzar la vista, se extendía un panorama donde una serie de sarmientos tan delgados como un dedo se entrelazaban como una soga hasta llegar a formar un conjunto del grosor de un brazo, y todos aquellos brazos colgaban oscilando tétricamente cual maraña de serpientes. A lo mejor existían resquicios por donde se filtraba el viento, causando aquel movimiento oscilatorio. Sin embargo, el pegajoso aire

circundante que envolvía nuestros cuerpos desnudos era tibio como el del interior de un ataúd y no parecía correr viento alguno.

Cuando dirigí la vista al punto de donde nacían aquellos sarmientos, durante un momento tuve la impresión de que el tiempo se había detenido. Toda la cara interior de la caverna, sin dejar un resquicio, estaba recubierta de esculturas. Las vi desde el momento en que puse los pies en este recinto, pero no me había fijado en ellas hasta el punto de distinguir qué formas tenían. Ahora sí las veía. Todas eran como tallas humanas de tamaño natural. Cada una de esas figuras tenía la espalda pegada al Gran Cercis lunar y el pecho apuntando hacia fuera, de manera que tanto la espalda como la mitad de los miembros quedaban incrustados dentro del cuerpo del árbol. Lo mismo había fornidos hombres que hermosas chicas de exuberantes cuerpos, ancianas macilentas con marcadas costillas y pechos ajados que inocentes niños con la cabeza pelada. Podría pensarse que se trataba de una gigantesca obra de arte religioso que intentaba reproducir todas las clases de seres humanos existentes en este mundo lunar, sin preferencias de sexo ni edad. Sin embargo, todos lucían una expresión similar, todos tenían los ojos entreabiertos con mirada vacua, como si dormitaran por toda la eternidad en la frontera entre la luz y la oscuridad.

Además, esa miríada de esculturas presentaban otro punto en común. Una cicatriz vertical en el centro de sus pechos. Unas eran más grandes que otras, pero todos los pechos tenían esa herida abierta, dejando al descubierto algo que no se sabía si eran huesos o músculos. En el instante en que descubrí aquello, me entraron ganas de vomitar a pesar de que tenía el estómago vacío desde hacía muchísimo tiempo, y las piernas comenzaron a temblarme de un modo salvaje. Eso no eran esculturas. Eran *ishidakis*. Los restos de los *ishidakis* desaparecidos. Habían arrancado las piedras de aquella innumerable cantidad de *ishidakis* y luego incrustado su carne en el Gran Cercis lunar.

De repente Shichaenma profirió un espantoso alarido que desgarró el aire alrededor y se desplomó sobre el suelo. Por su parte

Yafnefurne abrió sus amarillentos ojos de tal manera que parecía que iban a caérsele y con manos temblorosas comenzó a gritar una y otra vez fuera de sí: «Pero ¿qué locura estáis haciendo? ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué estáis...?». Sesbahama, Chertonim, Savierdak y los demás lanzaban gritos desesperados y maldiciones, o caían de rodillas revolviéndose el pelo o arañándose el pecho. Algunos, con cara de haber enloquecido, comenzaron a deambular con paso tambaleante. Yuanuia, cabizbaja y con los ojos cerrados, apretaba las manos sobre los oídos como si quisiera reventarse el cráneo y jadeaba en un esfuerzo por no perder el último hilo de cordura. Yo, finalmente, vomité. Me entraba una arcada tras otra, pero lo único que salía de mi boca eran gruesos hilos de saliva que iban formando un charco viscoso en el entarimado. ¿Cuántos *ishidakis* habrían sido incrustados en este infierno? Aquellos miles o decenas de miles de *ishidakis* desaparecidos ¿habrían sido todos sepultados en estas paredes sin dejar uno?

Entonces, Chertonim y Savierdak, dando gritos enloquecidos, corrieron hacia la salida. Al instante, dos sacerdotes soldado calaron la bayoneta y se plantaron delante, cortando el paso, pero Chertonim y Savierdak estaban tan aterrorizados que, ajenos a todo, continuaron su avance.

De repente, vi cómo algo sibilante los atacaba por la espalda. Los sarmientos que pululaban sobre nuestras cabezas, como manos que poseyeran decenas de dedos, desenrollaron sus extremidades y agarraron a ambos por la espalda. Convertidos en delgados sarmientos tras desliarse del conjunto previo, se iban enroscando en torno a la parte posterior de la cabeza, del cuello o de la espalda, clavándose impasibles en la carne y haciendo brotar la sangre, que iba formando charcos a sus pies. Entonces, resonaron por toda la caverna unos alaridos espantosos, como si ambos quisieran desgarrarse el vientre con ellos y su sonido entremezclado continuó levantando ecos por largo tiempo.

Agarré a Yuanuia, que seguía de pie en la misma postura y la arrastré conmigo hasta el suelo, cubriéndola con mi cuerpo. No creía

que con ello se pudiera evitar el ataque de los sarmientos, pero, rodeadas por los sacerdotes soldado, tampoco había lugar al que poder huir.

Shichaenma se levantó llorando a mares como una niñita y, corriendo hacia Chertonim, intentó arrancarle el sarmiento que se enroscaba en su espalda. Yafnefurne vio que un nuevo sarmiento se acercaba a la espalda de Shichaenma y se lanzó con todo el cuerpo contra ella para apartarla de allí. Los dos cayeron revueltos al suelo, pero entonces Yafnefurne quedó con la espalda expuesta y un nuevo sarmiento se abalanzó sobre él, desplegando su punta en un abanico de afilados zarcillos que se le clavaron inclementes como una montaña de púas. Shichaenma tiró de él intentando liberarlo, pero el anciano fue arrastrado a la fuerza por los resistentes zarcillos, que lo alzaron por los aires hasta dejarlo colgando como un criminal.

Después, Yafnefurne comenzó a escupir sangre y espuma mientras el sarmiento lo subía poco a poco girándolo de manera que quedase boca arriba. A Chertonim y Savierdak les estaban haciendo lo mismo. Los tres tenían los ojos semicerrados y al parecer ya no les quedaban fuerzas ni para gritar, pero, quizá bajo los efectos de un sufrimiento todavía mayor, comenzaron a arquear el cuerpo de un modo tan violento como si se fuera a partir.

Entonces, de repente, brotaron unos chorros de sangre que parecían humaredas y nuestros cuerpos desnudos quedaron salpicados de rojo por aquella lluvia. El pecho de los tres se había desgarrado y las respectivas piedras anímicas enterradas allí iban saliendo. Alguna clase de poder estaba trabajando de manera que ahora las tres piedras ensangrentadas flotaban en el aire. Mientras goteaban sangre, las piedras iban ascendiendo como si un hilo invisible tirase de ellas. Intenté fijarme en el punto hacia el que iban, pero quedaba demasiado alto por encima de nuestras cabezas, por lo que la luz existente apenas permitía atisbar una forma difusa entre la penumbra. Forcé la vista y distinguí una masa redondeada de color carne que debía de tener unos quince *mertier* de diámetro, que relucía en las alturas flotando como si estuviera empapada. No,

no estaba flotando. De la masa rojiza salían en todas direcciones aquellos sarmientos que apresaban *ishidakis* y se agarraban a las paredes, proporcionándole un sostén. La imagen resultaba idéntica a la de araña gigante ocupando el centro de su telaraña. Las tres piedras anímicas continuaron el ascenso hacia la masa de color rojo oscuro, y me pareció que se adherían a su ondulada superficie, pero enseguida se hundieron en ella como si fuera líquida y desaparecieron de la vista. Aquello se había comido las piedras anímicas.

¿Qué sería aquella masa tan siniestra? Me sentía incapaz de otra cosa que mirarla boquiabierta. En un momento dado, advertí por fin que, aun de forma débil y discontinúa, aquello temblaba. Era igual que los latidos de un corazón. Desde que entramos en la caverna había oído unos golpes sordos que sonaban «doon, doon» y ahora caía en la cuenta de que ese sonido y los latidos de la masa parecían ser simultáneos. No podía creer que un árbol tuviese un auténtico corazón, pero lo cierto es que todo indicaba que aquella masa actuaba como el equivalente de un sistema cardíaco del Gran Cercis lunar, manejando a placer aquellos incontables sarmientos.

Mientras miraba hacia las alturas, los tres cuerpos a los que habían arrancado sus piedras anímicas iban siendo alzados todavía más por los sarmientos. Ya no existía forma alguna de salvarlos. Los *ishidakis* a quienes despojan de sus piedras mueren sin falta, tarde o temprano. Los respectivos sarmientos se fueron acortando hasta que las espaldas de los tres quedaron adosadas a la pared de la caverna, quedando en una postura igual que si los hubieran condenado a ser crucificados. Entonces, comenzó a brotar de la pared una especie de lodo viviente que recubrió las piernas y los brazos de los tres, arrebatándoles por completo la libertad de movimientos. Con ello, terminaron por formar parte de aquella especie de tapiz integrado por incontables *ishidakis* que parecían tallados. Ahora todavía conservaban carne y sangre como la de cualquier humano, pero no tardarían en perder su calidez y flexibilidad para secarse como auténticas tallas de madera, fundiéndose con el Gran Cercis lunar.

Shichaenma, que seguía caída en el suelo con expresión estupefacta, se incorporó de repente y, echándose a gritar, corrió hacia los sacerdotes de alto rango que asistían impasibles a la tragedia. Para ser exactos, su objetivo no eran aquellos sacerdotes. Se dirigía al anciano desnudo que ocupaba el asiento central. Probablemente había llegado a la conclusión de que, sin duda, se trataba de Meholosa. Los demás nos encontrábamos de cualquier manera por el suelo, con las cabezas embotadas, por lo que nadie fue capaz de frenar la fulminante carrera de Shichaenma. Ni siquiera los sacerdotes soldado movieron un dedo. Los sacerdotes de rango fruncieron el ceño, con expresiones de sentirse molestos, pero continuaron sentados. En ese intervalo, Shichaenma recorrió el trecho restante y, asomando los dientes para morder, se lanzó de cabeza sobre el anciano. Sin embargo, se encontró con un asiento vacío, que volcó en su caída con notable estrépito. Los sacerdotes soldado más próximos corrieron hacia ella y la sujetaron con maneras violentas.

¿Por dónde había desaparecido el anciano desnudo? Al alzar la vista, vi que se encontraba arriba. El anciano flotaba sobre el asiento que había ocupado. Pero no, no estaba flotando. Al igual que Yafnefurne y los otros, de la parte posterior de la cabeza y de la espalda le salían unos largos y delgados zarcillos como cabellos erizados, que lo habían alzado por los aires. Lo que parecían rastas embarradas eran sarmientos como los que hacían presa de los *ishidakis*. Pero ¿por qué aquel anciano se mantenía vivo en lugar de ser succionado por el Gran Cercis como los demás?

El anciano, todavía colgando de los zarcillos, se movió por los aires como si se deslizara hasta quedar encima de nuestras cabezas. Después, nos miró desde las alturas como si nos quisiera pisar contra el suelo. Visto de cerca, el anciano parecía todavía más anormal. Su piel de tono ceniciento era seca pero lisa, como un mueble muy desgastado, y aparentaba encontrarse ya medio convertido en árbol. Sus manos fibrosas estaban rígidas en una postura en que parecía sostener una esfera entre ellas y si alguien

dijera que se trataba de una escultura de madera de gran realismo, estaría tentada de asentir. Si realmente era Meholosa, se comprendía que llevase tanto tiempo sin presentarse a la luz pública. Puesto que su cuerpo se hallaba ahora unido al del Gran Cercis lunar y no podía dar ni un paso fuera de la caverna.

Entonces por fin me di cuenta de algo. Sobre el esternón del anciano se veía un bulto. Él también era un *ishidaki*. No se trataba de algo inconcebible. Los *ishidakis* solo nacemos en la cara posterior de la Luna, pero no eran uno ni dos los que habían emigrado a Jahool, instalándose allí de por vida. Alguno de ellos se había convertido a la fe de la Sagrada Iglesia del Árbol Divino y seguramente también hubo quien se hizo sacerdote. Sin embargo, ¿por qué el árbol no arrebataba la piedra anímica de este hombre? En el momento en que me estaba preguntando esto, el anciano bajó la mirada recta hacia mí. Entonces, sus labios comenzaron a temblar y acto seguido brotó de ellos una voz tan áspera como el ruido de un serrucho.

—En mi caso, lo único que sucede es que me ha sido otorgado un aplazamiento. Gracias a adoptar esta figura, he obtenido el don de la palabra arbórea. Sin embargo, yo también terminaré fusionado al árbol por completo. Ese día ya está muy próximo. Muy muy próximo...

Tragué saliva de modo inconsciente. Aquel *ishidaki* podía leer las mentes. Se decía que esa capacidad solo la poseía un *ishidaki* entre mil, algo que rara vez aparecía. Pensé que aquel era el motivo por el cual había conseguido ascender hasta sumo sacerdote.

—Justo hace un momento, tres personas acaban de fusionarse con el árbol divino —prosiguió Meholosa. No están muertos. Solo han devuelto su piedra anímica al árbol divino y han entrado en un periodo temporal de sueño.

Al terminar, Meholosa volvió a deslizarse por los aires y luego ascendió para acercarse a la pared de la caverna. Después, con una de sus rígidas manos, señaló la figura de dos *ishidakis* incrustados en el Gran Cercis lunar.

—Mirad estos dos *ishidakis*, hombre y mujer, que están juntos. Son Naoyamuele y Keikoglenn, que acudieron hace seiscientos años al frente de mil *ishidakis*. Naoyamuele poseía el poder de viajar en sueños a otros mundos y Keikoglenn el de la palabra arbórea. Imagino que no lo creeréis, pero esta pareja todavía sigue viva. Aguardan de esta manera a que llegue el día en que puedan despertar otra vez.

Ciertamente, resultaba difícil de creer sin más. Forcé la vista para examinar con atención los dos cuerpos que indicaba Meholosa y aunque pude distinguir por su constitución que se trataba de un hombre y una mujer, no solo quedaban bastante lejos, sino que, como los estaba mirando desde abajo, resultaba imposible apreciar sus rostros. De entrada, aun cuando los viese de cerca, no existía medio de conocer los verdaderos rostros de aquellos personajes legendarios, así que tampoco se podía comprobar si realmente eran Naoyamuele y Keikoglenn.

Meholosa fue descendiendo de nuevo lentamente y, tras mirar hacia mí, siguió hablando.

—Mujer, por lo visto portas una piedra que te permite viajar en sueños a otros mundos. Siendo así, eres también tú quien ha traído a este mundo a esa chica que posee el don de la palabra arbórea. Llevaba largo tiempo esperando a que aparecieras. Hoy es un día muy feliz. Verdaderamente muy feliz.

Meholosa sonrió con torpeza y sus ojos circundados por profundas y severas arrugas parecieron brillar de auténtica alegría, pero yo no sabía qué decir. ¿Que yo había traído a Yuanuia a este mundo? ¿Y se puede saber de dónde? Sin embargo, tampoco creía que Meholosa tuviera necesidad de engañar a una insignificante *ishidaki* como yo en una situación semejante. Además, este anciano, tal y como sugería su figura, ya no parecía más que una presencia distante, trascendente, aislada de un pútrido mundo donde hubiera que sobrevivir a base de encadenar disparates sin ningún fundamento. Por añadidura, ahora que lo decía, era cierto que, cada vez que veía la insegura figura de Yuanuia, me sentía culpable sin

saber por qué y de tanto en tanto cruzaba por mi corazón la frase «tengo que llevarla de vuelta» con un propósito que ni yo misma conocía.

Meholosa apartó la mirada de mí y a continuación habló a Yuanuia.

—Joven de la palabra arbórea... Por supuesto que tú también podrás oír la voz del Gran Cercis lunar. ¿Qué está diciendo el árbol?

Yuanuia se incorporó lentamente, pero con aire resuelto, y, levantando la vista hacia Meholosa, respondió con voz baja y temblorosa.

—Dice que por fin ha llegado la piedra, la piedra que le permitirá emprender el viaje. Que ha llegado el momento de sumirse en el gran sueño para emprender el último viaje...

—Efectivamente. Así es. Escucha, jovencita... Yo también voy a verme liberado de mi largo sufrimiento. El Gran Cercis lunar ya ha almacenado energía suficiente para su último viaje. A partir de hoy, ya no volverá a verse la lastimera figura de los *ishidakis* vagando aterrorizados...

En ese momento, junto con la impresión de que se abría una gran puerta, nació una corriente repentina de aire a la que siguió un ruido de pasos apresurados aproximándose, seguramente de sacerdotes soldado. Poco después, penetraron en la cueva dos sacerdotes soldado arrastrando a un hombre desnudo, cada uno agarrándolo por un brazo. Por lo visto se trataba de un nuevo *ishidaki*, pero no parecía que acabase de llegar en un vehículo diferente ni venía nadie más detrás de él. El hombre tenía una corpulencia que no desmerecía de la de los soldados que lo flanqueaban y, si hubiera llevado ropa encima, seguramente luciría un aspecto magnífico. En el pecho se veía el bulto de la piedra anímica de rigor, pero una vez más se trataba de un ejemplar extraordinario y quizá fuera incluso mayor que la de Yuanuia.

¿Qué clase de hombre sería? En el instante en que vi su rostro, mi consciencia lo recortó y lo grabó como algo que tenía un significado especial. Debía de haberse revuelto con inusitada

violencia cuando lo atraparon, porque tenía rojas magulladuras en varios puntos de la cara y el ojo izquierdo estaba casi oculto por la hinchazón. Con todo, el rostro me resultaba conocido. Pero no, no solo el rostro, sino que me dio la impresión de que recordaba haber visto ese cuerpo. Ese cuello grueso como un tocón de madera, esos hombros redondeados con músculos prominentes, esa línea de vello que crecía como un eje por debajo del ombligo... ¿Dónde lo habría visto? ¿En alguna aldea de la cara posterior de la Luna? ¿O quizá lo conocí cuando vine hace dieciséis años a Jahool? No, no era eso. Ni mucho menos. Lo había visto mucho más recientemente. Y tan cerca que, si alargaba la mano, podía tocarlo, tan cerca como para oír su aliento.

Meholosa contempló durante un tiempo a aquel hombre con expresión satisfecha y después dirigió la vista hacia nosotras y volvió a hablarnos.

—Un poco antes de que llegarais vosotras aquí, los soldados del ejército detuvieron a este hombre que deambulaba extenuado y a solas por las calles de Jahool. Al ver su pecho, descubrieron con sorpresa que era un *ishidaki*. Un caso muy raro. Se supone que hoy día no queda ningún *ishidaki* en Jahool, aparte de mí, claro... Y, además, este hombre no tiene la menor idea de por qué estaba aquí y dice que no recuerda ni su nombre. He leído su mente y en modo alguno está mintiendo.

De pronto, en el fondo de mi cerebro se alzó una palabra que había olvidado. «Saito...». Probé a repetirla varias veces mentalmente. «Saito, Saito». ¿Se llamaba así este hombre? Mientras le observaba, nuestras miradas se cruzaron sin pretenderlo. Él también pareció sorprenderse al reparar en mi rostro. Durante apenas un instante, pareció tenderse un hilo entre nosotros que nos hizo intercambiar algo. Pero no sé en qué consistió ese algo. Quizá amor, quizá odio o quizá una emoción por completo diferente que nos pasó rozando. En cualquier caso, fue como si en el fino hielo que recubría la superficie de la memoria corriese de pronto una grieta muy real. Sin embargo, el hombre no mostró ninguna otra reacción y

todo lo que quedó fue una leve arruga de confusión en su entrecejo. Probablemente él tampoco me recordaba y eso le atormentaba. Sin duda, rebuscaba desesperadamente por todos los rincones de su corazón mientras se decía: «¿Dónde? ¿Dónde he visto yo antes a esa mujer?».

Meholosa continuó hablando.

—Me di cuenta de que por fin había encontrado lo que buscaba. Desde hacía mucho tiempo pensaba que, si aparecía el *ishidaki* que portaba la última piedra, sería así, de repente, como llovido del cielo. Al igual que Naoyamuele trajo a Keikoglenn de otro mundo. He ardido de impaciencia deseando que llegaras antes, mujer de los sueños de otro mundo, pero, después de todo, has cumplido de sobra con tu cometido. Porque, de esta manera, tú has conseguido realmente traer al portador de esa última piedra que ni el propio Naoyamuele consiguió hace seiscientos años. Con esto ya están reunidas todas las piezas. Ha llegado el momento de echar el telón.

Meholosa abrió los brazos ostentosamente, en un movimiento que parecía querer abrazar entre ellos todo el mundo lunar, y desplegó una sonrisa vacua con los labios entreabiertos, como invitando a asomarse al interior de su oscura boca. Al instante siguiente, sonó un golpe sordo a mi espalda y al girarme hacia atrás vi que un sarmiento se había clavado en la espalda de ese hombre que, por lo visto, portaba la última piedra. El hombre, con aspecto de no entender lo que estaba ocurriendo, había caído de rodillas y tenía los ojos muy abiertos. Tenía la vista fija en mí, como absorto. Me pareció que el brillo de esa última mirada indicaba que, por algún motivo, acababa de recordar quién era yo. También yo, por apenas un segundo, sentí renacer en mi piel, a manera de un soplo, el contacto y la calidez de ese hombre. Sí, era Saito... Saito... Pero el contorno de mis recuerdos no acababa de definirse.

Sin embargo, aquel instante en que permanecimos congelados se hizo añicos y al momento siguiente el hombre fue alzado por los aires. Comenzó a proferir potentes bramidos mientras vomitaba espuma y sangre, que se mezclaba con otros chorros de sangre

procedentes de la espalda y de la parte trasera de la cabeza. Pero ese hombre no era el único que se veía atacado. Cual manada de bestias que hubiera sido puesta en libertad, los sarmientos colgantes comenzaron todos a un tiempo a arquearse como serpientes y revolverse en todas direcciones, lanzándose a la caza de los *ishidakis* restantes para alzarlos en un festival sangriento. Uno tras otro, Sesbahama, Yufsael, Woltermi, Igüeramda y Diegoruego fueron presa de los sarmientos.

—¡Compañeros *ishidaki*s, no hay nada que temer! —gritó Meholosa—. Lo que os espera no es la muerte. Solo un largo sueño. Nosotros también emprenderemos el viaje.

Lo único que pude hacer, aun consciente de su futilidad, fue cubrir a Yuanuia con mi cuerpo. Sentí una nueva lluvia de gotas de sangre sobre la espalda y, al levantar la mirada sobresaltada, vi cómo la piedra anímica salía ensangrentada del pecho del hombre suspendido por los sarmientos. Era una piedra grande, que brillaba con intenso tono azul, como si fuera el planeta Tierra comprimido. Nunca había visto una piedra de colores tan vivos. ¿Esa era la que llamaban «última piedra»? La piedra azulada iba ascendiendo hacia el corazón del Gran Cercis lunar, emitiendo unos destellos como los de la superficie marina iluminada por el sol. Y, en pos de ella, el resto de las piedras arrancadas de los pechos de los *ishidakis* ganaban altura también.

En el instante en que la piedra azul fue tragada por el corazón del árbol, un violento resplandor tiñó toda la caverna de azul y, al mismo tiempo, se oyó un «doon» mucho más fuerte que otras veces, que retumbó sonoramente e hizo vibrar no solo el suelo bajo mis pies, sino hasta mis intestinos. Después comenzó el precipitado *doon*, *doon*, *doon* de los latidos del corazón, pero a cada nuevo embate sonaba con más fuerza y agitaba los sarmientos. El gigantesco cuerpo del Gran Cercis lunar temblaba y crujía de una manera que parecía que iba a partirse. Aquel sonido recorría cada rincón de la caverna, y comenzaron a desprenderse cosas desde las alturas. Daba la impresión de que, de seguir así, el árbol entero se

desmoronaría. Los sacerdotes de alto rango se levantaron de sus sillones y miraban aquí y allá con rostros que mostraban la confusión de quien piensa: «Esto no es lo que se supone que iba a pasar». Incluso los sacerdotes soldado, que hasta entonces estaban en pie sin mover un músculo, perdieron la calma en cuestión de segundos y agarraban sus fusiles con expresión intranquila. El único que mantenía la serenidad era Meholosa, reinando soberano en medio del vacío y fiel solo a su eje, como la Tierra.

Sentí un golpetón en mi espalda y, al girarme, vi que Shichaenma se había echado sobre mí, con expresión de total confianza. Estaba temblando igual que yo. Nuestras miradas se cruzaron, pero ya no sabía qué podía decirle. Los labios de Shichaenma se movieron. Pero, entre los desgarradores alaridos circundantes, el cada vez más fuerte martilleo de los latidos del Gran Cercis lunar y el parloteo de los sacerdotes, no pude entender sus palabras. Shichaenma acercó la boca a mi oído.

—Agarra a esa chica y huye...

¿Y cómo podría? Sin embargo, asentí. En ese momento, Shichaenma se inclinó de golpe hacia delante con los ojos muy abiertos y expulsó un vómito de sangre. Sendos sarmientos se habían clavado en su cuello y su espalda para después retorcer sus puntas y elevar por los aires el menudo cuerpo de la anciana. Alargué el brazo enseguida hacia ella, pero solo conseguí aferrar un pie, que se me escurrió entre los dedos. Tras expulsar un nuevo chorro de sangre por la boca, Shichaenma abrió los ojos con desesperación y, colgando por los aires, hizo un último esfuerzo para señalarme la salida. Miré en la dirección que me indicaba y vi que los sacerdotes soldado que montaban guardia en la caverna estaban comenzando a huir uno tras otro. Por su parte, los religiosos de alto grado también emprendían la retirada pegados a la pared, dirigiéndose a la salida medio disimulando.

—¡Oíd, rebaño de monjes! —gritó Meholosa —. Ya no os necesito para nada. Y vosotros, *ishidakis*, nada temáis. Aceptad nuestro destino.

«Ahora podría huir», pensé. Agarro a Yuanuia de la mano y me pongo en pie. La chica estaba como ausente, con el corazón cerrado a todo, pero enseguida vuelve en sí e, intuyendo mi propósito, echa a correr conmigo hacia la salida. El batir de los latidos del corazón alcanza ya una intensidad tal que hace subir las tablas del suelo y los crujidos del Gran Cercis lunar en sí parecen horribles aullidos que se desbordan por la caverna. ¿En qué consistiría el viaje al que se refirió Meholosa? ¿Acaso el Gran Cercis lunar, como hizo en tiempos remotos cuando dejó atrás el planeta Tierra natal, iba a volar fuera del mundo lunar? ¿Iba a arrancar de cuajo todas aquellas raíces que penetraban en las profundidades de la colina de Godim?

A punto de llegar a la salida, Yuanuia se resbala en un charco de sangre y cae de espaldas. En ese momento, me asalta la impresión de que el tiempo discurre más despacio, y aunque me apresuro a ir hacia ella, es como si pisara caramelo líquido y no avanzara. Tras lo que me pareció una eternidad, la agarro impaciente del brazo y la levanto. Sin embargo, al poco trecho, Yuanuia vuelve a resbalar, ahora lentamente. Vuelvo a levantarla. Un sarmiento se aproxima plácidamente a su espalda, atacando como si quisiera acariciarla y la boca de ella escupe una lluvia de gotas de sangre que llena mi cara de pecas. La sangre me ha entrado en los ojos y veo todo teñido de rojo. De los ojos de Yuanuia afluyen dos hilos de lágrimas. Su ensangrentada boca se mueve débilmente como intentando decir algo, pero las palabras no consiguen salir y no llegan hasta mis oídos.

Abrazo a Yuanuia con todas mis fuerzas. Al pasar las manos por su espalda, toco el sarmiento que palpita con fuerza mientras le succiona la vida. Intento arrancarlo y ni se inmuta. Inclemente, va tirando hacia arriba del cuerpo de Yuanuia. Pero estoy decidida a no soltarla. Asciendo con ella por los aires. Seguimos subiendo y subiendo sin parar. Yuanuia me susurra al oído. «Huye». Sus manos me empujan enérgicamente hacia abajo. Caigo hacia el suelo. La sangre de Yuanuia llueve sobre mí como los chorros de agua que

resbalan desde un alero. Me dirijo al suelo lentamente, junto con las gotas de sangre.

Mis ojos se encuentran con los de Yuanuia. Su triste y solitaria mirada, teñida ya por la sombra de la muerte, cada vez se aleja más. Pienso: «Ah, tal y como me parecía, yo conozco a esta chica de antes. Quería llevarla a alguna parte, si no me equivoco. A algún sitio que no fuera este, donde pudiera despojarse de sus preocupaciones». Mi cerebro dibujó la imagen de Yuanuia con una especie de bolsas en la mano, de pie en una pequeña y luminosa habitación. Le había dicho que fuera ella antes, pero no lo hizo. Dijo «la espero». Me esperaría todo el tiempo que fuera necesario. Pero yo ya no puedo ir junto a ella. No puedo ir con ella. Voy cayendo yo sola...

IX

Me he despertado sacudiendo el cuerpo con un temblor. Mi campo de visión está teñido de rojo. ¿Es de color rojo la habitación? No, no. Es que me ha entrado sangre en los ojos, sangre de Yuanuia. Me restriego la cara, todavía tumbada boca arriba. Como suponía, al hacerlo las manos se han humedecido. Las examino con atención. No se han manchado de rojo. Vuelvo a pasármelas por la cara. Por más que lo hago, no se quedan de color rojo. Y ahora que me fijo, ya no veo roja la habitación. Con todo, no deja de ser cierto que las manos se han mojado. Tengo todo el rostro empapado. Por fin me doy cuenta. Son lágrimas. He estado llorando a mares mientras soñaba.

El alivio es tal, que se me ha escapado un suspiro. Un sueño, sí, pero qué espantoso. «Ah, claro. Es que he vuelto a usar la piedra del paisaje lunar y he visto la continuación de la pesadilla del otro día». Todavía conservaba grabada en la retina la imagen de Yuanuia dejando caer goterones de sangre mientras aquel sarmiento la elevaba por los aires. El «huye» final que me susurró, acariciaba mis oídos como una brisa y mi pecho recordaba su tacto al empujarme hacia abajo. Los residuos de aquel sueño se adherían por todo mi cuerpo y me daba la sensación de que no conseguiría quitármelos hasta el fin de mis días.

Me quedo un tiempo con la mirada vagando distraída por el techo. Noto que hay algo extraño. En el techo de planchas de madera oscura veo una lámpara rectangular. ¿Antes no era una redonda? De entrada, estoy segura de que el techo era de estucado

blanco a cuadros. Me incorporo como impulsada por un resorte. Por la ventana de vidrio esmerilado entran unos débiles rayos azulados de luz lunar que proporcionan una claridad difusa a la habitación. Junto a la pared distingo el armarito blanco de cajones que estaba tan acostumbrada a ver y a su lado la mesa baja de pino con mi ordenador portátil, como de costumbre. Sin embargo, la posición que ocupan es diferente. Y, por supuesto, el futón donde me acuesto tampoco está en el mismo sitio. Lo mismo sucede con el armario empotrado o el aire acondicionado.

¿Qué lugar es este? Me levanto sumida en la confusión, consciente de que voy palideciendo. El corazón me da un vuelco. Estoy en mi antigua habitación. El apartamento de la ciudad de K, donde vivía antes de compartir piso con Saito. Escucho con atención y, efectivamente, percibo el sonido de la corriente del río que tan bien conozco. Contigua a esta habitación de seis esteras de tatami está la cocina comedor, un poco más pequeña, y luego el pasillo y el recibidor. Como es lógico, no existe ninguna habitación de Saito. ¿Por qué todavía sigo durmiendo aquí? ¿Se puede saber dónde está Saito? Me quedo de pie en medio de un mar de preguntas, sin una isla donde poder recalar.

Sin pretenderlo, se me escapa un «¡ah!». Ahora caigo. ¿Acaso no aparecía Saito en el sueño que acababa de tener? Un hombre idéntico a él, con el rostro magullado, que los sacerdotes soldado trajeron desnudo y a rastras hasta la caverna. Y, al igual que los otros *ishidakis*, se vio atrapado por los sarmientos para arrancarle la última piedra, esa piedra anímica que brillaba con color azulado y recordaba a la Tierra. A lo mejor, igual que la chica desapareció de este mundo, Saito se había esfumado también... Se supone que usé la piedra del paisaje lunar para traer a la chica de vuelta a este mundo y no solo no lo había conseguido, sino que, quizá, incluso había mandado a Saito allí... ¿Habría hecho eso?

Ya está. Probaré a contactar con Saito. En la penumbra, busco mi teléfono móvil palpando en torno al lugar de la almohada, pero no lo encuentro. Y eso que siempre lo dejo ahí cuando me acuesto...

Con objeto de buscarlo bien, aprieto el interruptor de la luz, pero, aunque hace unos chasquidos, la luz no se enciende. ¿Se habrá fundido el fluorescente? Puesto que no queda más remedio, voy a la cocina comedor y aprieto el interruptor de allí. Tampoco funciona. ¿Por qué? Tiro del cordoncito del pequeño fluorescente que hay sobre el fregadero, pero, al igual que los otros, no se enciende. ¿Se habrá producido un corte de luz?

Desconcertada, me siento incapaz de pensar más. No encuentro el teléfono móvil y ni siquiera hay luz. Sin la menor idea de qué hacer, me parece como si me hubieran arrancado brazos y piernas. Poco a poco, me va entrando la sensación de que ha sucedido algo increíble y una inquietud insondable se extiende por mi pecho. ¿No se habrá producido un inmenso accidente que haya dejado toda esta zona sin luz? Vuelvo a la habitación de suelo de tatami y, temerosa, voy hasta la puerta del balcón. Extrañamente, el cristal estaba tan sucio que por eso lo había tomado por un vidrio esmerilado. El paisaje exterior tiene la negrura propia de la noche. Y, como me temía, no se ve ni una luz. A pesar de que al otro lado del río tiene que haber unos bloques de apartamentos, solo se ven unos contornos negros de edificios que más parecen un conjunto de gigantescas y silenciosas lápidas. Reúno fuerzas y, agarrando el helado marco metálico del ventanal, lo descorro levantando un traqueteo. Trago saliva y salgo con cautela al balcón.

En el cielo sin una sola nube del lado oeste, pende una brillante luna llena anormal que nunca había visto. Durante un tiempo mi consciencia enmudece. ¿Realmente se trata de la Luna? Sin embargo, la Tierra no tiene más satélite que la Luna. Esta es una luna llena de una entidad en extremo real, pero no es una luna que reluzca con el brillo una vajilla de plata, al que los ojos se acostumbran. Era como una Luna que estuviera viendo en los años jóvenes del planeta Tierra, en la que se distinguía el verde de los bosques, el azul de los mares, el marrón de la tierra y el blanco de las nubes. La conclusión a la que lleva esto solo puede ser una. Esa es la Luna donde yo vivía en mi sueño. El mundo lunar en el que

arraigó el Gran Cercis. Así es como se ve desde la Tierra. ¿Pero por qué? ¿Estaré soñando todavía? Y si así fuera, ¿por qué estoy en la Tierra? ¿Y qué demonios ha sucedido en esta Tierra?

Bajo la vista y, al igual que antes, no veo luces en las calles. Todos los edificios están iluminados por la luna, pero no hay una sola luz artificial. Paso por debajo de la barra para colgar la ropa, me agarro a la barandilla y recorro el mundo con la vista en todas direcciones. Todas las ventanas de los edificios acumulan tinieblas y tampoco veo las luces de mercurio que deberían iluminar la carretera que corre paralela al río. Si miro más allá, hacia la carretera prefectural, no solo no veo las luces de los semáforos, sino tampoco faros de coches. En otras palabras, no veo el menor rastro de vida humana.

Forzando la vista, me doy cuenta de que por la pared del edificio de apartamentos de enfrente trepa la hiedra o algún tipo de enredadera. Pero no, no se trata solo del apartamento de enfrente. En mayor o menor medida, las plantas trepan por todos los edificios, lo cual, junto con el hecho de que no haya luces, refuerza su aspecto de edificios abandonados. De hecho, ¿no serán realmente edificios abandonados? Porque en ninguno de ellos veo la más mínima señal de que viva alguien. Pensando si no sucederá lo mismo aquí, saco medio cuerpo por la barandilla para comprobar la fachada de este edificio y veo que, aunque no se trata de serpenteantes sarmientos que matan a la gente, como los del Gran Cercis lunar, sí que hay, como en el resto, unas gruesas enredaderas que trepan arrogantes.

Como si fuera demasiado cruel recibir toda la información de una vez, descubro poco a poco nuevas y espantosas imágenes que van pisoteando mi corazón. El asfalto de las calles ni se ve, por estar recubierto de altos hierbajos, e incluso las calles mismas, en varios puntos cercanos al río, han perdido grandes trozos. En la bancada del río, que debía estar asegurada con hormigón, crece una gran profusión de árboles que casi oculta la corriente del agua y más parece uno de esos ríos que cruzan por una selva tropical. Cuando

dirijo la vista al parque contiguo, no veo más que vegetación, formando un bosque oscuro recortado contra el cielo nocturno. El mundo civilizado que construyó la especie humana ha sido puesto del revés por la fuerza de la naturaleza como si fuera un tablero de damas, formando un paisaje similar a una vasta extensión desierta ante el que solo cabe quedarse boquiabierta. Esto no ha sido cosa de hoy ni de ayer. Décadas, quizá siglos, o milenios. Imposible calcularlo.

¿Qué mundo es este? El asunto ya no se reduce a que hayan desaparecido la chica y Saito. ¿A dónde han ido a parar los seres humanos? ¿Acaso va a resultar que he enviado a toda la humanidad a la Luna? Estupefacta, retrocedo con las piernas temblando. Mi espalda choca con la barra de la colada y me agacho lentamente para pasar hacia dentro. Entonces me doy cuenta de que a mis pies también hay un fino entramado de zarcillos y gran cantidad de hojas caídas, podridas hace ya largo tiempo. Pero lo más sorprendente son mis propios pies. Resulta que estaba calzada. Con unas botas altas y ajadas, cual soldado de un país derrotado que vaga errante por el campo de batalla. Pero no es solo el calzado. En ese momento, por fin caigo en la cuenta de que luzco un aspecto espantoso. Parezco alguien sacado a rastras de unas ruinas, con una camisa sucia y una chaqueta en no mejor estado, una facha no precisamente elegante. Por lo visto me acosté en el futón de esta guisa, como quien duerme al raso.

Sin embargo, al alzar la vista y volver a examinar la habitación, finalmente me topo con la realidad de que no solo yo lucía un aspecto horrible. Gracias a haber abierto la puerta del balcón, ahora la azulada luz lunar penetra sin obstáculos en la habitación y se pueden distinguir diversos objetos. El estucado de la pared está salpicado por todas partes de manchas negruzcas y en otras partes se ha desprendido formando desconchones. Sobre el mueble de cajones o la mesa baja se extiende una capa de polvo y todo está lleno de telarañas. Las tablas del techo se han combado por la podredumbre y amenazan con caerse de un momento a otro. Salta a

la vista que hace largo tiempo que no vive nadie aquí y, obviamente, no puede encenderse ninguna luz. ¿Estaba así cuando me acosté? ¿He estado durmiendo en semejante habitación?

Me quedo un tiempo parada en pie, sin saber qué pensar hasta que una brizna de esperanza brota en mi corazón. «Ya lo tengo. La piedra del paisaje lunar. Si la utilizo, puedo volver a la situación anterior». Me aferro a esa esperanza como un jugador con mala racha y, abalanzándome sobre el futón, le doy la vuelta a la almohada. No está. La piedra del paisaje lunar no está. Nerviosa, aparto también el futón para rebuscar debajo, pero tampoco aparece. Desesperada, revuelvo todo alrededor. No está, no está, no está... Si me falta la piedra, no puedo volver a tener aquellos sueños y no puedo recuperar nada. Me dejo caer en el suelo, desalentada. Me quedo con la mente en blanco. No sé por cuánto tiempo.

Sin embargo, después me llevo lentamente la mano al pecho. Mis dedos tocan un bulto duro, situado entre mis senos. Está. La piedra anímica. Yo soy Sumika, Sumikadumi... Bajo la vista hacia el pecho y siento ascender mi olor corporal, tan fuerte como si llevara muchos días sin lavarme. Por mi cerebro se va extendiendo plácidamente la idea de que quizá lleve muchísimo tiempo viviendo sola en este mundo similar a un prolongado epílogo de la civilización. La prueba es que, encima del mueble de los cajones, reposan una vieja y grande mochila, un sombrero de ala ancha y un palo de madera a modo de bastón. Al mirar aquellos objetos, me doy cuenta de que se me había olvidado que debo marcharme de aquí. Pruebo a tocar las correas de la mochila y reconozco el tacto de un objeto que me ha acompañado en mis penurias por largos años. Pero entonces me pregunto a dónde pretendía ir yo con aquella mochila a cuestas.

Tras un suspiro, salgo otra vez al balcón. No cabe duda de que esta ciudad es K, o, más bien, ese lugar que antes se llamaba ciudad de K, sito en un país denominado Japón. Con todo, no me parece que lleve mucho tiempo alojándome en un escenario en ruinas, por

lo que, como pensé antes, debo de estar viajando para dirigirme a algún lugar concreto o para buscar algo.

Cuando vuelvo a mirar a esa luna llena similar a una bola de berilo, descubro que sobre el flanco superior derecho flota un cuerpo desconocido, blanco y redondo. «¿Qué será eso?», pienso ladeando la cabeza. No sé qué distancia lo separaría de la Luna, pero desde donde yo miro se ven más o menos del mismo tamaño. Con todo, es imposible que un nuevo satélite se haya arrimado a la Luna. Está cayendo muy despacio hacia aquí. Es como si lloviera algo del cielo. Lo miro durante un tiempo, pero no puedo determinar de qué se trata. De pronto, se me ocurre algo, regreso a la habitación y rebusco en la mochila. Aparecen unos pequeños prismáticos. Salgo al balcón con ellos en la mano y ajusto impaciente el foco. Veo que el objeto tiene en su centro algo blanco y alargado y que, por debajo y por encima de esa línea hay algo parecido a un complejo entramado de ramas que, curvándose, forman una especie de cesto, de manera que el conjunto presenta una forma casi esférica.

«Es un árbol», me digo al instante. Es un árbol gigantesco. La parte blanca central es el tronco, lo que hay por encima son las ramas y lo que se extiende por debajo, las raíces. Las ramas están combadas hacia abajo y las raíces se curvan hacia arriba, enlazándose los extremos de cada una para formar un cascarón que es como cesto trenzado, esférico, de manera que el tronco del interior quede protegido.

Me meto corriendo en la habitación y, tras embutir los prismáticos en la mochila, me la echo a la espalda conteniendo mi impaciencia, me pongo el sombrero, agarro el bastón y me dirijo a la puerta. La abro de una patada, corro por el peligroso pasillo que ha perdido el pasamanos y bajo la escalera a trompicones.

«¡Ahora recuerdo! Estaba viajando en busca de eso mismo. He aguardado todo este tiempo a que el Gran Cercis lunar regresara a la Tierra». En cualquier caso, no podía haberme imaginado que el Gran Cercis lunar cruzara por el espacio con aquella forma tan extravagante. ¿A lo mejor sería gracias al poder de esa última piedra

que portaba Saito, una piedra cuya particularidad fuera la capacidad de volar?

Salgo corriendo a la carretera que discurre paralela al río, todavía iluminada por la luna y al mirar a mano derecha descubro la figura del Gran Cercis lunar, descendiendo justo al costado de la luna llena. La maleza que cubre el asfalto me llega hasta el pecho, pero ya no hay nada que pueda detenerme. Continúo corriendo y corriendo, hacia el fin de mi largo viaje en pos del Gran Cercis lunar, que desciende de los cielos serenamente. Aparto los arbustos y pateo las piedras, acompañada del sonido de la corriente fluvial y del canto de los insectos. Más allá de la carretera prefectural, hay unas colinas que antes eran barrios residenciales y ahora han sido engullidos por la arboleda. El Gran Cercis lunar que, tras envejecer, busca una nueva elevación donde hundir sus raíces, al igual que en el mundo lunar lo hizo en la colina de Godim, quizá tenga intención de instalarse por aquel lugar.

Conforme el árbol va perdiendo altura, las ramas y raíces entrelazadas van desliándose, en lo que parecen los preparativos del aterrizaje. Tras el esfuerzo realizado, me encuentro jadeante y con dolor en los costados, pero no es cuestión de detenerse ahora. Antes de que despierten los *ishidakis* que partieron del mundo lunar, tengo que llegar como sea a los pies del Gran Cercis lunar. Yo, que porto en mi pecho la piedra del paisaje lunar; yo, que poseo el poder de ir y venir entre los mundos, quiero ser la primera en dar la bienvenida a todos en calidad de persona nacida para desempeñar dicho papel. Y es que esa chica, Yuanuia regresa. Y Saito también. Y, por supuesto, todos los demás, a esta tierra desolada donde resuena el eco de la reaparición de la civilización humana. Shichaenma, Yafnefurne, Sesbahama, Chertonim, Savierdak... Y Naoyamuele y Keikoglenn...

Me tropiezo con un trozo de asfalto y caigo de rodillas. No siento ningún dolor. Pero no solo eso, sino que me doy cuenta de que estoy sonriendo. Me incorporo mientras mi corazón susurra: «Eh, Sumika, Sumikadumi, ríe, ríe todo lo que quieras» y, cuando

miro hacia atrás, veo que el cielo ya clarea por el este. Amanece. Un nuevo sol se levanta empujando poco a poco hacia arriba el peso de la larga noche. Incluso en un mundo desolado como este, donde ha desaparecido la huella humana, por lo visto nuestro sol no escatima el afecto de su luz. ¿Cuándo fue la última vez que vi amanecer? ¿Ayer o hace cien años? ¿O quizá hace mil? Después de esperar un rato en pie a que mi respiración se normalice, me ajusto el sombrero, agarro bien el bastón y echo otra vez a correr como si los recién nacidos rayos de sol me empujaran por la espalda.

CRÓNICA DE ZANGETSU



I

Aunque probásemos a preguntar a los jóvenes actuales cuántos selénicos[12] conocen que hayan dejado su huella en la historia del Japón, la mayoría no llegaría ni a doblar el tercer dedo. Probablemente, cualquiera sabe que antiguamente en Japón, o mejor dicho en el mundo entero, existió durante mucho tiempo una enfermedad contagiosa llamada selenesis, que convertía las noches en algo temible. Pero ahora, en el siglo XXII y en ese país tan avanzado que es Japón, la selenesis, al igual que la viruela o la rabia, se considera prácticamente erradicada y una tragedia propia de los tiempos en que el ser humano era un pobre salvaje.

Si queremos fijar nuestra atención en el lado más oscuro de la selenesis, lo más seguro es que el primer nombre que aparezca sea el de Takeo Shiraiwa, autor de una masacre en 1936, cuando en la aldea de Komine, prefectura de Gunma, mató a treinta y ocho personas, sin distinción de sexo ni edad, usando su escopeta de caza y su hacha. Quizá surja también el nombre de Ren Katayama, que se instaló en una aldea abandonada de las montañas de Nagano al frente de cincuenta y ocho selénicos, tras lo cual, en el año 2003, se desencadenó una lucha interna saldada con dieciséis muertos. Ambos casos han sido adaptados al cine en los últimos años, removiendo el terror y los recuerdos de la gente hacia la selenesis, lo cual, sumado a la forma tan exagerada en que se retrataba a dichos selénicos, desató una polémica donde se mezclaban los elogios con el criticismo, que aún se conserva fresca en la memoria.

Por el contrario, si dirigimos la mirada al rostro más amable de la cuestión, un nombre que vendrá a la memoria será, sin duda, el del compositor Hiromi Furuya. En 1998, después de haber compuesto ciento ocho sinfonías (el mismo número que el de las tentaciones budistas), falleció en la fase de lucidez durmiente de la primera luna nueva, como si ya hubiera cumplido la misión a la que estaba llamado. En vida, Furuya decía: «La luna llena resuena con vibraciones como las de una campana. Aunque me tape los oídos, continúa retumbando en mi cabeza. Lo único que he hecho es anotar esos sonidos en papel pautado». Puede decirse que se trata de un ejemplo prototípico de caso en que esa desgracia que es la selenesis contribuyó a la fuerza creativa del artista.

También existe el ejemplo, todavía más conocido, de la pintora y poetisa Motoka Sugai, cuyas obras representativas son el poemario *La Luna y los forasteros* y la serie de pinturas *Treinta y seis paisajes selenitas: El viaje sin fin de las ballenas selenitas*. En el documental que se estrenó hace unos veinte años sobre su vida, *La hija de la Luna*, aparecía ella con treinta y dos años, comentando con escasa fluidez lo siguiente:

«Cuando tenía diez años, caí enferma de selenesis. Últimamente, ya no puedo imaginarme cómo hubiera sido mi vida de no ser por ello. Quizá, si no padeciera de selenesis, hubiera alcanzado la felicidad, pero no hubiera sido yo. Si no fuera una selénica, seguramente no hubiera escrito poesías ni me hubiera convertido en pintora. Pero, debido a la creatividad maníaca que, en mi condición de selénica, aflora en mí durante los periodos de luna llena, he pagado en todo momento un precio muy alto. En los más de veinte años que llevo viviendo en un centro de tratamiento, no he dejado de observarlo. De por sí, creo que en eso consiste la creatividad, ¿no? Y que cuanto más auténtica sea tu creatividad, menos recompensa obtienes. No es un medio para alcanzar la felicidad. Estoy convencida de que la auténtica creatividad es como un faro que, aunque ilumine a su alrededor, no se ilumina a sí mismo por dentro».

Tres años después de haberse filmado esas imágenes, Sugai falleció en la fase de lucidez durmiente dentro del centro de tratamiento de selenesis que hay en Tamotsu, una de las islas del mar interior de Seto, dejando caer el telón sobre su vida de treinta y cinco años. Sin embargo, no puede considerarse que su muerte fuera prematura. Se dice que, cuando aflora la selenesis, una de cada dos personas muere antes de que pasen dos años. Los que quedan vivos después de tres años son uno de cada tres. Y a los cinco, uno de cada seis. El caso de ella fue extraordinariamente raro, puesto que consiguió prolongar su vida veinticinco años desde que enfermó, y legó a la posteridad una gran cantidad de obras que traspasaron los muros del centro donde vivía y atrajeron la atención de la gente hacia semejante artista *outsider*.

Por otra parte, aun cuando ampliemos hasta los ancianos el espectro de los encuestados, nadie mencionará a Toga Uno. Él no era un asesino sediento de sangre ni un artista que atrajese la atención de la gente. Vivió entre luces deslumbrantes y estruendoso vocerío, pero, si su sangre bullía ardiente, era por efecto del plenilunio y no por propia voluntad.

Sin embargo, si mencionamos el otro nombre que usaba, quizá haya quien ladee la cabeza diciendo: «Pues me suena de algo...». Originalmente, Uno era un artesano de muebles que trabajaba en un taller de artículos de madera de Osaka y se sabe que en los ratos libres se entretenía haciendo tallas de madera. Las figuras al estilo del monje Enku, que hacía con una simple macheta podadera, tenían un realismo impresionante y en ellas convivían el sabor agreste con la calidez humana. Y, a partir de que se convirtiera en un selénico, comenzó a grabar en la cara de sus figuras la palabra «Zangetsu»[13]. Ese nombre artístico era, tal cual, el título de una poesía de Motoka Sugai. En 2013, a los dieciocho años de edad, la poetisa rechazó medicarse con depresores y, mientras comenzaba a aullar hacia esa luna llena que no le dejaban ver, se desgarró la punta del dedo de un mordisco y se puso a escribir con sangre esta poesía en la pared de su habitación.

La verdadera luna es la que asciende
en nuestros corazones, reluciendo con alegre humedad.

¿Y entonces esa otra qué es?, preguntaréis.
Esa luna vuestra está muerta desde un principio.
Esa luna suavemente plateada,
hacia la que alzáis la mirada,
está congelada hasta el núcleo
y no es más que el cadáver de una luna.
Nuestras lunas están vivas, respiran y palpitan.
Como el corazón de la noche,
como las madres de nuestros corazones.

Cuando os dormís, cuando soñáis
o cuando os sentís solos,
nuestra sangre bulle y exhala su olor.
Expulsados del lecho, sacados a patadas por la puerta,
bailamos errantes por las calles nocturnas, ardiendo,
con los ojos brillando y lamiéndonos los dientes.
Pero dentro de poco nuestras lunas también morirán.
Irá cayendo una y después otra,
al fondo del lecho nocturno de la muerte.
Y nosotros, solitarios y en silencio,
iremos enfriándonos, iremos secándonos,
como vuestra luna, como vuestros corazones,
como vuestros sueños.

¿Sabéis una cosa?
Aunque llegue el amanecer a vuestro embotado cielo,
la luna todavía pende, se ve, susurra.
Como la tenue huella de nuestras uñas
en vuestros corazones que empalidecen,
como la sonrisa borrosa
de esa luna remanente
que ladea la cabeza.

En el año 2064, durante la dictadura de partido único que a lo largo de sesenta años ejerció el Partido de Salvación Nacional, el Departamento de Higiene del Ministerio del Interior, seguramente

para justificar su política de aislamiento forzoso de los enfermos de la temible selenesis, anunció antes que ningún otro país el sojuzgamiento de dicha dolencia. En la década de 2030 se calculaba que existían en todo el país más de setenta mil enfermos de selenesis, y ciertamente se había conseguido rebajar la cifra espectacularmente hasta menos de tres mil, mientras que los nuevos casos no pasaban de diez al año. Tal y como Sugai vaticinó durante el clímax de su ensueño en aquella noche de luna llena al escribir que «nuestras lunas también morirán», ese futuro ya estaba al caer. Sin embargo, no es que el número de selénicos se hubiera reducido gracias a los avances de la ciencia médica. Exactamente como esa estrofa de la poesía que rezaba: «Irá cayendo una y después otra, al fondo del lecho nocturno de la muerte. Y nosotros, solitarios y en silencio, iremos enfriándonos, iremos secándonos», los afectados se vieron incapaces de superar la fase de lucidez durmiente que traía la luna nueva y fueron muriendo uno tras otro entre las paredes de los centros de tratamiento. Mediante la severa política de aislamiento propia de una nación absolutista, se ahogaba a base de encierro la mera existencia de la enfermedad. El primer ministro de entonces, Yoshizumi Arakawa, durante la asamblea general del partido, pronunció esta frase con evidente satisfacción en el transcurso de la declaración de sojuzgamiento de la enfermedad: «Con esto, en nuestro país no volverá a salir una luna empapada en sangre». Sin embargo, lo cierto es que puede decirse que el Partido de Salvación Nacional en sí mismo, que reinó de forma tiránica como un partido dictatorial sobre el Japón del siglo XXI, fue «un sol empapado en sangre».

Por cierto que Zangetsu también era conocido como «Luna de Ariake», que es como se llama a la luna del vigesimosexto día que se distingue en el cielo del este a primera hora de la mañana. Sugai comparaba esa luna que iba siendo sepultada por la luz del amanecer con los arañazos de los selénicos o con la leve sonrisa de una cabeza ladeada. La verdad es que entre los lunáticos que entraban en la fase de lucidez durmiente era frecuente que, a pesar

de que perdían la consciencia ya desde ese momento, exhibieran una suave sonrisa que mantenían hasta el momento de la muerte. En el caso de Sugai, falleció en la noche de luna nueva de junio de 2030 en su habitación del centro de tratamiento durante la fase de lucidez durmiente, pero no se conservan registros de si marchó de este mundo sonriendo o no. Todavía se hallaba muy reciente la pesadilla del gran terremoto del oeste de Japón, acaecido en marzo de 2028, y ya no quedaban excéntricos cuya curiosidad se despertara por el hecho de que falleciera una selénica que dio algo que hablar en su día.

Toga Uno sintió apego por las poesías de la olvidada Sugai y por eso adoptó como nombre artístico el título de una de ellas. Sin embargo, resulta difícil considerar que él dejase la tenue huella de sus arañazos en corazón alguno ni tampoco parece que deslumbrara a su entorno con sus cualidades para la talla de madera. Esta historia es un intento de arrojar un rayo de luz sobre la vida de ese hombre anónimo. En la última antología de Sugai, *Alzando la vista a la Luna, parpadeo*, hay un poema llamado *Voces* que comienza así:

No hay que creer en los que hablan a voces.
Se supone que todo el mundo lo sabe.
La verdad yace en el silencio de los desconocidos.
Se supone que todo el mundo lo sabe.
Pero a todos les falla el oído,
y ya solo oyen a los que gritan.
El silencio de los desconocidos no es la nada.
En realidad, se puede escuchar.

II

El 12 de marzo de 2048 brillaba una magnífica luna llena y Toga Uno, con veintisiete años de edad, se encontraba en un centro de amparo temporal del Departamento de Higiene, sito en el distrito Hokuto de Osaka. «Amparo» era un término eufemístico que en realidad significaba «detención» o mejor dicho «captura», y las instalaciones donde se hallaba recluido eran prácticamente una cárcel. La extensión de su celda individual apenas llegaba a los seis metros cuadrados. La pared donde estaba la salida consistía en un grueso cristal blindado, una parte del cual era una puerta que se descorría. Por supuesto que cumplía la función de no romperse aun en caso de que un selénico se lanzara contra ella con todas sus fuerzas en los períodos de luna llena. El suelo y las paredes estaban recubiertos de una especie de goma espumosa y elástica de color gris, no había ventanas y en el rincón de la izquierda existía un retrete de acero inoxidable reluciendo con tono mate. En el suelo, una manta marrón claro doblada en cuatro, pero ni cama ni almohada. En suma, un lugar idéntico a las celdas que se veían en los seriales policíacos, pero los instructores del Departamento de Higiene lo calificaban pomposamente de «cuarto de amparo». El hecho de que esos cuartos fueran individuales se debía, sin duda, al deseo de recluir a solas a selénicos de comportamiento altamente violento.

Cuando lo llevaron al centro, vio desde fuera que había cinco cuartos alineados y que el que quedaba más a la derecha ya estaba ocupado por un hombre de unos cincuenta años bastante sucio. La

barba le crecía desenfrenadamente y sus ojos le brillaban inyectados en sangre. Puesto que dicen que a veces a los vagabundos los confunden con selénicos, seguramente era uno de esos casos. Cuando los ojos de aquel hombre se encontraron con los de Toga, le sonrió mostrando su dentadura amarillenta y levantó la mano con el pulgar hacia arriba como diciendo «buena faena». Quizá abrazó la fantasía de que, como dice el refrán, «entre tres se piensa mejor», y así darían con un modo efectivo de escapar sin mayor esfuerzo. Y es que el cuarto del centro también estaba ocupado; en este caso, por una mujer joven de veintipocos años.

En el instante en que vio a la mujer, Toga se sintió asaltado por una emoción imprevista que le hizo recordar a su madre. La madre de Toga enfermó de selenesis hacía veintitrés años, cuando tenía cuarenta y dos, pero no pudo superar el periodo más dramático de la dolencia, que se produce justo después del contagio, y falleció poco después. En resumen, Toga era un enfermo de selenesis de segunda generación. La madre de Toga contrajo la enfermedad antes de que el Partido de Salvación Nacional reformase la Ley de Prevención de la Selenesis, en un tiempo en que todavía no existía el Departamento de Higiene. Pero Toga no pudo evitar que la visión de aquella miserable mujer en la celda agitase su imaginación para recrear la deprimente idea de que si su madre viviera, ofrecería una imagen similar.

La mujer estaba sentada en el suelo, recostada contra la pared y abrazándose las rodillas como si fueran dos hijas gemelas. Era una mujer delgada y de tez un tanto oscura, con una larga cabellera que le caía por la espalda, pero tan revuelta que parecía que hubiera querido envolverse la cabeza con ella. De hecho, su menudo y sombrío rostro quedaba medio oculto por el pelo. Aparte de su condición, ese aspecto de la mujer era lo que hacía que Toga rememorase todavía más a su madre. Aunque las edades diferían bastante, su madre también era una mujer delgada y menuda, con una tez tan oscura que de niña se ganó el apodo de «Karinto»[14]. Si

con veintitantos años su madre se hubiera dejado el pelo así de largo, a lo mejor las dos se parecerían mucho.

Cuando Toga pasó por delante de su cuarto, alzó el rostro con aire de fastidio y con unos ojos grandes como grutas, le echó una mirada que parecía lanzada desde el fondo de un hoyo donde hubiera estado viviendo hasta entonces. Sin embargo, cuando comprendió que simplemente había llegado un compañero nuevo, volvió a enterrar su pequeño mentón entre las rodillas y cerrar los ojos. A diferencia del hombre del cuarto de la derecha, la mujer no aparentaba albergar ninguna esperanza acerca del futuro que la esperaba en calidad de selénica detenida. «Si hasta ayer esta mujer hubiera estado criando sola a un niño pequeño, esa criatura, sin duda, se convertirá en un huérfano solitario como yo». La idea le cruzó de repente por la cabeza, pero la mujer era todavía muy joven y tuvo la impresión de que llevar el pelo tan largo era una prueba de que no tenía hijos.

Después de que le confiscaran el monedero, el teléfono móvil y demás objetos personales, Toga fue introducido de un empujón en el cuarto de más a la izquierda. Había oído que en los centros de detención le quitaban a uno el cinturón, pero aquí no se daba el caso. Es decir, que se consideraba que los selénicos tenían derecho a ahorcarse si perdían las esperanzas en el porvenir. De entrada, aunque un selénico se suicidara en un centro de amparo temporal, ningún intrépido pariente salía a criticar la actuación del Departamento de Higiene ni del partido. Para el partido suponía quitarse un problema y, dado que tampoco los deudos del selénico creían que los centros de tratamiento fueran un paraíso, resultaba más cómodo que el paciente muriera cuanto antes, evitando el largo sufrimiento de sentir una compasión que no llevaba a ninguna parte. Por otro lado, por más que uno buscara en el cuarto, no había ningún saliente propicio para enganchar el cinturón a tal fin.

Cuando se marcharon los instructores, el hombre del cuarto derecho se acercó al cristal blindado que lindaba con el pasillo y comenzó a aporrearlo, gritando con voz áspera una vez tras otra:

«¡Eh, tú! ¡El nuevo!», y cosas similares, pero Toga no se sentía con ánimo de contestar. La mujer del cuarto central no levantaba ni un ruido ni nada indicaba que estuviera allí. Era como si deseara desaparecer de este mundo y estuviera a punto de conseguirlo. Seguramente, el hombre de la derecha, al igual que Toga, había salido a la calle incapaz de reprimir la excitación que le causaba el periodo de luna llena y por eso lo habían descubierto. Sin embargo, ¿en qué circunstancias habrían detenido a la mujer? ¿Sería que también ella, al llegar la luna llena, se veía seducida por una voz divina que, sin saber por qué, la imbuía de un sentimiento irresistible de salir a pasear por la calle?

Con todo, Toga no estaba en situación de preocuparse por los demás. Cuando el hombre de la derecha dejó de armar ruido, su corazón desnudo comenzó a flotar en medio de la calma y su ánimo se fue inclinando poco a poco hacia la poza de la desesperanza.

¿Por qué había terminado así? Había cometido un descuido. Literalmente, como esos insectos que en verano se precipitan sobre las llamas.

Toga había ido en tren hasta la estación de Umeda y después se metió en un establecimiento de prostitución del barrio de Dojima que ya visitó una vez con el jefe de su taller de carpintería. Impelido por ese salvaje aumento de la pulsión sexual tan propio de los periodos de luna llena, acudió con intención de pagar él solo por primera vez en su vida el precio de acostarse con una mujer y eso fue el fin de su suerte. En la pantallita del mostrador del establecimiento, intentado buscar una mujer que no disimulara su ordinariez con el maquillaje, se decidió por una que le pareció de buen carácter. Emily, veintiún años. La chica que realmente apareció, como suele suceder, no llegaba ni de lejos a la que se veía en la pantalla y era mofletuda y un tanto gordita, pero a Toga no le disgustó. A fin de cuentas, lo que Toga pretendía de la mujer era

una carne cálida y suave que pudiera magrear a placer, y no una belleza excelsa que deslumbrara a cualquiera.

Salió con Emily del local y, tras bajar juntos en el ascensor hasta la planta de calle, echaron a andar hombro con hombro por las calles nocturnas del barrio de diversión. Como no sabía de qué hablar y también arrastraba sentimiento de culpabilidad por ocultar su condición de selénico, caminaron sin que apenas la mirara. Pero a Toga casi le costaba respirar, porque en su pecho se revolvía con ardor el deseo carnal. Cuando la chica sonreía tenía encanto, como un capullo que florece. Le gustaba también por su pelo negro y por lo recatado de su maquillaje, así como porque parecía que aún no tenía mucha costumbre en tratar con los clientes. Ella dijo que le gustaban los hombres altos y después le preguntó si podían ir caminando de la mano. Aunque sabía que eso era parte del juego, le alegró enormemente.

De pronto, pensó que igual esa noche sería la última que estuviera con una mujer. Si el Departamento de Higiene lo atrapaba, le encerrarían en un asfixiante centro de tratamiento solo para hombres y perdería la oportunidad de volver a acostarse con una mujer. «¿Por qué hasta ahora no me habré preocupado de tener una mujer?». Se había dejado amilanar por complejos como que se le daba mal hablar o que se había criado en un orfanato, viviendo sin el valor suficiente para intentar nada con una mujer. «Con tal de que fuera una mujer de carácter amable o una a quien yo le gustara, me habría conformado con cualquiera». En el fondo de aquella pasión sexual desgarradora, nació un brote de tristeza y comenzó a recordar los rostros de varias mujeres conocidas, pero ahora que se había convertido en un selénico, ya no tendría la oportunidad de atraer hacia sí a ninguna de ellas.

Toga alargó en silencio su mano hacia Emily y agarró la pequeña y fría mano de la chica como si quisiera envolverla con la suya. Era una mano tan suave que se diría que no conocía otra cosa que tratar con cariño a los demás. Emily elogió la ruda y áspera mano de Toga diciendo que era fuerte y muy viril. Él le contestó que

se debía a que trabajaba en una carpintería fabricando muebles y entonces la chica comenzó a decir alborozada «impresionante, impresionante». Y después añadió con una risita: «Yo soy muy torpe e incapaz hasta de separar los palillos»[15]. «Bueno, yo también lo hago mal a veces», contestó él con otra risa. Mientras se reía, pensó que de ningún modo debía contagiar a aquella mujer, pero tras adoptar esta nueva y firme decisión, tuvo la impresión de que, llegado el momento decisivo y cuando la viera desnuda frente a él, quizá fuera incapaz de contener los impulsos a los que le guiara la selenesis.

Cruzaron las puertas del vetusto *love hotel* que indicó Emily y entraron en una habitación. Justo cuando terminaban de desnudarse en el lavabo, de repente llegaron tres instructores del Departamento de Higiene con sus uniformes azul oscuro que irrumpieron a la fuerza en la habitación. Toga, completamente desnudo, se quedó en pie boquiabierto y ni siquiera pasó por su cabeza la idea de huir o resistirse. Dos de los funcionarios tenían porras eléctricas en las manos y el tercero apuntaba una pistola táser hacia él. Emily se escondió como un rayo detrás de la cama, arrastrándose con las manos protegiendo la cabeza. Al ver lo rápido que reaccionaba, Toga se dio cuenta de que el local de prostitución le había traicionado. Probablemente, en el mostrador de recepción, el hombre vestido de negro se dio cuenta de que estaba ante un selénico. Creía haberse esmerado en ocultar la apresurada manera de hablar característica de los selénicos, poniendo cuidado en hablar despacio, pero quizá precisamente eso había producido un *tempo* anormal en sus palabras, llamando todavía más la atención. O quizá existía alguna marca externa de la que no era consciente que lo señalaba como un selénico.

Los tres funcionarios, hombres de entre veintitantos y cuarenta y tantos años, portaban ominosos protectores faciales y daban la impresión de ser gente malencarada. Saltaba a la legua el sentimiento de superioridad que experimentaban por haberle sorprendido en situación tan vergonzosa y no dejaban de sonreír con

malicia. Hablaban con tono violento y su mirada no lo era menos. De hecho, si no llevaran uniforme, resultaría dudoso que pudieran pasar por gente de bien.

Como los instructores, por mor de su profesión, tratan a menudo con selénicos, lógicamente corrían el riesgo de ser contagiados también. Así que, además de ser un «trabajo sucio» que nadie quería hacer, no cabía duda de que terminaban en él muchas personas con historial turbio a sus espaldas. Toga se vistió mientras seguían apuntándole con la pistola táser. Durante ese tiempo, Emily salió disimuladamente de la habitación y no hizo ni el menor intento de cruzar su mirada con la de Toga.

«Sabía desde el primer momento que yo era un selénico. Ni le faltaba costumbre de hablar con los clientes ni tenía nada de inocente. Seguramente solo temía tratar en exceso con un selénico. Quizá eso de que fuéramos de la mano lo dijo solo para que yo no sospechara demasiado».

Toga se imaginó la escena en que Emily regresaba al local como quien huye y, una vez allí, tras protestar furiosa con un «¿por qué me pasáis a mí estas cosas?», se iría a lavar las manos frotando tanto que se le quedarían rojas.

Cuando terminó de vestirse, pusieron a Toga esposas y grilletes y le ordenaron que se sentara en la cama. Acto seguido, le pusieron una porra eléctrica en el cuello y le introdujeron bien hondo por la nariz un bastoncillo de algodón de los que incluye el kit de detección de selenesis. Le dijeron que si tornaba a color azul significaría positivo y en menos de tres minutos se tiñó de un azul tan bello como el de los mares del sur. Ya lo sabía de antes, pero sintió que le acababan de dar la puntilla. Una vez que comprobaron que daba positivo, le ajustaron en el tobillo izquierdo una cinta negra con un sistema de seguimiento incorporado. Uno de los funcionarios le dijo entre risas que era tan resistente que no podría desgarrarla ni un gorila, y que no se podía cortar ni con unos alicates. Y que si de todas formas quería cortarla, era más fácil que se cortase el pie. Frente al hotel había aparcado un coche tipo furgoneta habilitado

para el traslado de detenidos, en el que metieron a Toga ante la mirada de un corrillo de curiosos.

Según la Ley de Prevención de la Selenesis reformada, en esencia todos los afectados por selenesis, sin excepción, debían ser aislados de la sociedad y pasar recluidos el resto de sus vidas en centros de tratamiento especializados. Sin embargo, se decía que en todo el país debían de existir varios cientos de ellos aparentando una condición normal, ya fuera porque familiares o amigos les protegieran o porque se convirtieran en vagabundos o se ocultaran en las montañas. Siendo así, aunque los selénicos que salían por la noche a comprar los servicios femeninos debían de ser una especie en vías de extinción, la realidad no era esa. Probablemente, los establecimientos de prostitución actuaban en los periodos de luna llena como cepos ideales para cazar a los machos selénicos poco espabilados. Toga tampoco pudo imaginar algo tan increíble como que el Departamento de Higiene se confabulase con dicha clase de locales.

Con la boca entreabierta como embobado y a solas en su cuarto individual, Toga se apoyó en la pared y luego se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Había contraído la enfermedad el viernes de la semana pasada por la tarde y ahora estábamos a noche de martes. Después de veintisiete años y medio en que creía haber llevado una vida humilde aguantando con temple todo tipo de dificultades, en tan solo los últimos cinco días se lo habían arrebatado todo. Como si precisamente el orgullo en ese templado aguante y esa humildad hubiera derivado en un engreimiento que ahora le arrastraba a la falta de esperanza actual. Su destino ya estaba echado. Había sido enviado al centro de tratamiento de algún lugar perdido, que en realidad era un campo de concentración, y tendría que pasar el resto de su estéril vida yendo entre el cielo y el infierno al dictado de lo que marcasen las fases de la Luna. Y, como mucho, le quedarían unos pocos años más. Al igual que Motoka

Sugai, existía algún caso raro de enfermo que consiguió prolongar su vida hasta veinticinco años, pero debían de ser personas que, ya de nacimiento, poseían milagrosamente una constitución que soportaba bien la selenesis.

No obstante, de forma paralela a la pérdida de las esperanzas, hubo también su cucharadita tranquilizadora. Ya no necesita huir ni esconderse. Había llegado hasta donde podía y estaba donde debía. Al igual que el agua fluía por los lugares más bajos, ya no quedaba sino relajarse y dejar que le llevase la corriente. No había margen para elegir y nadie esperaba de él una voluntad fuerte ni que tomara decisiones difíciles. Durante catorce años, desde los cuatro a los dieciocho, había estado viviendo en un centro de protección a la infancia, así que había acumulado suficientes defensas para soportar una vida en común pobre en intimidad. Probablemente, mañana mismo acudiría a la Carpintería Inada, donde trabajaba, un equipo de investigación del Departamento de Higiene. No le apetecía nada explicar la situación al jefe por sí mismo. No había sido culpa suya, pero como la madre de Toga también había fallecido de selenesis, sin duda la situación le haría volver a pasar por la dolorosa experiencia de sentirse un joven poseído por el dios de la peste. Ya solo quedaba rogar por que la investigación del Departamento de Higiene se redujera al taller.

III

Toga Uno era un hombre grande y corpulento, con ciento ochenta y un centímetros de estatura y más de noventa kilos de peso. Sin embargo, su aspecto no intimidaba. Más bien, su rostro proporcionado sugería una dulce sencillez. El grueso puente de la nariz descendía con contundencia y sus labios firmemente sellados le daban un aire obstinado, mientras que los grandes ojos negros bajo sus toscas cejas brillaban acuosos como si, a pesar del agreste mundo que veían, todavía creyesen en algo. Cuando brotaba en él alguna emoción, no afloraba con facilidad a su rostro, por lo que a menudo le preguntaban si se había enfadado de verdad alguna vez en su vida. Él se limitaba a contestar afirmativamente, pero ni él mismo se acordaba de cuándo, así que después se quedaba sonriendo. Era esa clase de hombre.

Ese carácter de Toga le venía de nacimiento. Su madre colgó en la red hasta cincuenta y dos grabaciones que le hizo y todavía hoy, que han pasado más de ochenta años, se encuentran accesibles. Son, literalmente, lo que se llama una gota en un océano, pero puede decirse que se han convertido en una parte de los recuerdos de la humanidad. El contenido viene a ser un registro del crecimiento de ese hijo que alumbró a los treinta y siete años. Todo el quiera puede ver el instante en que Toga se dio media vuelta por primera vez cuando dormía o su candorosa reacción de sorpresa cuando una cigarra se metió volando en la habitación. Sin embargo, se active la grabación que se active, no se encontrará ninguna en la que Toga esté en medio de una rabieta o armando un alboroto

tremendo. Desde su más tierna infancia, Toga aprendió a sonreír como si el mundo girase plácidamente en torno suyo. Sin embargo, fuera de la pantalla, ya llovía sobre él la primera de las injustas pruebas a las que se iría enfrentando. A los cuatro años, en una de aquellas grabaciones, su madre le preguntaba: «Ga-kun, ¿qué quieres ser de mayor?». El niño contestó: «Voy a casarme con mamá». Con lo que hizo que la madre derramase unas lágrimas. Por cierto que el apelativo con que ella se dirigía al niño era una derivación cariñosa de «Toga». No era cuestión de preguntar al crío: «¿Y entonces papá?», puesto que el padre se había marchado de casa cuando Toga tenía tres años. Se fue a Kyoto con una mujer doce años más joven que la madre del niño y nunca más volvió.

Toga nació en noviembre de 2020 en la ciudad de Kita Osaka. Su madre, Kayo, le puso ese nombre, que significa «como brote que nace tras un duro invierno». Kayo era una mujer muy laboriosa, propietaria de tres pequeños bares en la ciudad. A los veintisiete años recibió de manos de su tía un bar de apenas diecisiete metros cuadrados y a partir de ahí fue incrementando su actividad. Por el día cocinaba diversos platos en casa que luego distribuía por sus locales y por la noche iba repartiendo el tiempo entre dichos establecimientos y al final se encargaba de cerrar la caja. En suma, pasaba los días muy ocupada. Su esposo, Yoshikazu Horiuchi, era originalmente un guitarrista de *jazz* que apenas ganaba para comer y era cliente regular del bar que tenía ella frente a la estación. Era de buena complexión y facciones suaves y claras, todo lo cual heredó Toga. Por lo general, era de carácter taciturno, pero cuando bebía alcohol dejaba en voz baja y tono suave unas bromas que parecían impropias de él y con las que hacía reír a todos. Así es que, sin entrar a valorar su talento como músico, a las mujeres les gustaba. Si agarraba su guitarra y se ponía a cantar algunas estrofas de *Cuando me enamoro*, medio imitando a Nat King Cole, la mayoría de las mujeres quedaban embelesadas. Por su parte, Kayo había aprendido piano desde niña y durante la universidad incluso ingresó en el círculo de aficionados a la música ligera, de manera que

cuando Horiuchi se ponía a cantar, se olvidaba de todo lo que estuviera haciendo y le escuchaba arrobada. Una vez que Horiuchi se emborrachó y se tambaleaba con paso inseguro, fue la propia Kayo quien, después de cerrar el bar, se lo trajo a su casa. En adelante, Horiuchi comenzó a ayudar en el negocio y con el tiempo ocupó la posición de jefe en uno de los bares. Horiuchi cayó bien a los clientes por su sencillo comportamiento varonil y su comportamiento recatado, con lo que el local a su cargo marchó sobre ruedas. De hecho, el bar se llamaba *Saudade*, pero todos decían «vamos al bar de Yoshi».

Si Horiuchi había sido un cliente del bar, la mujer que se lo quitó a Kayo fue también una cliente del bar. Era una universitaria que aspiraba a ser vocalista de *jazz*, y que de vez en cuando se dejaba caer por las actuaciones de Horiuchi, pero terminó por presentarse también en «el bar de Yoshi». Hasta que finalmente lo agarró por el cuello y se lo llevó a la tierra natal de Kyoto, donde estaba la casa de sus padres. Por entonces la chica ya estaba embarazada de Yoshi. Kayo, tal y como indicaba su apodo de «Karinto» era una mujer de tez oscura y sin nada de particular, pero la otra era justo todo lo contrario: de piel blanca, de complexión más grande y una belleza con gusto por lo llamativo que, de un modo impreciso, recordaba a una tarta de Navidad. Cuando Horiuchi le confesó a Kayo su relación con aquella mujer, lo hizo con estas palabras: «Es que, en tu caso, no me necesitas para vivir...». Kayo buscó alguna frase que, a modo de daga, pudiera cortar la determinación de Horiuchi y vencer la partida, pero no la encontró. Lo único que alcanzó a contestar, con voz estrangulada, fue: «Entonces, ya no te permitiré que vuelvas a ver a Ga-kun. En la vida...». Sin embargo, aquella maldición no se consumó. Porque Toga volvió a ver varias veces a su padre.

Desde que Toga cumplió los cuatro años, la madre dejó de colgar vídeos. El último que puso tenía fecha del 2 de febrero de 2025, domingo. Una semana después, como si le hubieran apretado un aro de metal en torno a la cabeza, Kayo se despertó de repente

con una intensa jaqueca. Le dolían también todas las articulaciones y la fiebre le subía a ojos vistas, incluso sufría mareos. Considerando la estación que era, pensó que sin duda se trataba de una gripe, pero por desgracia los hospitales no abrían al ser domingo. Chasqueó la lengua mientras maldecía la inutilidad de las vacunas y avisó a la mujer que se encargaba del bar frente a la estación, que siempre le echaba una mano cuando se encontraba en un apuro. La mujer era una amiga suya de los tiempos de la universidad y, en lo que respecta al trabajo, constituía lo que se llamaba «su mano derecha». Además, su casa estaba muy cerca de la de Kayo y desde hacía años habían salido las familias juntas a divertirse. Para evitar que Toga se contagiara, le dejaron al cargo de aquella mujer. Ella había vuelto al hogar familiar tras haberse divorciado, y Toga ya había estado varias veces allí de visita con su madre, por lo que también estaba acostumbrado a los padres de ella. Sin embargo, en esta ocasión, Toga, como si presintiera la magnitud de la desgracia, se hallaba muy asustado y, a punto de llorar, miraba a todos con ojos retadores mientras decía obstinado: «Yo me quedo con mamá. No me separaré nunca de ella».

En la madrugada, cuando todavía no había amanecido, Kayo llamó por sí misma a una ambulancia y fue hospitalizada. Seis días después, falleció. Cuando se contrae la selenesis, los primeros síntomas que aparecen son similares a los de la gripe. La gente llama vulgarmente a esos violentos síntomas de la primera fase «alunizaje», y uno de cada diez afectados muere en ese periodo. Toga consiguió superarla cuando años después contrajo la enfermedad, pero Kayo no se salvó. Fracasó en el alunizaje. Así, Toga quedó huérfano a los cuatro años de edad.

Se decidió que Toga ingresara en Abiki Gakuen, un centro de acogida infantil de la ciudad de Kawada, en la prefectura de Hyogo. Horiuchi, que llevó a Toga de la mano hasta allí, se despidió una y otra vez con frases como «seguiré viniendo a verte» o «te llamaré

por teléfono todas las semanas» y después se volvió a Kyoto. Desde que era un bebé, Toga apenas lloraba y era lo que se llama «un niño fácil de criar». En esa ocasión, como de costumbre, se limitó a apretar los dientes, negándose a llorar. Para un niño de cuatro años, un padre que se había marchado ya hacía uno suponía lo mismo que si hubiera pasado media vida sin él, por lo que Horiuchi ya no era alguien ante quien pudiera echarse a llorar con toda confianza.

La institución tenía capacidad para sesenta y cinco internos, y en ella convivían bajo el mismo techo niños desde edades preescolares hasta otros ya de Bachillerato. Toga vivió allí desde los cuatro años hasta los dieciocho. Durante esos catorce años, sucedieron cuatro cosas importantes en su vida. La primera fue en diciembre de 2027, con el inicio del gobierno del Partido Nacionalista, que tuvo como primer ministro a Hiraku Shimojo, y la segunda, el gran terremoto del oeste del Japón, acaecido en marzo de 2028. Estas dos constituyeron lo que se llama una «combinación venenosa» y se dice que en caso de haber faltado una de las dos, no hubiera cristalizado en Japón la dictadura de partido único.

El Partido Nacionalista, que fue el precursor del Partido de Salvación Nacional, era un típico partido nacional capitalista, nacido tras el retroceso de las democracias liberales que comenzó a nivel mundial a principios del siglo XXI. Este nacional capitalismo, de manera similar a los existentes en China, Rusia o varios países de Oriente Medio, fue absorbiendo ideas nacionalistas, racistas o populistas, extendiéndose a gran velocidad por el mundo entero y en todos los países; aunque se criticaban de boquilla los sistemas dictatoriales, por detrás latía la hipócrita actitud de aguardar a que la sociedad fuese abriendo cada vez más la mano a su implantación, y lo cierto era que sus partidarios iban aumentando sin descanso. De hecho, también Shimojo, líder del Partido Nacionalista, pronunciaba entre exageradas carcajadas frases de este cariz: «En Japón, que es un país avanzado, es imposible que se dé una dictadura» o «que una democracia se transforme en una dictadura es como la vuelta del hombre al simio». Pero, en el fondo, empollaba como un huevo

de oro cada letra de la palabra «dictadura». Otra de sus frases decía: «Mientras que el resto de los partidos se afana en recoger las virutas de queso que caen a sus pies, nosotros fijamos la vista en la montaña de queso que existirá dentro de veinte años». Esta era una de sus especialidades, lo que se llama «difuminar el asunto y ofrecer a cambio una imagen barata y accesible». A todo el mundo le gustaba pensar que esa «montaña de queso» significaba «la resurrección del país del sol naciente», pero a la sombra de aquella montaña aguardaba agazapada la dictadura de «la vuelta del hombre al simio».

Shimojo era como un hombre elegante pero sin clase y saltaba a la vista que era un mentiroso compulsivo, pero, como mínimo, ofrecía una sensación de confianza en sí mismo. Daba la impresión de poseer la respuesta a los problemas; de poder frenar la caída de Japón por la pendiente, de poseer una vitalidad excepcional. Y no había ningún otro hombre que pudiera competir con él en eso. Tampoco una mujer. El pueblo japonés, asustado ante lo que se veía como un inevitable debilitamiento y envejecimiento del país, con problemas como el descenso de la población, el descenso de natalidad, el envejecimiento demográfico, la gigantesca deuda financiera, la falta general de creatividad o el debilitamiento del espíritu emprendedor, quería recostar su débil cuerpo contra el pecho de un carismático hombre joven de cincuenta y dos años.

Entonces fue cuando se produjo un gran terremoto inaudito. La placa tectónica filipina se fue hundiendo hasta que levantó de golpe la placa euroasiática, que hizo temblar violentamente todo el archipiélago nipón. Se descargó aquel martillazo que desde hace tiempo se predecía que llegaría sin falta, el terremoto gigante de la fosa de Nankai, con una magnitud de 9,2. En suma, lo que luego se llamó «gran terremoto del oeste de Japón». Enormes tsunamis asolaron toda la costa, haciendo añicos las infraestructuras y provocando la explosión de los tanques de almacenamiento de petróleo, dejando irreconocibles puertos y calles. La cifra de muertos y desaparecidos superaba los doscientos cincuenta mil y los

damnificados eran más de diez millones, mientras que las pérdidas económicas alcanzaban los doscientos veinte billones de yenes. Los japoneses se vieron inermes, sin otra reacción que caer de rodillas y quedar cabizbajos. Bajo el gobierno de Shimojo se decretó, por primera vez desde que existe la Constitución, el estado de emergencia nacional; pero el pueblo, más que interpretar aquello como el acto del ladrón que aprovecha un incendio para robar, prefirió atender al reconfortante tono de evangelio salvador que encerraba. Para sustituir al Parlamento, se reclutaron a toda prisa los miembros de una Asamblea de Salvación Nacional, que tendría «una visión a más largo plazo», «un conocimiento más especializado» y «el espíritu de que toda la nación se esfuerce al unísono». Gran parte de aquellos miembros pertenecían al Partido Nacionalista y el resto de las caras eran todas de gente que decía que con creencias tan infantiles como el liberalismo o la democracia resultaba imposible enfrentarse a un desastre como el actual, de una magnitud como solo sucede una vez cada mil años. Shimojo, conservando la denominación de primer ministro, se convirtió en presidente de ese nuevo organismo e hizo gala de un poder tan inmenso que no se sabía dónde quedaba el límite.

Shimojo lucía un aspecto magnífico. Con sus ciento ochenta y cuatro centímetros de estatura, su peso en torno a cien kilos y su figura tan enhiesta como si se hubiera tragado un sable, impresionaba. Tenía algún dan de yudo, y en la redacción de licenciatura que escribió al finalizar la Escuela Primaria dijo que su sueño sobre el futuro era ganar una medalla de oro en las olimpiadas. En el segundo año de Bachillerato se partió una rodilla en los entrenamientos y tuvo que renunciar a aquel sueño, pero, de entrada, era demasiado buen orador para convertirse en deportista, y también pecaba de un exceso de ambición y afán por la gloria, aparte de tener demasiada buena planta. Mientras estudiaba en la Universidad K, comenzó a trabajar como modelo y, una vez licenciado, intentó venderse como actor con estudios universitarios, pero quizá porque su rostro fuera impersonal, no conseguía ningún

resultado apreciable, mientras que, por otra parte, iba asomando los cuernos como joven polemista de orientación conservadora. Era el tercero de cinco hermanos; su abuelo había sido oficial del Ejército de Tierra y parlamentario de la Asamblea Regional de Tokio y su padre, un diputado de corte radical, un «halcón» que repetía sin cesar: «Hay que hacer que Japón sea un país como es debido». Por tanto, puede decirse que la semilla ya estaba plantada en él desde niño, pero, como dice el refrán, «del halcón nació un dragón», ya que nadie podía ni imaginar que aquel joven se convertiría en un político tan monstruoso.

En la tribuna del Parlamento, Shimojo agitaba el puño vigoroso mientras vociferaba: «¡Concédannos diez años! ¡Conseguiremos sin falta levantar el Japón!». Siguiendo ese dicho que asegura que «la edad mental del promedio de los votantes es de catorce años», era un perfecto maestro en técnicas como el uso de palabras sencillas que dejaran buen regusto, el manejo de los tiempos para mantener a la audiencia en vilo, calibrar la entonación y alternar las frases rápidas con las lentas y exhibir gestos y expresiones que unificaran en el pueblo cuándo debían alegrarse, enfadarse, entristecerse o divertirse. Shimojo era un demagogo nato, que usaba como arma su sorprendente memoria, de manera que podía hablar las horas que hicieran falta sin tener un discurso escrito. El interesado lo calificaba de «inspiración que me llueve» y parecía siempre ebrio de euforia. Aun así, de vez en cuando bajaba la vista hacia algunas notas, que justificaba con un ligero «es para garantizar que el redactor de discursos no se quede sin trabajo».

Junto con la presentación del «Gobierno Provisional de Salvación Nacional» y el «Plan Decenal de Recuperación», como si se quisiera dar la puntilla a la Constitución japonesa, ya vaciada de contenido, se anunció su paralización. Se alzaron voces de sorpresa en el mundo entero, pero no lo suficiente como para imponerse a las que expresaban condolencias por la espantosa catástrofe sísmica e incluso aparecieron opiniones de que, para superar una situación tan extraordinaria, un Gobierno absolutista temporal era, de hecho, una

solución válida. Por todo el Japón se convocaron no pocas manifestaciones y asambleas grandes y pequeñas contra el Gobierno, pero la asociación política de carácter civil Academia de Yamato, que poseía fuertes lazos de conexión con el Partido Nacionalista, se encargó enseguida de organizar bajo cuerda grandes movilizaciones en las que «ciudadanos patriotas» dispersaban violentamente a los anteriores. A pesar de que eran los participantes en las manifestaciones quienes resultaban con heridas de diversa consideración, se detuvo a cientos de ellos, mientras que no se detuvo a uno solo de los contramanifestantes, que iban armados con maderos y otros objetos contundentes.

Utilizando como excusa el estallido de estos frecuentes alborotos, la conversión de la Policía en arma nacionalista avanzaba a ojos vistas. Bajo las directrices de un resucitado Ministerio del Interior[16], se creó la Policía Especial de Salvación Nacional, abreviada Pesal, que vigilaba atentamente las actividades antigubernamentales en todo el país, como si volviera el fantasma de la siniestra Policía Especial de la primera mitad del siglo XX. La Asamblea de Salvación Nacional promulgaba un decreto tras otro, uno de los cuales cambiaba sin tapujos el nombre de las Fuerzas de Autodefensa por el de Ejército de Salvación Nacional, además de que el Partido Nacionalista se transformara en el Partido de Salvación Nacional. Agitando el remedio de la «salvación nacional» se conseguía avivar la sensación de peligro y como además se daba a entender que, después de todo, se trataba de «medidas temporales», la población se consolaba convenciéndose a sí misma de que Japón no se estaba deslizando hacia una dictadura de partido único. Por otra parte, se creó también una Oficina de Educación Cultural, dependiente del Ministerio del Interior, dedicada a garantizar la honestidad de la información; es decir, a comenzar la censura. La nacionalización de las industrias troncales fue el principal protagonista de las políticas gubernamentales y la primera de todas fue la compañía de televisión NHK, que se convirtió en un medio al servicio del partido, pero también fueron enviados miembros del

partido al resto de las televisiones y a los periódicos, en calidad de altos cargos. Así, en un abrir y cerrar de ojos, se completó el control de los principales medios de comunicación. En cuanto a la red, se pagó a una serie de gente para que ejercieran de «difusores», y publicaban día y noche parrafadas y comentarios elogiando a Shimojo o defendiendo al Gobierno, de manera que sofocaban la voz del pueblo y, si encontraban opiniones en contra, se lanzaban todos juntos a machacar con improperios, enterrando al contrario en vida bajo la lluvia de sus piedras.

Dentro de toda aquella confusión, el problema de los selénicos se encaró con mirada severa. La distribución de provisiones a los centros de tratamiento que habían quedado aislados por el corte de las infraestructuras provocó revueltas entre los selénicos e intentos masivos de fuga a lo largo de todo el país. En la prefectura de Wakayama, un grupo de pacientes que huía en una noche de luna llena fue incapaz de refrenar los impulsos violentos propios de dichos periodos y atacó al equipo de búsqueda, matando a un policía y dejando a cuatro heridos. Esa misma noche, en la prefectura de Tokushima, en una aldea de las montañas, una estudiante de dieciocho años sufrió una agresión sexual por parte de dos selénicos fugados. Aparte, se daban con cierta frecuencia casos en otras regiones donde los selénicos fugados se peleaban con personal de los equipos de búsqueda o con los residentes locales, lo cual, combinado con las noticias sobre el desastre sísmico, no hacía sino aumentar la inquietud de la población. Ante ello, la Asamblea de Salvación Nacional decidió afrontar enseguida la reforma de la Ley de Prevención de la Selenesis, determinándose que, en adelante, sin distinción de síntomas graves o leves ni de si existía carácter violento o no, todos los contagiados por la enfermedad debían no solo ponerse un dispositivo de seguimiento, sino pasar el resto de sus días aislados forzosamente entre cuatro paredes. Además, todo ciudadano que descubriera a algún sospechoso de estar contagiado tenía el deber de comunicarlo, ya fuera a la Oficina de Salud o al organismo encargado de la seguridad en su zona, so pena de multa

en caso de no hacerlo. Pocos comprendieron lo anormal que resultaba el hecho de que todos los diputados aplaudieran sin fisuras la agreste aseveración de Shimojo: «En estos tiempos de emergencia en que debemos enfrentarnos a los daños del desastre sísmico, tenemos que acabar de una vez con todos los que estorban desde dentro». No existe actualmente en todo el mundo una ley similar, que condena a todos los selénicos a cadena perpetua.

Los días que Toga vivió en aquella institución no fueron ajenos a una época de grandes tumultos y transformaciones, la peor existente desde la guerra de Asia Pacífico a mediados del siglo xx. Tras los dos anteriores, llegó el tercer cambio decisivo en la vida de Toga. Cuando estaba en tercero de Primaria, comenzó a practicar kendo. Debido a que el director del orfanato, que ostentaba algún dan de kendo, pertenecía también a la asociación local de esta arte marcial, en el orfanato pidieron alumnos nuevos para formar un club infantil de kendo. Y entonces Toga se presentó. El lugar de entrenamiento, un centro deportivo municipal, quedaba muy cerca del orfanato y practicaban dos veces por semana. La iniciativa de presentarse no había salido de Toga, sino que lo hizo a propuesta de un amigo del orfanato de su misma edad, Teruichi Yamamoto.

Teruichi era un niño un tanto descarriado, que había llegado al orfanato en los tiempos de primer curso de Primaria. Desde los cuatro años estuvo sufriendo maltrato por parte de su padrastro, hasta que el Centro de Consultas Infantiles terminó por apartarle del hogar paterno. Toga era de complexión fuerte y tranquilo, mientras que Teruichi era menudo e intrépido, sin miedo de nada. Ambos no guardaban ni el más mínimo parecido, pero curiosamente se complementaban como la espada y su funda y se llevaban muy bien.

El motivo por el que Teruichi quería practicar kendo era la nostalgia hacia su madre. La madre de Teruichi perteneció al club de kendo durante sus años de Escuela Secundaria. Pensó que, si él también practicaba kendo, su madre se alegraría y vendría a verlo

en alguna competición. Había nacido ya un hermano menor, por lo que Teruichi se sentía cada vez más fuera de lugar y deseaba volver a atraer la atención de su madre de alguna forma.

A Toga no le resultaba ajena esa nostalgia hacia la figura materna. De vez en cuando iba a la oficina del orfanato y le enseñaban en el ordenador los vídeos que su difunta madre había colgado en Internet. Contemplaba una y otra vez en esas grabaciones la imagen de su madre viva como si buscara con ello fijar los recuerdos que iban difuminándose gradualmente. Toga vivía e iba creciendo día tras día, pero su madre, encerrada en el pasado, seguía siempre igual, la viese cuando la viese y, como el eje de una peonza, permanecía recta e inmóvil en el interior de su pecho. Él giraba en torno a ese eje, cambiando con cada día que amanecía. Perdió los dientes de leche y al salirle los dientes de adulto se miraba en el espejo y pensaba: «Mi madre no conoce estos dientes, todos mis dientes son como muelas del juicio[17]». Así, según iba cambiando su cuerpo poco a poco, pensaba acerca de que su madre nunca conocería dichos cambios.

Cuando Teruichi le propuso empezar kendo, no era cuestión de pensárselo dos veces. Solo con imaginarse que habría que blandir un largo palo y pegarse con otros, ya le daba vértigo. Pero si Teruichi le invitaba a hacer algo juntos, por lo general Toga aceptaba siempre. Cuando comenzó a practicar kendo, Toga descubrió en sí una faceta inesperada. Al terminar los entrenamientos, siempre había un tiempo como de un minuto en que todos permanecían con los ojos cerrados y en silencio, pensando. En esos días en que, después de haber recibido una tunda de palos practicando con estilo libre, se sentaban de rodillas en la postura formal mientras sentían cómo el despecho iba calando poco a poco por el cuerpo, Teruichi siempre se concentraba en la determinación de no dejarse vencer, pero Toga se sentaba diciéndose en su interior: «Maldita sea, qué mierda». Una vez, Teruichi descubrió sus lágrimas, pero se limitó a sonreír y no le dijo nada. Como ambos odiaban perder, seguramente conocía mejor que nadie el motivo de aquellas lágrimas.

Cuando pasaron a la Escuela Secundaria, ambos ingresaron en el correspondiente club de kendo. El asesor del club era el profesor Y, de unos cuarenta y tantos años, un apasionado veterano en la materia que consiguió cierto tiempo atrás que el club de kendo de otro colegio quedase una vez en tercer lugar en la competición nacional por grupos. Y lo cierto es que el club de kendo de la Escuela Secundaria donde ingresaron ambos fue haciéndose cada año más fuerte. El asesor era muy exigente con los saludos y las formas, así como con la manera de alinear el calzado, de vestir los trajes reglamentarios o del modo de doblarlos a la hora de guardarlos, sin descuidar aspectos como la limpieza al terminar. Defendía el concepto de que el espíritu se deja ver en esa clase de detalles y verificaba todo con escrupulosa mirada, sin dejar resquicios.

Cuando Toga y Teruichi estaban en tercero de Secundaria, su club ganó en la competición prefectural por equipos y quedó seleccionado para la competición nacional de las vacaciones de verano que tendría lugar en Okayama. En la segunda fase les tocó competir con el colegio que representaba a la prefectura de Kumamoto, ganador de la anterior edición, y perdieron por dos a tres. De los cinco miembros del equipo, Teruichi salía en primer lugar y Toga en cuarto. Teruichi, con uno de sus embates preferidos, ganó, pero cuando iban 1 a 2 y estaban en el encuentro decisivo para llegar a empatar, Toga perdió. Con eso quedaron 3 a 1 y ya no había nada que hacer. Cuando llegó el último enfrentamiento, que ya no era decisivo, Toga apretaba los dientes con la vista nublada por las lágrimas. «Si yo hubiera ganado...», pensaba. Al terminar el torneo, Teruichi se acercó al lloroso Toga y le dijo tras una reverencia: «Bien magullado».

Aquella frase era una especie de chiste privado entre ambos y se la decían en lugar de la habitual: «Buen trabajo». Toga por fin consiguió sonreír y, con el mismo tono, devolvió la reverencia contestando: «Buen palo…».

Aquella competición nacional fue la última ocasión en que luchó junto a Teruichi. Ya estaba decidido que Teruichi volvería con sus padres cuando iniciase el Bachillerato. Se cumplía su largo anhelo de que la madre se divorciara de aquel brutal padrastro y comenzara a vivir con otro hombre. Teruichi hizo las pruebas para acceder a un colegio de Bachillerato no especializado de Osaka, mientras que Toga escogió un colegio de Bachillerato de la ciudad contigua al orfanato, orientado a ramas técnicas, dentro de la modalidad de arquitectura. Desde el primer curso de Primaria, había pasado ocho años y medio con Teruichi, como si fueran hermanos. Se levantaban a la vez, iban y volvían juntos del orfanato a la escuela, jugaban juntos y practicaban kendo juntos. Se habían peleado un número incontable de veces, pero era como si la mano derecha se peleara con la izquierda y en el fondo nunca dejaron de estar unidos. Ahora, cuando Teruichi salía del orfanato, se pararon los dos en la puerta sin saber qué decir y, como avergonzados, se sonrieron. Teruichi tenía cierto sentimiento de culpabilidad por ser solo él quien volviera al hogar paterno, mientras que Toga se esforzaba por disimular la envidia. Ambos intuían los sentimientos del otro, así que, adoptando una expresión cómicamente forzada, se estrecharon las manos con exagerada formalidad.

—Hasta la próxima… —dijo Teruichi.

—Claro, ven a jugar siempre que quieras —le contestó Toga.

Antes de subir al coche que conducía su madre, Teruichi alzó de pronto su dedo índice y, sonriendo, dio una estocada en la frente de Toga.

—Buen palo, ¿eh?

Toga le respondió al instante con el mismo movimiento.

—Buen palo.

Cuando el coche donde subió Teruichi se perdió de vista, Toga volvió al interior del orfanato con los empleados. En ese momento, sintió como si una extraña y silenciosa emoción recorriera su corazón y se quedó sin saber qué decir.

Al ver cómo Toga estaba de pie con la mente en blanco, una de las empleadas le preguntó:

—Te sentirás muy solo, ¿no?

Pero él, simulando que no le afectaba, contestó:

—Bueno, siempre he estado solo....

Sin embargo, el vacío que sentía entonces no era igual que la congoja que experimentó cuando llegó por primera vez al orfanato. La empleada se echó a reír y, extendiendo teatralmente los brazos, le dijo:

—Puedes llorar abrazado a mí.

Ciertamente, al poco de llegar al orfanato, había llorado varias veces abrazado a las empleadas, pero ahora ya tenía quince años.

—Vale, vale... —le respondió Toga en voz baja con una sonrisa.

Al pasar a Bachillerato, Toga ingresó una vez más en el club de kendo. Los miembros eran pocos, pero todos con ambición y su asesor era el profesor I, también joven y entusiasta, con un pasado no muy frecuente, expolicía. El profesor I se dio cuenta enseguida del carácter de Toga y un día le dijo: «Eres torpe, pero como eres consciente de ello, sabes darle la vuelta». I a menudo lo comparaba con una tartera rota. Según él, una tartera que sabe por dónde está rota, es capaz de tapar por sí misma el agujero. Quizá esa manera de enseñar funcionó, porque cuando Toga estaba en tercero de Bachillerato y ocupaba el papel de último contrincante en los combates por equipos de la competición prefectural, el suyo quedó en tercer puesto y en los combates individuales quedó él también en tercer puesto. En las semifinales, tras un violento combate de quince minutos, Toga fue derrotado no sin mucho esfuerzo por Shibata, un contrincante de Ibaraki que luego ganó en la final al representante de Nagasaki. Este hombre, Toru Shibata, se convirtió después en policía de la prefectura de Ibaraki y consiguió la hazaña de ganar dos años seguidos la competición nacional de kendo, con lo que se ganó el merecido apelativo de «maestro espadachín de la era

Reiwa[18]». No sabemos lo que pensaría este Shibata de Toga cuando se enfrentó a él durante el Bachillerato, pero si supiera la extraña fortuna que luego lo acompañó, sin duda experimentaría un gran alivio al no haber transitado por un camino similar.

Y llegamos al cuarto suceso decisivo en la vida de Toga. Cuando estaba en segundo año de Bachillerato, su mirada se vio atraída en la biblioteca del colegio por unos libros color marrón y tapas duras titulados *Obras maestras de literatura selénica japonesa*, en total tres volúmenes. Tanto en Primaria y en Secundaria como en el Bachillerato, le habían enseñado algunas nociones básicas sobre los selénicos, así que contaba con cierto conocimiento y ni qué decir tiene que no había olvidado que aquella enfermedad era el odioso enemigo que mató a su madre. Sin embargo, ¿qué sería eso de «literatura selénica»? Se quedó parado frente a aquellos volúmenes. Alargó una mano con el temor de quien se toca una herida. Miró la última página de los datos y vio que era la primera edición, impresa el 1 de octubre de 2019. Un año antes de que él naciera. Contenía tanto relatos como novelas cortas con el común denominador de pertenecer a autores selénicos. Al leer por encima el prólogo del editor, supo que casi todos eran escritores *amateurs*, aislados en centros de tratamiento. Los selénicos, cuando están en el periodo en torno a la luna llena, se encuentran pletóricos de fuerza física y de ánimo, en un grado que rara vez puede alcanzar el resto de la gente.

Se puede decir que es un estado parecido al de los maniacodepresivos y ellos mismos lo definen como que «no pueden estarse quietos». Eso, en algunos casos, se traduce en episodios de violencia o de extremado apetito sexual, pero en otros estimula el deseo creativo, y alumbran obras literarias, pictóricas o musicales. Según el redactor de aquel prólogo, hubo cierto autor que, cada vez que llegaba la fase de plenilunio, era capaz de escribir una novela larga llenando más de mil hojas cuadriculadas de las que se usan para manuscritos. Las obras en sí que producían por lo general eran

toscas y disparatadas, pero entre ellas había también piezas excelsas que brillaban con luz propia y no se debían descartar.

En la mayoría de estas últimas se proyectaba la fuerte sombra de sus propias vivencias a partir de que contrajeran la enfermedad. Eran novelas cortas o de longitud intermedia, con carácter autobiográfico, que los autores intentaban escribir eludiendo los momentos de euforia propios de los días en torno a la luna llena para otorgarles una cierta lógica. Y en eso consistía la «literatura selénica».

Toga pidió prestado el libro y, como quien se asoma a un oscuro agujero al que hasta entonces ha dado la espalda, en el orfanato se fue sumiendo poco a poco en su lectura. Cada uno de aquellos relatos le removía el corazón y le resultaba doloroso leerlos. Cuando se trataba de la separación de un hombre y una mujer, de la separación de dos amigos, de la separación de dos contagiados o, sobre todo, la separación entre padres e hijos sentía escozor al leer las descarnadas palabras con que se describía y más de una vez tuvo que cerrar el libro a la mitad para esperar a que su ánimo se calmara. Por supuesto que aquellas historias no describían solo separaciones entre seres queridos. Se hablaba también del apartamiento forzoso de la familia u otros parientes, del apartamiento forzoso del colegio o del lugar de trabajo, o de las personas del vecindario. Ya desde antes de la reforma de la Ley de Prevención de la Selenesis que acometió el Partido de Salvación Nacional, los selénicos eran apartados de la ciudad como con unas pinzas, y se quedaban sin lugar a donde ir, hasta que, como si fuera lo que en realidad deseaban, terminaban por agachar la cabeza y dirigirse ellos mismos a los centros de tratamiento.

Leyese la obra que leyese, al terminarla sentía la tristeza de la condición humana, la impotencia ante la vida, y durante un tiempo era incapaz de ninguna otra reacción. Entre aquellas obras, le resultó particularmente inolvidable una de extensión media y carácter autobiográfico, *La Luna llama*, escrita por la poetisa y pintora Motoka Sugai, por coincidir en varios puntos con sus propias

experiencias. Cuando ella tenía siete años, no quedó sino internar a su padre en un centro de tratamiento para selénicos y, dos años después, su madre, que ya estaba contagiada, sufrió un brote violento y en su primera experiencia con la fase aguda murió por septicemia. Un año y dos meses más tarde, finalmente aparecieron síntomas en la propia Motoka y, aunque consiguió sobrevivir, fue internada en un centro de tratamiento para menores de la prefectura de Nagano. Por entonces ya había fallecido su padre en otro centro de tratamiento, incapaz de superar la fase de lucidez durmiente. A los diez años, Motoka se encontró por completo sola. Su madre, en el lecho de muerte, le había hablado así a su hija, ya contagiada aunque sin haber sufrido todavía ningún brote: «Papá y mamá tienen que marcharse antes, pero te esperaremos en la Luna. Todos los que padecemos selenesis, al final viajamos a la Luna, así que el ambiente allí es muy animado».

La niña sabía que aquello era mentira, pero asintió mientras lloraba. Por entonces ya sabía que existían mentiras que hay proteger entre todos, como un objeto frágil.

Una vez en el centro de tratamiento de menores, cada vez que llegaba la luna nueva todos entraban en la fase de lucidez durmiente y moría un amigo tras otro. Había grandes diferencias entre cada cual, pero se decía que, por término medio, el porcentaje de fallecimientos durante cada uno de estos periodos era del tres por ciento. Es decir, que si había cien selénicos en un centro de tratamiento, con cada luna nueva morían tres. O también puede decirse que si existiera un dado con cien caras, en tres de ellas habría dibujado un esqueleto. En las otras noventa y siete caras pondría: «Por esta vez te perdono». Los selénicos tenían que echar ese dado cada vez que llegaba la luna nueva. Hasta que muriesen.

A Motoka le gustaban los dibujos, y a los trece años, en la fase de luna llena, de pronto un día, como un demonio que se quita la careta, se sintió extrañamente animada, cogió un cuaderno de dibujo y unos lápices de colores y comenzó a dibujar. Aquella Luna tan animada de la que le habló su madre. Primero dibujó en ella a su

padre y su madre y después, cada vez que algún compañero del centro los dejaba, iba añadiéndolo al paisaje. La personalidad que comenzaba a despertar en ella la impelía a hacerlo. Todos iban muriendo, apagándose como rescoldos sin atender. Una muerte incomparablemente tranquila, acaecida en un rincón apartado del mundo. Los cuerpos eran incinerados en el propio centro de tratamiento y nadie acudía a reclamar los restos, que eran introducidos en una urna que luego se colocaba en una sala al efecto, formando un rebaño de almas silenciosas. No quería terminar así, pero al final todos iban allí. Sentía ganas de gritar que desperdigaran de una vez sus cenizas por la montaña o por el mar, pero los selénicos, aun después de convertirse en cenizas, seguían sufriendo rechazo y se decía que sus restos ensuciarían la tierra o el agua. Motoka se propuso que al menos ella no olvidaría a todos aquellos compañeros que iban muriendo sin una queja durante la luna nueva, e iba dibujándolos a todos, pero, obviamente, eso solo podría continuar mientras ella viviera. Cada vez que se acercaba la luna nueva, se acostaba atemorizada, pero por fortuna ella tenía suerte en el juego de dados y continuaba ganando. Meses y meses, años y años, superaba el periodo de lucidez durmiente. Cuando volvía a abrir los ojos, en el fondo de su todavía seminublada consciencia aferraba aquel rayo de luz que le decía: «Otro mes más que vivirás». Sin embargo, lo que venía tras aquel alivio inicial era la siguiente preocupación: «¿Quién habrá muerto esta noche? ¿A quién me tocará dibujar ahora?».

Más adelante, basándose en este libro de dibujos, Motoka pintó sobre madera la serie de obras titulada *Treinta y seis paisajes selenitas: el viaje sin fin de las ballenas selenitas*. Durante uno de sus periodos de lucidez durmiente, tuvo un sueño en el que aquellos que se fueron a la Luna viajaban montados en el lomo de una ballena selenita que nadaba por el desierto y desde entonces quedó fascinada por dicha imagen. Un mundo muy animado y a la vez teñido de locura, en el que una manada de ballenas selenitas nadaba sin fin llevando selénicos a sus espaldas. Un mundo en el

que parecía haberse detenido el tiempo, o quizá un mundo en el que siempre se repetía la misma escena como si funcionase mediante un mecanismo de relojería, con un sol abrasador, un cielo negro como la laca y un blanco desierto... En algunos puntos había dibujado también algunos árboles, pero nunca se mecían, sino que eran rectos, como un cristal de forma rebuscada. Aparte, había algunas casas de colores muy variados, pero no daban la sensación de que si uno intentaba poner un pie en ellas descubriría que eran un decorado pintado sobre una tabla con las tripas secas al descubierto. En cuanto a las expresiones de la gente o de las ballenas, mostraban una tensión y una vacuidad de aire ambiguo y aunque dentro de la obra parecían estar divirtiéndose de diversas maneras, unos por aquí y otros por allá, daba la impresión de que era una diversión forzada. Para ella, el mundo lunar que significaba el destino final de los aquejados por la enfermedad no era el paraíso en el que quería hacerle creer su madre.

IV

La primera noche de luna llena en que, ya convertido en selénico, Toga salió a la calle, fracasó en su intento de acostarse con una mujer y, en cambio, lo que apareció ante él fueron unos hombres robustos. Cuando uno se convierte en instructor del Departamento de Higiene, por lo visto adquiere hábitos nocturnos para adaptarse a los selénicos. Dos instructores acudieron a ponerle esposas y grilletes y después lo sacaron de su cuarto individual para meterlo en otra habitación del mismo edificio. La extensión sería de algo más de quince metros cuadrados y lo único que había era una mesa de acero con un ordenador encima junto con dos sillas metálicas fijadas al suelo. Detrás de la mesa estaba sentado el mayor de los tres hombres que apresaron a Toga irrumpiendo en el hotel. Detrás de él, se situaba de pie un instructor treintañero, apoyado contra la pared y con una porra eléctrica en la mano. El hombre mayor, de cuello como el de un jabalí y corpachón un tanto grueso, tenía unas orejas espachurradas como las de un jugador de *rugby* y el blanco de sus ojos destacaba mucho, con un aire de desconfianza tal que parecía estar diciendo que no creería nada ni aunque uno contase la pura verdad. El hombre de detrás debía de tener más o menos la misma estatura que Toga y unos ojos tan inexpresivos que se dirían pintados, sin posibilidad de intuir lo que estaba pensando. Ambos exhalaban prepotencia, sin una brizna de compasión o simpatía por personas que padecían enfermedades incurables y que tampoco aparentaban tener fe en un futuro feliz en el cual se hubiera erradicado la enfermedad. En otras palabras, eran como perros de

presa que se dedicaban a cumplir con la cantidad justa de trabajo que correspondiera a la ración de la escudilla diaria que les daban. Toga tuvo la repentina impresión de que el trabajo de instructor era la tabla de salvación de los policías que habían causado algún problema. Lo cierto es que esta habitación a donde le habían traído era como una de esas salas de interrogatorio que salen en las series policíacas de la televisión y lo que comenzaba no era sino eso, un interrogatorio.

Conforme a lo que le preguntaron, Toga pormenorizó el comienzo de sus síntomas y las personas con las que se relacionaba a diario. Le preguntaron si tenía alguna idea de cuándo y quién le contagió, pero contestó sinceramente que no. Los instructores no parecían tener demasiado interés en ese punto y es que, pensando en el largo periodo de incubación del virus de la selenesis, resultaba lógico. El hombre de cuello de jabalí dijo que era deber de todo ciudadano dar parte inmediatamente al Departamento de Higiene cuando uno se supiera contagiado.

«Tú, por no haberlo hecho, eres un delincuente y por lo visto estás disgustado porque estorbamos tu diversión, pero la cosa es que el mayor motivo por el que tenemos que tratarte sin miramientos reside en ti mismo. Encima, a pesar de saber que te habías convertido en un selénico, has tenido la desfachatez de ir a un local de prostitución, ignorando el riesgo de contagiar a una mujer. Además, parece que también el hecho de que buscases un contacto carnal siguiendo los dictados de tu lujuria es una grave infracción del noble espíritu que guía a la Ley de Prevención de la Selenesis reformada. En conclusión, en un caso tan doloso de selénico como el tuyo, es muy posible que seas trasladado a un centro de tratamiento con condiciones mucho peores. Por ejemplo, alguno de Hokkaido, donde, a saber por qué, el porcentaje de muertes durante el periodo de lucidez durmiente parece ser bastante alto. En otras palabras, aunque de por sí la vida de los selénicos es corta, la idea de sitios como ese es hacerla más corta todavía».

Hacía ya mucho tiempo que Toga se encontraba sumido en una profunda desgana, pero ahora, como si aquellos dos instructores lo agarraran por la cabeza y lo empujaran hacia abajo para hundirlo, todavía más. Lo único que podía hacer era asentir con un «entiendo» en voz apagada. Que le enviaran a una u otra parte dependía en exclusiva del Departamento de Higiene y no le parecía que tuviera mucho sentido oponerse. Si decían que había quebrantado la ley, lo propio sería llamar a un abogado, pero en estos tiempos de gobierno del Partido de Salvación Nacional, los abogados que se alzaban en nombre de los derechos humanos estaban todos entre rejas y de por sí la condena para todos los selénicos era idéntica: cadena perpetua.

Sin embargo, a juzgar por el tono del hombre de cuello de jabalí, flotaba en el ambiente cierta intención de posponer la conclusión, de manera un tanto imprecisa. A pesar de la actitud ominosa que mostraba, de vez en cuando daba rodeos con palabras cautelosas del tipo de «en principio» o «por regla general». Toga escuchaba con cierta extrañeza, preguntándose a dónde querría ir a parar a aquel hombre, cuando este, mirando unas imágenes que aparecieron en la pantalla del ordenador, le preguntó de pronto:

—Por cierto, que eres dan de kendo, ¿no? Durante el Bachillerato llegaste hasta tercer dan.

Los danes debían de quedar registrados en el Centro de Información Nacional y seguramente los centros de amparo o los de trabajo podían efectuar consultas. Sin embargo, aquel tema estaba fuera de lugar. ¿Qué pasaba porque fuera tercer dan? Y más extraño todavía resultaba que su tono no fuera el de una mera charla. Es más, parecía estar diciendo «pasemos al grano». Por primera vez se sintió realmente sentado frente a aquel hombre.

—Desde que dejé el Bachillerato, no he vuelto a practicar ni una vez... —contestó confuso.

—Cuando estabas en tercero de Bachillerato, en los combates individuales entre colegios conseguiste el tercer puesto. Es un gran resultado.

Toga pensó que debía de haber oído mal. ¿Un gran resultado? Y además el protector facial dejaba entrever que lo decía con una suave sonrisa, como intentando congraciarse con él.

—Eres joven, sano y de buena complexión —prosiguió el hombre.

Toga ya había dejado de asentir. Salud, desde luego, ahora no tenía. ¿Lo diría en broma? Sin embargo, un chispazo de comprensión se encendió en su cerebro. Sin duda se trataba de trabajos forzados. Para los centros de tratamiento, no era cuestión de dejar que los pacientes de selenesis se convirtieran en una carga sin más propósito que holgazanear mientras esperaban la muerte. Según el programa de anuncios gubernamentales que se emitía, en los vastos terrenos de los centros de tratamiento había huertos y arrozales, granjas de aves, pocilgas y demás. Decían cosas como que, para que los internos pudieran llevar una vida sana, era imprescindible que estuvieran en contacto con la madre naturaleza y que realizasen una cantidad adecuada de trabajo. En realidad, se trataba de que, para cubrir gastos, se esperaba de aquellos centros que se autofinanciaran. Los selénicos no iban a alimentarse de niebla, como los santos ascetas y lo cierto es que no eran pocos quienes se alegraban de poder mover el cuerpo desempeñando un trabajo como campesinos. Durante la semana que abarcaba el periodo de luna nueva, todos los selénicos caían un estado de baja actividad, por lo que resultaban inútiles como mano de obra, pero si se exceptuaban esos periodos, podían trabajar como cualquier otro, con la única particularidad de que el día y la noche se invertían. Además, según la luna iba engordando, sus capacidades físicas aumentaban a ojos vistas hasta llegar a su cénit en la noche de luna llena. Por eso no le quitaban las esposas y los grilletes a Toga, ni el instructor soltaba su porra eléctrica.

Sin embargo, ¿dónde estaba la necesidad de traer a colación sus resultados de kendo o su forma física para anunciarle algo tan evidente como el trabajo que tendría que realizar en el centro? Sin duda, tenían intención de encargarle un trabajo diferente, más

pesado que el resto. Quizá tareas de minería, ante las que alguien normal saldría huyendo a la menor oportunidad o quizá una labor de pesca en mares lejanos... El hombre de cuello de jabalí, como si hubiera percibido el olor de la sospecha que embargaba a Toga, desplegó una sonrisa más falsa todavía y, girando la pantalla del ordenador hacia él, le dijo:

—Echa un ojo a esto.

En el monitor aparecía un lugar parecido a un estadio de competiciones deportivas iluminado por centelleantes luces. No era tan amplio como un campo de béisbol o uno de fútbol, pero debía de celebrarse allí algún espectáculo muy interesante, dado que los asientos del público, que se distribuían en tres pisos, estaban casi todos ocupados. Al parecer las imágenes habían sido montadas con habilidad, combinando los puntos de vista de cámaras en diferentes puntos, de manera que el espectador pudiera captar el aspecto global del espectáculo. Se veían unos drones volando, así que el conjunto debía de incluir también planos aéreos tomados por ellos. En un rincón de los asientos de los espectadores se habían instalado dos paneles gigantes con monitores enfrentados en los que una elegante belleza de impostada sonrisa decía algo acompañándose de movimientos corporales y de manos, posiblemente algún anuncio del Gobierno. El rostro le sonaba a Toga de algo y probablemente era una de las apodadas «chicas de salvación», que se rumoreaba que ejercían como prostitutas de lujo para los altos cargos del partido.

Durante unos segundos, apareció un primer plano de una luna llena, tan nítida como si la tuviera frente a sus narices. Sobre los asientos de los espectadores había un techo, pero el campo de forma ovalada quedaba a cielo descubierto. O quizá fuera más exacto decir que por las noches el techo era un cielo negro. Al igual que en el Budokan o en el estadio Kokugikan, el techo iba convergiendo en el centro, de manera que el espacio de la abertura era más estrecho, pero aquí se daba la extraña particularidad de que

el campo y los asientos de los espectadores estaban completamente separados por una valla de una especie de resina transparente. Era igual que si el campo fuera la pecera gigantesca de un acuario, pero, por supuesto, no estaba llena de agua. Ni tampoco es que hubiera allí un campo de tenis ni un *ring* circular de sumo. El campo consistía sencillamente en un amplio espacio vacío como el de las plazas de toros. La mayoría de los espectadores llevan colgado del cuello algo parecido a unas gafas de realidad virtual, así que debían de tener intención de ver también a través de aquello lo que iba a acontecer, fuese lo que fuese.

De repente, cambió la imagen con la cámara yendo hacia un rincón de las gradas de los espectadores. Había una cabina circundada por paredes y cristales que aparentaba ser la tribuna de autoridades. Dentro de ella, se veía cerca de una docena de espectadores, y entre ellos estaba el mismísimo Hiraku Shimojo, presidente del Partido de Salvación Nacional y «nuestro eterno primer ministro». El hecho de que Shimojo se hallara presente indicaba que seguramente aquel estadio era una instalación del partido, edificada con posterioridad al desastre sísmico. Quizá los espectadores eran también todos miembros del partido o familiares suyos. Fuera cual fuera el espectáculo que iba a comenzar, no se veían espectadores alborotados ni dispuestos armar bullicio con pancartas o megáfonos, lo cual era un indicio más que apuntaba a alguna clase de ceremonia del partido.

La pantalla cambió a un primer plano de Shimojo, que, rodeado por sus adláteres, lucía una sonrisa de satisfacción como si el mundo fuera suyo. Como correspondía a alguien que de joven había trabajado de modelo y actor, a pesar de su edad seguía manteniendo unas facciones bien marcadas y sus dientes relucían con la blancura de un retrete. Llevaba el pelo como aplastado, de un gris que él denominaba «romance grey», se cubría el robusto cuerpo con un traje de rayas azul marino y adornaba el conjunto con una corbata dorada, que era su «marca distintiva». El joven guapo y delgado que se sentaba a su derecha era Gen Shimojo, su segundo

hijo varón, y la chica de la izquierda debía de ser su tercera hija, Aika, que hacía dos o tres años se había casado con el presidente del Fondo Nacional. Solo con los reconocidos oficialmente, Shimojo contaba con un total de siete hijos, pero por lo visto no se encontraban todos en aquella tribuna de autoridades. En cambio, no resultaba extraña la ausencia de su esposa Nene, puesto que era lo habitual. Se rumoreaba que Nene estaba harta del furor sexual y del mal gusto de su esposo, e incluso que, cada vez que debía representar el papel de esposa feliz, Shimojo tenía que comprarle a cambio una casita en el extranjero.

Durante un instante, se vio sentado junto a Gen Shimojo a un hombre con gafas, que a Toga le pareció Hayao Himura, jefe de la Policía Especial de Salvación Nacional, inseparable de Shimojo. Himura era hijo de un primo de Shimojo y hay quien decía que su designación para el cargo había sido una especie de broma de Shimojo. Al parecer lo decían por el parecido del apellido con Himmler, el jefe de la Gestapo, policía secreta de la Alemania nazi. También se decía que Shimojo le obligaba a llevar el flequillo echado hacia atrás y gafas redondas con montura delgada, de manera que recordase todavía más a Himmler. Probablemente no se trataba de ninguna broma de Shimojo, sino de bromas de una población insatisfecha con la dictadura. Ciertamente, Himura no parecía ninguna lumbrera. Era menudo, siempre con cara de estar sorprendido, hablar torpe y voz chillona, con un aspecto que no impresionaba a nadie. Además, su rostro era liso, el mentón casi inexistente y se reían de él diciendo que parecía un dedo pulgar con gafas. Sin embargo, Shimojo apreciaba mucho la buena memoria, y un día le oyeron elogiarlo así: «El hombre ese no olvida nada. Seguro que se acuerda hasta de lo que cenó hace treinta años». Himura ganó con holgura en un programa de televisión patrocinado por el Gobierno frente a una serie de jóvenes de la cúpula del partido y que consistía en recordar la posición de una serie de cartas desplegadas boca abajo. Cuando le preguntaron en la entrevista posterior dónde estaba el secreto para la victoria, contestó: «Bueno,

todo el mundo tiene al menos un punto fuerte». Le preguntaron en broma qué había cenado treinta años antes en ese mismo día y dijo con expresión impertérrita: «En casa siempre cenábamos curri los miércoles». Pues bien, la adoración que sentía ese Himura por Shimojo resultaba tan desaforada que la gente decía de él: «Si Shimojo dijera que está cansado, se pondría a cuatro patas delante de él para que se sentase; si dijera que tiene sueño, se tumbaría para hacerle de almohada, y si dijera que quiere ir a mear, abriría la boca». Se conserva una filmación donde él mismo declaraba con ojos centelleantes: «A menudo se ríen de mí tildándome de burócrata innato y cosas similares, pero creo que el primer ministro sí que es un político innato. Un hombre como no hay otro entre cien millones». En su calidad de hombre que consiguió que la odiada Pesal extendiera su red de vigilancia hasta la aldea de pescadores más remota, se convirtió en un símbolo del estado policial y solo el primer ministro le superaba en volumen de críticas y sátiras.

Pero, dejando eso aparte, de vez en cuando la cámara enfocaba a un hombre plantado a solas en el centro del campo del estadio, un hombre que llamaba la atención por su extraña y altisonante figura. Debía de contar entre cuarenta y cincuenta años y llevaba envuelto en torno al cuerpo una especie de túnica blanca, igual que si un elegante sacerdote de la Antigua Grecia o del Imperio Romano se hubiera perdido en el camino, yendo a parar a ese lugar. La túnica dejaba entrever debajo una malla metálica anillada, en las muñecas llevaba brazaletes de oro y plata y se calzaba con unas sandalias altas de tiras de cuero entrelazadas en red. La mitad inferior del rostro estaba cubierta por una imponente y poblada barba y se cubría con un gorro alto adornado con hilos de oro. En la mano izquierda aferraba un palo alargado parecido a un báculo coronado por una punta metálica. No obstante, a pesar de llevar una facha tan desacorde con los tiempos, en la oreja izquierda llevaba un auricular blanco por el que debían de estar dándole instrucciones, porque asentía levemente de vez en cuando y contestaba por el micrófono adjunto. Fuera quien fuera aquel hombre, parecía claro que era el

protagonista de lo que iba a suceder a continuación. Antes de que Toga pasara de esta reflexión, de pronto el hombre agarró con más fuerza el báculo, adelantó un paso firmemente con cada pierna e, hinchiendo el pecho, comenzó a hablar con voz jovial y estridente por el micrófono, como un oráculo que da la buena noticia que el pueblo aguardaba.

—Estimado público, disculpen la larga espera. A continuación, tendrá lugar el primer combate de la Copa Shimojo. ¡Damos comienzo a la tercera competición!

Al llegar ahí, la cámara fue alejándose hasta ofrecer una panorámica total del estadio. Durante un momento pareció que la imagen se oscurecía, pero al instante siguiente brotó un baile de luces de vivos colores, con focos entrecruzados en todas direcciones. La arena del campo, que hasta entonces había parecido insípida, se transformó en un espacio deslumbrante que rebosaba animación. Surgieron unas figuras tridimensionales, probablemente hologramas aéreos, de guerreros de la Antigüedad, como si acabasen de ser fabricados en un instante con la arena del campo. Finalmente, aquellas figuras arrodilladas se pusieron en pie sin que se moviera ni un hilo de sus trajes. Aquellos guerreros, cerca de una docena, se cubrían con armadura y casco rojos y eran tan inexpresivos como la piedra. Se alinearon en dos filas, una de cara a la otra, como un comité de recepción que aguardase a que alguien pasara entre ellos. Comenzó a sonar una música machacante, que acentuaba el ritmo y los tonos bajos ofreciendo una atmósfera de salvajismo, lo cual levantó un entusiasta aplauso del público. Los focos se concentraron en una esquina del campo, como si quisieran abrasar la arena. En una parte de la valla que circundaba el campo había una puerta de barrotes rojos rodeada de recargados ornamentos y, cuando la abrieron de par en par hacia el lado de la arena, salió una figura humana que caminó entre las dos filas de guerreros hasta plantarse en medio con la cabeza alzada en posición retadora. Acto seguido, paseó una mirada no menos desafiante entre los espectadores, sin olvidar rincón alguno. El público, como si hubiera estado esperando

el momento, estalló en gritos y aplausos, pero el hombre mantuvo su actitud altiva, sin variar un ápice la expresión.

Entonces, el sacerdote de la túnica blanca, con la pomposidad de un anunciador de *ring* de boxeo, volvió a vociferar.

—¡Por la puerta roja ha salido Akira «Barbarroja» Okajima, 28 años, 184 centímetros, 102 kilos, del Centro de Formación n.º 4! ¡Catorce victorias, tres derrotas, dos empates, tercer puesto en la decimosexta Copa Shimojo!

El hombre al que llamaban Okajima también presentaba un aspecto tan estrafalario que se desorbitaban los ojos. Parecía un gladiador de la Antigua Roma que no terminaba de encontrarse cómodo en una película de ciencia ficción de serie B. Portaba un reluciente casco color plateado, una espada desnuda de hoja ancha en la mano derecha y en la izquierda un escudo rectangular de superficie curva. El brazo derecho, desde el hombro hasta la muñeca, estaba cubierto por un guantelete metálico a modo de cota de malla, y lo mismo las pantorrillas. En torno a los riñones, se envolvía con una prenda de color rojo y bordados de hilo de oro, que se ceñía con un recio cinturón de cuero de ostentoso broche metálico. Por el contrario, el musculoso pecho y el prieto vientre estaban al aire, mostrando varios tatuajes exagerados. Debía de haberse untado el cuerpo con aceite, porque relucía con aire siniestro bajo los focos. Además, sus carnes rojas presentaban infinidad de abultadas cicatrices y cualquiera diría que bajo su piel serpenteaban otras tantas lombrices. Aunque el hombre se cubría con un casco, el rostro lo tenía recubierto por una máscara transparente de algún tipo de resina que dejaba ver su barba distintiva teñida de rojo. El hombre tenía cierto aire de desfachatez y adelantaba el mentón como si quisiera morder a alguien. Mientras avanzaba un paso tras otro, alzaba los brazos acompasándolos al ritmo de la música, avivando los gritos y los aplausos del público.

El hombre caminaba por el pasillo formado por los guerreros de la Antigüedad mientras imitaba los movimientos de alguien que va derrumbando un enemigo invisible tras otro con su lanza, hasta que

llegó al centro del campo. A continuación, los focos iluminaron el lado contrario al de la puerta roja, donde había una puerta idéntica de color azul. Se veían allí unos guerreros con cascos y armaduras azules, aparecidos a saber cuándo, que, al igual que los anteriores, formaban un pasillo portando lanzas y escudos. Después de unos momentos de silencio, comenzó a sonar una música ensordecedora, tipo *trash metal*. Incluso Toga, que no era precisamente un experto en música, se dio cuenta de que era una versión con arreglos de la *Quinta sinfonía* de Beethoven, *Destino*. Al tiempo que se desencadenaba aquella algarabía, entró en escena otro hombre no menos altivo, que avanzaba con pasos lentos. Su rostro era todavía más fiero que el del hombre anterior y enseñaba los dientes cual bestia salvaje mientras retorcía el cuello como si quisiera removerse los músculos que formaban una coraza en su tronco.

Entonces volvió a retumbar la voz del anunciador.

—¡Por la puerta azul llega Hideto «Acala» Wakisaka, 32 años, 188 centímetros, 120 kilos, del Centro de Formación n.º 1! ¡Quince victorias, dos derrotas, un empate, semifinalista en la decimosexta Copa Shimojo!

Este hombre era tan ampuloso como el anterior, pero su armamento e impedimenta diferían, con lo que resultaba más grotesco todavía. En la mano derecha llevaba un gran tridente y en la izquierda una red de cuerda con un lastre para poder ser lanzada. En el pecho tenía tatuada una figura humana de aspecto diabólico, rodeada de rojas llamas y con una espada en la mano derecha, y acompañada de la frase «Acala, dios de la destrucción». El hombre despertó el griterío de la multitud esgrimiendo teatralmente el tridente y la red con gran habilidad mientras avanzaba hacia el centro del campo. Los dos hombres se miraron un tiempo con ojos feroces, manteniendo una distancia de unos cinco metros. Después, comenzaron a moverse en círculo cual dos estrellas gemelas que se llevaran como el perro y el gato. Por lo visto, ambos se disponían a entablar combate. Si aquella espada y aquel tridente no eran de

opereta, lógicamente empezaría a correr la sangre y, en el peor de los casos, podrían matarse entre ellos...

Toga iba comprendiendo. Los dos hombres del espectáculo eran selénicos. En las noches de luna llena, cuando las capacidades físicas y la vitalidad alcanzan su punto álgido, se les proporcionaban armas y se ofrecía aquel teatro donde se enfrentaban a muerte. En otras palabras, se trataba de una de esas caras diversiones que idean los tiranos para matar el aburrimiento. Pensándolo bien, era de todos conocido que a Shimojo le gustaban los espectáculos de lucha. Su pasión por ellos debía de ser extraordinaria, ya que se decía que había invitado a campeones de boxeo en las cuatro categorías o a campeones olímpicos de yudo a cenar en su residencia oficial, denostada con términos como «el palacio del desastre sísmico» o «el castillo levantado mientras el país se hunde», yendo a buscarlos personalmente. De por sí, el propio primer ministro era cinturón negro cuarto dan de yudo y por la televisión emitían a menudo imágenes suyas de joven lanzando por los aires a contrincantes mucho más corpulentos. Además, circulaban también rumores de que Shimojo, al igual que muchos emperadores romanos, era bisexual y cierta teoría apuntaba a que no elegía como guardias personales más que a efebos similares a las esculturas griegas. Quizá el espectáculo que estaba a punto de comenzar nacía de un retorcido deseo de ver cómo ante sus propios ojos corría la roja sangre fresca de las heridas infligidas en los bellos músculos de unos cuerpos desnudos.

Antiguamente, en muchos países se creía que los selénicos eran inmortales durante los periodos de luna llena. En Europa decían que si se les cortaba un brazo, les crecía otro, y que si se les cortaba la cabeza, les salía igualmente otra; en China, al parecer, existía la leyenda de que si se les cortaban ya fueran cien o mil trocitos de carne, surgían tantos selénicos nuevos como trocitos de carne hubiera. Por eso, a los selénicos atrapados en noches de luna llena no los llevaban a la hoguera hasta que no hubiera finalizado dicho periodo. Por supuesto que se trataba de supersticiones. No crecían

nuevos brazos, ni siquiera un dedo, y si les cortaban la cabeza, morían.

Sin embargo, era un hecho indiscutible que en los periodos en torno a la luna llena, en especial la noche del plenilunio, la vitalidad de los selénicos se incrementaba hasta un punto anormal. En un famoso vídeo filmado en algún lugar remoto de África, se ve cómo el cuerpo decapitado de un selénico se levanta y, después de caminar unos diez metros con torpe paso, se cae de golpe como si por fin hubiera comprendido que ha muerto. En cuanto a la cabeza, también permaneció un tiempo abriendo y cerrando la boca, moviendo los ojos para mirar a aquellos que acababan de matarlo. Toga también había visto otro vídeo donde ataban a un selénico durante el periodo en torno a la luna llena y le enterraban vivo en un hoyo. Sorprendentemente, cuando al día siguiente lo desenterraron, al principio estaba inmóvil como si hubiera muerto, pero después le echaron agua por encima y comenzaron a patearlo hasta que, poco a poco, volvió a respirar. Quienes lo enterraron se echaron a reír a carcajadas al ver aquello y, para mayor espanto, volvieron a enterrarlo vivo en la siguiente fase de plenilunio. En aquella ocasión lo desenterraron dos días después y fueron repitiendo la operación desenterrándolo cada vez más tarde, hasta que, cuando ya pasó cinco días enterrado, no resucitó más. La gente que lo desenterró debía de ser de esos que se ríen aunque se caiga un palillo de la mesa, porque volvió a hacerles una gracia tremenda. Probablemente ninguno de aquellos vídeos eran montajes. Entre los grupos terroristas se puso de moda esa clase de diversión, a la que llamaban «acabar con los malos espíritus» y se dedicaban a atrapar selénicos para grabar todo el proceso en vídeo.

De pronto resonó con gran estruendo algo que sonaba como un gong y las imágenes tridimensionales de los guerreros ataviados de rojo y azul se convirtieron en relucientes puntitos brillantes que ascendieron en el cielo nocturno para desaparecer. Se abría el telón del sangriento combate. Los dos hombres debieron de estar luchando, como mucho, veinte minutos. Ambos eran profesionales.

La tensión del combate iba creciendo lentamente conforme al despliegue de las tácticas en que estaba especializado cada uno. El sonido que hacían espada contra tridente, red contra escudo, al enzarzarse, reverberaba incesante. Al principio parecía que ambos actuaban según el estilo de combate que debía de existir en la época que representaban, pero poco a poco esa coordinación se iba desmoronando y, al final, la espada, la red y el tridente terminaron por impactar sobre los entrenados músculos. Entonces, comenzó a correr la sangre. A veces brotaba en forma de chorro, a veces era una pegajosa corriente que corría sobre los músculos y a veces empapaba la arena como si se tratara de una ofrenda. El público seguía las incidencias ya mirando directamente al campo, ya mirando los gigantescos monitores instalados en las gradas. Aparte, debían de existir cámaras diminutas en los cascos de ambos combatientes, puesto que parte del público usaba las gafas de realidad virtual para disfrutar del combate con un punto de vista subjetivo. Cada vez que la espada, el tridente o la red herían la carne del contrario, el público aullaba de alegría.

Los combatientes no se asustaban de ver su propia sangre. El ardor del público, la tensión que producían los filos desnudos y, sobre todo, la ebullición de la sangre característica del plenilunio conseguían despedir al otro extremo de la noche cualquier asomo de miedo, aplazando durante un tiempo la sensación de dolor. La espada y el tridente debían de ser muy pesados. Y lo mismo el escudo o la red. No podía ni compararse con el sable de bambú del kendo. Sin embargo, aquellos hombres manejaban las armas como si fueran livianas. Si a una persona corriente le hicieran empuñar aquellas armas, sin duda sería incapaz de hacer más que un par de torpes y aburridos pases. En cambio, aquellos dos, con los hombros subiendo y bajando como si respirasen con ellos, atacaban con la velocidad del rayo buscando un descuido del contrario y no se cansaban fácilmente. Obviamente, era el resultado de un intenso entrenamiento, pero más que eso se trataba, sin duda, del incremento de las capacidades físicas que regalaba la selenesis.

Finalmente, quien quedó victorioso sobre la arena fue aquel Wakisaka que salió por la puerta azul con el tridente y la red. El hombre de la barba roja quedó con la cabeza atrapada en la red del otro y, tras varios golpes de tridente, terminó por caer al suelo. La enorme pérdida de sangre le había hecho desmayarse. Unos hombres con atuendos siniestros salieron por otra puerta pintada de negro y subieron al hombre derrotado a una camilla decorada cual ataúd del infierno, y lo sacaron ensangrentado del campo. Probablemente no había muerto, pero Toga no pudo ni imaginarse cuánto tiempo tardaría hasta que pudiera empuñar una espada de nuevo.

El victorioso Wakisaka alzó el rostro vigorosamente y, lanzando un grito tras otro, recorrió la arena pavoneándose para arrancar nuevas aclamaciones de las gradas. Con las toscas facciones reluciendo por la alegría y el sudor, nada permitía detectar en él ni el más leve atisbo de aflicción por haber sido obligado a luchar. ¿Sería solamente que el incremento de la agresividad del periodo en torno al plenilunio conseguía la superación del miedo a la muerte o quizá también el deseo de gloria le había movido a empuñar las armas por propia voluntad? Se supone que los *berserkers* que aparecen en la mitología nórdica ataviados con pieles de animal luchaban realmente como fieras enloquecidas. Nada más lógico que se sostenga que también ellos eran selénicos. ¿Serían sus luchas como la que acababa de presenciar en la arena?

Cuando Toga terminó de ver las imágenes y alzó el rostro, su mirada se encontró con la del hombre de cuello de jabalí. Parapetado tras el protector facial, el hombre entrecerró insidioso los ojos y torció la comisura derecha de los labios. Parecía que por una parte le divertía ver animales enjaulados, pero por otra sentía también una brizna de lástima. Sus ojos hablaron con elocuencia. «Has entendido, ¿no? Sabes lo que eran esos dos, ¿verdad? Y lo que eres tú». Toga había comprendido. Y también que pretendían que él hiciera lo mismo. Le

decían que, para solazar el aburrimiento que embargaba al tirano, su figura tenía que ser incluida en aquel gran rollo ilustrado rebosante de locura.

—Al parecer hay que participar en treinta combates —dijo el hombre de cuello de jabalí —. Ganes o pierdas, si luchas en treinta combates, se te permite retirarte. Y, además, cada vez que ganes un combate, puedes acostarte con una mujer. Ya sabes, uno de esos seres vivos como el que fracasaste en abrazar esta noche...

V

De todos aquellos vídeos que le hicieron de pequeño, el que más le gustaba a Toga era uno en el que se le veía jugando con pasta de papel junto a su madre. Era, inconfundiblemente, él a los tres años. Como un demiurgo, iba creando con la pulpa de papel una figura tras otra, con apariencia de diversos animales. Un elefante, una jirafa, un león, un pingüino… Aquellos pegotes de pasta blanca estaban moldeados de una manera extremadamente tosca, pero lo curioso es que bastaba con que aquel niño de escaso vocabulario les pusiera nombre para que uno les encontrara ciertamente algún parecido. Kayo se alborozaba con los resultados y cada vez que el niño terminaba una figura se reía a carcajadas y lo elogiaba diciendo: «¡Muy bien, muy bien!». Justo debía de ser la época en que su esposo la había abandonado por aquella joven, pero Toga nunca había visto a su madre tan feliz. Por culpa de haber visto multitud de veces el vídeo, terminó con la sensación de que realmente recordaba lo sucedido aquel día, el momento en que vio a su madre más feliz que nunca.

En el trato con los demás o en los deportes, Toga solía mostrarse torpe, pero en lo tocante a su habilidad manual no puede decirse que se tratara de una mera ilusión fruto del deseo materno. Cuando estaba en cuarto curso de la Escuela Primaria, en la hora de manualidades fabricó una figura de arcilla consistente en un soldado montado a caballo, que fue muy ponderada e incluso acudieron de otras clases para verla. Pero, aparte de la arcilla, también era muy bueno en papiroflexia y en dibujo. Al igual que le sucedía cuando

practicaba kendo, se enfrascaba en cualquier cosa que estuviera haciendo y le gustaba la sensación que experimentaba cuando, al alzar de pronto la vista, se encontraba con que había transcurrido un largo tiempo. En el Bachillerato escogió la rama técnica y dentro de esta la especialización de Arquitectura. De ahí procede el hecho de que a la hora de buscar trabajo se decidiera por aquel taller de carpintería.

Toga comenzó a trabajar en la Carpintería Inada, ciudad de Mino, prefectura de Osaka, en la primavera del 2039. La principal labor del taller era la fabricación de muebles de encargo para establecimientos de hostelería y similares. Contaba con un total de dieciocho empleados y Toga fue el único nuevo que entró en ese momento. El que entró antes que él le sacaba cuatro años de edad. El dueño le dijo a Toga algo tan poco tranquilizador como que, últimamente, cada vez que contrataba a alguien, lo dejaba enseguida y por eso no quedaba ningún contratado reciente. Los primeros tres años los pasó de aprendiz, con todo el mundo alrededor diciéndole «haz esto, haz aquello», como un buey al que van tirando del morro. Sin embargo, cuando pensaba en la dureza de los largos años practicando kendo o en el asfixiante ambiente de la vida en el orfanato, adquiría confianza para poder aguantar lo que fuera.

El dueño actual de la carpintería era la tercera generación al cargo del negocio, un hombre ya cercano a los cincuenta años y su esposa trabajaba allí en tareas administrativas. Tenían una hija y después un hijo menor que ella. De joven había trabajado en Nagano, en un taller de guitarras, pero cuando el dueño de segunda generación cayó víctima de una hemorragia cerebral, optó por prorrogar el negocio familiar. Era de baja estatura, pero complexión fuerte y su mentón cuadrado parecía resaltar lo terco de su carácter. Era muy mal hablado y se ponía a gritar cada dos por tres, pero no era rencoroso y poseía un carácter campechano. Como suele suceder con los artesanos de pura cepa, iba al taller también en los días festivos y trabajaba a solas, sin hablar palabra, en tal silla o cual

mueble que iba a presentar a un concurso. Al dueño le encantaba repetir de vez en cuando: «Los detalles que se ven son la alegría del cliente y los que no se ven, el orgullo del artesano». Si se consigue proporcionar un acabado bello a esas partes que el cliente no ve, permanecen luciendo para siempre en el fondo de la memoria. Según decía él, «para quien no consiga disfrutar de esas cosas, el trabajo de artesano carecerá de significado».

Sin embargo, el dueño no era un hombre tan formal como para mantenerse al margen de las diversiones. Cuando Toga cumplió los veinte años, el dueño, como quien no quiere la cosa, le preguntó de repente: «Oye, ¿tú te has acostado alguna vez con una mujer?». Tras dudar un poco, le contestó turbado que no y entonces el dueño le llevó al proceloso barrio de diversiones de Umeda, a un local donde pudiera, en sus propias palabras, «hacer lo que hay que hacer». Se hallaba acongojado junto al dueño en la sala de espera del local de captación de clientes cuando entró una mujer de vestido chillón y maquillaje muy recargado que pidió ir a un hotel en las cercanías. El jefe de Toga le despidió con una sonrisa maliciosa y, al salir a la calle, la mujer se cogió de su brazo y, ladeando la cabeza, le preguntó con voz sensual: «¿Te molesta?». Toga se apresuró a negar con la cabeza mientras se sentía como si ya no tuviera los pies en tierra. Todo apuntaba a que la mujer era una conocida de su jefe, ya que en sus comentarios hablaba de él como «el dueño» o le preguntaba a Toga si era «su discípulo». Toga, por su parte, contestó afirmativamente con voz ahogada y entonces, cuando la mujer comentó «qué vergonzoso eres», enrojeció hasta las orejas a pesar de su aspecto de hombretón. Por norma, se suponía que estaba prohibido el sexo con penetración, pero por lo visto el jefe había arreglado las cosas previamente y en la habitación de aquel *love hotel* un tanto sucio Toga perdió felizmente la virginidad. Y aquella experiencia tan poco acorde con su personalidad se convirtió a la postre en el motivo de que, ya convertido en selénico, se viera apresado por el Departamento de Higiene.

Con todo, la persona con quien Toga se sentía más próximo era con el dueño de segunda generación, que se retiró del cargo tras sufrir la hemorragia cerebral. Al igual que el dueño de tercera generación, era de cuerpo corto y recio, con una mirada que transmitía firmeza. El eje de su carácter permanecía inalterado, y aunque su cuerpo se tambaleara, su espíritu no. Por mucho que se hubiera retirado, debía de sentir nostalgia por el olor de la madera, ya que, aun sirviéndose de un bastón, acudía casi a diario al taller y se quedaba viendo cómo trabajaban los demás artesanos. Era muy impaciente y al parecer le gustaba ayudar a los demás, con un carácter de esos que hacía que le resultara imposible no dar su opinión; así que empezaba a decir que si el ángulo de la garlopa, que si el manejo de la máquina tal, dando todo tipo de indicaciones al novato Toga, preocupándose por él.

Por las secuelas de la hemorragia cerebral, la pierna izquierda había perdido movilidad, pero las manos del anterior dueño todavía eran fuertes y conservaban su habilidad. Cuando encontraba un trozo de madera accesible, lo analizaba desde todos los puntos de vista y, si le convencía, sacaba del bolsillo una gastada gubia y, sin hacer ninguna marca previa de tinta en la madera, empezaba a tallarla. Aunque se tratara de una madera dura, tipo arce o nogal, sabía desbastarla sin mayor dificultad. Sin utilizar formones ni escoplos, solo con aquella gubia, al final conseguía realizar su talla, por lo que eran realmente lo que se llaman «tallas de un solo filo». Como estaba muy acostumbrado a esos trabajos, si se trataba de una talla pequeña, podía terminarla en media hora. Por lo visto algunas de las tallas eran figuritas de animales o insectos para divertir a los niños, pero una vez que todos los nietos crecieron hasta esa edad en que se vuelven fríos y jactanciosos, se centró en la talla de figuras humanas. El anterior jefe las llamaba «budas». A decir verdad, eran pocas las que hacían mudras o tenían el pelo en circulitos enrollados en espiral, pero sus expresiones con los ojos entrecerrados y suaves sonrisas ciertamente recordaban a las de los budas. Su aspecto general era bastante rudimentario, muchas

conservaban las marcas hechas durante el tallado y, por utilizar terminología pictórica, tenían un diseño conciso y simple. De vez en cuando, parecía cometer algún error, porque de pronto gritaba: «¡Ay! Se me ha ido la mano». Según él, existía un límite a la hora de hendir el filo en la madera y si se traspasaba, la figura perdía las características necesarias para ser un buda; y que por más que luego se intentara arreglar con nuevos cortes, ya no había nada que hacer y sonaban como meras excusas.

Hasta entonces Toga no había sentido el menor interés por las imágenes budistas, pero quedó asombrado por la habilidad del antiguo dueño. Esto era muy diferente de los objetos de arcilla con que se divertía de pequeño. Si cometías un fallo, el buda sangraba. Pidió prestado el cuchillo y probó a imitar lo que hacía el otro, pero no le salía nada bien. Tal y como decía el anterior dueño cuando se equivocaba, todas las tallas que intentaba hacer eran como un rosario de excusas. Pero más que eso, el problema residía en que carecía de una visión de lo que quería tallar. Aun así, el anterior dueño debía de haber descubierto que iba por buen camino, ya que le prestó un grueso volumen de fotografías del monje budista Enku. Para empezar, Toga ni siquiera sabía que a comienzos del periodo Edo había existido un monje llamado Enku. En sus peregrinajes recorrió desde Hokkaido por el norte hasta la región de Kansai por el sur y, según cierta teoría, solo con una macheta podadera esculpió cerca de ciento veinte mil figuras budistas. Las crónicas dicen que nació en 1632 y falleció en 1695, a los sesenta y cuatro años, cuando, al parecer, se enterró por propia voluntad para momificarse en vida. Aun cuando durante treinta años hubiera tallado todos los días, eso significa que habría hecho cuatro mil figuras al año. Y si dividimos esas cuatro mil entre trescientos sesenta y cinco días, nos salen unas once figuras al día. Considerando que se trataba de alguien que pasaba el día recorriendo las regiones en sus peregrinajes, solo podría alcanzar esa cifra si tallaba al tiempo que caminaba. Seguramente se trataba de una cifra exagerada, pero también es cierto que, como opinaba el anterior dueño, existe el

refrán «el genio se forja con la cantidad». Dejando aparte si la cifra de ciento veinte mil es cierta o no, puesto que se conservan más de mil figuras suyas, no cabe duda de que fue un autor muy prolífico.

Mirando el volumen de fotografías prestado, Toga advirtió que en él se mezclaban trabajos muy bastos con otros excelentes y lo mismo unos resultaban fascinantes que otros eran simplemente torpes. También existían diferencias muy grandes en el estilo, y la impresión general era que las más modernas poseían mayor vigor y mejor gusto. Árboles vivos, árboles secos, troncos caídos, tocones, trozos de madera, leña… Seguro que Enku sabía ver imágenes budistas en el interior de todos ellos. Si la madera con que contaba era delgada, tallaba un buda finito, si en cambio estaba curvada, tallaba un buda en una postura que se ajustara a la curvatura. Quizá pensara que, al igual que las almas no pueden escoger el cuerpo humano donde se van a alojar, los budas tampoco podían elegir en qué madera se alojarían. Sin embargo, a diferencia de los mortales ordinarios, siempre insatisfechos independientemente del cuerpo en el que nazcan, la cualidad búdica de sus personajes hacía que nunca perdieran la sonrisa, nacieran donde nacieran. Como si estuvieran plenamente satisfechos con las cartas que les habían tocado, agradeciendo una y otra vez a Enku que los hubiera tallado. Si uno miraba a la gente con quien se cruzase con esos ojos, se creería que todos habían nacido de un vientre de madera y que eran como tallas andantes que todavía no habían pasado por las manos de Enku.

Sin embargo, lo que más tocó la fibra sensible de Toga al conocer la obra de Enku fue un suceso acontecido cuando era niño. Según decía, Enku había sido un bebé criado sin padre y, además, a los siete años perdió a su madre en unas inundaciones. Toga había perdido a su padre a los tres años, cuando los abandonó, y a su madre a los cuatro, cuando enfermó de selenesis. Se le ocurrió la extraña idea de que, en ese sentido, superaba a Enku.

VI

En el Antiguo Testamento, dentro del Libro de Daniel, consta el siguiente párrafo:

«Fue expulsado de entre los hombres, y vivió comiendo hierba como los bueyes, con el cuerpo empapándose del rocío del cielo, hasta que el pelo le creció como el plumaje de las águilas y las uñas como las garras de las aves».

Se refería al rey de Babilonia, Nabucodonosor II. En general, se considera que este es el texto más antiguo que existe acerca de un caso de selenesis. También en la película de Hollywood *Nabucodonosor*, estrenada en 2024, se presentaba al rey como alguien que vagabundeaba afectado por las fases lunares. Ebrio de poder y haciendo gala de una extremada soberbia, incurrió en la cólera divina y fue transformado en selénico durante siete años. Erraba por campos y montañas como una bestia. La descripción de «comiendo hierba como los bueyes», ciertamente recordaba a los selénicos. Entre dichos enfermos, era frecuente que durante los días en que la luna gibosa iba engordando les diera por comer hierba desaforadamente, como las vacas o los caballos, aunque también había otros que optaban por la carne. De hecho, también estaban los que les daba por comer tierra o mordisquear piedras o tiza e incluso algunos echaban un sorbo de gasolina o keroseno. Cuando antiguamente en Japón se encerraba a algún selénico en un calabozo de esos con esteras de tatami, se contaba que a veces se comían el estucado de la pared hasta abrir un boquete por el que se fugaban, y esa clase de episodios aparecen con cierta frecuencia en

obras de ficción de antaño. En cuanto a lo de «su pelo le creció como el plumaje de las águilas», se cree que se refiere al aumento del vello corporal, y «las uñas como las garras de las aves» aludiría al endurecimiento de estas. Lo cierto es que entre los selénicos se dan casos en que, cuando se van incrementando los años que cargan con la enfermedad, aumenta el vello corporal y el grosor y la dureza de las uñas, en mayor o menor medida según cada cual.

Siendo así, uno siente ganas de darse una palmada en la rodilla y exclamar un «¡claro!» ante la teoría de que Nabucodonosor padecía selenesis. Con todo, él, tal y como le anunció Dios, recuperó su estado normal siete años después, volviendo a ejercer su labor como rey de Babilonia. Si realmente hubiera sido un selénico y la cita del Libro de Daniel que reza: «Yo, Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta» se refiriera a la curación de la enfermedad, no parece posible que se tratara de dicha dolencia. Puesto que, aunque en la actualidad sí se han inventado muchos fármacos antiselenesis, incluso en el año 2048, cuando Toga desarrolló la enfermedad, se consideraba incurable y todos la temían en grado sumo como una tragedia mortífera que despertaba la compasión hasta de la mismísima Muerte.

En el invierno a caballo entre el 2047 y el 2048, se desencadenó una epidemia de gripe mucho más virulenta de lo acostumbrado. También la Carpintería Inada se vio afectada, y tuvieron que guardar cama un empleado administrativo y un carpintero. Cierto día, ya al atardecer, Toga comenzó a sentir un poco de fiebre y un anormal cansancio, por lo que le dijo al jefe que creía que quizá también él se había contagiado. Entonces, en lugar de quedarse más tiempo, como de costumbre, se marchó a su hora. El jefe le dijo que en el camino de vuelta se pasara por el hospital, pero se limitó a asentir de modo impreciso y se marchó en su bicicleta como siempre. No tenía intención de acudir al hospital. Estaba convencido de que, tomando los medicamentos que le recetaran, la diferencia en recuperarse sería de un día, como mucho. Además, hacía poco, se había puesto el parche vacunador que se suponía eficaz para

prevenir el agravamiento de la enfermedad, por lo que se confió pensando que al final no sería gran cosa. Por añadidura, al día siguiente comenzaba el fin de semana, por lo que su idea era que bastaría con que aguantase de una forma u otra sábado y domingo.

Sin embargo, lo que realmente temía Toga era que en el hospital le dijeran que lo suyo no era gripe. Si la prueba de gripe resultaba negativa, la mayoría de los hospitales, siguiendo las directrices de prevención que impartía el partido, recomendaban «enérgicamente» a los pacientes hacerse la prueba de selenesis. Y si, por una posibilidad entre mil, daba positivo, en ese mismo momento se daba parte al Departamento de Higiene y se decidía proceder al aislamiento. Pero aun cuando uno rechazase hacerse la prueba, decían que de todas maneras informaban de ello al Departamento de Higiene y se presentaba en casa un instructor con un kit de pruebas al que había que dejar pasar. En otras palabras, que si un selénico iba a un hospital era como si una fiera saltase por sí misma dentro de la jaula. En esos casos, el enfermo era internado un tiempo en algún centro de amparo temporal del Departamento de Higiene y después se veía trasladado a uno de esos campos de concentración que llamaban «centros de tratamiento», donde tenía que pasar el resto de su vida encerrado.

Hasta entonces Toga había contraído gripe dos veces. La primera vez a los once años y la segunda a los dieciséis. En ambas ocasiones cruzó por su cabeza la posibilidad de que fuera selenesis, pero como coincidió con periodos en que tanto en la escuela como en el orfanato se daban muchos casos de gripe, no llegó a preocuparse en serio. Sin embargo, ahora… En el fondo de su corazón sentía cómo iba calando una inquietud que se extendía como una mancha de sangre negra.

Desde hacía nueve años, Toga vivía en un viejo apartamento de una sola habitación más una cocina de una zona residencial que quedaba a quince minutos en bicicleta de la carpintería. Para ir a trabajar no utilizaba autobuses ni trenes. De momento, solo había dos afectados por la gripe en el taller. Y no le pareció que en los días

previos a la baja por enfermedad tosieran o estornudaran con frecuencia. Además, para la fabricación de banquetas de madera de bubinga, que era a lo que se dedicaba ahora, no trabajaba en un lugar donde tuviera contacto con un número indeterminado de compañeros. Si se tratara de gripe, ¿cuándo y dónde hubiera podido contraer el virus? Mientras pedaleaba hacia su apartamento, se supone que debería ir entrando en calor, pero en cambio lo que sentía era un frío que le llegaba hasta el tuétano. Solo con subir las escaleras hasta el tercer piso donde estaba su apartamento acabó jadeando y tenía una jaqueca tan fuerte que se diría que le estaban apretando las sienes con unas manazas. Se midió la fiebre y comprobó que, tal y como esperaba, era alta, 38,3 grados, pero si el termómetro tuviera boca, seguramente le habría dicho que el asunto no había hecho más que empezar. Decidió abrigarse bien y acostarse. No le quedaba ninguna otra opción.

Según avanzaba la noche, subía la fiebre y cuando se levantó tambaleante para ir al retrete, la orina que brotó parecía agua caliente. Sentía un dolor sordo en las articulaciones y comenzaba a escocerle la piel por todas partes. Adoptase la postura que adoptase, le costaba dormirse y a lo más que alcanzaba era a repetir una serie de intervalos de duermevela, viendo rechazada tajantemente la posibilidad de un sueño profundo. En tal estado, se alternaban en su cerebro escenas o ideas fragmentadas que no conseguía discernir si eran sueños o fantasías, como si hubiera hundido la cabeza en un enloquecido caleidoscopio. Veía un paisaje de secos valles y enormes montañas formado por una manta marrón con varios pliegues o le parecía que estaba sujeto con tiras de cuero sobre la tabla de la carpintería donde avanzaba la sierra circular. Aquellas absurdas imágenes iban y venían sin parar, sucediéndose unas a otras.

Cuando se despertaba de una de aquellas cabezadas, sentía que tenía el cuerpo cada vez peor, le costaba un esfuerzo tremendo incluso mover un solo dedo y temía volver a tomarse la temperatura. Por su corazón cruzó la escalofriante idea de que a lo mejor iba a morir. Si estuviera en el centro de acogida infantil, por lo menos

habría algún vigilante nocturno que escucharía sus últimas palabras; pero ahora que vivía solo, parecía bastante probable que muriese sin que nadie se diera cuenta. Seguramente, hace veintitrés años su madre experimentó el mismo terror y por eso llamó ella misma a una ambulancia. ¿Sería consciente entonces su madre de que su enfermedad no era una gripe? ¿Pensaría en la eventualidad de la selenesis?

Si por una posibilidad entre mil se tratara de selenesis, Toga carecía todavía más de una idea acerca de cómo se habría contagiado. El arco temporal del periodo de incubación de la selenesis era anormalmente amplio, e iba desde un par de semanas hasta diez años. Incluso decían que había portadores que nunca llegaban a experimentar un brote. Si se remontaba diez años atrás, había infinidad de ocasiones en que podían haberle contagiado. Si tuviera un historial amoroso, su contraparte sería la primera persona de quien sospecharía, pero Toga aun no poseía más experiencia sexual que la de las profesionales con quienes le había llevado varias veces el jefe para echar una cana al aire. Quizá le hubiera contagiado una de aquellas mujeres o quizá alguno de esos compañeros de Bachillerato o del trabajo que se pasaban el día estornudando ostentosamente.

¿Qué sucedería si se hallara enfermo de selenesis? Si llamara a una ambulancia como hizo su madre, aun cuando salvara la vida, al ser dado de alta en el hospital le llevarían directamente a un centro de amparo del Departamento de Higiene. Y después, ya fuera el centro de tratamiento que fuera a donde le trasladasen, tendría que pasar allí el resto de su vida sin volver a salir al exterior, a menos que durante ese tiempo se desarrollara algún medicamento de efectos milagrosos. Y nadie sabía cuánto tiempo significaba «el resto de su vida». Algunos se morían en la primera luna nueva, pero también se comentaba que hubo un caso en Francia donde una mujer contagiada vivió cincuenta años más y murió de vieja. En cualquier caso, podía decirse que los selénicos eran condenados a muerte, convertidos en juguete de ese ejecutor llamado luna nueva.

Acostado en el futón, abrió los ojos de repente. En el mismo instante, todo su cuerpo volvió a sentir el doloroso peso de la carne. Giró la vista hacia el reloj despertador y vio que los blanquiazulados rayos de luna que penetraban por un resquicio de las cortinas iluminaban el aparato. Las cuatro y dieciocho minutos…

Después, con la mente aturdida, miró hacia el recibidor y entonces le asaltó una sensación de extrañeza, pero no conseguía identificar a qué se debía. Había algo que no era como antes. ¿Dónde estaría la diferencia? De pronto se dio cuenta. Se trataba de la inusual claridad. Y no era que la luz del recibidor estuviera encendida. Debería de encontrarse a oscuras, pero por algún motivo distinguía claramente la ranura del buzón en la puerta y el paraguas de plástico que descansaba a su vera.

Toga recorrió temeroso la habitación con la vista. El abrigo de plumas colgando de una escarpia clavada en el dintel de la pared, las tallas de madera alineadas en las estanterías, el dibujo de unos juncos o similar en los paneles correderos... A pesar de que no había más iluminación que los rayos de luna que se filtraban por la cortina, veía las cosas con tanta nitidez que daba un poco de miedo. Llevaba nueve años durmiendo en aquella habitación, pero ahora descubría en ella un nuevo rostro nocturno que le señalaba sin palabras el nombre de la fatídica desgracia.

«¡Selenesis! Como temía, he contraído la selenesis. Me he convertido en un selénico».

Con la quietud circundante, sintió como si su sangre se fuera retirando hacia el confín de la noche. Durante un tiempo, su corazón pareció flotar en el vacío, temblando extraviado como el cadáver de un ahorcado en el bosque, incapaz ya de agitarse. ¿Cuánto tiempo transcurriría así? Finalmente, desde el fondo de su estupefacta alma, afloró a la superficie una estrofa del poema *Zangetsu*: «Bailamos errantes por las calles nocturnas, ardiendo, con los ojos brillando y lamiéndonos los dientes».

Dicen que, en los periodos en torno al plenilunio, los ojos de los selénicos pueden ver en la noche como los gatos. «Ahora caigo, ya

he resuelto un interrogante», se dijo. «Cuando mi madre llamó a la ambulancia, sin duda ya era consciente de que había contraído la selenesis, porque había visto la "deslumbrante noche" y temblado de miedo ante ella».

Por lo visto, la proporción de selénicos que, una vez producido el brote, fallecía durante los periodos agudos era de un diez por ciento, pero esa cifra se refería a los casos que estaban bajo tratamiento. Si se dejaba a los enfermos tal cual, los que morían eran uno de cada cuatro. La mayoría de los que morían eran niños o ancianos, y en casos como el de Toga, un joven sano de veintisiete años, se supone que eran pocos los agraciados con «el premio sorpresa». A la vez que intentaba tranquilizarse con esa idea, parte de su ánimo se entregaba al autoabandono y se decía que, ya puestos, mejor morirse cuanto antes. En el caso de su madre, existiría cierto apego a la vida por no dejar solo a su pequeño hijo, pero ese hijo ahora no tenía a nadie de quien cuidar. Ni tenía ningún objetivo que cumplir en la vida ni ningún contrincante a quien derrotar. Sin darse cuenta, con el tiempo se había forjado en su corazón la idea de que se hallaba solo por completo y ahora de repente se volvía plenamente consciente de dicha realidad al aflorar a su piel. Mirando con detenimiento su insípida habitación, se dio cuenta de que no había nada que le avergonzase en caso de que lo viera un tercero y que podía abandonar el lugar en cualquier momento. Es más, se encontraba listo también para abandonar este mundo en cualquier momento y, de hecho, le parecía que quizá siempre lo había estado.

Se incorporó lentamente gimiendo por el dolor de las articulaciones. Al hacerlo se mareó y tuvo que esperar unos momentos hasta que cielo y tierra volvieron a estar en su sitio. La cabeza le pesaba como un saco de arena, y sentía como si en cualquier momento se le fuera a caer de los hombros. Salió del futón y se arrastró hasta la ventana que daba al balconcito. Agarrándose al marco, consiguió ponerse en pie a duras penas. Jadeante, descorrió un poco las cortinas y el mundo de la noche iluminado por

los rayos de luna se abalanzó sobre él rebosando una anormal claridad. En el cielo del oeste vio la luna centelleante y en un acto reflejó entrecerró los ojos deslumbrado. El astro se hallaba tan crecido que apenas debían de faltar dos o tres días para el plenilunio. Una vez más recordó los versos de aquel poema. «Nuestras lunas están vivas, respiran y palpitan». La luna que había visto hasta entonces era como un círculo liso que hubieran recortado sobre un telón negro, carente de vitalidad, pero la luna que veía esa noche al alzar la vista al firmamento parecía extrañamente carnosa y, ciertamente, daba la impresión de que respiraba.

Todavía se hallaba extenuado y a punto de derrumbarse, pero mientras miraba a la luna tuvo la impresión de que su consciencia comenzaba a expandirse rápidamente. Antes de darse cuenta, brotó en su interior el deseo de salir a la calle. Quería recorrer hasta hartarse las calles de la ciudad iluminadas por la luna. Cuando estaba en Secundaria, en la clase de Lengua le hicieron memorizar las primeras líneas de *Senda hacia tierras hondas*, de Matsuo Basho y todavía se las sabía. Había un pasaje que decía: «Con el corazón trastornado por la divinidad incitante, invitado por las tallas de piedra junto al camino, avanzo como hechizado». Le pareció que ahora comprendía su significado. El hecho de que los selénicos deambularan de noche se debía a que habían sido poseídos por esa divinidad incitante que era la luna. Recordó que en aquellos volúmenes de antología de literatura selénica varios autores insistían en preguntarse a sí mismos si la etimología de la palabra «luna» no sería «posesión»[19].

VII

Toga dedicó el sábado a luchar contra el «alunizaje». Sentía ganas de vomitar, pero tanto el estómago como los intestinos estaban tan vacíos como un tubo hueco y, aunque se abrazara al retrete, solo salían jugos gástricos entre amarillentos y rojizos. Temiendo deshidratarse, se obligaba a beber agua, pero tanto la orina como la diarrea de agua presentaban un extraño color rojizo, como si contuvieran sangre mezclada. Cada vez que se miraba al espejo, se veía las mejillas caídas y el rostro ceniciento, la pura imagen de una vida que se va consumiendo. Cuando consiguió convencerse de que sobreviviría un poco más fue ya cerca de la madrugada del lunes. El dolor de las articulaciones remitió porque la fiebre le bajó a 39 grados. Pasadas las nueve, telefoneó a la carpintería y fue la mujer del dueño quien respondió a la llamada. Le comunicó que padecía una fuerte gripe y que deseaba tomarse libre ese día y el siguiente. Ella se ofreció a llevarle algo de comer y ver qué tal se encontraba, pero lo rechazó. La mujer era una persona franca y jovial, sin doblez alguna, y durante esos nueve años se había preocupado de corazón por Toga al ver que carecía de padres, y le había ayudado en muchas cosas. Le dolía tener que mentirla, pero no quedaba otro remedio. Si le confesaba que había contraído la selenesis, la cosa no se reduciría al alboroto que se iba a montar en el taller. Una vez que entraba en su conocimiento, surgía el «deber ciudadano» de denunciar el caso al Departamento de Higiene. Antes que saborear la desventura de ser denunciado por los compañeros del trabajo,

resultaba preferible encaminarse decididamente por su propio pie hacia el Departamento de Higiene.

Al llegar el atardecer del lunes, la fiebre ya había bajado a 37 grados y por fin le entró algo de apetito. Comió pan mojado en leche caliente. Pasado un tiempo, volvió a tener hambre y entonces se ventiló un poco de pollo frito, dos mandarinas y un yogur ya caducado. Por primera vez en tres días, puso la tele y el sonido le pareció anormalmente alto, por lo que se apresuró a bajarlo. Estaban emitiendo un drama policíaco que desconocía y, como le dio la impresión de que los personajes se dedicaban a parlotear alargando sin necesidad la situación, le resultó forzado y cambió enseguida de canal. Sin embargo, le sucedía lo mismo con todos los programas. Ya se tratara de actores, de presentadores o de cómicos, todos hablaban de manera que prolongaban irritantemente la escena. Por probar, se conectó a una plataforma especializada en animación y puso una película a velocidad de 1,75. Por primera vez en su vida le pareció que aquella era justo la velocidad ideal de visión para él, la que siempre hubiera querido. En los periodos en torno al plenilunio, la mayoría de los selénicos se sienten nerviosos, intranquilos y es frecuente que hablen atropelladamente. Lo decían en los programas informativos del Departamento de Higiene y así constaba también varias veces en la antología de *Obras maestras de la literatura selénica japonesa*. Sus ojos podían ver en la oscuridad, se aguzaba también el sentido auditivo y la rapidez del pensamiento. Unas y otras capacidades eran un regalo de los periodos en torno al plenilunio, pero, como mucho, duraban solo esa semana. Y, a cambio, había que pagar un interés muy alto en la semana que tenía por centro la luna nueva.

Hacía ya tiempo que el sol se había puesto, pero mantenía la luz de la habitación sin encender. Una única vez había probado a encenderla, pero el resplandor que emitió la bombilla led le pareció tan descarnado que casi resultaba de mal gusto, y enseguida la apagó. Descorriendo del todo las cortinas, penetraba la callada luz de luna, más que suficiente, que llegaba a todos los rincones

necesarios y con esa claridad no necesitaba más. En el cielo del este, sobre la negruzca masa montañosa que se extendía hacia los lados, ascendía una voluptuosa luna suavemente teñida de rojo.

Acorde con la recuperación del cuerpo, le acometió un hambre feroz y no dejaba de atacar la nevera. Sin embargo, no era solo el apetito lo que se le había despertado. Mientras iba devorando todo lo que encontraba a mano, se puso a ver una película tras otra, pero en una escena en que la protagonista se quedaba por la noche en ropa interior para después zambullirse en un lago, de pronto le sobrevino un salvaje deseo sexual que le sorprendió. Su mirada se quedó clavada en las suaves curvas que dibujaban las nalgas de la chica. Si agarrase con ambas manos aquel rollizo culo, se le hundirían los dedos en la lisa carne blanca… Al momento sintió cómo su entrepierna se iba poniendo en tensión. No se trataba de una escena especialmente erótica. No había allí ningún intercambio sexual y ni siquiera se veían los pechos de la chica. Simplemente había salido durante un momento la imagen de espaldas de una joven en ropa interior. Pero, a pesar de ello, todo su cuerpo rebosaba de un ardor sexual tan salvaje como no había experimentado nunca y, sin exagerar, la sensación le causó un mareo.

Por lo general, Toga estaba acostumbrado a refrenar su deseo sexual. Hasta que dejó el orfanato, siempre había vivido en habitación compartida, por lo que incluso para entregarse a la masturbación tenía que preocuparse por las miradas ajenas. Para que un niño con el sentido de la vergüenza habitual en su edad pueda entregarse a dichas prácticas en un orfanato es necesario ser muy persistente e ingenioso, y tales esfuerzos a Toga le fastidiaban. Aun cuando se toqueteara la entrepierna, muchas veces renunció a eyacular por temor a manchar los calzoncillos. Y, conforme esa clase de situaciones se iban repitiendo, decidió que era mejor apartar el pensamiento del deseo carnal, o mejor dicho adquirió la costumbre de renunciar a él. Para cuando comenzó a vivir solo, esa costumbre ya se le había calado hasta los huesos y no se libró de ella.

Entonces, ¿cómo explicarse lo que estaba pasando? Solo por echar un vistazo al culo de una mujer enfundado en unas bragas se le había grabado la imagen a fuego en el cerebro y le avivaba insistentemente sus bajas pasiones. Era un hecho conocido que, con independencia de la época y la latitud, los selénicos ocasionaban con cierta frecuencia episodios de violencia sexual en el periodo en torno a la luna llena. Recordaba haber visto en la televisión del orfanato, en sus tiempos de Secundaria, la noticia de un selénico que, cada vez que llegaba el plenilunio, se dedicaba a robar una cantidad de lencería femenina tal que casi ni podía cargar con ella y finalmente apareció muerto por agotamiento encima de una montaña de ropa interior acumulada en su casa. Teruichi se rio diciendo que era como una hormiga que hubiera muerto sobre una montaña de azúcar. Todos rieron al oír el comentario, pero Toga había perdido a su madre por selenesis y le costó forzar la sonrisa. Resultaba difícil creer que aquello hubiera sido el verdadero deseo del selénico de la noticia. Simplemente, era incapaz de dejar de hacer lo que hacía. También se dio un caso en que, en una noche de plenilunio, un hombre que viajaba en el Shinkansen amenazó con un cuchillo de pelar fruta a una pasajera, la obligó a ir a los servicios y allí la violó. Dicen que cuando llegó la policía a la carrera, delante de ellos comenzó a soltar imprecaciones sobre la dictadura entre sonoras risotadas y finalmente, con un tajo brusco, se cortó el cuello y murió.

Mirando unas escenas de dibujos animados, Toga se masturbó por primera vez en muchos meses. En el instante de la eyaculación, sintió unas oleadas de placer desconocidas y, sin poder evitarlo, profirió un fuerte gemido mientras su cuerpo se sacudía violentamente. Se supone que con eso el cuerpo debía relajarse al haber satisfecho su deseo, pero la excitación de sus venas persistía y necesitó descargar energía una segunda vez. Por fin el deseo sexual remitió, pero sentía como si el cuerpo se estuviera preparando para una nueva subida de la marea que ya notaba próxima. Cerró las cortinas e intentó dormir, pero se encontraba tan lúcido como si en

vez de ojos poseyera dos lunas llenas, hasta el punto de que le pareció como si ya hubiera gastado todo el sueño que necesitaba dormir en la vida. La excitación propia del periodo en torno al plenilunio y el temor hacia el destino que le aguardaba a partir del día siguiente, le hablaban sin recato, cada cual por una oreja, magreándole el corazón. Ya no podía concentrarse ni en películas ni en dibujos animados y se quedó sentado frente al ordenador sin saber qué hacer. No conseguía relajarse en ningún rincón de la habitación ni encontrar una manera de distraer su ánimo.

Por fin, tomando una determinación, se levantó y se paró frente a las estanterías. Con todo, en aquellas estanterías solo había libros en la balda más baja de todas. El resto estaban ocupadas por las figuras de madera que él mismo había tallado, todas apretujadas. Todas ellas las había hecho solo con una macheta, aprovechando los trozos de madera sobrantes de la carpintería y lo mismo había animales como mamíferos, aves o peces que imágenes religiosas a imitación de las que talló Enku. Ahora que ya había dejado el kendo, la única afición que tenía era la talla de maderas que le había enseñado el anterior dueño y si en aquel insípido apartamento existía algo que oliese a humano, a calidez, eran las tallas que ocupaban las estanterías. Hace unos tres años le mostró al anterior dueño unas cuantas que en su opinión no estaban del todo mal y él lo elogió con estas palabras: «Ya te salen mucho mejor que a mí». Sin embargo, no se olvidó de añadir algo que sonaba a ironía: «De hecho, son demasiado buenas». El anterior dueño tenía razón. Ciertamente, había mejorado mucho su técnica, pero se notaba su molesta tendencia a domeñar la madera mediante la técnica. Primero se representaba mentalmente lo que quería hacer y después lo reproducía tal cual, y eso resultaba aburrido. Cuanto más se acostumbraban sus manos a tallar, más resaltaba la vulgaridad de sus ideas. Así, entre unas cosas y otras, llevaba cerca de un año sin conseguir tallar ninguna figura apreciable y la macheta con que trabajaba se le atascaba con frecuencia. Para empezar, si en el

transcurso del tallado no podía imbuir a la figura de algún elemento ajeno a él mismo, ¿tenía algún sentido tallar?

Cogió un trozo de madera de caoba de tamaño mediano y se puso a pensar mientras lo iba girando entre las manos. «Tú no eres ningún genio, así que no tienes por qué imaginarte diseños complejos», se dijo a sí mismo. No debía empeñarse en obligar a la madera a adaptarse a sus ideas, sino que debía avanzar en el tallado prestando oídos también a lo que le dictase la madera. Se trataba de aceptar los fallos y las irregularidades, disfrutando con cada incisión de las formas que brotasen de la madera. De pronto, se le ocurrió hacer una talla de Ryomen Sukuna. Se trataba de un enigmático personaje que supuestamente apareció en la región de Hida en los tiempos del emperador Nintoku. Según el *Nihon shoki. La narrativa del imperio divino*, poseía dos caras, cada una mirando hacia un lado, y cuatro brazos, pero posiblemente se trataba de algún señor feudal de provincias que rechazaba someterse a la autoridad del emperador y por eso se le denigró representándolo como un demonio. Recordaba haber visto en aquel libro la talla que realizó Enku del personaje y, a pesar de que se trataba de un monstruo, lucía la acostumbrada sonrisa de sus obras. No era una sonrisa piadosa y apacible, sino la sonrisa entre amarga y severa de quien se ha prometido luchar hasta el fin de sus fuerzas. Para Enku, que legó una gran cantidad de figuras budistas a la región de Hida, seguramente Ryomen Sukuna no era ningún demonio, sino un valeroso guerrero rebelde. Los selénicos, al igual que Ryomen Sukuna, tenían dos caras opuestas. El rostro del periodo centrado en la luna llena y el rostro del periodo centrado en la luna nueva. Y, de la misma manera, la gente se apartaba de ellos como si fueran monstruos. Para su primera talla después de transformarse en selénico, ¿podría existir un modelo más adecuado que Ryomen Sukuna?

Aquella noche, Toga se sentó en el suelo, junto a la ventana y, bañado por la luz de la luna, se puso a tallar ensimismado. Mientras estuviera tallando, dejaría de bambolearse en su cerebro el culo de

aquella mujer y tampoco temblaría de miedo pensando en los días por venir. Podría abstraerse de todo mientras iba apareciendo entre sus manos la figura de Ryomen Sukuna. Conteniendo su impaciencia, tallaba saboreando cada incisión. Le pareció que la madera era consciente de cómo debía ser modelada y él avanzaba a tientas intentando captar esas directrices. En un momento dado, aunque la figura era todavía rudimentaria y agreste, se percató de que no convenía seguir tallando. Cuando tuvo ante sí la obra completa, ya pasaban de las cuatro de la mañana. Como escultura, resultaba más bien pequeña, pero vista a la luz de la luna, con unos marcados contrastes entre las partes oscuras y las iluminadas, la figura de Ryomen Sukuna desprendía un halo de tensa determinación, de desbordante valentía. De todas las obras que había realizado en estos nueve años, esta era, sin duda, la más sobresaliente. La figura, sentada en una roca con las piernas cruzadas, presentaba dos de los brazos empuñando espadas y los otros dos con un arco y una flecha respectivamente. El rostro de la derecha lucía la sonrisa vigorosa y excitada de las noches de plenilunio y el de la izquierda la sonrisa débil y desbordante de resignación de las noches de luna nueva. Los grandes ojos entrecerrados, las pobladas cejas, el firme y grueso puente de la nariz… Producía la misma impresión que un hombre ya veterano que llevara siglos dentro de aquel trozo de caoba con la mente puesta en las turbulencias mundanas.

Durante un tiempo, Toga estuvo dando vueltas a la figura entre sus manos, contemplándola con detenimiento y, cuando se quedó satisfecho, la depositó en el suelo y comprobó con más detalle el cambio de las expresiones según el ángulo de visión. ¿Por qué habría fabricado aquella talla? A pesar de que acababa de hacerla con sus propias manos justo en ese momento, no le producía esa impresión. Aunque le pidieran que volviera a repetir el trabajo, estaba seguro de que sería imposible. El encuentro con el material de partida era distinto en cada vez. Y así debía ser. Toga volvió a coger la figura entre las manos y por primera vez comenzó a grabar

su nombre en la espalda. 12 de marzo de 2048… Entonces se detuvo unos instantes pensando qué nombre artístico podría utilizar, pero enseguida la respuesta brotó de modo natural: «Zangetsu».

Cuando el cielo comenzó a clarear por el este, Toga se vio de pronto asaltado por el sueño y, como un mecanismo de relojería al que se le acaba la cuerda, cayó en un profundo sueño. Llevaba tiempo sin poder dormir así y en el instante de despertarse todavía conservaba adheridos los pegajosos restos de un sueño procaz.

En su sueño, se hallaba en una habitación desconocida con una mujer desconocida. Una habitación asfixiante, estrecha, con aire espeso y húmedo. Prácticamente una madriguera, con los dos a solas. Envueltos en la suave penumbra del atardecer, la mujer desnuda y Toga desnudo. El cuerpo de la mujer era tan liso como la seda y con la calidez del agua tibia. Toga se abalanzaba sobre aquel cuerpo como si quisiera devorarlo y podía saborear a placer hasta los lugares más íntimos, pero era incapaz de ver el rostro. Cuando intentaba mirarlo para discernir de quién se trataba, la mujer retorcía el cuerpo como una serpiente avergonzada, dándole la espalda y resistiéndose violentamente. Parecía creer que precisamente en el rostro estaba el amor, el alma, y que siempre y cuando no le vieran el rostro podía mantener la castidad, ya la violase quien la violase las veces que fueran.

Toga abrió los ojos lentamente, todavía manoseando el cuerpo de la mujer entre la vigilia y el sueño. El paisaje al otro lado de la cortina aparecía teñido de rojo, por lo que supo que ya atardecía. Se preguntó si no habría eyaculado en sueños y se palpó en torno al vientre, pero lo único que encontró fue una cierta viscosidad en la punta del miembro rígido como un palo. Al mirar el reloj vio que eran las cinco y cincuenta y dos de la tarde, así es que había dado una zancada por encima del tiempo de reinado del sol, casi doce horas profundamente dormido.

Entonces, afloró a la superficie la sensación de que no podía creer que se hubiera convertido en un selénico. Se había contagiado de gripe y, con el vigor propio de un joven de veintisiete años, se había recuperado. Eso era todo, ¿no? Sin embargo, cuando dirigió la mirada hacia las estanterías, la figura de Ryomen Sukuna que había tallado ensimismado durante la noche, destacaba con un halo especial entre el resto y, como quien no quiere la cosa, le estaba mirando. Su acabado, tal y como le había parecido, sobresalía entre el resto y sintió que, de no haber estado enfermo, no podría haber realizado una obra similar. La excitación del periodo en torno al plenilunio incrementaba la creatividad, aunque fuera solo de un modo temporal. Pero, sobre todo, el hecho de que, a pesar de que los rayos de sol fueran escapando a cada segundo, la habitación no se quedara a oscuras solo podía deberse a que en el fondo de las cuencas de sus ojos se abría la mirada propia de los selénicos.

En su cerebro todavía se revolvía incitante la suave y seductora figura de la mujer, pero más que eso le asustaba la terrible sed y el hambre que le acuciaban, como si de la cabeza a los pies se hallara totalmente vacío. Mientras miraba un programa de la televisión donde hablaban con exasperante lentitud, colocó la cabeza bajo el grifo del fregadero para echar un largo trago de agua y acto seguido comenzó a comerse todo lo que quedaba en la nevera, además de latas o cualquier otra cosa que tuviera. Una vez calmados el hambre y la sed, sintió rebrotar con más fuerza el deseo carnal que había estado posponiendo. El cuerpo desnudo de la mujer del sueño se hinchaba como si quisiera reventarle el cráneo y no podía contener su empuje ni durante un minuto. En los centros de tratamiento, las zonas donde vivían los hombres y las mujeres estaban estrictamente separadas, y además, cuando llegaba el periodo en torno al plenilunio, a los selénicos especialmente activos por lo visto les daban depresores. Los que se negaran a tomar la medicación eran recluidos a la fuerza en sus estrechas habitaciones. Es decir, como en un calabozo. Considerando lo que podía suceder, no resultaba una medida del todo irrazonable. Si en esos momentos hubiera una

mujer delante, seguramente el selénico no la vería como a una persona, sino como a una hembra que convertir en blanco de su pasión. Y si la otra era también una selénica, y ambos sentían lo mismo, nada podría frenarlos. Bajo la luna llena, comenzaría a darse por todas partes un apareamiento propio de bestias, un festín que solo terminaría cuando la luna desapareciera del cielo. Después, las mujeres quedarían embarazadas sin mayor dificultad y, probablemente, comenzarían a alumbrar un bebé tras otro, selénico ya desde el momento de su nacimiento. Esos bebés no experimentarían el sufrimiento del «alunizaje» y su proporción de fallecimientos durante la fase de lucidez durmiente era extremadamente baja. Al tratarse de selénicos de nacimiento, los llamaban «selénicos originales» y se calculaba que debían de ser unos veinte mil en el mundo entero. Muchas personas creían que su existencia era un ejemplo de «error evolutivo» del ser humano y, sin importar el país donde estuvieran, eran temidos como «hijos del diablo».

Cuando Toga salió al balcón, el sol ya se había puesto del todo y vio que por el cielo del este comenzaba a alzarse una gigantesca luna de aspecto oxidado. Esta sí que era la noche decisiva, la del plenilunio, cuando la fatídica luna había llegado al máximo de su engorde. Una luna tan real que parecía decirle «he salido solo para ti», y que le pisoteaba el corazón sin siquiera descalzarse. Pero eso le hacía sentir bien. Quizá se podía describir como una relación de complicidad entre la luna y él. Tras haber dormido como un leño el equivalente de una noche, su cuerpo se hallaba prácticamente recuperado y aunque recorriera una y otra vez la habitación no se cansaba. Parece que ya podía permitirse salir al mundo que refulgía bajo la luz de la luna, aceptando la invitación de la divinidad incitante. Su mente estaba ocupada por aquel local al que le había llevado su jefe para «hacer lo que hay que hacer».

Mientras bajaba las escaleras de su apartamento, sentía como si a cada peldaño el corazón le rodase dentro del cuerpo como una canica. Quería sollozar por su desesperanzado porvenir, gritarle a la

luna llena su alegría por haber sobrevivido, gemir de terror por la luna nueva que llegaría medio mes después, reír por la expectativa de la mujer con la que se iba a acostar. Sin embargo, cuando salió a la calle y enfiló hacia la estación mirando la luna llena de reojo, su corazón se fue asentando. Si la luna fuera capaz de hablar, seguro que le diría: «Ahora, lo que tienes que hacer es disfrutar el momento». Le diría que saborease esa excitación que inundaba su corazón. Puede decirse que en eso mismo consistía el privilegio de los selénicos.

VIII

Hacia el año 2050, cuando Toga Uno desplegaba su actividad como luchador, era precisamente el momento de mayor auge de los espectáculos de lucha que se celebraban en secreto para la cúpula del Partido de Salvación Nacional. Los organizaba una sección del Ministerio del Interior llamada Departamento de Eventos, y el nombre oficial del espectáculo era «Competición de Salvación Nacional», pero en el seno del partido el nombre en clave con que lo denominaba la mayoría era «G». Consistía en la inicial de la palabra latina para luchador, «gladiador». En el punto de mayor apogeo, el número de luchadores llegó a unos trescientos veinte. La cifra de selénicos internados por entonces en los centros de tratamiento se calculaba en unos sesenta y cinco mil y si estimamos que más o menos la mitad serían hombres, tenemos que uno de cada cien se convertía en luchador. Los luchadores vivían internados en seis centros de formación repartidos por el país que, oficialmente, eran contabilizados dentro de los centros de tratamiento de la selenesis. Probablemente, los instructores del Departamento de Higiene hacían la oferta solo a los hombres robustos entre los veinte y los cuarenta y tantos años. Mejor que mejor si contaban con experiencia de lucha en kendo o cualquier otra disciplina, pero no era una condición indispensable y había muchos luchadores cuya única experiencia deportiva era el béisbol o el fútbol. Por lo visto había libertad para aceptar o rechazar la oferta. De hecho, la mayoría la rechazaba. Pero Toga la aceptó.

Al parecer, en la Antigua Roma el público exigía a gritos que se ejecutara a los gladiadores derrotados cuya manera de luchar no hubiera emocionado lo suficiente. Los organizadores del espectáculo estaban atentos a la reacción del público y con eso decidían si perdonaban la vida o no al perdedor. Si el organizador extendía el brazo con el pulgar hacia arriba, lo ejecutaban y si era hacia abajo, lo indultaban, o quizá fuera al revés, pero en cualquier caso ese pequeño gesto decidía sobre la vida o la muerte de un hombre. Sin embargo, al fin y al cabo, estando en el siglo XXI y en un país civilizado como Japón, el público, aun cuando se tratara de miembros de un partido dictatorial que opinaba que los derechos humanos eran un concepto propio de débiles, una mera fantasía, no hacían algo como exigir a gritos la muerte del perdedor. Los miembros del partido simplemente estaban ansiosos de riqueza y poder, pero no por eso tenían que ser una manada de sádicos enardecidos ante una sangrienta tragedia. De por sí, los combates que organizaba el Partido de Salvación Nacional se erigían sobra la base de aquella fantasía mitológica que contaba que en los periodos en torno al plenilunio los selénicos se transformaban en enloquecidos guerreros inmortales. Los espectadores tendían a pensar que los luchadores que aparecían en la arena eran todos salvajes sedientos de sangre y, además, hasta cierto punto, tenían éxito. Durante el periodo en torno al plenilunio, en los centros de tratamiento se desencadenaban al año cientos de episodios violentos entre internos incapaces de contener sus impulsos. Por ello, existía la necesidad de dejar que se desfogaran de alguna manera, y ofrecerles esa oportunidad podía verse incluso como un acto caritativo. Esa era la excusa que aducía el partido y, sobre todo, la excusa de Shimojo, el creador del espectáculo.

Con todo, ¿por qué aceptarían los selénicos convertirse en luchadores? Quien ejerció un papel más importante en ello fue Averna, un medicamento contra el periodo de lucidez durmiente desarrollado por la farmacéutica alemana Zeider. Gracias al suministro de este medicamento, el porcentaje de selénicos que

morían en el periodo de lucidez durmiente que aparejaba la luna nueva bajó desde un 3 % hasta un 1 % o menos. Sin embargo, conllevaba un gran problema. Los gastos anuales del suministro de este fármaco, para un paciente promedio de sesenta kilos de peso, alcanzaban los nueve millones de yenes por persona. El seguro médico no cubría dicha clase de gastos, por lo que, como es natural, apenas un puñado de enfermos podían permitírselo. Sin embargo, si los selénicos aceptaban convertirse en luchadores, todos los meses podían recibir a cambio gratuitamente su dosis de Averna. Según los argumentos que usaban los instructores del Departamento de Higiene para hacer la propuesta a los enfermos, las probabilidades que tenía un luchador de morir en combate eran en torno al 1,2 % y el promedio de los combates anuales que un luchador debería acometer era de ocho. Siendo así, el cálculo implicaba que los luchadores tenían algo más de probabilidad de vivir largo tiempo que el resto de los selénicos. Sin embargo, H, un exfuncionario del Departamento de Eventos, declaraba lo siguiente:

«Los luchadores recibían un trato mejor que el resto de los selénicos. No solo porque, si ganaban el combate, les entregaban una mujer para pasar una noche con ella, sino que con objeto de que mantuvieran buena musculatura, les daban una cantidad de comida mayor y de contenido mucho más lujoso. Pero, desde luego, lo que movía a la mayoría de los luchadores era sobre todo el suministro de Averna. En suma, era una llamada al instinto de supervivencia por el deseo de vivir aunque solo fuera un poco más. Sin embargo, lo cierto es que no se les proporcionaba Averna a todos los luchadores todos los meses. En la mayoría de los casos se les daba un producto falso. Desconozco la proporción exacta de casos en que se hacía esto, así como el criterio que se usaba para decidirlo. En cualquier caso, el porcentaje de muertes de luchadores durante el periodo de lucidez durmiente no bajó hasta el 1 %. Lo más probable es que estuviera en torno al 1,7 %. Por supuesto que los luchadores ignoraban tal extremo. Bueno, quizá algunos lo sospecharan…».

Había seis centros de formación de luchadores en todo el país. En la ciudad S de la prefectura de Saitama, en W de la prefectura de Gifu, en T de la prefectura de Hyogo, en O de la prefectura de Hiroshima, en Y de la prefectura de Fukuoka y en A de la prefectura de Fukushima. Sin embargo, tras la muerte de Hiraku Shimojo, como perros que intentan ocultar la prueba de sus heces, el Gobierno se apresuró a destruirlos todos en un abrir y cerrar de ojos. Actualmente algunos de los terrenos se han convertido en tierras de labranza, unos han sido devueltos a la mano de la naturaleza, otros han dado lugar a instalaciones recreativas… En cualquier caso, hace falta una gran imaginación para emocionarse ante ellos pensando que encierran el recuerdo del «sueño de los combatientes».

El centro donde fue recluido Toga era el n.º 2, el que estaba en la ciudad T de Hyogo. Todos los centros de formación se construyeron en lugares montañosos o boscosos, apartados de las zonas más pobladas, y su aspecto exterior resultaba tan deprimente que hasta los presidios arrugarían el ceño. En el caso del Centro de Formación n.º 2, el terreno tenía nada menos que unos 48000 m², pero estaba rodeado en su totalidad por un muro color gris de 6,2 metros de alto. Hay quien dice que cuando probaron a hacer saltar hacia arriba a los selénicos en el periodo en torno al plenilunio, el récord estuvo en 4,2 metros, y entonces decidieron añadir dos metros a esa altura, pero no se sabe con certeza. Aparte, había torres de vigilancia en cinco lugares y el sistema de alerta automático, controlado por inteligencia artificial, funcionaba incansable e inclemente las veinticuatro horas del día, con ojos siempre atentos.

En el interior del edificio de los alojamientos siempre había entre cincuenta y sesenta luchadores. A todos se les había asignado una habitación individual, en realidad una celda, y cuando llegó Toga como el más nuevo le dieron la variante más pequeña, de unos 6 m². Incluía un retrete, un lavabo y una cama. En la pared había una pantalla de televisión donde podía ver programas o películas que hubieran pasado por la censura del partido. Las habitaciones de ese

tamaño se designaban como C, las de 9 m² como B y las de 11 m² como A. Había solo diez habitaciones B y cinco A y cada tres meses se hacía una nueva evaluación de sus ocupantes dependiendo de sus resultados en el combate o de la popularidad que alcanzaran.

En los centros de formación, temiendo que se produjeran revueltas por parte de los luchadores o que se hirieran entre ellos, no les dejaban usar armas metálicas como las que sacaban en la arena. Ya fueran espadas, lanzas o hachas, para los entrenamientos eran todas réplicas de resina con un lastre de plomo dentro. Pero, aunque no fueran auténticas, si se golpeaba enérgicamente con ellas sobre la cabeza del contrario, podían llegar a matarlo, aunque no existen registros de que hayan sido utilizadas para actos masivos de rebelión. Y es que no es lo mismo partirle la cabeza a alguien que enfrentarse a una torre de vigilancia con ametralladoras, imbatible aunque la atacaran cincuenta hombres juntos. Los luchadores eran plenamente conscientes de cuál sería su final si morían, ya fuera por una bala, por envenenamiento, por suicidio o por cualquier otra causa: el cuerpo sería arrojado sin más al crematorio, convertido en cenizas y luego introducido en una urna que se depositaría en cualquier anaquel de la sala funeraria. O quizá, con un poco de suerte, esperarían a que llegase la siguiente luna nueva y enviarían las cenizas a los parientes. De esa manera, lo podían presentar como la muerte ordinaria de un paciente que no consiguió superar el periodo de lucidez durmiente. Por supuesto que los familiares desconocían que el difunto estuviera participando en un duelo sangriento con armas auténticas para solaz de los miembros del partido que gobernaba el país. Si existe el refrán de que «los muertos no hablan», mucho menos hablan las cenizas.

Todos los luchadores nuevos llegaban a los centros de formación con cara de asistir al fin del mundo. Se los veía temblando de miedo, pensando si acaso no los irían a arrojar de una patada a un pozo lleno de bestias que los despedazarían. Aun conscientes de que ellos mismos eran el último escalón de esa manada de bestias, no podían dejar de imaginar que el resto de los luchadores serían

mucho más fuertes, salvajes y difíciles de tratar. Lo cierto era que las peleas surgían por doquier, no solo durante los entrenamientos. Se habían formado diferentes facciones entre los internos, existían hostilidades y corría la sangre. Una vez que comenzaba el periodo en torno al plenilunio, se les suministraban depresores acordes con los síntomas de cada cual, pero la cantidad se regulaba de manera que no perdieran el espíritu combativo de esas fechas.

No obstante, los nuevos se daban cuenta enseguida de una cosa: los verdaderos enemigos no eran el resto de los luchadores. En el tobillo izquierdo de los internos, al igual que sucedía en los centros de tratamiento ordinarios, se les enrollaba una cinta de seguimiento. Pero, en el caso de los luchadores, además de esa cinta se les colocaba otra cosa en torno al cuello. A primera vista, parecía un collar. Era como un cilindro de dos centímetros de anchura, con un brillo mate color plata. Pero se clavaba en la mandíbula, no se podía quitar y, aunque fuese delgado, no dejaba de ser una especie de cable de acero, igual de resistente, por lo que aun cuando un selénico empleara toda su fuerza en una noche de plenilunio no podría romperlo. Si los luchadores causaban algún problema, había un motor incorporado que, mediante un sistema de control remoto, provocaba que el cable se apretase, estrangulando al portador hasta que perdía el conocimiento. Una vez comprobado que se había desmayado, el programa estaba diseñado para que el cable volviera a aflojarse, pero, según decían, era posible seguir apretando hasta que cortara el cuello. Y si uno intentaba meter el dedo entre el cable y el cuello para hacer fuerza, podía terminar con el dedo cortado. Al decir de los rumores, también este artículo había sido ideado por el propio Shimojo, que se inspiró en la cinta constrictora que circundaba la cabeza del mono Songoku de los cuentos y en un artilugio asesino que aparecía en una película policíaca norteamericana. Shimojo, haciendo gala de su natural mal gusto, había bautizado este artículo como «la guillotina», pero en el centro todos lo llamaban «el cable». En la mayoría de los lugares del Centro de Formación había instaladas cámaras de vigilancia y si por

ejemplo los internos no obedecían a los empleados o comenzaba una seria pelea, el sistema automático de alarma tenía potestad para decidir si apretaba el cable. Y si los luchadores se agruparan para desencadenar una revuelta, todos los cuellos serían estrangulados a un tiempo, así que como cuando alguien esparce gas venenoso, comenzarían a toquetearse la garganta mientras caían desmayados. Todavía más: si llegara un día en que los cincuenta internos se volvieran innecesarios, quizá optaran por cortarles la cabeza a todos de esa manera. El pozo de fieras que temían los novatos se mantenía en paz y orden gracias a esta clase de siniestras amenazas por parte del partido.

Claro que, a pesar de todo, los centros de formación no eran lugares donde poder vivir sin preocupaciones. Por mucho que los medicaran con el fármaco contra la lucidez durmiente, el porcentaje de luchadores que fallecían no bajaba drásticamente. Pasadas las treinta y seis horas que duraba el periodo de lucidez durmiente, no eran pocos los que no volvían a levantarse. Si realmente la Averna reducía esa proporción por debajo del uno por ciento, el cálculo decía que como mucho debería fallecer uno cada dos meses. Sin embargo, saltaba a la vista que la frecuencia de muertes en ese periodo era mayor. Ciertamente no llegaría al tres por ciento, pero los luchadores se daban cuenta de que el uno por ciento sí se superaba. Además, parecía existir un cierto patrón común en los internos que morían. Los que vivían en las habitaciones A o B nunca morían, y los decesos se concentraban en los ocupantes de las habitaciones C. En otras palabras, que aquellos que no obtenían buenos resultados en el combate, los que peor luchaban, tenían más posibilidades de morir. A partir de ello, los internos comenzaron a abrazar la sospecha de que, dado el elevado coste del fármaco, los centros de formación intentaban reducir gastos sustituyendo parte de ellos por productos falseados. Pero no era cuestión de preguntar al director o a los empleados acerca del particular. Si el otro lo negaba, no se podía hacer nada más y si a uno le daba por insistir,

podía ganarse que le administraran el falso medicamento. Eso sin olvidar el aviso disuasorio que suponía el cable del cuello.

Sin embargo, lo más temible era, lógicamente, el combate en sí. Por mucho que el temor se diluyera en buena medida gracias a la excitación de ánimo que producía el periodo en torno al plenilunio y que se acusara menos el dolor, los afilados aceros rasgaban la piel, cortaban la carne y removían los órganos. Aunque contaras con un cuerpo muy musculoso, si te asestaban un violento lanzazo en el vientre, bien podrías ver caer las tripas a tus pies. También pudiera ser que el mandoble asestado por una larga espada te cortara una pierna o que el golpe de una pesada hacha sobre la cabeza te la partiera en dos junto con el casco. O te podían atravesar el corazón con una lanza y morir ante los enfebrecidos miembros del partido vomitando sangre. Más que la muerte en sí, lo que hacía temblar a los luchadores era el miedo primordial a la destrucción de la carne. El terror exacerbado al combate provocaba el irónico resultado de que hombres que se habían convertido en luchadores por temor a la muerte terminaran por escoger el suicidio. Incluso aparecieron casos de hombres que deseando morir plácidamente durante el sueño optaron por rechazar la medicación contra el periodo de lucidez durmiente. A pesar de que habían aceptado ser luchadores para vivir aunque solo fuera un poco más. ¿Por qué sucedía aquello? Porque la mayoría de los selénicos se había dejado llevar por la hábil estrategia de los instructores, que los abordaron durante el estado maniacodepresivo propio del periodo en torno al plenilunio, y así habían elegido ese destino. Se hallaban con el ánimo excitado, pletóricos de confianza y no alcanzaban a imaginar suficientemente el dolor y el terror que un día llegarían. Se encontraban presos de un optimismo sin fundamento, sintiendo el cuerpo ligero como una pluma, rebosando energía hasta por la punta de los dedos y creyendo poder enfrentarse a cualquier contrincante con más de un cincuenta por ciento de posibilidades de victoria. Temían la eventualidad de la muerte durante el periodo de lucidez durmiente,

contra la que no se podía luchar, y por eso les parecía que un enemigo de carne y hueso en la arena resultaba preferible.

Por otra parte, los instructores explicaban que aquellos que acabasen por no poder seguir luchando, simplemente serían enviados en primera instancia a un centro de amparo y de allí derivados a algún centro de tratamiento. Es decir, que cuando se sintieran incapaces de seguir, bastaba con que lo confesaran. De esa manera, podrían volver en cualquier momento a su situación anterior. Sin embargo, nada más poner los pies en un centro de formación, todos los luchadores comenzaban a recelar. La alta valla que rodeaba todo el recinto, las torres de vigilancia que no cejaban de espiar ni un segundo y el cable que les sujetaba el cuello como la mano de la Muerte… Resultaba inevitable sentir que esa clase de yugos relataban la crueldad y la impostura esenciales del partido o de Hiraku Shimojo. Los internos se decían: «Bien es cierto que a aquellos que terminan por tirar la toalla les quitan el cable y los funcionarios los sacan del Centro de Formación. ¿Pero a dónde los llevan? ¿Realmente se puede ir a un centro de tratamiento? ¿No sabemos ya demasiado los que estamos aquí?».

Salpicando la charla con palabras laudatorias y de felicitación, el director les hablaba del paradero de aquellos luchadores que se retiraban tras haber conseguido sobrevivir a los treinta combates estipulados. Sacaba a colación nombres de centros de tratamiento de buena reputación por su trato y, probablemente para disipar las sospechas de los luchadores en activo, incluso les proyectaba escenas donde se veía a los excompañeros llevando una vida apacible en entornos con regusto paradisíaco. Lo cierto es que no existía modo de saber si realmente se encontraban a gusto con su discurrir cotidiano actual, pero las imágenes parecían demasiado reales como para haberse tomado tantas molestias en impostarlas. Podía pensarse que les habían amenazado diciendo que sería mejor para ellos si no decían una palabra a nadie de las ceremonias de combate ni de los centros de formación.

Pero, por el contrario, nadie les hablaba del paradero de los que se habían dado por vencidos. Aunque se preguntara al director o a los demás empleados, se obtenía la seca respuesta de que primero iban a un centro de amparo temporal y que de ahí ya no era incumbencia de los centros de formación saber a qué centro de tratamiento se veían derivados. A estos internos desestimados los sacaban un día de repente de su habitación. La visión de aquel momento resultaba insoportable. Salían demacrados, temblando, yendo a rastras como condenados a muerte. En sus ojos enturbiados se reflejaba el arrepentimiento por su decisión: «Pensándolo bien, ¿no hubiera sido mejor llegar hasta los treinta combates, aunque fuera arrastrándose? ¿No me esperará un infierno todavía peor?». Hay quien sostenía que el vehículo de los traslados no los llevaba a un centro de amparo temporal, sino directamente a un centro de tratamiento. Pero que cuando llegaban allí los cuerpos ya estaban fríos. La caja de los vehículos estaba herméticamente cerrada y allí los gaseaban. Después, los cuerpos eran incinerados enseguida. Por supuesto que esto no eran más que elucubraciones de los luchadores, pero lo que sí era cierto es que su destino en adelante estaba envuelto en las tinieblas y no hay miedo mayor que el miedo a lo desconocido. Aun sabiendo que eso también formaba parte de la estrategia de los centros de formación, los luchadores contaban el número de combates restantes como quien reza, como quien implora aferrándose a una esperanza.

El arma más básica de los luchadores era una espada recta con filo de sesenta centímetros para manejar con una sola mano, utilizada en combinación con un escudo rectangular. Al estilo de los gladiadores romanos con esa impedimenta, esa variante recibía el nombre de «murmillo». Después estaban los *retiarios*, que eran los que usaban tridente y una red como las de pesca, que gustaban a los espectadores por lo exótico de su aspecto y su forma de luchar. Los *dimachaeri*, que luchaban con dos espadas o dos puñales,

también eran muy populares; así como los *rignatores*, que hacían saltar de emoción a los espectadores blandiendo exageradamente su pesada hacha. De este modo, los luchadores se dividían en varios estilos, algunos inspirados en los gladiadores de la Antigua Roma y otros en las películas norteamericanas de ciencia ficción, todos por idea personal de Shimojo, según les explicaron en el Centro de Formación. En suma, que todos ellos en el fondo no eran más que muñecos de juguete que Shimojo vestía a su gusto.

En la década de 2010, Hollywood hizo una trilogía de películas titulada *Sword Fighting Championship* (abreviada SFC), que conoció un éxito mundial. Estaba ambientada en los Estados Unidos de América del siglo XXII, transformados en una dictadura donde se practicaban operaciones quirúrgicas a una serie de hombres musculosos esclavizados para convertirlos en *cyborgs* armados que se enfrentaran a muerte. A Shimojo le encantaba esta trilogía, a pesar de que no casaba con su edad, y se había comprado todos los muñecos de los personajes que, según decían, tenía en una vitrina de la residencia oficial del primer ministro, donde vivía. Al parecer, entre los miembros del partido circulaba, medio en serio medio en broma, el chascarrillo de que Shimojo se había convertido en un dictador porque deseaba recrear el mundo de SFC. Sin embargo, por mucho que le gustase la trilogía, seguro que no sucedería lo mismo con su final. El tirano Davies era llevado a rastras al estadio que flotaba sobre Manhattan y allí se enfrentaba en combate singular al héroe, un gladiador especializado en la espada, sufriendo una espectacular derrota. Y si además supiera qué clase de muerte le aguardaba, no estaría tan tranquilo como para disfrutar colocando sus figuritas de SFC.

El arma que escogió Toga fue la que en el centro llamaban *tachi*, una larga katana de un solo filo ligeramente curvada. Al igual que hacía cuando practicaba *kendo*, aferraba el mango con ambas manos y no usaba escudo. A cambio, le permitían protegerse ambos brazos desde la muñeca hasta el hombro con una especie de cota de malla. Era el estilo que llamaban «samurái». Dado que la protección

corporal con que contaba era escasa, la distancia con el contendiente resultaba fundamental para la supervivencia y se trataba de aprovechar las escasas oportunidades que surgieran y derribar al adversario de un golpe con la potencia que proporcionaba el manejar la espada con ambas manos. Sin embargo, sentía reparos ante el hecho de llamar «katana» a dicha espada, puesto que no se trataba de una de esas espadas artesanales que forjaban los herreros japoneses especializados, sino de un artículo de fabricación en serie, hecho a base de laminar un trozo de metal. Además, comparada con una auténtica katana japonesa, noventa centímetros de filo suponían una extremada longitud, lo cual, lógicamente, la volvía más pesada. El *shinai* de bambú que blandía en los tiempos del Bachillerato pesaba unos quinientos gramos, mientras que el sable *tachi* que usaba ahora en los combates pesaba casi el triple. Cuando en los periodos en torno a la luna nueva tenía que blandir una réplica con el mismo peso, la arrojaba al instante, pero en cambio en los periodos en torno al plenilunio la espada le parecía tan liviana que dudaba de que tuvieran el mismo peso y eso le recordaba dolorosamente que realmente había contraído la selenesis.

Cada uno de los luchadores contaba con un entrenador. El encargado de Toga era un hombre llamado Takuma Nakano, un exluchador de treinta y cuatro años. Los otros cuatro entrenadores del Centro de Formación n.º 2 eran también exluchadores. Todos habían superado la cifra de treinta combates y recibido permiso para retirarse. Pero el director les había ofrecido quedarse en el centro de formación a cambio de recibir su dosis de medicamento contra el periodo de lucidez durmiente y por eso se habían convertido en entrenadores. Nakano había participado hasta en cuarenta y dos combates antes de retirarse por fin. Sus resultados arrojaban treinta y cinco victorias, cinco derrotas y dos empates. Si había seguido luchando después de superar la cifra de treinta combates, fue porque el Departamento de Eventos le insistió mucho en que lo hiciera. Nakano había sido profesor de Ciencias Sociales de la

Escuela Secundaria, pero a los veinticuatro años se produjo el brote selenesis y escogió convertirse en luchador. Su nombre de batalla fue «Tempestad» y, al igual que Toga, era tercer dan de kendo y había luchado también en el estilo «samurái» empuñando una *tachi*. A los veintiocho años ganó el torneo de la Copa Shimojo que se celebraba a final de año y su intención era ganar dos años seguidos, pero fue derrotado en la final y esa fue su última competición. Por aquel entonces, en el Centro de Formación n.º 2 había siete samuráis y Nakano enseñaba a todos.

En el Centro de Formación n.º 2, Toga se convirtió en una presencia que enseguida llamó la atención. Desde que dejó de practicar el kendo, habían pasado ya diez largos años, pero su cuerpo recordaba los movimientos. No tardó en darse cuenta de que la mayoría de los luchadores presentaban defectos formales en la manera de mover las piernas. La mala posición de las piernas provocaba unos movimientos torpes que afectaban también a la mitad superior del cuerpo, por lo que enseguida se podía prever cuál era la técnica que iba a usar el contrario. Solo con agitar un poco el sable, el otro ya dejaba asomar aquí y allá resquicios por los que atacar. A veces los desorientaba el peso de la espada o el escudo de réplica usados en los ejercicios, y entonces blandían el arma con excesiva fuerza o daban estocadas sin asentar las caderas lo suficiente. Pero también se daban situaciones en las que se quedaban parados sin saber qué estrategia adoptar. La forma de mirar tampoco era buena. Su mirada se concentraba en los ojos o en las manos del oponente y no veían su totalidad. Pasaban esfuerzos y penalidades para aprender en seis meses o un año aquello a lo que Toga había dedicado diez años.

Con todo, no es que Toga no experimentara dificultades. Aun cuando ambos tuvieran la espada como base y pudieran guardar algún punto en común, no es lo mismo el kendo que el combate de gladiadores. Dejando aparte el concepto de usar la espada para matar o no, las armas eran diferentes. No estaba acostumbrado a enfrentarse a tridentes, hachas o redes, las distancias entre los

contendientes no se parecían ni de lejos y el camino por el que se le acercaban también difería. Lo único que podía hacer era entrenar con gran cantidad de luchadores en el centro de formación para que su cuerpo fuera aprendiendo concienzudamente y de primera mano a medir las distancias según cada arma. Con todo, la mayor diferencia era la cuestión del escudo. Si el contrincante llevaba un *scutum*, el escudo romano rectangular, ocultaba la mitad del cuerpo y parecía una caracola marina que escudriña por un resquicio para que no se la coman. Y también había quien usaba el escudo para lanzarse contra el otro o para golpearlo.

En el combate de gladiadores tampoco existía el concepto de «estocadas válidas». En tiempos, Toga era especialista en golpear sobre el protector facial del contrario, pero si ahora atacaba de la misma manera, lo único que sucedía es que la espada resbalaba sobre el liso casco del otro. En cuanto al tronco, como por el costado derecho el contrincante mantenía el arma a media altura, parecía como si quedara muy lejano, mientras que si se intentaba golpear por el lado izquierdo, se topaba con la protección del escudo. La única opción válida era golpear la mano para ir desgastando la capacidad ofensiva del atacante. Con todo, lo que resultaba más inusual para un deportista de kendo eran, lógicamente, los ataques a las piernas. Las pantorrillas estaban cubiertas por unos protectores metálicos, pero el muslo, al igual que el tronco, estaba al aire. Por el muslo cruzaba la arteria femoral y si se producía un corte en ella, con cada latido del corazón expulsaría un chorro de sangre y por mucho que los selénicos poseyeran capacidades curativas en el periodo en torno al plenilunio, no podían detener las hemorragias. También por lo que respecta al sistema de arbitraje del Departamento de Eventos, en el momento en que se sospechaba el corte de una arteria, que podría conllevar la muerte, el combate se detenía de inmediato, puesto que, en principio, se suponía que el objetivo era competir, no matarse. Todos los luchadores eran más o menos conscientes de por dónde cruzaban las arterias del ser humano y por muy excitado que se hallara su espíritu combativo o

por mucho que se vieran atenazados por el miedo, no podían eliminar por completo la tentación de atacar dichas zonas. Dado que el cuello se hallaba protegido por el casco, no había peligro de cortar la arteria carótida, pero si el filo penetraba de lado por el espacio entre dos costillas, podía atravesar el corazón del contrario. En esos casos, el luchador caído era sacado inmediatamente de la arena por unos enfermeros disfrazados de enviados del averno, y les habían explicado a los luchadores que se aplicaban las técnicas más avanzadas para salvarle la vida, pero, aunque eso fuera cierto, el hecho es que no cabía duda de que algunos morían. Aun cuando, como decían los instructores a la hora de lanzar su oferta, el porcentaje fuera más bajo que el de las muertes durante el periodo de lucidez durmiente.

Los luchadores también abrazaban una sospecha muy arraigada en cuanto a la cuestión del porcentaje de muertes. La probabilidad de que alguien muriese en un combate estaba en torno al 1,2 %, así que a lo largo de cien combates no debería de morir más que uno. Se habían dejado convencer por los instructores de que con solo treinta combates era prácticamente imposible que muriesen, pero resultaba difícil de creer. ¿Por qué no les informaban de lo que sucedía después del combate con los luchadores derrotados de otros centros de formación? Los luchadores cuchicheaban a menudo entre sí esta clase de comentarios: «Estaba perdiendo un montón de sangre cuando se desplomó en el campo y no lo hemos vuelto a ver. ¿Qué habrá sido del tipo ese?». Los empleados simulaban no conocer tampoco detalles del asunto y por lo general se limitaban a contestar: «Por lo visto, debe de haberse retirado». La palabra «retirado» comenzó a resultar de mal agüero. Porque muriese de lo que muriese alguien, se solucionaba con esa palabra.

Con todo, lo que lógicamente no podían ocultarles eran las muertes del Centro de Formación n.º 2. Los luchadores iban apuntando discretamente los casos para hacer sus cuentas y les salía que el porcentaje real de muertes sobrepasaba un poco el 4 %. Así que a lo largo de cien combates morirían al menos cuatro

luchadores. Según decían, en los primeros tiempos de esta clase de competiciones hubo un luchador insensatamente sincero que le espetó dicha cifra al director de entonces y el otro le contestó sin inmutarse que el problema residía en que estaba haciendo mal el cálculo. Si había cien combates, el número de luchadores era el doble, doscientos. Por tanto, si luchaban doscientos y solo morían cuatro, la proporción era del 2 %. Y si aun así pensaba que ese 2 % era una cifra muy elevada, en cualquier caso, la culpa era de ellos, que no se esforzaban lo suficiente. Si uno perdía, lógicamente, aumentaban las probabilidades de morir. Y que gracias a que ellos perdían, los otros centros de formación estarían contentos porque su porcentaje de muertes habría bajado. Por lo visto aquel luchador sintió instantáneamente deseos de matar al director y se preguntó si le daría tiempo a hacerlo antes de que el cable lo estrangulase, pero luego pensó que habría directores de repuesto de sobra y se contuvo. Los directores de los centros de tratamiento no eran más que burócratas de escasas capacidades que habían fracasado en la carrera por el éxito que se daba en el Ministerio del Interior, así que, al igual que los dientes de los tiburones, si se partía uno, volvía a salir otro.

IX

Antes de que pasaran dos meses de su llegada al centro de formación, Toga tuvo su primer combate en el Estadio n.º 2. El concepto consistía en hacer enfrentarse a dos novatos, en suma, un combate entre teloneros para que los espectadores se divirtieran con su impericia. El contrincante de Toga era un *murmillo* joven del Centro de Formación n.º 4, pertrechado con una espada recta y un escudo. Según los registros, tenía veintidós años y su complexión no desmerecía de la de Toga, pero durante Secundaria y el Bachillerato había optado por el baloncesto, por lo que carecía de experiencia en lucha. Por eso el entrenador Nakano animó a Toga diciéndole que él partía con mucha ventaja y que le diese una paliza sin miramientos.

Hasta entonces, en el centro de tratamiento solo les habían dejado empuñar la verdadera espada que utilizarían en los combates una sola vez y tanto para él como para el contrario era la primera que dedicarían a enfrentarse a otro para jugarse la vida. Toga se veía atormentado por dos flancos, el fuego de la excitación del plenilunio y el agua del temor al primer combate. Después de un tiempo de espera que se le hizo interminable, fue echado a la arena, cuyo solo nombre producía pesadillas. Allí estaban la luna llena con rostro impasible rodeada por nubes ligeras en el cielo del este, las miradas cargadas de soberbia de unos espectadores procedentes de un mundo sin estrecheces, las vallas circundantes que no dejaban escapatoria, el ensordecedor vozarrón del anunciante y, por último, la desmañanada actuación de ambos contendientes al hacer su aparición, que más que torpe resultaba ridícula. En cualquier caso,

qué poco impresionaba su contrincante, qué insignificante parecía. Un hombre medio desnudo con un casco que le daba aspecto de tonto, llevando sus pertrechos con tanta torpeza como un mono al que de pronto le hubieran dado una espada y un escudo, clavaba en él su mirada… Sin embargo, el propio Toga que se enfrentaba a él debía de ofrecer un aspecto no menos cómico.

Al ver a su oponente dando unos mandobles como para entrar en calor, Toga sintió que desaparecía la tensión de sus hombros. Ya solo con eso estaba claro quién iba a ganar. El otro malgastaba su espíritu de combate y dejaba ver nítidamente de qué forma pretendía atacar. Mientras cruzaban unos mandobles a izquierda y derecha, Toga descargó sobre él algunos tajos y algunas estocadas. Los músculos de los selénicos son más duros, pesados y prietos de lo que parece, pero no lo suficiente como para repeler un filo de acero. Su oponente iba sangrando por el pecho, por el vientre o por las piernas de un modo tan vívido que deslumbraba. La carne reluciente por el aceite y el sudor se desgarraba, abriendo heridas por doquier.

A Toga le sorprendió que la visión de toda aquella sangre no lo asustara. Es más, sintió como si ascendiera por su espina dorsal una excitación de origen desconocido mientras su pecho se henchía de confianza. «Yo valgo para esto», se dijo. «Puedo vencer a este hombre y volver a salir a la arena la próxima vez». No pensaba que fuese a brotar en él una esperanza tan salvaje. Hacía apenas unos momentos, cuando se encontraba al otro lado de la puerta roja, apretaba los dientes diciéndose: «¿Cómo demonios se supone que voy a sobrevivir a treinta combates?», y ahora le parecía que el camino hacia esa meta era una línea recta. «Si este mundo ha enloquecido, pues yo también». Aunque sabía que esa manera de pensar tan optimista era fruto de la ebullición de la sangre propia de los selénicos, para la vida de luchador esa visión resultaba también una necesidad imprescindible. Las palabras de Nakano todavía resonaban en sus oídos. «Con ver su primer combate, ya se sabe qué luchadores van a continuar hasta el final».

Transcurridos unos diez minutos de enfrentamiento, su contrincante ya tenía la mirada extraviada y cayó ensangrentado de rodillas sobre la arena. Seguramente se le había fracturado el antebrazo derecho con que agarraba la espada y, con los varios golpes que había recibido sobre el casco, debía de haber sufrido también una conmoción cerebral. No le había infligido ninguna herida mortal. Toga mantuvo en todo momento una superioridad tal que podía permitirse la generosidad. Resonó el estruendo del gong y la aplastante victoria de Toga fue proclamada con potente voz. El árbitro con la túnica blanca de sacerdote se le acercó sonriente y en el momento de entregarle el ornamento de hojas llamado palma, reservado a los ganadores, comenzó a elogiarlo con palabras como «héroe de la nueva generación» o «joven samurái» que combinaba con el análisis al uso de los comentaristas deportivos que levantaban eco en el estadio y arrancaban gritos y aplausos del público.

Cuando alzó la vista, Toga vio en los dos paneles gigantes enfrentados su rostro a gran tamaño. La expresión que descubrió allí era la de una bestia desconcertada al haber recuperado la consciencia. Asombrado, recorrió con la mirada las gradas de los espectadores. Hasta hace nada se avergonzaba de su figura medio desnuda expuesta a la vista de todos y ahora se sentía como si el centro de todo ese lugar pesadillesco donde estaba plantado fuera un espacio hecho a su medida. Y su atuendo de luchador, que tan ridículo le había resultado, le parecía incluso que era el único adecuado para estar de pie en ese sitio. Por añadidura, durante el tiempo del combate le quitaban el cable y la cinta rastreadora del tobillo. No cabía duda de que el griterío del público y los elogios se debían al inesperado trabajo de un nuevo salvaje, pero seguramente se hallaban sazonados también con una brizna de respeto. Paradójicamente, justo cuando se veían empujados a la frontera entre la vida y la muerte que suponía la arena, se abría el tiempo en que los luchadores podían sentir que su espíritu vibraba con una emoción similar a la libertad.

Los enviados del averno se llevaron a su contrincante y desaparecieron por la puerta negra. Aunque hubiera vencido, le quedaban todavía veintinueve combates, y aun cuando sobreviviera a todos ellos no existía diferencia en el hecho de su perecedera condición, que le obligaba a pasar el resto de la breve vida que le quedase en ese callejón sin salida que eran los centros de tratamiento. Incluso incluyendo en el cálculo los efectos del medicamento contra el periodo de lucidez durmiente, podría esperar para entonces cinco o seis años más de vida, como mucho. Firmaría por que fueran diez. Carecía de futuro. No tenía la más mínima esperanza de llegar a ser feliz. Pero, ciertamente, en ese preciso momento, Toga estaba henchido de alegría. Y, además, de una alegría salvaje, deslumbrante, como nunca había sentido hasta entonces, que brotaba de la raíz misma de la vida.

«¡He ganado! ¡He sobrevivido! ¡Y la próxima vez sobreviviré también! ¡Y la próxima, y la próxima! ¡Y así seguiré hasta superar el último combate!».

Levantó la vista hacia el cielo nocturno y vio que la luna llena se había quitado el velo de nubes, pendiendo del todo desnuda y, como si hubiera asistido al combate conteniendo el aliento, brillaba como iluminándolo directamente a él. Bañado por sus rayos, sintió que le lavaba la carne y la sangre y que volvía su cuerpo tan traslúcido como el agua clara. Con su mano izquierda, Toga alzó lentamente la espada sobre su cabeza. Los gritos y aplausos del público cobraron más fuerza y se le puso toda la carne de gallina.

Ya antes de cada combate, los luchadores elegían la recompensa que deseaban en caso de ganar. La recompensa, claro, era una mujer. Evidentemente, la mujer en cuestión era también una selénica. Como la traían al centro de formación al día siguiente de la competición, había quien le ponía nombres tan elegantes como «la mujer del decimosexto día», pero el nombre oficial que le daba el Departamento de Eventos era «mujer medalla». Es decir, la mujer

que se entregaba a modo de medalla. En la pantalla de la habitación del luchador se podía ver previamente el historial de las mujeres disponibles y ellos, fantaseando con la noche que les aguardaba, estimulaban sus ansias de victoria. Se podía hacer una lista de hasta cinco nombres ordenados según el gusto, pero como los luchadores mejor situados tenían preferencia para escoger, a los novatos les resultaba tarea imposible acostarse con las «medallas» más populares. Sin embargo, a juzgar por el historial, las fotos y algún pequeño vídeo que se incluía, ya fueran jóvenes o mayorcitas, no había ninguna especialmente fea. Al igual que sucedía con los luchadores, también estas mujeres eran reclutadas por los instructores del Departamento de Higiene y, al parecer, eran elegidas por su aspecto físico. Todas estaban bellamente maquilladas, lucían una sonrisa seductora y decían algún tipo de mensaje a los luchadores en los vídeos colgados. Saludaban a la cámara agitando la mano a modo de saludo mientras enunciaban frases del tipo de «queridos luchadores, si conseguís ganar el combate, espero que pasemos una agradable noche juntos». Su insustancial coquetería resultaba tan patética como los faroles que se marcaban los luchadores en la arena. Si los luchadores no dejaban de ser combatientes esclavos, las «mujeres medalla» eran sin duda esclavas sexuales. Si los luchadores eran una masa de músculos a la que se podía llamar «machos», las «medallas» eran masas blandas de carne a las que se podía calificar de «hembras». Habían sido esterilizadas por el partido mediante una operación quirúrgica, de manera que ya no podían concebir hijos. De por sí, aunque no se tratara de «medallas», a los selénicos no se les permitía tener descendencia, pero, a pesar de ello, el hecho de que a ellas les hubieran negado incluso físicamente la posibilidad del embarazo reforzaba su imagen de «flor inactiva» que nada podía esperar de la vida.

Entonces, ¿por qué las mujeres selénicas aceptaban convertirse en medallas? ¿Cómo podían sonreír de cara a la cámara? Por el mismo motivo que los hombres se hacían gladiadores. Cada vez que

se acostaran con un luchador, les darían una dosis de Averna, el medicamento contra la lucidez durmiente. Bastaba con aguantar una noche para aumentar las probabilidades de vida en la próxima luna nueva. Con todo, por supuesto que había mujeres que realmente se alegraban de la llegada de aquella noche. Al igual que los hombres, las mujeres tampoco podían evitar el incremento de la pulsión sexual que traía el periodo en torno al plenilunio. Y también había mujeres a las que les parecería más cómodo que su contraparte fuera un luchador de condición afín e intenciones claras que no alguien con vicios desagradables. De hecho, se oían con cierta frecuencia historias de enamoramientos entre gladiadores y medallas.

En el caso de los gladiadores se trataba de treinta combates y en el caso de las medallas, la meta para el retiro estaba en cuarenta y cinco noches. Como a los hombres, les decían que después podían elegir un centro de tratamiento con buenas condiciones para pasar el resto de sus vidas. Lo normal era que hombres y mujeres fueran recluidos por separado en los centros de tratamiento y que tuvieran prohibido el contacto. Sin embargo, había dos únicos centros, Ryokufu-en, en Kochi y Nankai-en, en Miyazaki, planteados para casos en que un matrimonio desarrollara a la vez el brote, donde se podía convivir. La mayoría de los luchadores soñaba con marcharse allí con su medalla habitual. Lo cierto era que ese tipo de supuestos estaban permitidos y se decía que, en los diecisiete años de historia del Centro de Formación n.º 2, seis luchadores habían conseguido satisfacer dicho sueño y se habían mudado allí con sus mujeres favoritas. Claro que una vez retirados dejaban de suministrarles el fármaco contra la lucidez durmiente, por lo que no se podía hablar de uno de esos finales propios de los cuentos descritos por la frase «y vivieron felices por largo tiempo», pero si existía algo parecido a la felicidad para los luchadores y las medallas, era únicamente ese sueño similar a la efímera nieve de primavera.

Revisando los historiales de las mujeres, Toga se sobresaltó al ver un rostro conocido. Era la chica delgada y de tez morena del centro de amparo temporal a donde le llevó el Departamento de

Higiene al principio, la del cuarto de al lado. Cierto o no, el historial decía que era de 24 años, nacida en la prefectura de Hyogo y de 158 centímetros de estatura. Sus tres medidas eran: Busto, 84; cintura, 60; y caderas, 83. El peso no constaba, pero aparentaba algo menos de cuarenta y cinco kilos. Su «nombre de batalla» era Ruka. Al igual que entonces, en las fotos tenía esa misma mirada umbría que parecía provenir del fondo de un hoyo, pero también en el vídeo adjunto emanaba esa misma oscuridad yacente. Llevaba un vestido color verde clarito muy luminoso y unas sandalias de tacón negras, atuendo que le daba todo el aspecto de una profesional. Pero, a pesar de que el pelo revuelto de la otra vez, que parecía tan pesado, ahora lo llevaba recogido en un moño alto y de que luciese las pestañas curvadas hacia arriba con aire sensual, producía la impresión de que su corazón continuaba todavía agazapado en el fondo del hoyo. Ruka se sentaba con las piernas cruzadas en un llamativo sofá de terciopelo rojo y, mirando a la cámara, desplegaba una torpe sonrisa mientras chapurreaba con voz plana: «Mi especialidad es el piano, que comencé a practicar a los cuatro años. Mis aficiones, escuchar música y ver películas…».

Emanaba un aura de patetismo, como si fuera una chica que, en calidad de símbolo de la decadente civilización materialista, hubiera sido secuestrada por unos terroristas que la obligaban a transmitir al mundo un vacuo mensaje. Con todo, a Toga le atrajo el detalle de que a ella le interesara el piano. De tanto en tanto, renacía en su memoria la imagen de su madre tocando el piano eléctrico de casa. Una escena en la que le interpretaba a tientas algunas piezas que había aprendido en sus tiempos del colegio. A veces también, aunque perdía soltura en los dedos, cantaba mientras tocaba. De niño debía de haber escuchado contento aquellos temas, pero con la edad actual le parecía que la imagen de una mujer tocando el piano encerraba un impreciso aire de tristeza. Una mujer que renunciaba al piano y un piano que también renunciaba a ella. Aunque se acercase a tocarlo alguna vez para distraerse, ya no podía enderezar la situación. Cerraba la tapa con un suspiro y entonces el teclado,

sumido en la oscuridad, suspiraba también. Posiblemente también esta mujer llamada Ruka tocaba ahora el piano con la imagen que Toga acababa de formarse, pese a decir que era su especialidad.

Ruka le pareció una mujer que, aunque se la llevaran a la cama, se quedaría mirando al techo con ojos vacuos esperando todo el tiempo a que finalizase su papel como mero agujero. Si de vez en cuando fruncía el ceño o dejaba escapar un gemido, no sería porque disfrutara, sino porque se esforzara en soportar el sufrimiento, el disgusto. El hombre, cuando terminase de expulsar el fruto de su pasión, se contagiaría de la tristeza que se filtraba por aquel cuerpo de mujer y se echaría a dormir dando la espalda a Ruka. Después, seguro que, al igual que la mujer y el piano de su imaginación, ambos dejarían escapar un suspiro.

Los otros luchadores debían de haberse formado una imagen similar de ella, porque la popularidad de Ruka era de las más bajas. A pesar de su juventud y de unas facciones bien proporcionadas, ocupaba el puesto 151 dentro de un total de 172. Sin embargo, Toga la escogió precisamente como su primera opción. Había otras muchas mujeres de buen aspecto, pero ni le parecía que le fueran a pasar a él las más requeridas ni, de entrada, encontraba un motivo determinante para competir con nadie por una mujer, fuera la que fuera. Salvo aquella Ruka con la que se encontró una vez.

Al día siguiente de su primer combate, Toga fue devuelto al Centro de Formación n.º 2 en un coche celular y, como sucedía con todos los ganadores, el entrenador Nakano lo condujo al despacho del director. El director era un hombre en torno a los cincuenta años, gordo como un tonel. Se rumoreaba por doquier que, aprovechando que su familia se había quedado en Tokio, todas las noches tocaba el tambor percutiendo con su velludo vientre contra el culo de su secretaria, tan joven como su hija. Daba la impresión de que se enorgullecía de saber alternar hábilmente, como el palo y la zanahoria, sus joviales risotadas con bruscos gritos de cólera. Ya no

solo los luchadores, sino que hasta los propios empleados le odiaban, pero era un hombre tan ingenuo que pensaba que el hecho de que alguien tan excelso como él hubiera sido destinado a un trabajo tan intrascendente como director de un centro de formación, se debía a que alguien había conspirado contra él. Primero el director le dedicó unas rutinarias palabras de elogio por la rutilante victoria obtenida en su primer combate y, a continuación, con una risita soez, le dijo que a la noche recibiría la anhelada medalla, así que mejor que mientras esperaba se fuera lavando la entrepierna. Cuando salía del despacho del director, este añadió: «¿Por la noche también manejas igual de bien la espada?». No le quedó más remedio que forzar una sonrisa.

Al tumbar su herido y cansado cuerpo sobre la cama, en un abrir y cerrar de ojos se sintió arrastrado hacia el abismo del sueño y cuando se despertó ya era el atardecer. Fue al comedor a llenar el estómago y después se duchó escrupulosamente, se afeitó, se lavó los dientes y regresó a su habitación. «Viene una mujer, viene una mujer a mi habitación». Con esa idea en la cabeza, era incapaz de concentrarse en nada y daba vueltas por su estrecha habitación, sentándose y volviendo a levantarse. El ardor sexual del periodo en torno a la luna llena se le revolvía por el cuerpo a punto de rebosar y sin haber visto todavía a la mujer, los calzoncillos estaban tan estirados que se diría que iban a reventar de un momento a otro. Por lo que había oído Toga, las mujeres medalla vivían todas en un centro de tratamiento específico enclavado en una zona montañosa del oeste de la prefectura de Saitama y las mujeres elegidas por los vencedores eran enviadas en coches celulares a los seis centros de formación del país nada más acabar el combate. Con objeto de alargar su vida, aunque fuera un poco, mediante el fármaco contra la lucidez durmiente, aquella mujer hacía un viaje de muchas horas desde Saitama hasta Hyogo, dispuesta a acostarse con un hombre a punto de estallar.

Por fin Toga oyó acercarse por el pasillo unos estridentes pasos a los que no estaba acostumbrado. Conteniendo los fuertes latidos

de su pecho, se acercó al cristal blindado para mirar el pasillo. Acompañada por un funcionario, una mujer avanzaba temerosa estrechándose el cuerpo entre sus delgados brazos y miró hacia el cristal de su ventanilla con el rostro en tensión. Los ojos de ambos se cruzaron solo un momento, intercambiándose el mutuo sentimiento de vergüenza por su respectiva condición de gladiador y mujer medalla. En ese mismo instante, Toga se dio cuenta de que la mujer le reconocía. Al igual que él había visto el historial de las mujeres medalla, sin duda también a ella le habían mostrado previamente imágenes y demás detalles del hombre que la iba a poseer y se habría dado cuenta. Toga se sintió como si en aquellas celdas individuales del centro de amparo temporal hubiera intercambiado con ella una muda promesa de reencuentro. Y ahora cumplía esa promesa que debería haber sido imposible de cumplir. De ahí la sensación de incomodidad creada.

Quizá porque vivía rodeado de hombres corpulentos, a pesar de que ya había visto con anterioridad a la mujer, ahora le parecía mucho más menuda y débil de lo que recordaba, como si fuera a partirse en dos solo con abrazarla. Toga vestía su nada elegante y habitual mono naranja del centro, mientras que la mujer llevaba una camiseta beis de cuello ancho y una falda acampanada negra, conjuntados con unos relucientes zapatos de tacón bajo color carne. Sobre su delgado pecho, en lugar de un cable, relucía un collar plateado. Era por completo igual que si el espectro de una mujer del montón se hubiera filtrado a través del alto muro circundante y ahora deambulase perdida por los pasillos. Aquello no era la ropa particular de la mujer. Era la vestimenta de una mujer medalla. Los luchadores podían escoger previamente con qué aspecto deseaban que acudiera la mujer y Toga había optado por una vestimenta lo más corriente posible. Unas ropas que le permitiesen recrear esa vida que ni fuera de los muros actuales conoció, esa oportunidad ya perdida en la que podía haber ido con una chica así, paseando por la calle agarrados de la mano, amándose de noche. Sin embargo, en el tobillo izquierdo de la mujer, al igual que en el de Toga, se hallaba

enrollada aquella deprimente y silenciosa cinta rastreadora. La inhumanidad de esos grilletes, al combinarse con el arreglado aspecto de la chica, hacía que la estampa resultara todavía más miserable.

Cuando la mujer entró en su cuarto, el funcionario, demostrando recato, cerró la cortinilla exterior. Con eso el recinto se oscureció todavía más, pero dado que ambos eran selénicos, podían verse mutuamente. Durante las próximas seis horas, la mujer sería de Toga. Podía descargar su pasión en ella o simplemente podían dormir el uno al lado del otro. También podía encargar que les trajeran una cena ligera o podían ver la tele juntos. Sin embargo, a cambio de esa libertad, la penumbra se llenó de un silencio opresivo, que no sabían cómo romper. Toga, torpemente, extendió el brazo para invitar a la mujer a venir a su derecha y ella, con aire temeroso, se sentó en la cama como él le indicaba. Toga quería olvidarse de las palabras, limitándose a echar a la mujer sobre la cama para después disfrutar de su carne a placer hasta que se cansara, pero entre ambos se extendía una distancia de unos tres puños y le pareció que no existía modo de acortarla. Al mirar de perfil el rostro de la mujer, huelga decir que no halló en él la tranquilidad de quien se sienta junto a su amado, pero tampoco la sonrisa propia de la prostituta dispuesta a servir a su cliente. A su lado, con forma de mujer, se sentaba la sombra intranquila de un espíritu que no encontraba su lugar. Quizá, al igual que le había sucedido a Toga la noche anterior por ser su primer combate, este fuera el primer torneo de la mujer en condición de medalla. Un hombre salvaje vencedor de una sangrienta lucha cuya excitación no se había extinguido. Sin duda eso era Toga para ella. La primera vez que la vio sintió que su impresión general le recordaba a su madre, pero ahora que la veía de cerca, la atmósfera que emanaba de su cuerpo era por completo diferente. Seguro que si su madre se hubiera convertido en una mujer medalla, habría ablandado la situación con mucha mayor habilidad, dirigiéndole ella misma la palabra, como debe hacerse en esa clase de negocio con el cliente. Sin embargo aquella mujer,

puede que por su juventud, estaba tan tensa como un capullo duro. ¿Sería que al principio los gladiadores y las medallas se comportaban todos así? Al menos había que decir algo. ¿Qué palabras deberían cruzarse un vencedor en el combate y una mujer entregada a él como recompensa?

En ese momento, un olor al que no estaba acostumbrado acarició su nariz. Un olor suave, entre amargo y fresco, un olor entre azul verdoso y azul cielo… También el olfato de los selénicos en el periodo en torno al plenilunio se agudizaba. Si se tratara de perfume o de algún suavizante usado en la ropa, sería un olor más intenso, más agresivo. Sin embargo, este era un olor embozado, que intentaba ocultarse entre las sombras de la mujer. Seguro que era el olor mismo de la mujer, el olor que afluía de su cuerpo.

—Me gusta este olor —dijo Toga.

Las palabras sonaron roncas, con un tono tan inusual que le pareció una voz ajena, pero habían cumplido su función de romper el silencio. La mujer intentó sonreír. Era una sonrisa desmañada, con la que buscaba apaciguar su temor, pero al fin y al cabo era una sonrisa. Toga le devolvió una sonrisa igualmente torpe. Era la única forma de empezar. Si un hombre y una mujer se encontraban en el confín del mundo, el comienzo solo podía ser una sonrisa…

—¿Qué clase de olor? —alcanzó a decir por fin la mujer.

Una vocecita inadecuada para aquel lugar acarició los tímpanos de Toga y el núcleo emotivo de su masculinidad con un tintineo refrescante. Se supone que conocía la voz de la mujer por haberla escuchado en el vídeo que acompañaba a su historial, pero no pudo evitar pensar: «Oh, esta es la voz de la mujer. Hay una mujer en mi habitación. Una mujer que me habla».

—Un olor como a bosque… Un olor que me produce nostalgia.

No recordaba haber percibido un olor semejante en ningún bosque, pero sí le daba la impresión de que las maderas con las que trabajaba en el taller encerraban un vago olor similar.

—¿Te has criado en un bosque? —preguntó la mujer con una sonrisa.

Intentaba relajar el ambiente con esa pequeña broma.

—Sí —contestó él poniendo una expresión severa —. Cuando todavía era un mono.

La mujer dejó escapar una suave risa. Toga pudo ver por sus labios entreabiertos una fila de dientecitos como granos y su húmeda lengua. Cada vez que sonreía, afloraba un aura de fugacidad, como si se hubiera aproximado un paso a la muerte. ¿Por qué se transformarían en selénicas chicas como esta? ¿Por qué se convertirían en chicas medalla? La vida de los hombres siempre acababa en una derrota. Toda vez que se había nacido como luchador, alguna vez se perdería a manos de otro o se vería derrotado por sí mismo hasta caer muerto. Era algo sin remedio. Pero la mujer, todas las mujeres, tenían que ser felices. Deberían morir mientras en el último momento se decían: «He sido feliz». En el caso de su madre también debía de haber sido así, y en el caso de esta mujer también debería ser así. Aun cuando fuera una felicidad tan pequeña como la de una flor que se abre en un vertedero, debía morir agarrándose a esa felicidad.

Toga se giró hacia la mujer y miró sus ojos con seriedad. Ella sintió un vuelco en el corazón ante la mirada de un macho acechante y su sonrisa se ensombreció un poco. De repente, en el pecho de Toga brotó el sentimiento de que esa mujer era suya. Al pensar que algún otro luchador la tendría entre sus brazos, ya le acuciaba un torrente de celos. Toga alargó lentamente la mano para diluir el temor de la mujer y la colocó sobre su hombro con delicadeza. Los labios le temblaron levemente, pero la mujer no huyó.

X

Al llegar el fin de año, el Departamento de Eventos escogió a ocho luchadores para celebrar el torneo más importante del año. La Copa Shimojo, que tomaba su nombre del primer ministro, Hiraku Shimojo. Tendría lugar en el Estadio n.º 1, y aquel que esa noche ganase tres combates, quedando en la arena hasta el final, recibiría el honor de ser nombrado «Mejor Luchador del Año». Y, en presencia de Hiraku Shimojo, le entregarían un gran trofeo de reluciente color dorado y una corona de laurel, junto con unas palabras de felicitación. Si lo consideraban un honor o un insulto, eso era cuestión de cada luchador. Ninguno presentaría objeción al hecho de que lo reconocieran como el más fuerte, pero la contraparte era alguien tan alto como las nubes, el mismísimo creador de los torneos para su entretenimiento, ese hombre arrogante y cruel que ideó el cable que llevaban en torno al cuello. ¿Había que agachar la cabeza ante un personaje tan odioso y recibir respetuosamente aquel trofeo? Huelga decir que no se permitía que el ganador rechazase el trofeo. Si llevado por un impulso de rabia momentáneo alguien lo rechazara, no podía esperar una muerte agradable y, sin duda, las consecuencias alcanzarían también a los familiares al otro lado del muro.

El criterio para escoger a los ocho contendientes no consistía únicamente en los resultados obtenidos. El Departamento de Eventos tenía en cuenta también el contenido del espectáculo y no quería reunir demasiados luchadores con el mismo estilo. Los miembros del partido también votaban en un programa de la red sus

luchadores favoritos y aquellos resultados se reflejaban en la elección. Siendo así, el aspecto de los luchadores encerraba gran importancia. Aquellos con una presencia vulgar, sin nada que retener en la memoria, quedaban descartados, pero también solían verse relegados aquellos de especial fealdad similares a una bola de músculo que parecían «el malo» de la película o los que tenían un cuerpo tan grande que se diría que buscaban tocar las nubes. La preferencia era para los hombres bien proporcionados y de aspecto atractivo. Desde ese punto de vista, Toga suponía un participante de los más adecuados. Su estatura de ciento ochenta y un centímetros era justo la ideal, y sus marcadas facciones no se dejaban amortiguar por el efecto del casco cuando se proyectaba el rostro en los paneles del estadio. Por otra parte, Nakano había hecho que, a partir de su segundo combate, Toga se tiñera el pelo de rubio y que, acorde con su nombre de batalla de Zangetsu, apareciese con sendas lunas negras a izquierda y derecha, en las zonas parietales. La idea era que, cuando lo anunciaran como vencedor, se quitara el casco con gallardía y aparecieran las lunas. Al público le encantó la idea y Toga Uno consiguió enseguida hacerse un nombre entre los gladiadores nuevos. Su forma de luchar también ayudó. En primer lugar, su manera de adoptar la postura intermedia del kendo conocida como *chudan*, resultaba de una gran belleza y sus movimientos, precisos, sin detalles innecesarios. Pero, sobre todo, su manera de vencer era muy estética. Apuntaba al brazo que empuñaba el arma, golpeando una y otra vez sobre él para intentar partirlo y, de paso, arrebatar poco a poco la capacidad de ataque del oponente. Después, estaba atento a cualquier descuido del otro para derribarlo sobre la arena y ponerle la punta de la espada en el pecho. Eso era el final. Por supuesto que algo de sangre corría, pero no tanta como para que el público femenino apartara la vista. No faltaban los espectadores que gustaban de combates sangrientos con tretas sucias que hacían arrastrarse a los contendientes, pero al fin y al cabo el público estaba compuesto por funcionarios de élite de un país civilizado, por lo que la mayoría adoptaba en esos casos

la hipócrita actitud de los expertos que dicen que también hay elegancia en las flores que brotan en parajes salvajes.

Gracias a ello, a pesar de que Toga solo había luchado por entonces en cinco combates, en su primer año como gladiador se vio convertido en uno de los ocho elegidos para el torneo. Por mucho que nunca hubiera conocido la derrota, suponía un caso anormal. En principio, le habían seleccionado como participante de reserva por si fallaba alguien, pero uno de los ocho iniciales fue desestimado, seguramente porque había intentado suicidarse, y entonces Toga pasó a ocupar su lugar. No se puede decir que «afortunadamente». Él no sentía el menor deseo de participar. ¿Quién iba a desear algo tan duro como tres combates en una noche? Si se ponía en una balanza el honor y el pavor, el segundo pesaba mucho más. Como es natural, los ocho seleccionados eran todos muy buenos y no quedaría margen para ser generoso ni tontear. Si ya de por sí resultaba difícil salir indemne en un solo combate, ¿con cuántas heridas acabaría su cuerpo tras pasar por tres combates? Lo cierto es que, de todos los torneos, la Copa Shimojo era aquel con mayor proporción de muertes. Producía un terror tal que incluso se daban casos en que alguno de los seleccionados lo había dado todo por perdido y se había suicidado. Por eso mismo existían los gladiadores de reserva.

En la semifinal de la Copa Shimojo, es decir en su séptimo combate, Toga saboreó la derrota por primera vez. Su contrincante fue Hideto «Acala» Wakisaka, el hombretón ducho en la red y el tridente, el mismo que aparecía en el vídeo que el Departamento de Higiene le mostró en el centro de amparo temporal y el luchador más fuerte del Centro de Formación n.º 1, ganador del torneo del año anterior. Con 188 centímetros de estatura y 120 kilos de peso, impresionaba también por llevar tatuada en el pecho la imagen de Acala rodeada de fuego y en la espalda otras llamaradas no menos vistosas. Japonés solo a medias, con un cuarto de sangre de procedencia blanca y otro cuarto de procedencia negra, presentaba unos rasgos muy acusados, que recordaban a los de las estatuas

moáis de la isla de Pascua. Antes había sido profesional de la lucha libre y poseía también algún dan de kárate, así que contaba con un amplio historial de combate.

Luchando con él, Toga comprendió que Wakisaka era un auténtico luchador, que ganaba porque merecía ganar. No era muy rápido, pero sabía mantener la calma en todo momento y aunque lo atacaran, no se ponía nervioso. Todos los que habían luchado contra él decían que al principio estaban seguros de ganar, pero luego perdían. Aparentaba ser un gigantón obtuso y zafio, acorde con ese prejuicio de que la gente de cuerpo grande tiene pocas luces, pero su manera de luchar era verdaderamente sagaz. Fingía encontrarse extenuado para que el otro se acercase o simulaba estar desconcertado y de pronto contratacaba con un golpe imprevisto, interpretando el papel de una fiera caprichosa que se mueve solo por instinto. Toga también se vio engañado y poco a poco sentía que se iba quedando sin recursos, hasta que finalmente se vio atrapado en la red que le lanzó el otro, que le clavó el tridente en el pecho, en el vientre y en las piernas hasta que terminó derrotado. Más que dolor, sentía como si le hubieran desgarrado toda la carne, y le asaltó el intenso temor de hallarse en un estado irrecuperable que le iba empujando poco a poco hacia la muerte. Perdía mucha sangre y el cuerpo se le adormecía, sintiendo cómo un extraño frío se extendía por toda su piel. Poco a poco, perdía la consciencia y la fuerza de sus piernas, que no le permitían mantenerse en pie. El mundo comenzó a dar vueltas y, antes de darse cuenta, se hallaba sobre un aparato de evaluación integral de los que se utilizan previamente a una operación quirúrgica. Había olvidado los momentos finales en la arena, pero guardaba el único recuerdo de que cuando quedó atrapado por la red que lanzó Wakisaka, este se le acercó y con una sonrisa retorcida le susurró: «Que sepas que mañana voy a degustar a tu mujer». Esta clase de frases teatrales eran cosa habitual en los combates y había un micrófono instalado en los cascos de los contendientes que las retransmitían a los groseros oídos público, que se regocijaba al oírlas. Sin embargo,

Toga no pudo dejar de imaginarse a Ruka asediada y violada por Wakisaka. No se podía averiguar mediante los terminales de los centros de formación qué mujer se acostaba con qué luchador, pero se oían muchos rumores al respecto, ya fueran verdad o no. Existían bastantes posibilidades de que Wakisaka supiera que Toga siempre elegía a la misma mujer. En el pequeño rincón que conservaba de su nublada consciencia, Toga murmuró: «Maldita sea. No volverá a vencerme. De ningún modo dejaré que ese tipo se acueste con Ruka».

En adelante, las actuaciones de Toga resultaban deslumbrantes. Tal y como se había propuesto, en la Copa Shimojo del año siguiente impidió que Wakisaka ganase tres veces consecutivas y ganó por primera vez el torneo. Con eso se asentó la imagen del cambio generacional y se convirtió en el mejor de todos los gladiadores. Es decir, que delante de Hikaru Shimojo, recibió el trofeo y la corona de laurel.

Como es lógico, era la primera vez que Toga veía a Shimojo tan de cerca. Shimojo bajó a la arena desde la tribuna de autoridades y, luciendo una chaqueta con la insignia del partido en el cuello, subió al estrado que habían instalado frente a Toga. Se mesó elegantemente los blancos cabellos y desplegó una sonrisa de satisfacción en su moreno y lustroso rostro. Quizá en un intento de disimular la edad, retraía la mandíbula y henchía el pecho. Había cruzado la barrera de los setenta, pero su paso era firme y se diría que cuando caminaba el mundo se iba a abriendo a izquierda y derecha para dejarle paso. Tal y como se veía en las imágenes, era un hombre de ancha complexión y no parecía más débil que los guardaespaldas que le flanqueaban. Medía un poco más que Toga y el grosor del cuerpo era más o menos el mismo. Sin embargo, por algún motivo, a Toga le pareció pequeño. Era una impresión muy rara el hecho de que el famoso Hiraku Shimojo fuera una persona de carne y hueso. Si ahora estaba delante de él, es que no estaba en

ninguna otra parte. Estaba solamente ahí. Hasta entonces, de un modo inconsciente, vivía con la impresión de que Hiraku Shimojo estaba en todas partes, de que había tantos Shimojo como ciudadanos, tantos como pantallas, de que era una especie de tenue sombra que se extendía sobre todo el país, absorbiendo a todos los que vivían bajo él. Pero no era así. Como una partícula descubierta al microscopio, existía en un punto concreto, y era un ente débil.

Debían de estar separados por unos diez metros. Pensó que le bastarían tres segundos para dejarlo fuera de combate. Por fortuna, le habían quitado el cable del cuello. Se encontraba magullado y extenuado, pero le pareció que todavía le quedaban fuerzas suficientes para retorcer en unos momentos el cuello de un viejo dictador. Ahora que había llegado a la cumbre de los gladiadores y estaba en medio de un insuperable clímax de excitación, ¿por qué no llevarse a aquel hombre al infierno con un bramido de alegría digno de un gorila macho? ¿Por qué no grabar su nombre de esa manera en la historia de los magnicidios del Japón? Sin embargo, huelga decir que resultaba imposible. Decían que todos los luchadores que habían pasado por esa situación sentían el mismo impulso, pero si avanzaba hacia ese hombre aunque fuera un paso, los guardias con ametralladoras de mano descargarían al instante una ráfaga sobre Toga, dejándolo hecho un colador. Otros aseguraban que, antes de eso, los fusiles controlados por inteligencia artificial dispararían desde algún punto, reventando la cabeza del atacante como una sandía. Lo cierto era que el ganador del séptimo torneo, Wataru «Hércules» Sugiyama, fue asesinado así delante de miles de espectadores. Tras el primer paso que dio, todas las armas dispararon a un tiempo sobre él y al segundo paso se desplomó muerto. Nadie sabía cuál había sido la intención de Sugiyama. Quizá, como consecuencia del combate, simplemente estaba mareado y dio unos pasos tambaleantes hacia delante, o quizá solo quería arrastrarse hasta los pies de Shimojo y lamerle los zapatos. En cualquier caso, el resultado era el mismo. Un gladiador, que no era más que el muñeco de juguete de un dictador, no podía

ni rozar con el dedo a ese hombre que era como su padre, ni siquiera con la excusa de que se encontraba en el clímax de su excitación por la victoria.

Se podría pensar que, escarmentado por la experiencia, Shimojo dejaría de bajar a la arena para la ceremonia de entrega de los premios, pero siguió haciéndolo. Cuando asistió a la muerte de Sugiyama, Shimojo, por lo visto, intentó adoptar una expresión solemne, pero al final fue incapaz de ocultar una leve sonrisa, quizá porque aquel día estaba contento de haber asistido al espectáculo más lujoso del año. Tampoco faltaron los luchadores que sospechaban que Shimojo no había cambiado de actitud porque deseaba ver repetida alguna vez más aquella escena; que Shimojo era plenamente consciente de que los luchadores le odiaban, y por eso se ponía a propósito como cebo ante sus narices. De esa manera, el gladiador más fuerte de todos, llevado por el éxtasis del momento, se convertía en un potencial magnicida que, además, no conseguía su objetivo y era convertido al instante en una masa de carne ensangrentada. Y el viejo y aburrido dictador asistía a ese espectáculo desde el asiento especial del mejor palco, embelesado por primera vez en mucho tiempo.

El tiempo de gloria de Toga continuó después de aquello. Al siguiente año, superó también idéntico torneo, alzándose una vez más con el premio. En los veinte años de historia de la Copa Shimojo, solo había cuatro luchadores que hubieran ganado dos años seguidos. El primero fue Natsuhiko «Nabucodonosor» Uemura; el segundo, Akira «Falcon» Hayashi; el tercero, Hideto «Acala» Wakisaka y el último, él, Toga «Morning Moon» Uno. Y se confiaba en que, en el año 2051, Toga sería el primer luchador de la historia que ganase tres torneos seguidos.

Según encadenaba victoria tras victoria, Toga se vio trasladado de la habitación de categoría C a una categoría B y después a una A. La ventana era más amplia, la cama de mejor calidad y la pantalla de la pared también más grande. Bien, ¿y qué hacía un luchador al contar con una habitación más grande? En la mayor parte de los

casos, nada. Pero al disfrutar de un espacio más grande, no tenía una sensación tan asfixiante como antes. Con todo, dentro de los luchadores que pasaban a una habitación mayor, algunos intentaban recuperar sus aficiones anteriores. Por ejemplo, uno de ellos negoció con el centro de formación que le compraran una guitarra acústica y otro consiguió pinturas, pinceles y lienzos. Puesto que los seis centros de formación siempre se veían impelidos por el Departamento de Eventos a competir entre ellos, no ponían demasiadas pegas a la hora de satisfacer los deseos de aquellos luchadores con buenos resultados.

Después de que Toga obtuviera su primera victoria en el torneo, consiguió que le entregasen madera e instrumental para tallar. Los utensilios no eran gran cosa, una gubia, un serruchito de dos hojas, una piedra de afilar y un lapicero para hacer marcas en la madera previamente. Claro que como estaba prohibido que los luchadores tuviesen filos, no podía sacar los instrumentos de la habitación, por lo que, cada vez que salía, tenía que entregarlos al guardia. Sin embargo, dado que no pretendía planear nada como cortarle el cuello al director, no le importaba tal protocolo. Desde entonces, la mayor parte del tiempo libre del que gozaba Toga antes de dormir lo dedicaba a la talla de madera. Desde que la noche anterior a su detención por parte del Departamento de Higiene hiciera la figura de Ryomen Sukuna, llevaba largo tiempo sin tratar con la madera.

Cuando abrió la caja de cartón que le trajo el funcionario, ascendió el olor de las diferentes clases de madera. Zelkova, arce, roble, alcornoque, fresno, bubinga... Le pareció que en la penumbra aquellos simples trozos de madera relucían tenuemente, reflejando una libertad nada acorde con el lugar donde estaban. Tenía ya decidido qué era lo que iba a tallar. Gladiadores. Al igual que Motoka Sugai no dejó de retratar a los selénicos en su viaje hacia la muerte, él deseaba tallar a esos luchadores que fueron a la vez compañeros y enemigos. Después de que llegara Toga, continuaron dándose casos de luchadores que dejaban de estar en el Centro de Formación n.º 2. Algunos se fueron porque habían sobrevivido a los treinta

combates estipulados y se habían retirado, pero otros habían perecido en la lucha. También estaban los fallecidos durante el periodo de lucidez durmiente a pesar de haber recibido medicación y los que habían optado por suicidarse ante el terror que les causaban los combates. Además de, claro está, los muchos que, obsesionados por despertar de esa pesadilla, desaparecieron sin saberse a dónde los llevaron. Toga aferró su gubia mientras recordaba aquellos rostros.

Todos los luchadores que talló Toga sonreían. Una sonrisa como aquella luna remanente de la que hablaba Motoka Sugai. Probablemente, todos los luchadores habían muerto sumidos en un pozo de lamentaciones, sin poder sonreír. No pretendía decir que hubieran podido llevar una vida en la que no fueran luchadores, o en la que ni siquiera fueran selénicos. Sin embargo, quizá también ellos hubiesen tenido un momento en que hubieran podido verse a sí mismos desde lejos en su vida de luchadores y les hubiera parecido una bonita imagen. Aun cuando no fuera más que una condición pasajera sin esfuerzo propio, provocada solo por la llegada del plenilunio. Pensando en una situación así, Toga le confería a cada uno de ellos una sonrisa ficticia a la hora de ir practicando sus tallas. Mientras se encontraba tallando, el terror que se cernía sobre su alma o sus muchos sufrimientos parecían ir alejándose. Era imposible conservar el recuerdo de cada uno de los mandobles de la espada, pero quizá sí fuera posible conservar el recuerdo de cada golpe de gubia grabándolo en la madera, de manera que quedase allí aun después de su muerte. De esa forma, puede que algún día, alguien que desconozca por completo al autor, vea una de esas tallas y le transmita algún tipo de verdad. Aunque sea, por ejemplo, que su creador fue alguien que, al final, murió celebrando su paso por este mundo.

Las tallas que iba terminando, las colocaba primero junto a la ventana y cuando ya no cabían allí, las alineaba en el suelo,

paralelas a la pared. Las colocase donde las colocase, las tallas no emitían la menor queja, todas sonrientes como si se hubieran quitado un gran peso de encima, y a veces le parecía que le estaban haciendo un gesto con la mano desde el otro mundo, invitándole a reunirse con ellas cuanto antes. Cada vez que acudía a su habitación, Ruka veía que el número de figuras iba aumentando. Las tomaba entre sus manos y se quedaba un tiempo contemplándolas. Toga no le preguntaba su opinión y ella tampoco decía nada. Se limitaba a contemplarlas, como acariciando la vida de cada una de ellas con la mirada. Ruka era la única persona que sabía lo que estaba tallando Toga, pero nunca le dijo que hiciera una talla suya. Lo que Toga tallaba era el débil eco que habían dejado los luchadores al desaparecer y, si algún día Toga hacía una talla de Ruka, sería porque ella había desaparecido de su vida.

Ruka dijo que su verdadero nombre era Ruka Yamagishi. Nacida y criada en Kobe, estudió en la Universidad de Bienestar Social de Osaka y estuvo trabajando en un centro de atención a mayores de la ciudad de Iwami en calidad de cuidadora. Para compensar que el sistema de pensiones se hubiera hundido, el partido construyó por todo el país grandes instalaciones para la residencia de los ancianos, llamadas Jardín de Longevidad de la Salvación Nacional, pero dado que en todas ellas las condiciones eran bastante malas, la gente las aborrecía y les daba nombres como «vertedero de viejos».

Al llegar el invierno, la gripe se extendía por todas las residencias blandiendo su guadaña a diestro y siniestro para arrebatar a granel la vida de los ancianos, mientras que en verano las deshidrataciones o las intoxicaciones alimentarias se turnaban para cumplir esa tarea. Si alguno de los residentes enfermaba, se le recetaban medicamentos a modo de consuelo, pero no se le ofrecía un tratamiento médico adecuado. Aparte, se daban casos también en que perturbados con deseos de matar se empleaban en dichas instituciones y, disimuladamente, se dedicaban a matar ancianos por los más variados procedimientos, pero circulaba el increíble rumor de que, siguiendo las directrices del partido, tanto las residencias como

la policía hacían la vista gorda al respecto. De por sí, desde que en el año 2030 se autorizó la eutanasia, en contraste con aquellos nombres alusivos a la longevidad, muchos ancianos residentes eran enviados al otro mundo sin tapujos y sin descanso mediante un fármaco conocido vulgarmente como T. C. (toque cariñoso). Para el Estado, aquellas manadas improductivas de viejos, que no hacían otra cosa que comer, suponían un inmenso lastre que obligaba a dedicar mano de obra y espacio.

—Todos, todos los días moría gente —explicó Ruka—. Era como un glaciar que se va deshaciendo poco a poco en el frío mar. Llegaban y morían, llegaban y morían... En un hospital también entra mucha gente, pero se curan y se marchan, ¿no? Pero en aquellas residencias, no. Igual que en los centros de tratamiento para selénicos, esos lugares son el fin del mundo... Se haya llevado la vida que se haya llevado hasta entonces, si entras allí, caes hacia el mismo final. Así son esos sitios.

Incapaz de soportar un ambiente tan enloquecedor, Ruka iba agotándose física y psicológicamente. Hasta entonces nunca había tenido sueños carentes de color, pero en adelante, cada vez que daba una ligera cabezada, la asaltaban sin falta pesadillas en las que deambulaba perdida por un mundo de colores grises. Intentó concentrarse en el trabajo para disipar esas visiones, pero comenzó a sentir un dolor sordo en la cabeza como si estuviera circundada por una prieta cinta de metal. El dolor no se iba y parecía que una fina membrana envolviera en todo momento su entendimiento. Aun así, continuó trabajando como si la azuzaran, pero cada día cometía más errores. Intentaba convencerse a sí misma de que alguien tenía que hacer aquel trabajo, pero ni su mente ni su cuerpo se recuperaban. Entonces, cierto día le pareció oír el ruido que hacía el eje de su cuerpo al partirse cual árbol podrido y supo que ya no podría seguir. Que tenía que dejar ese trabajo cuanto antes. Sin embargo, nada más tomar la decisión de abandonar, contrajo la selenesis, como si hubiera sido un castigo a los desertores. No puede decirse que fuera un trueno en un día soleado. Por la

residencia circulaban en todo momento virus, gérmenes y bacterias que anidaban en los ancianos, y la selenesis no constituía una excepción. Cuando llegaba la estación de los brotes de gripe, aun cuando alguien contrajese la selenesis, ni había capacidad para efectuar un aislamiento efectivo ni para proceder a un tratamiento. Simplemente se dejaba al enfermo abandonado entre cuatro cortinas. En el caso de los ancianos, es frecuente que fracasen en el «alunizaje» de su primer brote y fallezcan, pero antes de eso, a modo de «recuerdo», van desperdigando por todas partes grandes cantidades de virus. Los virus no distinguen entre residentes y empleados. Al igual que Toga, Ruka comunicó al centro de trabajo que parecía haber contraído la gripe, pero escamoteó un kit de análisis y se hizo la prueba en el apartamento donde vivía sola. Así, la misma noche en que se produjo el brote, vio que daba positivo. Cuando el acceso llegó a su punto álgido, en el fondo de su nublada consciencia pensó medio en serio que no le importaría morir ya de una vez, pero al fin y al cabo era joven y sobrevivió. Después, tras dudar durante cuatro días, se deshizo de sus pertenencias para no causar molestias y en una noche de luna llena cruzó por su propio pie las puertas del Departamento de Higiene.

—Me decía: «¿Por qué me tenía que pasar a mí? ¿Qué culpa he tenido yo? ¿Por qué yo, que solo tengo veinticuatro años?». Pero, en un rincón de mi corazón, también pensaba: «Todavía debe de quedarme algo. Tiene que haber algo más en mi vida que justifique que no haya muerto».

Si Ruka cruzó las puertas del Departamento de Higiene con la excitación propia del periodo en torno al plenilunio, seguramente fue también ese estado lo que la impulsó a convertirse en mujer medalla. Una mujer miedosa, que odiaba los cambios, que no le gustaban las situaciones confusas ni las cosas que no podía entender. Por eso, al menos quería vivir en un mundo sencillo, comprensible, limitado a un círculo que pudiera alcanzar. Dejándose llevar por la luna llena, una mujer así había aceptado acostarse las veces que fueran con una serie de musculosos luchadores

desconocidos. «Tiene que haber algo más en mi vida». Esa clase de visión optimista sin fundamento era muy propia del periodo del plenilunio y Toga la comprendía de sobra. Sin esa visión, sería imposible que uno se convirtiera en gladiador y saliera a la arena, o que una mujer aceptara ir al encuentro de un luchador sediento de sexo. Por el Centro de Formación n.º 2 circulaba un comentario cargado de ironía: «Lo que la gente normal llama osadía es lo que los selénicos llamamos deseo».

Cuando Ruka acudía a su habitación, lo primero que hacía era seleccionar música en la pantalla del terminal. Decía que en su habitación hacía siempre eso. Que le daba miedo el silencio. Que el silencio era liso y profundo como un espejo y que si te mirabas en él, te verías a ti mismo. Entonces, tendría que enfrentarse a su propio corazón. Y eso era lo que le daba miedo.

El compositor preferido de Ruka era Debussy. Por lo visto, le gustaban las piezas de Debussy para piano y las practicaba a menudo. Cuando Toga escuchó *Claro de luna*, le pareció que la había oído antes. Sin embargo, le bastó oírla una vez para comprender que el claro de luna que intentaba recrear Debussy era muy diferente del claro de luna que acompañaba a los selénicos. Lo que goteaba de la luna de Debussy era una paz fría, suave, un éxtasis tranquilo cual baile mudo. En cambio, la luna que veían los selénicos era una bola de fuego blanco que revolvía la sangre, que empujaba a un baile enloquecido de sonoros pisotones, una luna fatídica que se abalanzaba sobre sus corazones. En otras palabras, para los selénicos, la luna de Debussy era la luna que ascendía en el cielo de su pasado, ya perdida.

Sin embargo, en el caso de Toga, el *Claro de luna* de Debussy no le movía a pensar en la plácida luna de antaño, sino en esa mujer llamada Ruka. Desde ese comienzo temeroso e indeciso, como cabizbajo, hasta que poco a poco iba abriendo su corazón y se acercaba, el tempo de la melodía era como el de la mujer. Cada vez que ganaba, Toga pedía que viniese Ruka. En su primer año, hubo una sola vez que la solicitó un luchador de mayor rango y no pudo

venir, pero aunque se acostó con otra mujer, no consiguió dejar de pensar en Ruka. En adelante, hubo también algún mes en que Toga no pudo luchar por no haberse recuperado de sus heridas, y probablemente en esos casos ella se acostó con otros hombres, pero cuando Toga se imaginaba la escena, le parecía que se trataba de otra mujer, con un aspecto muy similar al de Ruka. Esa clase de fantasías lo atormentaban y se imaginaba que Ruka, aunque la trataran con violencia, lo soportaría guardando su corazón en lo más recóndito del pecho. O también elucubraba en qué clase de mundo habría vivido Ruka si ellos dos no se hubieran conocido. Seguro que esa otra Ruka sería ahora mucho más desgraciada que la actual. Para retirarse del trabajo de mujer medalla tenía que acostarse cuarenta y cinco veces con algún luchador. Si Toga conseguía superar victorioso sus treinta combates, podía contribuir al rápido retiro de Ruka. Y, si entonces formulaba la solicitud al Departamento de Eventos, podía irse a vivir con ella al centro de tratamiento de Kochi o al de Miyazaki.

Una vez que uno verbalizaba su deseo, ya no podía decir que no lo deseaba. En cualquier caso, habló acerca de ello con Ruka en una sola ocasión. Ruka no le dijo ni que sí ni que no. Pero sí le contestó con una débil sonrisa que le alegraba que pensara así. Cuanto más peleara, más posibilidades habría de que muriera en combate. Pero, por otra parte, si seguía a buen ritmo, se retiraba y se iba a vivir a un centro de tratamiento, dejarían de suministrarle la medicación contra la lucidez durmiente y, de todas maneras, aumentarían las probabilidades de morir. Nadie podía saber con cuál de las dos opciones viviría más. Sin embargo, no era menos cierto que, una vez que se hubieran mudado al centro de tratamiento que fuese, no se sabía cuánto tiempo podrían vivir juntos. Sin duda, todas las noches los llevarían a desempeñar algún trabajo. Fuese cual fuese esa tarea, obviamente sería más saludable que la de gladiador o la de medalla y quizá incluso les proporcionase la alegría de dedicarse a un trabajo. Pero, inexorablemente, uno de los dos moriría antes. Aunque se abrazaran para sumirse juntos en el averno de la lucidez

durmiente, llegaría sin falta el día en que solo uno de los dos despertase, con el frío cuerpo del otro yaciendo a su lado. Le dolía pensar que Ruka pudiera morir antes, pero sería igualmente miserable si se quedaba sola. Entonces, ¿morir juntos? Igual de miserable, o más. Y aun así, que un gladiador y una medalla pudieran un día vivir juntos era el primer y último paraíso con que podía soñar un selénico.

Tras satisfacer el deseo sexual, siempre terminaban ambos agotados y, con los cuerpos sudorosos entrelazados, dormían durante un tiempo. Al principio Ruka se reía diciendo que parecía un hombretón abrazándose a un monito, pero aun así Toga se veía incapaz de dejar de hacerlo. Al pensar que la próxima vez que se vieran sería, como muy pronto, dentro de un mes, sentía que por más que la abrazase nunca sería suficiente y se apretaba contra ella con desesperación. Solo en esos momentos Toga podía perdonar al mundo, a la vida. Cuando abrazaba a Ruka, siempre Toga se dormía antes. Ruka decía que su respiración cambiaba y que por eso notaba al instante cuándo se había quedado dormido. Cuando Toga despertaba, Ruka ya dormía. El sueño de Ruka era sigiloso como el de las plantas. Toga se despertaba primero en medio de la oscuridad y al abrir los ojos se sentía solo, pero no era una soledad hostil, sino tan plácida como la respiración de la durmiente Ruka.

Al despertarse, Ruka pedía a un empleado que les trajesen la comida y, mientras se la tomaban juntos, veían algo en la pantalla de la pared. Ruka siempre pedía, sin cansarse, berenjenas fritas con salsa y vainas cocidas de soja. Toga siempre miraba con una sonrisa el rostro de felicidad con que aquella chica tan delgada se ventilaba los platos sin dejar nada. La única ocasión que tenían las mujeres medalla de encargar la comida que les gustase era cuando se acostaban con algún luchador. Ruka era muy radical en cuanto a lo que le gustaba y lo que no. Una vez Toga le dijo: «Seguro que si abrimos tu armario, toda la ropa que tengas dentro estará repetida». Y ella le contestó sorprendida: «¿Cómo lo has sabido?». Toga sintió que, sin haberla visto, podía imaginarse la habitación de Ruka. En el

recibidor habría solo dos pares de zapatos, en la habitación se habría eliminado todo lo prescindible y resultaría tan insípida que cien años después podría seguir con la misma apariencia. Ruka era la clase de mujer que solo deseaba poseer lo que pudiera recordar con los ojos cerrados.

Una vez, Toga vio con ella unos vídeos de cuando él era un niño. En uno, todavía siendo un bebé, se hurgaba el ombligo con expresión de extrañeza, y en otro estaba jugando al escondite con su madre en un parque y se ponía a llorar porque no la encontraba. Ruka se rio diciendo que tenía las mismas cejas que ahora. Después añadió que las cejas de Toga eran muy pobladas y gruesas, pero no mentían. La chica sostenía que la gente miente con las cejas. Lo que más hizo reír a Ruka, y quizá resultaba comprensible, fue el vídeo con Toga a los tres años haciendo figuras de animales con pasta de papel. Moldeaba torpemente aquella masa y de pronto anunciaba: «¡Ya está!». La manera tan tenaz con que trabajaba aquel pequeño creador hizo que Ruka se riera a carcajadas. Ruka y la madre de Toga eran dos mujeres de carácter por completo diferente, pero se reían de idéntica manera. Toga pensó que solo cuando esa mujer se reía le parecía que el mundo funcionaba correctamente.

Al terminar ese vídeo, Ruka le dijo con tono burlón:

—Ya desde entonces eras igual de mañoso, ¿eh?

—Si hubiera sido yo quien modelase este mundo, habría salido algo tremendo. Menos mal que no soy Dios...

—Bueno, a lo mejor hubiera sido un mundo más divertido.

—Pues no sé yo... Entonces, algún día tallaré un mundo completo, y será todo para ti.

Ruka cruzó los brazos y fingió una expresión de incomodidad.

—Hmm..., pero es que mi habitación es muy pequeña...

—No pasa nada, no pasa nada...

—¡Ya salió! —exclamó Ruka volviendo a reír —. El «no pasa nada» de los hombres...

XI

La desgracia que hizo añicos el sueño de la pareja se desencadenó en abril de 2051, con la llegada de un hombre de aspecto vulgar. Un hombre de una empresa de tratamiento de metales, Metal Ace S. A., acudió al Centro de Formación n.º 2 para ver a Toga. Aquella empresa era una de las que, por encargo del Departamento de Eventos, fabricaba las armas y demás pertrechos de los gladiadores, y de vez en cuando algún encargado de ventas recorría los centros de formación. Se trataba de vender a los luchadores o a los entrenadores artículos con novedades en su diseño o en sus funciones. Toga había hablado varias veces con alguno de esos hombres, pero al llamado Takahashi que vino ese día no lo conocía.

Takahashi, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, lo mismo podía tener veintitantos años que cuarenta y tantos y tenía un rastro tan impersonal que, si uno apartaba la mirada de él unos momentos, quizá no podría recordarlo. Como si pensara que aparecer de traje en la madriguera de unos tipos bastos le daría aire de farsante, venía con una chaqueta de obra color verde claro y unos pantalones azul oscuro. Las personas sanas que venían de fuera usaban protector facial y mascarilla, al igual que los empleados del centro. Pero, curiosamente, aquel hombre, sin mostrar ningún temor, venía con el rostro al descubierto y luciendo su blanca dentadura en una sonrisa. Tampoco aparentaba ningún temor hacia los selénicos, pero no por ello se comportaba con pegajosa cordialidad, sino que emanaba un aire de rutina. Se dirigía educadamente también a los luchadores más jóvenes y de hecho parecía un hombre que trataría

de «usted» hasta a los perros callejeros. Pero había algo extraño. Después de saludar al director y a los empleados, por lo visto había pedido verse con Toga a solas. Y realmente entró él solo en la habitación del luchador. Hasta entonces venían muchos hombres de diversas empresas a tomar sus medidas, pero siempre lo hacían en una habitación al efecto y delante de algún empleado o de Nakano. Que alguien de fuera permaneciera en su habitación, dejando aparte el caso de Ruka, le resultaba tan incómodo como si le estuvieran pisando continuamente un pie y no conseguía relajarse.

Takahashi recorrió la habitación con la mirada y, tras ver las tallas, habló.

—Vaya... Así que todas estas figuras las ha hecho usted...

No parecía especialmente sorprendido, ni tampoco mostraba una profunda admiración por el trabajo, como si estuviera pensando qué clase de enfermedad podría dar a luz esa clase de obras. Cuando le contestó que lo hacía por mera afición, Takahashi le preguntó si se trataba de los luchadores a los que había vencido. Toga negó con la cabeza. Al darse cuenta de que el luchador no pensaba aclarar nada más por sí mismo, Takahashi volvió a pasear la mirada por las figuras y le dijo que era un fan suyo, que había ido varias veces al estadio de las competiciones y que había visto todos sus combates con las gafas de realidad virtual. Después añadió que estaba convencido de que en la Copa Shimojo de ese año Toga ganaría por tercera vez consecutiva. En suma, Takahashi era un miembro del partido que había pasado la evaluación del Departamento de Eventos. No cabía otra posibilidad, puesto que podía poner los pies en un centro de formación. Pero lo que Toga no terminaba de encajar era que, si Takahashi era realmente un fan suyo, debería demostrar alegría o emoción ante el encuentro y no se percibía por parte alguna. De entrada, si apenas había en todo el país unos trescientos gladiadores, la fabricación de sus pertrechos no debía de ser un negocio especialmente apetitoso, así que ¿qué demonios habría venido a hacer aquel hombre? Más aun, ¿por qué el director le habría dejado pasar?

Una vez que terminó de dirigir a Toga unas prototípicas frases de cortesía, Takahashi le mostró la pantalla de un terminal que traía consigo y comenzó a explicarle una serie de artículos, tales como cascos o brazaletes. Después le enseñó una presentación visual con numerosos artículos de diseño novedoso, que consideraba ornamento adecuado para esa hazaña histórica que sería la tercera victoria consecutiva. La figura de Toga había sido insertada en la realidad virtual, de manera que aparecía llevando cada uno de esos artículos de protección mientras blandía con elegancia la *tachi*, de manera que pudiera hacerse una idea lo más fiel posible de cómo lucirían aquellos nuevos artículos en la arena del campo. Tanto hacía dos años como el año anterior, otras empresas le habían enseñado también imágenes de promoción similares, pero esta era la primera vez que el agente comercial se introducía en su propia habitación. Si todavía mostrara una pasión de vendedor mucho más extrema que el resto, aun lo entendería, pero, a juzgar por la forma en que hablaba, tampoco ponía demasiado interés y se diría que iba limitándose a enumerar los productos en cuestión. Recordaba a la actitud de alguien que, en vez de rascarse directamente el punto que le pica, se frota una y otra vez alrededor. De entrada, ¿sería realmente empleado de una empresa de artículos de metal? De hecho, a Toga le pareció que su permanente sonrisa no era tampoco la de un comerciante, sino la de un estafador.

Sin duda aquella desconfianza debía de aflorar en el rostro de Toga, porque Takahashi guardó silencio durante un tiempo y, por fin, exhaló un breve suspiro y detuvo las imágenes. La habitación quedó sumida en un peculiar silencio, sin ningún indicio de hacia dónde derivaría la situación. Takahashi se guardó por alguna parte aquella sonrisa con que intentaba enmascarar sus intenciones y permaneció un tiempo rumiando en su interior la verdadera intención que no se decidía a verbalizar. Finalmente, habló.

—A decir verdad, lo que yo quiero recomendar es cierto casco —comenzó.

Su voz había cambiado del tono despreocupado de antes a uno más grave.

—Ese casco es un artículo muy peligroso, y si uno se equivoca a la hora de utilizarlo, puede matar. Como he dicho antes, estoy convencido de que usted conseguirá vencer el torneo por tercer año consecutivo. Con esa manera tan brillante que tiene de manejar la espada... Pero en este mundo existen oponentes que ni siquiera con su espada hay posibilidad de abatir. Para supuestos como esos, quizá el casco que le digo sea de utilidad...

Al llegar ahí, Takahashi se detuvo y miró a Toga, sentado a su lado en una silla, directamente a los ojos. Parecía estar verificando si el rodeo que daba con sus palabras había entrado por el camino correcto en el cerebro de Toga. ¿A quién se referiría con eso de «oponente que ni siquiera su espada puede abatir»? ¿Y por qué el casco «podía serle de utilidad»? Cuando Toga empezó a comprender, sintió como si un reguero de agua fría le fuera recorriendo la médula espinal. Si volvía ganar por tercera vez, lógicamente, después tendría lugar en la arena la ceremonia con la entrega del trofeo y la corona de laurel. Y entonces, como de costumbre, Hiraku Shimojo estaría de pie frente a él. Para la ceremonia, ya le habrían quitado la espada a Toga, pero no le iban a quitar los elementos de protección que llevara. El casco lo podía llevar sujeto bajo la axila izquierda. Y si ese casco era un artículo de propiedades mortíferas, ¿qué sucedería?

—Esta es una conversación muy peligrosa, para ambos... —continuó Takahashi con voz tensa.

Su severa expresión le hacía parecer ahora un hombre diferente. Toga creyó entender por qué aquel hombre se había presentado sin mascarilla. Se suele decir que los mentirosos ocultan la boca al hablar. Por tanto, aquellos que no mentían, o aquellos decididos firmemente a mentir con todas las consecuencias, tenían que dejar la boca al descubierto.

Toga le animó a continuar. Takahashi le puso otras imágenes a continuación. En resumen, se trataba de lo siguiente. En la cara interior del casco, había adherido un explosivo plástico camuflado

como un acolchonamiento. Según el hombre, el explosivo, como esos que salen a menudo en las películas, era un material de aspecto arcilloso que, por más golpes que recibiera el casco, no estallaba y si se lo acercaba al fuego, simplemente se quemaba. En ese material explosivo había enterradas cerca de doscientas microcápsulas de una forma especial. Al explotar el material, las microcápsulas salían disparadas y se clavaban en la carne, penetrando en el torrente sanguíneo. Una vez allí, el recubrimiento de la cápsula se disolvía, liberando neurotoxinas. Las cápsulas habían sido desarrolladas por ese país experto en terrorismo de Estado que es Rusia y, a partir de su aspecto exterior, se les había dado el nombre de *gemchuga*, que era la palabra rusa para «perla». Su diámetro no llegaba ni a cuatro milímetros, pero una sola bastaba para matar a una vaca de quinientos kilos. El hombre dijo que había sido utilizada ya numerosas veces en actos de terrorismo o asesinatos selectivos y que por tanto era un producto con resultados a sus espaldas. Toga no necesitaría avanzar ni un paso, ni tenía que lanzar nada. En la pantalla apareció una simulación de la imagen de Toga donde se colocaba el casco delante del vientre, con la cara interna vuelta hacia su blanco y apretando el botón oculto para que se desencadenara la explosión. Junto con Shimojo, los adláteres y guardaespaldas que tuviera alrededor recibirían también la lluvia de *gemchuga* y morirían, como muy tarde, en unos minutos.

Sin embargo, ¿qué pasaría con el propio Toga? El impacto de la explosión destruiría también el casco y, con toda seguridad, él, que lo llevaba en las manos, saldría despedido hacia atrás.

—Como mínimo, quedará gravemente herido —reconoció Takahashi con sinceridad. Con mala suerte, morirá. O, mejor dicho, será usted mucho más feliz si muere en ese momento. Porque si sobrevive, sin duda le torturarán en algún sótano desconocido, cortándole en pedacitos para que sufra una muerte lenta. Le arrancarán los dientes uno a uno, le cortarán los dedos también uno a uno, después los cuatro miembros, le abrasarán los órganos

sexuales, le cortarán las orejas y la nariz, le sacarán los ojos, le arrancarán la piel... Esa clase de muerte. Sin embargo...

Takahashi le explicó a continuación que no habían descuidado ese punto y que también en la parte superior del casco había una protuberancia y podía hacerse que, con la fuerza de la explosión, incrustase una cápsula en el vientre de Toga. Una muerte rápida y piadosa.

Según Takahashi, «esto no va a consistir en un único acto. La pedrada generará ondas en la superficie del agua que se irán expandiendo y todo Japón cambiará». A juzgar por sus palabras, todo indicaba que se planeaba un golpe de Estado. Huelga decir que a un mero peón como Toga, que se encontraba en el eslabón más bajo de la cadena, no le iban a explicar detalles de ese plan y, además, resultaba más inteligente no saber nada, pero si el plan era real, puede que, para empezar, el tal Takahashi no fuera ningún empleado de una empresa de artículos de metal y que, de hecho, ni siquiera se llamara Takahashi. Sin embargo, lo que más se preguntaba Toga era por qué ese hombre se encontraba en su habitación. A la hora de pensar en tan anormal situación, surgía la posibilidad de que el director, hasta cierto punto, estuviera al tanto del asunto. La posición de director de un centro de formación, para un burócrata del Ministerio del Interior, era sin lugar a dudas como una cloaca excavada al margen de la carretera del éxito. Puede que el hombre se hubiera apuntado al plan, espoleado por esa insatisfacción y esa frustración, decidiendo jugárselo todo a una carta. Siendo así, ¿se trataría sin más de una lucha interna por el poder en el seno del partido? ¿No irían a sustituir al canalla de Hiraku Shimojo por otro hombre igual de canalla? Takahashi debió de intuir las sospechas del otro, ya que prosiguió con su razonamiento sin necesidad de que Toga preguntara nada.

—Hoy día, miremos donde miremos, en el mundo los países nacionalcapitalistas centrados en un líder carismático están en un claro retroceso. Es, literalmente, como dice aquella frase hecha: «El poder absoluto se pudre de modo absoluto». En todos los países, el

entramado administrativo de los Gobiernos ha engordado demasiado y se encuentra paralizado, incapaz de expulsar sus productos de desecho. ¿No se ha dado cuenta de que jadea de un modo patético? A nuestro partido le pasa lo mismo. Paralelamente, hoy día la mayoría de los países ha dado el paso de introducir a gran escala la inteligencia artificial en la política y mediante el sistema del rey filósofo, los partidos virtuales o el voto electrónico segmentado han conseguido recopilar la voluntad popular de un modo diferente, llevándola a la práctica. En otras palabras, el mundo entero está buscando ahora una nueva forma de democracia de segunda generación. Y sin embargo, nuestro país...

Sin prestar demasiada atención a las palabras de Takahashi, Toga pensó que, a pesar de todo, quizá sí que cambiarían algunas cosas. Los torneos de gladiadores, de entrada, eran una orgía que había comenzado por un mero capricho de Shimojo, famoso por ser un amante de los combates de luchadores. Solo con que Shimojo muriera, seguramente se podría, por lo menos, poner punto final a ese loco festín. Y quizá Toga, el hombre que lo eliminaría físicamente, podría alcanzar algo de gloria en calidad de luchador que, no es que hubiera mordido la mano de su amo, sino que le habría asestado un bocado en el cuello.

En todo caso, un plan que dependía de que Toga ganase el torneo por tercera vez consecutiva, jugándoselo todo a eso, era demasiado inseguro como prestarse a participar. Probablemente existían tres o cuatro variantes y esta era una de esas, pero no le apetecía nada verse envuelto en una lucha por el poder entre canallas para terminar aplastado como un gusano. Para empezar, el hombre que tenía enfrente se comportaba con educación, sí, pero le resultaba incomprensible que tuviera la desfachatez de venir a proponerle que se inmolara, o mejor dicho, que se suicidara. Al fin y al cabo, seguro que pensaría que si le daba la ocasión de arder vistosamente a un selénico de negro destino, todavía más a él, que era un huérfano sin familiares, bastaría para usarlo como una cerilla que luego se arroja a un lado. En cualquier caso, Toga no quería

morir todavía. Su intención era pasar tranquilamente junto a Ruka el escaso tiempo de vida que le quedara. Aunque no supiera ni cuándo ni de qué manera acabaría su vida, hasta entonces quería pasar el mayor tiempo posible con Ruka; entrelazar sus dedos con los de ella, sentir ambos cuerpos pegados, estar en la cama oyendo mutuamente la respiración del otro y ver que, al abrir los ojos, Ruka seguía todavía allí. Y también al día siguiente y al siguiente. Esa era la única esperanza que alguien de su condición podía abrigar.

Toga hizo un gesto negativo con la cabeza y contestó que actuaría como si no hubiera oído nada, pero Takahashi, ensombreciendo de repente su cortés semblante, dejó incluso ver cierto enfado. Parecía igual que si hubiera visto cómo un perro callejero se daba media vuelta ante el trozo de comida que le arrojaba.

—Ya veo... —suspiró Takahashi con irritación mientras comenzaba a dar vueltas por la estrecha habitación como si estuviera pergeñando una nueva estrategia—. Ustedes los luchadores escogieron empuñar un arma porque deseaban usarlo como medio para vivir aunque fuera un poco más. Es comprensible que no se sienta conforme con que lo que obtiene a cambio de entregar la vida sea la gloria póstuma. Sin embargo, por lo que a nosotros respecta, hemos venido hasta usted después de haber tomado una firme determinación. No me puedo marchar con las manos vacías.

Al llegar ahí, Takahashi detuvo de golpe sus pasos y mirando fijamente a los ojos a Toga, prosiguió.

—Tenemos algo más que proponerle. Acerca de Ruka Yamagishi...

Toga sintió como si le hubieran clavado una espada en el corazón y se puso en tensión. Takahashi había comenzado a usar un inaprensible plural al hablar que reveló a Toga que ya no solo él, sino también Ruka había sido atrapada en una red que se iba extendiendo.

—Si el plan funciona según lo previsto, nos encargaríamos de que la señora Yamagishi continuara recibiendo medicación, hasta el fin de sus días...

Sin decir palabra, Toga dirigió una fría mirada hacia Takahashi. La desvergüenza de aquel hombre no conocía fondo. Para entonces Toga ya estaría muerto y carecería de medios para verificar si la promesa se cumplía. Y aun cuando sobreviviera, dado el entorno donde vivían los selénicos, resultaba imposible ejercer ningún tipo de presión sobre esos «nos» que rompieran el pacto. Takahashi, sin arredrarse, mantuvo la mirada fija en Toga y continuó hablando con soltura.

—En este punto no queda sino confiar en nosotros. Tenemos un futuro que construir. En comparación con eso, el precio que supondría pagar las dosis de Averna necesarias para salvar la vida de un selénico es una cantidad insignificante.

El cerebro de Toga comenzó a dar vueltas pensando en el futuro de Ruka. En Ruka, que seguiría viviendo en un mundo donde él ya no estaba. ¿Podría sonreír allí, aunque fuera un poco? ¿No viviría siempre con la tristeza en su rostro? Pero no, pensar que sin él no podría tener ni un momento de felicidad sería demasiado jactancioso. Al fin y al cabo, se dice que las mujeres son más duras que los hombres. Pensar que el próximo jefe de una banda de canallas iba a seguir proporcionando de por vida un carísimo medicamento contra la lucidez durmiente a una chica selénica que no valía ni un centavo, aun cuando no la matase directamente, era más difícil de creer que los cuentos de hadas. Con todo, el tiempo que les quedaría para estar juntos en un centro de tratamiento después de retirarse iba a ser indudablemente breve. Cada vez que llegaba la luna nueva, tres de cada cien selénicos morían. Siendo así, tampoco parecía tan mala idea jugársela a la opción que le proponía el hombre, aunque no esperase gran cosa de ella. Con el tiempo, seguramente se inventaría algún otro fármaco menos costoso o quizá incluso aparecería un medicamento revolucionario que frenase

de raíz los síntomas de la selenesis. En ese caso, lo que proponían serviría para ganar tiempo hasta entonces.

—A decir verdad, este asunto, a la vez que se basa en una relación de confianza, consiste también en una relación de fuerzas —siguió Takahashi—. De hecho, podríamos plantear el caso con palabras más comprensibles. Nosotros estamos en situación de detener inmediatamente el suministro del medicamento contra la lucidez durmiente de la señora Yamagishi. En resumen, así están las cosas.

Toga ya no sabía con qué ojos mirar a aquel hombre. Takahashi plegó el terminal que había colocado sobre la mesa y lo miró como si le estuviera poniendo un filo en el cuello.

— Este es un trabajo que solo usted puede hacer. Aunque quisiera, yo no puedo ponerme este casco. Nadie más puede. Nos vamos a jugar todo apostando por usted.

XII

A finales de noviembre de 2051, se anunciaron los ocho participantes en la 21 edición del torneo de la Copa Shimojo:

1. Hideto «Acala» Wakisaka, 35 años.
   Centro de Formación n.º 1.
2. Genya «Silver fang» Motomura, 26 años.
   Centro de Formación n.º 1.
3. Toga «Morning Moon» Uno, 31 años.
   Centro de Formación n.º 2.
4. Daichi «Purple devil» Kawakami, 30 años.
   Centro de Formación n.º 3.
5. Hayato «Anaconda» Ikezaki, 24 años.
   Centro de Formación n.º 3.
6. Takami «Lightning» Okubo, 29 años.
   Centro de Formación n.º 4.
7. Rentaro «Cerberos» Tanemura, 36 años.
   Centro de Formación n.º 5.
8. Kyosuke «Idaten» Ando, 27 años.
   Centro de Formación n.º 6.

Sin embargo, se consideraba que solo dos tenían posibilidades de ganar. Aquellos que ya habían ganado dos veces consecutivas cada uno, el rey anterior y el rey actual, Hideto Wakisaka y Toga Uno. La mayoría de la gente ponía sus esperanzas en Toga, que aspiraba a tres victorias consecutivas, lo nunca visto, pero el antiguo campeón Wakisaka había recuperado su vigor de otros tiempos y,

dada su perseverancia y empuje, no faltaban quienes lo veían como el vencedor.

Para Toga, Wakisaka suponía el primer luchador que lo había derrotado. Toga se había enfrentado ya con él cuatro veces, perdiendo dos y ganando otras dos, pero, como un indicio del cambio generacional, las veces que ganó Toga habían sido la tercera y la cuarta. Además, el 2050 fue un año funesto para Wakisaka. A pesar de haber recibido el fármaco contra la lucidez durmiente, cuando llegó dicho periodo se debilitó terriblemente y durante dos semanas deambuló entre la frontera de la vida y la muerte. Su convalecencia posterior tampoco presagiaba nada bueno y los resultados en los siguientes combates fueron malos. Por primera vez desde que debutó como gladiador, no participó en la Copa Shimojo. La gente rumoreaba que estaba de capa caída, que era como un patético soldado ya viejo, etcétera. Sin embargo, al llegar el año 2051, fue recuperando fuerzas a ojos vistas y, tras ganar ocho combates seguidos, volvió a ser seleccionado para el torneo, sorprendiendo a todos.

Sus deslumbrantes movimientos tras la milagrosa recuperación hicieron sospechar a muchos de un posible uso de peligrosos fármacos que modifican los músculos, pero dado que de por sí la existencia misma de los gladiadores era algo al margen de la sociedad, carente de humanidad, se consideraba que allá cada cual si querían meterse en el cuerpo algo que acortase su vida. En cualquier caso, no quedaba margen de discusión en el hecho de que Hideto Wakisaka era el mayor monstruo visto en la historia de las «competiciones de salvación nacional». Y es que, desde que debutó en el 2046 hasta esta Copa Shimojo del 2051, había sobrevivido a cincuenta y siete combates. Era la bestia de las bestias. Finalmente, incluyendo los tres combates del próximo torneo, llegaría a la cifra de sesenta combates, batiendo un récord imborrable que quedaba muy lejos del resto de los luchadores. La posición número 2 en cuanto a número de combates, mucho más abajo, la ocupaba Kakeru «Wild Wolf» Ito, con cuarenta y nueve. En cuanto a Toga,

solamente había luchado hasta entonces treinta y ocho veces, por lo que, aun sumando los tres combates del torneo, solo llegaría a cuarenta y uno. Y Toga no tenía intención de llegar a su combate número cuarenta y dos. Claro que también se podría contar como su combate número cuarenta y dos ese enfrentamiento definitivo y anómalo que iba a tener lugar entre él y cierto hombre que gobernaba sobre cien millones de personas...

Cada luchador tenía sus propias razones para seguir luchando más allá de los treinta combates estipulados. En el caso de Toga, era para conseguir que Ruka pudiera retirarse cuanto antes y para evitar que se acostara con otros luchadores. No escaseaban los gladiadores que continuaban luchando para dedicarse a aquellas medallas de las que se habían encariñado y puede decirse que esa actitud varonil, con esa manera tan extrema de jugarse la vida, constituía uno de los patrones existentes. Aparte, también había quien, lógicamente, continuaba luchando para no ver interrumpido el suministro del fármaco contra la lucidez durmiente y otros que remoloneaban ante la posibilidad de un cambio de ambiente, de manera que, combate tras combate, iban aplazando el retiro. Pero otro de los patrones existentes era el de Wakisaka, los adictos a la lucha. Se alegraban de poder descargar a placer la agresividad del periodo en torno al plenilunio, y la ebullición de la sangre que sentían ante un duelo en el que se podía ganar o perder se había convertido en un vicio imposible de abandonar.

Todos los años, cuando llegaban los días previos a la Copa Shimojo, se proyectaba un vídeo con la presentación de los ocho contendientes previstos. El Departamento de Eventos aleccionaba a las medallas más populares y en las grabaciones por parte de los centros de formación aparecían imágenes de ellas con trajes rutilantes, que se alternaban con las entrevistas.

En la actualidad, si se realizan los trámites pertinentes, cualquiera puede ver las filmaciones relativas a aquellos torneos, y en una de 2048 se ve a Wakisaka en una entrevista con el pie plantado en una silla como si la pisoteara y con «cara de malo». Con

voz arrastrada de rana toro y actitud teatral está diciendo: «Yo siempre lucho con intención de matar. Y, por supuesto, yo también moriré algún día en la arena. No voy a salir huyendo después de ganar. Porque tengo una cita con todos los tipos que he matado». Puede entenderse como una declaración en línea con su pasado de profesional de la lucha libre, pero en parte lo decía de verdad y no puede obviarse que cinco luchadores habían perdido la vida a manos de Wakisaka. La cifra superaba con mucho la media de las muertes en combate. Por cierto, que en los cuarenta y un encuentros donde luchó Toga, ni uno de los contrincantes murió a causa de ellos.

También en el vídeo de presentación del torneo de 2051 aparece una vez Wakisaka, pero la impresión que produce es un tanto diferente que en el vídeo anterior de 2048. Antes, el vello corporal le crecía solo en la zona en torno al plexo solar, pero ahora su tapiz negruzco se extiende hasta el vientre por abajo y hasta los hombros por arriba. Los músculos son también más prominentes y se nota que las uñas, más amarillentas que antes, se han endurecido. Había avanzado la transformación corporal propia de los selénicos. Quizá también por el envejecimiento producido en aquel lapso de tres años, las mejillas se ven caídas, pero el brillo de su mirada parece más intenso. Siendo positivos, se podría decir que gana en virilidad y siendo negativos, que se ha embrutecido. Al ser preguntado sobre su milagrosa recuperación, responde: «Seguramente Dios recordó que la cama no era el lugar donde debía morir». En cuanto al hecho de que Toga buscara ganar por tercera vez consecutiva, adopta una actitud de desprecio: «El tipo ese, imposible. Por lo que he oído, su intención es huir después con una mujer. Alguien con esas fantasías no puede ganar. Al final, quien gana es el que disfruta luchando. En cualquier cosa es así, ¿no? Los que se preocupan por proteger algo, no pueden vencer. Vencen los que disfrutan».

También hay vídeos de Toga en el tiempo entre 2048 y 2051. A diferencia de Wakisaka, Toga no adopta actitudes teatrales al hablar. En una filmación de 2049, cuando le preguntan hasta qué punto

tiene seguridad en sí mismo, contesta: «Si tuviera plena confianza, me descuidaría, y si no la tuviera, me asustaría». Y a continuación, como avergonzado, imita la pose del mono que no dice nada. En el resto de la entrevista tampoco da muestras de entusiasmo ni de fanfarronear. A pesar de que la mayoría de los otros luchadores hablan atropelladamente, como suele suceder en los periodos en torno al plenilunio, Toga no se deja llevar por esa excitación y habla con detenimiento, como escogiendo cada palabra. Esa actitud de no hacer el juego cuando le elogian para que resulte una entrevista provocativa se ve incluso como una manera no explícita de protesta frente a ese anormal espectáculo de feria que son los torneos. Su manera decir: «Lo que la gentuza como vosotros obliga a pelear no son bestias, sino seres humanos con sentimientos y razón, que combaten jugándose la vida». Lo cierto es que, si uno se aparta un paso de la pantalla y lo piensa, aquel vídeo resulta, desde luego, anormal. En los vídeos que filmó su madre treinta años atrás, se ve a Toga de bebé musitando algo en sueños mientras intenta con todas sus fuerzas darse media vuelta. Y ahora estaba siendo entrevistado, hecho un hombretón de ciento ochenta y un centímetros de estatura y noventa kilos de peso, con el pelo muy corto teñido de color platino cual rayos de luna y un cuerpo donde ondulaban los abultados músculos salpicados de cicatrices. Cuando se hizo aquel vídeo, su padre todavía vivía, en algún lugar de Kyoto, pero aunque el Departamento de Higiene le informó de que su hijo, al igual que en tiempos su madre, había contraído la selenesis, no volvió a saber nada de su paradero. Como si, una vez caído en el averno de la selenesis, se hubiera convertido en un salvaje que deambulaba a la luz de la luna cubierto de sangre y sudor...

El 19 de noviembre de 2051 se convirtió en el último día que Toga pidió que Ruka viniera. A ella no le dijo que sería la última vez.

Si pasaba a la final de la Copa Shimojo, con independencia de que ganara o no en ese tercer combate, el primer combate y la

semifinal supondrían dos victorias, lo cual le daba derecho dos veces a pedir una mujer medalla. Con esas dos veces, Ruka ya cumpliría justo sus cuarenta y cinco noches, con lo cual podría retirarse y mudarse al centro de tratamiento que ella quisiera. Sin embargo, si después de acabar la final moría llevándose a Shimojo por delante, seguro que las tres victorias de ese día serían anuladas. Entonces, ¿qué tal si se dejaba vencer en la final? Shimojo sobreviviría y él también. Toga ya hacía tiempo que había superado los treinta combates y Ruka cumpliría también con las noches estipuladas. Entonces, se suponía que ya solo con eso podrían vivir juntos. Pero ese sueño se vio abortado. Aquel hombre llamado Takahashi posiblemente pertenecía al Ministerio de Interior o, como mínimo, alguien con buenas conexiones dentro de dicho ministerio. De no ser así, no habría surgido una idea como usar las dosis de medicamento antilucidez durmiente para forzarle al trato. En ese plural que usaba Takahashi al decir «nos», incluía a gente con capacidad para decidir sobre la vida o la muerte de una mujer medalla. Siendo así, en caso de que Toga fracasara, aplastarían con toda seguridad su frágil esperanza de morir juntos. Ruka quizá pudiera, pero él no podría siquiera irse a vivir a ningún centro de tratamiento. Acabaría en algún lugar perdido del mundo o, si no, se enfrentaría una espantosa muerte cargada de sufrimientos. Pensando en ello, no quedaba sino creer en aquel sueño de que a Ruka le seguirían suministrando la medicación necesaria de por vida y elegir el camino de convertir a Hiraku Shimojo en un alfiletero.

Toga pasó todo el mes siguiente con la incesante y dolorosa idea de su próximo suicidio en mente, y bajo tal presión, hasta la pasión carnal propia del periodo del plenilunio ardía con menos fuerza que antes. Mientras se acostaba con Ruka, Toga sintió el corazón tan vacío como si le hubieran hecho un agujero en el fondo. Pensando que aquella era la última vez en su vida que estaría con una mujer, no sabía dónde poner el punto final y, por más que la poseía una y otra vez, nunca le parecía suficiente. Se arañaban los sudorosos cuerpos subiendo y bajando, se golpeaban los dientes al

ir una boca al encuentro de la otra y las caderas batían ciegamente en un movimiento que parecía que fuera a durar eternamente. Toga continuaba incansable, pero en un rincón de su cerebro, sin poder evitarlo, daba vueltas una y otra vez la dolorosa idea de que, en definitiva, no había conseguido convertir a Ruka en su mujer. Desde la primera vez que pidió que viniese, comenzó a convencerse a sí mismo de que merecía la pena vivir una vida tan breve y miserable como la suya si con su esfuerzo conseguía hacer feliz a una mujer, aunque fuera un poco. A pesar de que hubiese querido convencerse de que ese «algo» del que hablaba Ruka cuando dijo «tiene que haber algo más en mi vida» era él, ya ni siquiera podía aspirar a ello. Se conocieron en las celdas de un centro de amparo temporal del Departamento de Higiene y al final se separarían en la habitación de un centro de formación. Entre medias, había transcurrido un tiempo de tres años y nueve meses. Se habían visto un total de treinta y cinco veces y acostado juntos treinta y cuatro. Ni una sola vez pudo llevarla al otro lado de los muros. No se veían más que en los periodos de mayor excitación y no hacían otra cosa que copular y copular. Al final, no había conseguido ofrecerle nada a Ruka. Si por lo menos pudiera proporcionarle medicación contra la lucidez durmiente de por vida... Pero seguro que aquellos tipos incumplirían su promesa.

En el interior de Toga se mezclaban la excitación del plenilunio con la tristeza y el despecho. Sin darse cuenta, se le saltaron las lágrimas, que fueron a gotear sobre el pecho de Ruka. Ella se sorprendió y, tumbada boca arriba, le preguntó:

—¿Qué te pasa...?

Toga interrumpió el movimiento y, tras respirar un tiempo subiendo y bajando los hombros, contestó:

—Sí, no sé qué me pasa...

Ruka alargó una mano y, con su suave pulgar, limpió las mejillas de Toga. Después lo abrazó, atrajo su cuerpo hacia sí, pasó las manos por detrás de su cuello y, mientras le acariciaba la cabeza, le dijo:

—Bien, bien, buen chico...

Toga sonrió espontáneamente. Ruka le devolvió la sonrisa. Ambos permanecieron un tiempo así. Toga durmió un poco, abrazado por Ruka. En su duermevela, le pareció que ella estaba susurrando una canción de cuna. «Duerme, duerme...». Con ese tono de voz femenina que lleva consigo la noche y hace dormir a los niños del mundo entero.

Cuando se despertó, Ruka estaba dormida. Se quedó un tiempo contemplando su rostro durmiente. Era un suave y bello rostro dormido. Sus contornos formaban una delicada línea ovalada y los cerrados párpados y sus pobladas pestañas eran preciosos. Parecían la prueba de que el sueño era la mejor bendición otorgada a una vida llena de penalidades. Carente de rencores hacia el mundo o de descontento ante la vida, una cara extrañamente satisfecha; así la veía. ¿Sería posible algo semejante? Que un selénico no odiase su propia vida... En parte, Toga estaba convencido de que su vida había terminado así porque era lo que merecía. Sin embargo, no cabía duda de que se trataba de una idea propia de amargado. Adoptando la teoría de que desde un principio las cartas estaban marcadas, convenciéndose de que nunca había tenido la oportunidad de evitarlo, que había sacado la bola negra de la mala suerte, esa que tenía que tocarle a alguien, se dedicaba a acariciar mezquinamente el insignificante orgullo de haber asumido que solo se vivía una vez y que esa era la vida que él había recibido. Sin embargo, ¿qué decir acerca de Ruka? ¿Era también su rostro durmiente el de una amargada? ¿Sería que todos los selénicos, mediante su transformación en amargados, podían concebir ese pequeño orgullo y el consuelo de un sueño tranquilo? En cambio, si Ruka hubiera evitado el hecho de convertirse en una amargada, eso sería, sin duda, gracias a que él estaba a su lado.

«Ella cree que yo ganaré en la final de dentro de un mes, que volveré vivo como de costumbre y que me la llevaré conmigo a alguna parte. Y cree que después, aunque no sea por mucho tiempo, podremos vivir juntos».

La respiración de Ruka al dormir era como el suave rumor de la marea. De su cuerpo ascendía ese tenue olor que ambos bautizaron como «aroma a bosque». Toga había oído que aunque se olvidara el nombre de algún antiguo amor, lo que nunca se olvidaba era su olor. Que el recuerdo del olor era lo próximo al amor. Toga nunca le había dicho a Ruka que la amaba. Ruka tampoco se lo había dicho a él. La palabra *amor* no era una palabra para expresar la pasión de un momento determinado. Era una palabra que, desde el momento en que se pronunciaba, servía para remontarse al pasado y aceptarlo todo. Y, en especial, para comprometerse con las incertidumbres del futuro. «Te amo» significaba «te seguiré amando» y si no resultaba posible seguir amando, significaba que, de entrada, no se amaba. Un gladiador y una mujer medalla no tenían ninguna expectativa de futuro y por eso no podían pronunciar con seriedad esa palabra. Desde luego, Toga no podía y Ruka tampoco. Sin embargo, al pensar en que no volvería a ver a aquella mujer, el mundo que se le presentaba ante sus narices le pareció de una negrura espantosa y sintió que tampoco debía separarse de ella sin decir nada. Seguramente Ruka lloraría. Ruka tenía miedo hasta de llorar y ni una sola vez en su habitación del centro de formación la había visto llorar. «Pero cuando sepa que yo he muerto, seguro que llorará. Como una dura rama que se parte porque no sabe cómo doblarse, cuando empiece a llorar ya no parará».

Toga admiró la bonita forma de las orejas de Ruka. Se diría que eran las orejas perfectas que habían tenido las mujeres al ser creadas, pero que ella hubiera conservado. Besó suavemente aquellas orejas. La respiración de Ruka se detuvo un instante y luego continuó. Toga susurró casi sin voz. Aquellas palabras de amor que nunca había dicho hasta entonces fueron bajando por los intrincados valles del laberinto del oído de la mujer, abriéndose paso por el suave camino de color carne. Así, después de que Toga hubiera abandonado este mundo, algún día esas palabras llegarían al fondo de la caverna y volverían en forma de eco para hacer vibrar los tímpanos de Ruka.

XIII

Fue en el año 2030, cuando todavía quedaban abiertas por muchas regiones las crudas heridas del desastre sísmico del oeste del Japón, cuando el partido taló una extensión boscosa de doce hectáreas en las montañas de Okutama para construir el Estadio de Competiciones n.º 1. Sin embargo, el nombre oficial que constaba en los documentos del partido era Estadio de Competiciones de Salvación Nacional n.º 1, con objeto de limpiar el pútrido olor a sangre que emanaba de su denominación. Nada más lógico. Se supone que no existía en Japón ningún lugar donde se diera algo semejante a un duelo de selénicos obligados a enfrentarse con armas auténticas. Las apariencias no se guardaban solo mediante el nombre, sino que dicha actitud también se reflejaba en el aspecto externo del estadio que, se mirase desde donde se mirase, no presentaba el menor parecido con los estadios romanos circulares. Tampoco un gran templo oblongo de sórdidas resonancias primitivas donde el fervor hiciera temblar los cielos, sino una insípida construcción en forma de caja con aspecto inocente, en cuyas paredes no aparecían arcos de elaborado diseño, sino un recubrimiento uniforme de azulejos de madera artificial color caoba y la cristalera de la entrada presentaba la respetable apariencia que pudiera corresponder a una sala de conciertos. Se hallaba construido de tal manera que desde el exterior no fueran visibles ni las dos pantallas gigantes ni los focos que iluminaban la arena, dando ejemplo de la astucia del partido.

El 18 de diciembre de 2051 brillaba una luna llena sin una sola nube en el cielo y, a pesar de que era un lunes, apenas quedaban huecos libres en las gradas de los espectadores, demostrando a las claras el éxito de aquel espectáculo coronado por el nombre de Shimojo. El ochenta por ciento del público era masculino y el veinte por ciento femenino y la mayoría de los espectadores acudía con el mero objetivo de sentir cómo su pecho vibraba con la emoción de los combates entre gladiadores, pero seguramente también habría entre el público miembros disciplinados venidos solo para expresar su fidelidad hacia Shimojo o hacia el partido. También habría algunos jóvenes de ojos relucientes y rostro sonrosado que, aspirando a seguir los pasos de su padre, se esforzaban por comenzar a subir la escalera del éxito, y otros miembros de peligroso potencial latente que se dejaban ver precisamente para disimular su insatisfacción hacia la cúpula del partido. Y, sin duda, estarían mezclados también los verdaderos rebeldes, que sabían que iba a suceder algo durante la ceremonia de los premios y deseaban asistir en directo al punto de inflexión del mundo por venir. Entre todos aquellos miembros del partido con propósitos tan diferentes, circulaban unas jovencísimas vendedoras con la piel de sus cuatro miembros generosamente al descubierto, que repartían sonrisas deslumbrantes y apartaban con habilidad lujuriosas manos de hombres maduros mientras ofrecían las bebidas y comidas ligeras con que cargaban, dando una nota de color a las asfixiantes gradas de los espectadores.

Sin embargo, el protagonismo en los asientos del público no estaba ni en los miembros del partido ni en sus familiares, ni mucho menos en esas encantadoras vendedoras. El protagonista era alguien cuya figura siempre estaba presente en algún rincón de la mirada de los espectadores, alguien que, sin aparentar actitud intimidatoria, en realidad intimidaba a todos. Ese protagonista, ni que decir tiene, era el mismísimo Hiraku Shimojo, que ocupaba el centro de la primera fila de la tribuna de autoridades. Alrededor de él, su familia y los dirigentes del partido, con un comportamiento tan

cauteloso como quien toca un eccema, y, rodeando a todos ellos, una serie de guardaespaldas envueltos en trajes negros. Los asientos de la tribuna de autoridades estaban rodeados por un cristal blindado de quince centímetros y se decía que aguantaría incluso el impacto de un cohete antitanques. Por eso mismo, Hiraku Shimojo se encontraba tan tranquilo como si fuera a bordo de un enorme barco y, sentado en su amplio asiento especial, se permitía una desbordante sonrisa. A pesar de sus setenta y cinco años, sus ojos brillaban vivaces y su fornido cuerpo también parecía desconocer el paso del tiempo, emanando un aura tan fuerte que achicaba a quienes tenía a su alrededor.

En los asientos de la tribuna de autoridades se encontraban también varios hijos de Shimojo. Gen, su segundo hijo varón y el que tenía un rostro más parecido al suyo, se dejaba ver todos los años; Kaito, su cuarto hijo varón, que tenía por madre a una amante; Sachi, su hija mayor, vicepresidenta de la Asamblea de Salvación Nacional; y Aika, su tercera hija, que siempre acudía acompañada de su esposo. Cuatro en total. El hijo mayor, Takehiko, que era visto como el sucesor de Shimojo, nunca se dejaba ver con su padre y no había venido jamás al estadio. Los rumores decían que era para evitar que los mataran a la vez, pero la verdad nadie la sabía. En cuanto al tercer hijo varón de Shimojo, Satoru, estaba considerado como la oveja negra de la familia, y se decían de él cosas como que había sido atraído por una secta religiosa, que había echado mano de las drogas o que había estado a punto de matar a una novia, y tampoco se le había visto nunca por el estadio de torneos. Y la segunda hija, Maki, alabada en tiempos por los medios como una belleza incomparable, era hija de una amante que había trabajado de modelo, vivía desde hacía tiempo en Inglaterra y se decía que odiaba a su padre, al que calificaba como «el jefe simio»; muy raras veces volvía por Japón. Por lo que respectaba a su esposa, Nene, no tenía la menor intención de acompañarle a ver lo que consideraba un estúpido juego de espaditas fruto de los delirios de grandeza de su marido. No dejaban de ser rumores, pero al

parecer Nene decía a sus hijos: «Si algún día matan a este hombre, seguro que será en el estadio». Por eso, se considera que predijo la amenaza que se cernía sobre el Estadio de Competiciones n.º 1.

Otros asistentes de la tribuna de autoridades eran Koei Nagahara, ministro de Finanzas, además de consejero permanente del Comité Supremo del Partido de la Salvación Nacional, y Osamu Iiji, ministro de Interior y, de la misma manera, consejero permanente del Comité Supremo del partido. De los siete miembros permanentes del Comité Supremo del partido, incluyendo a Shimojo, que controlaban el país, tres se hallaban presentes esa noche en el Estadio de Competiciones n.º 1. Nagahara era un hombre gordo y de tez oscura que recordaba a una morsa, aficionado a las *lolitas*, que tenía contratadas a tres empleadas de hogar con aspecto de quinceañeras, a las que hacía trabajar en su mansión vestidas de marinero o con ropa de deporte. No debían de limitarse a cocinar o lavar la ropa, ni a cosas tan sencillas como el masaje de hombros o la limpieza de oídos. En cuanto a Iiji, era un sádico prototípico, que tenía un perro *pitbull* monstruoso de más de setenta kilos de peso, temido por sus empleados porque se lo lanzaba cuando cometían algún error. Sin embargo, con ocasión de que se filtraran unas imágenes en que se veía a Iiji con sonrisa de satisfacción montado a horcajadas sobre el perro, se ganó el apodo del título de aquella famosa película americana, *Easy rider*[20]. Shimojo, Nagahara e Iiji simbolizaban la podredumbre y la anormalidad del partido, y el trío recibía el apelativo de «el triángulo de hierro». Los tres eran miembros fundadores del antiguo Partido Nacionalista y se decía que, como los señores feudales de antaño, sus tres familias se habían emparentado mediante matrimonios estratégicos.

Sin embargo, ese día se hallaba también entre los asientos alguien que, sin ser miembro permanente del Comité Supremo, tenía una gran importancia en el partido, una presencia insoslayable. En resumen, Hayao Himura, jefe de la Policía Especial de Salvación Nacional y, al decir de la gente, perro faldero de Shimojo. De cara a la galería, era el Departamento de Eventos el que expedía los

permisos para acceder a los torneos, pero la verdadera evaluación la llevaba a cabo la Pesal, que era la encargada de averiguar las circunstancias de los miembros del partido. Se rumoreaba que Himura conocía las andanzas diarias, así como los gustos y vicios de los miembros de la franja alta del partido que aspiraban a cargos importantes en la cúpula o en el Gobierno. Es decir, que mediante ese perro fiel llamado Himura, Shimojo tenía a todo el partido agarrado por los huevos. Junto a Himura se sentaba Yoshitaka Shirao, director del Departamento de Eventos, hombre que contaba con el peculiar historial de haber sido en su día director de cine. Se decía que había hecho gran cantidad de filmaciones indecentes e ilegales para disfrute de la cúpula del partido. Aparte, junto a este último, estaba también Nozomu Aoki, jefe del Ejército de Guardias de Salvación Nacional; hombre ambicioso que, con objeto de prosperar, se había casado con una antigua amante de Shimojo; o sea, se encargaba de «cuidar de las sobras», así que era el padrastro de Kaito, el cuarto hijo de Shimojo.

En resumen, ese día en el espacio de la tribuna de autoridades del estadio, se veían las caras los muchos demonios del Gobierno del Partido de Salvación Nacional. Según informaciones de procedencia no muy clara, esa noche en que se planeaba poner en práctica el atentado contra Shimojo, su hijo Gen le preguntó en la tribuna de autoridades qué tal se encontraba de salud. Entonces, por lo visto Shimojo le contestó así:

—Dicen que si le preguntas a un ciempiés cómo hace para andar, se para a pensar y ya no sabe cómo volver a hacerlo, ¿no? Así que, viendo a tu viejo padre tan vigoroso, no debes preguntarle cómo se encuentra, porque si ladea un poco el cuello para pensarlo, se le partirá.

La tribuna de autoridades estalló en risas aduladoras. Animado por ellas, Shimojo añadió:

—Últimamente tengo la sensación de que no moriré nunca. Antes de que ese momento llegue, la humanidad habrá descubierto el secreto de la inmortalidad.

Entonces intervino Himura, con rostro muy serio.

—Señor primer ministro, es mejor que vaya con cuidado. También mi padre, que falleció el año pasado, solía repetir lo mismo.

El resto de la gente no se rio, pero Shimojo sí, dándose una palmada en la rodilla.

—Himura, esos son los detalles tuyos que me encantan. Esa manera que tienes de divertirte tú solo con esas bromas a medias...

Himura mantuvo la seriedad del semblante.

—Nada de eso, yo solo he dicho la verdad. Claro que, a veces, no hay nada tan divertido como la verdad...

Hacia las once y media de la noche, en los monitores gigantes se resumían los antecedentes de la final por venir. Hideto Wakisaka había vencido en los dos combates anteriores, primero a Daichi Kawakami, del Centro de Formación n.º 3, y luego en las semifinales a Kyosuke Ando, del n.º 6, clasificándose así para la final. Toga, por su parte, venció en el primer combate Genya Motomura, del n.º 1, y en las semifinales a Rentaro Tanemura, del n.º 5, clasificándose a su vez. Hasta aquí todo salió según lo que barruntaba la gente y ya solo quedaba ver si en la final ganaba Wakisaka o Toga. En su edición número 21, la Copa Shimojo llegaba al momento de mayor emoción. Si Toga vencía, sería la primera vez en la historia que alguien ganaba el trofeo tres veces consecutivas, y aun cuando ganara Wakisaka, sería también la primera vez que un mismo gladiador ganaba tres veces, y se convertiría en el rey. En cualquier caso, el ganador grabaría su nombre en la historia de los torneos, quedando inmortalizado.

Ninguno de los contendientes sufría heridas profundas, así que puede decirse que habían llegado hasta ahí sin demasiado peligro, pero la forma en que habían luchado para seleccionarse en la final ofrecía un fuerte contraste. Wakisaka en todo momento enseñaba los dientes como una fiera para intimidar al adversario y le provocaba burlándose de él entre risotadas, poniendo en práctica lo

que el luchador llamaba «disfrutar de la lucha». En cambio, Toga desplegaba, más claramente que nunca, su actitud de «no alborotar». La diferencia de comportamiento se manifestó también en los tiempos de duración de los enfrentamientos. Wakisaka, en sus dos combates, iba acosando lentamente al adversario, pero dejándole también momentos en que pudiera lucirse, y en ambos casos la duración había superado los quince minutos. Sin embargo, Toga no dejó que en ninguno de los dos enfrentamientos el otro encontrara su lugar y lo arrinconó con una potencia abrumadora, de manera que ambos terminaron en menos de diez minutos. Cuando el comentarista le preguntó a uno de los críticos cómo interpretaba la diferencia de estilo entre ambos, este contestó: «Wakisaka, como de costumbre, conduce el encuentro con la habilidad de quien sabe cómo enardecer al público. Creo que puede decirse que ha recuperado la energía de sus mejores tiempos», y le dedicó grandes elogios. Respecto a Toga, aun reconociendo que «su estilo de ganar se ha afianzado», encadenó una serie de comentarios dando a entender la inquietud que le producían las diferencias que había notado en su manera de luchar: «Es como si se sintiera apremiado, como si tuviera prisa por ganar. Como ya se ha enfrentado dos veces a Wakisaka y ha ganado dos y perdido dos, está nervioso porque siente la imposibilidad de ganarle tres veces seguidas».

Ya estaba próximo el momento en que Wakisaka entraría en escena por la puerta roja. Toga, rodeado por su entrenador, por personal del centro de formación y por operadores de cámara del Departamento de Eventos, aguardaba junto a la puerta azul. Desde que el equipo del Centro de Formación n.º 2 había llegado al estadio, el ambiente se hallaba muy cargado. Toga estaba raro. Ya le hablase quien le hablase parecía estar en las nubes y apenas contestaba. Si alguien insistía, le dirigía una impresionante mirada y se limitaba a decir: «Ganaré. Con eso basta, ¿no?». Y, tal y como decía, venció hasta clasificarse para la final. Sin embargo, el contenido de aquellos enfrentamientos no resultaba satisfactorio. Su manera de luchar revelaba que, como decía, le bastaba con ganar y

ni hacía nada por deslumbrar a la audiencia ni mostraba la menor consideración hacia sus oponentes, impidiéndoles que se lucieran. Era la cuarta vez que Toga competía en la Copa Shimojo, pero la primera en que a su entorno le costaba tanto manejarlo.

Con todo, también puede decirse que ni Nakano ni los empleados del centro de formación tuvieran que sorprenderse a esas alturas. El comportamiento que mostraba Toga no era que hubiera empezado hace dos o tres días. Como mínimo, hacía ya un par de meses que existían indicios de ello. No es que hubiera un día concreto que marcase la diferencia, pero si ya de por sí era de pocas palabras, se volvió más callado todavía y con una mirada más punzante. La manera en que entrenaba resultaba temeraria, agreste y no paraba de provocar discusiones con otros luchadores. Incluso en el comedor parecía el espectro de un luchador que no pudiera abandonar el centro de formación ni después de muerto y, con aspecto sombrío y mirada vacua, comía siempre solo y en silencio. Solo mostraba alguna sonrisa cuando, después de ganar un combate, pedía que viniese su medalla. Lo que resultaba inexplicable era que, aunque parecía claro que pensaba retirarse después de esta Copa Shimojo, no comentaba nada al respecto. Hacía ya tiempo que había superado sus treinta combates y la medalla con quien se había encariñado debía de estar también a punto de poder retirarse, por lo que todos a su alrededor pensaban que se irían juntos a Kochi o Miyazaki. Alguno comenzó a rumorear que en el último minuto ella habría rechazado aquel plan que suponía la mayor felicidad a la que podía aspirar un gladiador, mientras que otros decían que debía de haber sufrido algún daño durante el periodo de lucidez durmiente que le afectó a su capacidad de relacionarse con los demás. En cualquier caso, ¿qué pretendería hacer si no se retiraba? ¿Pensaría hacer como Wakisaka y seguir luchando hasta que un día muriese en la arena? Nadie podía intuir las intenciones que cruzaban por el corazón de Toga.

Con todo, Nakano era el único en cuya mente flotaba un interrogante que rozaba una pequeña parte de la verdad. Unos días

atrás había llegado al centro de formación un equipo de protección para que lo vistiera en la Copa Shimojo, que le enviaba un fabricante llamado Metal Ace y Nakano se percató de que el casco parecía extrañamente pesado. Cuando, sospechando, comenzó a examinar la cara interna, Toga le arrebató el casco bruscamente desde un lado. No era en absoluto natural. Ni el casco, ni la reacción. El aspecto era el habitual, un casco negro de estilo japonés con dos lunas doradas a los lados, cerca de la frente. El tamaño era también el acostumbrado, así que no tenía por qué ser tan pesado. Podían existir pequeñas diferencias, pero todos los cascos venían a pesar alrededor de un kilo y medio, mientras que este nuevo debía de andar en torno a los dos kilos. Lo normal sería devolverlo con una queja de «pero ¿cómo voy a poder luchar con esto?». Sin embargo, Toga no formuló la menor queja. Y no solo eso, sino que la amenazadora expresión de su rostro le decía muy a las claras: «No pongas ni un dedo en mi equipo». Y, ciertamente, el día de la Copa Shimojo, no dejó que Nakano ni ninguno de los empleados tocase sus pertrechos. Como es lógico, Nakano se imaginó que el casco escondía algún tipo de truco. Pero, fuera lo que fuera, no había sido Toga quien lo había puesto ahí. Tenía que venir del fabricante del casco. Y Toga debía de estar al tanto. No podía quitarse la idea de que Toga y el fabricante habían confabulado con algún propósito. Sin duda, su comportamiento extraño de las últimas semanas guardaba alguna relación con ello. En los dos primeros combates no había sucedido nada de particular. Si sucedía algo, sería en la final. Había luchadores que rumoreaban la infundada fantasía de que, como Wakisaka había solicitado una vez los servicios de la medalla favorita de Toga y la trató con violencia, este buscaba matarlo durante la final en venganza. Nakano había desechado esas habladurías como puras estupideces, pero desde que sucedió el incidente del casco, aquel comentario era una espina clavada en su cerebro. ¿Matar a Wakisaka? ¿Con algún dispositivo en el casco?

Había otros puntos que también le inquietaban. Después de que el ambiente se enrareciera por la cuestión del casco, Toga sonrió sin

fuerzas como para disimular o para disculparse y le entregó una figura de madera mientras decía: «Toma esto, terminé de tallarla justo ayer». Y después le pidió que, si por un casual algún día le sucedía algo, se la entregase a Ruka, la mujer medalla con quien congeniaba. Nakano se aguantó las ganas de contestarle que se la diera él mismo. Cuando los gladiadores decían «si por un casual», significaba «si muero». Era la cuarta vez que Toga competía en la Copa Shimojo, pero nunca antes había dicho algo así. Nakano dio unas vueltas entre las manos a aquella talla marrón de unos veinte centímetros, contemplándola desde distintos ángulos. Era la figura de un gladiador con una espada *tachi* al cinto. En la espalda constaba grabada la fecha del día anterior y el nombre «Zangetsu». Al igual que en el resto de las tallas, los ojos estaban casi cerrados, finos como dos hilos, y lucía una sonrisa de satisfacción; pero además en el casco aparecían dos lunas a cada lado. En suma, se trataba de la figura del propio Toga. Nakano sabía desde hacía tiempo que Toga encontraba una forma de consuelo en la talla de esa clase de figuras y, aceptando tal cual lo que le había dicho él mismo en su día, pensaba que solo realizaba tallas de aquellos luchadores que por algún motivo le hubieran llamado la atención. Sin embargo, al pensar en aquel «si por un casual», empezó a caer en la cuenta de que parecía tallar solo figuras de luchadores muertos o desaparecidos tras renunciar. Sí, cierto, aquella figura que vio al final de la fila, ¿no era el luchador que acababa de morir en el combate de hacía un mes? Siendo así, ¿estaría Toga erigiendo su lápida con antelación? Nakano intentó leer la expresión de Toga, pero lo único que vio fue un rostro serio, cuya intención no se podía desentrañar. Nakano le contestó: «Entendido» y se guardó la figura. Los gladiadores recibían pequeños incentivos económicos, que a veces gastaban en hacer regalos a sus mujeres medalla favoritas y también había algunos que les entregaban cosas a modo de recuerdo por si morían en combate, así que después de todo tampoco parecía tan raro.

Toga esperaba el momento de salida junto a la puerta azul. Su musculoso cuerpo lleno de cicatrices había sido untado con aceite y relucía con la gloria propia de un rey de la arena, pero su mirada estaba recubierta por un sombrío halo trágico inaprensible para el resto de los mortales. Por lo general, como corresponde a los selénicos, en momentos así estaba como una fiera que, atada a una estaca, da vueltas en círculos sin poder tranquilizarse, sentimiento que era avivado por la luna llena, pero esa noche en particular parecía haber algo más. Más bien recordaba a un alma en pena que vagase ilimitadamente por la oscura desolación que se extendía por su interior. Desde que Toga llegó al centro de formación, Nakano había estado siempre a su lado, observando su comportamiento. No había visto nunca un luchador que se tomase con tanta pasión los entrenamientos. «Aunque en los entrenamientos puedas hacer diez, en el combate real solo podrás hacer uno. Por eso, si quieres obtener diez en el combate real, en los entrenamientos tienes que ser capaz de hacer cien». Decía que, cuando era un niño, se le grabó esta enseñanza de su profesor de kendo y desde entonces nunca dejó de creerla, actuando acorde. Así que a Nakano le pareció que, por muy grande que fuera la presión que sintiera Toga para ganar tres años consecutivos, un hombre como él no iba a esas alturas a renunciar a sus principios y utilizar trucos sucios para ganar. Aun cuando realmente tuviera intención de matar a Wakisaka, Toga lo haría solo con sus propias fuerzas.

Nakano se acercó a Toga, que estaba deambulando en torno a la puerta y le dijo en voz baja:

—¿Pretendes hacer alguna barbaridad?

Toga se detuvo durante un instante y, sin contestar, reanudó sus pasos. Sin embargo, tras completar dos vueltas volvió a detenerse y, tras mirar a Nakano de reojo, le dijo en voz igualmente baja:

—Nakano, acuérdate del encargo del otro día. Por favor.

El encargo del otro día. La figura suya que él mismo talló, sin duda. La que aceptó tras escuchar aquel «si por un casual». Pero

¿qué necesidad había de recordárselo ahora con esa voz tan angustiada?

—Lo sé, descuida. Pero tú...

En ese momento, la estridente voz del comentador al otro lado de la puerta le interrumpió.

—¡Atentos, estimado público! La espera ha sido larga, pero, a partir de ahora, da comienzo la final de la vigesimoprimera Copa Shimojo...

—Muchas gracias, Nakano —dijo Toga haciendo una ligera reverencia. Después, apartó la vista y añadió—: Sin ti no hubiera podido llegar hasta aquí.

En contraste con sus palabras, la impresión que producía era la de que había cerrado a cal y canto el último resquicio que quedaba. A pesar de que ambos compartían la condición de selénicos y la de haber luchado aferrando la espada *tachi*, uno antes y otro ahora, se abría una zanja entre ambos imposible de salvar. Uno a este lado, otro a aquel lado...

—Venceré —dijo Toga sin mirar a Nakano—. Venceré seguro.

Al otro lado de la puerta resonó la sinfonía *Destino* de Beethoven en su versión *trash metal*, la marca de fábrica de Wakisaka para anunciar su entrada en escena, interpretada con un tono bajo y pesado que hizo vibrar suavemente la puerta azul. Se suele decir que esta melodía tan conocida representa la llegada del destino que viene a llamar a la puerta. Cuando Wakisaka terminó la representación de su entrada en la arena, a continuación comenzó a sonar el cuarto movimiento de la *Sinfonia del nuevo mundo* de Dvořák que anunciaba la entrada de Toga con un tono majestuoso. Era una versión con arreglos tipo orquesta de *jazz*, que elogió Toga desde su primer combate como marca de fábrica.

Los labios de Toga se torcieron en una sonrisa irónica e incluso pareció soltar una risita. Nakano no entendió de dónde surgía aquella risa de aspecto tan doloroso. Pero, si hubiera podido escuchar lo que murmuraba su corazón, habría captado las siguientes palabras:

«¿El destino llama a las puertas y llega un nuevo mundo? ¿Un nuevo mundo donde yo no estaré? ¿Un nuevo mundo sin Shimojo? ¿Un nuevo mundo donde ya no habrá gladiadores ni mujeres medalla? ¡Pues vamos a ello! ¡Vamos a machacar este antiguo mundo y de paso a machacarme yo mismo! Voy a gastar hasta el último aliento de esta insignificante vida».

XIV

Bajo una luna llena que ascendía arrogante iluminando con sus esplendorosos rayos la tierra a sus pies, quince mil espectadores tragaban saliva en las atestadas gradas del Estadio de Competiciones n.º 1. La atención de todos se concentraba en el enfrentamiento que tenía lugar en mitad de la arena entre los dos hombres. La excitación de ambos, en su cénit al verse bañados por la reluciente luz de luna, ardía con el duelo que acababa de comenzar junto con el anuncio del gong, pero una de las dos hogueras se apagaría cuando la hirviente sangre comenzara a correr. En los márgenes de los monitores gigantes aparecía que la temperatura al aire libre era de 4,5 grados, pero el cuerpo de los dos hombres afloraba sudor a mares y de tanto en tanto en el interior del casco el aliento empañaba ligeramente el visor transparente.

Todos los espectadores eran conscientes de que estaban asistiendo a un espectáculo anormal. En la página de explicación de los torneos se decía que los gladiadores no morían en los combates, pero lo cierto es que todo el mundo sabía que de vez en cuando sí morían. Si alguien se preocupaba por las graves heridas que había sufrido este o aquel y buscaba información en la página, a veces se encontraba con que el historial del luchador había sido eliminado, como si se hubiera retirado de repente o hubiera fallecido de muerte natural durante la lucidez durmiente en torno a la luna nueva.

La muerte de alguien no es sino el final de un mundo. Y no hay mundos más importantes que otros. La vida de todos vale lo mismo. Precisamente esa idea es la estrella polar que guía la civilización

actual y, aun cuando no se llegue hasta la meta, sigue siendo el ideal que brilla sobre nuestras cabezas. Sin embargo, en la práctica, para los miembros del partido reunidos en el estadio, la idea de que todas las vidas valen lo mismo no era más que una escalofriante hipocresía. Para ellos, si en este mundo se repartiera equitativamente una cantidad determinada de infelicidad a cada uno, la parte de ellos se la harían cargar a otro, es decir, a la gente del montón que no era del partido. Precisamente porque el resto de la gente era desgraciada, ellos podían dormir tranquilos y sentir el pecho henchido de felicidad. Ni todos éramos iguales ni, de entrada, debíamos serlo. De no ser así, ¿cómo iba uno a sentirse seguro? Para los miembros del partido, el torneo suponía también una ceremonia donde verificar dicha manera de pensar. «¿Ves? El selenismo no viene a nosotros. Siempre va a llamar a la puerta de esa gente».

Sin embargo, para los dos contendientes que blandían sus armas en la arena, el sentimiento de superioridad similar a un lodo de resentimiento en los corazones del público era algo que ya carecía de importancia. Los salvajes tienen el orgullo del salvaje y los espectáculos de feria tienen la verdad de los espectáculos de feria. Las gradas de espectadores estaban atestadas de orgullos vulgares y de realidades intocables.

Llegados a este punto, Toga sintió cómo, de repente, se le despejaba la cabeza. En los periodos en torno a la luna nueva, se sufre una impresión de espeso abotargamiento, como si la consciencia se fuera hundiendo en la carne, pero ahora que estaba en el punto álgido del periodo de plenilunio, la consciencia se le abría de cara al cielo nocturno y se le iba expandiendo con la lozanía de un viento fresco. Tenía la impresión de que podía sentir cómo se partía una ramita o cómo se agitaba una hoja en el bosque circundante. Motoka Sugai hablaba de la luna llena como «la que asciende en nuestros corazones, reluciendo con alegre humedad», y realmente esa era su sensación: Una luna húmeda que, brillando con frialdad, ascendía por la cara interior de su cráneo. Y la luna llena de

esa noche, de la misma manera, pendía con nítida claridad sobre el cerebro de Toga.

Hacía nada que estaba dando vueltas como una fiera al otro lado de la puerta azul para tranquilizar ese espíritu suyo que parecía fuese a partirse en mil pedazos, pero ahora, superando la excitación aparejada al plenilunio, su corazón estaba tan tranquilo como si asomase la cabeza por encima de un mar de nubes. Ya solo tenía que vencer a uno. Delante de él, Hideto Wakisaka desplegaba su clásica sonrisa maliciosa y con el reluciente cuerpo moreno moviéndose al compás de la agitada respiración le cortaba el paso como una roca viviente. «Cuando venza a este hombre, tendré que morir», se decía. Sin embargo, desde el momento en que se vio frente a Wakisaka, el peso de esa muerte que llevaba cargando desde hacía meses, sin saber por qué, le resultó tan ligero como una pluma.

Wakisaka alargó su brazo izquierdo, grueso como un tonel, y comenzó a agitar la red. La movía de un modo desagradable, como si estuviera lamiendo con ella el rostro de Toga. Existen otras formas de mover esa clase de redes, por ejemplo, agitarlas por encima de la cabeza como un lazo o hacerlas girar hacia el costado izquierdo como una cadena, pero a Wakisaka le gustaba agitarla delante de él, dibujando una especie de 8 volcado. De esa manera, se podía lanzar al otro tanto por el costado izquierdo como por el derecho y eso disgustaba al contrincante. Mientras movía la red buscando el modo de lanzarla, Wakisaka iba acortando poco a poco la distancia. A veces sonreía y a veces mostraba los dientes, pero Toga apartaba intencionadamente la vista de su rostro. Tampoco le miraba a los ojos. Ni estaba atento a su respiración. Wakisaka era un viejo zorro y mentía de un modo admirable con la cara, con los ojos y con la respiración. Engañaba a todos con esas técnicas, aprovechando el menor descuido para descargar un ataque imprevisto. Para evitar ser engañado, lo mejor era dirigir la mirada hacia el pecho de Wakisaka y contemplar su cuerpo entero de una vez, como quien contempla una montaña lejana. Cuando era un adolescente, en sus tiempos de

kendo, lo pasó muy mal porque no conseguía adoptar este tipo de mirada, pero ahora que, gracias al efecto de la luna llena, sus sentidos se hallaban extremadamente agudizados, podía ver todo lo que tuviera delante como un total, con la ilusión óptica de que estaba enfocando todos los puntos a la vez. Y no solamente los movimientos de su contrincante, sino que le parecía que podía distinguir al mismo tiempo esta o aquella cara del público. Todos los luchadores calificaban esta grandiosa percepción de «visión límite». Tanto en el primer combate como en la semifinal, el cuerpo de Toga fue imbuido de esta visión, pero en ambos casos le causó una impresión muy leve y por culpa de eso se vio acuciado por las prisas, con ganas de terminar el combate cuanto antes, y recurrió a una manera de luchar muy brusca. Sin embargo, en el combate de la final la cosa cambiaba. Quizá por la tranquilidad que le daba saber que ya solo quedaba un contrincante, la visión límite envolvió a Toga con una intensidad mayor que nunca y en ningún momento pensó en la posibilidad de ser derrotado. No obstante, probablemente Wakisaka se hallaba imbuido también de esa misma visión y se estaría relamiendo en su fuero interno pensando únicamente de qué manera «cocinar» su presa. Durante los entrenamientos, rara vez se veían poseídos por la visión límite, pero cuando salían a la arena venciendo el miedo, a veces sentían que caía sobre su masa encefálica una especie de goteo, igual que si fuera una bebida de soma que rebosara por los bordes de la luna llena, regocijando y estimulando a los luchadores. Al parecer, la mayoría de los gladiadores que, ávidos de combate, no se retiraban aunque hubieran superado los treinta encuentros, en realidad ansiaban esta visión límite. Wakisaka era, ciertamente, un caso prototípico de esa clase de hombres, pero también en el seno de Toga existía con claridad esa sed por la visión límite que le hacía alargar una temblorosa mano hacia ella. Sin embargo, esa noche sería la última vez que la disfrutase...

«Llegados aquí, nosotros dos lucharíamos aunque las gradas de espectadores estuvieran tan vacías como unas ruinas. Aunque el

mundo exterior estuviera tan vacío como un desierto. Aunque en las gradas no hubiera nadie o en el mundo exterior no hubiera nadie, tenemos un espectador. La luna. La luna llena que reluce sobre nuestras cabezas. Cuando venimos aquí, siempre nos mira la luna llena. Nos mira a cada uno individualmente. Y nos dice en todo momento: "Jugaos la vida. Jugarse la vida es la única verdad. Solo aquellos que se juegan la vida pueden erguirse en la cima del mundo. Aunque nadie más os esté mirando, yo sí os miro". Al final, a todos nos pasa lo mismo. No sirve de nada vivir si en algún momento no tomamos la decisión de qué hacer con nuestro futuro. Lo mismo Wakisaka. Él no se convirtió en selénico por gusto, pero ha encontrado en esta arena el lugar donde quedarse y lo ha escogido para terminar aquí sus días. Y yo igual. Hubiera deseado no poner los pies en esta enloquecida pesadilla, pero me han cortado todas las demás ramas y no me queda sino agarrarme a esta tan frágil que me han puesto delante. Por eso estoy aquí. Y he decidido que también aquí será donde, a cambio de perder mi insignificante vida, me llevaré por delante una vida tan gigantesca como la de Shimojo».

De pronto, Wakisaka torció sus amoratados labios en una sonrisa y enseñó su dentadura amarillenta.

«Me mira desde el fondo de sus turbios ojos como si hubiera leído mi corazón. Con una sonrisa insidiosa, de complicidad. Me está diciendo: "Por fin te has dado cuenta, ¿eh? Has abierto los ojos a la verdad de que, después de todo, tú y yo somos tejones de la misma madriguera". ¿Serán imaginaciones mías? Sea como sea, qué sonrisa más odiosa... Su actitud retadora es la de siempre, pero da una sensación imprecisa de fragilidad. Parece un gran árbol que se está deshaciendo porque su centro se pudre. Aunque le hayan untado todo el cuerpo de aceite y se le vea tan reluciente por fuera, su rostro tiene un tono ceniciento y el vello que le ha crecido en torno al ombligo como formando remolinos es, sin duda, un avance de la transformación que produce la selenesis. Quizá sean ciertos los rumores de que se mete algún fármaco para reanimar los cansados

músculos y gracias a eso puede salir a combatir. Pero, aunque pueda seguir saliendo a la arena, seguramente ya no le queda mucho de vida».

Mientras Toga le daba vueltas en la cabeza a esto y aquello, Wakisaka iba acortando la distancia paso a paso y, tras recoger la red en torno a sus pies, se echó a un lado y la lanzó sobre él. Toga consiguió apartarse en el último instante con un salto hacia atrás, pero el lastre de la red, zumbando como un sonajero, le rozó el muslo desnudo, acariciándolo con un soplo de aire con olor a intenciones asesinas.

La chillona voz del comentador desintegró la tensión existente sobre la arena.

—¡Estamos en la final de la vigesimoprimera edición de la Copa Shimojo! Los pases iniciales que adornan este enfrentamiento, que puede llamarse histórico, son los ya conocidos embates de Wakisaka con su red. Esta noche por fin se decidirá quién es el mejor. No exageramos si decimos que estamos ante los dos mayores luchadores en la historia de los Torneos de Salvación Nacional. Quizá haya sido una desgracia para ellos que los dos mayores gladiadores hayan tenido que combatir en esta arena en la misma época, pero para nosotros los espectadores ha sido una suerte incomparable. Estamos ante dos luchadores predestinados desde su nacimiento a enfrentarse. Hasta ahora ambos han vencido dos veces y han perdido dos veces frente al otro. Pero esta noche será la definitiva...

Wakisaka volvió a sonreír. Toga, inesperadamente, sonrió también. En el corazón de Toga surgió de pronto una idea escalofriante. ¿Y si esta noche mato a este tipo? Hasta los rumores dicen que pretendo matar a Wakisaka esta noche. ¿Y si mostramos que los rumores decían la verdad? Seguro que, además, es lo que desea Wakisaka. Mejor que morir en la cama por efecto de la lucidez durmiente o de una manera vergonzosa a manos de un luchador de menor categoría, morir en la final de la Copa Shimojo, el mejor escenario de todos, sin duda será para él un cierre de telón mucho más glorioso. Desde que debutó, Toga había luchado en cuarenta

combates, pero era la primera vez que se imaginaba con tanto verismo la posibilidad de matar a su contrincante. Al fin y al cabo, estaba decidido a morir él también después, llevándose por delante a Shimojo y un número indeterminado de sus adláteres. No iba a caer en un infierno diferente por el hecho de que se llevara a un acompañante más. De entrada, si Shimojo moría, quizá se acabaran esta clase de torneos. Si así fuera, Wakisaka perdería el lugar donde morir a gusto y se quedaría como si le hubieran vaciado el alma. Siendo así, sería un acto de caridad matarlo aquí de una vez.

XV

—¡Ha caído! ¡Toga Uno, tras un violento combate, ha terminado por caer! ¡El samurái más fuerte de la historia, finalmente, ha caído de rodillas frente a su fatal enemigo, Hideto Wakisaaakaaaa!

Cuatro enfermeros de urgencias envueltos en atuendos de seda negra alzaron el cuerpo de Toga en volandas y lo acostaron teatralmente en una de esas camillas que imitaban un ataúd con destino al mundo de los muertos. Su vientre estaba empapado de sangre mezclada con grasa y no dejaba de subir y bajar con sus jadeos, lo cual era una muestra de que seguía con vida. Su consciencia para haber caído en el fondo de un profundo pozo, pero por las ranuras de sus dos ojos entrecerrados se reflejaba el cielo nocturno y sus oídos percibían como algo muy lejano la estridente voz del anunciador envuelta en el griterío del público. Su piel, pálida por la pérdida de sangre, sentía el aire frío de finales de año y la herida abierta por el tridente era como un conglomerado de dolor que le entumecía todo el cuerpo.

Oyó la lejana voz de uno de los hombres de negro preguntando:

—¿Está usted consciente?

Toga profirió desde el fondo de su garganta un sonido gutural afirmativo que aleteó inseguro con la debilidad de un insecto en invierno.

—¿Sabe usted su nombre?

—Uno...

—¿Uno qué?

—Toga...

—¿Dónde estamos ahora?

—En la arena...

—¿A qué día y qué mes estamos hoy?

«¿Y yo qué sé qué día es hoy? Pero sí sé una cosa. ¡He perdido! A pesar de recibir la bendición de una visión límite más acerada que nunca, he perdido. A pesar de que tenía que ganar fuera como fuera, Wakisaka me ha vencido. ¡Siempre me pasa lo mismo! Por más años que pasen, siempre soy el tonto al que dan una tunda de palos. En la Competición Nacional de Escuelas de Secundaria o en la Competición de Colegios de Bachillerato, siempre pierdo en el momento más importante. Encima, esta noche se suponía que era seguro que iba a ganar. Hasta la mitad, mi ventaja era evidente. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué demonios va a pasar ahora? Tenía que haber matado a Shimojo a la vez que terminaba conmigo mismo. Ah... Ruka... Ruka... No he podido ganar. Solo quería hacerte feliz...».

—¡Pero qué cosa tan increíble! ¡Tuvo su época difícil! ¡Todo el mundo decía que Wakisaka estaba acabado! ¡Que estaba de capa caída! ¿Y ahora qué? ¡Este hombre lo ha conseguido! ¡Ha conseguido batir el récord y se ha convertido en campeón por tercera vez!

A lo lejos flotaba una blanca y pequeña luna. Cuanto más la miraba, más le parecía que se alejaba. Era una luna llena tan pequeña como el ojo de una aguja. «¿Por qué estará tan lejos? Se comporta como una desconocida. No, no es eso. Está muerta. Esa luna ya está muerta. Es una luna llena, sí, pero no es la luna llena que vemos nosotros al alzar la vista. No es la luna llena de los selénicos que glosó Motoka Sugai, que vive y respira. Es la primera vez que veo una luna llena que me parece tan ajena. Bueno, no, no es la primera vez. Hace mucho tiempo, siempre era una luna así. Antes de caer en la condición de selénico, la luna que pendía en el cielo nocturno siempre era una como esa, de rostro indiferente. Sin embargo, yo soy un selénico. ¿Qué sucede ahora? ¿La luna me ha abandonado? ¡No, no puede ser! Es por culpa del dolor. Después de

ese inexplicable dolor que sentí tras el pinchazo en el brazo izquierdo, todo ha cambiado por completo».

—¡Diecisiete minutos y veinte segundos de combate! En el último combate del año, en el mejor de los escenarios, Wakisaka ha conseguido dar la vuelta formidablemente al encuentro y alzarse con la victoria. Ha salido vencedor en un histórico combate mortal y grabar su nombre como el mejor gladiador del mundo.

En el momento en que la camilla desapareció por la puerta negra, de pronto la voz del comentador le llegó muy débil, como si le hubieran taponado los oídos y el aire a su alrededor cambió a una incómoda calidez, igual que si se hubiera acercado al infierno. El aparato de reconocimiento rápido incorporado en la camilla, con una voz tan plana como la del presentador del pronóstico meteorológico, empezó a decir que si la presión sanguínea, que si las pulsaciones, que si la temperatura corporal, que si la cantidad estimada de sangre perdida. Toga, con la consciencia reducida al mínimo, intentaba comprender qué le había sucedido, como quien se arrastra por el fondo de una pesadilla. «Tiene que haber sido aquel repentino dolor». En mitad del combate sintió el pinchazo repentino de algo anormal en el antebrazo izquierdo, por debajo de la manopla protectora. Le pareció que quizá alguien había ocultado alguna clase de aguja entre el material amortiguador de la manopla que le proporcionaron, pero además, curiosamente, desde el momento del pinchazo aquella visión límite que le inundaba el cuerpo entero comenzó a retirarse. «¿No me habrán inyectado algún tipo de droga? Mediante alguna aguja hipodérmica en miniatura oculta en el amortiguador. ¿O quizá no? ¿Será que solo intento justificarme por la derrota?».

Cuando la camilla llegó a su lugar en la sala de cuidados y dejó de rodar, los enfermeros de emergencia se quitaron a toda prisa sus ropas negras y aparecieron unos atuendos color azul cielo como los que suele usar cualquier equipo médico profesional. Aquel grupo de batas azules se arremolinó en torno a Toga y comenzó lo que los luchadores llamaban «la rapiña». Uno le desataba el cordón bajo la

barbilla para quitarle el casco, otro le arrancaba las manoplas y los protectores de las pantorrillas, el siguiente le quitaba el taparrabos y le cortaba la ropa interior y el cuarto le descalzaba las sandalias. En un abrir y cerrar de ojos, Toga quedó desnudo como un cerdo. Después, mediante unas piezas y unas cintas especiales, sujetaron los cuatro miembros y la cabeza de Toga en la camilla y a continuación fijaron la camilla misma a una máquina de reconocimiento múltiple de forma cilíndrica, y se quedaron solo dos enfermeros mientras los otros dos salían de la sala a la carrera. Probablemente se dirigían a la sala contigua para hacer los preparativos de la operación quirúrgica.

En cualquier caso, se sentía raro. No era la primera vez que le vencían, ni tampoco la primera vez que se desplomaba debido a una fuerte hemorragia. El mundo parecía algo muy lejano, su cuerpo también parecía algo muy lejano y, sobre todo, sentía un sueño irresistible. «Ahora caigo. Ya sé a qué se parece esta sensación. Es como cuando caes en la lucidez durmiente, que te baja la selenelina y cobra fuerza la plutonina. Aunque estamos en el periodo en torno a la luna llena y hoy es la noche del plenilunio, ¿por qué me encuentro como si fuera luna nueva? ¿Será otro síntoma producido por el trauma de la hemorragia? ¿O realmente me habrán inyectado en el brazo alguna sustancia que me suma temporalmente en la lucidez durmiente?». Mientras luchaba contra la intensa somnolencia que le invadía, intentó levantar el brazo izquierdo para ver si quedaba alguna huella del pinchazo, pero no se movió ni un milímetro. «Ah, se me había olvidado. Estoy atado a la camilla».

Entonces, muy por encima de su cabeza, oyó una voz saliendo del aparato de reconocimiento múltiple.

—Permanezca un tiempo inmóvil, por favor. El examen finalizará en unos dos minutos.

Estaba acostumbrado a oír esas frases. Pero, aun teniendo en cuenta que la oía como una voz lejana, era una voz rara. Le pareció que era una voz de mujer. Además, demasiado aguda para ser de una máquina y sonaba como nerviosa. Más que de mujer, voz de

niña. Por supuesto que no era la primera vez que lo metían dentro de un aparato de reconocimiento múltiple. Ya fuera vencedor o perdedor, si resultaba herido en combate por lo general le pasaban por el aparato de reconocimiento que hubiera en los lugares donde luchaba. Era la segunda vez en ese día que oía unas frases como las de antes. Las oyó después del combate de la semifinal, pero estaba seguro de que se trataba de una voz distinta. Para empezar, ninguna de las veces que había oído la voz de la máquina de reconocimiento recordaba haberse parado a pensar si era voz de hombre, de mujer o de niña. La recordaba como una voz fabricada artificialmente, de manera que no se identificara con ningún sexo ni edad. Una voz suave como la seda, provista de una entonación perfecta y, sobre todo, carente de alma...

—Es mentira. No estás atado. Es solo una falsa impresión tuya. Mira, prueba a levantarte.

«Sí, es una voz de niña. Y, además, la voz no es lo único raro. Hasta lo que dice es extraño. ¿Que me levante, dice? ¿A pesar de que me encuentro amarrado concienzudamente como Gulliver en el país de los enanos? Pero los dos enfermeros que tengo al lado son hombres. De hecho, ya sea el lugar de combate que sea, todos los enfermeros son hombres. De ningún modo iban a colgar delante de una fiera herida un cebo tan jugoso como una enfermera joven. Pero entonces, ¿de quién es esa voz? ¿Quizá esté soñando? ¿Será que Wakisaka todavía no me ha vencido, que no ha comenzado el torneo y estoy soñando dentro del coche celular que me conduce al Estadio n.º 1?». En los resquicios que le dejaba la extrema somnolencia, su mente vagaba entre toda clase de dudas e ideas que iban y venían. Mientras tanto, la parte cilíndrica del aparato de reconocimiento, con un suave chirrido, se movió para envolverle la cabeza.

«Y el sonido de esta máquina también es raro. Las otras veces solo levantaba el insustancial sonido de su suave desplazamiento y hoy parece el sonido del viento. Un viento seco que recorriese una desolada y vasta estepa. Un viento imprecisamente triste, brutal...».

—Si sigues aquí más tiempo, correrás peligro. Tienes que salir a perseguir la noche. Venga, abre los ojos y levántate.

«¡Maldita sea! Esa voz no es más que una alucinación. Durante el periodo en torno a la luna nueva también se dan entre sueños esas alucinaciones auditivas. Sí, se parece. Y qué calor hace en esta habitación. ¿Era siempre así de oscura? Otras veces, cuando me traían aquí, había una luz tan fuerte que incluso me molestaba. ¿Por qué está hoy tan oscuro? ¿Les habrá pasado algo a mis ojos? Ah, ya entiendo. Es que me están metiendo en el aparato de reconocimiento. ¿Acaso no llevo ya un rato oyendo el sonido que hace el aparato al girar? Pero no, no, ciertamente hay algo raro. Creo que el interior del aparato de reconocimiento no era así. El tubo cilíndrico no era tan largo. Es como si me estuvieran metiendo en el sarcófago de un gigante. ¿Y qué serán esas abolladuras y protuberancias de color blanco que veo sobre mi cabeza? Me parece estar viendo las vértebras de algún animal gigante. De hecho, por ambos lados de esa línea surgen unos pares arqueados de algo similar a unas costillas, que forman un pasillo abombado. ¿Pero qué es esto? Cuanto más lo miro, más me parece un espécimen de esqueleto de animal gigante. Y yo estoy ahora dentro de él, como en una jaula de huesos, tumbado boca arriba mientras miro su columna vertebral. No es posible que me sienta de un modo tan anormal dentro de un aparato de reconocimiento. No cabe duda. Es una alucinación producida por la plutonina, como sucede durante la luna nueva. ¡Han tenido que ser ellos! Se han asustado del plan en el último momento y han decidido abandonarlo, seguro. Pensando también en esa posibilidad, desde un primer momento debieron de introducir en la manopla una sustancia que estimula la producción de plutonina o algo similar. La activarían por algún mecanismo de control remoto y así aplastaron mis posibilidades de victoria en la final».

XVI

—Puedes oírme, ¿no? Si te quedas ahí tumbado, vas a terminar enterrado por la arena caliente y morirás. Así que venga, date prisa...

La voz que le parecía una lejana alucinación de pronto acarició con todo realismo sus orejas. Un temblor sacudió todo el cuerpo de Toga como si aquella voz le hubiera abofeteado las mejillas. En ese instante, se le despejó de golpe la cabeza y se dio cuenta de que ya no estaba atado a una camilla. De hecho, no se veía camilla alguna por ninguna parte y se encontraba tumbado en una blanca y ardiente extensión de arena. Sintió que tenía granitos de arena pegados a la espalda y a la parte posterior de la cabeza. La voz había dicho que terminaría enterrado en la arena y ciertamente estaba rodeado de arena. ¿Estaría en alguna playa, entre el esqueleto de una bestia marina gigante?

Mientras se esforzaba por recuperar su debilitada consciencia, Toga se incorporó lentamente y, temeroso, echó una mirada alrededor. Tal y como pensaba, se encontraba dentro del esqueleto de un animal gigante. Desde la superficie de la arena hasta la columna vertebral debía de haber unos tres metros. A través de los resquicios de las costillas se podía ver el paisaje exterior, pero no era más que una vasta, seca y blancuzca extensión de dunas de arena que se extendía ilimitadamente. En las cercanías no había ni una miserable choza, ni crecía una brizna de hierba, ni había siquiera un charco. En algunos puntos se veían cosas sobresaliendo de la arena, probablemente rocas o quizá ramas secas de árboles. ¿O a lo mejor

esqueletos de otros animales? Todavía oía aquel sonido que creía identificar como el del aparato de reconocimiento. Pero, al parecer, no era el ruido de ninguna máquina, sino, como pensó después, el del viento recorriendo la arena y cruzando entre los huesos del esqueleto. Volvió a examinar con la mirada la cara interior de la carcasa donde estaba y vio que la fila de vértebras terminaba unos cinco metros más allá para unirse a algo similar a una pesada calavera. Los huesos de la mandíbula inferior se curvaban hacia dentro como los colmillos de un elefante y estaban medio enterrados en la arena, mientras que los de la mandíbula superior se alargaban hacia delante como dos colosales lanzas para uso de un gigante, pero ni en la mandíbula inferior ni en la superior se veían los afilados caninos propios de un carnívoro. A pesar de que el cielo estaba tan oscuro que parecía cubierto por un negro telón, los ardientes rayos de sol penetraban entre los espacios de las costillas, proyectando sobre la arena un dibujo de luces y sombras que recordaba a la piel de una cebra. Un desierto blanco inacabable, un firmamento de color negro, un sol abrasador… Un mundo anormal ante el cual el lenguaje enmudecía, y sin embargo Toga creyó encontrar una posible explicación.

—Así es. Estamos en la Luna. El desierto lunar. Junto al Océano de las Tormentas…

De pronto, alguien había hablado a su espalda, así que Toga se giró a toda prisa. Sobre su cabeza, la columna vertebral del enorme animal se prolongaba hasta la cola, pero las costillas se acababan unos seis o siete metros más allá de él, dando paso a una imprevista salida en esa jaula de huesos. Y en esa salida estaba en pie una chica de unos catorce o quince años, que le miraba con aire solícito.

Toga sintió que el corazón le daba un vuelco. Por lo visto esa era la chica cuya voz llevaba ya un rato oyendo. Tal y como pensaba, no era la voz de un aparato de reconocimiento. La chica se envolvía en un vestido largo color amarillo ocre que le llegaba hasta los tobillos y se cubría la cabeza con un velo rosa con bordados de hilo de oro. Su aspecto era, realmente, el de una «habitante del

desierto». En un mundo dominado por el blanco y el negro, daba una nota de fresco colorido, como si naciera de unas pinturas recién exprimidas sobre la paleta del artista.

Cuando detuvo su mirada en la expresión de la chica, que revelaba tan firme carácter, le asaltó una repentina impresión. Esos grandes ojos que parecían proyectar su corazón, esa recta y afilada nariz poco amiga de las vaguedades, esos labios inflexibles… Sintió que todo en ella le resultaba conocido. Sin embargo, quizá no fuera más que una falsa impresión. A veces un rostro que vemos por primera vez nos parece conocido. Uno de esos modelos que debió de preparar Dios cuando creó el mundo. En el caso de esa chica, el rostro inducía a imaginar una escena en la que, cuando el grupo al que pertenecía caía en una situación desesperada, de pronto ella emprendía una acción resuelta, como poseída por algún espíritu, y guiaba a los suyos con intrepidez hacia un nuevo mundo.

—¿Quién eres tú?

La voz de Toga sonó tan seca como si no hubiera tardado nada en formar parte del desierto circundante.

La chica, sin contestar a la pregunta, se mostró impaciente y señaló hacia su izquierda.

—No podemos perder más tiempo. Si no cruzamos pronto al otro lado de esa colina, este lugar se volverá tan caliente como un infierno. Así que sal de ahí, deprisa.

Le invitó con un gesto de la mano.

Toga movió su entumecido cuerpo como si despertara de un sueño de un siglo y, con muchos esfuerzos, se puso en pie dentro de la jaula ósea. Entonces, se dio cuenta por primera vez de cómo vestía. Al igual que la chica, llevaba un ropaje largo hasta los tobillos, una túnica de color beis, y calzaba unas sandalias de cuero, además de tener la cabeza cubierta por una tela de deslumbrante azul marino. No recordaba en absoluto haberse vestido con semejante atuendo, pero sintió que, ciertamente, si no fuera así, no podría estar tumbado en un lugar como ese y que resultaba el ropaje adecuado.

Tras sacudirse la arena de la túnica, se dirigió con paso inseguro hacia la salida de la carcasa. La chica ya estaba fuera, encaminándose con paso rápido hacia la colina que le había señalado antes. Mientras la seguía, Toga sintió cómo por el lado derecho el sol abrasador aumentaba la potencia de sus rayos de un modo violento. Entrecerró los ojos y giró lentamente la cabeza en esa dirección, pero los deslumbrantes haces de luz blanca procedentes del horizonte le cegaron y tuvo que apartar la vista enseguida. Echó un vistazo a su alrededor poniendo cuidado en no mirar directamente el sol y descubrió que aquellos objetos que sobresalían de la arena aquí y allá eran, en su mayor parte, como había pensado, osamentas de grandes animales muertos. Todos estaban medio sepultados por la arena y, por lo que podía ver, la carcasa donde había estado él antes era la que tenía una mayor proporción al descubierto. Parecía que una manada de esas bestias hubiera estado errando por la zona en busca de agua hasta que habían ido muriendo. El viento soplaba inclemente y formaba remolinos aquí y allá, grandes y pequeños que, como espíritus que hubieran muerto en aquel desierto cargados de rencor, corrían por las dunas levantando polvaredas blancas. Tal y como había dicho la chica, si hubiera continuado durmiendo en aquel lugar, seguro que no hubiera tardado mucho en ser sepultado por la ardiente arena, igual que aquellas bestias gigantes.

—Oye, espera un poco. ¿Se puede saber quién eres?

La chica se paró en seco a los pies de una duna. Después, se giró hacia él de manera que quedara de espaldas a los rayos de luz y con una cándida sonrisa, le dijo:

—Motoka. Yo soy Motoka…

Después de presentarse, recorrió el cuerpo de Toga con la vista, empezando por los pies, como si lo estuviera paladeando.

—Sé quién eres. Un gladiador, ¿verdad? He conocido a unos cuantos que vinieron antes que tú.

—Ya veo. Así que Motoka. ¿Nos hemos visto antes en alguna parte?

—Seguro que no —contestó ella negando con la cabeza—. ¡Pero qué más da! En adelante, sin duda, nos veremos muchas veces más.

—¿Por qué?

—En este mundo, todos somos viajeros. Vamos persiguiendo eternamente la cola de la noche. En un viaje sin fin. Damos una vuelta completa a la Luna en un mes. Y eso se repite una y otra vez, por siempre. Porque yo, como también tú a partir de ahora, solo podemos vivir sobre la arena enfriada por la noche. Si pierdes los ánimos y dejas de viajar, enseguida te atrapará el sol y te abrasará. Pero si, por el contrario, alcanzas la noche, morirás también. En ese caso por congelación. Hay que ir en pos de la noche, pero sin llegar a alcanzarla. Esa es la única manera en que nos está permitido vivir. Así, si estamos continuamente viajando, aunque nos separemos, alguna vez volveremos a encontrarnos. Porque todos vamos detrás de la noche hasta que morimos. ¿No te parece?

—Ya entiendo… Pero ¿se puede dar toda la vuelta a la Luna en solo un mes?

En lugar de contestar, Motoka sacó una flauta blanca vertical que llevaba al cinto, se la mostró a Toga y después le dedicó una sonrisa traviesa. Debía de tener entre sesenta y setenta centímetros de longitud, con el extremo delantero ligeramente curvado hacia arriba y extendido hacia los lados en forma de abanico. Tenía todo el aspecto de haber sido fabricada a base de practicar agujeros en el hueso de algún animal. Motoka se sentó allí mismo y, como si quisiera interpretar una canción para el desierto, inclinó el cuerpo hacia delante para fijar el extremo anterior de la flauta clavándolo en la arena. Acto seguido, colocó la boca del instrumento sobre el labio inferior y comenzó por dar un largo silbido con timbre muy alto. Fue un silbido tan agudo que era como si le atravesara el tímpano por el centro, entrando por la derecha y saliendo por la izquierda. A continuación, Motoka fue tapando con dedos expertos y gran rapidez algunos de los agujeros de la flauta, comenzando a interpretar una serie de breves y sencillas melodías. Se trataba de melodías que le infundían vagas sensaciones de nostalgia o de angustia, pero, según

se iban repitiendo, parecían superar su mera condición de sonidos encadenados para transformarse en una especie de llamada que ascendía con fuerza encerrando alguna clase de significado. Una llamada que se extendía bailando por los cielos y se transmitía serpenteando por el interior de la arena.

Toga miró a su alrededor mientras fantaseaba con cosas como la increíble posibilidad de que a la llamada de aquella flauta apareciera por encima de una duna una alfombra voladora dirigiéndose hacia ellos. De repente, sintió que la arena bajo sus pies vibraba como si se estuviera sacudiendo con un zumbido. Apenas le había dado tiempo a pensar que algo se acercaba por debajo de la arena cuando, junto con un sonoro *pufffooon*, brotó de la duna que tenía delante un chorro de arena blanca y Toga, en un acto reflejo, se protegió el rostro. Cuando apartó la mano con precaución, vio que más allá de la polvareda había brotado una gran masa de color blanco. Debía de tener unos dos metros de altura y parecía como esas rocas sagradas que hay en los templos sintoístas, pero gigante y redondeada y en su cúspide se erigía una especie de cabaña, también blanquecina. Toga se quedó boquiabierto mirando aquel conjunto anormal surgido de repente ante sus ojos y, junto con un temor respetuoso, comenzó a extenderse por su cerebro el convencimiento de que aquello no era una roca. Respiraba lentamente, como un ser vivo. Toga, con objeto de abarcar la totalidad de una sola vez con la vista, se retiró unos pasos mientras miraba hacia arriba. Viéndolo acobardado, Motoka se puso en pie y soltó una jovial carcajada.

—Las ballenas selenitas pueden nadar debajo de la arena. Por eso viajamos montados en esas ballenas. Esta se llama Mahina.

«Así que ballenas… Pues si esto es una ballena, las osamentas de animales gigantes que hay desperdigadas por ahí deben de ser restos de dichas ballenas».

Al ver el conjunto, calculó que la ballena que había aparecido ante él tendría unos veinte metros de largo. A la izquierda, con forma similar a un retrete con la tapa cerrada, estaba la cabeza y a

la derecha, desplegada en forma de cuarto de luna, se veía la cola subiendo y bajando suavemente. De alguna manera, daba la sensación de que flotaba sobre el desierto con el mismo aspecto que tendría si flotara sobre el agua del mar. Cuando se fijó en la zona en torno a la boca, descubrió unos ojos desproporcionadamente pequeños en comparación con el conjunto y que parpadeaban. Y aquellos ojos que, sin posibilidad de confusión, brillaban de un modo que revelaba inteligencia, se quedaron mirando a Toga como quien analiza a un recién llegado. Parecían estar pensando: «No me digas que voy a tener que viajar con este hombre tan tosco…». Sin embargo, según oyó después, precisamente esta tal Mahina había captado el olor de Toga desde una gran distancia y fue ella quien guio a Motoka hasta ahí. De por sí, las ballenas selenitas tienen muy buen olfato y se les da muy bien localizar a los que llegan nuevos a la Luna, pero, de todas ellas, Mahina se preciaba de contar con un olfato sobresaliente y, hasta donde sabía Motoka, había dado ya con más de doscientos recién llegados.

Motoka, dando muestras de estar acostumbrada, se agarró al extremo de la aleta pectoral de Mahina y trepó por allí hasta el lomo, para después desplazarse hasta la cabaña situada detrás de la protuberancia donde debían de estar los agujeros de la nariz. La cabaña se encontraba fijada a la espalda mediante algo parecido a unas tiras de cuero que cruzaban por delante y por detrás de aquella aleta pectoral. Por eso la ballena presentaba el divertido aspecto de que llevaba una mochila escolar colgada. Motoka invitó a Toga con un gesto de la mano y este, imitando lo que había hecho ella, se agarró a la aleta pectoral y por ahí se encaramó al lomo de Mahina, sintiendo cómo el lomo del animal bajaba y subía bajo sus pies.

No llegaba a ser un tejadillo, pero en la parte delantera de la cabaña había un saliente y, debajo de él, dos sofás dobles, uno detrás del otro, con lo que podían viajar allí hasta cuatro personas. Al parecer, los jinetes de las ballenas llamaban a esos sillones «los asientos del cochero». Motoka se sentó en el lado derecho del sillón de delante e invitó a Toga a sentarse a su lado. Cuando probó a

hacerlo, descubrió que tanto el asiento como el respaldo estaban recubiertos por una suave tela y que resultaba más confortable de lo que uno podía esperar, así que por lo visto los largos viajes daban para pensar cómo mejorar las condiciones. Detrás de los «asientos del cochero» estaba la puerta corredera que daba a la cabaña, que debía de tener una superficie de unos dos metros de ancho por tres y medio de fondo. Dentro habría probablemente algunos futones y una alacena.

Tras desplazarse en dirección sur cruzando algunas dunas, llegaron a un camino de ballenas bastante transitado llamado «Ruta Norte» y una vez ahí ya solo consistía, al parecer, en ir todo el tiempo por esa vía en dirección oeste en pos de la noche.

—¿Qué hay en la Ruta Norte? —preguntó Toga.

—Si seguimos todo recto por ella, llegaremos al Valle de los Gladiadores —explicó Motoka —. Ahí tenemos que torcer hacia el oeste y movernos en todo momento huyendo del sol.

—¿El Valle de los Gladiadores? —repitió Toga frunciendo el ceño extrañado.

—Sí, es un lugar enigmático… —contestó Motoka con una vaga sonrisa, como si fuera difícil explicar el resto con palabras—. Cuando lleguemos, lo entenderás. Nadie sabe por qué están esas cosas allí…

En ese momento, de repente, sonó un estallido que reverberó de un modo tal alrededor de ellos que hacía temblar las tripas. Toga tuvo la impresión de que el telón negro del cielo vibraba como la cubierta de cuero de un tambor *taiko*. Se apresuró a mirar en todas direcciones para comprobar si había explotado algo, pero no encontró rastros de humo por ninguna parte. Después miró a Motoka para ver su reacción, pero tenía la misma expresión de sorpresa que él en un mudo «¿qué habrá sido eso?», por lo que debía de desconocer también la procedencia del sonido.

—No sé qué habrá sido eso, pero creo que deberíamos seguir la Ruta Norte cuanto antes —dijo Motoka con tono intranquilo.

Mahina, como si hubiera oído aquel susurro y comprendido su contenido, comenzó a girar lentamente hacia la derecha. La

sensación que producía era la de un suave deslizamiento y no la de estar nadando por una rasposa arena. La cabaña oscilaba hacia arriba y hacia abajo como movida por las olas, pero era un bamboleo agradable, casi de carácter maternal.

Sin embargo, en el interior del corazón de Toga permanecía la inquietud, todavía con el reverberar del eco del estallido anterior. Sin saber por qué, no podía quitarse de encima la acuciante idea de que tenía que ver algo con él; que era un sonido primordial, que podía cambiar de raíz su destino hacia un lado o hacia el otro; que era el sonido de un gigantesco guardagujas moviéndose para cambiar eternamente la dirección de su destino. Sintió que esa aprensión, como si fuera el primer hilo por el que comienza a descoserse una tela, era el inicio del desgarrón de su consciencia que le estaba diciendo: «Ah, estoy soñando».

«Seguro que he caído en la lucidez durmiente y, como de costumbre, me estoy acercando a la frontera en que voy a despertar. Durante el periodo de la lucidez durmiente, siempre voy caminando de sueño en sueño como si me hubiera internado en un laberinto y seguramente este extraño mundo lunar es solo uno de esos sueños. Me hubiese gustado continuar de por vida junto a esta chica llamada Motoka en el viaje incesante en pos de la noche, pero, ay, siento que poco a poco la consciencia se me va deshinchando. El sonido de las ballenas selenitas removiendo la arena o el sonido del sibilante viento se van alejando. Todos los huesos del cuerpo se me vuelven más pesados, como si me los hubieran pintado con plomo. No puedo seguir más tiempo sentado. Los párpados se me cierran irremediablemente. Me agarro a la barra del pescante, e intento con todas mis fuerzas no caerme».

Forzándose a abrir los ojos, vio que Motoka miraba hacia él con el ceño fruncido de preocupación. Le agarró del hombro derecho y, sacudiéndolo, le dijo con voz tensa:

—¿Qué te pasa? Tienes que ser fuerte.

Pero aquella voz sonaba muy lejana. Toga consiguió contestar a duras penas con voz estrangulada.

—Imposible… No puedo ir. No puedo ir contigo…

Toga perdió el conocimiento sobre el sillón y Motoka lo sostuvo con sus delgados brazos. Después, ella le colocó la cabeza sobre sus rodillas y, sujetándole la cara entre sus manos, le miró asustada con los ojos muy abiertos mientras musitaba algo, pero aquella voz ya no llegó a los oídos de Toga. El tacto de las palmas de las manos de la chica en sus mejillas también se fue alejando como si alguien tirará de él…

XVII

Desde hacía un rato, sentía un incesante bamboleo en su espalda. No le resultaba una sensación desconocida. Le estaban llevando en una camilla.

«¡Ahora recuerdo! ¡Wakisaka me ha derrotado! Tenía que haber ganado fuera como fuera y he perdido. Recuerdo que después del enfrentamiento me examinaron con un aparato de reconocimiento múltiple, pero después me asaltó una repentina somnolencia salvaje y me vi arrastrado a un estado similar al de la lucidez durmiente. Pero qué sueño tan realista y detallado… Todavía puedo recrear la sensación rasposa de la arena y el escozor que me causaba el sol en la piel. Y esa chica que dijo llamarse Motoka».

La única Motoka que conocía Toga era Motoka Sugai, la pintora y poetisa. Todavía conservaba también el recuerdo de su tacto en las mejillas.

La primera vez que vio el documental sobre Motoka Sugai que hizo la antigua televisión NHK fue en el monitor del orfanato, cuando él estudiaba Bachillerato. Recordaba que, más adelante, cuando ya vivía solo, lo vio otro par de veces en su propio monitor y una vez en la habitación del centro de formación junto con Ruka. Era un programa que se hizo cuando ella tenía veintitantos años y recibía cierta atención como artista *outsider* que vivía en un centro de tratamiento para selénicos. Aquel documental incluía también unas escenas con ella de niña cuando estaba en un centro de tratamiento para menores. Eran unas imágenes con los niños afanados en actividades extraescolares, y en el caso de Sugai, que entonces

estudiaba Secundaria en el centro, estaba en el grupo de Bellas Artes y sostenía una enorme madera que usaba a modo de paleta de pintor para hacer un cuadro al óleo. Aquella cándida figura suya de los tiempos en que comenzó a trabajar el óleo era, verdaderamente, la imagen de la Motoka que acababa de ver en sueños. Seguramente era una escena filmada en el periodo en torno al plenilunio, porque sus grandes ojos delataban la rebosante vitalidad que en ese momento la animaba, y movía el pincel con una energía impresionante. Cuando una de las empleadas del centro de tratamiento le preguntó qué estaba pintando, ella, sin levantar la vista ni detener el pincel, le contestó con el atropellado hablar propio de los selénicos en dicho periodo:

—Ballenas selenitas. Como la mitad izquierda y la mitad derecha del cerebro de las ballenas duermen por turnos, pueden estar nadando sin parar. Por eso creo que quizá las ballenas tienen dos espíritus. Igual que nosotros. El espíritu claro, en torno al plenilunio y el espíritu oscuro, en torno a la luna nueva. Ambos espíritus se llevan mal, pero si hicieran las paces, significaría la muerte.

—¿Te refieres a las ballenas? —preguntó la empleada.

—Me refiero a nosotros. Si mi espíritu del plenilunio y mi espíritu de la luna nueva se encuentran en sueños y hacen las paces, mueren. La lucha se acaba, y entonces se mueren.

—¿Por qué? —insistió la empleada.

Pero Motoka, sin dejar de mover el pincel, se limitaba a repetir «se mueren».

En la obra más representativa de Sugai, *Treinta y seis paisajes selenitas: El viaje sin fin de las ballenas selenitas*, aparecen manadas de ballenas selenitas con personas subidas en sus lomos, con fondo de los diversos paisajes lunares por los que cruzan. Sobre un cielo completamente negro, el sol brilla con la intensidad de los tiempos de la creación del universo, abrasando las blancas dunas del desierto de arena. Las ballenas nadan con furia, apresurándose en su viaje para huir de ese calor. Quizá uno de aquellos animales fuera Mahina

y, en ese caso, entre sus jinetes estaría la propia Motoka, con un vestido color amarillo ocre.

Mientras despertaba recordando aquellas obras, Toga entreabrió los ojos y entonces experimentó un sobresalto. Extrañamente, quienes llevaban su camilla no eran enfermeros. Eran dos guardias del centro de formación, con los conocidos uniformes azul marino. Es decir, que la operación quirúrgica ya debía de haber finalizado y ahora se llevaban al desdichado perdedor al coche celular para devolverlo al centro de formación. No, no solo era un perdedor. Había fracasado en la mayor de todas las misiones secretas, matar a Shimojo. Era el perdedor de los perdedores.

Advirtiendo que Toga había recuperado la consciencia, uno de los guardias le miró a la cara. Como de costumbre, no olvidaban la precaución de ir con mascarillas y, sobre ellas, el protector facial, pero a juzgar por la zona en torno a los ojos, a ese guardia no lo conocía. Eran unos ojos desagradables, penetrantes, tan estrechos que parecían dos cortes hechos con alguna clase de filo. Estaba seguro de que en el Centro de Formación n.º 2 no había ningún guardia con unos ojos así. Entonces, ¿sería alguien de otro centro de formación? Sin embargo, ¿por qué iba a llevarle a él un empleado de otro centro de formación? Levantó un poco la cabeza y miró al hombre que empujaba la camilla por la parte de los pies, pero también le resultó un rostro desconocido. Era un hombre de ojos abotargados y, al igual que el otro, con una mirada fría y desagradable. Pero los guardias no eran solo dos. Detrás venía otra pareja. ¿Cuatro personas para conducir a un luchador herido?

Dejando eso aparte, Toga se dio cuenta de que en algún momento lo habían vestido con el mono naranja que usaba en el centro de formación. Debían de haberle vestido esos tipos mientras dormía en la sala de recuperación. Ya tenía puestas también las esposas y los grilletes. Ciertamente, siempre que lo devolvían custodiado en el coche celular iba de esta guisa, pero un luchador recién operado y que todavía no había recuperado la consciencia, ¿era tan urgente devolverlo al centro de formación? Miró a su

alrededor con disimulo, pero aparentemente todavía se encontraba en el interior del estadio. Recordaba bien el pasillo que iba a los camerinos. No obstante, había algo extraño en todo ello. Desde hacía un rato, oía bastante alboroto. De vez en cuando le sonaban gritos lejanos y daba la sensación de que un gran número de personas corría. También llegaba hasta donde estaban ellos la acuciante sensación que reinaba en la zona superior de las gradas, donde el presentador vociferaba desaforadamente. Captaba frases inquietantes como «permanezcan en sus sitios» o «prohibido tomar imágenes».

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué ha sucedido? —preguntó con voz débil.

Sin embargo, los dos permanecieron en silencio, limitándose a echarle un vistazo y seguir empujando la camilla.

La sensación de que algo malo pasaba se acentuó. Entre el personal de seguridad de los centros de formación, al igual que entre los instructores del Departamento de Higiene, abundaban aquellos que en algún momento se habían apartado del camino vital deseable, gente que bordeaba la delincuencia, pero aun así solían mostrar a su manera respeto e incluso temor hacia los luchadores. Así que cuando alguno les dirigía la palabra, en principio, contestaban. Pero estos de ahora parecían diferentes. Se diría que ocultaban algún arma peligrosa entre las ropas mientras miraban con ojos sombríos conteniendo el aliento.

Sin embargo, de pronto, el que estaba en la cabecera contestó, aún sin mirarle.

—Somos guardias de seguridad que dependemos directamente del Departamento de Eventos. Nos han ordenado llevarte a Toranomon en calidad de «figura importante para la investigación del caso».

El corazón le dio un vuelco. Toranomon era el barrio donde estaba la central de la Policía Especial de Salvación Nacional, cuya sola mención hacía callar a los niños cuando berreaban. El centro neurálgico de aquella red que espiaba al país entero, la guarida más

siniestra del partido, de reputación infinitamente peor que la residencia oficial del primer ministro.

«¡Seguro que han descubierto el plan! Los tipos que me liaron se dieron cuenta de que el plan parecía haber sido descubierto e intentaron retirar a toda prisa su lanza, es decir, yo, pero ya era demasiado tarde. Se acabó. Todo se acabó. Este es el comienzo de un infierno».

—Mientras estabas inconsciente se ha producido un atentado terrorista —siguió aquel hombre con tono áspero mientras le miraba como para estudiar sus reacciones—. Durante la ceremonia de los premios, Hideto Wakisaka ha hecho explotar una bomba, matándose también él mismo.

«¿Una bomba? ¿Wakisaka? Antes, en mi sueño, me pareció oír una gran explosión, ¿fue entonces esa explosión? ¡Claro! ¡Ahora lo entiendo! Los tipos aquellos hicieron también una oferta similar a Wakisaka. No, un momento. Quizá no solo a nosotros dos. ¿No habrían hablado con los ocho participantes del torneo? Pero, seguramente, la misión solo la encargaron a Wakisaka y a mí, mientras que a los otros seis los amenazarían para que se dejaran vencer o les ofrecerían alguna contraprestación. Pensándolo ahora, tanto Kimura en el primer combate como Tanemura en la semifinal no me dieron la impresión de luchar con ganas de victoria ni ofrecieron demasiada resistencia. Claro. Sin duda fue eso. Tiene que haber sido eso. Y, probablemente, Wakisaka mostró mucho más entusiasmo que yo por un papel tan destructivo y era su primer candidato para cobrarse la cabeza del demonio. Sin duda yo estaba de repuesto, como un seguro por si Wakisaka no llegaba a la final».

Las palabras de Takahashi resonaron en su cerebro con tanto realismo como si lo tuviera delante: «Este es un trabajo que solo usted puede hacer. Aunque quisiera, yo no puedo ponerme este casco. Nadie más puede. Nos vamos a jugar todo apostando por usted».

«¡Maldito mentiroso! Pero sin duda Wakisaka no mostraría tantas reticencias como yo. Era un hombre que había repetido mil

veces en público que tenía intención de morir en la arena. Y encima, no iba solo a ser el único luchador que ganase tres veces la Copa Shimojo, sino que, en el instante de su mayor gloria como luchador, brillaría todavía más llevándose con él al odioso Shimojo, terminando su vida de manera ejemplar. Realmente suponía la oportunidad que estaba esperando, de manera que los intereses de aquellos tipos y los de Wakisaka coincidían a la perfección. Después, tal y como preveía la trama, Wakisaka y yo pasamos a la final y decidieron prescindir de mí, que tan poco interés había puesto en la misión. Los tipos lo tenían todo previsto. Por eso previamente introdujeron aquel mecanismo en mi manopla y, cuando la desventaja de Wakisaka se hizo evidente, vieron llegado el momento de usar su baza oculta. Por eso he sobrevivido en estas condiciones tan miserables y ahora me llevan a rastras a Toranomon, la guarida de los demonios. ¡Maldita sea! ¡Hubiera preferido ser yo quien lo hiciera! ¡Si me hubieran dejado ganar, lo habría hecho yo!».

Toga, disimulando que mentalmente estaba con los dientes rechinando de rabia, se hizo el sorprendido y preguntó al guardia:

—Y… y entonces, ¿qué ha pasado después?

—No lo sé, todavía se desconoce el alcance de los daños —respondió el otro con sequedad.

Por supuesto que lo que quería preguntar era si Shimojo había muerto o no. ¿Habría lanzado Wakisaka contra él el *gemchuga* o lo que fuera? ¿Habría conseguido matarlo? Pero no era cuestión de preguntar aquello. Hubiera sido igual que anunciar por sí mismo que él también estaba implicado en el asunto.

«Ahora que caigo, ¿qué habrá pasado con mi casco? Después del combate, los enfermeros me desnudaron, pero ese casco se convertirá en una prueba indubitable de que pretendía cometer el asesinato. Obviamente, no puedo volver a por él y tirarlo por el retrete. Ya no hay remedio. No tengo escapatoria por ninguna parte. ¿Y si busco algún descuido de ellos para poder fugarme? Sin embargo, los guardias del centro de formación van armados con porras eléctricas y pistolas. Además, los dos que vienen ahí detrás

llevan en la mano algo que parecen fusiles automáticos. No sabía que los guardias tuvieran autorización para esas armas. Parece dudoso que estos cuatro sean realmente meros guardias de seguridad del Departamento de Eventos, pero desde luego no cabe duda de que van armados. Por mucho que sea noche de plenilunio, todavía tengo el cuerpo magullado y estoy amarrado sin poder mover un músculo. No veo que tenga ninguna posibilidad de tumbar a estos cuatro y huir corriendo del estadio. Lo más seguro es que al instante acabaría convertido en un colador. Pero, bueno, quizá sería mejor así, ¿no? Es preferible morir limpiamente de una vez que no ser torturado hasta morir poco a poco en los calabozos de Toranomon, ¿verdad? No, espera un momento. Todavía no sabes cómo está la situación. Si Wakisaka ha conseguido cumplir y matar a Shimojo, puede que las cosas cambien por completo. Si el plan de los conspiradores funciona y se hacen con el poder, la figura de Wakisaka será reconocida como un héroe del nuevo sistema político y quizá yo, que estaba en la reserva, sea puesto en libertad sin ser acusado de nada. Pero ¿tendré tanta suerte? A lo mejor los conspiradores, manteniendo la incógnita sobre los autores del plan, se hacen con el poder aprovechando la confusión y convierten a Shimojo en un mártir casi divino, un símbolo de tragedia nacional. Acto seguido, nos echarán la culpa de todo a nosotros, que no sabemos quién está detrás, calificándonos de los verdaderos autores, un despreciable foco de infección que atentó contra el padre de la patria y a los que hay que aplastar sin contemplaciones».

«De todas formas, sigue siendo extraño. Por más que lo pienso, ¿por qué son los guardias de seguridad del Departamento de Eventos quienes me llevan detenido? Si me van a llevar custodiado a Toranomon, ¿no deberían ser agentes de la Pesal los que me llevaran? En caso de que el director del centro de formación u otros de esa categoría estuvieran implicados en el plan, las posiciones de la Pesal y del Departamento de Eventos los llevarían a enfrentarse. ¿O será que el Departamento de Eventos ya ha sacado la bandera

blanca y, para hacerse perdonar, me entregan a mí a modo de consolación? Ni idea. No conozco absolutamente nada de la situación».

El ascensor con la camilla de Toga bajó hasta el sótano y le condujeron al garaje de los vehículos oficiales. Cuando entraron en el garaje, lo primero que vio fue una fila de vehículos de transporte de militares del Ejército de Guardias de Salvación Nacional, enseñando unos morros bastos como los de un hipopótamo. Después vio un grupo de soldados enfundados en sus uniformes grises de combate haciendo sonar su impedimenta mientras corrían hacia el pasillo que conducía a las gradas de los espectadores. Dado que al Ejército de Guardias de Salvación Nacional se lo requería por todo el país para hacer frente a las numerosas manifestaciones, era el cuerpo militar que en más ocasiones se veía en acción, y su función original era frenar los conatos de golpe de Estado, por lo que la mitad de sus efectivos se concentraban en Tokio y alrededores. Por otra parte, como también encerraban un carácter de ejército privado del partido, eran además los encargados de mantener la seguridad en el estadio de competiciones, ya que se trataba de una instalación del partido. Sin embargo, era la primera vez que Toga veía una cantidad tal de guardias reunidos en el estadio. Parecía que estas fuerzas habían recibido el encargo de retener en sus asientos a los quince mil espectadores presentes.

No se sabía el alcance de los daños sufridos, pero en cualquier caso estarían intentando controlar el flujo de información. Desde el punto de vista del partido, si es que Shimojo hubiera muerto, les interesaría ganar el mayor tiempo posible hasta que la información saliera a la luz. Así, antes de que se extendiera el caos, deberían decidir cuanto antes el siguiente líder, que procedería a anunciar con solemnidad la muerte del gran padre de la patria. Ese era, probablemente, el guion que preparaba el partido. Y si, siguiendo el orden natural, su sucesor fuera el hijo mayor, Takehiko Shimojo, significaría que el plan de los conspiradores había fracasado.

Entonces, huelga decir que un bicho despreciable como él iría de cabeza hacia un infierno ilimitado.

La camilla, yendo en dirección contraria a la corriente de militares, avanzó hacia un coche celular del Departamento de Eventos estacionado cerca de la entrada. Puesto que había venido un vehículo por cada uno de los centros de formación, en total debería de haber seis, pero curiosamente eran ocho, y dos de ellos carecían de la tarjeta identificadora del centro de formación. Delante de aquellos dos vehículos, había otros cuatro guardias armados, con aspecto de estar esperando la llegada de Toga.

«¿Significa eso que solo para llevarme a mí han enviado a toda prisa del Departamento de Eventos dos vehículos adicionales y ocho guardias? No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que Wakisaka cometió el atentado, pero parecen ya muchas molestias. En cualquier caso, una vez que me suban al coche celular, ya no podré utilizar el recurso de revolverme contra ellos para que me maten de un tiro. Si quiero hacerlo, esta es la última oportunidad, pero los dos musculosos guardias que venían detrás acaban de colocarse a ambos lados de la camilla y me observan aferrando sus porras eléctricas. Por lo visto han leído mis intenciones. Pero, en definitiva, el principal motivo por el que no puedo revolverme ahora contra ellos es que apenas he recuperado la energía propia del periodo del plenilunio. Y soy incapaz de encontrar en mi interior ni el menor rastro de la visión límite. Siento el cuerpo tan pesado como si en vez de carne y sangre me hubieran rellenado con arena empapada. La cabeza está embotada también y soy incapaz de pensar a medio plazo. Ni siquiera alcanzo a imaginar qué va a hacer conmigo en Toranomon la gente de la Pesal. Desde luego, me exprimirán todo lo que puedan, pero al fin y al cabo yo no sé nada».

Agotado, en algún rincón de su espíritu se asentaba la idea optimista de que quizá las cosas terminaran arreglándose de alguna manera.

Cuando pudo incorporarse en la camilla, giró la cabeza para mirar detrás de sus hombros y vio cómo se abría la puerta lateral de

uno de los coches celulares. Dentro ya había gente vestida con mono naranja.

«Ah, entonces el coche no era solo para mí. Dado que hay muchas posibilidades de que los conspiradores también hablaran con los otros seis participantes, lógicamente, al igual que yo, se van a convertir en presas de la Pesal. Quizá alguno de ellos sepa si Wakisaka consiguió matar a Shimojo como es debido. Mientras yo estaba inconsciente, puede que ellos se hallaran en los camerinos viendo por los monitores la ceremonia de entrega del trofeo. En ese caso, quizá vieran cómo Shimojo quedaba hecho pedazos. ¿Pero nos dejarán hablar de ese tema? En el techo de los coches celulares hay una cámara de vigilancia y seguro que también capta los sonidos».

Al llegar junto al coche celular, los guardias le indicaron que se bajara él mismo de la camilla por su propio pie. Vio que el mono no estaba manchado de sangre; por lo visto, con la operación quirúrgica habían sanado todas sus heridas, aunque todavía le dolía el cuerpo por aquí y por allá, así que se le escapó un gemido al moverse. Cierto que había perdido el combate, pero era la primera vez que se sentía tan dolorido después de perder. Se supone que le habrían suministrado analgésicos, pero probablemente seguía teniendo una falta de selenelina en el cuerpo, por lo que era como un selénico exprimido hasta quedarse seco.

Cuando subió al coche celular medio a empujones, ya estaban dentro Tanemura, el luchador del Centro de Formación n.º 5 con el que combatió en la semifinal, e Ikezaki, luchador del Centro de Formación n.º 3. Si ellos eran tres, quería decir que en el otro vehículo irían cuatro. Tanemura tenía treinta y seis años y era el participante de mayor edad en el torneo de esa noche, con un año más que Toga como luchador. Era de cuerpo corto, pero robusto como un buey, y contaba además con experiencia como boxeador y en luchar con dos espadas a la vez. En cuanto a Ikezaki, todavía tenía solo veinticuatro años, era alto y esbelto, un jovenzuelo con pecas en la cara que había sido seleccionado como representante de la prefectura de Chiba en una competición de voleibol entre alumnos

de Bachillerato. Cuando Toga se introdujo en el vehículo, Tanemura alzó la vista y lo miró, pero su movimiento fue muy lento, como si le costara, y sus ojos parecían carentes de vida. Siempre les dejaban descansar en los camerinos hasta la mañana, esperando a que recuperaran fuerzas, y entonces los llevaban a los coches celulares; pero posiblemente esta vez le habían quitado a medias el tubo de instilación para meterle a la fuerza en el transporte.

«Por eso se le ve tan fatigado, pero seguro que mi aspecto es todavía peor. Aun así, Tanemura todavía aguanta, pero Ikezaki está ahí derrengado en el asiento junto al retrete y no tiene fuerzas ni para levantar la cabeza. A lo mejor se ha resistido a los guardias y le han dado una buena tunda».

Cuando Toga estuvo sentado en el asiento frente a Tanemura, la puerta del coche celular se cerró. Al momento flotó un ambiente calmo, asfixiante, como si hubieran cerrado la tapa de un ataúd. Tanemura le miró con ojos acuosos y parecía que estaba a punto de caer dormido.

—Anda, ya me parecía que no podías faltar tú…

—¿Por qué? —preguntó Toga.

Tanemura no contestó y se quedaron los dos mirándose mutuamente, en un silencio embarazoso. Ambos sabían que por la boca muere el pez, como dice el refrán. Seguro que a Tanemura le habían ofrecido dejarse ganar. O, como mínimo, el centro de formación le habría obligado a utilizar durante el encuentro pertrechos de protección de Metal Ace y durante el combate le habrían inyectado alguna sustancia con un mecanismo oculto. Entonces Toga recordó su caso y se remangó su mono en la parte del antebrazo izquierdo. Ahí estaba. A unos cinco centímetros más arriba de su muñeca, había un punto que parecía el pinchazo de una aguja, con un círculo enrojecido a su alrededor. Tal y como pensaba.

«Malditos… Qué gentuza…».

Tanemura miró como con desgana y preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Qué te ha pasado ahí?

—A saber… —contestó Toga bajándose otra vez la manga —. Lo que es seguro es que no me ha picado un mosquito.

Entonces Tanemura debió de pensar que, efectivamente, él se había dejado comprar.

—Yo estaba seguro de que ibas a ganar tú…

En su fuero interno Toga se dijo: «Ah, claro. Por lo visto Tanemura se imaginaba que, para cumplir el guion de que yo ganase tres veces seguidas la Copa, acepté hacer trampas. Pero, en definitiva, el único al que entregaron el verdadero guion fue a Wakisaka».

—Esa era también mi intención… Pero, dejando eso aparte, ¿lo viste? ¿La ceremonia del premio?

—No… —contestó Tanemura negando con la cabeza.

Después, echó un vistazo a la cámara de vigilancia que sobresalía del techo y, eligiendo mucho las palabras, continuó.

—Pero, tratándose de él, era muy capaz de hacerlo.

—¿Quién ha muerto?

—Pues, no estoy seguro… Pero el tipo ese habrá salido volando. El primero de todos… Qué rabia, menuda jugada… Desde luego…

Tras esas palabras, Tanemura profirió una risa gutural. Toga no sintió ganas de reír. Si lo hubiera hecho él, sin duda suscitaría los mismos comentarios. Por primera vez se percató de ello.

XVIII

Las ventanas de los coches celulares que transportaban a los luchadores, además de estar recubiertas de una red metálica, no dejaban pasar la luz. La existencia de los gladiadores era algo que había que ocultar a los ojos del mundo. Sin embargo, Toga y sus compañeros pudieron darse cuenta de que el coche celular sufría ciertos contratiempos para alejarse del estadio de competiciones. Seguramente el Ejército de Guardias de Salvación Nacional ya había establecido varios puestos de control en la carretera. El vehículo paraba, se llevaban a cabo algunos trámites y volvía a arrancar. El proceso se repitió una y otra vez. Toga no conocía bien la geografía de Tokio, ni sabía cuánto se podía tardar desde el Estadio de Competiciones n.º 1 hasta Toranomon, pero se imaginó que no llegaría a las dos horas.

El cansancio le llegaba hasta la médula de los huesos y la consciencia se hallaba también al límite, así que apenas se podía mover. Sentía fuertes deseos de dormir, pero, aunque cerraba los ojos, no se dormía. Su cabeza no podía pensar en otra cosa que en la desgracia que le aguardaba, y los asustados ojos se negaban a cerrarse, impidiendo que su cuerpo durmiera. Hundido en el asiento, con los párpados abiertos de par en par, no cesaba de darle vueltas a la posición que le adjudicarían. Wakisaka, independientemente de que hubiera tenido éxito o no, sería calificado, lógicamente, como el autor del atentado. Y después, probablemente, él sería tratado como culpable en grado de tentativa, mientras que los otros seis serían etiquetados como personas relacionadas con el plan. ¿O quizá serían

tratados los ocho como culpables materiales del atentado? Sin embargo, de entrada, se suponía que una gente como los gladiadores que se enfrentaban con armas auténticas no existía. Si acusaban del asesinato de Shimojo a gente que no tenía que existir, ¿de qué manera presentaría el partido a la opinión pública a esos criminales? Los centros de formación eran, de cara a la galería, «centros especiales de tratamiento», lugares donde se recluía a los selénicos particularmente violentos. Se verían en bastantes dificultades para explicar por qué habían sacado a gente tan peligrosa de allí y qué estaban haciendo en una instalación del partido como era el Estadio de Competiciones de Salvación Nacional n.º 1, en plena noche y, además, siendo el plenilunio. De este modo, el partido no podía hacer pública la identidad de los que habían cometido el atentado. Sin embargo, si la versión oficial consistía en unos terroristas cuyos nombres y condición eran un misterio, se avivarían las sospechas y las elucubraciones. Comenzarían a brotar por todo el país una cantidad de teorías conspirativas que no se podrían contar con los dedos de la mano y no se podría descartar que no terminaran por roer los cimientos del partido. El partido debía evitar tal situación. Entonces, necesariamente, tendrían que dibujar una imagen alejada por completo de la realidad. Por supuesto que en dicha imagen no podía aparecer ni un solo gladiador. Ni tampoco un solo selénico. Ni Wakisaka, ni él, ni los otros seis. Aun cuando figurasen sus imágenes, sería con el rostro tachado en negro. Hombres caídos en un rincón de la historia, carentes de nombre. Claro que esas cosas ya las había pensado muchas veces antes de que llegara el día del atentado.

«¿Con qué clase de identidad iré a morir?», se preguntó.

Mientras su cabeza iba y venía entre los temores y las sospechas, de pronto cayó en la cuenta de algo raro. Si fueran a Toranomon, tendrían que estar cada vez más cerca del centro de la ciudad. Sin embargo, no se veía alrededor el menor signo del alboroto propio de la ciudad. El otro coche celular debía de ir detrás de ellos, pero no parecía circular ningún otro vehículo más ni habían

parado en ningún semáforo. Los lugares por los que cruzaban se hallaban en silencio y el vehículo iba por una carretera llena de curvas. ¿Estarían yendo por un camino de montaña? ¿Por qué? ¿No iban a Toranomon? Entre el espacio donde viajaban ellos y los asientos de los conductores se alzaba un resistente panel sin ventanas que no permitía ver a los guardias. Un siniestro presentimiento recorrió su médula espinal.

Ikezaki seguía caído hacia atrás en el asiento, sin volver en sí. Toga puso una mano en la rodilla de Tanemura, que estaba con los ojos entreabiertos pero medio dormido, y le sacudió un poco.

—Oye, pasa algo raro —susurró —. ¿A dónde nos llevan?

Tanemura le miró con ojos vidriosos y aire de fastidio.

—¿Tengo cara de saberlo?

Con todo, prestó atención a los sonidos circundantes para intentar deducir algo. Su rostro se tensionó y cruzó una mirada con Toga. Toga, a su vez, se dio cuenta de otra cosa extraña y dirigió la mirada a sus pies. Cuando los llevaban en el coche celular, siempre les enrollaban en el tobillo izquierdo la cinta localizadora, pero ahora no estaba. Levantó a toda prisa la pernera del mono de Tanemura y él tampoco la llevaba.

«Entonces, ¿se supone que seguimos en el estadio de competiciones? ¿Y el cable?».

Se llevó la mano al cuello y vio que tampoco le habían puesto el cable. Pero cuando miró a Tanemura vio que él sí lo llevaba.

«Seguramente, tras la operación, llevaron a Tanemura desde la sala de recuperación a los camerinos, y fue allí donde los guardias acudieron a detenerlo para traerlo al coche. Pero en mi caso, como me trajeron directamente en camilla desde la sala de recuperación, por eso no llevo cable ni localizador. Así y todo, cuando devolvieron a Tanemura a los camerinos, deberían haberle puesto también la cinta. ¿Por qué Tanemura llevaba el cable pero no la cinta?».

—¿Qué ha pasado con tu cinta localizadora?

Tanemura meneó la cabeza en gesto negativo.

—Ni idea. Desde que me la quitaron en los camerinos no he vuelto a saber nada.

—¿Que la llevabas y te la quitaron? ¿Exprofeso?

—Sí.

«¿Por qué? ¿Solo porque el Departamento de Eventos nos entrega a la Pesal? Entonces, ¿por qué no le quitaron también el cable?».

Cuando comenzaban a girar en su interior nuevas sospechas, el coche celular pareció salir de la carretera asfaltada y se oyó el ruido de las ruedas corriendo sobre gravilla. Toga pensó que quizá se tratara de un tramo suelto y que enseguida volverían a estar sobre el asfalto, pero el coche siguió avanzando con el mismo ruido de la gravilla. En un acto reflejo, Toga volvió a cruzarse una mirada con Tanemura. No podía existir un camino semejante entre el Estadio n.º 1 y Toranomon.

Tanemura contrajo el rostro y murmuró:

—Mierda… Esto pinta mal.

Toga permaneció en silencio, con el cuerpo en tensión. Por su cabeza volvieron a circular las cosas que se había estado imaginando antes, pero ahora cobrando visos de acuciante realidad. Las ocho figuras con los rostros tachados en negro. Hombres caídos en un rincón de la historia, carentes de nombre.

Aplastando piedrecillas y ramitas, el coche celular se detuvo. Seguían sin salir del camino sin asfaltar. Toga contenía el aliento y se esforzaba por escuchar, pero ni sentía la presencia de otros vehículos ni de personas. Tenía la impresión de que sí percibía el suave sonido del ramaje de los árboles al agitarse, pero eso acentuaba todavía más la sensación de calma. Tenían que estar en algún lugar alejado de cualquier núcleo de población. Oyó el ruido de una puerta abriéndose en la zona del conductor y después el de una serie de pesados pisotones. Por lo visto, los guardias estaban bajando.

—Mierda… Esto pinta mal —volvió a murmurar Tanemura.

Toga se puso en pie y, dando una patada a la pierna de Ikezaki que obstruía el pasillo, le dijo: «Levanta». Entonces Ikezaki profirió una serie de gemidos y, sin incorporarse, giró el rostro hacia Toga. Se le veía horriblemente magullado. La mejilla derecha estaba hinchada y amoratada por un hematoma que parecía una granada, pero tenía todo el aspecto de que no había sido durante el combate, sino un golpe propinado por la porra eléctrica o el arma de un guardia. Aparte, tenía partidos dos incisivos de la fila superior y los labios empapados de sangre fresca. A pesar de que debía de durarle el efecto de los analgésicos y de los relajantes musculares que le habrían suministrado durante la operación quirúrgica, o quizá precisamente por eso, le habían golpeado como a un salvaje. En el instante en que vio cómo habían dejado el rostro de Ikezaki, a Toga se le heló el corazón y se dijo con profundo pesimismo: «No tenemos ninguna esperanza». Los guardias de seguridad de los centros de formación no hacían cosas como partirles los dientes a luchadores tan selectos que se clasificaban para la Copa Shimojo.

«Por lo visto, el Departamento de Eventos nos ha abandonado por completo. Se cortan la cola para huir, como los lagartos. Antes de entregarnos a la Pesal, sin duda tienen intención de acabar con nosotros por su cuenta. ¿Qué mentira le irán a contar a la Pesal para justificar haber matado por su cuenta a los sospechosos?».

Ikezaki levantó los párpados de improviso. Hasta Toga se sobresaltó al ver su expresión. Parecía que fueran a saltársele los ojos. Ikezaki se llevó enseguida la mano al cuello y, mientras agarraba el cable, profirió un espantoso alarido como si se desgarrara el pecho con él. Casi al mismo tiempo, Tanemura dejó escapar un «aaaagh» de extrañas resonancias. Durante un instante, Toga no supo lo que estaba ocurriendo. Vio que Tanemura, asustado y sorprendido a la vez, también agarraba su cable. Por fin comprendió.

«¡El cable! ¡Les están estrechando el cable! Quieren estrangularnos dentro del coche celular».

Toga se llevó inconscientemente la mano al cuello, pero solo agarró el vacío.

«¡Pues claro…! ¡Yo no llevo el cable! ¡Se olvidaron de ponerme el cable!».

Un repentino grito de alegría brotó en su cerebro, pero al mismo tiempo las caras de Ikezaki y Tanemura estaban tan hinchadas y amoratadas que parecían a punto de explotar, con las arterias de la cabeza y el cuello levantando la piel intentando ofrecer resistencia al inclemente cable.

«Es inútil. Aunque puedan meter los dedos entre medias, el cable seguirá apretando».

A Toga nunca le habían apretado el cable, pero había visto varias veces cómo castigaban con él a otros luchadores. Era totalmente imposible resistir más de treinta segundos. Tanemura e Ikezaki comenzaron a echar espuma por las comisuras de los labios y los ojos delataban que iban perdiendo la consciencia, como si sus almas ya estuvieran volando hacia alguna parte.

«¿Qué puedo hacer? Esa chusma no tardará en entrar».

Toga se llevó de pronto las manos al cuello y comenzó a gritar imitando los movimientos de sus compañeros, revolviéndose en el asiento. Se aferraba el cuello con ambas manos, simulando que intentaba meterse los dedos entre el cable y la piel, pero quizá la gente de fuera, mediante la cámara de vigilancia, se hubiera dado cuenta de que su reacción llegaba unos segundos más tarde que la de los otros dos. Estarían diciendo: «Ah, claro, si nos habíamos olvidado de ponerle el cable a ese sujeto también. Pero mira eso. El famoso gladiador que ganó dos veces seguidas la Copa Shimojo se pone en una situación así a simular que muere. ¡Ja, ja, ja! ¡El tipo este es genial!». Con todo, no le quedaba otra solución. En un rincón de su campo visual vio una pierna de Tanemura en espasmódicas sacudidas con las que hacía sonar los grilletes. Toga decidió imitarlo y se puso él también a sacudir las piernas convulsivamente. Finalmente, le llegó un tenue olor a orina. Tanemura e Ikezaki se habían meado encima. «¡Yo también tengo

que hacer lo mismo!», pensó. Sin embargo, no conseguía orinar. No sabía dónde hacer fuerza. «¿Cómo demonios he hecho hasta ahora para orinar? ¿Es que tengo la vejiga vacía?». Sin embargo, finalmente, consiguió sentir ganas de orinar y después, en torno a la punta del pene, el cosquilleo de la micción. Acto seguido, el tibio líquido comenzó a mojarle la ropa interior. Aguantándose la vergüenza, se repetía mentalmente: «¡Tienes que esperar!».

Unos cuatro o cinco minutos después de que el cable comenzara a entrar en acción, debieron de comprobar por la cámara de vigilancia que los tres luchadores ya estaban inmóviles, porque se oyó el ruido de la puerta del coche celular al abrirse. Toga oyó cómo uno de los guardias decía con disgusto: «Qué mal huele…». Otro guardia le contestó: «Por lo visto cuando es la guillotina también se cagan…». Y un tercero: «Desde luego, hubiera sido mejor hacerlo después de sacarlos afuera».

«Mira que haberse creído que los llevábamos a Toranomon… Aunque tuvieran la fuerza de gorilas, su cerebro era el de un mono. Venga, dejémonos de cháchara y sacadlos de una vez».

Esta última voz le resultaba conocida. Parecía ser el hombre de mirada torva con quien había cruzado algunas palabras en el estadio cuando le llevaban en la camilla. Por la forma de hablar, debía de ser el de mayor rango de todos ellos.

Primero sacaron a Tanemura entre dos de los guardias. Ya estuviera muerto o solo desmayado, la manera en que lo trataron no podía ser más desconsiderada. Ni siquiera como un cadáver, sino como un espantapájaros que fuesen a tirar a un vertedero. Lo agarraron por las perneras del mono y tiraron de él de forma que resbaló del asiento al suelo y después siguieron arrastrándolo hasta fuera.

A continuación, llegó el turno de Toga. Se había desplomado inclinado sobre el asiento para quedar fuera del campo de visión de la cámara y, una vez allí, se había subido el mono hasta arriba para

ocultar la ausencia del cable. Además, se había manchado de saliva los alrededores de la boca para simular que había echado espuma y se había arañado varias veces el cuello con objeto de dejar unos bien visibles arañazos. Con todo, no sabía qué expresión debía adoptar para parecer un hombre estrangulado, así que optó por dejar los ojos entreabiertos sin fuerza y la boca también a medio abrir, con la lengua afuera. Aparte, intentó congelar su rostro en un gesto de sufrimiento y colocar el cuerpo sobre el asiento como si se hubiera hundido en él. Mientras aguardaba, no dejaba de repetirse: «No tienes que hacer fuerza con ninguna parte del cuerpo, aunque la cabeza se golpee contra el suelo, no debes moverte. Te des donde te des, no debes mostrar ninguna reacción. Eres un cadáver. Desde la cabeza hasta los pies. Eres un perfecto cadáver…».

En definitiva, los guardias no se percataron de que un cuerpo anormal se mezclaba entre los otros. Quedaron convencidos de que sacaban de los coches celulares siete cadáveres y no seis cadáveres auténticos y uno falso. Seguramente contribuyó también que les desagradaba hacer un trabajo tan sucio y que, de entrada, no querían poner ni un dedo encima de un selénico por temor al contagio. Así que ni comprobaron el pulso de los cuerpos, ni examinaron sus rostros con detenimiento. Los guardias querían deshacerse de los luchadores muertos tocándolos lo menos posible. Amontonaron los cuerpos de los luchadores junto a los vehículos y la cabeza de Toga fue a caer sobre la entrepierna de Tanemura. Notó cómo la orina que humedecía sus mejillas se iba enfriando con el aire de diciembre.

Aprovechando la oscuridad de la noche, entreabrió los ojos y, moviendo solo el globo ocular, miró a su alrededor. Como sospechaba, lo único que había en aquel paraje era una frondosa arboleda sumida en las tinieblas. Además, parecían estar en medio de la montaña, lejos de todo lugar habitado, por lo que no solo no era Toranomon, sino que ni siquiera se veía una luz que recordase a la ciudad. Aparte de los faros de los coches celulares, los guardias parecían llevar luces en sus cascos, porque de vez en cuando se

veían unos rayos de luz blanquiazulada entre los árboles. De no ser por aquellas luces, la oscuridad sería tal que todo aquel que no padeciese la selenesis no vería nada ni aunque lo tuviera ante sus narices. Sin embargo, Toga podía distinguir entre las negras copas de los árboles el firmamento nocturno y, aunque se hallara casi oculta por el entramado de ramas, también la posición de la luna llena. La situación era completamente desesperada, pero gracias a sentir la presencia de la luna llena, le pareció que en su cerebro nacía un rayo de luz.

Mezclado entre los cadáveres analizó sus posibilidades.

«Seguramente los guardias pretenden cavar una fosa por aquí cerca y enterrarnos a todos. Mejor dicho, por lo visto son tan previsores que el agujero ya está hecho y tres o cuatro guardias se han metido en el bosque pisoteando la hojarasca. Deben de estar ahora a unos quince metros y, alineados de espaldas a aquí, parecen comprobar el hoyo. Pretenden echarnos ahí a los siete para que durmamos juntos y en armonía por toda la eternidad. Ahora la atención de los guardias está centrada en el hoyo, por lo que, puestos a huir, no creo que vaya a encontrar ocasión mejor. Pero el problema son las esposas y los grilletes. Bueno, las esposas no son todavía un gran obstáculo, pero los grilletes sí. Están diseñados con una longitud que permite andar, pero si intento correr, los pies se me atascarán y caeré enseguida. Hasta ahora nunca he intentado en serio romperlos, pero se supone que son lo suficientemente resistentes como para aguantar aunque un selénico en el periodo en torno al plenilunio ponga todas sus energías en liberarse. Por añadidura, basta con que me mueva un poco para que los grilletes hagan con toda seguridad un *chanchanchan* tan escandaloso que debe de llegar hasta el confín del mundo y a los guardias les bastará con ese ruido para encontrarme. Por si fuera poco, estos guardias van armados con fusiles como los de los soldados y si ven que su presa huye, no dudarán en disparar. No sé de quién habrá partido la orden, pero es seguro que, si se les escapa uno solo de los

luchadores, los siguientes que se verán en peligro de muerte serán ellos. Nada más lógico que se lancen ciegamente a matarme».

Mientras Toga optaba por continuar haciéndose el muerto, seguía dándole vueltas a la cabeza en busca de algún plan de fuga, pero la idea anterior de «puestos a huir, mejor ahora» se iba desinflando. Se mirase como se mirase, no tenía ninguna posibilidad de éxito en la fuga. Si todavía fueran solo uno o dos guardias, a lo mejor se podía hacer algo, pero con ocho no podía. Sin embargo, en el cerebro de Toga, comenzó a brotar una idea que se iba abriendo paso, silenciosa como esa luna llena medio oculta por las ramas de los árboles. Solo con pensar en ello estremecía, y consistía en jugárselo todo a una sola carta.

Pasado un tiempo, los guardias devolvieron su atención a los cuerpos tirados de los luchadores. La luz procedente de sus cascos acarició el cuerpo de Toga. Él volvió a repetirse las frases anteriores: «Eres un cadáver, eres un cadáver». Los guardias volvieron a agarrar los cuerpos por los pies para arrastrarlos. Cuando ya se habían llevado tres, llegó el turno de Toga. Entre dos guardias, uno por cada pierna, comenzaron a arrastrarlo hacia el bosque. El que tiraba de la pierna derecha dijo:

—Eh, el tipo este es Toga Uno.

El que tiraba de la izquierda le contestó con tono desabrido:

—¿Y qué pasa por eso?

Y después sucedió el siguiente intercambio:

—Es que yo siempre fui seguidor suyo. Estaba seguro de que conseguiría tres victorias seguidas. Y ahora verlo así...

—Yo era partidario de Wakisaka.

—Ese sí que ha resultado peligroso, ¿eh?

—Mejor no pensar que si esto que si aquello. Nosotros somos unos mandados y basta con que cumplamos las órdenes. Cuanto menos sepamos, mejor.

—Pero...

—¡Cállate ya! A mí tampoco me gusta hacer esto. Te diré una cosa. Cuando hay que hacer un trabajo sucio, siempre hay que

hacerlo en silencio. La vida depende de tu lengua y si te vas de la lengua, te vas de la vida.

Todos los luchadores fueron arrojados a una fosa rectangular. No era demasiado profunda, entre unos sesenta y setenta centímetros, pero sí bastante ancha, hasta el punto de que, aun alineando los siete robustos cuerpos, todavía sobraba algo de sitio. Los guardias hacían su trabajo en silencio. Aunque de vez en cuando cruzaban alguna palabra, lo hacían en serios susurros, como si el bosque tuviera oídos. Dentro del hoyo, Toga ocupaba justo la posición central de los siete, caído boca arriba con Tanemura a un lado y Okubo al otro. Sin embargo, en tal situación no había la menor diferencia en cuanto a quién estaba dónde, puesto que todos se encaminaban a una muerte anónima. Los guardias comenzaron a rellenar el hoyo con sus palas. La negra tierra iba cubriendo sus cuerpos como si fuera el sedimento de la noche. Con cada nueva paletada, se iba borrando un poco de la vida de aquellos siete luchadores. De todos ellos, solo Toga seguía con vida, luchando con el inmenso terror de la noche que se le echaba encima. «Quizá ahora pudiera huir. Si me levanto enseguida y me lanzo entre la arboleda, a lo mejor no pueden encontrarme. No, sin necesidad de hacer eso, si me arrastro y les imploro que me perdonen la vida, igual se muestran indulgentes. ¿Acaso no dijo el tipo de antes que siempre fue mi seguidor?». Una tras otra, cruzaban por su interior ideas a cuál más optimista para luego ir alejándose. Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía una cosa. No debían de darse cuenta de que él seguía vivo. La única solución que le quedaba era resignarse a que lo enterraran vivo, soportar la humillación, el terror.

Finalmente, la tierra comenzó a caer también sobre su rostro. Los terrones de tierra le golpearon los lóbulos de las orejas y algunas piedrecitas se introdujeron en las ranuras. Sintió alguna ramita rozándole los labios y unas hojas secas se le pegaron a la lengua.

«No pierdas la calma. Aguanta. Recuerda al monje Enku, que se enterró él mismo para quedar momificado en vida. Tú puedes hacer

lo mismo. No se trata de convertirte en un muerto, sino en un buda. De renacer».

Mientras aspiraba lentamente las últimas bocanadas de aire, Toga fue siendo enterrado bajo la fría tierra que llovía sobre él.

XIX

La tierra que caía a intervalos le producía una sensación rasposa en la mejilla izquierda y en el cuello. A pesar de ello, la zona en la cara exterior de sus párpados continuaba extrañamente clara y sentía un calor en las rodillas como si le estuvieran quemando moxa encima. ¿De dónde podía provenir esa luminosidad y ese calor si le estaban enterrando en vida en algún bosque desconocido de lo más profundo de las montañas echándole tierra fría? El contacto con la tierra también resultaba extraño. Eran partículas muy finas, punzantes como agujas y tan secas como la arena. No se acumulaban encima de su cuerpo, sino que venían suspendidas en un fuerte viento y después de impactar contra él, se alejaban. Y no solo eso, sino que ahora notaba incluso un agradable bamboleo. Era igual que si su madre lo estuviera acunando entre los brazos, intentando enseñarle el cariño y el calor existentes en este mundo. ¿Por qué experimentaba una sensación tan satisfactoria en el fondo de una fosa excavada en la montaña?

Toga se encontraba entre el sueño y la vigilia acariciando este interrogante cuando alguien le agarró suavemente el hombro izquierdo y le sacudió un poco.

—Eh, despierta. Estamos a punto de llegar a la Ruta Norte.

«Ah, es mi madre. Creo que llevaba muchísimo tiempo sin oír la voz de mi madre. ¿Dónde habrá estado todo este tiempo? Dejándome solo todo este tiempo...».

—Vamos, ya se distingue un poco más allá el Valle de los Gladiadores.

«No, no es mi madre. Es una mujer más joven. No, tampoco, es una niña. Es una voz conocida. Sí, ya caigo, es Motoka. Estoy viajando con Motoka por el desierto lunar. Voy montado en la ballena Mahina y a nuestra espalda brilla un sol abrasador. Vamos en pos de la noche, viajando continuamente hacia el oeste por la Ruta Norte y acabo de empezar un viaje sin fin. Lo que me parecía tierra golpeando mis mejillas por lo visto es la blanca arena que de vez en cuando expulsa Mahina por los agujeros de la nariz. ¿Por qué se me ocurriría una idea tan siniestra como que me estaban enterrando en vida dentro de un bosque? Y que me llevaban en un coche celular con otros luchadores, a los que estrangulaban con un cable y se orinaban encima... Desde luego, qué sueño tan desagradable he tenido».

Toga abrió un poco los ojos y vio que Motoka le estaba mirando. Sus dos grandes ojos entrecerrados, que parecían perlas negras pulidas, le miraban con aire de preocupación. Quizá a causa del suave bamboleo, debía de haberse dormido sobre las rodillas de ella. A juzgar por su rostro o por la tersura de su piel, Motoka tendría catorce o quince años, pero su expresión y comportamiento le daban un aspecto de firmeza y perspicacia más propio de una hermana mayor. Miraba a Toga directamente a los ojos, sin el menor asomo de rubor por el hecho de que un tosco hombretón treintañero se hubiera dormido sobre sus rodillas. Más bien era Toga quien se sentía incómodo ante la situación, así que se apresuró a incorporarse.

—¿Cómo dices? ¿El Valle de los Gladiadores?

—Fíjate bien, esa línea que cruza por ahí delante es la Ruta Norte —dijo Motoka alargando el brazo como si quisiera agarrar el mundo para señalar hacia delante.

Después, moviendo ese brazo hacia la derecha, prosiguió.

—Y lo que se ve allí a la derecha es el Valle de los Gladiadores. La Ruta Norte atraviesa ese valle. Mira, ¿no ves que las otras ballenas van en fila hacia allí?

Bajo aquel firmamento negro como la laca, Mahina descendía hacia allí bordeando una duna y, debajo, ciertamente se veían otras ballenas de diversos tamaños nadando todas hacia la derecha. Al parecer esa era la llamada Ruta Norte. Debía de tener algo menos de cien metros de anchura, y discurría entre filas de ondulantes dunas sin barrancos abruptos formando una gran carretera troncal casi plana de suaves curvas y lecho arenoso, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Desde luego, en vez de ir subiendo y bajando a través de incontables dunas, sin duda resultaba preferible elegir un camino liso, aun cuando pudiera dar algún rodeo, tanto para las ballenas que nadaban como para las personas que montaban en sus lomos.

Tal y como le indicaba Motoka, Toga dirigió la mirada hacia la derecha y comprobó que, en un punto ensartado entre dos grandes dunas, el camino se hacía más estrecho. Cerca de la entrada de ese pasillo había dos grandes objetos alargados a izquierda y derecha, semejantes a pilares de una puerta, y las ballenas pasaban entre ellos como si compitieran en una carrera. Desde lejos, recordaban a estatuas humanas talladas en piedra o algo similar, pero parecían demasiado grandes para que así fuera. Si el cuerpo de las ballenas que nadaban a sus pies medía, pongamos, unos veinte metros de longitud, la altura de las estatuas tenía que sobrepasar limpiamente el doble de esa cifra. Es decir, entre cuarenta y cincuenta metros. No cabía duda de que se trataba de una creación artificial, pero considerando que en ese desierto lunar resultaba imposible permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar, ¿quién y cuándo habría esculpido aquellas enormes estatuas?

—Eso es, lo que hay a la entrada son estatuas de gladiadores —dijo Motoka como contenta de enseñarle.

—¿Por qué hay algo semejante en la Luna?

Motoka negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe. Yo llevo mucho tiempo en la Luna, y no sé la de cientos de veces que he hecho este recorrido, pero antiguamente

no estaban ahí. Un día, de pronto, apareció la primera en ese valle y desde entonces, cada vez que paso hay más.

Cuando Mahina terminó de bajar la duna, las otras ballenas comenzaron a nadar cerca de ella, agitando sus aletas pectorales. Casi todas las ballenas tenían sobre el lomo una pequeña cabaña alargada, igual que la de Mahina, pero también había algunas ballenas más pequeñas, que todavía debían de ser ballenatos, y estas no llevaban nada, e iban nadando al lado de ejemplares más grandes, probablemente sus madres. Las cabañas estaban todas construidas más o menos de la misma manera, pero seguramente cada viajero tenía sus gustos, porque las paredes exteriores estaban pintadas de diferentes colores según los casos, había también ligeras variaciones en los tejados y el número de los asientos en el pescante era muy diverso. En algunas ballenas parecía no haber nadie en los «asientos del cochero», pero por lo general sí estaban ocupados por viajeros de todo tipo. En un caso se trataba de un cincuentón barbudo mirando fijamente al frente; en otro, era una anciana delgada con la vista ausente; allá había un joven corpulento dormitando con los brazos cruzados; más lejos, una bella chica con la tranquilidad suficiente como para leer un libro... También parecía haber parejas de enamorados y familias y es posible que hubiera otros que, como Motoka, acababan de recoger a recién llegados, porque de vez en cuando se veían dos o tres personas montadas. En alguna de las ballenas más grandes, la cabaña era también mayor y viajaban familias de cuatro o más personas. En cambio, lo que no veía eran chicas de la edad de Motoka viajando solas. Ahora Toga se sentaba a su lado, pero si algún día Toga contaba con su propia ballena o se cambiaba a otra, probablemente ella volvería a viajar sola. Seguro que dentro de todos aquellos viajeros Motoka constituía una presencia especial, alguien que emanaba un aura diferente. Confirmando lo que había dicho acerca de que llevaba mucho tiempo en la Luna y desde muy joven, casi todos los viajeros parecían conocerla y cuando, en un gotear incesante, alguien se sumaba a la Ruta Norte, ella agitaba su mano para saludarlo con familiaridad.

Ellos a su vez le devolvían el saludo, pero la manera en que agitaban la mano no era la que usarían para un niño, sino que denotaba el solemne respeto debido a una veterana en la travesía de ballenas.

Por lo visto, a los viajeros les llamaba la atención la presencia de un hombre desconocido sentado junto a Motoka, porque todos echaban miradas de reojo a Toga y, como si quisieran hacerse una idea del recién llegado, le hacían un gesto con la mano, asentían buscando cruzar las miradas o levantaban un pulgar enérgicamente, sin que estuviera muy claro qué querían decir con ello. Un anciano con barba de cabra hizo que su ballena nadara pegada a Mahina y, sacando un megáfono que parecía hecho con piel de algún animal, se dirigió a ellos con voz cascada.

—¿Dónde lo has recogido? —preguntó como si Toga fuera algún perro abandonado.

Motoka tomó también un megáfono que tenía a sus pies y, con voz tan fuerte como la del otro, contestó:

—¡En el norte! ¡En el cementerio de ballenas que hay al norte de aquí!

Según Motoka, aquel anciano también era un viajero veterano que iba buscando recién llegados a los que recoger y, aunque ella nunca había tenido semejante intención, él pretendía competir para ver quién de los dos recogía un mayor número. De hecho, el anciano llevaba detrás de él en la ballena a una mujer de unos cuarenta años y a un niño de unos diez, que mostraba con el orgullo de quien presenta a su hija y su nieto.

Entre unas cosas y otras, llegaron a las cercanías del Valle de los Gladiadores. A la entrada del valle, como si fueran los leones guardianes de un templo, se alzaban las grandes estatuas de dos gladiadores, la una de cara a la otra. Cuanto más se acercaban, más impresionaba su tamaño. Ambas figuran presentaban una coloración gris amarronada y estaban esculpidas en una sola roca, pero aunque su tallado era muy elemental, ciertamente representaban dos gladiadores. La figura de la izquierda portaba un escudo rectangular en una mano y una espada recta en la otra, mientras que la de la

derecha se armaba con un tridente y una red arrojadiza. Sin embargo, lo que más atrajo la vista de Toga fueron sus expresiones. Aunque no muy marcada, ambas lucían una sonrisa. Siendo gladiadores y con armas desnudas en la mano, se suponía que eran hombres obligados a enfrentarse a muerte, pero los rostros de ambos no reflejaban ni fiereza ni el patetismo de su condición, sino que transmitían la satisfacción que habían encontrado al otro lado del cruel destino que llovió sobre ellos.

No obstante, mientras mantenía la vista alzada para contemplar esas sonrisas, el ánimo de Toga se fue ensombreciendo por una nube que no alcanzaba a concretar.

«Sí..., lo había olvidado. Yo también fui en tiempos un gladiador. Pero lo más inexplicable es que yo conozco esas sonrisas. Y no solo las conozco, sino que, antes de llegar a estas tierras, en un mundo diferente, tallé con estas manos una gran cantidad de gladiadores con esa misma sonrisa, ¿no es cierto? ¿Por qué en medio del desierto lunar me encuentro con esas sonrisas que yo mismo tallé? Es más, ¿cómo he llegado yo a este mundo lunar? ¿Cómo es que aparecí tirado dentro de la carcasa de una ballena selenita?».

Tras cruzar entre las dos estatuas, a ambos lados del camino fueron apareciendo otras nuevas, una tras otra, dando la bienvenida con sus majestuosas figuras a la manada de ballenas. Los viajeros cruzaban una y otra vez por este valle, cada mes, y ya debían de estar acostumbrados a su visión, pero todos los que se encontraban en el interior de las cabañas salieron para contemplar con boca abierta y ojos relucientes las filas de inmensos gigantes. Había *murmillos*, *retiarios*, samuráis, *dimachaeri* y demás, pero, aunque tenían rostros y posturas diferentes, la sonrisa que afluía a sus labios parecía manar en todos los casos de la misma fuente. Según Motoka, en este valle se erguían más de doscientas estatuas de gladiadores y todavía seguían aumentando poco a poco. Nadie sabía a ciencia cierta de qué manera esas figuras gigantes aparecían de pronto en el desolado paisaje lunar, pero por lo visto lo que creía la mayoría de la gente es que brotaban abriéndose paso entre la

blanca arena como si fueran juncos. Suena un poco más plausible que creer que llovían del negro firmamento, pero tampoco parecía fácil asentir ante la idea de que bajo el desierto todavía quedaban muchas cosas fuera del alcance del conocimiento humano.

Sin embargo, cuando finalmente llegaron al punto donde ya escaseaban las estatuas, Toga se topó con un panorama ante el que no cabía sino creer en la disparatada idea de que las figuras gigantes brotaban del desierto. El valle configurado por las grandes dunas todavía no había finalizado, pero llegaban ante la que parecía ser la última de las estatuas. A pesar de que los dos centenares largos de figuras anteriores estaban todas formalmente alineadas a ambos lados del camino, por algún motivo esta última era la única que se alzaba en mitad de la Ruta Norte, igual que si anunciara que con eso se acababa la serie. También las ballenas, que nadaban a buen ritmo, sorteaban aquel obstáculo con aire de no comprender por qué estaba ahí esa estatua. Al parecer, a Motoka también le resultó anormal, porque murmuró con expresión desconcertada: «¿Por qué en semejante sitio...?». Además, esa era la única escultura extrañamente baja. Cuando se acercaron, vieron que era una figura solo de cintura para arriba. En otras palabras, que precisamente ahora se encontraba a la mitad del proceso de brotar del desierto. Por lo que decía Motoka, las otras estatuas gigantes también habían surgido así. Primero aparecía la cabeza y, cuando cruzaba por el valle un mes después, la figura ya estaba completa hasta los pies. Pero en ningún caso había visto una estatua que brotase en mitad del camino.

Cuando llegaron frente a aquella última figura, Toga contuvo el aliento sin darse cuenta. Hasta entonces, el resto de las estatuas le habían producido la sensación, en mayor o menor medida, de que se trataba de rostros conocidos, pero, en el caso de esta de cintura para arriba que tenía ahora frente a sus ojos, el *dejà vu* que surgió en su cerebro fue tan marcado que dio a luz la firme convicción de que así era. Sus toscas cejas, su recta y gruesa nariz, los pómulos salientes... Era su propia figura. Idéntica a la que talló Toga de sí

mismo para dejar de recuerdo a Ruka cuando él se disponía a finalizar su vida.

«Un momento. ¿Finalizar mi vida? ¿Por qué iba a finalizar mi vida?».

De pronto le pareció que estaba a punto de recordar algo. La luna llena brillando por encima de su cabeza, los gritos que recorrían el campo de combate, el corpachón de Wakisaka cortándole el paso, el contacto de la espada *tachi* que aferraba, el mortífero y pesado casco con que se cubría...

«¡Ahora recuerdo! ¡Pretendía matar a Hiraku Shimojo con aquel casco! ¿Y qué pasó después? ¿Lo maté? ¿O no lo conseguí?».

De alguna manera, sintió que aquella estatua gigante que él había tallado a su imagen y semejanza conocía la respuesta.

—Para, por favor —dijo Toga inconscientemente—. Haz que Mahina pare, por favor. Esta estatua, esta estatua...

Motoka frunció el ceño confusa.

—¿Parar? ¿Aquí?

—Soy yo. Esta estatua soy yo... Este valle lo he hecho yo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa con esa estatua?

Motoka, aunque parecía no entender lo que sucedía, indicó a Mahina que nadase sorteando a las otras ballenas y se detuviera junto al pecho de la última estatua. Los otros viajeros iban pasando a su lado lanzando desde los lomos miradas de extrañeza mientras se preguntaban qué habría pasado, pero Toga no estaba como para explicaciones. Le había asaltado una repentina impaciencia, y no podía evitar la acuciante sensación de que no podía seguir así, de que tenía que hacer algo cuanto antes.

Con el corazón ardiendo de impaciencia, pasó por encima de la barra del pescante que separaba los asientos y echó a correr por el lomo de Mahina para bajarse acto seguido al terreno de blanca arena. Motoka le siguió pegada a él mientras preguntaba: «Oye, ¿qué sucede? ¿Quieres decir que esta estatua y todas las demás estatuas del valle las has esculpido tú?». Toga, sin ánimo de pararse a contestar, siguió corriendo hacia su estatua gigante y se paró junto

a ella para verla de cerca, alzando la mirada. Aunque solo se veía del ombligo para arriba, la altura hasta el cordón que sujetaba el casco de aquella figura a imagen de Zangetsu debía de ser de unos quince metros. El rostro, aunque no era visible, estaría sonriendo con la mirada puesta en algún punto lejano, pero, por algún motivo, Toga tenía la sensación de que aquellos ojos entrecerrados lo estaban mirando a él. Como si le estuviera diciendo: «Te concederé un único deseo».

Pero, en cualquier caso, ¿tantas rocas gigantes había por ahí rodando en la Luna? Fijándose con detenimiento en esa superficie gris amarronada de las estatuas, se percibía que a todo lo largo de ellas había unos extraños dibujos parecidos a las vetas de la madera. Sobresaltado, Toga se alejó dos o tres pasos de la figura para mirarla con un poco más de perspectiva y vio que en algunos puntos, efectivamente, había zonas más oscuras, como los nudos de la madera.

«¿Será quizá que mis tallas de gladiadores se han fosilizado bajo el suelo lunar y se han convertido en madera petrificada de tamaño gigante?».

Toga, con movimiento temeroso, alargó la mano para tocar la estatua. Al fin y al cabo, la roca era roca, así que no debería de existir mayor problema en tocarla, pero sentía un terror tal al hacerlo como si le fueran a arrancar los dedos de un mordisco. Y ese temor no parecía por completo infundado. En el instante en que su dedo índice tocó la estatua gigante, sucedieron varias cosas simultáneamente. En primer lugar, en la punta del dedo que había entrado en contacto, se originó una especie de adormecimiento que en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una violenta conmoción que fue ascendiendo como una onda por todo el brazo hasta que se extendió por el cuerpo, de la cabeza a los pies. La resonancia de aquel hormigueo a veces se transmitía con un frío gélido y a veces hervía de un modo abrasador, pero, más allá de eso, parecía encerrar una cualidad sagrada. En cualquier caso, produjo en Toga un fuerte mareo que amenazaba con hacerle perder la consciencia, e

incapaz de seguir manteniéndose en pie, se desplomó en el lugar como si le hubieran desaparecido los huesos.

Motoka se apresuró a ir a su lado y a agarrarlo por los hombros. Toga, sujeto entre los brazos de Motoka, vio que también por el cuerpo de la gigantesca estatua se extendían unas ondas que despedían un color blanquiazulado. ¿Cómo podían transmitirse unas ondas similares a los rizos sobre el agua a través de una dura estatua de piedra? Cuando Motoka vio aquello, su rostro acusó una enorme sorpresa y dijo algo, pero sus palabras se vieron borradas por un sonido diferente. En el momento en que el dedo de Toga la tocó, la estatua gigante, como si entrara en resonancia con aquel que fue su modelo y creador, comenzó a emitir una fuerte vibración, similar a la combinación de un juego de timbres y una campana que se hicieran sonar al unísono. Aunque era un sonido pesado, que parecía agarrar las tripas y sacudirlas, al mismo tiempo poseía el tono cantarín de la tersura del metal pulido. Era un sonido tan tremendo que reverberó por toda la superficie lunar sin dejar resquicio alguno y que, posiblemente, hizo temblar cada uno de sus granos de arena.

Motoka, mientras seguía abrazando por los hombros al caído Toga, le miraba con expresión desesperada y le gritaba algo.

A Toga le pareció distinguir unas palabras entrecortadas: «Tú... todavía no puedes... venirte a vivir a la Luna». «Vuelve al otro mundo... El camino ya se ha abierto. Y, alguna vez, podrás de nuevo...».

Mientras Toga oía aquellas palabras, la estatua gigante a imagen suya continuaba haciendo temblar la tierra alrededor y se iba achicando. Primero desapareció el pecho, luego los hombros, luego el cuello, después el rostro... La estatua se iba hundiendo en la blanca arena levantando una enorme polvareda, volviendo a las profundidades de donde había brotado. A la vez que se hundía, la arena a su alrededor iba siendo arrastrada, de manera que se formó una especie de cuenco. Toga se sintió incapaz de hacer fuerza y, tumbado bocarriba, iba siendo arrastrado hacia el fondo del cuenco

de arena sin poder hacer nada por evitarlo. Motoka, dándose cuenta del peligro, soltó el cuerpo de Toga y, a toda prisa, remontó la pendiente de arena que se iba desmoronando hacia abajo. Después, fue retrocediendo hacia Mahina con expresión de amargura, probablemente por la frustración que le causaba no haber podido salvar a Toga. Finalmente, cuando hasta el casco de la estatua desapareció bajo la arena, en el fondo de aquel cuenco se veía un gran agujero de unos diez metros de diámetro similar a una boca abierta. Se diría que alguien le había quitado el tapón al desierto y que en aquel agujero no podían penetrar ni siquiera los abrasadores rayos de sol. Era simplemente un enorme agujero, completo en la más absoluta negrura. Cuando Motoka subió por el costado de Mahina hasta situarse en los asientos del cochero, la ballena se alejó enseguida de aquel cuenco de arena y, reuniéndose con sus espantadas compañeras, comenzó a nadar temerosa por los alrededores.

En cuanto a Toga, simplemente fue cayendo hacia el interior del cuenco arrastrado por la arena.

«¿Que todavía no puedo venir a vivir a la Luna? ¿Que se ha abierto el camino para volver al otro mundo? ¿Cuál es el otro mundo? Creo que estoy a punto de recordarlo... Seguro que es un lugar oscuro. Oscuro, húmedo, con olor a muerte...».

El hormigueo adormecedor del cuerpo se le iba pasando y comenzó a hacer unos torpes movimientos, como un muñeco al que le acaban de insuflar alma, pero ya era demasiado tarde. Se agarró al borde del agujero con las uñas, pero le caía encima una gran cantidad de arena y la mitad del cuerpo ya colgaba sobre las tinieblas. Cuando pataleó, sus piernas solo tocaron el vacío. Extrañamente, apenas sentía miedo, pero tampoco podía dejar de resistirse al verse ante un agujero de carácter desconocido. Sentía que era como agarrarse a un puñado de hierbas, pero al final no le quedó ni eso y cayó hacia el negro abismo junto con la arena a la que se aferraba. En su mente continuaba repitiéndose la misma pregunta:

«¿Cuál es el otro mundo?».

XX

En medio de una oscuridad absoluta, Toga, sin poder respirar ni una bocanada de aire, se revolvía y revolvía con todas sus fuerzas. Cuando, poco después, la pesada oscuridad que lo envolvía comenzó a desmoronarse, las manos sujetas por los grilletes abrieron por fin un agujero por el que entró el aire, alcanzando el otro mundo. En el instante en que el aire rodeó ambas manos una inmensa esperanza similar a un rayo que ilumina la noche atravesó su alma y, poniendo todo su cuerpo y alma en ello, se incorporó. Sobre la tierra cubierta de espesa hojarasca apareció una cabeza llena de tierra. Verdaderamente, era como un brote de invierno, lo que significaba su nombre. Mientras escupía la suciedad que le había entrado en la boca, respiró el aire a bocanadas haciendo un fuerte ruido con la garganta. Una vez que llenó el pecho a gusto con ese aire que llevaba tanto tiempo sin respirar, Toga salió lentamente del agujero y se tumbó sobre la hojarasca. Sentía un hormigueo por toda la piel y el cuerpo se le había enfriado hasta la médula. El salvaje temblor que le sacudía todos los huesos no cesaba. Cuando el hormigueo remitió un poco, pareció como si la sangre comenzase a bullir y una sensación indescriptible corrió por toda su piel. Durante un tiempo, se retorció de dolor entre alaridos. Sin embargo, en un rincón de su cabeza, recordó aquellas imágenes que había visto hacía tiempo de gente que torturaba a los selénicos.

«Ahora que recuerdo, aquellos pobres selénicos a los que unos terroristas enterraban vivos después aparecían temblando entre convulsiones y aullando de dolor cuando los desenterraban, ¿no?».

Pasado un tiempo, los intensos temblores superaron su clímax y la piel recuperó la sensación táctil. Aun así, las puntas de los dedos de las manos y de los pies continuaban frías y no parecía que fuera cuestión de poco tiempo. Tumbado bocarriba, juntó sobre el pecho las manos unidas por las esposas, como si estuviera rezando y, todavía con respiración jadeante, se quedó mirando al cielo. Entre los resquicios de las peladas ramas de invierno, vio un límpido cielo azul oscuro en el que no flotaba ni una nube. ¿Sería el azul oscuro previo al amanecer o el que sucede al atardecer? Aquellos malditos guardias le habían enterrado vivo el dieciocho de diciembre, noche de plenilunio, así que ya debía de ser el día diecinueve. En cualquier caso, no cabía duda de que era medianoche. Tras un tiempo con la vista en el firmamento, aquel color azul se oscureció todavía más. No estaba a punto de amanecer. El sol se acababa de poner.

«Dentro de poco, aparecerá por el este la luna de la decimosexta noche. ¿O será que llevo varios días bajo la tierra y lo que voy a ver es una luna mucho más adelgazada que asciende como titubeante y con retraso?».

Tumbado de espaldas, una tranquila risa insonora brotó del fondo de su estómago y le hizo cosquillas en la garganta. No había necesidad de que nadie escuchara aquella risa, ni tampoco se la iba a arrebatar nadie. Se reía para sí mismo, con una risa dedicada a entonar su propio destino, una risa pequeña y, por eso mismo, una risa perfecta. Tirado en el bosque de alguna montaña desconocida, Toga continuó durante un tiempo retorciéndose de risa.

«Escúchame, mundo, sigo con vida. He ganado. He apostado y he ganado. Oídme, poderosos, os he ganado».

De pronto, se le aclararon los cinco sentidos y fue capaz de percibir la curvatura de cada rama, el susurro de cada hoja e incluso el arrastre de cada insecto. Era la visión límite. Por fin la visión límite volvía a él. ¿Alguna vez en toda su vida habría sentido una libertad tan intensa?

«Todo el mundo pensará que he muerto. O terminarán por pensarlo. Toga Uno ha muerto. Fracasó en matar a Hiraku Shimojo y

los conspiradores acabaron con él como con un perro callejero. Pero sigo vivo. Me he quitado el cascarón de Toga Uno, me he quedado con el alma desnuda. Extiendo mis alas y, junto a esta fosa funeraria, comienzo mi nueva vida. Ya no hay vallas en torno mío. Ahora, ni tengo un cable en torno al cuello, ni una cinta localizadora alrededor del tobillo. Todavía llevo puestas las esposas y los grilletes, pero conseguiré quitármelos de alguna forma. Pensando en los tres años y nueve meses que he pasado de vida de selénico, seguro que podré sobrevivir de alguna manera. Al igual que hizo Enku, puedo vagar por campos y montañas o, como Nabucodonosor, puedo vivir alimentándome de hierba».

Según pasaba el tiempo de cara a ese cielo que se iba oscureciendo a cada segundo, de pronto se acordó de Ruka o, para ser más exactos, del olor de Ruka. Cuando miraba en torno suyo, solo veía una arboleda de frío aspecto con todas las hojas caídas, pero sin duda era un auténtico bosque. La primera vez que Ruka acudió a la habitación de Toga en calidad de mujer medalla, él le dijo que su cuerpo emanaba un olor agradable. Y cuando ella le preguntó qué clase de olor, le contestó sin más que olor a bosque. Pero ahora que se encontraba en medio de algún bosque de un lugar desconocido, el olfato de Toga, que debería estar más aguzado que nunca, se embotaba por el olor a tierra que salía de su propio cuerpo y no podía captar ningún olor que le recordase a Ruka. El olor de Ruka, si no se equivocaba, era un tanto amargo, pero no era denso, sino que transmitía sensación de frescura, de juventud. Si el olor de la tierra era turbio y pesado, el de Ruka era ligero, luminoso, y hacía pensar en una fresca brisa o en los rayos de sol que se filtran entre las ramas. Pensó que en ese bosque no estaba Ruka. Con toda seguridad, el bosque de Ruka era el característico de primeros de verano, un bosque cegador donde crecían profusamente las verdes hojitas nuevas.

Al pensar en Ruka, se debilitó un tanto la excitación anterior que le hacía sentirse en el cielo y le sobrevino una punzante sensación de soledad, combinada con el frío aire de diciembre que

se filtraba entre las ramas adhiriéndose a su piel. Pero no por eso cambiaba lo que debía hacer. Tenía que sobrevivir. Vivir todo lo que pudiera vivir. Puesto que en adelante ya no podría recibir el suministro de fármaco contra la lucidez durmiente, a partir de ahora su vida se vería amenazada cada vez que llegase el periodo en torno a la luna nueva.

«Seguramente me quedarán como mucho dos o tres años de vida, pero si puedo vivir ese tiempo sin ataduras, como un selénico libre, haciendo lo que me plazca, podré considerar que he vencido».

El sol ya se había puesto por completo y el denso cielo de la noche se extendía por encima de las copas de los árboles. Toga se puso por fin en pie y miró de hito en hito la fosa que estuvo a punto de convertirse en su último lecho. Le pareció que la oscuridad del fondo de aquel hoyo enlazaba todavía con aquel enigmático sueño en el que se encontraba hasta hacía poco. El sueño de Motoka y Mahina, la ballena selenita. Después del combate de la final del torneo, cuando le metieron en el aparato de reconocimiento múltiple, se adentró en un sueño de gran realismo como los que se tienen durante el periodo de lucidez durmiente, y este de antes, también muy detallado, era, se mirase como se mirase, la continuación del anterior. Se sentía totalmente como si el mundo del otro lado fuera el auténtico, haciendo que este de ahora se rebajase a la condición de mero sueño. El mundo lunar que había visto en sueños tampoco suponía, en modo alguno, un paraíso para los selénicos, pero tanto los viajeros de allí como las ballenas que montaban rebosaban una vitalidad refrescante, carente de turbiedad. ¡Qué energía la de aquella mirada de Motoka! Todavía conservaba en el fondo de sus oídos las palabras que ella le gritó. «Alguna vez podrás de nuevo…». ¿Qué era lo que había intentado decirle a continuación? ¿Vendrás otra vez? ¿Nos volveremos a encontrar? Y si así fuera, ¿cuándo? Si ahora volvía a acostarse dentro de aquel hoyo y se dormía, ¿se despertaría una vez más en aquel mundo lunar?

Sin embargo, en cualquier caso, antes que eso tenía una obligación que cumplir. Toga se arrodilló y, con las manos esposadas, volvió a excavar en la tierra. El primer cuerpo que sacó fue el de Ando, del Centro de Formación n.º 6. Lo tocara donde lo tocara, estaba rígido como un palo, y supo que ya había comenzado el *rigor mortis*. Le tocó las muñecas, pero no tenía pulso y aunque puso el oído contra su corazón, tampoco oyó pulsación alguna. Después le puso la mano sobre la boca, pero como se temía, no encontró ni aliento ni calor. Le abrió la pechera del mono y vio el cable fuertemente apretado en torno al grueso cuello, con los rasguños a su alrededor de cuando se lo había intentado quitar. Con algo así, el flujo sanguíneo hacia el cerebro se cortaría por completo y por mucho que se tratara de un selénico en el periodo en torno al plenilunio, no aguantaría más de un par de minutos. Aun cuando a estas alturas consiguiera cortarle el cable, no iba a resucitar. Si los guardias no se molestaron en verificar la muerte de los luchadores, probablemente fue porque sabían que, si se les estrangulaba con el cable, morirían con toda certeza, aun cuando fueran selénicos. Desenterró también los otros cuerpos, pero al igual que Ando, ya no quedaba en ellos ni el menor rastro de vida.

Toga se obligó a contemplar detenidamente los rostros manchados de tierra de sus seis compañeros y se los grabó en la memoria. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los seis tenían la boca abierta de cara al cielo. La mandíbula no se les cerraba. Toga había oído que aquellos que se quedaban con una frase pendiente, morían con la boca abierta. Obviamente, a estos les habría gustado decir algo en el último momento. Pero lo que tenían que decir no era tan pequeño como para que hubiese podido pasar por su garganta y salir al exterior. En el silencio de la noche que envolvía el bosque, resonó el eco de los seis gritos de muerte que no llegaban a ser gritos. Toga cerró los ojos, juntó las manos y rezó por el descanso de sus almas.

«Quizá también estos seis estén siendo ahora recogidos por alguien en aquel blanco desierto y se dispongan a comenzar su viaje

a lomos de una ballena». Durante un tiempo, Toga permaneció perdido en esa clase de ensoñaciones. Cuando terminó de rezar, volvió a enterrar los cuerpos como estaban y después esparció por encima hojas caídas de manera que ocultaran la fosa. Sin embargo, después pensó que entonces la muerte de esos seis quedaría impune para siempre y que incluso él, solo con apartar la vista un momento, ya no podría volver a encontrar la fosa, así que se apresuró a apartar las hojas otra vez. Acto seguido, dio unas vueltas por los alrededores recogiendo unas piedras que le parecieron adecuadas y, a modo de señal, las colocó en forma de montañita. Se dice que si se hacen montoncitos de piedras junto al río que separa el mundo de los muertos, llegan los demonios y los patean, pero seguro que esos demonios que torturaron a los gladiadores no volverían a aparecer por el lugar.

Toga alzó de repente la mirada al cielo y vio que, más allá del entramado de ramas de las copas de los árboles, lucía una luna que ya había adelgazado un poco desde el plenilunio. Estaba teñida de un tono cobrizo oscuro, como si le hubiera afectado la desgracia de la que fue testigo la noche pasada. Probablemente era la luna de la decimosexta noche. Bajo la luz de esa luna de la decimosexta noche que entraba por la ventana de su habitación, había amado multitud de veces a Ruka, con los cuerpos de ambos ardiendo de ansiedad. Desde que se acostó con ella la primera vez, había vivido solo para repetir ese clímax, como si no existiera otra cosa en este mundo. Ni sabía la de veces que había pensado: «Ah, si todas las noches fueran la de la decimosexta luna; ah, si el mundo fuera eternamente la decimosexta noche». Su piel todavía recordaba el suave tacto del cuerpo de Ruka y lo recreaba silenciosamente. Con hambre de ella, con el dolor de su pérdida.

Toga juntó sus manos en un último rezo y, haciendo sonar sus esposas y grilletes, fue bajando por la pendiente de la montaña de cara a la luna, sin saber a dónde se dirigía. Tenía la garganta horriblemente seca y también sentía hambre. Sus heridas no habían terminado de curarse y de vez en cuando volvían a asaltarle los

temblores. Sin embargo, quizá como un regalo de los rayos de luna que le bañaban, como una bestia que tenía que sobrevivir en las montañas, sentía circular la sangre con fuerza por su interior y en ningún momento le invadió la preocupación.

Tras un tiempo andando, comenzó a fijarse en las ramas caídas o en los trozos de madera semiocultos por la hojarasca. De tanto en tanto, recogía alguno que le llamara la atención y se ponía a recrear mentalmente la imagen que la madera albergaba en su interior. Decidió que, una vez que consiguiese algo de comer y rompiera las esposas y grilletes con una roca o con lo que fuera, el siguiente paso sería buscar algún instrumento cortante. Con el descenso de población, por las montañas de todo Japón abundaban las casas abandonadas en aldeas no menos abandonadas que se iban desmoronando, pero conservaban restos de su vida anterior. Seguro que algún cuchillo o macheta sería fácil de encontrar. Primero debía hacer la talla de Wakisaka. «La talla de ese Wakisaka que murió en mi lugar». Después, por supuesto, las de los otros seis. Pero ¿qué haría cuando hubiese terminado de tallar las figuras de los gladiadores? No tenía por qué preocuparse. Había madera por todas partes. De todas clases. La madera le diría qué es lo que tenía que tallar.

De pronto el bosque se acabó, como si los bichos hubieran devorado los árboles y apareció ante él sin ninguna barrera la desnuda luna de la decimosexta noche. Ya se había desprendido del funesto tono rojizo anterior y ahora relucía con aspecto húmedo, pareciendo apuntar directamente al corazón de ese Toga que ya era libre. Como si le dijera: «Eres mi hijo». Cuanto más miraba la luna, más grande la veía y tuvo la impresión de que podía distinguir difusamente el conejo lunar brincando entre la polvareda de arena que levantaban las manadas de ballenas selenitas.

XXI

Desde que era muy joven, Hiraku Shimojo decía que uno de sus personajes históricos más admirados era Oda Nobunaga; que sentía envidia de su sobresaliente condición de ser más amado que nadie y más odiado que nadie. Para alguien que abraza una inmensa ambición, el amor y el odio no son dos cosas contrapuestas. Son un delicioso licor que combina luces y sombras en una misma copa.

En la película *El autócrata*, que se estrenó en el año 2058 levantando un gran revuelo, hay una escena en la que Shimojo llama a Hayao Himura, director general de la Pesal, a su villa oficial de las afueras de la ciudad y, con el exaltado tono de voz que le caracterizaba, le dice:

—Lo que importa es una sola cosa, la ambición. Si la ambición así me lo exige, me puedo convertir en una buena persona o en una mala. Puedo ser un redentor o un genocida.

Himura, levantándose un poco las gafas por el puente de la nariz, asiente y contesta:

—Entiendo… La ambición no elige el camino, solo el punto de destino. Eso es lo que quiere decir, ¿no?

Después, el diálogo discurre así:

—Eso mismo.

—Pero ¿se puede saber cuál es el punto de destino de su ambición, señor primer ministro?

—Se trate de mí o se trate de otro, el punto de destino de la ambición humana siempre es el mismo. La eternidad, querido director general… Lo que no soporto es que exista gente a la que le

resulto indiferente. Ya me quieran o me odien, todo japonés debe pensar en mí. Tienen que pensar en mí, en todo momento. Por supuesto que yo soy un ser humano con una vida limitada. No puedo vivir eternamente. Sin embargo, gracias a que las siguientes generaciones seguirán queriéndome u odiándome, pensando en mí, seré eterno. Esa es la manera en que los seres humanos podemos alcanzar la eternidad.

Himura, con expresión de haber quedado admirado ante sus palabras, elogia la idea e incluso parece a punto de llorar de emoción, pero en el coche de vuelta se quita las gafas y, mientras frota los cristales, murmura su verdadera opinión:

—Y si tú eres eterno, quien te mate sin duda también lo será.

Este diálogo que tiene lugar en la segunda residencia oficial del primer ministro no es por completo fruto de la imaginación del guionista, sino que figuraba en el diario atribuido a Himura que se encontró tras su muerte en un terminal aislado y consta como un incidente del ocho de septiembre de 2049. Actualmente, todo el contenido de ese diario se halla disponible al público, pero la opinión de que es falso o que las fechas son inventadas está muy arraigada. Ciertamente, el contenido parece bastante próximo a la realidad, pero esas personas sostienen que, de entrada, alguien con una memoria tan excelente como Himura no tenía ninguna necesidad de escribir un diario. Es una opinión harto razonable, pero el contenido de un diario no necesariamente tiene por objeto el recordar las cosas. El comentario de que «quien te mate sin duda también lo será» no procede del diario y sí es un arreglo de guion, pero quizá Himura escribiera lo que oía y veía buscando dotar de carne y hueso a su figura para entrar él también a formar parte de los que alcanzaban la eternidad. En cualquier caso, por supuesto que Himura, sin necesidad de haber escrito un diario, grabó su nombre en la historia de las conspiraciones del Japón del siglo XXI por ser la principal mano oculta tras el atentado mortal contra Hiraku Shimojo, que luego sería conocido como «el atentado del estadio de competiciones».

Como es natural, varias cámaras captaron el momento del asesinato de Shimojo. Durante la ceremonia de los premios, el perpetrador del atentado, Hideto Wakisaka, se hallaba a unos diez metros al norte del centro del campo, mirando hacia el sur. Ya no tenía consigo la red y el tridente, pero llevaba el casco bajo la axila izquierda. El casco cargado con el explosivo preparado por Metal Ace, la empresa de fabricación de artículos metálicos. Acabado el combate de la final, Wakisaka fue tratado de emergencia de sus heridas y apareció bajo los focos con el pecho y el vientre cubiertos por varias cintas medicinales de color carne, cruzadas en todas direcciones, como serpenteando sobre la piel. Toga le había infligido bastantes heridas con su *tachi*, por lo que no debía de encontrarse en plenas facultades, pero el rostro que se veía a gran tamaño en los monitores reflejaba una felicidad tal que se diría que estaba en el paraíso. Su fiera expresión había desaparecido y tampoco presentaba ni una brizna del maquiavelismo que seguramente aflora en los terroristas a punto de cometer un asesinato. Su entrecejo carecía de arrugas de preocupación, su mirada parecía un tanto lejana y en los labios lucía una sonrisa que incluso podía calificarse de pacífica, como si el hecho de convertirse en el único campeón que había ganado tres veces el torneo le produjera una sana alegría que dulcificara al instante la salvaje expresión natural en Wakisaka.

En el centro del campo se había armado un estrado temporal de diez metros de ancho por cinco de fondo y sobre él se alineaban nueve sillas. La del centro se destinaba a Shimojo y era la de respaldo más alto, imponente como un trono. Justo detrás de ella, a ambos lados, había dos corpulentos guardaespaldas de expresión adusta, vestidos de negro. Los monitores reflejaban también de vez en cuando el rostro de Shimojo en primer plano. Ya era noche cerrada, a punto de cambiar la fecha, pero la vitalidad de Shimojo parecía no decaer y la sonrisa de su rostro hacía pensar que no se moriría ni aunque lo mataran. El resto de los que ocupaban la tarima eran el hijo segundo de Shimojo, Gen; la hija mayor, Sachi; la tercera hija, Aika; su esposo, Naomichi Tomita; el cuarto hijo, Kaito;

el ministro de Finanzas, Koei Nagahara; el director del Departamento de Eventos, Yoshitaka Shirao; y el jefe mayor del Ejército de Guardias de Salvación Nacional.

El detalle más importante de todos es que entre esos nueve nombres no figuraba el de Himura. Desde que fue nombrado director general de la Policía Especial de Salvación Nacional, Himura siempre había estado sin falta en la tribuna de autoridades de la Copa Shimojo, pero solo había bajado a la arena dos veces durante la ceremonia de los premios. La razón que aducía Himura es que los miembros de una policía secreta, aun cuando se tratara del jefe, tenían que estar fundamentalmente entre bastidores. Así que como ya había fabricado en su entorno la imagen de que él no bajaba a la arena, a nadie le extrañó que en la copa Shimojo del año 2051 no hubiera un asiento para él en la tarima. Quizá se tratara de una estrategia forjada a lo largo de los años con la vista puesta en el lejano objetivo del atentado del estadio o quizá simplemente decidiera aprovechar la situación creada, pero la única forma de conocer hoy día la verdad al respecto sería recurrir a un espiritista.

Según aquel diario, al parecer Himura le aconsejó varias a Shimojo dejar de bajar a la arena. Le explicó que, tratándose de la tribuna de autoridades, el cristal especial que la rodeaba enseguida detectaba si un láser estaba apuntando y accionaba sus capacidades defensivas, pero en el caso del cristal blindado que separaba las gradas del público y la arena, no era así. Sin embargo, Shimojo se reía y contestaba: «De por sí, se supone que es su trabajo evitar que alguien meta armas aquí, señor director general». La seguridad de los estadios de competiciones, básicamente, era competencia del Ejército de Guardias de Salvación Nacional, pero quien investigaba acerca de los miembros del partido que se sentaban en las gradas era la Pesal. Por tanto, no podían desentenderse del asunto y, además, la Pesal tenía muchos agentes de incógnito mezclados entre el público, siempre atentos a cualquier comportamiento extraño. Pero, por supuesto, la aguja venenosa no se ocultaba entre los

espectadores, sino que estaba de pie en la arena a la vista de todo el mundo.

A espaldas de Wakisaka, un grupo de guerreros de roja armadura creados por holograma portaban lanzas y escudos, alineándose formalmente para mostrar al ganador como el victorioso general de un ejército. Sobre sus cabezas, una bandada de águilas en colores oro y plata, también creadas con hologramas, sostenían entre sus garras grandes y coloridas pancartas con frases de este cariz: «¡Nace el mayor campeón, el nuevo rey! ¡Wakisaka "Acala" Hideto!» o «¡Lo nunca visto! ¡Primera vez en la historia! ¡Tres veces campeón!». Las águilas revoloteaban majestuosas soltando una lluvia de confeti multicolor. Sonaba el cuarto movimiento de la quinta sinfonía de Salvación Nacional, *Indestructible*, escrita por el equipo de compositores del partido. Acompasándose al vigoroso ritmo de su *allegro*, los guerreros golpeaban el suelo con la base de sus lanzas, produciendo la alucinación de que el suelo vibraba con el repiqueteo.

Cuando todo el estadio de competiciones alcanzó el deslumbrante clímax con los últimos acordes de la sinfonía, Shimojo se puso en pie ampulosamente, avanzó unos pasos y, con aires de grandeza, posó ambas manos sobre el atril. Los otros ocho que se sentaban en la tarima se pusieron en pie también, en señal de respeto hacia él. Los espectadores que inundaban las gradas guardaron silencio y tragaron saliva todos a un tiempo, como si se tratara de un único animal. Shimojo movió la cabeza con suficiencia, recorriendo las gradas con la vista. A pesar de que Shimojo estaba de pie en un punto más bajo que las gradas, la sonrisa de soberbia que lucía su rostro producía la impresión de que miraba a los miembros del partido de arriba abajo. Como de costumbre, hizo una larga pausa para darse importancia y concentrar al máximo posible la atención del público.

—Esta noche, ustedes que se hallan hoy aquí son realmente afortunados —comenzó.

Y, después de otra larga pausa, prosiguió.

—Esta noche, ustedes han asistido con sus propios ojos al nacimiento de un héroe extraordinario. El nombre de ese héroe es Hideto «Acala» Wakisaka. Este hombre que está ahora frente a todos ustedes.

Al llegar ahí, alargó la mano izquierda hacia Wakisaka.

—Es un guerrero de nacimiento. Resulta sorprendente que existan en el mundo hombres como él. Él siempre ha repetido lo mismo: que vive para jugarse la vida en la arena, que está dispuesto a regar la arena con su sangre y que ese es el lugar donde morirá. Su vida demuestra que en todo momento se ha mantenido fiel a este principio, sin desviarse un milímetro. Todos los seres humanos nacemos con infinitas posibilidades de encaminar nuestra vida, pero solo aquellos capaces de concentrarse en un punto de ese inmenso abanico de opciones pueden llegar a realizar una tarea realmente grandiosa, como él ha demostrado.

La distancia entre Wakisaka y Shimojo era de menos de diez metros. Hasta entonces, Wakisaka no había movido ni un músculo, permaneciendo con la vista alzada hacia Shimojo, que hablaba en la tarima. Parecía estar escuchando atentamente ese discurso a base de palabras laudatorias, pero, a la mitad, alargó la mano para cambiarse el casco lentamente del lado izquierdo al derecho.

Wakisaka continuaba sonriendo, sin la menor sombra que nublase su rostro y el movimiento que hizo no parecía sino una forma natural e inofensiva de colocar el casco en una mejor posición.

—«Si sigo este camino, quizá pueda convertirme en esto; si sigo aquel camino, quizá pueda convertirme en aquello». La gente que piensa así, al final, termina su vida sin haber conseguido nada. Solo aquellos que viven con la convicción de que determinado camino es el único para ellos pueden llegar a conseguir cualquier cosa que se propongan y grabar su nombre en la historia. ¡Ahora es uno de esos momentos! ¡En este lugar! ¡Él! ¡El magnífico guerrero! ¡Hideto «Acala» Wakisaka!

Sin embargo, a partir de aquí, los movimientos de Wakisaka comenzaron a ser un tanto extraños. Se colocó el casco delante del vientre, con la parte interior apuntando hacia delante. A ambos lados del estrado había guardias de rostro severo con ametralladoras cortas, que alzaron sus armas por si acaso. Sin embargo, no sucedía nada. No aparecía ningún arma dentro del casco ni tampoco una granada de mano. El casco estaba vacío. Por supuesto, así debía ser. También Shimojo, durante un instante, frunció el entrecejo como extrañado, pero por su buen instinto como orador decidió que de momento tenía que decir las últimas palabras que tenía preparadas.

—¡Y se ha convertido en parte de la historia!

Shimojo extendió los brazos teatralmente, como si quisiera abrazar el mundo entre ellos, dando final a su discurso. Lo normal era que en ese momento estallara toda la audiencia en aplausos. Sin embargo, eso no fue lo que sucedió. Una fracción de segundo antes de que comenzaran los aplausos, el hombre que se había convertido en parte de la historia realmente cambió el devenir de la historia con lo que tenía entre las manos. Del casco de Wakisaka brotaron dos cuernos curvados como los de un buey y él pareció toquetear la base del que tenía a su derecha. Al instante siguiente, se formó una polvareda de color terroso frente al estrado y un tremendo fragor retumbó por todo el campo. El corpachón de Wakisaka salió despedido hacia atrás como si alguien tirase de él. Shimojo, junto con el estrado, pareció flotar un instante en el aire. Los otros ocho que se sentaban a su lado cayeron hacia atrás junto con sus sillas y más de uno acabó rodando por la arena. Los dos guardaespaldas del estrado también se cayeron, y a duras penas evitaron precipitarse hacia la arena; uno de ellos incluso reunió el suficiente ánimo como para acercarse arrastrándose a Shimojo, con objeto de salvarle. Shimojo estaba caído bocarriba en la tarima, totalmente inmóvil. La onda expansiva de la explosión había sido frenada en su casi totalidad por la tarima, pero su rostro estaba sucio por la polvareda que levantó la explosión y su pelo canoso erizado por el violento golpe de aire. Además, como, acorde con el plan, debía de haber

penetrado en su cuerpo el *gemchuga*: en la frente, las mejillas, la garganta o el pecho presentaba varias hemorragias. Los dos vigilantes que estaban a ambos lados del estrado por fin dispararon a un tiempo sus ametralladoras, convirtiendo en un colador el cuerpo caído de Wakisaka, pero ya era demasiado tarde.

A juzgar por lo que se veía en las imágenes, el momento tampoco encerró excesivo dramatismo. Si uno piensa en los veinticuatro años de su tiránico régimen, el final parece demasiado sencillo. A diferencia de las películas, no se podía contemplar a cámara lenta, ni hubo nadie que se diera cuenta un instante antes de las intenciones de Wakisaka y comenzara a gritar. Tampoco hubo un momento en que Wakisaka fuera sujetado por los guardias, sino que simplemente le dio la vuelta al casco y provocó la explosión. El rostro de Wakisaka mientras realizaba esa serie de movimientos ni encerraba la firme determinación de quien va a morir en una acción suicida ni se hallaba rígido por la tensión. Sonreía con el aire distendido de un mago que se saca una paloma de la chistera. Es difícil saber cómo se sentía Wakisaka. ¿Realmente puede alguien morir con una sonrisa como la que lucía Wakisaka? Hay quien dice que inmediatamente antes de la ceremonia de los premios tomó algún fármaco para amortiguar el temor a la muerte, pero no se sabe con certeza. Uno de los drones del campo tomó unas imágenes del rostro de Wakisaka ensangrentado y caído bocarriba. Se cree que ya había perdido la consciencia, pero aun así el último aliento de su vida lo había concentrado en sonreír. Se dice que quien ríe el último ríe mejor y si eso es cierto, Hideto Wakisaka fue, sin duda, quien rio como triunfador.

¿Y qué decir en cuanto a la reacción en las gradas? Los espectadores no entendieron lo que estaba sucediendo y se quedaron congelados sin más en sus asientos, esperando a ver cómo evolucionaba la situación. Quizá alguno pensara que se trataba de un nuevo artificio para dar más color a la ceremonia de los premios, pero la mayoría de los miembros del partido se quedaron con el pensamiento cortocircuitado, clavados en sus asientos con la

boca abierta. Pasado un tiempo, cuando el humo comenzó a dispersarse, se dieron cuenta de que todas aquellas figuras celestiales que estaban en la tarima habían sido derribadas por la onda expansiva sin excepción, y que se encontraban caídas de espaldas. ¡Incluyendo al primer ministro! Por el cerebro de los quince mil miembros del partido asistentes, cruzó al instante una única flecha. Y en esa flecha venía escrito lo siguiente: «¿A lo mejor el primer ministro ha muerto? ¿Ese Hiraku Shimojo que parecía inmortal?». Todos los miembros del partido presentes pensaban que eran una gota de la sangre, un pellizco de la carne, unas virutas de los huesos de ese gigante que era el Partido de Salvación Nacional, pero ante sus ojos acababa de caer la cabeza de ese gigante.

Desde el fondo de la tierra ascendió un gigantesco asombro y una inquietud de no menor calibre. ¿Qué pasará conmigo? ¿Y conmigo? ¿Y el partido? ¿Qué será de Japón? Cuando todos los miembros del partido se veían zarandeados por el temor, sonó un aviso por los altavoces del estadio.

—¡Estimado público! Mantengan la calma y permanezcan en sus asientos, por favor. Les habla Hayao Himura, el director general de la Policía Especial de Salvación Nacional. Les garantizo bajo mi responsabilidad el control de la situación. Por eso les pido que mantengan la calma y permanezcan en su sitio. Suceda lo que suceda, la estructura del partido se mantendrá firme como una roca. Nuestro partido goza de una fortaleza invencible. De ningún modo va a tambalearse.

Ante esas palabras, todos los miembros del partido debieron de sentir un gran alivio. «Tiene razón. Todavía nos queda Himura en el partido. Ese Himura que el primer ministro consideraba su brazo derecho…». Siempre se decía que su voz chillona no era adecuada para los discursos, pero qué serena resultaba la voz de Himura esa noche… ¡Qué resonar tan gallardo!

Se abrieron las puertas y los soldados del Ejército de Guardias de Salvación Nacional entraron en tropel en el campo. Por la puerta negra, que normalmente se usaba para el personal que recogía a los

gladiadores heridos, salieron a toda prisa tres camillas en dirección al estrado, todavía envuelto en una polvareda, y se arremolinaron en torno a Shimojo.

Todavía hoy, en el siglo XXII, no se sabe con precisión el día y la hora en que murió Shimojo. Una vez que lo llevaron al otro lado de la puerta negra, dicen que mediante el aparato de operaciones quirúrgicas del estadio enseguida le extrajeron una cierta cantidad de *gemchuga* y después lo llevaron al hospital adjunto a la Universidad de Salvación Nacional que había en el distrito tokiota de Chiyoda. Entonces, según el comunicado que hizo el partido, después de vagar entre la vida y la muerte durante una semana en la sala de cuidados intensivos, el 25 de diciembre de 2051, a las 11:26 minutos de la mañana, se le dio oficialmente por muerto. Justo en ese día, el mundo celebraba la Navidad, pero no hubo nadie que, de forma abierta, celebrase a la vez dicho fallecimiento. Sin embargo, ¿hasta qué punto la población aceptaría como cierto aquel comunicado? Al poco tiempo de que Himura hiciera público que Shimojo había sido víctima de un atentado suicida, las redes estaban incendiadas, como de costumbre, con rumores de que ya había muerto. La opinión que sostenía que el Gobierno había retardado el anuncio hasta organizar bien el régimen post-Shimojo resultaba bastante convincente. Y lo cierto es que los siete días que transcurrieron desde el atentado hasta que se anunció la muerte de Shimojo fueron tremendamente agitados.

El día 19, justo a mediodía, Himura anunció desde la residencia oficial del primer ministro que uno de los principales sospechosos de haber organizado el atentado había sido detenido. En ese momento todavía no hizo público el nombre, limitándose a decir que era «un miembro destacado de la cúpula del partido». Y que dicho miembro era el único que, a pesar de que estaba previsto que bajara a la arena durante la entrega del premio, no lo hizo. Se trataba de Osamu Iiji, ministro de Interior. Según decía, momentos antes de la final, Iiji recibió una comunicación de su casa y, con el semblante lívido, abandonó el estadio de competiciones. Su querido perro

pitbull, Susano-o, de pronto había comenzado a echar espuma por la boca y había muerto. Al parecer, explicó en la tribuna de autoridades delante de todo el mundo que alguien le había echado comida envenenada en la jaula. Shimojo, que en vez de un perro tenía como mascotas a más de trescientos gladiadores, no sentía el menor interés por el *pitbull* de Iiji, pero, según cuentan, le dijo que si se quería marchar, que se marchase. Entonces, Iiji se marchó volando. Sin embargo, no puede decirse «qué suerte, qué suerte, gracias a su querido perro, salvó la vida». Poco después de producirse el atentado, la Pesal se presentó en su casa y, sin hacer caso de las protestas, lo detuvo. Lo llevaron al momento a Toranomon y comenzaron a interrogarlo. «¿Por qué se marchó en el momento preciso?». «¿No poseía previamente alguna información acerca del atentado?». Por su parte él, en la sala de interrogatorios, ardía de furia. «¿Pero no sabéis quién soy yo? ¡Soy el jefe del jefe de vuestro jefe! Alguien que está tan por encima de vosotros como las nubes». «¿Acaso creéis que yo mataría a Susano-o?». «¡Antes que matar a Susano-o hubiera preferido matar con mis propias manos a mi nieto!». «¡Soy víctima de una conspiración! ¡Quieren hundirme!». «¡Tenéis que buscar al tipo que echó la comida envenenada! ¡Ese es uno del grupo de los criminales!». «¡Ha sido él! ¡Himura! ¡Él lo ha urdido todo! ¡Ese hipócrita!».

No se puede decir que a Iiji le faltara capacidad de percibir las cosas. En las cámaras de seguridad de la residencia de Iiji se veía un dron que soltaba un trozo de carne en el cercado donde criaba al perro, y ese dron era un Karura W4 de fabricación nacional, uno de los favoritos de la Pesal a la hora de realizar trabajos secretos.

Como una semana después del atentado, la Pesal ya había detenido a cerca de cuatrocientos sospechosos, pero Iiji era el de mayor rango de todos, uno de los pesos pesados del partido. Al principio Iiji insistió en su inocencia, pero se dijo que dos meses después lo había confesado todo. También circuló la noticia de que la Pesal ya llevaba tiempo vigilando discretamente a Iiji porque sospechaban que se dedicaba a vender a los medios de

comunicación extranjeros noticias sobre escándalos del pasado o de la vida privada de rivales políticos dentro del partido. En otras palabras, que se había decidido que, una vez demostrados los cargos, sería acusado formalmente de filtrar secretos de Estado, caería en desgracia y le dejarían desnudo. Entonces, se dijo que un maestro de *fengshui* educado en la montaña Emei de Sichuan, China, le había convencido de que, si no mataba a Shimojo, terminarían matándolo a él y por eso organizó la conspiración para el atentado. La idea era que, una vez realizado con éxito el atentado, su sobrino Takeharu Yokoi, vicedirector general del Ejército de Guardias de Salvación Nacional, ocupara el Estadio de Competiciones n.º 1 con trescientos cincuenta militares; pero como Yokoi, que era el elemento principal, se echó atrás en el último momento, todo el plan colapsó. En noviembre de 2052, Iiji fue ejecutado mediante inyección letal y, por lo que se cuenta, cuando el oficial al cargo le preguntó si quería decir algo a modo de últimas palabras, gritó sobre el cadalso de un modo desgarrador: «¡No existe mayor patriota que yo! ¡Viva Japón!». Ese fue el final del hombre al que se calificaba de perro luchador del Partido de Salvación Nacional.

Sin embargo, huelga decir que por muchos detenidos que hubiera, eso no significaba que a la población se le estuviera contando la verdad sobre el asesinato de Shimojo. Es más, por la boca de Himura salía con la mayor desvergüenza una mentira tras otra. Oficialmente, los Torneos de Salvación Nacional que tenían lugar en el Estadio de Competiciones n.º 1 eran luchas entre deportistas sanos que seguían unas reglas de sentido común, meras competiciones, y, como es lógico, el partido no se apartaba ni un milímetro de esa fachada. Himura hizo frente a multitud de ruedas de prensa y en ninguna de ellas, hasta el final, salió de sus labios la palabra «selénicos». En cuanto al autor material del atentado, Hideto «Acala» Wakisaka, se eliminó su registro en calidad de selénico y se anunció que era miembro de un grupo de luchadores, llamado Berserker, que participaba en torneos organizados por el partido. Desde que el Consejo de Luchas del partido comenzó su

andadura, se habían creado varios grupos ficticios de luchadores para usar a modo de pantalla, cuyos nombres se hacían figurar en la red, y ciertamente uno de estos tenía por nombre Berserker, por lo que en principio la explicación coincidía, pero en la red no faltaron los comentarios que decían que el nombre y la foto de Wakisaka no fueron incluidos en dicho grupo hasta después del atentado, comentarios que eran borrados de inmediato por el sistema censor controlado por inteligencia artificial del que disponía el Departamento de Educación y Cultura.

Según el comunicado oficial del partido, Wakisaka llevaba ocultos en el intestino grueso más de quinientos gramos de un explosivo de alto poder destructivo y aprovechó que en la ceremonia de los premios podía estar cerca de Shimojo para hacerlo explotar, suicidándose él al mismo tiempo. Las imágenes de aquel momento no fueron emitidas, aduciendo que se trataba de «algo demasiado desagradable» y fueron sustituidas por una recreación sencilla a base de gráficos de ordenador, que se emitía una y otra vez. Ese hecho no hizo sino añadir aceite sobre la pasión de los conspiranoicos, dando lugar a una enorme cantidad de teorías y elucubraciones. Cuando un periodista preguntó si algún otro de los deportistas que participaron en el evento se hallaba implicado, le contestaron que solo Wakisaka y uno más formaban parte del plan, mientras que los otros seis habían sido comprados para dejarse ganar. Pero que, por desgracia, todos aparte de Wakisaka habían sido asesinados y sus cuerpos habían sido descubiertos en una fosa común del bosque que rodea al lago de Okutama. Al oír aquella explicación de labios de Himura se produjo un corro de murmullos entre los periodistas. ¿Habían asesinado a los siete en esa misma noche? Es decir, que Iiji había entrado en pánico ante la traición de su sobrino y, para ocultar las pruebas, esa misma noche hizo entrar en acción a los guardias del Departamento de Eventos e intentó enterrar a los luchadores donde nadie los encontrara.

Pero, por supuesto, se les ocultó el hecho de que uno solo de aquellos cadáveres, el de Toga Uno, no había sido encontrado. Sin

duda, se realizó una búsqueda por los alrededores, como es natural, pero, al final, el partido no consiguió atrapar a Toga. Se supone que los ocho guardias del Departamento de Eventos que habían asesinado a los siete luchadores fueron juzgados en secreto por un tribunal especial y en marzo de 2052 fueron ajusticiados todos a un tiempo, pero hoy día se considera muy probable que los nombres y las fotografías de aquellos ocho hombres fueran identidades ficticias prefabricadas y que en realidad se tratara de agentes de la Pesal. A todo esto, el hombre que se identificó como Takahashi y que se presentó ante Toga como empleado de una empresa de fabricación de artículos de metal se llamaba en realidad Tatsuma Nozawa y era el jefe de la sección de Administración del Departamento de Eventos. En la madrugada del 24 de diciembre de 2051, fue encontrado muerto en su apartamento de Tokio. Dijeron que se había ahorcado, pero las sospechas de asesinato permanecerán por siempre.

Sin embargo, lo que más sorprendió a los ciudadanos fue el arresto del hijo mayor de Shimojo, Takehiko. Desde hacía mucho tiempo, Takehiko era visto por la mayoría de la población como el más probable sucesor de Shimojo en el Gobierno del país, y lo cierto es que siempre era calibrado con el segundo hijo, Gen, en la balanza de las posibilidades. Pero, desde el año 2048, Takehiko pensaba que su padre prácticamente tenía decidido que su sucesor fuera Gen. Al mismo tiempo, Takehiko, temeroso de la fuerza de las suspicacias de su hermano menor y de su crueldad, comenzó a sentir una gran intranquilidad hacia el día en que Gen se convirtiera en primer ministro, de la que no podía desprenderse. Temía que, tarde o temprano, su hermano buscaría la forma de asesinarlo. Takehiko estaba casado con la sobrina de Iiji, una exactriz, y guardaba una estrecha relación con él desde hacía tiempo. Y cierto día ese hombre le habría hecho partícipe de un plan de suma gravedad. Se trataba de eliminar al mismo tiempo a Shimojo y a Gen, de manera que Takehiko se convirtiera en primer ministro, nombrando a Iiji como vice primer ministro y así edificar un nuevo régimen. En suma, un

golpe de Estado. Takehiko negó en redondo dicha acusación, aunque sí admitió que alguna vez bebiendo alcohol habían mantenido esa clase de conversaciones en broma, pero siempre sin llegar a plantear nada semejante a un atentado.

Sin embargo, al igual que Iiji, al final Takehiko reconoció su culpabilidad. Takehiko tenía esposa y tres hijos. La teoría más plausible es que, con objeto de que le garantizaran la vida de los cuatro y les concedieran permiso para exiliarse, aceptó un trato en el que confesaba. En diciembre de 2052 Takehiko fue ejecutado y se dice que en el último momento dejó estas palabras como despedida: «Esperaré en el infierno junto a mi padre a que vengáis vosotros».

De todos los que estaban en la tarima aquella noche del atentado, solo sobrevivieron dos. Uno de los guardaespaldas de Shimojo y Kaito, su cuarto hijo varón. Gen, el segundo hijo, murió. Sachi, la hija mayor, murió. Aika, la tercera hija, murió junto con su esposo. Nagahara, el ministro de Finanzas, murió. Shirao, el director del Departamento de Eventos, y Aoki, director general del Ejército de Guardias de Salvación Nacional, murieron. Iiji y Takehiko fueron arrestados.

No obstante, aquel inmenso vacío de poder fue rellenado en un abrir y cerrar de ojos. Junto con el anuncio de la muerte de Shimojo, los ciudadanos conocieron los nombres de los nuevos miembros del Comité Supremo del partido. Tal y como preveía la mayoría de la gente, Himura fue nombrado nuevo primer ministro. Los otros seis miembros cambiaron también en su totalidad, de manera que el promedio de edad del Comité Supremo se rejuveneció de golpe en unos quince años.

Para mayor sorpresa, Himura anunció que los cargos de los miembros del Comité Supremo, incluyendo al primer ministro, tendrían una validez de cinco años y que no se podrían desempeñar más de dos periodos seguidos. En otras palabras, proclamaba el fin de la dictadura autocrática de Shimojo y el cambio a un sistema de gobierno colectivo. Los ciudadanos, que pensaban que en el fondo el asesinato de Shimojo no era más que una lucha por el poder en las

altas esferas del partido, quedaron sorprendidos ante las palabras de Himura, que causaron una gran sensación. Los motivos que adujo fueron que «Hiraku Shimojo era un político genial de gran carisma, irrepetible y nadie puede sostener solo un Gobierno por largo tiempo como él» o que «se trata de materializar un nacionalcapitalismo más flexible y con más posibilidades de desarrollo», pero en cualquier caso hacía presagiar suficientemente que comenzaba un periodo de reformas.

Hasta entonces, el ciudadano solo veía en Himura al perrito faldero de Shimojo o a un despiadado y sibilino mando policial, que podía, quizá, ser un hombre habilidoso, pero que no era del tipo que puede cargar a sus espaldas con el gobierno. Como mucho, ocupar la segunda o tercera posición. Sin embargo, con su manera insólita de afrontar el intento de golpe de Estado, en adelante pudo verse un Himura que, aunque seguía comportándose con su habitual perfil bajo y aburrido, demostraba también calma y compostura, imperturbabilidad y convicción, prescindiendo de los fastos y florituras de su predecesor. Ni tenía la capacidad de Shimojo para apasionar ni la de recurrir a sus contestaciones humorísticas, pero, gracias a su reconocida buena memoria, no se inmutaba ante ninguna pregunta de los periodistas, y mientras de un modo muy particular se tomaba su tiempo para contestar, más bien parecía estar pensando: «Bueno, vamos a ver cómo lo explico para que estos necios lo entiendan». Así, ofrecía respuestas sin ambigüedades, de gran formalidad. Si Shimojo era movimiento, Himura era calma; si Shimojo era luz, Himura era sombra; si Shimojo era el conejo de la carrera, Himura era la tortuga. A pesar de que lo conocían de antes, la gente lo veía ahora mucho más claro. Y se dieron cuenta de que Himura no era un personaje vulgar. En su día, Shimojo se ganó el apoyo de la población con su convincente actitud de «yo tengo la respuesta», pero las respuestas que ofrecía se agotaron en sus veinticuatro años de gobierno y Japón terminó cubierto por una gruesa capa de corrupción y parálisis. Sin embargo Himura, en su calidad de líder de muy distinto pelaje, se presentaba

ante el ciudadano como «yo tengo la respuesta para llegar más allá».

Una vez, un periodista le preguntó qué característica pensaba él que le diferenciaba de Shimojo. Tras ladear un poco la cabeza y pensar durante cinco segundos, Himura exhibió una leve sonrisa y contestó: «Puestos a buscar alguna diferencia, quizá mi cara de póker». La sala estalló en carcajadas. Dado que Himura era blanco de frecuentes burlas por parte de la gente precisamente por su inexpresividad, se aprovechaba para contratacar con la misma broma. Ciertamente, en parte era una broma. Pero la otra parte no era ninguna broma. Himura lo hacía todo con cara de póker. Había organizado el asesinato de las cabezas principales, incluyendo a Shimojo y tres de sus hijos, para después culpar de ello a Takehiko e Iiji, eliminando de golpe a todos los miembros del partido que le estorbaban. En tan solo siete días había alcanzado un poder inmenso. Y, a fin de cuentas, fue también Himura quien ordenó estrangular a los gladiadores y enterrarlos en la montaña. Shimojo era un mentiroso, pero Himura era otro gran mentiroso que no desmerecía ni un ápice de él. Shimojo era un espíritu cruel dominado por el ansia de poder, pero Himura lo era todavía más, cruel e implacable, y además buscando ser lo más racional posible. El día en que tuvo lugar aquel atentado, Himura escribió en su diario lo siguiente:

«Atentado suicida a cargo de Hideto Wakisaka. Los nueve de la tarima, primer ministro, Gen, Sachi, Aika y su esposo, Kaito, Nagahara, Aoki y Shirao gravemente heridos. Es como si en una sola noche un vendaval se hubiera llevado el tejado del partido, dejando ver un cielo azul».

Himura no era tan amigo del humor como Shimojo, pero no es que no supiera reírse. A diferencia de Shimojo, no hacía reír al pueblo ni a su entorno, sino que el suyo podía calificarse de humor discreto, enfocado a reírse él solo. Ese particular sentido del humor puede detectarse en la última alusión de «dejando ver un cielo azul», que sin duda le llevó a sonreír a solas. Hoy, a pesar de haber

transcurrido ya más de medio siglo desde la muerte de Hiraku Shimojo, continúa siendo abundante la aparición de libros y producciones audiovisuales en torno al personaje. Tal y como deseaba el propio Shimojo, todos y cada uno siguieron pensando en él, igual que pensamos ahora y que se seguirá pensando en el futuro. Una vez que se clavaba en la memoria la sonrisa de acero de Shimojo, ya no se podía olvidar de ningún modo. Para bien y para mal, Shimojo fue el hombre que la gente aguardaba y esa gente fue corresponsable tanto de sus logros como de sus culpas.

Pero ¿y Himura? Temido en tanto que mano negra detrás del golpe de Estado y aunque había grabado su nombre en la historia como el hombre que reformó el Partido de Salvación Nacional cuando estaba en decadencia, siempre que la gente hablaba de Himura, lo hacía de forma desapasionada. En pocas palabras, era un hombre sin carisma, alguien difícil de retratar. Su política de mantenerse siempre en la sombra hizo que todavía hoy Himura sea una figura con muchos enigmas a su alrededor. No bebía alcohol, ni se daba a las mujeres, ni le gustaban los juegos de azar. En la residencia oficial no colgó ningún cuadro, no escuchaba música y tampoco le interesaban los deportes. Por lo visto, en cierta ocasión su esposa le preguntó qué cosas le permitían disfrutar de la vida e Himura contestó: «Los disfrutes no son lo que hace vivir a una persona. Es el terror. Vivimos gracias al terror». Y cuando le preguntaban cuáles eras sus aficiones, siempre contestaba: «Pensar», arrancando una forzada sonrisa a los demás. Sin embargo, cuando después Himura añadía: «Yo siempre estoy pensando», a todos se les congelaba la sonrisa, como si vieran cernirse una negra sombra sobre su futuro.

No obstante, aquellos a los que Himura permitió entrar en su casa privada pudieron saber que tampoco era un hombre que pasara el día en una insípida habitación vacía sumido en sus pensamientos. En realidad, Himura era un coleccionista de libros en papel y vivía rodeado de cerca de veinte mil volúmenes.

Por lo visto decía: «Me gusta el trato con los libros porque, a diferencia de las personas, no se ponen a hablar según les da la gana».

En cuanto al campo de lectura que abarcaban sus gustos, en su calidad de revolucionario tenía, por supuesto, conocidos libros de ciencia política de donde habían manado sus conocimientos políticos, como puedan ser *Auge y decadencia del nacionalcapitalismo*, *El final de la élite política* o *La nueva filosofía política*. Pero también contaba con muchos libros sobre antropología, biología, geociencia o historia. Más inesperado todavía resultaba que tuviese un rincón con cierta cantidad de literatura de entretenimiento, como novelas de misterio o de ciencia ficción, incluyendo clásicos sobre distopías tan famosos como el *1984* de George Orwell, *El cuento de la criada* de Margaret Atwood o *El niño 44* de Tom Rob Smith. Es decir, libros semiprohibidos que criticaban el orden establecido, y el hecho de que Himura los tuviera demostraba con toda claridad que su carácter era la viva encarnación de un hombre que de frente decía una cosa y por detrás pensaba otra. Aparte, se sabe que, en un rincón diferente de las librerías, había una estantería repleta de otros objetos más inesperados todavía. Una docena de tallas de madera. Según el libro que tras la muerte de Himura publicó su segunda hija, *Mi padre, Hayao Himura. El gobernante tranquilo*, se trataba de dos figuras humanas sonrientes y diez figuras de animales. Y aquellas doce tallas tenían grabado en alguna parte lo siguiente:

«Dedicada a Ruka. De Zangetsu».

Entre aquellas figuras de animales se veían un jabalí, un ciervo, una ballena o un halcón, todos ellos tallados de forma esquemática e improvisada, pero tenían tanto encanto como si estuvieran vivos. En cuanto a las dos figuras humanas, una era un hombre apuesto vestido de traje. Bastaba un vistazo para darse cuenta de que reproducía la imagen de Hiraku Shimojo. La otra, dado que llevaba casco, red y tridente, sin duda era un gladiador. La hija de Himura escribió que quizá se tratara de la imagen de Hideto Wakisaka. Si eso es cierto, Himura había colocado al sonriente dictador junto a su

sonriente asesino, como dos grandes amigos. Quizá era un ejemplo más de su particular y silencioso sentido del humor.

En ninguna de las doce tallas constaba fecha, pero parece claro que todas ellas fueron hechas por Toga en el periodo en que permaneció oculto después del atentado. Himura sabía que Toga Uno vivía oculto en las montañas como un bandido. En agosto de 2053, escribió lo siguiente en su diario:

«Interesante el caso de T. U. Hasta el más pequeño de los insectos tiene un alma. Ya no es necesario arrestarlo. Si le gusta hacer tallas, que haga todas las que quiera».

XXII

Después del cambio político que trajo el asesinato de Shimojo, no volvieron a celebrarse los Torneos de Salvación Nacional. Aquellos sangrientos festines soñados por tan peculiar dictador echaron el telón junto con su muerte. Los cerca de trescientos setenta luchadores existentes y sus entrenadores fueron repartidos paulatinamente por otros centros de tratamiento. Los lobos que habían sido obligados a matarse entre ellos ahora se veían obligados a mezclarse silenciosamente entre las manadas de perros domados por sus dueños. Los seis centros de formación existentes ya estaban todos cerrados y destruidos para octubre de 2052, y en su lugar quedaban unos solares vacíos. Puede decirse que los nuevos gobernantes se encargaron de limpiar a toda prisa el culo de los antiguos. En el año 2062, cuando Himura finalizó su periodo de diez años de mandato, la mayoría de los hombres con pasado de gladiador ya habían muerto durante el periodo de lucidez durmiente y se dice que solo sobrevivían cinco. Y en junio de 2065, en el centro de tratamiento de la prefectura de Yamaguchi, falleció a los treinta y ocho años el último hombre que contaba con experiencia como gladiador. Se considera que a partir de entonces ya no quedó ni un solo testigo que conociera de primera mano la ardiente locura y la tragedia que se vivió en la arena del campo. Por cierto que Takuma Nakano, el entrenador de Toga, murió en febrero de 2055 en el centro de tratamiento de la prefectura de Hyogo. Probablemente debido al caos generado tras el atentado, parece que no consiguió entregar a Ruka la talla a imagen de Toga, como el propio luchador

le había encargado, porque se ha comprobado que en la actualidad está en poder de uno de los nietos de Nakano. Su abuelo le dijo que de todas las figuras de madera que talló Toga es muy posible que esa fuera la única donde se le reproduce a él mismo, y que fue el mayor samurái de la historia. Le dijo que jamás debía desprenderse de ella y que la fuese pasando de generación en generación, y él, fiel al deseo de su difunto abuelo, la tenía siempre colocada con gran respeto en el *tokonoma* de la casa. Sin embargo, el resto de las doscientas y pico figuras de gladiadores que talló mientras estaba en el centro de formación fueron quemadas, al parecer, poco después del atentado por orden del director del centro. Y ese mismo director sería después acusado de estar implicado en el golpe de Estado y ejecutado por alta traición en el año 2052.

El destino de los gladiadores llegó también a las mujeres medalla que los consolaban en los periodos en torno al plenilunio. Las cerca de ciento ochenta mujeres de esta condición existentes fueron, de la misma manera, repartidas en centros de tratamiento ordinarios, y el centro específico para ellas, que según se cree se situaba en una zona montañosa del oeste de la prefectura de Saitama, fue derruido sin dejar rastro de su existencia. Sin embargo, según unos datos que el Departamento de Satélites hizo públicos en la década de 2080, se sabe lo que sucedió con Ruka Yamagishi después del incidente. Primero, en junio de 2052, fue llevada al centro de tratamiento de la prefectura de Fukushima y medio año después, en diciembre, fue trasladada al de Kagoshima. Pero ese no fue su destino final, sino que apenas cuatro meses después fue trasladada a Hokkaido y otros cinco meses después a Okayama.

Sin embargo, no puede decirse que Ruka Yamagishi viviera siempre en soledad el resto de su vida ni que muriese sumida en un pozo de desgracia. Después del atentado, en la primera noche de luna llena, todavía se encontraba en el centro de tratamiento para mujeres medalla. Entonces, un día le comunicarían que los torneos se habían acabado, es decir, que el sistema de mujeres medalla se

suprimía también y que en breve sería trasladada a otro centro de tratamiento.

Puesto que las mujeres medalla podían ver en directo los combates en los monitores de su centro de tratamiento, sabían que en la ceremonia de los premios de la Copa Shimojo se había producido un atentado suicida. Cuando, más adelante, Himura anunció por sí mismo la muerte de Shimojo, debieron de comprender que la relación que unía a gladiadores y medallas se extinguía o, dicho de otra manera, que ya no resultaban necesarias. Ya no volverían a acostarse con un hombre ni tampoco a recibir el fármaco contra la lucidez durmiente.

Toga Uno ya había participado en cuarenta y un combates, superando la cifra estipulada, pero Ruka solo llevaba entonces cuarenta y tres noches acostándose con un gladiador, por lo que se encontraba en una situación en que todavía no podía elegir el centro de tratamiento al que sería enviada. De por sí, puesto que Toga había ganado en la Copa Shimojo el primer combate y la semifinal, esas dos victorias le daban derecho a dos noches con ella en el Centro de Formación n.º 2 y con eso ella cumpliría el objetivo impuesto de cuarenta y cinco noches, por lo que Ruka podría haberse ido con Toga al centro de tratamiento de Kochi o al de Miyazaki. Ese era el mayor sueño al que podía aspirar una mujer medalla. Sin embargo, ese sueño, vanamente, se hizo pedazos con la pesadilla a la que asistió el dictador. Al igual que Ruka, no eran pocas las mujeres de su condición que habían cruzado similares promesas con otros gladiadores, aunque ninguna de ellas consiguió ver de nuevo a aquellos hombres, ni siquiera contactar con ellos. Pero la tristeza de Ruka debió de ser mucho más intensa todavía que la de las demás, porque se anunció que los siete «deportistas» que participaron en el torneo junto con Wakisaka habían sido conducidos por los guardias del Departamento de Eventos desde el Estadio de Competiciones n.º 1 a un bosque de las montañas de Okutama donde fueron asesinados, y cuyos cadáveres dejaron allí.

Ahora bien, la situación dio un giro brusco. El 16 de noviembre de 2052 fue la primera noche de plenilunio que vino después del atentado. Dos objetos sospechosos fueron arrojados desde el exterior a los terrenos del centro de tratamiento. En el centro donde vivían las mujeres medalla no había torres de vigilancia con ametralladoras, pero, al igual que los centros de formación de gladiadores, estaban circundados por un alto muro. El centro donde estaba Ruka había sido construido en un apartado lugar de las montañas, talando una zona de árboles, y, cuando llegaba la noche, la zona externa del muro, rodeada de un frondoso bosque, se volvía completamente oscura. Estando además a una altitud de más de cuatrocientos metros y en pleno invierno, la temperatura bajaba de los cero grados y debía de ser una noche donde se helaban hasta los huesos.

El sistema de vigilancia que recorría el alto muro detectó que se acercaba una persona sospechosa e hizo sonar la alarma en el interior del centro. Sin embargo, una vez que el sospechoso individuo arrojó por encima de la valla los dos objetos que llevaba, enseguida se volvió sobre sus talones y desapareció en el bosque nocturno. Un empleado se apresuró a ir hacia los objetos y después de examinarlos temerosamente, comprobó que no se trataba de nada peligroso, sino que ambos eran unas simples tallas de madera. Una de ellas parecía ser un gladiador con un tridente y una red. La otra figura representaba a un hombre de traje con los brazos extendidos y, de algún modo, recordaba a Hiraku Shimojo embebido en uno de sus discursos. Al examinar la espalda de las figuras, en ambas apareció grabada la leyenda: «Dedicada a Ruka. De Zangetsu». Lo de «Ruka» debía de referirse a una de las internas, Ruka Yamagishi, y lo de «Zangetsu» parece bastante claro que se refería a Toga «Morning Moon» Uno, que quedó en segunda posición en la última Copa Shimojo.

Era un hecho bastante conocido en el centro que Ruka y él tenían intención de vivir juntos cuando finalizara la Copa Shimojo. La figura del hombre que apareció en las cámaras de vigilancia no

llevaba casco ni manoplas ni protectores de pantorrillas, como pudiera corresponder a un gladiador, ni tampoco llevaba el mono naranja que constituía la ropa ordinaria de estos, ni mucho menos tenía puestos esposas y grilletes. Vestía, quizá robados en alguna parte, chaqueta y pantalón oscuros y se calzaba con unas zapatillas de deporte. El pelo teñido de rubio que era su marca de fábrica ya había ennegrecido en su raíz y el rostro lucía ya barba de un mes, pero sus ojos brillaban en la noche como los de una fiera. Los empleados del centro de tratamiento habían oído en las noticias que Toga Uno había muerto y así lo creían, pero el sistema de alarma, mediante el análisis de las imágenes, llegó a la conclusión de que la identidad del sospechoso coincidía con la de Toga. Y, de por sí, nadie que no fuera Toga tenía ningún motivo para lanzar a semejante lugar unas figuras de madera donde estuviera grabado el nombre de Zangetsu.

Ruka fue llamada al despacho del director y, cuando le enseñaron las dos tallas de madera colocadas sobre la mesa, dio un respingo y contuvo el aliento. Solo con echar un vistazo a las sonrisas de las dos figuras, supo al momento que eran obra de Toga. ¿Sería que alguien le enviaba a modo de recuerdo póstumo unas figuras que le había dejado Toga? Pero no se trataba de eso. El director, con cara de no entender el asunto, le explicó que acababan de ser lanzadas por encima de la valla. Y que fue un hombre muy parecido a Toga Uno. Ruka intuyó que el hombre estaba diciendo la verdad. Pero ella no recordaba haber visto ninguna de las dos figuras. Las tallas que hacía Toga en el centro de formación eran con trozos de madera que estaban a la venta y que le facilitaban los empleados. Quizá por eso, las figuras que él tenía junto a la ventana o alineadas contra la pared tenían un aspecto más refinado. En cambio, estas dos que le enseñaban ahora eran tallas hechas a partir de trozos de madera deformados, que llevaban tiempo expuestos al viento y a la lluvia de las montañas. Eran más agrestes, con una mayor sensación de movimiento y parecía como si se hubiera insuflado una nueva vida en una madera que ya hubiese

muerto una vez, una madera que respiraba de nuevo con la sonrisa característica de Zangetsu. Puesto que se trataba de tallas de madera, no podían moverse ni un milímetro, pero, por algún motivo, daban la sensación de que adoptaban esa posición por gusto. La estatua que representaba a un gladiador parecía ser la representación de Hideto Wakisaka. Y la otra, probablemente, era la de Hiraku Shimojo… Las obras de Toga que conocía Ruka eran todas de gladiadores, y además de gladiadores derrotados que ya no seguían en activo. Habían muerto o, destrozados moralmente, se habían retirado para desaparecer a continuación. Hombres a los que habían robado la sonrisa. En suma, tallas que eran como su lápida. Desde ese punto de vista, estas dos obras tenían su lógica. Wakisaka había muerto. Shimojo había muerto. Estas dos figuras, evidentemente, habían sido talladas con posterioridad al atentado del estadio. Siendo así, ¡Toga estaba vivo! No sabía qué habría pasado con los otros seis, pero por lo menos a Toga no lo habían matado y, como Nabucodonosor, sobrevivía vagando por campos y montañas.

Un empleado tomó ambas estatuillas en sus manos y enseñó a Ruka las palabras que había grabadas en el dorso: «Dedicada a Ruka. De Zangetsu». Al momento comprendió que se trataba de un regalo para ella, pero por culpa de esas palabras volvían a estrujarle el corazón. «¿Por qué Toga Uno te manda estos objetos?», le preguntó el director. Ruka, conteniendo el temblor de su voz, contestó: «Creo que porque está vivo. Creo que quiere hacerme saber que sigue con vida».

Ruka explicó que originalmente Toga era un artesano de un taller de carpintería, y que durante su estancia en el centro de formación hacía continuamente figuras talladas de sus compañeros gladiadores, pero no dijo nada de que sus modelos eran siempre luchadores que habían fracasado. Ocultó su impresión de que quizá le intentaba transmitir que con la muerte de Wakisaka y Shimojo llegaba una nueva época o al menos que él rezaba porque así fuera.

En cualquier caso, ¿cómo habría sabido Toga dónde se encontraba ella? El director se hacía esa pregunta ladeando la cabeza, pero Ruka tampoco lo sabía. Le había contado una vez que el centro de tratamiento de las mujeres medalla estaba en la zona oeste de la prefectura de Saitama, pero, de por sí, esa clase de centros especiales de tratamiento, como sucedía con los de los gladiadores, no figuraban en los mapas y, como los terminales de que disponían en los centros de tratamiento no incluían las aplicaciones de fotografías por satélite, se supone que carecía de forma de buscarlo.

—No puedo entregarte estas figuras —le dijo a Ruka el director del centro—. Existe la posibilidad de que Toga Uno guardase relación con el asesinato del primer ministro Shimojo y, si está vivo y ha huido, se trata de un sospechoso que puede ser acusado del delito de traición. Seguramente estas estatuillas serán requisadas como prueba por la Pesal.

Ruka ya se imaginaba más o menos que le dirían eso, así que no se deprimió demasiado. ¿Qué más daba? El mensaje ya estaba recibido. Ni sabía todo lo que había llorado cuando se enteró de la muerte de Toga, y la excitación del periodo del plenilunio había recorrido en vano su interior, pero de pronto ese vacío se llenaba de una deslumbrante alegría. ¡Estaba vivo! ¡Toga seguía con vida! ¡No necesitaba nada más!

En las noches corrientes en que no tenían que estar con los gladiadores, las mujeres medalla se dedicaban a tareas de agricultura en las tierras del recinto. Dormían por el día y trabajaban toda la noche. Mientras regresaba a su huerto, Ruka era incapaz de contener la sonrisa que afluía desde su corazón. El cielo nocturno, que hasta hacía un momento guardaba un deprimente silencio, ahora le enviaba unos ecos propios de un parlanchín. Había llegado hasta ahí huyendo del torrente de luces de la gran ciudad, pero el cielo nocturno de aquel lugar no había perdido su orgullo de ser un cielo nocturno. Levantó la vista hacia él y vio que una luna húmeda de tono acuoso y color niquelado dirigía su vista directamente hacia

ella. Como si quisiera ver el aspecto de esa hija suya que acababa de recibir el mejor de los regalos. Cuando esa luna llena se ahogó en lágrimas y comenzó a oscilar, el cielo entero se llenó de luz lunar que bailaba sin cesar.

En el despacho del director le habían mostrado a Ruka unas imágenes de Toga. Después de arrojar aquellas dos tallas al recinto, Toga había alzado la vista hacia la cámara de vigilancia instalada sobre el muro y, con los labios circundados de barba, sonrió mientras agitaba la mano izquierda. Como si supiera que Ruka iba a ver esas imágenes. Las estatuas habían sido arrojadas muy poco tiempo antes. Quizá Toga estuviera todavía por las cercanías. Puede que, en medio del desolado bosque invernal, estuviera alzando la vista entre las peladas ramas hacia la misma luna que ella.

Las dos figuras de madera fueron incautadas por un agente de la Pesal y después acabaron en una estantería del nuevo primer ministro, Hayao Himura. Mientras contemplaba las dos tallas, seguramente por primera vez sintió Himura interés hacia ese espadachín que hasta entonces solo había considerado una pieza de usar y tirar. ¿Cómo habría sobrevivido? ¿Realmente sería inmortal? Envió a unos soldados del Ejército de Guardias de Salvación Nacional a que buscaran por las montañas de los alrededores del centro de tratamiento de mujeres, pero no encontraron el menor rastro de Toga. Los selénicos vivían de noche. Por el día estaría oculto en algún lugar que no llamara la atención y por la noche entraría en actividad. De por sí, para Himura no era un hombre al que tuviera que apresar sí o sí. Los selénicos que no recibían la medicación contra la lucidez durmiente terminaban muriendo en un plazo no demasiado lejano. La probabilidad de que tres años después continuaran viviendo era de un tercio y en el caso de cinco años bajaba a un sexto. Su destino era andar vagando por las montañas hasta que un día cayera muerto y se pudriera. En caso de que bajara a la ciudad y montara algún revuelo, la gente ya estaba acostumbrada desde hacía tiempo a las apariciones esporádicas de selénicos y a estas alturas tampoco sorprendería demasiado. Aunque

comenzara a hablar con quienes se cruzaran en su camino de que si los torneos que si el plan del atentado, revelando la verdad, nadie le tomaría en serio y pensaría que se trataba de los habituales delirios de un selénico.

Ahora bien, las apariciones relámpago de Toga no se acabaron con aquel incidente. Es más, no habían hecho más que empezar.

En la siguiente noche de plenilunio, una vez más fue arrojada una talla de madera al interior del centro de tratamiento de mujeres medalla. En esa ocasión no fue un empleado quien la recogió, sino una mujer medalla que estaba realizando labores de limpieza. Cuando dicha mujer vio que en el vientre de la talla estaba grabado «Dedicada a Ruka», se la entregó a ella. Esta talla no era una figura humana, sino que se trataba de una ballena que mediría desde el morro hasta la cola unos cuarenta centímetros. La ballena tenía la aleta pectoral extendida y el cuerpo curvado con el aspecto de levantar la cabeza y la cola de felicidad. En la espalda se veía una protuberancia similar a una cabaña. Ruka recordaba una ballena así. Era, sin duda, una de las ballenas selenitas que había pintado Motoka Sugai. Había visto multitud de veces en el terminal de la habitación de Toga las imágenes de la obra más representativa de Sugai, *Treinta y seis paisajes selenitas: El viaje sin fin de las ballenas selenitas*.

Toga, fascinado por la trágica relación entre esa enfermedad llamada selenesis y la creación artística, veía a Motoka Sugai como su símbolo. Y Motoka Sugai, a su vez, veía las ballenas selenitas que viajaban sin cesar perseguidas por un ardiente sol como el símbolo de la lucha de los selénicos por huir de la lucidez durmiente para prolongar su vida. En el documental sobre Motoka, ella decía: «Al igual que las ballenas selenitas nunca consiguen huir por completo del sol, tampoco nosotros los selénicos conseguiremos huir por completo de la lucidez durmiente. Nuestra manera de vivir consiste, precisamente, en huir de esa muerte que nos persigue».

Era la primera vez que Ruka veía una obra de Toga que no se enfocaba hacia la muerte, sino hacia la vida. Pensó que con ella

Toga proclamaba que su intención consistía en continuar viviendo. Luchar sin descanso por la vida. Y que, mientras siguiera vivo, se lo haría saber de esta manera.

Sin embargo, los empleados le requisaron enseguida la figura de la ballena y, como las otras, la enviaron a la Pesal. Así, una vez más, terminó ocupando un lugar en la estantería de Himura. No se sabe si él se dio cuenta o no de que se trataba de una ballena selenita. Pero sí pensó que no hay dos sin tres. En el plenilunio del siguiente mes, ordenó que en torno al centro de tratamiento de las mujeres se desplegara discretamente un pequeño destacamento del Ejército de Guardias de Salvación Nacional y varios drones espía, preparando una emboscada. Sin embargo, Toga no apareció. O, si apareció, descubrió la emboscada y se retiró. Por si acaso, el destacamento de guardias se quedó también la noche siguiente, la decimosexta lunar. Pero quizá ya no estuvieran tan atentos. O, simplemente, el perímetro del muro del centro de tratamiento, con sus 3,4 kilómetros, resultaba demasiado extenso, por albergar huertos y sembrados. Tratándose de un selénico, que podía ver en la noche, no resultaba imposible eludir la mirada de los militares y acercarse al muro. En consecuencia, una nueva talla de madera cayó en el interior del recinto. Esta vez era la figura de un jabalí. En abril fue un oso japonés, en mayo un ciervo y en junio un águila. Cada vez que una de esas tallas era lanzada, los empleados se iban a toda prisa a buscarla, por lo que Ruka, que se encontraba trabajando en el huerto, percibía el revuelo creado. «Ah, otra vez ha venido Toga. Nos separa ese muro, pero todavía está por aquí cerca. Nos baña la misma luz de luna». Al pensar esas cosas, sentía que la sonrisa de Toga se superponía sobre la luna que pendía sobre ella.

Extrañamente, por más que se esforzaban los soldados y por más que aumentaran su número, no consiguieron atrapar a Toga Uno. Ya ni siquiera se le veía en las tomas de las cámaras de vigilancia y era realmente como un espectro que se acercara sigiloso al centro de tratamiento para arrojar sin falta una talla de madera. Se adelantaba a las previsiones de los soldados, unas veces evitando

la noche del plenilunio y otras moviéndose durante el día, cambiando continuamente su estrategia. Los soldados apretaban los dientes e Himura se sorprendía ante la habilidad del hombre. Entonces, alguien tuvo la siguiente idea. «Ya está. Cambiemos cuanto antes a Ruka Yamagishi a otro centro de tratamiento». Al menos sería una pequeña venganza. Así, Toga Uno, desconocedor de ello, seguiría de por vida arrojando en vano estatuillas a su querida mujer.

Ruka fue trasladada al centro de tratamiento de Fukushima. Todo el mundo pensó que con eso ya no volvería a sentir cerca la presencia de Toga. Sin embargo, sorprendentemente, aunque Toga no debía de conocer la existencia de tal centro de tratamiento, la figura de madera de lo que parecía un perro de Akita fue lanzada al interior. Al examinar el vientre del perro, ciertamente, apareció grabada la acostumbrada leyenda: «Dedicada a Ruka. De Zangetsu». La figura que captó la cámara de vigilancia, una vez más, parecía ser la de Toga Uno. Nadie sabía cómo podía haber averiguado el paradero de Ruka. ¿Sería que había llegado hasta la lejana región de Tohoku olfateando el rastro de ella como uno de esos perros que representaba la figura? Enviaron entonces un destacamento de guardias a Fukushima, pero al mes siguiente fue lanzada la figura de un *tanuki*, y al siguiente la de una serpiente. Después de aquello, trasladaron a Ruka al centro de la prefectura de Kagoshima, pero por increíble que fuera, apareció también allí Toga y lo mismo sucedió cuando la trasladaron a Hokkaido. Como muestra del desconcierto que causaba la situación, Himura lanzaba una pregunta en su diario: «T. U., ¿acaso tus ojos llegan hasta mil leguas? ¿Acaso tienes alas?».

Sin embargo, lo cierto es que, sin distinción de épocas ni lugares, se considera que los selénicos poseen no solo unas anormales capacidades físicas y una gran fuerza vital, sino también un enigmático «sexto sentido». A menudo ellos lo expresan con la frase «me lo dijo la luna». En abril de 1912 sucedió la gran tragedia del crucero de lujo Titanic, que en su viaje inaugural se hundió en las aguas del océano Pacífico. Al respecto, es muy conocida la

anécdota de que el empresario inglés John Stuart, que tenía previsto subir a bordo, salvó la vida porque, aun sin estar muy convencido, optó al final por un barco diferente. El motivo fue que su hermano menor, en paradero desconocido desde que contrajo la selenesis, le envió numerosas cartas diciendo que había visto en sueños que el Titanic se hundiría. También existe el caso de Alice y Marie, las gemelas francesas De la Bordeaux, que vivieron en el siglo XX. A los catorce años de edad y en el mismo día, ambas sufrieron un brote de selenesis, y a los dieciocho años murieron las dos también en el mismo día a causa de la lucidez durmiente, pero se decía que, cuando llegaba el periodo en torno al plenilunio, ambas podían comunicarse una con la otra perfectamente sin necesidad de cruzar palabra, como si hubiera una sola alma para los dos cuerpos. Esa enigmática capacidad de los selénicos ha sido utilizada también desde la antigüedad con propósitos militares y a principios del siglo XXI Elizabeth Thompson escribió un voluminoso libro de historia titulado *Las guerras de los selénicos*. Por citar uno de los ejemplos contenidos en dicho libro, un joven soldado del Ejército Rojo de la antigua Unión Soviética, Vasili Shokoloff, contrajo la selenesis y, en adelante, cada vez que llegaba el periodo en torno al plenilunio, era capaz de liberar el alma de su cuerpo, moviéndose libremente por el exterior. Entonces, durante los enfrentamientos de la II Guerra Mundial entre Alemania y la Unión Soviética, Stalin decidió servirse de dicha capacidad para conocer el estado de las tropas enemigas. La extraordinaria habilidad de este joven fue llevada al cine por una producción de Hollywood. Por supuesto que esta es una capacidad que casi ningún selénico posee, pero, según *Las guerras de los selénicos*: «Se cree que los selénicos de la antigüedad, expulsados de la sociedad y forzados a vivir como fieras en las montañas, gozaban de muchas capacidades especiales que los selénicos actuales han perdido».

Con todo, ese Toga que repetía las apariciones relámpago, no es que viviera de aspirar nubes, como los eremitas de las fábulas. La Pesal anduvo preguntando a las familias campesinas que vivían en

las proximidades de los centros de tratamiento y en varios casos obtuvo testimonios de numerosos robos de productos agrícolas. El ladrón no había sido un mono ni un jabalí. Porque, a cambio de las cosas que se llevaba, dejaba un regalo en el sembrado. Una talla de madera. Y, puesto que en dicha talla venía grabado el nombre de Zangetsu, no hay duda de que se trataba de Toga. Unas veces era una figura humana, otras un buda, algunas un ave u otro animal y también un insecto. Cuando pedían que se las enseñaran, algunos campesinos las traían entre sus brazos hasta la puerta. Pero a otros muchos les habían parecido siniestras y las tiraban en la montaña o las quemaban. Algunos, en cambio, las habían guardado en una caja de cartón y metido en el trastero y tampoco faltaban los que las habían colocado sobre el mueble del calzado a la entrada de la casa a modo de decoración. Aunque les molestaba que les hubieran robado algunos productos, por lo general el sentimiento de los campesinos parecía ser una mezcla de impotencia ante un desconocido hombre de las montañas y cierta lástima por su miserable condición. Cuando les informaban de que un selénico huido de un centro de tratamiento se ocultaba en las montañas de alrededor, la actitud venía a ser bastante apática, con un «sí, ya me imaginaba que sería eso».

Desde hacía tiempo, la gente del campo ya sabía que los selénicos perseguidos en la ciudad terminaban ocultándose en las montañas, pero siempre y cuando no infligieran daños a la gente o a los animales de granja, consideraban que no había por qué alborotar. Es más, en algunas casas incluso los llamaban cariñosamente «Zangetsu san» y no faltaban los que sentían aprecio por aquellas sencillas tallas de madera. Cierta anciana no se cansaba de acariciar la figura mientras repetía: «Tiene un buen rostro, tiene un buen rostro», y la reverenciaba de la mañana a la noche. Un investigador a título particular de la obra de Zangetsu afirma que, solo con las que se conservan en la actualidad, el número de tallas de madera de Toga Uno en manos de campesinos supera las

setecientas y que donde más quedan es en la prefectura de Okayama.

En septiembre del año 2053, Ruka fue trasladada al Horaien n.º 3 de Kirino-cho, en la prefectura de Okayama y ese fue su último lugar de residencia. Durante el mes de septiembre Toga no apareció, pero, siguiendo la costumbre, en la noche de plenilunio de finales de octubre, la figura de una paloma fue lanzada al interior del recinto. Había cruzado el mar que separaba de Hokkaido y llegado hasta las lejanas montañas de Okayama. Ya se enviaba personal del Ejército de Guardias de Salvación Nacional para atraparlo y tampoco se desplegaba ningún tipo de vigilancia especial. El empleado llamó a Ruka y le entregó sin más la figura de la paloma. Era una talla admirable, y parecía que de un momento a otro el ave fuese a desplegar sus alas y echara a volar. Aquella paloma fue la primera figura de Toga que Ruka pudo colocar en su habitación.

A partir de entonces, otras muchas tallas de madera llegaron a la habitación de Ruka. Quizá porque ya no necesitaba huir escondiéndose de los soldados, la creatividad de Toga terminó por alcanzar su punto culminante y, cada vez que llegaba el plenilunio, lanzaba varias figuras seguidas. Gracias a la buena disposición de los empleados del centro, estos llevaron a la habitación de Ruka unas estanterías que habían quedado en desuso y allí pudo alinear todas aquellas formas de vida tan realistas que Toga conocía, con lo que el lugar parecía una reproducción en miniatura de un atlas de la naturaleza. Un zorro, un búho, una carpa, un hombre, una mujer, un anciano, una anciana, un niño, un bebé, un escarabajo de cornamenta, una tortuga, un lagarto…

Ruka contemplaba aquellas figuras un día tras otro, igual que las figuras la contemplaban a ella, hasta que se quedaba plácidamente dormida. Las figuras que ya no cabían en su habitación terminaron por ser colocadas en varios lugares del centro, para deleite de las internas. En el Horai-en n.º 3 llegó a haber en su momento de mayor ocupación algo más de ochocientas internas y cincuenta empleados, pero ninguno de ellos desconocía el nombre

de Zangetsu. En cambio, aparte de Ruka, nadie sabía que su nombre era Toga Uno, un gladiador que había marcado una época. Aun así, todos los selénicos sentían una oculta admiración por ese hombre que se hacía llamar Toga y que era un selénico como ellos. Tanto si hacía sol como si estaba lloviendo, ya nevase o cayeran rayos, asfixiado de calor o temblando de frío, padeciendo hambre o agotado por la sed, vivía solo y en silencio en las montañas, pensando en una única mujer. Si se examinaba la dureza cotidiana de su existencia, de sus condiciones, cualquiera, aunque no conociera ni hubiera visto nunca a ese hombre, podía imaginar con crudeza la desesperada lucha de los selénicos por prorrogar una vida siempre a punto de desvanecerse. Y, al mismo tiempo, todos se preguntaban qué clase de mujer podría ser aquella a la que un hombre así amaba de manera tan fiel, pero lo cierto era que esa Ruka Yamagishi dedicada a cultivar la huerta a diario, a pesar de que poseía cierto encanto, no era más que una mujer corriente, de tez morena, delgaducha, callada y formal, como pueda uno encontrar en cualquier parte.

Ruka Yamagishi falleció en septiembre de 2068. Una noche de luna nueva, con el cielo repleto de destellos de estrellas, en la que todos los selénicos sin excepción dormían en su cuarto, en ese sueño llamado lucidez durmiente que se corresponde con el de la luna. Se trata de un sueño largo y profundo, que por término medio dura treinta y seis horas. Abriéndose camino entre un sueño tras otro, alma y espíritu vagan por la frontera del averno en un peligroso deambular. La mayoría de los durmientes regresan, pero siempre hay alguno que no lo consigue. En un centro a cargo de cientos de selénicos, cada vez que llega la luna nueva un número despreciable de internos ya no regresa de su viaje. Se van enfriando en sus lechos y no vuelven a abrir los ojos. Si en la selenesis existiera algún aspecto caritativo, sería el de aquella muerte tan pacífica. Tanto los ancianos de arrugado rostro y cerebro cansado como aquellos que se revolvían furiosos maldiciendo su mala suerte, al final, todos morían con un rostro durmiente tan dulce como el de un inocente

niño y, a veces, incluso con una sonrisa. Seguro que en el caso de Ruka también sería así. La habitación de Ruka estaba cubierta por estanterías en todas sus paredes y desde allí una gran cantidad de sonrientes figuras se apretaban para mirarla en lugar de su creador. Huelga decir que asistirían también a ese último sueño suyo.

Desde que en marzo de 2048 conociera a Toga en las dependencias del Departamento de Higiene en Osaka habían transcurrido veinte años y medio. El número de personas que sobrevivían más de veinte años desde que desarrollaban la enfermedad no llegaba ni al uno por ciento. Cuando murió tenía cuarenta y cuatro años, pero, según dicen, todavía parecía una chica joven.

Curiosamente, cuando llegó la luna llena del siguiente mes, ya no cayó ninguna talla de madera en el recinto. Aquel fenómeno que parecía un milagro incomprensible y sobrehumano se cortó en seco y nunca más se volvió a repetir. Hay quien dice que, gracias a sus enigmáticas capacidades, Zangetsu supo que su amada había muerto, mientras que otros opinan que esa misma noche de luna nueva, en algún lugar recóndito de la montaña, murió él también mientras le cubría el rocío de la noche. Pero quienes tenían razón eran los primeros. Toga despertó de la lucidez durmiente y al momento tuvo consciencia de la muerte de Ruka, ya fuera por aquel sexto sentido de los selénicos que vivían al aire libre o porque se lo comunicaran aquellas tallas que asistieron a la muerte de la mujer. Ruka ya no estaba en este mundo. Durante cuatro años se había acostado con ella y durante dieciséis había estado enviándole tallas de madera. Sin embargo, Ruka ya no estaba. Su mundo se había vaciado. Algunas internas del centro aseguraron haber oído un alarido desgarrador reverberando por las montañas.

Se cree que Toga Uno vivió unos diez años más después de aquello. Lo cierto es que, tras la muerte de Ruka, durante largo tiempo continuaron apareciendo en los hogares campesinos de Okayama tallas que Zangetsu iba dejando y no pocas personas afirmaron haberlo visto. En principio, al tratarse de un selénico

fugitivo, aquellos que lo vieran tenían el deber de comunicarlo al Departamento de Higiene, pero con la llegada de la década de 2070, la capacidad del partido para obligar a la gente a nada ya se hallaba muy debilitada y la mayoría de las personas se limitaban a mirar desde lejos cómo Toga se alejaba cargado con los productos agrícolas. Alguno de ellos le dirigía la palabra y le sacaba algo de comer a la puerta de casa y, en esos casos, pocos días después aparecía allí una escultura de madera imponente. Al parecer, también hubo un hombre que estuvo hablando con Toga durante un tiempo en un huerto a altas horas de la noche y entonces él se sacó de sus ropas un pequeño instrumento cortante y, recogiendo una rama del jardín que había partido un tifón, le talló allí mismo un toro delante de él en un abrir y cerrar de ojos. Cuando le preguntó cómo podía hacer algo semejante, le contestó: «Yo, hace mucho tiempo, fui un samurái». Y dijo que después sonrió en silencio, como si esa fuera la forma de dar a entender que, aunque sonara a broma, era la verdad.

Si es cierto que Toga vivió diez años más después de la muerte de Ruka, eso significa que cargó durante treinta años con la selenesis, lo cual es un caso rarísimo de hombre afortunado, pues, según se dice, solo se da en uno de cada mil afectados. La mayoría de los expertos en las tallas de Toga sostienen que en los aguzados cortes que presenta la madera de sus obras postreras pueden detectar la sombra de la soledad que invadía al autor, pero la pacífica y característica sonrisa que afloraba en todas las tallas permaneció inalterable hasta el final.

En julio de 2048, un espeleólogo aficionado llamado Tetsuro Fujimura encontró en la prefectura de Okayama una pequeña caverna en una pendiente muy inclinada de un apartado lugar de las montañas de Kirino-cho. Según contó, la entrada abierta en una zona de piedra caliza era estrecha, pero, una vez atravesada esa antesala, enseguida se llegaba un espacio casi circular de unos

treinta metros cuadrados de amplitud y una altura de siete metros. Y allí se encontró con un panorama que lo dejó boquiabierto. Lo que más sorprendió a Fujimura no fueron las estalactitas que cubrían el techo ni las estalagmitas que brotaban del suelo, sino que en todas las paredes de la caverna se habían fabricado unas estanterías a base de algo que debían de ser desechos de materiales de construcción y en ellas se alineaban una gran cantidad de tallas de madera apretujadas. Había también budas y representaciones humanas, pero la mayoría eran figuras de criaturas de la naturaleza salvaje, como aves, mamíferos, peces o insectos, y solo con echarles una mirada por encima calculó a ojo que debían de ser más de mil. Cuando Fujimura publicó dichas imágenes en la red, por algún motivo el Departamento de Cultura y Educación las borró a los pocos días. Sin embargo, en ese breve tiempo las imágenes ya se habían extendido por el ancho mar de la información y, por lo visto, dieron mucho que hablar entre los aficionados a las filmaciones extrañas. En la actualidad es posible ver libremente ese vídeo, de unos treinta y dos minutos de duración, que circula con títulos como *La caverna de Zangetsu. ¡El Enku del siglo XXI! ¡El sorprendente mandala de figuras de madera*! Sus reproducciones superan los tres millones y han recibido innumerables comentarios de admiración del mundo entero.

Después de que Fujimura subiera a la red el vídeo, enseguida la Pesal envió un equipo de exploración a dicha caverna y se dice que encontraron entre grandes y pequeñas un total 28763 figuras. No se trata de compararlo con Enku, de quien se dice que a lo largo de toda su vida talló unas ciento veinte mil figuras, pero si son veinticinco los años que vivió Toga desde que se instaló en Okayama, un cálculo sencillo indica que tendría que hacer alrededor de tres figuras por día. Aun cuando no sea tarea imposible, hay que tener en cuenta el tiempo necesario para aprovisionarse y que también en los periodos en torno a la luna nueva, lucidez durmiente incluida, bajaría por necesidad el ritmo de trabajo. Siendo así, no cabe duda de que puede hablarse de una cantidad espectacular de

figuras. Que un alma solitaria se pasara todas las noches tallando madera con un pequeño utensilio en medio de la oscuridad, ardiendo con una pasión silenciosa, está solo a un paso de la locura. Lamentablemente, hoy día está prohibido el acceso del público general a dicha caverna de Zangetsu y la entrada ha sido bloqueada con una puerta de hierro. Y es que, de por sí, la boscosa montaña donde se hallaba dicha caverna era propiedad privada y su propietario legal era el hijo mayor de Hayao Himura. En cuanto se descubrió la caverna, Himura se apresuró a comprar las doce hectáreas circundantes de bosque al propietario original. De hecho, Himura, en su vejez, haciendo un imposible, se dedicó a ir varias veces a aquella caverna de lo profundo de las montañas y escribió respecto a ello en su diario:

«Es una visión sorprendente. Es igual que ir adentrándose entre los pliegues del cerebro de T. U. Nuestro Hiraku Shimojo aspiraba a convertirse en un personaje eterno grabando su recuerdo en el mayor número posible de personas, pero sin duda T. U. buscaba también, a su manera, convertirse en inmortal. Y esas dos maneras son, realmente, los dos extremos opuestos. A T. U., seguramente, no le preocupaba que esa caverna no se descubriera jamás. Gloria a las personas capaces de ver una verdad más allá de ellas mismas...».

A todo esto, lo que Fujimura descubrió en aquella caverna no fueron solo tallas de madera. Casi en el centro de aquel espacio, había una sección plana elevada de roca a la manera de una mesa, sobre la cual había extendido una especie de futón en el que descansaba el cadáver acostado de un hombre. Las imágenes habían sido tratadas de manera que se difuminaran un poco, pero se distinguía con claridad que se trataba del cadáver negruzco de un hombre en posición fetal, que parecía estar abrazando algo. Se cree que posiblemente vestía ropajes de color oscuro, pero incluso la cara o las manos, que debían de estar sin cubrir, presentaban un tono renegrido en vez de haberse transformado en un esqueleto. Cuesta creer que el interior de la caverna estuviera tan seco como para que

el cadáver se momificara por completo, pero seguramente sí conservaba parcialmente trozos de piel o de carne momificada.

Incapaz de contener su excitación, Fujimura iba haciendo comentarios intercalando voces chillonas ante el panorama.

—¡Aaaah, pero qué es esto! ¡Menudo descubrimiento he hecho! ¡Con razón me parecía que olía mal, es un cadáver! Bueno, más bien una momia. Pero ¿de cuándo será esta momia? No sé, pero a la vista de las ropas, tampoco parece que sea muy antigua. Sí, es actual. Es de un hombre, un hombre... bastante corpulento y con barba. Tengo oído que antiguamente se encontraban con frecuencia cadáveres de selénicos en la montaña, así que quizá este hombre también sea uno de ellos... Fijaos bien en esto. Toda la caverna está llena de tallas de madera, pero también esta momia ha muerto abrazando una de esas estatuas. Por lo que veo, parece la figura de una mujer. Una mujer de pelo largo. Tendrá unos treinta centímetros de altura. Supongo que la haría este hombre momificado. Bueno, todas las demás debió de hacerlas también este hombre. O quizá este hombre simplemente descubrió las que hace mucho tiempo alguien había guardado en esta caverna, y se instaló aquí, quién sabe. Pero, un momento. Aquí hay unos instrumentos cortantes. Están ya oxidados por completo, hay varios y son como cuchillos. También hay una piedra de afilador. Es decir, que parece que sí fue este hombre quien hizo las tallas. Seguro que así fue.

Fujimura se apartó del cadáver y se dirigió hacia las estanterías pegadas a la pared donde se apretujaban las figuras. Después, fue cogiendo algunas, las miraba y las devolvía a su sitio.

—Todas llevan grabadas las mismas palabras. ¿Cómo se leerán estos ideogramas? Ruka, supongo. Quizá un nombre de mujer, ¿no? «Dedicada a Ruka. De Zangetsu». Es decir, que «Zangetsu» será el nombre de quien las talló. Imagino que el pseudónimo o el nombre artístico de ese hombre momificado de ahí... Ah, se me acaba de ocurrir una buena idea. Vamos a llamar a este lugar «Caverna de Zangetsu». No hay nombre mejor, ¿no? La caverna de Zangetsu... No he sido el primero en descubrirla, pero creo que puedo ser yo

quien le ponga nombre, ¿no? Pero, a todo esto, ¿quién será esa Ruka? ¿Sería su esposa, su amante o algo así? En cualquier caso, está claro que alguien muy importante para él. Puesto que le dedicó toda esta inmensa cantidad de obras, ¿no? A todo esto, esa momia abrazaba la estatuilla de una mujer, ¿verdad? ¿No sería esa la tal Ruka? Es posible, creo yo. Sea como sea, vaya cantidad tan impresionante. ¿Cuántos años tardaría en tallar todas estas figuras? Es increíble su persistencia. Y, además, no hay dos que sean iguales, ¿veis? Bueno, puesto que están talladas a mano me diréis que eso es lo normal, pues sí, es lo normal, pero, en cualquier caso, hay todo tipo de ser vivo imaginable. Personas, monos, jabalíes, otros mamíferos por supuesto, aves, reptiles, peces, anfibios, insectos... ¡Ah, claro! Esto es como un mundo en miniatura. ¡Este hombre llamado Zangetsu quiso tallar un mundo en miniatura! ¡Creó un mundo entero que pudiera regalar a esa mujer llamada Ruka! ¡Esa era su intención! ¿O quizá no? Bueno, la verdad es que no lo sé, pero al ver esta caverna me ha parecido que era así. Sí, creo que así fue...

XXIII

«Son huesos», pensó. Una fuerte sensación de *dejà vu* sacudió la consciencia de Toga como un rayo. «Eso no es una parte del aparato de reconocimiento médico. Son huesos de un animal. Ahora estoy dentro de la carcasa de un animal gigante y tengo la vista clavada en una larga y gruesa columna vertebral que se extiende por encima de mí. No sé exactamente cuándo fue, pero recuerdo haber tenido un sueño así hace muchísimo tiempo. Por eso lo sé. Es una ballena selenita. Ahora mismo estoy tumbado bocarriba en el interior de la carcasa abandonada de una ballena selenita».

Al instante, se extendió por su cerebro el panorama del desolado e ilimitado desierto de arena blanca del mundo lunar.

«Sí, ya entiendo. Es el sueño de aquella vez. En diciembre de 2051, en la noche del último torneo, cuando Wakisaka me venció, tuve ese enigmático sueño. Y después en el bosque de Okutama, cuando me enterraron vivo, vi su continuación».

Sin embargo, había algo que difería de aquella vez. Toga se sacudió la todavía embotada cabeza, buscando eliminar la gruesa capa de polvo que cubría sus antiguos recuerdos.

«Ah, eso es. El viento. En aquella ocasión silbaba un viento caliente y seco, que levantaba una polvareda de blanca arena que entraba por los espacios entre las costillas de las ballenas selenitas. Y en cambio ahora... El ruido del viento sí que se oye, pero es un viento fresco y suave, que llega como acariciando los campos. Pero no, no es solo el sonido del viento. También se oye el canto de los pájaros. De todas partes, de cerca y de lejos, me llegan trinos de

diversas clases. ¿Cómo puede haber pájaros en ese desierto lunar que abrasa cualquier forma de vida? ¿O es que, al igual que los que montan las ballenas, también los pájaros viajan eternamente dando vueltas y más vueltas a la Luna?».

Entonces, por fin se dio cuenta. En cada una de aquellas costillas se enroscaban unos delgados zarcillos de enredadera con numerosas hojitas de gran vitalidad que teñían de color verde los rayos de sol filtrados entre ellas. Se incorporó sorprendido, casi olvidándose de respirar y, a través del entramado de costillas, miró alrededor. Se quedó boquiabierto. Lo que podía entrever por los resquicios que dejaban las costillas no era un mundo pelado que se hallara dominado por un sol abrasador y lo que se extendía al nivel del suelo tampoco era un desolado mundo de arena blanca. Alrededor de la carcasa de la ballena selenita había incontables árboles con abundante ramaje lleno de hojas, que formaban un frondoso bosque de color verde. Y el cielo que se veía entre árbol y árbol era, sorprendentemente, un límpido cielo azul como recubierto de una película de agua. En el dorso de la mano izquierda sintió una especie de cosquilleo. Cuando levantó la mano, vio que una variedad de escarabajo negro brillante trepaba por uno de sus dedos. El insecto abrió sus alas y, atravesando el espacio entre dos costillas, desapareció en el bosque. Cogió un puñado de arena con la mano derecha y, llevándolo ante sus ojos, vio que varias lombrices pequeñas y relucientes serpenteaban entre los gránulos.

«¿Entonces? ¿No estoy en el mismo sitio de la otra vez?».

En ese momento, un tenue aroma acarició su nariz. Un olor que creaba una fuente de luz en la oscuridad del fondo de sus recuerdos. Un olor fresco y suavemente amargo, que asociaba con un color entre azul verdoso y azul cielo. «Es olor a bosque», pensó. «No, es el olor de Ruka». En su memoria renació con todo realismo el día en que Ruka acudió por primera vez a su habitación, y durante un instante le pareció que si alargaba la mano podría tocarla. «¿Ruka? ¿Está Ruka aquí?». Toga se puso de rodillas bruscamente y, agarrándose a los huesos de las costillas como si fueran barrotes de

una celda, recorrió el bosque con la vista forzando la mirada. Había dos grandes árboles, quizá cedros, con la corteza cubierta de verde musgo y las ramas entrelazadas. Le pareció que una figura humana cruzaba entre ellos. «¿Ruka? No, es un ciervo». Era una gran cierva, de lomo marrón rojizo moteado por puntitos blancos, que salió osadamente de las sombras de los troncos y se presentó ante él con suficiencia. Estirando el largo cuello, le miró con porte majestuoso. Al parecer, se había dado cuenta de la presencia de un ser humano en el umbrío interior de la carcasa de la ballena. Debió de juzgar que el hombre no encerraba ningún peligro, porque reanudó su calmado caminar mostrándole el blanco trasero mientras se perdía en el bosque.

Tras ponerse en pie, Toga se encaminó hacia la cola del esqueleto y, al llegar al final de las costillas, de pronto se sintió como una fiera a la que abren la puerta de la jaula y puso los pies en el mundo exterior temerosamente. Dio unos pasos en torno al esqueleto semioculto por la maleza y comprobó que, ciertamente, se trataba de la carcasa de una ballena de unos quince metros de largo. Sin embargo, ¿sería realmente una ballena selenita? ¿Qué habría pasado con el desierto de arena blanca? ¿Y aquel negro firmamento y el desnudo sol? Si el mundo lunar está recubierto ahora por un bosque, ¿dónde nadará ahora aquella manada de ballenas?

Toga echó a andar por el bosque. No tenía la menor idea de a dónde dirigirse, así que iba recogiendo ramitas, arrojándolas y yendo en la dirección a la que apuntaran. La abrasadora luz solar que perseguía a los llegados a la Luna y a las ballenas selenitas ahora se veía filtrada por el frondoso ramaje, que hacía que sobre el suelo del bosque bailotearan únicamente unos agradables rayos desperdigados que entraban por los resquicios de las hojas. El viento que antes soplaba arrasador ahora agitaba las copas de los árboles que ondulaban con un suave susurro y, aquí y allá, pájaros de todas clases competían en su trinar. También se oía el entrañable sonido de un pájaro carpintero picoteando algún tronco y, de vez en

cuando, el aire se llenaba de un estruendoso canto de cigarras que se extinguía segundos después. Vio también ardillas saltando de copa en copa y una vez se cruzó con dos jabalíes, adulto y cría, que se pararon unos segundos a mirarlo fijamente. Los árboles también eran muy variados: cedro, encina, roble asiático, roble blanco, *tsuga*, abeto japonés... Un bosque tan ubérrimo que parecía sacado de un cuadro. Por lo visto, su nariz había terminado por acostumbrarse al olor circundante, porque ya no podía detectar el aroma de Ruka. Sin embargo, de pronto se le ocurrió una extraña idea. «¿No será que Ruka ha traído aquí este bosque consigo? Al igual que yo traje las estatuas de los gladiadores que formaron aquel valle, quizá Ruka, que olía siempre a bosque, poseyera esa misma capacidad».

Pisando el manto de esponjosas hojas caídas, cruzando a horcajadas por encima de ramas podridas y sorteando rocas cubiertas de musgo, debió de caminar cerca de media hora hasta que en un momento dado vio el final del bosque y se detuvo con un sobresalto. Entre el espacio que dejaban vacío los árboles se veía resplandecer algo blanco. ¿Sería aquello el desierto? Durante el camino se había encontrado con varios esqueletos de ballenas selenitas que se iban desmoronando entre la maleza. Había comenzado a preocuparse con la idea de que dichas ballenas se hubieran extinguido, pero si todavía quedaba desierto, seguro que también las ballenas habían conseguido sobrevivir. De pronto, impaciente, apretó el paso. Según se acercaba al desierto, le asaltó una imprevista alucinación. Le pareció que el desierto lunar de ondulantes dunas se había convertido en un mar infinito con olas blancas congeladas. Si el bosque era un continente o una isla verde, el desierto era un océano blanco y Toga se dirigía ahora hacia la línea de costa que separaba ambos mundos.

Paso a paso, ya casi corriendo, salió por fin al desierto lunar. Su campo de visión se ensanchó al instante y se vio frente al vasto desierto como bañado por su visión. Durante un tiempo, permaneció allí de pie en silencio dejando que su corazón flotara sin propósito específico por aquel blanco mundo. Era como si el desierto le

estuviera invitando con un «vaya, por fin has venido», pero, al mismo tiempo, mostrara su rostro de perfil, como ante un extraño. Igual que la otra vez, se veían algunos huesos de ballena desperdigados y algunas rocas, pero en una duna a mano izquierda asomaba el verde de unos árboles, mientras que a mano derecha se agazapaban unos grupitos de arboledas como solitarios cementerios. «Seguro que en varios puntos de este mundo lunar están empezando a nacer bosques», se dijo. Pero, con todo, la mayor diferencia estaba en el cielo. Aquel cielo de antes, similar a un negro telón que recubriera toda la cúpula en torno al astro, ahora aparecía con un límpido azul e incluso se veían a lo lejos unas nubecillas dispersas. Y qué agradable resultaba la luz solar... Ese sol que antes provocaba un escozor abrasador en la piel se extendía ahora generosamente para abrazarlo todo sin distinción. Las sombras que recordaba cerniéndose sobre el desierto eran pesadas y ominosas, pero ahora la sombra que nacía de sus pies parecía ligera y elegante, como si hubiera aprendido de su dueño humano el arte del refinamiento. Por lo visto, el nuevo mundo lunar había conseguido hacer las paces con el agresivo sol.

Siendo así, ¿qué habría sucedido con las ballenas selenitas y los viajeros que transportaban? Pero, al instante siguiente, Toga contuvo el aliento en un acto reflejo. Ante sus ojos, en la cima de una gigantesca duna, se alzó una alta polvareda de arena que fue dispersando el viento. ¡Qué sorpresa! Por allí aparecía una ballena selenita. Viendo la manera en que descendía por la ladera de la duna en dirección a él, todo indicaba que se había dado cuenta de su presencia y tenía intención de acercársele. Seguramente habría percibido el olor de un recién llegado. Pensando que a lo mejor se trataba de Mahina, la ballena que montaba Motoka, se puso la mano a modo de visera y forzó la vista, pero todavía se hallaba demasiado lejos y no era posible distinguirlo. Recordó el momento en que se separaron en medio del caos formado en el Valle de los Gladiadores. Después de que tocara su propia estatua y se abriera la puerta para regresar a la Tierra, Toga se vio arrastrado por la arena hacia abajo,

pero entonces Motoka le gritó algo: «Alguna vez podrás de nuevo...». ¿Sería ahora esa otra vez?

Miró con impaciencia el descenso serpenteante de la ballena por la duna. De vez en cuando, expulsaba por la nariz vistosos chorros de arena y golpeaba la superficie con la cola o con las aletas pectorales, levantando una nueva polvareda, lo cual le hacía parecer un cándido perrito que se acercaba a la carrera. Cuando estuvo más cerca, le dio la impresión de que no se trataba de Mahina. Parecía un poco más pequeña que Mahina y dado que carecía de rasguños o de suciedad pegada a la piel, de aspecto más suave, debía de ser una ballena más joven. Además, la cabaña que lleva a sus espaldas estaba pintada de un blanco deslumbrante, a diferencia de la que cargaba Mahina. En el pescante pudo distinguir una figura humana con la cabeza envuelta en una tela de color verde. ¿Quién podría ser? ¿Por qué venía directa hacia él? ¿Le conocería de algo?

Entonces volvió a sentir la caricia de aquel olor. El olor a bosque. Un aroma muy sutil, casi imperceptible, pero que impregnó cada pliegue de su cerebro, como si fuera limpiando la sucia costra con que lo había recubierto el paso de los años. Toga aguardó a que la ballena selenita llegase junto a él. Pero no consiguió permanecer inmóvil. Sin darse cuenta, alzó la mano lentamente como si quisiera frenar el desierto con su palma y luego un pie avanzó por su cuenta y luego el otro.

Quien se sentaba en el asiento del cochero era una mujer. Una mujer con un velo verde como brotes de hojas en torno a la cabeza y con el cuerpo envuelto en una túnica marrón claro. Llevaba al cinto una flauta de hueso, como la otra. Al terminar la falda de la duna, la ballena selenita se acercó a Toga en línea recta y, al llegar junto a él, giró hacia la izquierda, expulsó un último chorro de arena y se detuvo. Toga sintió que la arena bajo sus pies se removía por última vez y recibió una lluvia de arena sobre la cabeza y los hombros. A pesar de que era la primera vez que veía aquella ballena selenita, el animal parecía sonreír y le miró como si con los ojos le estuviera

diciendo: «Te conozco tan bien como si supiera el número de lunares que tienes».

La mujer viajera, dando muestras de estar ya acostumbrada, se agarró a un pilar de la cabaña y, asomando el cuerpo por el pescante, miró hacia abajo, donde estaba Toga, con una sonrisa que parecía florecer en la oscuridad y con los ojos entrecerrados por la intensa luz exterior. La mujer tenía el mismo aspecto bello y juvenil de la última noche en que la vio. «¿Y en cambio yo? Estoy totalmente envejecido, con los huesos desgastados hasta la médula por los largos años pasados viviendo como un animal». Con este pensamiento en la cabeza, consciente de su envejecimiento y del aumento de su vello corporal, Toga bajó la mirada hacia sus manos para ver las amarillentas y endurecidas uñas. Pero lo que encontró allí no fueron aquellas feas manos que tan acostumbrado estaba a ver. Eran unas manos relucientes y lustrosas, las mismas con las que aferraba la espada *tachi* cuando combatía día tras día, las mismas que temblaban de alegría al estrechar a la mujer entre sus brazos. También los pies calzados con sandalias de cuero o los antebrazos que sobresalían por debajo de las mangas habían recobrado la vitalidad anterior y, ante la nueva vida que se presentaba, comenzaban a latir con frescura.

Al levantar el rostro, Toga se vio envuelto por aquella mirada sonriente de entrecerrados ojos. Se acercó a la ballena selenita y, como si le preocupara que sus pasos rompieran el suelo de su sueño, comenzó a trepar poco a poco por el lomo. Después, todavía temeroso, extendió su mano hacia la mujer y le tocó un brazo. Los dedos se le hundieron suavemente en la blanca carne de su antebrazo y la calidez de su carne se extendió por la palma de la mano. Miró fijamente los ojos de la mujer. Cuando la vio por primera vez en el centro de amparo temporal del Departamento de Higiene, sintió que los ojos de la mujer se alzaban hacia él con una mirada que parecía lanzada desde el fondo de un hoyo. Pero ahora, qué diferencia... Las pupilas estaban humedecidas de alegría y reflejaban el brillo de la blanca arena sin sombra alguna. Toga había estado

todo el tiempo anhelando esas pupilas, ese brillo. Había luchado multitud de veces arriesgando su vida solo por esos ojos.

Sintió miedo de llamar a la mujer por su nombre porque le pareció que, si lo hacía, ella desaparecería al instante junto con todo el mundo que la rodeaba. Sin embargo, finalmente, aquel nombre subió hasta su garganta por propia voluntad, resbaló sobre su lengua y se vocalizó.

—Ruka...

—¿Has esperado mucho? —contestó ella.

El frescor de aquella sencilla frase hizo cosquillas en los tímpanos de Toga y fue como si, formando ondas concéntricas, se extendiera por el mundo entero.

—No. ¿Y tú?

La voz de Toga sonó también límpida y juvenil.

Ruka negó con la cabeza.

—No... Tú ya estabas aquí desde hace mucho tiempo. Mira...

Ruka señaló el cielo y Toga vio que del bosque que había a su espalda se elevaba una bandada de palomas que cruzó sobre sus cabezas.

—Ah, ya entiendo... —murmuró él.

La imagen de las muchas figuras de madera que había tallado durante un cuarto de siglo se desplegó a lo largo de su cerebro. Por supuesto que entre ellas había palomas. Y ciervos. Y jabalíes. Y ardillas.

—¿Han llegado todas?

—Sí, llegaron. Todas, todas han llegado.

Mientras contestaba, Ruka agarró a Toga de la mano y le llevó hasta los asientos del pescante. Después añadió:

—Bueno, vámonos. Al otro lado de la colina nos están esperando todos.

—¿Quiénes son todos?

—Pues si te digo todos, es que son todos —contestó Ruka desde su asiento extendiendo el brazo hacia la izquierda como si

quisiera abarcar todo a su alrededor—. Porque todo esto es nuestro mundo...

La ballena selenita volvió a nadar, ondulando su cuerpo y comenzó a subir haciendo eses por la duna que acababa de bajar. El viento, blanquecino por la arena suspendida, soplaba a su alrededor acariciando las mejillas de ambos. Ruka se sentó en el asiento del cochero y Toga se acomodó a su lado. No podía evitar acordarse de la primera vez que Ruka acudió a su habitación. Se sentaron en la cama de Toga, pero con una distancia entre ellos de tres puños y en ese pequeño espacio se formó un silencio asfixiante que no se sabía en qué derivaría. Ahora también ambos guardaban silencio, pero, a diferencia de aquel de entonces, este era más bien un abrazo sin palabras. Toga arrimó su cuerpo al de Ruka y con la mano izquierda apretó la derecha de Ruka. Acto seguido, miró fijamente su rostro de perfil y, haciendo sonar su nariz de un modo cómico como si olfateara, dijo:

—Qué bien huele...

Ruka, con cara de estar aguantándose la risa, se giró hacia Toga.

—¿Qué tipo de olor? —preguntó.

Toga apartó con la mano derecha el velo que cubría la cabeza de Ruka y, frotando la punta de su nariz contra la mejilla de ella, aspiró su aroma.

—Un olor muy añorado... Un olor que creo haber estado buscando mucho tiempo...

Cuando Toga restregó la nariz contra el cuello de ella, Ruka se revolvió incapaz de aguantar las cosquillas y se echó a reír. Toga también se rio. Y, como si igualmente se estuviera riendo, la joven ballena selenita que llevaba a ambos expulsó un vigoroso chorro de arena por la nariz que produjo una lluvia de arena sobre la cabaña de su lomo y el saliente que servía de tejado a los asientos del pescante, lo cual hizo que los dos pasajeros se rieran todavía más. Mientras oía la voz de ellos dos riéndose, mientras estrechaba a Ruka fuertemente entre sus brazos, mientras restregaba la nariz

contra las mejillas de ella, Toga pensaba: «Ah, Ruka se está riendo. Y mañana seguro que se reirá también. Y pasado mañana, sin duda. Mientras sigamos nuestro viaje sin fin, continuará riéndose día tras día».

Sin embargo, en el fondo del corazón de Toga, una mirada oscura se sentaba abrazándose las rodillas y apuntando hacia él.

«Es un sueño. El último sueño de un selénico que no volverá a esa vida. Mi envejecido cuerpo estará caído como un trapo en el fondo de aquella caverna abrazando la figura de Ruka y enfriándose junto con la noche. Sin embargo, dentro de cincuenta años o de cien o quizá de mil, alguien descubrirá la caverna y también nuestros cuerpos abrazados, durmiendo el sueño eterno bajo la mirada de incontables tallas de madera. O quizá yo, nosotros, permaneceremos por toda la eternidad los dos a solas más allá del tiempo, fuera de miradas ajenas, sin que nadie hable de nuestra historia, mirándonos el uno al otro en silencio, abrazándonos, durmiendo sin cesar con una sonrisa en forma de luna remanente».

Toga abrazó a Ruka con más fuerza todavía, dispuesto a no apartarse de ella nunca más y, con ansiedad, acercó su boca a la oreja de ella para susurrarle una y otra vez lo que al fin podía decirle:

—Ruka... Ruka... Te quiero, te he querido siempre. Y te querré hasta que el mundo se acabe...

Notas

1. Imágenes recurrentes en Japón para referirse a las irregularidades que presenta la superficie selenita.
2. En japonés es posible escribir un mismo nombre con diferentes ideogramas.
3. Takashi puede traducirse por «elevado anhelo».
4. Traducible por «chica cantarina».
5. En Japón, el número de teléfono de los bomberos es el 119.
6. En japonés, *aka-chan*, forma habitual de llamar al recién nacido.
7. Onomatopeya japonesa para los abrazos.
8. Fideos largos de trigo sarraceno.
9. Literalmente «portapiedras».
10. En japonés, el primer ideograma de «laurel» es el de «Luna».
11. Keiko se escribe con el ideograma de *katsura*.
12. Todos los personajes, incidentes y obras son ficticios. «Selenesis» es también una enfermedad ficticia, aunque relacionada con lo que antes se llamaba «lunático».
13. Puede traducirse por «luna remanente».
14. Galleta recubierta de azúcar moreno.
15. En Japón es costumbre que los palillos de usar y tirar estén pegados, de manera que hay que separarlos de un tirón antes de comer.
16. En Japón no existe actualmente Ministerio del Interior. La Agencia Nacional de Policía no depende de ningún ministerio.
17. En Japón, a las muelas del juicio se les llama «dientes que el padre desconoce».
18. La que comenzó en 2019 y se prolonga hasta la actualidad.
19. En japonés, ambas se pronuncian «tsuki», aunque se escriben diferente.
20. Iiji se pronuncia casi igual que «easy».

Zangetsuki. Crónicas de la luna

Zangetsuki
©Masakuni Oda, 2021
Originalmente publicado en Japón en 2021 por FUTABASHA Publishers.
Derechos de traducción al español acordados con FUTABASHA Publishers a través de TOHAN CORPORATION, TOKYO.

Traducción: © Daniel Aguilar, 2025
Diseño de cubierta: Branca Studio
Revisión: Balloon Comunicación

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025
ISBN: 978-84-450-2119-4 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u

otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es